LITERARIA

Antón Riveiro Coello

LAURA EN EL DESIERTO

Antón Riveiro Coello

LAURA EN EL DESIERTO

Libro primero

La luz de los ausentes

I

El enorme portón de castaño barre todo el ruido de la Rambla y crea en las escaleras una repentina atmósfera de clausura en la que solo se escucha la pulsión afinada del violonchelo del profesor del primero. Me gusta este instrumento porque parece tensar el silencio y alargarlo para atestiguar el eco de su existencia oculta.

A veces, estando ya casada, me paraba ante esta puerta para deleitarme un poco con el encanto hondo de sus notas y, mientras sentía la caricia de su música, no dejaba de extrañarme lo increíble que parecía que ese hombre anciano y enjuto, como tocado por una suerte de inmortalidad, ejecutase interpretaciones tan profundas. Las escaleras siguen unidas al sonido de su música y al desfile disciplinado de los alumnos que acuden a sus clases de piano y solfeo.

En nuestra casa se acostumbraba a hablar del músico en tono despectivo, aunque papá reconocía que era alguien afamado dentro del gremio de los violonchelistas. Se decía en el edificio que antes de la guerra incluso había tenido oportunidad de tocar en la orquesta de Pau Casals y que había recorrido medio mundo con su instrumento. A mí su historia no me importaba tanto como esos conciertos generosos que nutrían de misterio el mundo oscuro de la escalera, y me alegraba poder escuchar de nuevo el arco sobre las cuerdas, su afinación extrema y el trenzado de esos fraseos que, como un registro táctil, parecen surgir más de la punta descarnada de sus dedos que del propio vientre del instrumento. La profundidad dramática de las notas acostumbra a traerme la respiración de otra época.

Hace más o menos un año que no vengo al piso. La enfermedad de papá me alejó de este edificio neoclásico al que hoy vuelvo a por el Libro de Familia. Debe de estar en alguno de los cajones. Lo preciso para la tramitación del divorcio.

Mientras subo las escaleras, pegada a la música, una niebla suave bulle en el fondo de mi memoria y me trae la nostalgia triste de la infancia, que se multiplica en cuanto abro la puerta y el pasado cae sobre mí como un animal al acecho.

El piso está cubierto de recuerdos que ahora adquieren un peso casi benévolo en las ausencias. Los techos altos y las habitaciones enormes tienen una querencia palatina y fría que nunca me ha gustado. Óscar jamás pudo entender el motivo de mi negativa a abandonar el apartamento de la Sagrada Familia y venirnos a esta vivienda inmensa, ostentosa, con grandes tapices, efigies marmóreas, espejos con molduras de plata,

cuadros descomunales, arañas de cristal, cortinas de terciopelo y balcones de hierro oscuro que se descuelgan sobre el corazón mismo de la ciudad.

Cuando me fui de esta casa, de algún modo, también me fui de mi pasado, de una infancia que, pese a ser privilegiada, acabó por dejar en mí un poso de tristeza. Pensándolo bien, me alegro de no haber sucumbido a las pretensiones de Óscar, siempre obsesionado con su carrera y con la descarada intención de instalar aquí su consulta, sin importarle lo más mínimo que papá todavía viviese. Por eso, una vez consumado mi fracaso matrimonial, entiendo que he hecho lo correcto. Solo me reprocho la ingenuidad de no haber detectado antes la ambición y el solapado interés de Óscar, ese joven fuertemente atractivo del que me enamoré al instante, sí, ese hipnotizador que destacaba en la facultad por sus excelentes notas y el prestigio heráldico de su apellido, ese remedo falangista de José Antonio Primo de Rivera, convertido después en un demócrata con el que accedí a una vida llena de sobresaltos que dinamitaba el mundo que para mí había construido mi familia, esos moradores escondidos en el interior de esta vivienda, amarrados todavía al pasado con una violencia silenciosa y agónica. Quizá Óscar solo fue un instrumento para que yo pudiese descubrirme a mí misma y romper las ataduras con lo más rancio de una burguesía que había abrazado con diligente entusiasmo el franquismo. Sé bien que si no hubiese sido junto a él, ese paso lo habría dado con cualquier otro.

Abro las contraventanas del salón y una luz estremecida se prende a las sábanas blancas que cubren la mayor parte de los muebles. La casa está limpia, no hay una mota de polvo. Mercè, la vieja criada que lleva siendo parte de la casa desde hace unos sesenta años, ha quedado en pasarse un par de veces al mes para repasarla. Pero ella, como un fantasma más que busca incorporar su presencia a este espacio, acude todas las semanas y le da una vuelta a la casa, como si toda la familia viviese todavía aquí y estuviera a punto de regresar en cualquier momento. Ha pasado a convertirse en una costumbre, en un ritual que va más allá de lo estipulado y la ayuda a sentirse viva. Creo que esta actividad tal vez tenga para ella un matiz liberador. Ahora puede habitar la casa sin ese miedo recalcitrante a infringir alguna de las convenciones marcadas por todos los que mandaron sobre ella con una tiranía que, solamente al final, se transformó en un afecto distante.

Salgo a una de las balconadas que dan a la infancia y enseguida veo en mi imaginación juegos de pelota y peonzas, niñas saltando a la cuerda, meciendo muñecas en su regazo o parcelando en la Rambla el territorio imaginario de sus casas mientras las criadas vigilan su algarabía y acarrean cántaros de agua de la fuente de Canaletas. Pero lo que ahora me viene a la memoria es uno de esos sábados en que el mundo esperaba al otro lado de la calle. El Capitol era nuestro paraíso. Allí, tras cruzar la calle

sorteando el paso lento de los coches, algunos todavía tirados por caballos, asistíamos al estreno de películas, la mayor parte de aventuras. Recuerdo que mamá, a pesar de los avances de su enfermedad y de esa áspera tos suya que borraba en muchas ocasiones los diálogos de las películas, me acompañó el día de la inauguración y disfrutó junto a mí ante ese universo de luces y oropeles que nos liberaba, durante poco más de dos horas, del mundo rígido y triste que llenaba esta casa.

A los abuelos se los llevaban los demonios cuando nos veían salir con aquella euforia que quedaba contraída a nuestra vuelta y que nos hacía guardar, como si fuese un secreto, el argumento de las películas. No se me olvida la ocasión en que la abuela Luisa, más picada por la curiosidad que por la voluntad de acompañarme —mamá ya se había encamado definitivamente—, entró conmigo en el Capitol y estuvo escandalizada no solo aquella hora y media de proyección, sino durante buena parte de su vida porque no daba crédito a aquellas escenas en las que el protagonista buscaba a su amada para besarla, una ofensa pública, indecente, sobre todo para una niña como yo, que apenas pasaba de los diez años. Para más inri, la película se desarrollaba en los bajos fondos americanos y el director había utilizado vagabundos auténticos para ambientar el relato.

Intento capturar el tiempo con una mirada sobre el paseo arbolado de plátanos que se deslizan por la Rambla como una alfombra verde en dirección al mar y soy consciente de que ya no es posible. Apenas si queda una sensación huidiza de impotencia, de pérdida, que me conduce al cuarto de mis padres. Aquí siento la nostalgia gravitando sobre los objetos, sobre esta especie de santuario atestado de cuadros religiosos y un Sagrado Corazón de plata encima del cabecero como una presencia recia y al mismo tiempo amable. Sobre el tapete de la cómoda descansan varios retratos entre los que destaca el del día de la boda de mis padres: mamá, que está extremadamente seria, con los ojos desorbitados por algún tipo de asombro, oculta en lo más hondo de esa claridad azul el secreto grave y anticipado de su dolor; papá, erguido sobre sí mismo, posa tieso como un poste y está subido en un peldaño de la escalera para aparentar una estatura que no posee. Observo sus rostros azotados por una tristeza que los hace mayores de lo que en realidad son, y siento que una distancia imperceptible y vagamente incómoda va enredándose en mi estómago. Mamá, que murió siendo yo niña, es para mí un recuerdo desolador, siempre postrada en la cama, el desfile de médicos, el olor viciado de unturas y medicinas, el fuego de su aliento cuando me besaba, las huellas atormentadas que algún desgarro interno imprimía en su piel blanquecina y, por fin, la muerte, que amortajó para siempre su sufrimiento e igualó en su rostro la serena hermosura que había tenido de joven. Recuerdo el bullicio de la casa y las circunstancias lejanas de aquel desenlace lento y cruel, y mantengo intacto en mi mente el momento en que me dejaron a solas con ella, cuando pude mirar

frente a frente una muerte que, más que rechazo, me produjo cierto desconcierto, porque en la oscuridad húmeda del cuarto destacaba la hermosura pálida de mamá, maquillada con tal esmero que, más que hacia el Cielo, parecía dirigirse hacia su propia boda.

Mientras miro la fotografía, recupero aquel momento misterioso y sé que no fue ninguna extraña perversión la que asistió a la abuela Luisa para animar a una niña de apenas once años a que contemplase el cadáver de su madre; tampoco lo fue su fervorosa beatería: estoy convencida de que lo que la empujaba era la creencia de que con estos actos el ser humano se volvía más duro, para forjar así un carácter poderoso con el que afrontar todas las trampas que va tendiendo la vida. Y quizá lo que en mí hay de sólido derive de la sobriedad de este ambiente frío y austero que buscaba en el dolor y el sufrimiento una especie de alianza o aprendizaje voluntarios.

El caso es que prefiero no pensar más en el asunto. Estos días ya es suficiente con la burocracia del divorcio y las visitas a papá, que goza de escasos momentos de lucidez. Por eso, abro el cajón superior de la cómoda y enseguida encuentro el Libro de Familia, justo al lado de una vieja Biblia y de un devocionario plateado con incrustaciones de nácar.

Cuando intento cerrar el cajón, noto que hay algo que atranca el fondo e impide su clausura. Vuelvo a abrirlo hasta que las ruedas se salen de sus carriles, y me quedo con la gaveta en la mano. La pongo sobre la colcha, introduzco el brazo en el hueco, y mis dedos tocan la superficie arrugada de un sobre amarillento. Es una carta dirigida a papá. Lo primero que pienso es en cualquier proveedor o cliente de la fábrica. Aun así, cuando la saco de dentro y veo el nombre del remitente, presiento que el sobre no había caído hacia atrás, sino que ya estaba en el fondo por algún extraño motivo. Con violenta curiosidad, compruebo la fecha de la carta y cojo las dos cuartillas que han envejecido en ese doble fondo del cajón. Y mientras leo la carta, siento que se eleva dentro de mí un rencor furibundo contra el silencio y la mentira a los que, durante tantos años, me han sometido. ¿Cómo pudieron ocultar que la tía Laura había estado en la cárcel? Y lo que es peor, ¿por qué fijaron su muerte en 1939 cuando esta carta está fechada en enero de 1940? No entiendo nada y me siento sacudida por una tensión que excita mi instinto con más y más preguntas.

Sentada sobre la cama, con el corazón latiéndome furioso en el pecho, acaricio la letra nerviosa y apretada de la carta, y asimilo todo el dolor de mi tía cuando ella sabe, con evidente tardanza, de la muerte de Josep, el hermano retrasado que apareció flotando en el mar.

Pobre Josep. ¡Cuánto dolor me ha producido la noticia! Nuestro hermano era una criatura desvalida y, a pesar de que todos habrán achacado su muerte a los desvaríos de su mal, creo que ha muerto por propia voluntad. No me hago a la idea de que lleve ya tanto tiempo enterrado sin yo saberlo.

Según me contaron, el tío Josep era el más joven de los tres. La tía Laura era dos años mayor. Él había nacido completamente normal y, en aquella época, era el favorito de la abuela Luisa. Recuerdo que cuando había visitas, la abuela acostumbraba a mostrar la fotografía en la que el tío, de pequeño, estaba disfrazado de niña. Decía que era el más hermoso de los tres. Se jactaba de sus ojos. Sin embargo, un día en que el tío Josep jugaba con papá, se cayó por las escaleras y el accidente fijó para siempre en su cabeza esa edad de seis años. Una lástima.

La carta es un increíble pozo de sorpresas que hace estremecerse todo mi cuerpo. Cada vez que llego a la mitad del texto y contemplo mi nombre escrito, percibo un escalofrío y me devora un temblor de ternura y desconcierto:

Gracias por el paquete. Su llegada ha multiplicado mis amigas. Aunque lo que más te agradezco es el papel y la foto de la niña. Es muy guapa. Diana es un hermoso nombre. Le deseo toda la felicidad del mundo. Al verla, estuve llorando y llorando porque me acordé de mi pequeño. La sentencia es firme y no van a tardar en venir a por mí. Pero, pase lo que pase, no dejes de hablarle de mí y cuéntale la verdad. Dile que su primo Pablo murió al nacer.

II

Contemplo los rostros taciturnos que se reparten por las mesas y tengo la impresión de que el restaurante se ha convertido para todos nosotros en una liberación, en un deseo que nos aleja por el momento del hastío moribundo de los cuartos. El dolor, o quizá el cansancio, nos iguala en una resignación unánime. Apostaría a que en la expresión de comer hay un placer callado y obsceno que nos vuelve un poco como animales. El hecho es que papá, sedado, está muriéndose, y yo me llevo a la boca un trozo de merluza que mastico con lentitud solemne y refinada, como si buscase en su interior el hallazgo de alguna sustancia marítima, la fibra última del pescado. Es un placer triste y egoísta, cebado en las horas inmensas de ese sofá incómodo y desvencijado, mientras leo revistas y libros con un sopor de desierto, o con la mirada absorta en el exterior del recinto, extrañando la vida de las sombras que se multiplican en los edificios, entregadas a su desfile cotidiano. Algo tan sencillo y vulgar parece ahora una obra de arte. Es como si una gran extensión de tierras baldías me alejase de esta ciudad que cobija en sus tripas el murmullo de una música celestial. Pesa en mí el cansancio y el deseo de aire puro que, como un plumaje estremecido, anuncia el escalofrío delicado de los chopos en el aparcamiento. Llevo varias noches en blanco, sin apenas dormir, en esta cárcel hospitalaria que hace del rumor de la ciudad algo tan inalcanzable como el significado de la última frase que la morfina provocó en el inconsciente de papá. Con porfía enferma, no dejo de cavilar sobre las extrañas palabras que me lanzó el otro día, cuando algo se revolvió dentro de él y le obligó a levantar sus ojos para mirarme con violenta determinación. Las palabras cayeron sobre el silencio como el pedrisco de una tormenta. Yo no podía creer la brutalidad desnuda de esa ira en la que también estallaba una carcajada delirante. Quizá el entusiasmo alucinado de esa risa causó en mí mayor impresión que la frase que pudo escucharse en todo el hospital y que se extendió por los pasillos como la queja de un animal agazapado durante toda una vida. Al principio, lo que más me chocó no fue su significado, sino el tono extraño y agresivo que salía de aquella boca con la potencia de una maldición. Aquella rabia nos había acercado misteriosamente el uno al otro. Continúa pareciéndome increíble que papá, una persona tan pacífica y tímida, así como extremadamente débil por la enfermedad y la medicación, pudiese estallar con un estrépito y virulencia tales que se hizo necesaria la presencia de varios celadores a los que les costó reducirlo, y fue preciso incrementarle por vía intravenosa la dosis relajante. No puedo borrar de la cabeza su imagen absurda y brutal, tan fuera de sí, atrapado en la fiebre hostil de aquel escalofrío de morfina. Aún tiemblan en mi memoria la sorpresa y la vergüenza de sentirme expulsado de aquel cuarto y de aquel arrebato enloquecido de ira, porque me hicieron salir al pasillo, y allí, con dolor y una callada

resignación, sufrí la furia juramentada de mi padre, una fiereza insólita en una persona tan educada y prudente a la que yo jamás había escuchado levantar la voz, ni tan siquiera cuando se enojaba con mamá. Dos horas más tarde de esta sacudida convulsa, yo me sentaba a su lado como si fuese a velar el sueño de una bestia dormida y percibía en sus ojos una renuncia definitiva o, tal vez, la raíz de un arrepentimiento. Fue en ese instante, mientras reparaba en su rostro consumido y exhausto, cuando se elevaron todas mis sospechas sobre el significado extravagante de esas palabras que, no sabía muy bien por qué, tenían un punto desagradablemente revelador. Creí en ellas e intenté descifrar el alcance de su legado. Les pedí a las enfermeras que lo desatasen y permanecí junto a él, acechando con sorda angustia su respiración lenta, vigilando sus labios por si su delirio volvía a escupir alguna palabra involuntaria que esclareciese toda la trascendencia de aquel secreto en el que estaba también involucrada mi madre fallecida. Pero ya era tarde. La enfermedad se extendía veloz y los médicos enseguida aconsejaron la sedación para evitarle un dolor innecesario. Así que acepté resignadamente el silencio y sentí que el pasado despertaba en mi memoria la dureza de una intuición a la que ahora me entrego con tenaz inquietud.

Me tomo el café y abandono el restaurante tambaleándome como un borracho. Estoy derrengado, aplastado por el hastío enfermizo del hospital y por la angustia de la espera. Apenas si he dormido, y creo que ahora es buen momento para echar una cabezada junto a mi padre. A esta hora se respira una tregua silenciosa en las habitaciones, porque los enfermos intentan dormir antes de que lleguen las visitas.

Aun así, cuando entro en la planta, noto cierta agitación en los pasillos, un malestar físico en el aire, el aliento tenso de algo triste. Enseguida veo a un médico saliendo del cuarto, acompañado por una enfermera que fija en mí un gesto que parece una verificación. El médico se me acerca con el peso de la noticia y yo me adelanto con una pregunta que termina por ser una afirmación.

—¿Ha muerto?

El médico me confirma la muerte con una expresión fría y triste en sus ojos, un gesto de ausencia y extrañamiento al que parece estar acostumbrado. Percibo en él cierta teatralidad, como si su rostro fuese una máscara forjada de rutinas compasivas. Y recibo la preceptiva condolencia con cierta distancia, temeroso de que tras esas palabras apagadas pueda latir alguna clase de humillación. Por un instante, tengo la sensación de comparecer ante un tribunal, y me gustaría precipitarme sobre este hombre, responsabilizarlo de todas las muertes en la familia que han acontecido durante estos últimos tres años, pero el médico no es culpable de tanta fatalidad, y no encuentro las palabras adecuadas para expresar mi sentimiento ni la asimilación de esta noticia, por

otra parte cantada, y termino marchándome por el pasillo como si huyese de una responsabilidad y la muerte de mi padre no me afectase, dejándome solo una tristeza abstracta, inconsciente.

Fuera del hospital, la caricia de la primavera en mi rostro provoca una impresión de novedad que me ausenta de mí mismo y me arrastra por las calles, al abismo de un vértigo escéptico que me niega cualquier acceso de piedad. Y aunque siento una inmensa necesidad de llorar, no soy capaz de hacerlo. He agotado mi capacidad de consuelo. La muerte es una suma de caídas que han hecho de mí un ser de espíritu decadente en el que el sufrimiento ocupa el lugar de las pasiones.

El azar me conduce a un parque en donde están jugando dos niños de apenas cinco o seis años. Me siento en un banco para reparar en la energía de sus juegos aparentemente absurdos, y es su derrota la que me hace percibir la fragilidad de la vida. Por un instante pienso que si estas dos criaturas supiesen hasta qué punto sus juegos son efímeros e inconsistentes, dejarían de jugar y sentirían un escalofrío anticipado. A pesar de todo, la vida sigue, la primavera cae sobre el parque como una promesa, en el banco el amor ha dejado tatuados sus rasguños, las golondrinas escupen su histeria entre los plátanos, el ruido de los coches delimita una realidad mucho más fuerte que la muerte y el sol está alto, como si nada hubiera ocurrido. Todo esto hace que acepte mi dolor como un nuevo aprendizaje y piense en la muerte de mi padre con cierta benevolencia.

Cuando me levanto con la idea de volver al hospital para coordinar las diligencias funerarias, de repente me doy cuenta de la coincidencia de las fechas. Estamos en abril de 1982 y papá acaba de morir en el aniversario de su nacimiento. Hoy cumpliría sesenta y seis años. Este extraño juego de casualidades enseguida excita en mí el azar de una intuición que se conecta con la frase inversa que me lanzó hace tres días, cuando me hizo estremecer de asombro y me traspasó con aquellos ojos suyos que eran como puños: “Para tu madre naciste muerto”.

III

—No, no estás bien. Será algo provisional, un par de semanas. Además, me harás compañía. Luisa podrá con los dos. Sabes que cocina unos platos deliciosos.

—Lo sé, Bob, lo sé.

—Pasado mañana vendré temprano por si te diesen el alta a primera hora. ¿Quieres que pase por tu casa y te traiga algo de ropa?

—No, iremos más tarde. Pero sí podrías coger mi coche. Será más cómodo para los dos.

Bernie acepta la idea de venirse unos días conmigo a casa. Los dos sabemos que es lo mejor. Siento la responsabilidad de vigilarlo, y lo miro con compasión y una furia difusa. Sigo sin comprender la decisión insensata, y también valiente, de intentar quitarse la vida. Me duele su impotencia para hablar del asunto. Lleva dos meses en el hospital y aún no hemos abordado el tema —hablar de él es tal vez el mejor modo de superarlo—. Es como si estuviésemos dando vueltas en círculo a algo que nos atrae y atemoriza al mismo tiempo. Ahora sí que tendrá motivo para la poesía, esa tardía y oscura afición que, como una enfermedad incurable, ha aparecido en él desde hace un par de años, un deseo que lo ha convertido en un ser trascendente y algo pedante. Sí, quizá la poesía ha terminado por socavar los terrores de su memoria y ha sido un pretexto más para extender la soga en una de las ramas del manzano que estuvo a punto de ahogarlo.

Sí. Bernie, un ser extraño que oculta con su corteza de cascarrabias un alma sensible, desamparada. Pero esa susceptibilidad suya no da horizonte a sus versos. No. Aun sin ser yo un entendido en el arte lírico, la primera vez que escuché sus composiciones no fui capaz de decirle lo que realmente pensaba de esos poemas insoportables, afectados por una inconsciencia y una falta de conocimientos que caían por su propio peso. No le dije la verdad, porque la euforia que desprendían sus ojos era tan abultada que consideré que mi veredicto podía ser altamente desolador. Así que eché mano de un cinismo blando —está muy bien, quién iba a decir que un tipo tan bruto como tú podría tener este talento— que reafirmó a Bernie en su nueva pasión delirante, una literatura de ruinas y de dolor. Aun así, esta inclinación supuso un respiro al furor maniático que hacía tiempo le había entrado por todo lo que tuviese que ver con la Segunda Guerra Mundial. No había semana en la que él no comprase algún libro relacionado con ese horror del que nosotros también fuimos una parte pequeña. Víctimas. Bernie se quedó allí, en ese tiempo, como en una isla desolada, y la poesía, a pesar de ser una nimiedad,

se convirtió tal vez en una ventana pintada en su conciencia, en una liberación, en una luz que no fue suficiente para quitarle la idea absurda del suicidio.

—Te dejo. Voy a cortarme el pelo a la barbería italiana.

—Saluda a Stephano de mi parte.

Cojo la chaqueta del armario y le doy un beso en la frente a Bernie, que se levanta y me acompaña a las escaleras. Como despedida me ofrece una sonrisa triste que crea un rostro nuevo que no reconozco; es como si dentro de él habitase un viejo fantasma.

Ya fuera del hospital, me subo a un taxi y apenas reparo en el ruido del tráfico y de la ciudad. Nueva York siempre está despierta, como una niña pequeña que no encuentra sosiego.

Mi mente todavía está fija en los ojos agradecidos y melancólicos de Bernie, que ahora parece un ser manso, sumiso. No dejo de pensar en su trágica decisión y en el instante en que me llamó la mujer que le limpia la casa una vez por semana. Escuché aquellas palabras contraídas por la sorpresa y el pánico, y supe que la fuente de aquel terrible intento venía de muy lejos, de los años de la guerra.

Bernie y yo luchamos juntos en la Segunda Guerra Mundial. Él era el conductor del jeep de nuestra unidad fotográfica y más de una vez sintió el aliento de la muerte, ese mordisco atroz que se llevó a muchos de nuestros compañeros. Pero el origen de su dolor más hondo echó raíces el mismo día en que liberamos aquel maldito campo de concentración. Ese fue un impacto mayor al del campo de batalla. Desde entonces a Bernie se le fue un poco la cabeza, y me ha confesado a menudo que no hay noche en la que no sueñe con la muchacha que murió en sus brazos y se sumó a aquellas hacinas de cadáveres amontonados ante nuestros ojos sorprendidos. Tengo la certeza absoluta de que ahí, ese día, en esa herida abierta, cuando la vuelta a casa ya era mucho más que un deseo, surgió su impulso suicida y perdió todo el miedo a la muerte. A veces incluso pienso que Bernie buscó conscientemente la bala de aquel alemán acorralado y que la cojera de su pierna derecha fue para él una desgracia benévola, un regalo que le aportó una pensión vitalicia con la que va tirando desde entonces, como él dice, sin dar golpe. La muerte de aquella muchacha fue algo terrible para él. Una lástima. Un pozo del que ya nunca consiguió salir. Una desgracia que Bernie siempre quiso ocultar viviendo solo y manteniendo, como una promesa, esa suerte de invencible celibato que creció cuando supo que Lucinda, la muchacha de mirada alegre que él llevaba en el bolsillo del uniforme como un tatuaje en blanco y negro, había aprovechado la guerra para escaparse con otro. Aquello fue muy duro para él y, durante un tiempo, le agrió el

carácter. Después vinieron otras oportunidades, sí, pero él enrocó su corazón y no entregó de sí mismo más que pequeños pedazos. Y tengo que reconocer que, pese a su edad y a un ligero exceso de peso, Bernie todavía encandila y es un tipo alto y atractivo, con éxito entre las mujeres. Por su pequeña casa de Dooley Street han pasado muchas que no fueron capaces de derrumbar su severo corazón. Siempre pensé en esa falta de compromiso como en un arma defensiva ante ese miedo a que nuevamente lo dejen solo. No lo sé. El caso es que Bernie me ha hecho mucha compañía, sobre todo, en los últimos meses. Las conversaciones absurdas que mantenemos acaban, inevitablemente, en desacuerdos, porque los dos somos muy distintos. Él es terco como una mula y no hay modo de convencerlo. Creo que, aunque estuviese viéndole sus intenciones suicidas, no sería capaz de quitarle de la cabeza esa idea lunática. Estoy seguro. Pero ahora no puedo abandonarlo. Bernie es mi mejor amigo. Él arriesgó su vida para salvar la mía. Eso no podré olvidarlo nunca.

El taxi me deja en la esquina de Church con Rogers Avenue, enfrente de la barbería italiana, situada en el local que perteneció a papá y que desde hace un tiempo le he alquilado a Stephano. En cada rincón de este lugar, que está a tiro de piedra de casa, se amontonan los recuerdos. Aquí aprendí lo más importante del oficio y a veces incluso tengo la sensación de que papá y yo fuimos capaces de embutir la ciudad entera en el interior de la cámara fotográfica.

Al entrar, saludo a Stephano de parte de Bernie. Y el barbero, sin dejar de atender a un cliente, me mira de reojo.

—¿Cómo está?

—Pasado mañana le dan el alta.

—Aún no puedo creerlo. Un tipo tan fuerte y cabal. ¿Cómo pudo perder la cabeza de ese modo?

Aguardo mi turno justo en el mismo lugar donde papá hacía sentar a los clientes para hacerles la foto y cierro los ojos para ver, con claridad precisa, aquellos lienzos agujereados de cartón piedra que creaban la ilusión de paisajes lejanos. Recuerdo que las escenografías que más éxito tenían eran la de los Campos Elíseos con una Torre Eiffel un poco torcida y la de un pequeño avión de tres plazas. Allí, como viajeros avezados, se asomaban familias enteras que confirmaban sus fantasías aventureras y posaban hieráticas, contrayendo sus gestos, incluso intentando imaginarse otras identidades.

No sé qué habría pensado papá si pudiese ver el uso que hoy, en 1982, se le está dando al local. Con certeza, dejaría caer algún reproche con aquella poderosa y un poco afectada voz que ya hubiesen querido para sí muchos predicadores.

Cada vez que se abre la puerta, dentro de mí se despierta el deseo de ver entrar a mi padre con todo su material fotográfico y aquellos relucientes zapatos suyos, en los que se reflejaba el mundo entero. Su presencia se impone en mi memoria y me resulta fácil imaginármelo con su traje cruzado y aquellos sombreros tan elegantes que hacían de él, más que un fotógrafo, una suerte de actor de cine. La ropa era para él una obsesión. Recuerdo que, cuando dejé los estudios y comenzamos a trabajar juntos, la mayor de sus preocupaciones no parecía ser mis progresos en el oficio, sino la ropa que yo me ponía. Más de una vez me llevó a las tiendas de la Quinta Avenida y entró conmigo para dar su visto bueno a aquellos trajes que yo probaba con resignada angustia. Para mí eran como una armadura medieval. No me gustaban nada, pero también tengo que reconocer que esta fue la única tiranía que ejerció sobre mí. Mi padre era un profesional y con él aprendí todo lo necesario para convertir un oficio en arte. Este local fue el taller perfecto para un adiestramiento que después me sirvió en la guerra para ganarme fama y prestigio. Y cuando las fotos salían sin firma en la revista del ejército The Stars and Stripes, sé que papá era capaz de reconocer las mías y de sentir un profundo orgullo por mi trabajo. No me cabe la menor duda. Su propia sombra estaba detrás de cada una de las fotografías que yo hacía.

Sin el mostrador y los tabiques divisorios, hoy veo el local con los ojos desenfocados de la infancia, que fijan la realidad con una medida mucho más grande y exagerada, hasta el punto de que esos cuartos pequeños donde amontonábamos fotos y material son en el recuerdo espacios enormes por los que aún se pierde mi imaginación.

Stephano tiene la radio en un estante al lado del espejo, casi a la altura donde estaba el mostrador. Mi padre también solía tener encendido aquel viejo aparato que nos traía el mundo a la tienda. Las noticias y la música iban tejiendo nuestras conversaciones y suscitaban en mi padre una charla mundana con la que intentaba impresionarme. Lo que más me gustaba de él era la pasión que era capaz de infundirle a aquellas fotografías de estudio, como si supiese que el tiempo iba a obrar sobre ellas de un modo artístico. “Cada foto, hijo, encierra una historia y tú tienes que sospechar la intimidad oculta e inalcanzable de ese gesto huidizo”. Sí, papá era un artista y sabía arrimar las palabras a su oficio. Aquí, en esta barbería, estaba mi universidad y la voz de papá tenía esa didáctica intuitiva que acostumbran a tener algunas personas. Escucharlo era todo un magisterio.

Ahora la voz del locutor es capaz de arrastrarme fuera del pasado y me hace escuchar la entrevista en la que Larry Bird parece convencido de que les ganarán a los Knicks. Desde lo del suicidio no he vuelto al estadio. Me encanta acudir con él al Madison Square Garden, montados en el viejo Chevrolet del año cuarenta que cruza East River como un pez rosa. Al acabar el partido acostumbramos a llenar el buche en la bolera de Bowlmor Lane, tanto si los Knicks ganan como si pierden, y acabamos hablando de los viejos tiempos, de ese período concreto de la guerra en que parece concentrarse una parte importante de nuestras vidas. Con la nostalgia achispada de cerveza, lanzando los bolos en busca de strikes, más de una vez hemos hecho recuento de todos los muertos que vimos caer en el campo de batalla, un inventario de ausencias que nos expulsa y, de algún modo, nos culpa.

Ojeo una revista de viajes y me lamento de lo malas que son las fotografías. Ady las haría mucho mejor. Con certeza. Estoy tan orgulloso de ella como papá llegó a estarlo de mí al final de su vida. Ady es un eslabón más, un eslabón cualitativo en esta cadena fascinante que ha engarzado a nuestra familia, este ejército de fantasmas en busca de sombras. No hace mucho que ella ha renovado la agencia y, como cada vez tiene más trabajo, a veces me gustaría poder ayudarlos, pero ya he perdido la ilusión y las ganas por el oficio. Además, sé que mi concurso no es preciso. Estorbaría. Sí, esa es la impresión que tengo en todas partes, que soy un estorbo. Incluso aquí, en la barbería de Stephano, me siento un intruso. Y cuando Ady me insiste para que vaya a vivir con ellos a su apartamento de Manhattan, rechazo la invitación, porque de ningún modo quiero deshacerme de la casa que mis padres le compraron a un comerciante de Downtown, ecléctica y levemente suntuosa, con techos altos y enclavada como una pequeña catedral en el interior de una arboleda de New York Avenue. Reconozco mi terquedad y que la casa es enorme para mí solo, pero en medio de esas paredes tengo un sentimiento de pertenencia que me hace perder la sensación de intrusismo que me asalta en cualquier otro lugar. En esta casa crecí y en cada rincón de Brooklyn hay esparcidos recuerdos que, cada cierto tiempo, recupero como si fuesen algo físico, como fragmentos de fotografías borrosas y dispersas por la mano del tiempo.

Hoy estoy que no me tengo en pie. No he dormido bien y he tenido alguna pesadilla que ha llegado a despertarme de madrugada. Son muchas las noches que me sobresalto justo en el instante en que estoy enfocando la batalla. El somnífero ya no me hace el mismo efecto que al principio y me niego a ir al médico. Así que hoy tengo en las piernas una especie de plomo derretido. La primavera se ha presentado calurosa y estoy desganado. Cuando abandone la barbería compraré la prensa, me apalancaré en el balancín y me beberé todas las cervezas necesarias para quedar aplastado por el sopor de una borrachera.

De repente, en la calle suena el escandaloso chirrido de unas ruedas que arrastran la queja de una frenada delante del semáforo en rojo. Un segundo después, se sucede el golpe seco de la chapa de dos coches. El accidente tensa la muñeca de Stephano que, casi sin darse cuenta, hace una pequeña incisión en la mandíbula del cliente, un tipo rubio de unos sesenta años que escupe un odio blasfemo con un acento torpe que delata su condición extranjera. Sus palabras restallan como un latigazo y el pobre Stephano no sabe qué hacer para disculparse, pero el individuo lo envuelve con el metal de sus ojos duros y se quita la crema con un paño antes de marcharse a toda prisa. Yo, que hasta ese instante no había reparado en su rostro, compruebo ahora la hostilidad de esos ojos azules y, sobre todo, el costurón del labio superior que, como un ciempiés, está situado en el mismo lugar que la cicatriz del retrato que guardo en una carpeta en casa. Me quedo mudo, como paralizado por algún tipo de terror, y me pregunto si ese hombre, que acaba de imponer su insolencia con voz sañuda, será el mismo hombre del retrato, que huyó del pasado para construirse un nuevo destino en Nueva York.

Me incorporo y me acerco al escaparate, como a una pantalla de cine, no para ver los estragos del accidente, sino el paso enfurecido de ese hombre que camina con altivez marcial y disciplinada.

—¿Quién es ese tipo, Stephano?

—No lo sé. Habla poco. Es la segunda vez que lo veo. ¡Mira cómo se ha puesto por un simple corte, joder! ¡Que lo parta un rayo!

—¿Sabes cómo se llama?

—Creo que Hans. Es alemán.

No es el nombre que yo esperaba oír, pero tampoco pierdo la esperanza de que se trate de la misma persona que figura en el retrato y que simplemente se esconde en otra identidad. Hans, Hans… Ese nombre, tal vez postizo, suena como el repique de una campana. Una campana del infierno.

—¡Y el muy cabrón no me ha pagado!

Espero a que el enfado de Stephano vaya remitiendo para preguntarle a qué se dedica.

—No tengo ni idea.

La necesidad desesperada de seguirlo me hace abandonar la barbería y, ajeno a la discusión y al tumulto que se han armado a raíz del accidente de tráfico, camino a paso ligero por la calle. Algo sanguíneo tira de mí. En mi mente solo existe la intención de dar alcance a ese hombre que me ha provocado un vuelco en el estómago y me ha traído el recuerdo nauseabundo de un pasado que siempre ha permanecido al acecho, como un animal dispuesto a saltar.

Tras pasar por la iglesia y el colegio de Holy Cross, logro situarme a unos treinta metros de él e intento avanzar a su mismo ritmo, imitando la rigidez castrense de su modo de andar, trazando zancadas como si pretendiese hincar los pies en el suelo o estuviese calculando la topometría de Church Avenue. Cuando tuerce a la derecha por Bedford Avenue, lo pierdo de vista por un momento y apuro el paso, porque tengo miedo de que entre en algún lugar. Pero no. Ahí va, derecho como un poste, ajeno a mi persecución, manteniendo un ritmo constante que me hace echar los hígados, porque no estoy acostumbrado a estas prisas. Durante más de veinte minutos de caminata por Bedford Avenue, un sudor frío va cubriéndome la frente. Estoy doblado y, por suerte, el alemán se detiene justo ante los bloques de apartamentos Ebbets Field, el solar que había sido el hermoso estadio de los Dodgers, donde Bernie y yo solíamos ir a ver jugar al fantástico Jackie Robinson, aquel nieto de esclavos, el primer negro que jugó en las grandes ligas de béisbol, que tantas tardes de gloria le dio a Brooklyn y a América. Recuerdo que cuando los Dodgers se mudaron a California, Brooklyn ya no fue el mismo y Bernie y yo cambiamos el béisbol por el baloncesto.

El alemán saca las llaves para entrar en uno de los portales de este edificio de casi treinta pisos. Yo me quedo sentado sobre el capó de un coche con la doble intención de vigilar y reponer fuerzas. En las paredes de mi pecho martillea el corazón con una fuerza que sería suficiente para hincar un clavo, y en mi espalda varias gotas de sudor trazan su particular parábola. A pesar de que la carrera no ha llegado a media hora, estoy tan exhausto que durante un momento no sé siquiera si podré levantar mi cuerpo del capó. Y menos mal que no se ha desatado la maldita tos; si lo hiciese, me dejaría tirado en la calle como un perro sarnoso. Ni se me pasa por la cabeza la posibilidad de un cigarrillo. Y así, a punto de desmayarme y empapado en sudor, necesito casi veinte minutos para recuperar el aliento y acercarme al portal, que tiene varias placas metálicas con nombres de abogados, médicos, e incluso una agencia de detectives privados. Registro los rótulos con inquietud buscando el nombre de Hans o, en su defecto, alguno de origen alemán. No hay suerte y me entrego a la sospecha de que tal vez el hombre viva en este edificio y me decido a timbrar en varios negocios hasta que me abren el portal. Con furtiva avidez, procedo a la lectura apresurada de los buzones de correos y, tras unos instantes de búsqueda infructuosa, me siento en un banco y aguardo con paciencia a que el alemán abandone el edificio. Tengo todo el tiempo del

mundo, aunque soy consciente de que mi cuerpo no va a permitirme otra persecución tan acelerada. Estallaría.

Para camuflar de algún modo mi acecho, me acerco a un quiosco en la esquina de Montgomery Street y compro The New York Times. Me apoyo en la pared de una farmacia que está ante el edificio y reparo en el fluir de personas que entran y salen. No soy capaz de concentrarme ni siquiera en los titulares de las noticias. Tengo miedo de que mi hombre salga en cualquier momento de distracción.

Pasadas dos horas de vigilancia ininterrumpida, mi cansancio ya no es físico sino mental. La decepción se ha instalado en mi interior y me pongo a pensar en que quizá no se trate de la misma persona o que el alemán, consciente de mi acoso, permanezca escondido en alguno de esos pisos, vigilándome desde una de esas ventanas en las que se refleja la luz del sol.

Vuelvo a situarme ante el portal e inspecciono por última vez los nombres de las placas y, cuando estoy a punto de marcharme, repentinamente un destello de lucidez hace crecer dentro de mí la indignación. ¿Será posible que pueda ser tan estúpido? ¿Cómo no me he dado cuenta antes de la posibilidad de que el hombre tal vez continúe ejerciendo la misma profesión que en Alemania y su nombre particular quede desvanecido en el interior del de una sociedad? Vencido por esta intuición, anoto el teléfono de la única clínica dental que hay en el edificio y camino lentamente por el borde de la calle mientras un rencor rabioso comienza a crecer sobre mi asombro.

IV

María camina pegada al río y a la niebla algodonosa que, como una sábana inflada de aire, va cayendo sobre los abedules. Avanza a pequeños saltos, como una niña, extenuada por fantasías melancólicas que la hacen regresar a su Rianxo natal, donde se quedaron parientes, amigos y ese testarudo novio suyo que se negó a emigrar con un orgullo terco e ignorante. "Para qué quieres más mundo, Mariquiña. A mí ya no me cabe este en la cabeza". Idiota, más que idiota, piensa ella.

A pesar de la nostalgia, cada día está más satisfecha de su decisión. Ya han pasado dos meses desde su llegada y no tiene queja. Vive como en una aldea, en un cuarto de la pequeña casa de madera que su tío Manuel ha alquilado en Smithtown. Lo peor es que las palabras de este idioma suenan como el estallido de una carquesia cuando arde. Ella lo suple con la elocuencia de sus gestos. Se expresa con el cuerpo. Su físico es un perfecto sistema de comunicación.

Su tía Esperanza, que limpia la casa del doctor Thomas Rosenfield, intercedió para que la contratasen en el hospital y María ya lleva un mes limpiando pasillos y habitaciones con un optimismo que sacude parte del aire pesado y triste que lo embarga.

Cada mañana, María lanza una mirada ansiosa sobre la calle arbolada y camina pegada a la orilla del río porque su presencia toca su imaginación y cree estar en la playa de A Torre, donde terminan las andaduras serpenteantes del río Te, allí, en el mismo lugar en que don Antonino situaba la fortaleza del viejo Señor de Rianxo, una construcción dotada incluso de puente levadizo y torre del homenaje a la que pusieron fin las luchas irmandiñas. María no asistió muchos años a la escuela, pero recuerda bien el poso romántico de aquellas historias narradas por el maestro. Sobre todo, el romance del soldado y la doncella que duerme eternamente en una de las torres del castillo. Sí, así es como se siente María ahora, como esa doncella enamorada a la que solo le falta el aliento de los altos de O Campelo y los misterios que caen de A Muralla. Está feliz y se acerca al hospital sin saber todavía la revolución que su alegría feroz va a desencadenar.

Desde el primer día, los enfermos repararon en su presencia festiva y la han aceptado con cierta familiaridad. María los saluda a todos, tanto a los que buscan la soledad de los rincones con miradas duras, como a los más indefensos que la abrazan con la nostalgia abierta de sus mundos errados. Ella teje en su idioma absurdas conversaciones con esa mujer que retuerce los ojos y parece querer salirse de sí misma; con ese hombre que fuma ansiosamente en las esquinas, temeroso de que lo pueda ver

su padre; o con ese grueso anciano que pasa las horas repartiendo bendiciones porque cree que es el Papa. Y, en estas charlas sin sentido, María nunca sabe si lo que le dice ese hombre tembloroso de largos hombros tiene más sentido que el silencio de esa mujer agarrotada que no aparta su mirada de la ventana. A María no le importa. Es feliz porque sospecha que en pocos años podrá reunir el dinero suficiente para volver y montar una tienda de ropa. Sí, esa es su ilusión, comprar media docena de máquinas Singer y vestir al pueblo.

Mientras limpia con eficiencia, construye los sueños con un orgullo de tierra e interpreta canciones que la devuelven a casa. Y es la pasión de estas melodías la que barre la tristeza de muchas habitaciones y deja en ellas un rastro alegre que permanece, como la resonancia pausada de una melopeya. Las enfermeras y algún médico la alientan y le dan ánimos para que cante todo lo que quiera. La mayor parte de los enfermos sonríen cuando la escuchan. Eso la hace sentirse bien. Es como si su música también formase parte de la terapia.

Aun así, durante la primera semana la sensibilidad de María se dio de bruces con una realidad dura para la que se creía preparada. Lo pasó realmente mal, porque justo al segundo día, cuando todavía le pesaba infinitamente su responsabilidad, vio que en el pabellón norte descolgaban a una pobre loca que por la noche se había quitado la vida, y sintió el desafío de sus ojos abiertos. Esa muerte esparció sus efectos durante dos días y envenenó el hospital con su aliento ebrio, porque los enfermos agudizaron sus delirios y sus voces crearon la impresión de un murmullo de cristales rotos; incluso el joven catatónico que intenta desgarrarse la garganta para expulsar el demonio que lleva dentro, despertó de su letargo y se puso a agitar los brazos con aspavientos inverosímiles y torpes. Esa semana, cuando al término de su jornada abandonaba el edificio, María arrastraba consigo la roca de una tristeza contenida y, aunque es verdad que también en su pueblo hay tres o cuatro chiflados a los que no les rige demasiado el seso, los enfermos de este hospital están concentrados en sus abismos y no tienen, como aquellos, la oportunidad de pasear su locura por las calles con la triste complicidad de sus vecinos.

Eso sí, el hospital es espectacular y está rodeado por verdes campos donde los enfermos, siempre tutelados por personal sanitario, practican todo tipo de deportes e incluso pasean junto al río como si se hospedasen en el lujoso hotel de sus vacaciones. María jamás había visto unos techos tan altos y unos salones repletos de los mismos muebles que aparecían en las películas que en su pueblo proyectaban en el cine de Rubén o en el Avenida. El edificio es como un blanco palacio de mármol en el que todo es refinado y distinguido. Los pacientes deben de pertenecer a familias extremadamente ricas y María no termina de creer a su tía Esperanza eso de que un solo día de estancia

de cualquier enfermo ya cubre el mes de una limpiadora como ella. El negocio de la locura.

La impresión de los primeros días la afectó, pero María ha ido acostumbrándose a todos esos rostros, y constantemente intenta descifrar el mensaje doloroso que late en el fondo de todas esas palabras alucinadas, en las que también se ocultan los rudimentos de un idioma que tiene que aprender.

Hoy atraviesa el portalón metálico del hospital y ve al jardinero italiano regando. No le agrada este rezongón que, más que un trabajador, parece un paciente. No tiene aspecto de hombre feliz, pero es escrupuloso en su oficio, profesionalidad que intenta imitar María, a la que sí le gusta limpiar. Sabe que su trabajo empieza a ser reconocido. El doctor Rosenfield así se lo ha hecho saber a su tía Esperanza.

Antes de entrar por la puerta principal, María repara en el lustre metálico de las vidrieras a las que les ha dedicado toda una mañana y se siente orgullosa de haber limpiado con tanto detalle esa galería que ilumina la entrada y las hermosas escaleras de mármol. Justo al traspasar la puerta, una enfermera le dice algo que no entiende muy bien, pero María sonríe y su sonrisa tiene la apariencia de una respuesta. Se cambia de ropa en el cuarto de la limpieza y comienza la tarea casi media hora antes de lo establecido. A las compañeras no les gusta nada su buena disposición. No es la primera vez que se adelanta. Tiene miedo de llegar tarde y, como por el momento este es su único trabajo, no le importa comenzar antes de tiempo. Quizá más adelante, cuando le busquen alguna casa, tendrá que ajustar el tiempo como lo hace su tía Esperanza que, ella sola, lleva la limpieza de cinco casas y ha debido de ahorrar ya dinero suficiente para poder regresar.

Mientras limpia el primer piso, María se topa con el pintor y lo saluda. Si no fuera por los labios temblorosos y esa manía de mirar al suelo, como si dentro de la cabeza tuviese una piedra, no parecería un loco. Tiene el idioma portugués como segunda lengua y eso hace que él sea el único enfermo con el que puede mantener charlas enteras. Ricardo, que es como se llama, desglosa para María el censo de los enfermos y diagnostica desde el interior de su locura todos los delirios ajenos: que si aquella mujer mató a su hijo porque le recordaba a su marido; que si el fumador empedernido es un violador de ancianas; que si la joven de los ojos abiertos como platos ya hace tiempo que ha muerto; que si ese hombre descomunal que tiene puesta la camisa de fuerza es un escritor de prestigio que, como le niegan la posibilidad de escribir, escupe hermosas palabras para quien quiera cogerlas al vuelo, versos que parecen provenir de la sangre que se le imprime en las venas del cuello como un conducto que da salida a su rabia interior; que si aquel hombre de la silla de ruedas, que dispara a todo lo que se mueve

con el arma ficticia de su dedo índice, estuvo en la guerra del Vietnam y no deja de protestar por la falta de agradecimiento nacional a su figura… Pero a María lo que la aproxima a este pintor portugués no es el significado de sus palabras, ni su arte para esbozar rostros desfigurados que se perfeccionan en la distancia, sino la música sibilante de su lengua, gozosa de mareas y gaviotas posadas en sus labios. Su idioma es un regreso.

—¿Qué está pintando?

—El fantasma de mi padre.

—¿Cuándo va a pintarme a mí?

—Cuando tenga fantasma.

María ríe con su risa de cascabeles y se pone a cantar. Algunos enfermos abandonan el comedor y quedan atrapados por el estribillo pegadizo de la canción. Una pareja se acerca a la música y ensaya un baile con una torpeza conmovedora. Sin interrumpir la magia del instante, María continúa cantando y observa cómo él, un ser desgarbado y enorme, estrangula en su abrazo a una mujer enjuta de pelo rapado y con la lengua fuera. La luz de la primavera que entra por los grandes ventanales del hospital captura la tragedia de sus sonrisas y obliga a María a continuar con el trabajo. A pesar de todo, sigue cantando para mantener la euforia de ese baile, y no se da cuenta de que acaba de entrar en el cuarto donde nunca canta y donde está esa mujer, la señora Mulisch, que lleva poco más de un año internada y de la que apenas sabe nada, solo que tiene una atención constante y especializada y que pertenece a una familia rica. El dinero privilegia su enfermedad. Ocupa uno de los mejores cuartos, de ventanas con vistas al río y al esplendor de un campo en el que se abren las margaritas y el verde alegre de la primavera. Pero la pobre apenas entiende las delicias del paisaje ni de la vida; la cabeza le cuelga sobre los hombros y parece hundida dentro de sí. Una enfermera le contó a María que en todo el tiempo que la señora Mulisch ha estado internada en el hospital, nadie le ha oído jamás pronunciar ninguna palabra, excepto el murmullo ininteligible de algo que quiere ser una canción o la rutina memorizada de una plegaria, el único hilo que parece unirla al pasado. A María esta mujer le da mucha pena. Es como una casa con las puertas cegadas donde nadie puede entrar. Hay algo doloroso en su mirada que la diferencia de los otros pacientes en los que la vida aún late en forma de locura o extrañeza. La tristeza de esta mujer es algo estático y solemne que impresiona. Es una hoja en blanco que el viento arrastra por los pasillos del hospital. Camina todos los días por una ruta invisible que tal vez su delirio memorizó y se sienta a menudo en los bancos para reponer

fuerzas. Cuando alguien le habla, ella apenas levanta la mirada y solo responde con ese murmullo triste que es como una coraza de cristal que la protege del mundo exterior. Lo curioso es que ese cuerpo lento y enfermo cambia de un modo increíble cuando le sirven la comida. En ese momento, sus músculos flácidos se tensan porque una especie de ansia excita su mirada y la lleva a engullir los alimentos con una voracidad de naufragio. María ha reparado en esa urgencia y en el modo en que la pobre protege el plato con su cuerpo, temerosa tal vez de que alguien le robe un pedazo de carne o de fruta. Y después de la comida, toda esa vehemencia desaparece en un efecto retráctil y su cuerpo mengua hasta una realidad quebradiza donde su único puntal ya solo parece ser el de su mirada vacía.

Así, cada vez que entra para limpiar esta habitación, María reprime el entusiasmo de sus cantinelas como si alguien le tapase la boca. Sin embargo, hoy, quizá un tanto despistada por la pareja bailarina del pasillo y porque ha recibido la primera carta de los suyos, María no es consciente de dónde está y entra dibujando con la escoba los sinuosos pasos de un baile improvisado. Y todavía tarda un instante en darse cuenta de que su voz asola la tristeza del cuarto y pone un brillo extraño en los ojos de esta mujer devastada por algo mucho más fuerte que la nostalgia o el dolor. Es este resplandor mínimo, este relámpago apenas perceptible, el que anima a María a seguir entonando no solo la melodía de su tierra sino también a ejecutar su coreografía apasionada. Y justo cuando entona el estribillo siente un escalofrío en la espalda porque la señora Mulisch, de repente, pega su voz a la suya con una suave violencia. María, atónita, se vuelve para ver si la enferma acierta con las palabras. Y aunque no hay una escrupulosa precisión de la letra, la señora Mulisch parece despertar de un profundo sueño haciendo uso de un idioma ajeno. María, asombrada, la mira con incredulidad, y se le cae la escoba cuando ve que los ojos de la mujer se anegan de agua y de una luz insospechada. Así, espantada, María sale a la carrera para avisar a las enfermeras del milagro que la canción acaba de provocar.

V

El hallazgo de la carta me retiene en casa un buen rato. No me canso de registrar su caligrafía nerviosa y la corrección con que está escrita. Me llaman la atención el empleo de algunas metáforas y el estilo literario de su fraseo corto, alejado del uso administrativo y frío de una época en la que se consumía buena parte del texto con circunloquios hechos por una convención antigua y envarada. No. La carta de la tía tiene el don de la espontaneidad y, al mismo tiempo, la facultad de una desmembrada melancolía. "Para mí la soledad es un refugio. Ya nada parece afectarme. Solo aguardo con ansia mi momento". Su letra estremecida fuerza en mí la imagen de mi tía sola en su celda, encogida por el frío y la enfermedad, apretando la madera del lápiz, como si fuera una prolongación de su hueso, dejando que el grafito substancie en la cuartilla el último dolor de sus palabras mientras estudia de reojo, y con algún tipo de ternura resignada, la fotografía de su sobrina recién nacida. Sospecho que esa foto mía que papá le envió es la misma que inaugura mi álbum y en la que estoy acostada en un cochecito enorme con las manitas posadas sobre un elefante bordado en el embozo, ejecutando una sonrisa que me engorda las mejillas y sella mis ojos.

Pensar que esa imagen pudo ser algún tipo de consuelo en su muerte precipitada, me produce una mezcla de rabia y orgullo, e imagino a mi tía llevándola consigo en el pecho hasta un patio frío y solitario donde una descarga de balas busca su vida y la deja tendida bajo una lluvia menuda que va borrando poco a poco el remedo de su sonrisa.

Dominada por una furiosa indignación, siento que debo inspeccionar todos los cajones de la casa en busca de más rastros físicos de la tía. Está muy claro que jamás se cumplieron sus deseos expresos: "Pase lo que pase, cuéntale la verdad". Papá nunca me dijo nada. En el fondo de esas palabras de la tía late algún tipo de miedo premonitorio y quiero intuir esa verdad, y soy capaz de sospechar lo peor. Lo que más me sorprende es la noticia de ese primo mío que murió al nacer y para el que ya existía un nombre previo: Pablo. Nunca había escuchado hablar de él, pero ese parentesco revela la certeza del embarazo de la tía a una edad temprana, circunstancia que añade más confusión y dudas, sobre todo por la coartada durísima de sus palabras:

Aún sigo pensando que su muerte quizá haya sido lo mejor. Su alma es ahora una mariposa que aletea en libertad. Sabes que yo nunca quise ser madre. Y menos en unas condiciones y en un tiempo tan terribles. En todos estos meses he visto cosas tan espantosas que te sería necesaria toda la fe del mundo para poder

creerme. He visto enloquecer a unas cuantas mujeres después de soportar lo más ruin que se le pueda hacer a un ser humano, algo tan despreciable como el caso de una comunista a la que un falangista le arrancó su bebé de las manos y aplastó su cabecita contra la pared y todo porque el pobre no dejaba de llorar; o el caso de una anarquista a la que dejaron dar a luz y a continuación, uno a uno, con brutalidad desalmada, le fueron cortando los dedos al pequeño para que ella cantase el paradero de su marido, pero la pobre no dijo nada ni esa noche ni nunca más, porque perdió el habla y murió de tristeza a los pocos días… Podría seguir hablándote del Mal y acabaría por convencerte de que hay algo indigno por nuestra parte en traer al mundo a un niño para dejarlo expuesto a tantos peligros. Es inmoral que los infelices tengan que soportar tanto dolor e infortunio. Sí, cada vez estoy más convencida de que la muerte de mi hijo fue lo mejor. No te lo tomes a mal, Diana tal vez tenga una buena estrella. Asunción la cuidará y sabrá protegerla.

Una y otra vez repaso los álbumes y registro en la memoria de las fotografías alguna sombra de mi tía, la materialización de ese fantasma que ahora quiere hablar. Y, de repente, cuando la veo muy joven en una foto amarillenta, un recuerdo vivo se enciende en mi inconsciente y me devuelve a la niñez, al mismo día en que comenzó mi verdadero interés por la tía, justo cuando, a mi regreso del colegio, la abuela Luisa estaba llorando y me hacía creer que esa emoción tenía que ver con lo mucho que yo había crecido o con el simple gesto de soltarme el pelo. Pero la violencia de su mirada y las urgencias para persignarse tenían otra razón de ser. Lo supe esa misma tarde cuando la abuela, con esta misma fotografía temblando en su mano, le dijo al abuelo Gregorio: "¿Has visto cómo se le parece? Es clavada a ella". Desde ese día me acostumbré a despertar el llanto de la abuela Luisa con mi sola presencia, y me tomé un interés cierto por la persona a la que tanto me parecía. "Laura murió de tuberculosis en 1939, el mismo año de tu nacimiento". De tuberculosis, sí, a la edad de diecinueve años, esa era la única respuesta a todas mis preguntas. El abuelo eludía el tema y la abuela solo contaba de ella que era muy testaruda, pintaba de maravilla, le gustaba leer, escribía a máquina, se pasaba el día haciendo fotos extravagantes y era muy dada a los idiomas —aparte del inglés, que había aprendido con sus abuelos, estudiaba alemán y francés en el colegio y era capaz de hilar conversaciones en estos idiomas—. Lo demás era todo un misterio. Papá tampoco hablaba mucho de su hermana, y yo a duras penas conseguía sacarle algún detalle referente a la poderosa personalidad de la tía y a los muchos encontronazos que solía tener con su padre, mi abuelo Gregorio. Y así, poco a poco, la familia se negó a prestarme sus recuerdos y construí en mi resignación una idea abstracta de la tía. Recopilé las pocas cosas que ella había dejado, objetos callados que contenían su secreto: la máquina de escribir, una muñeca de porcelana semejante a la

que la familia le regalaba a Mercè en sus cumpleaños, un gramófono de maleta Linguaphone con un disco de pizarra para aprender alemán, una pulsera de monedas de plata, una edición alemana del Fausto, otra francesa de Los miserables, el libro Veinte poemas de amor y una canción desesperada de Pablo Neruda con una dedicatoria de alguien que debió de regalárselo, un par de diarios que recogen noticias de la época, esbozos hechos a lápiz, fichas ilustradas de películas estrenadas en el Capitol y una hermosa cámara fotográfica de piel que en su interior oculta un fuelle de acordeón.

Abro el cajón de una casa de muñecas y saco un cuaderno en el que guardo alguna de esas extrañas fotografías hechas por la tía: una del tío Josep, que a la abuela Luisa no le hacía ninguna gracia, porque en la sonrisa torpe de su hijo anidaba la evidencia del retraso, un barco de papel que naufraga en el serpentear apresurado de un arroyo y fomenta una curiosa impresión de tragedia, varios globos aerostáticos perdiéndose en el cielo, una pequeña embarcación entre los juncos de un río, la mano de un adolescente que rechaza el disparo de la cámara con un gesto como de dolor, el marco limpio de una ventana, las huellas de unos pies dibujados sobre la arena de una playa, la simetría perfecta de cuatro gaviotas alineadas en el amarre de un barco, la cara hermosa de una mujer de unos cuarenta años y el rostro intrincado de un viejo marinero. Conservo también tres fotografías en las que la protagonista es mi tía: una, con apenas dos años, sentada sobre un caballo de madera y el fondo difuminado de un paisaje pintado; otra a la edad de diez años, el día de su primera comunión, y la tercera, tomada en la playa, verano de 1936, es decir, a los dieciséis años, cuando su hermosura ya había estallado en todo su esplendor. Esta última imagen es mi preferida porque en ella es fácil advertir su extraordinaria belleza. Y así, mucho antes de llegar yo a esa edad, observaba la luminosidad de esos ojos claros, la densidad ondulada de su cabello, la perfección de una boca en la que arde una sonrisa suntuosa, y sospechaba que pronto, con la misma exactitud con que nuestros rostros se habían igualado a los diez años, yo también sería así, y me veía en esa edad aún distante con una alegría próxima. Pero con los años nuestras bellezas se alejaron un poco y el tiempo y el silencio fueron echando tierra por encima de los recuerdos y de las esperanzas, y acabé perdiendo el interés por esa tía que había fallecido tan joven y que era una especie de hierro candente en la historia de la familia.

Ahora, en 1982, tantos años después de aquellos días en que mataba el tiempo tecleando en la vieja Underwood portátil las frases originales de Goethe o los circunflejos de Victor Hugo, cuando las fotografías y el recuerdo de aquella hermosa tía tuberculosa ya habían quedado arrumbados en los cajones de mi infancia, la aparición de la carta deja al descubierto la memoria familiar y el posible fanatismo de los abuelos,

que hasta el mismo día de su muerte tuvieron colgado un retrato del Caudillo en la pared del salón.

Con la carta en la mano, como si empuñase un arma, abandono el piso y me subo a un taxi. No solo me asalta la pregunta de qué grave delito pudo cometer mi tía para sufrir condena en la cárcel madrileña de Ventas, sino también la de si murió poco después de firmar esta carta, en la que celebra mi nacimiento y recuerda a su bebé fallecido. Pienso en la política como primer detonante, pero me resulta difícil creer que mis abuelos, pese a su furiosa fe en el franquismo, pudieran abandonar a su hija a un destino carcelario o a una condena que la hiciese desaparecer de su memoria, sobre todo, estando embarazada. Algo terrible tuvo que suceder para que ellos la hubieran repudiado y decidieran olvidarla para siempre como un mal fruto injertado en alguna de las ramas del árbol familiar. También me hago la pregunta de si no sería la propia tía, agitada por una ideología totalmente contraria, la que rechazase a su familia y cualquier tipo de ayuda contaminada por la sombra del franquismo.

Con la cabeza repleta de cábalas, me bajo del taxi y entro en la residencia, un antiguo palacio al pie del parque de la Ciutadella, con jardines rodeando un pequeño lago artificial en el que se bañan unos orondos palmípedos entregados al picoteo pausado y mantenido de las migas que les lanzan los ancianos. Papá está junto a la fuente. Sus brazos cuelgan sobre las ruedas de la silla y parece detener en sus labios el murmullo confuso de una canción. Hoy está contento.

Me siento en el banco junto a él y le tomo las manos con desgana. Me mira como desde otro siglo y, aunque no parece reconocerme, hace esfuerzos por dibujar una sonrisa apagada.

—¿Sabes, papá? He recibido carta de la tía Laura.

—¿De quién?

Me extraña que papá abra siquiera la boca. Sin grandes esperanzas, pruebo a seguir con el juego de las palabras.

—¿De quién va a ser? De Laura, tu hermana.

Papá escucha la noticia y no parece alcanzar su significado porque fija en la fuente la apatía de su mirada bovina.

—¿Quieres que te la lea?

Sin esperar más respuesta que un silencio triste, empiezo la lectura de la carta con una dicción viva y limpia, y dejo caer las palabras sobre la memoria de mi padre como si quisiese horadar su superficie, pero la enfermedad es un refugio en el que no hay espacio para los significados y tengo que conformarme con recorrer sola el territorio movedizo del pasado. Lo que sí hago es levantar la voz cuando llego al párrafo en el que la tía le pide a papá que me cuente la verdad. Empleo una expresión dura en la voz, a modo de reproche, como aguardando un instante de lucidez espontánea en papá, un instante en el que él pueda asumir el peso de su responsabilidad. Aun así, las palabras parecen perderse en el aire y papá apenas alcanza a formular una pregunta carente de sentido, que no espera ningún tipo de respuesta:

—¿Quién es Laura?

VI

Creo que yo soy el más sorprendido de todos. No entiendo muy bien cómo pudo acudir tanta gente al entierro de un ser tan raro y reservado, que nunca recibía visitas y al que se le conocían muy pocos amigos. Con todo, ahí está esa impresionante comitiva en la que destacan algunos intelectuales y políticos de todos los partidos, incluso comunistas, que también le rinden homenaje. Deduzco entre el fragor de las condolencias que el germen de ese respeto radica en toda una vida dedicada a la docencia, a la investigación y a la crítica literaria. La mayor parte de los asistentes fueron alumnos suyos y su presencia aquí es algo tan sencillo como un reconocimiento unánime a su magisterio. Resulta más extraño ver a algunos escritores que sufrieron la instancia severa de mi padre y que muestran su pesar por la pérdida de uno de los lectores más ávidos e inteligentes del país.

Contemplo toda esta dramaturgia fúnebre como un espectador y lo hago con un sosiego y una fortaleza que llegan incluso a asustarme. La música aguda de un violín barre el silencio del camposanto con la "Negra sombra" de Rosalía e impone un temblor solemne que me hace ceder a la emoción, justo antes de que, con una entonación casi furiosa, el hombre de pelo cano interprete en alta voz su panegírico. Es Braulio Cabanas, uno de los pocos amigos de papá, profesor también en la universidad compostelana y editor de todos sus libros de investigación. Entre las palabras exaltadas de su alabanza, el editor inserta en la memoria de papá los atributos de una lucha silenciosa en esa especie de exilio interior que les tocó vivir a muchos intelectuales gallegos tras la guerra. Braulio Cabanas insiste en la inteligencia de papá para soportar la asfixia cultural de la época con una dignidad callada y fuerte. Me sorprenden sus palabras y, en el fondo, me causan cierto desconcierto, porque la lucha de papá siempre fue una lucha consigo mismo. Y aunque a mí no me disgusta esa idea de combatiente discreto, papá, sin ser un reaccionario, era hombre más bien conservador y no le dio la espalda al franquismo, ni tan siquiera cuando, en los estertores de la guerra, sus suegros lo colocaron de profesor en un colegio madrileño. Y el editor lo sabe, pero ahora el viento sopla en una sola dirección y todos han desplegado las velas que los alejan de un pasado del que ya nadie se siente cómplice.

Braulio Cabanas termina el discurso y, mientras la gente aplaude todavía las sentidas palabras con las que acaba de ensalzar la memoria de papá, se acerca a mí con la efusión de un abrazo y aprovecha la proximidad íntima a mi oído para dejarme aviso de que mañana me llamará, porque tiene que hablar conmigo de algo importante relacionado con papá. No digo nada; apenas advierto el fuerte olor de su colonia y su pesar, que parece sincero.

El murmullo del cortejo al entrar en el cementerio de O Caramiñal me acerca a los últimos instantes de extraña lucidez de papá y me hace cavilar en la impresión que causaría si todos estos conocidos fuesen testigos del arrebato brutal que puso en pie a todos los enfermos del hospital con sus palabras juramentadas y reveladoras. Yo pensaba decírselo a mi hermano después del entierro, pero justo en el momento en que la sombra del nicho apaga el destello cobrizo de la caja, miro a Carlos y veo en sus ojos una indolencia que no expresa dolor ni pesar. Quizá sea esa fría entereza que él heredó de mamá la que contiene mis palabras y me hace renunciar a hablarle de los últimos días de nuestro padre y de la extravagancia de la frase que pronunció en su delirio. Es ridículo pensar que Carlos pueda dar sentido a estas palabras tal vez corrompidas por la enfermedad; él respondería con un insulto o con el desprecio de un gesto desabrido. Seguro. Con mi hermano apenas puedo hablar. Siempre ha sido así y hoy todavía puedo percibir con más certeza las diferencias que nos separan. Carlos se ha despreocupado de todo y encontró en el trasiego de los negocios la coraza perfecta para evitar el compromiso y mantener una distancia feroz con los demás, sobre todo con la familia, a la que solo recurre cuando los problemas se le echan encima y ya no parecen tener remedio. "Querido Pablo —me dijo el muy hipócrita cuando mamá, también enferma de gravedad, tuvo que estar dos meses ingresada en el hospital—, tú eres funcionario, pero yo no puedo dejar los negocios. Si precisas dinero, no dudes en pedírmelo". Y nuestra madre, siempre tan orgullosa de ese hijo prófugo, al que solían expulsar del colegio, murió con su nombre en la boca, ajena a mi sacrificio, cuando era yo quien se turnaba con papá en la eternidad de aquellas horas viciadas por la enfermedad y la tristeza. La indiferencia glacial que me dispensaba mamá, más que dolerme, me extrañaba continuamente. Por eso ahora, muerto también papá, recupero las palabras últimas de su delirio y no dejo de preguntarme por ese rechazo materno. ¿Por qué yo, el que siempre se preocupó por ellos, el niño aplicado y responsable, había nacido muerto para ella? Está claro que Carlos entendería menos que yo esas palabras y me diría que no le diese más vueltas a la cabeza, que no me obsesionase con cosas sin sentido, que éramos mellizos y, por la misma razón, él también habría nacido muerto. No confío mucho en su ayuda. Aún tengo presente la soledad de los hospitales y el desamparo ante las desgracias de estos últimos años. Carlos ni tan siquiera se acercó a mi dolor cuando Rocío cayó enferma; apenas alguna visita esporádica y el frío abrazo en el entierro. Sí, creo que callar es lo mejor.

Sigo aceptando todas las condolencias y descanso la cabeza en el hombro delicado de mi hija, que ha venido desde Madrid con su nuevo novio, un melenudo andaluz que al parecer es músico y exhibe una cordialidad bajo la cual late la insolencia. Marta, que es ya lo único que parece importarme en esta realidad abandonada en la que llevo tiempo instalado, también se marcha al terminar el entierro, con la disculpa de que está de exámenes. Aun así, insiste para que vuelva a Santiago y no me quede solo en O

Caramiñal, pero yo hace meses que estoy atado a todas las ausencias y a la irreprimible necesidad de catalogar la impresionante biblioteca de mi padre. Desde los inicios de su enfermedad, creí encontrar a papá en sus libros y me propuse colocar las inmensas columnas que hacen de la casa un laberinto de papel y polvo. Ahora, muerto él, esa labor se convierte en una obligación; los libros eran un puente entre los dos, un pretexto para hablar y trabar invisibles lazos. Estoy convencido de que nuestra verdadera relación existía precisamente en esos volúmenes que papá me recomendaba y que más de una vez parecían esconder ciertos códigos secretos a los que yo tenía que llegar por los caminos de la intuición. Era como si papá, siempre tan callado y triste, cifrase en la literatura ajena una misteriosa comunicación.

Verónica, que también lo intenta, no es capaz de convencerme para que esta noche regrese con ella a Santiago. Mientras habla, la miro con indulgencia y cierta culpabilidad porque en los últimos dos años ella está siendo una especie de alivio en el doloroso drama familiar que en tan poco tiempo me ha arrebatado a Rocío y a mis padres. Me duele mi mísera correspondencia. Apenas si la he hecho partícipe de mi desgracia y de la intemperie de mi soledad. La quiero, pero no la amo y ella debe de sospechar que, cuando la desnudo o la beso, estoy buscando en mi imaginación el deseo de Rocío, ese ser misterioso al que amé con pasión y que, ahora, su ausencia ha convertido en una sombra poderosa e irremplazable. Con todo, Verónica es el único punto de excitación posible en el trabajo diario. Ella, que ya va camino de los cuarenta y ha fracasado en todas sus relaciones, acostumbra a suplir mis ausencias laborales y también me ofrece su casa y el abrigo carnal de su intimidad. Tal vez en mi resistencia esté el trampolín de la atracción que ella siente por mí, pero yo no quiero hacerle daño y sé muy bien que la compasión terminaría por hundirnos en la miseria. Y a pesar de que me gusta físicamente y el deseo es verdadero, la pérdida y el dolor han hecho de mí un ser indiferente y huidizo. Por eso he dejado de vivir en el apartamento de Verónica y me limito a acudir allí a veces, cuando su convite arranca las urgencias del deseo o un poco de compañía con la que disminuir mi dolor. Así que hoy me quedo solo y agradezco la soledad. El cansancio acumulado en el hospital durante tantos días y también el entierro me han dejado sin fuerzas. Es precisamente esta fatiga la que me ayuda en mi derrota. Mi mente apenas tiene resortes para ahondar en la muerte de mi padre. La extenuación me postra en el lecho y me ayuda a soportar el dolor como una herida abstracta, ilocalizable. En mi desmayo, todavía tengo tiempo de coger uno de los libros dejados en la mesa de noche y medito en el rastro que de mi padre queda en ellos. Es cierto que él no los firmó, pero hay algo póstumo en cada uno de los miles de libros que invaden la casa. Constantemente recuerdo a papá dominado por la gran ambición de leer. Yo les dispensaba un rencor furibundo a los libros y más de una vez pasó por mi cabeza la idea de prenderles fuego a esta biblioteca y a la de la casa de Santiago, para que él me dedicase más tiempo. Sin embargo, un día, cuando

celebraba mi octavo cumpleaños, me trajo un regalo que resultó ser una novela con la que me abrió las puertas de otros mundos. No recuerdo su título, quizá fuese alguna de Salgari o Stevenson, pero lo que no se me olvida es la sensación de ensayar el transporte trascendente de la literatura, el descubrimiento de que viajar es un movimiento de la imaginación y de que, simplemente sentado en una silla o bajo un árbol, uno puede ser pirata, encontrar tesoros y sentir en la piel de la ilusión el aliento rizado de un mar tempestuoso. Esa experiencia primera me ayudó también a atisbar la concentración silenciosa de papá, su soledad empedernida, la distancia apática con mamá y, también, el desprecio por una realidad en la que le resultaba difícil integrarse. Fue así como mi infancia dejó de rivalizar con los libros para aliarse con ellos y sucumbir a su poder hipnótico.

Con la cabeza hundida en la almohada, cojo el último libro que papá dejó sobre la mesilla de noche y lo acerco a la nariz para oler con interés el corazón de sus páginas viejas. Y mientras percibo ese olor rancio al que se pega el aliento desagradable de la última frase de papá y también el gesto de desaire de mamá tras haberme parido, una fotografía tamaño carné cae sobre mi pecho como una hoja en otoño. Enseguida reparo en el rostro agradable de una mujer morena de unos cuarenta años que ofrece una sonrisa cansada, tal vez encogida por un acceso de timidez, y unas enormes gafas metálicas. Sin saber realmente quién es, tampoco me resulta una cara desconocida. Juraría haberla visto antes. No estoy seguro, es un rostro difícil de recordar. Incluso pudiese ser que haya estado en el entierro. Lo que sí está claro es que el color y la clase del papel son garantía de que la fotografía fue hecha no hace muchos años, lo que le añade al hallazgo un significado diferente. ¿Quién es esta mujer? ¿Una alumna de papá? ¿Una profesora del mismo seminario? Quizá papá dio con esta novela de Balzac en una librería de viejo y fuese su última propietaria la que utilizó una fotografía para señalar la página donde había interrumpido la lectura. Esto es lo más probable. Lo que sí desecho es la posibilidad de que papá pudiese mantener otro tipo de relación con cualquier mujer y menos con esta, que podría ser su hija. Y no es que papá no tuviese aún su atractivo —era un hombre alto y apuesto—, pero él no prestaba demasiada atención a la vida que existía fuera de sí mismo y de los libros, y no lo veo enredándose en laberintos amorosos que desharían la paz de su soledad erudita.

Dejo el libro y la foto sobre la mesa de noche y apago la luz en busca de un sueño que todavía se retrasa casi media hora porque persigo en la memoria de los días el rostro casi familiar de esta mujer que acaba de convertirse en un nuevo misterio.

VII

Al poco de entrar en la casa, voy derecho al salón y apenas hablo con Luisa, que está limpiando la plata y se sorprende del ansia con la que revuelvo en los cajones.

—Ha llamado su hija. Quería saber cómo está.

—¿Y qué le ha dicho?

—La verdad. Que últimamente come poco y bebe demasiado.

—Es usted una mala persona, Luisa.

No me apetece discutir ahora con esta especie de satélite que Ady me ha puesto, o más bien impuesto, y que ejerce sobre mí un control exhaustivo. A veces, me siento como un niño vigilado y me rebelo con travesuras que no son más que un juego para sentirme libre. También soy consciente de que sin Luisa no podría vivir solo en esta casa inmensa. No me queda otra que resignarme a su tiranía delegada.

—La comida ya está casi lista.

Me siento en el sofá y abro la carpeta como si abriese la tapa de un ataúd en el que yace el pasado. Las fotografías, de hace casi cuarenta años, están grabadas a fuego en mi memoria y vuelven a producirme el mismo impacto, un escalofrío en la espalda que me vence. Cada vez que vuelvo a ellas tengo que cerrar los ojos y apretar los dientes porque las imágenes surgen en el interior de mi cabeza como algo insuperable. Siempre veo al soldado Bernie White conduciendo con cautela el jeep para que el material no sufra más daño —desde que supe de su acto heroico no me aparto de él. Deberle la vida a alguien crea vínculos tan fuertes como los de la sangre—. El teniente Joyce esta vez ha decidido venir con nosotros para inspeccionar el terreno. Fuma un cigarrillo tras otro y le grita a Peter Stevens, el nuevo cámara, que tiene un tic nervioso de delantero centro y no para de hacer gestos como si estuviese rematando un balón. El pobre tartamudea un poco y su fatiga de combate es para el teniente una prueba de su cobardía. Pero Peter Stevens ha visto morir a todos los de su unidad después de que les lanzaran una granada mientras él filmaba con el ojo enterrado en la cámara, sin visión periférica, olvidado por completo de que estaba en el corazón de una batalla. Y esos pedazos de carne, vísceras ensangrentadas, cuerpos desmembrados, le han alterado la razón para siempre. El pobre tiene miedo de exponerse. Sospecha que van a matarlo. Bernie detiene de repente el coche y un silencio con garras ahoga nuestras gargantas. Las puertas del campo están abiertas. Los alemanes huyeron a toda prisa y han dejado un reguero de cadáveres

esparcidos por el suelo, cuerpos que, más que de un disparo, parecen muertos por inanición. Pero esta imagen desolada solo es el principio de lo que nos espera porque, enseguida, el único horizonte que hay ante nuestros ojos es una sucesión de pilas de esqueletos, una cordillera humana de la que surgen brazos como troncos secos. Después del terror inicial, siento el avance sordo de nuestra compañía y acude a mí la necesidad de utilizar la cámara, no sobre el espanto terroso de los muertos, a los que la última extenuación dejó prendida en sus dentaduras la ironía brutal de una sonrisa, sino sobre nuestros soldados, erizados de armas, con las facciones totalmente desencajadas, la mayor parte de ellos echando los hígados ante estos millares de ojos vitrificados, enormemente blancos, en los que se posan las moscas. El teniente Joyce, que ahora olvida su odio racial hacia los negros, jura por lo bajo contra el antisemitismo de los alemanes; tiene un pañuelo sobre la nariz para evitar la pestilencia que atraviesa las fosas nasales y la propia piel, y me ordena que dispare, que fije para siempre este horror asqueroso, insoportable, putrefacto. Acato la escasa autoridad que arrastra esa voz rabiosa y desconcertada, empuño la Speed Graphics como un arma agresiva y tengo la sensación de que vuelvo a matar esas almas amontonadas al concederles una nueva inmortalidad. Me muestro dolorosamente indeciso y aprieto el dispositivo con miedo, como si tuviese la culpa anticipada de causar más daño del que ya se ha hecho. Un sudor aceitoso me recorre todo el cuerpo y reparo en el soldado Bernie White, que aún no ha dicho nada y tiene en la boca abierta la amenaza ahogada de un grito. El terror se ha contagiado como la peste y los supervivientes son apariciones fantasmales que comienzan a salir de todas las esquinas, de la enfermería, de los barracones, de las cloacas, incluso de las pilas de cadáveres en una suerte de resurrección espontánea. Algunos se acercan para tocarnos y nos hablan en el idioma particular del campo, hecho de retazos de diversas lenguas con las que han conformado un nuevo sistema de comunicación. No hay rastro de alemanes. La tropa se dispersa y reparte su asombro por el campo. El soldado Bernie White y yo caminamos juntos y nos detenemos ante una curiosa cabaña de troncos en medio del campo. La puerta está entreabierta y mi compañero, que se acerca con el arma en ristre, la empuja con la bota derecha. Los dos nos quedamos pasmados cuando vemos a una mujer rubia sentada en el borde de una cama de matrimonio. Está dibujando a lápiz sobre un caballete y lleva puesto un vestido roto. Es una imagen tan absurda, tan imposible que, por un momento, incluso pienso en una casa fuera del campo. Pero la realidad es firme. Detrás de la pintora, una mujer de edad indefinida, delgada como un hilo, está acostada en la cama, desnuda. Ojos exangües y rasgados. Tiembla como un animal acorralado. El soldado Bernie White se acerca a ella y le ofrece chocolate y un pedazo de pan. La mujer, ansiosa, echa las manos sobre los alimentos y comienza a devorarlos con avidez sin levantarse de la cama. Pienso en disparar la cámara, pero el desnudo raquítico de esta mujer morena me impone un amargo pudor y percibo la actitud de la mujer rubia que, ajena a la liberación, refugiada tal vez en la locura, sigue concentrada en la operación de terminar

el cuadro: el rostro severo de un oficial alemán de ojos claros, un costurón en el labio superior y la gorra reglamentaria con el desafío del águila y la calavera de plata.

Me acerco a ella y advierto su extraordinaria hermosura. Al principio, la supongo alemana, pero el triángulo rojo en el pecho, en el que está cosido un trozo de tela blanca con una letra, enseguida me hace desechar esa idea y añade la curiosidad por saber los motivos de su aparente buena salud. Aunque está delgada, su aspecto difiere del resto de los habitantes del campo, tanto vivos como muertos, a los que la piel ya se les ha pegado a los huesos como un sudario. La observo con atención y espero a que termine el retrato. A continuación le ofrezco un pedazo de pan que ella rechaza y, con una nostalgia rota, mira por vez primera hacia mí. Me siento junto a ella, le cojo las manos y consigo percibir un destello de humanidad que sobrevive en la tristeza de sus ojos azules. En un gesto absurdo, ella me regala los labios, como si esperase ser besada. Acaricio su rostro con suavidad mientras ella intenta coger mi pesada Speed Graphics y la estudia, rozando con los dedos el metal frío de la cámara, como si comprobase un milagro. Y, de repente, justo en el momento en que la morena cae al suelo, presa de vómitos y convulsiones, la mujer rubia se agacha para coger una caja debajo de la cama de la que saca, increíblemente, una docena de libros y una Leica 3C, la cámara oficial de los fotógrafos militares alemanes. No doy crédito. ¿Cómo pudo llegar la máquina hasta este infierno fundamentado en un proyecto de olvido, en el hecho de borrar todo rastro físico de los crímenes para que no hubiese ninguna posibilidad de memoria? Mi sorpresa es tan monumental que no reacciono ni siquiera cuando el soldado Bernie White, asustado por el acto insensato de darle tanta comida, coge en brazos a la mujer morena y corre en busca de Mark Miller, el médico de la compañía. Mientras, yo echo mano a la pistola, y me acerco con cierta preocupación a la puerta interior que está en el centro de la cabaña y la derribo de una patada. Enseguida compruebo que al otro lado hay una especie de despacho con una mesa y dos sillas enfrentadas. En la pared, colgado de un clavo, está el retrato a lápiz de una persona de rasgos angulosos con un nombre escrito al pie: Sergei. En un lateral, al lado de la ventana, hay un piano y una mesa donde brilla la caracola cobriza de un gramófono con varios discos de Wagner. Detrás de un tabique de madera hay una ducha y una letrina. Vista desde fuera, la cabaña parecía una cosa pequeña, pero su estructura es como la de un vagón alargado. En el fondo de la pared vuelve a surgir otra puerta que comunica con un último cuarto iluminado por una tronera. No puedo creer lo que veo. En el centro mismo del cuarto hay un sillón de barbero y una mesa con una palangana ensangrentada que contiene varios tipos de tenazas. Un olor insoportable golpea mi rostro y hace que varias arcadas suban por la garganta mientras la Speed Graphics lo enfoca todo. La madera del suelo está húmeda de sangre y en los pies y en los brazos del sillón hay correas de cuero viejo que me revuelven las tripas y hacen que mi cuerpo se vuelva carne.

—Ya tiene la comida en la mesa.

—Gracias, Luisa. Solo cinco minutos.

No soy consciente de que tengo la voz tomada por el llanto y manipulo el dibujo con ansiedad para ratificar mi sospecha. No estoy seguro. Ha pasado mucho tiempo. El rostro sombreado pertenece a un hombre que debe de rondar los veinticinco años, y el del alemán de la barbería de Stephano está velado por las arrugas y la edad. Eso sí, los ojos no mienten y la cicatriz es un añadido que me anima a seguir adelante con las pesquisas. Nada tengo que perder. Me sobra el tiempo. El riesgo supone un punto de excitación en el hastío de mi vida.

—El caldo está muy rico, para chuparse los dedos.

—Ya está frío.

Miro hacia Luisa sin verla. Mi mente está ahora en otro lugar, en otra fotografía que nunca debí hacer: un soldado con un esqueleto en los brazos. Es el soldado Bernie White, que vuelve con la joven morena después de que el médico de la compañía comprobara su muerte con el simple gesto de tomarle el pulso, como si la muerte no fuese más que un reloj parado. Nunca la culpa se dejó retratar de un modo tan fácil. Él no había oído los consejos y no sabía que, antes de nada, había que darles a los liberados varios terrones de azúcar. Así preparaban el aparato digestivo para los alimentos más sólidos. No, el soldado Bernie White no había oído nada. Lo confirman sus lágrimas y el rostro devastado de la foto en la que puede verse toda una expresión de asombro y furia que le tensa las venas del cuello.

—Pasado mañana tendremos un nuevo inquilino.

—¿El señor White?

—Bernie pasará aquí unos días. Así que tendrá que cocinar para uno más.

Cuando termino de comer, subo a mi cuarto y no dejo de preguntarme qué haré si ese Hans es finalmente el hombre del dibujo. La hipótesis de matarlo pesa más que la simple denuncia. Sospecho que, pasado tanto tiempo, nadie va a pedirle cuentas. Pero la idea asesina va tomando cuerpo en mi mente. No deja de ser curiosa la rápida determinación con la que asumo esa posibilidad y busco en lo alto del armario el arma y la caja llena de polvo en la que están guardadas las balas. Empuño el revólver para ver reflejado mi arrebato en el espejo. Me gusta esta estética del crimen. La imagen me da ánimos, hace que apriete las cachas metálicas con la palma hasta sentir dentro de mi

mano algo semejante a los latidos de un corazón frío. Limpio el metal del revólver con un paño húmedo y noto cómo un impulso asesino arraiga en mi cabeza. Estoy decidido y me tumbo sobre la colcha con la intención de dormir un poco, pero el vértigo en la sangre me desazona y no dejo de estudiar estrategias para mi acoso. No tardo en bajar al salón. Lo hago a hurtadillas, sin hacer ruido. No quiero que Luisa me vea beber. Necesito unos tragos para reprimir mi locura criminal. En silencio, me dejo caer en el sofá como si fuese a ver una película y, mientras saboreo el whisky, proyecto en el techo el adelanto de mi ira. Y estoy así, sin darme ningún descanso a mí mismo, cargando mi odio con el recuerdo de las fotografías y de las imágenes que golpearon mis pupilas cuando entré en aquel campo que operaría en mí un cambio definitivo. En este regreso al horror, intento comprender, sin éxito, la violencia sofisticada de ese hombre que, como muchos alemanes, no perdieron la guerra sino la humanidad; me esfuerzo por entender el refinado cálculo de su genocidio, esa destrucción metódica y disciplinada, el fanatismo, la despreocupada brutalidad de sus actos.

Sigo a la espera de que el alcohol agudice mi juicio hasta que me doy cuenta de la hora que es y cojo el teléfono para marcar el número de la clínica dental de Ebbets Field. El timbre femenino de una voz se interesa por mi identidad que falseo de forma casi inconsciente.

—Larry Weston.

—Bien, señor Weston, ¿qué le parece mañana a eso de las diez?

—Perfecto.

Un placer violento nace en mi estómago cuando cuelgo el teléfono. Estoy así un rato, masticando en silencio el anticipo de mi venganza, como si ocupase otro cuerpo, acariciando imágenes no solo del pasado sino también de un futuro imaginado en el que me veo humillando al alemán con una saña asesina y lunática. Bebo con pasión de borracho y cada trago es un nuevo resorte para una rabia que crece dentro de mí como una planta silvestre. Solo cuando en el reloj de pie dan las siete de la tarde, desperezo mi ilusión envenenada y decido pedir un taxi para ir a buscar el coche de Bernie.

Enseguida el ruido del motor se adelanta al claxon y subo al taxi de un negro de nariz poderosa y frente amplia, que no abre la boca durante el trayecto que nos lleva a Dooley Street.

La casa de Bernie es un pequeño bungalow de madera, instalado en el centro de un terreno escaso en el que la hierba ha crecido de forma salvaje durante estos dos meses.

Ver el césped así, tan abandonado, es para mí como el reproche vegetal de una responsabilidad no atendida. Quizá debería haber buscado a alguien que le desbrozase el terreno.

Muchos sábados veníamos a visitar a Bernie y, mientras él hacía uno de sus sabrosos guisos, yo le cortaba el césped. Después comíamos y, al caer la tarde, dábamos un pequeño paseo por la orilla de la bahía o nos acercábamos a las playas de Coney Island.

Antes de entrar en la casa me detengo frente al manzano y observo la herida azafranada de la rama. El exceso de peso le salvó la vida a Bernie. Diez kilos menos y hoy estaría muerto.

Intento dibujar en mi mente el instante en el que la rama cruje y se rompe para dejar que Bernie haga pie y no muera ahogado. La sensación debe de ser semejante a la de quien no sabe nadar y ve cómo su vida cae en la profundidad de las aguas, hasta que una mano amiga —cuánto me gustaría que fuese la mía— lo rescata y le hace alcanzar la superficie. Como un recuerdo violento, al lado mismo del tronco, está ese banco de madera que, en principio, era el trampolín para lanzarse al vacío y que finalmente hubo de costarle la vida de Bernie porque, cuando la rama cedió, cayó en seco sobre una esquina del banco y se rompió varias costillas.

Me siento un momento en él y fijo en la rama todo el peso de mi imaginación hasta que logro verlo apretando la soga al cuello, orgulloso de su valor, negándose a esa pregunta que no le quiere contestar a nadie y mucho menos a sí mismo. Sospecho que en lo más oscuro de su decisión está asentada la culpa, ese cuerpo delgado como un hilo que se abalanza sobre los alimentos para morir y atarse a Bernie de por vida. La muerte de esa muchacha le obsesionó hasta el punto de viajar a Checoslovaquia. Él nunca habla de ese viaje, ni tan siquiera cuando el alcohol lo aplasta en la nostalgia de la guerra. Es un secreto que guarda para sí mismo.

Asustado por el dibujo de mi intuición, abandono el banco y entro en la casa con la impresión de que estoy violando alguna norma o profanando algún lugar sagrado. Me sorprende el orden minucioso de las cosas y no sé si esta disposición es obra de la puertorriqueña que limpia una vez a la semana o del escrúpulo último de Bernie, que tal vez quiso dejarlo todo en su sitio como si nada fuese a ocurrir.

Un mostrador de madera separa una cocina pequeña de una sala austera con las paredes empapeladas de fotografías, ese enorme santuario en el que figuran desde retratos de sus padres o momentos de la guerra que yo fijé con mi Speed Graphics, hasta un buen puñado de mujeres que significaron algo para él. Enciendo la luz y hago

un recorrido por sus aventuras amorosas. Lo más llamativo es que no está Lucinda, la chica con la que iba a casarse y que lo abandonó por un pintor de Washington cuando estábamos en la guerra. A la mayor parte de ellas no llegué a conocerlas porque fueron relaciones fugaces, de apenas un par de días. Con todo, aquí está parte de su historia: ausencias y dolor. Bernie siempre ha sido un nostálgico, un acumulador de recuerdos. Más de una vez, sobre todo cuando el alcohol le entumece el cerebro, suele confesarme su envidia por mi profesión, por la suerte que tenemos los fotógrafos por atrapar la vida en cualquier rincón y, lo que es más importante, conservarla y hacerla imperecedera. Sí, la fotografía es para él un modo de alcanzar las sombras, como hacen los poetas. Y puede que tenga razón. Estoy seguro de que Bernie, de tener la oportunidad, hoy sería un gran filósofo. Su sensibilidad es aguda y no es la primera vez que me sorprende con sus reflexiones, de mucha más hondura que el alcance de su reciente poesía.

Miro el retrato sepia de sus padres, como si estuviese presenciando una intimidad, y tengo la impresión de que en sus rostros serios está latente la rabia por la determinación súbita de ese hijo suyo que, empujado por el deseo de la ciudad, desertó de esa vida extrema y dura y los dejó abandonados en esa tierra pobre de Alabama de la que ya nunca saldrían. Bernie es el vivo retrato de su padre, sus mismos ojos oscuros, el hoyuelo en la mandíbula, la cara angulosa y el pelo hacia atrás, como peinado por el viento. De su madre heredó la boca, ligeramente inclinada en un rictus de contrariedad.

En el centro de la mesa, el tablero de ajedrez tiene las figuras perfectamente dispuestas para una partida. Y en un respaldo del sofá descansa The New York Times. Miro la fecha y me doy cuenta de que es la del mismo día en el cual Bernie probó el suicidio. Esta circunstancia hace que piense en su frialdad y en la posibilidad de que la idea lo asaltase por la tarde. Se me hace extraño que, justo el día que alguien decide poner fin a su vida, pueda interesarse lo más mínimo por lo que pase en el mundo o que pierda el tiempo con peones y alfiles.

En unos estantes metálicos está colocada su biblioteca, que consiste en un centenar de libros sobre la Segunda Guerra Mundial —Bernie es un especialista en el conflicto—, una enciclopedia, varios libros de cocina —también es un buen cocinero—, y una docena de libros de poemas que se han ido sumando en los últimos años a raíz de su afición a la poesía.

Acaricio el lomo de algunos libros y veo, de repente, un cuaderno tumbado en el último estante. Lo cojo y compruebo que está escrito a mano con una caligrafía temblorosa. Son sus poemas. Me siento en el sofá y los leo con cierta aprensión, como si temiese su significado o alguien estuviera vigilándome y me reprochase esta intimidad profanada. Son versos, la mayor parte de ellos afectados por un sentimentalismo

desgraciado, con metáforas sobre la guerra, las armas y el dolor. No encuentro en ellos más valía que la de su sufrimiento. Eso sí, cuando leo el título del último poema "El pan de la muerte", creo que esos versos fueron dictados por la culpa y precedieron al instante de colgarse del manzano.

VIII

Abandono malhumorada el juzgado. Óscar no se ha presentado y me ha hecho perder la mañana soportando el lenguaje frío y técnico de los abogados, que fijan en cada trámite un muro de legalidades formales.

Son las doce y media y apoyo la espalda en una farola de la Rambla de Sant Josep, frente al mercado de La Boquería. Los puestos de frutas, carne y pescado mezclan su olor con el aroma de todas las flores que aportan un colorido vivo a esta parte de la Rambla en la que desde hace más de un siglo se venden tiestos y semillas de plantas y hortalizas.

Estoy nerviosa y muy enfadada con el mundo. La tortura burocrática me pone tan fuera de mí como el propio divorcio.

Con desesperación, busco un cigarrillo en el bolso y lo enciendo con cierta urgencia, como si mi vida dependiese de ello. Mientras le doy una calada intensa, reparo en el ángulo del sobre que asoma por uno de los compartimentos interiores del bolso, y otra vez se engarza en mi memoria el recuerdo de mi tía. El descubrimiento de la carta ha instalado en mí la angustia, la responsabilidad de no dejar que el olvido la sepulte para siempre. Hay algo paralizante en este pensamiento, el germen de una frustración, la culpa, quizá inconsciente, de una niña que se rinde y acepta las falsas historias con una ingenuidad triste. Ahora, el hallazgo de las palabras dolorosas de la tía me ata a su memoria con una fuerza póstuma, sobre todo porque me doy cuenta de que, a pesar del tiempo transcurrido, en lo más hondo de su carta está latente una sintonía y una complicidad que nos hacen semejantes y nos descuelgan del árbol familiar. Yo, como mi tía, tampoco he querido tener descendencia y, aunque me gustan los niños, nunca he cedido a ese deseo de maternidad. Recuerdo mi aburrimiento en aquellas ridículas y teóricas Enseñanzas del Hogar que nos daban en el colegio a los diez u once años, un compendio absurdo que solo procuraba la felicidad del futuro marido. Yo ya lo veía así a esa edad y todo aquello de limpiar la casa —en la mía era algo que hacían exclusivamente las criadas—, decorar el cuarto de los futuros hijos o cocinar con esmero para ganar el estómago del marido, me parecía algo tan vulgar y estúpido como llevarle las pantuflas a su regreso del trabajo. Sí, en esa época, poco después de morir mamá, ya había prendido en mí el deseo de no ser madre. Era como si sospechase que una hija me llevaría a sufrir lo mismo que mamá y también me moriría joven. Y sé que tuve suerte de no tener un hermano porque, si no, dudo que fuese yo la que hubiera llegado a la universidad. No olvido la sorpresa de mis abuelos cuando papá les confesó, con una triste resignación, mi insistencia para entrar en la facultad. Ni tan siquiera una familia

como la nuestra barajaba esa posibilidad. Para ellos nuestro apellido, la fábrica, las tiendas, la casa en el Maresme y mi belleza eran méritos suficientes como para garantizar un futuro al lado de un apellido poderoso que ellos ya habrían vislumbrado en algún entreacto de alguna ópera en el Salón de los Espejos del Liceo. Y sé que fue una desilusión para ellos el hecho de que yo sirviera para los estudios. Mi ingreso los exasperó, en la misma medida que si acabase de afiliarme al partido de los anarquistas. Mi libertad era lo que más podía molestarles. No se me olvida mi regreso del primer día de clase en la universidad, cuando comprobé cómo mi abuelo Gregorio, que durante mi infancia había sido para mí el centro del mundo, el que con una paciencia benevolente acostumbraba a jugar conmigo, el que me organizaba excursiones y me llevaba al circo, al zoo de la elefanta Perla, a las atracciones del Tibidabo en aquel funicular que ponía el cielo en mi mano, el mismo a quien no le importaba cambiar sus marmóreas partidas de dominó por atender cualquier capricho mío, el que hacía temblar de miedo a todos menos a mí, se quedaba ahora callado de buenas a primeras y después abría el periódico y se ponía a leerlo en voz alta para levantar, con las palabras, un muro de contención hacia mí. También mi abuela apretó nerviosamente las cuentas del rosario y masticó una mezcla de llanto y salmodia para interceder por mi alma ansiosa. Me gusta pensar que detrás de esta actitud había, más que su indignación por mi orgullo, la sensación de que yo estaba siendo la reencarnación de su hija Laura, la misma que un día también se apartó del camino que para ella habían trazado. Ese pensamiento me acerca más a ella y a su memoria y me trae a la cabeza la apatía de la derrota de papá cuando, ante la más que probable muerte del Caudillo y mi rebeldía contra todo, él se limitaba a soportar la inminencia de los cambios sociales en silencio, como si nada le importase. Después de todo, el franquismo de papá se asentaba más en el respeto a mi abue-
lo que en cualquier tipo de adhesión o ideología. Estoy convencida de que papá también comenzó a ser realmente libre el día de la muerte del abuelo Gregorio.

La fotografía de la tía Laura en la playa hace que yo recupere su rostro y la imagine en esta calle, armada con su cámara, procurando con su objetivo los rincones más inverosímiles de una ciudad que vive los estertores de la Segunda República. Sospecho su alegría, el mecánico placer con que mide la distancia y el momento de fotografiar a las personas distraídas o las paredes vacías, la soltura libre de sus actos y su hermosura, que despierta un punto de admiración a su paso.

La carta ha sembrado en mí una serie de preguntas para las que no tengo más respuesta que la sospecha o la intuición. La vida de mi tía adquiere ahora un valor renovado y estimula un deseo callado de restauración, la insistencia por saber cuándo y cómo murió, cuál y por qué fue su condena, quién era el padre de ese bebé muerto para el que ella ya había reservado el nombre de Pablo, cuál era su afiliación y quiénes sus

amigos. Y son estas dudas las que sacuden mi curiosidad y me reafirman en la voluntad de llegar hasta el final. Sé que en mi familia ya han desaparecido las fuentes y solo papá podría acercarme a la verdad de la tía. Esta circunstancia hace que lamente el hecho de tener una familia tan reducida en la que ya solo queda la cabeza vacía de papá. Mi soledad es evidente y por eso ahora me gustaría ocupar el lugar de Óscar, constantemente rodeado de hermanos y sobrinos. Y si eso me procurase la información precisa sobre el pasado, incluso aceptaría el empacho de esas reuniones familiares en casa de mis suegros y la tiranía de esos sobrinos que excitaban sus instintos salvajes con juegos que abolían cualquier instante de paz. El precio sería alto, porque esa algarabía siempre ha sido para mí un reproche a mi deseo de no procrear, un acto que todos, incluso Óscar, entendían como una postura de egoísmo o vanidad. Pero mi familia es la que es y no queda otra que la resignación.

Levanto la cabeza para darle una última calada al cigarrillo y, de repente, me fijo en una mujer anciana que mira hacia mí desde una balconada de hierro forjado. A pesar de su indolencia, su mirada fija está dotada de una violencia altiva, solemne. Es como si ese cuerpo enjuto lo habitase una furia secreta. Sostengo esos ojos voraces, extrañamente vivos para un cuerpo tan consumido, y calculo que su edad debe de rondar los noventa, justo los que ahora tendría mi abuelo Gregorio si aún viviese. Por un instante, mientras cae sobre mí todo el frío de su mirada irritada, pienso que tal vez esta mujer pudiera haber sido amiga de la familia y alguna vez visitase la casa y acariciase el rostro de una hermosa e inquieta niña que acabaría siendo la oveja negra de los Crussat. Pensar que esta mujer pueda saber algo de la tía Laura me anima y me da cierta esperanza, porque sospecho que la verdad la puedo encontrar en personas que pudieron ser sus contemporáneas, gente que en la actualidad ande, como mínimo, por los sesenta años. Quizá Mercè, nuestra vieja criada, que entró con trece años en casa y permaneció en ella hasta hace poco, pueda ser una fuente privilegiada de información. Sí, ella tiene que saber muchas cosas de mi familia, y enseguida busco en la agenda del bolso el número de la pensión donde vive. Me meto en una cabina y, mientras marco los números, vuelvo a dirigir la mirada hacia el balcón. La anciana sigue allí, impertérrita, con la misma energía furiosa en sus ojos.

—Querría hablar con la señora Mercè.

Una voz abatida y desganada me manda esperar. Poco después, el timbre asustado de la vieja criada, que no acostumbra a recibir llamadas, tiembla al otro lado del aparato con la pregunta de quién la llama.

—Soy Diana. Me gustaría hablar contigo.

—¿Le ha ocurrido algo al señor Andreu?

—No, tranquila.

—¿Cómo está?

—Como siempre, en su mundo.

—¡Qué pena, Dios, qué pena! —la voz de Mercè ahora tiene un poso líquido—. No sé si debo preguntarle también por el señor Óscar…

—Lo que no tienes que hacer, Mercè, es tratarme de usted. Ya sabes que no me gusta.

—La costumbre, la costumbre.

Soy consciente del sacrificio que le pido. Esas confianzas siempre fueron para la pobre una suerte de flaqueza o transgresión y, cada vez que cede a mi insistencia, tengo la sensación de que para ella es como escupir una piedra. Eso sí, mientras vivieron los abuelos, jamás transigió con mis deseos. Hasta hace muy poco, incluso cuando a papá ya se le había llenado de viento la cabeza, Mercè guardaba las formas de un modo inconsciente.

—Y, entonces, ¿de qué querrías hablar?

—Quisiera saber algunas cosas sobre mi tía Laura.

—¿Laura? ¡Lo que ha llovido!

—Lo sé, pero he encontrado una carta enviada desde la cárcel de Madrid y me pica la curiosidad.

—No sé qué puedo decirte que ya no sepas. Tu tía era hermosísima. De pequeña eras clavada a ella. Cuando llegué a casa, ella tenía unos dos años y por aquel entonces llamaba ya la atención.

—Eso ya lo sé. Lo que quiero saber es el motivo por el cual me ocultaron la verdad y me dijeron que había muerto de tuberculosis en el treinta y nueve.

Un silencio prolongado y tenso precede a su voz, que surge como del fondo de una cueva.

—Tu abuelo nos prohibió hablar de ella después de muerta, aunque yo tenía la esperanza, y el miedo, de que algún día me lo preguntases. A mí también me dijeron que había muerto de tuberculosis poco antes de terminar la guerra, pero sé que la mataron más tarde, cuando tú ya habías nacido. Y lo sé porque tu padre vino una mañana a la cocina y me ordenó preparar un paquete con comida. Dijo que nadie debía saberlo. Supe que era para ella porque tu padre estaba muy nervioso y le metió pliegos de papel y varios lápices. No puedo olvidar la cara desencajada de tu padre, que no dejaba de mirar de reojo por la ventana, quizá temeroso de que volviese el señor Gregorio, al que le tenía mucho respeto. El señor Andreu no decía ni mu cuando su padre estaba delante. Lo que decía el señor Gregorio iba a misa.

En la voz de Mercè se concentran el tono furtivo de las confidencias y una especie de desesperación.

—Yo la quería muchísimo. No sé muy bien qué les sucedió. Nunca entendí aquel odio entre los dos, Dios me perdone.

—¿Entre quién?

—Entre el señor Gregorio y su hija. Era algo extraño porque ella, de pequeña, había sido su ojito derecho. Así y todo, a partir de los doce o trece años, sus discusiones eran continuas. Y no eran solo por la maldita política. Los dos tenían la cabeza dura y ni por un ojo de la cara daban su brazo a torcer. Solo tu bisabuelo, el señor Francesc, ponía paz en esas peleas. Defendía mucho a la señorita Laura. Por suerte para él, no supo de la muerte de su nieta, porque se fue antes de la guerra. Tuvo una muerte dulce. Estaba durmiendo y se quedó como un pajarito. Si llega a vivir, el pobre habría muerto de pena al saber del destino de su nieta. No sé realmente qué hizo la pobre, yo soy una ignorante, pero puedes estar segura de que la señorita Laura era muy buena, te lo digo yo. Siempre estaba riéndose y tenía mañas para hacer felices a los demás. Era admirable el cariño con que trataba a su hermano Josep, pobrecito, que apareció muerto en el mar cuando se la llevaron.

El teléfono traga la última moneda y apura en mí el deseo de continuar una conversación de la que pueda obtener más datos.

—¿Qué te parece si esta tarde me paso, a eso de las cinco, por la pensión?

—Vale.

Abandono la cabina, contenta de haberla llamado y con la sospecha de que esa mujer atesora muchos de los misterios de la familia. En casa ella era algo más que una sombra y tiene que saber cosas que van más allá de estas pequeñas confidencias. Una inquietud anticipada se instala dentro de mí y ya solo deseo que llegue la tarde.

Mientras camino por la Rambla, levanto los ojos hacia el balcón y veo que la anciana aún está allí, tiesa, sin más movimiento que la persecución airada de sus ojos y un temblor en los labios, por los que parece asomar el murmullo débil de una canción.

IX

El amanecer entra en la casa y abraza toda su tristeza, envolviéndola en una luz esplendorosa que golpea mis ojos adormilados. Me sacudo la pereza e intento huir de las ruinas de un sueño ligado a las últimas palabras de papá. En una especie de duermevela, todavía tengo tiempo de razonar y deducir que hay algo contradictorio en la expresión de nacer muerto. Unir la muerte y el nacimiento como un mismo hecho me resulta un poco desatinado. Con todo, pese a la incoherencia, opino que ambos hechos pueden concurrir. O tal vez sea cuestión de palabras. Si ya estás muerto no puedes nacer, o mueres en el momento de nacer, es decir, naces muriendo. Mastico lo absurdo de mis pensamientos como si todavía me retuviese el sueño y me dejo vencer por la alborada que entra por las contraventanas abiertas del cuarto. Sentado en la cama, sin ponerme las gafas, devoro el mar con los ojos y la miopía difumina el horizonte en una acuarela china. Hoy me pesa el dolor y me siento culpable de mi aparente indiferencia, del extraño alivio que ha quedado en mí tras la muerte de papá, como si yo estuviera deseando esa noticia para liberarme de una carga y huir de esa suerte de arresto hospitalario. Pero ahora algo en mi interior se revuelve como un animal moribundo y termina por provocarme un llanto en el que se concentra toda mi rabia y frustración. Es una angustia sorda que desemboca en el recuerdo de Rocío, siempre presente en los momentos más difíciles. ¡Qué desoladora me resulta su ausencia y más todavía en un momento así! Con ella este infortunio sería mucho más llevadero y seguro que ahora estaría subida a una escalera colocando libros en los anaqueles o disponiendo todas las pertenencias de papá para fijar su memoria con una delicadeza y un amor verdaderos. Me siento vacío cada vez que pienso que está muerta y ya nunca volverá. Me cuesta aceptar el espanto de esta condena.

Todavía consternado por el dolor, cojo la fotografía de carné de esta mujer desconocida que está sobre la mesilla de noche y la meto dentro de la cartera. ¿Quién será?

Bajo a la cocina para desayunar y abro las contraventanas del recibidor. El sol ilumina el brillo del enlosado y deja a la vista todas las motas de polvo que, como una respiración milenaria, flotan entre las columnas de libros que se reparten por el pasillo y las habitaciones. Calculo el trabajo y desconfío de poder acometerlo, pero tengo tiempo de sobra, porque he solicitado dos meses sin sueldo para el cuidado de mi padre y aún me faltan quince días, a los que puedo sumar las vacaciones, con lo cual dispondré de mes y medio para colocar y comenzar a catalogar la impresionante biblioteca de papá, tal vez su mayor legado y lo más significativo de su vida.

Cuando termino el desayuno, subo las escaleras para coger algún libro de la biblioteca principal, que es una amplia galería que papá unió con el viejo despacho del primer fomentador, una especie de avaro que se estableció en la ría a finales del siglo XIX y que desde aquí acostumbraba a fiscalizar el mar y el ajetreo de la factoría para forjar la solvencia económica de varias generaciones, hasta que mi abuelo paterno compró la casa a la familia e instaló en el bajo la farmacia y esa especie de tienda en la que se vendían desde herramientas hasta productos fotográficos. La galería es el lugar privilegiado de la casa y, aunque O Recheo y los jardines han alejado un poco el mar, uno se siente como en el puente de un barco desde el que se domina el horizonte.

Hay algo de profanación en este sentimiento porque aquí es donde papá solía escribir durante los fines de semana y pasaba la mayor parte de su tiempo. Por eso, mientras el cansancio me derrumba en el sofá de cuero, con esos brazos que tienen la curiosa forma de una trompa de elefante, soy consciente de que ocupo un espacio que estaba reservado en exclusiva a papá. E imagino que soy él quien observa primero el mar lento y a continuación el viejo piano sobre el que reposan enmarcadas varias fotografías en blanco y negro: en una, sentado en una terraza al lado de Valle-Inclán; en otra, sentado en una silla de bambú junto a don Victoriano García Martí y la tercera, la más extraña de todas, en la que el objetivo se fija sobre la espalda menuda de un adolescente insertado en un paisaje solo de arena. Una luna perfecta se levanta sobre sus hombros, como para descansar de su apogeo. Es probable que el fotógrafo buscase adrede ese curioso efecto de aureola, la accesibilidad del astro de la noche para un joven solitario en medio del desierto, o tal vez sea una adolescente de pelo corto que escudriña esa línea quebrada sobre el pecho de arena. En la fotografía no hay nada más, solo una luz sucia y unos brazos desnudos que, como anguilas, caen de una camiseta ceñida en la que queda pronunciado el esqueleto de los omóplatos. Está enmarcada en madera y recuerdo que papá levantaba su mirada de los libros para examinar en silencio esta fotografía dispuesta sobre un piano que, a pesar de que ya nadie lo tocaba, solía afinarse todos los años. Al parecer, la abuela Marta interpretaba hermosas melodías que componía en sus ratos de ocio. La mayor parte de las veces papá encendía la pipa y se quedaba ensimismado en el estudio de esta imagen que lo abstraía y parecía ofrecerle cierto sosiego. Incluso ahora soy capaz de percibir cómo el olor rancio del tabaco asciende con facilidad desde el pasado, uniendo a mi recuerdo una sensación física con la que atrapo su imagen solitaria, el temblor de sus manos al pasar las páginas o mientras se llevaba la pipa a la boca, ajeno al mundo, recluso de sí mismo, en una deserción voluntaria que nunca supe a qué atribuir. La erudición y el prestigio de sus palabras los guardaba para sí y solo alguna vez iban a parar a alguna publicación universitaria o a críticas literarias en revistas especializadas.

Cuando estaba en A Pobra, era rara la vez que iba a tomar un café al Liceo. Si era el caso, se instalaba en el fondo y leía la prensa o un libro, ajeno a las voces altas del dominó o del tute. No era muy sociable y las personas con las que se relacionaba se contaban con los dedos de una mano. Quizá, durante un tiempo, la persona a la que más apreciaba papá era don Victoriano, un escritor mucho mayor que él, que tenía la mejor biblioteca de la villa y le prestaba muchos libros. Quedaban en el café del Liceo y se pasaban muchas horas hablando, sobre todo, de literatura. Papá le tenía ley y recuerdo un artículo hermosísimo que le dedicó a la muerte del escritor. Pero esta relación era algo excepcional. Sus salidas se producían de higos a brevas. Lo normal era que estuviese en casa. Solo discutía con mamá y siempre por fruslerías que no parecían tener más importancia que un suspiro. Ella había aceptado su encierro como una clase de enfermedad incurable que solía justificar ante los demás con una frase lapidaria: "Mi marido se ha quedado en los libros", como si los libros fueran un lugar físico, una madriguera de la que resultase imposible escapar. Pero sospecho que en su retiro papá escondía una profunda insatisfacción, algo que lo hacía infeliz y que nada tenía que ver con la misantropía. Era como un miedo abstracto a relacionarse con los demás, un peligro que lo asediaba en medio de cualquier conversación. Yo lo entendía así entonces y todavía hoy continúo percibiendo ese aislamiento como algo más probable que la simple extravagancia de un ser peculiar.

Nunca supe muy bien por qué viviendo en una ciudad como Santiago, mis padres insistían en ir todos los fines de semana y en las vacaciones a O Caramiñal. Por eso, mi infancia está muy apegada a las largas temporadas que pasábamos en esta villa junto a esos dos seres que redujeron cualquier emoción a un sistema de clausura. A su lado, en ese ambiente austero y silencioso fue forjándose, estoy convencido, mi solitario carácter de bicho raro. Ahora, sentado en este mismo sofá, junto a la luz de la ventana, imito los gestos de mi padre, que consumía los días sin salir de casa, enfrascado en un autoexilio ilustrado como huida de una realidad insoportable. Cierro los ojos y todavía puedo verlo así, ajeno al parloteo incesante de mamá, que cose una colcha con hilo de oro y habla sola, suspirando por sus años mozos en Madrid, lamentándose de esta vida pueblerina y del cúmulo de libros que papá encarga y que él o Manola, la criada, van a recoger a la estafeta de correos.

Una vez aceptada la melancolía recia de este mundo, yo también me veo aquí, solitario, enredando en un rincón de la sala con juegos inventados, fundido en este ambiente anacrónico, entre juguetes austeros que pertenecieron a varias generaciones. Fue en mi octavo cumpleaños cuando papá me regaló la primera novela y comenzó mi afición secreta a la lectura. Como él siempre insistía en que había que dedicarle tiempo a los libros, yo no quería que mi placer fuese su éxito y acostumbraba a leer a escondidas. Si él entraba en mi cuarto, yo ocultaba enseguida el libro entre las sábanas. Y mantuve

ese secreto durante dos o tres años hasta que se me dio por coger en la biblioteca novelas al azar, empujado no solo por el deseo, sino también por el hastío y la falta de amigos. Carlos estaba siempre fuera con otros chicos de O Caramiñal jugando al escondite, a la peonza o al fútbol en el campo de Santo Antonio y no me hacía caso. Nadie quería jugar conmigo, ni tan siquiera Manola, que llevaba toda la vida en casa y se había contagiado del carácter frío de mis padres. Con certeza, mamá tampoco se lo hubiese permitido, ya que en la casa, tan-to en la de Santiago como en esta, siempre había algo que hacer, y cuando no lo había, se inventaba, sobre todo, el limpiar; al polvo no había que darle tregua. La imagen de Manola que más se presenta en mi recuerdo es la de estar constantemente arrodillada, fregando la madera del suelo bajo la supervisión insistente de mamá. No me quiero ni imaginar lo que diría mamá si hoy viese el laberinto de columnas de libros y la capa de polvo que ha terminado por apagar el lustre de la madera y entristecido aún más toda la casa. Está claro que para ella sería una ofensa amarga que le haría poner el grito en el cielo, sobre todo, si sospechase que detrás de ese descuido se esconde el propósito de prolongar la biblioteca por los pasillos, reformando la casa para adaptarla a los libros, como si estos, y no yo, fuesen sus verdaderos inquilinos.

De repente, el sonido del teléfono golpea el silencio de la casa y crea en mí una sensación de urgencia que me precipita sobre este viejo artefacto casi de museo. Al otro extremo suena el hechizo de una voz poderosa que reconozco al momento. Es Braulio Cabanas, el editor de papá, que había quedado en llamar. Me pregunta cómo estoy, si duermo bien, si necesito algo; toda una serie de ofrecimientos que no son más que rodeos para aproximarse a una pregunta que para mí es toda una sorpresa.

—Ya sé que no es buen momento, pero querría saber si estabas al tanto de que tu padre trabajaba en un libro.

—Él siempre estaba escribiendo.

—No, esta vez era algo diferente. Hace ya casi un año que me dijo que tenía una novela muy avanzada. ¿No lo sabías?

—No.

Un silencio desconcertante se abre entre los dos e intuyo un aire de reproche en esa pausa.

—Si encuentras el manuscrito de la novela, estaría encantado de publicarla.

—Buscaré entre sus cosas y le tendré informado.

Cuelgo el teléfono y me quedo dubitativo durante un momento. Braulio Cabanas es una persona seria y no tiene ningún motivo para mentirme sobre la posible existencia de una novela casi secreta. Me duele mi desconocimiento y el desprecio de papá por no haberme dicho nada. Pero también es verdad que nunca mostré mucho interés por los estudios filológicos que publicaba en la universidad. Apenas si leía alguna de sus críticas literarias o artículos sobre toponimia que publicaba en la prensa. Una novela ya es otra cosa, abre otras expectativas y me acerca a varias preguntas: ¿de qué tratará?, ¿será todo ficción?, ¿tendrá una base memorística vinculando lo escrito a su experiencia personal o tal vez será solo un paseo erudito por los libros que más le impresionaron a lo largo de su vida? Hago memoria de los últimos meses, hasta antes de su enfermedad, y no recuerdo a papá escribiendo de ese modo constante y alienado que debe de requerir una novela. La imagen que se repite siempre es la misma, un hombre esclavo de su mundo de rutinas y silencios, enfrascado en libros y envuelto en una soledad que era como un sudario blanco o una dolencia que tal vez la escritura pudo curar. ¿Dónde estará esa novela? ¿Tuvo tiempo de ponerle fin o la enfermedad frustró su parte final? Las preguntas multiplican mi ansiedad y me empujan como un resorte hacia una búsqueda codiciosa.

X

—¿Quién se casa?

—Nadie.

—Yo diría que usted se va de boda.

—Muy graciosa.

—¿Y dónde va, si puede saberse?

—Al dentista.

—¿Al dentista?

Me miro en el espejo de la entrada y entiendo la ironía de Luisa. Su rostro revela sorpresa. No está acostumbrada a verme con traje y tan bien afeitado. Tal vez ella tenga razón y me haya excedido un poco con la ropa y la colonia, pero quiero escoltar mis propósitos con una buena impresión.

Llevo despierto desde las cuatro de la mañana. La intranquilidad pudo con un sueño que ni tan siquiera la borrachera consiguió reforzar. Alrededor de las cinco me di un baño y me afeité a conciencia. Estuve leyendo y también escuché la radio y me enteré del resultado final del partido. Los Knicks perdieron y Larry Bird fue el máximo anotador. Después bajé hasta el cuarto oscuro y, con una rabia acumulada, hice copias de algunas fotos que ahora llevo en el bolsillo como una amenaza mayor que las balas.

Me duele la cabeza y las agujetas se han clavado en mis piernas como alfileres. No estoy en condiciones para el crimen.

—¿Vendrá para el almuerzo?

—Eso espero.

El gesto resignado de la asistenta contrasta con mi nerviosismo. Abandono la casa tocado por una extraña arrogancia y, aunque la clínica dental está a quince minutos a pie, me siento en el pez rosa de Bernie, que ruge con un estrépito ronco y ahogado, y medito sobre la situación. No tiene mucho sentido lo que estoy haciendo.

La mañana está espléndida. El sol, alto, ilumina el horizonte de rascacielos de Manhattan que, desde aquí, crea la impresión de un muro infranqueable, erizado con pedazos de vidrio, afilados como dientes.

El coche avanza por Linden Boulevard y más de uno se queda mirándolo. Quizá la idea de traerlo no haya sido tan buena. Un criminal en potencia como yo debería intentar ser más prudente y precavido. Y un Chevrolet del cuarenta, todo rosa y reluciente como unos zapatos de charol, no es precisamente el mejor coche para pasar desapercibido. Pero ahora ya es tarde y el tráfico de Bedford Avenue lo engulle en su desfile continuo. Sintonizo la radio y una mujer habla del buen tiempo con la misma euforia que si le hubiese tocado la lotería. Estoy tan rabioso e impaciente que enciendo un cigarrillo del revés y tengo que tirarlo sobre el asfalto. Vuelvo a intentarlo y la primera calada, pese a calmar un poco mi ansiedad, horada mis pulmones como un navajazo. Conforme me acerco a mi destino, comienzo a pensar si no me estaré dejando llevar por la sugestión y, finalmente, el alemán solo sea eso, uno de los muchos alemanes que emigraron a los Estados Unidos en busca de trabajo. La posibilidad del fracaso se instala dentro de mí y no me abandona hasta que aparco el coche a veinte metros de la clínica.

Antes de apearme, me sacudo el traje y meto la mano derecha en el bolsillo para sentir el contacto frío del revólver y de las fotografías. ¿No me habré precipitado viniendo armado a una simple revisión de la boca? La situación es curiosa y me trae a la memoria aquel dentista borracho de Clarkson Avenue que hace unos años me arrancó una muela sin esperar a los efectos de la anestesia y me hizo saber de verdad lo que era ver las estrellas en pleno día. Si en aquella ocasión llego a tener la pistola en el bolsillo, le habría pegado un tiro allí mismo, sin atender a las consecuencias de mi acto insensato. Ahora calibro la situación y tampoco me gustaría pasar el resto de mi vida en la cárcel. Tengo que proceder con tiento y responsabilidad. Por eso, el revólver solo debe ser una medida preventiva y de cautela por si ese hombre es quien pienso que es.

Aunque el portal está abierto, decido llamar al interfono y una voz suave, quizá la misma voz que me atendió ayer por teléfono, me dice que suba. En el ascensor me arreglo el cabello, me froto los ojos, como para aclarar la mirada, y afronto el pasillo con inquietud. Quiero saber si mi hombre trabaja aquí.

La puerta está medio abierta y empujo la hoja con delicadeza. La voz aterciopelada resulta ser de una mujer rubia que debe de rondar los sesenta. Viste una bata blanca y lleva puestas unas gafas de pasta que descansan en una nariz ganchuda. Tiene dos enormes bolsas en los ojos. No parece una persona feliz.

—Buenos días. Tenía cita, ¿no es así?

—Sí.

—¿El señor Weston?

—Efectivamente, Larry Weston.

Me divierte mi nueva identidad que es el resultado de combinar el nombre del jugador Larry Bird con el del fotógrafo de Illinois, Edward Weston.

—¿Es la primera vez que viene?

—Sí.

—Le tomaré los datos.

Me invento un número de teléfono y le doy la dirección de Bernie. La mujer copia todos esos datos falsos en una ficha de cartulina y yo lanzo una mirada ansiosa por el largo pasillo que desemboca en tres puertas de cristal esmerilado. La clínica es austera. Apenas un apartamento sin más decoración que unos carteles alusivos a la higiene bucal y un atlas de anatomía dental.

—Pase a la sala. Enseguida lo atenderá el doctor Klüger.

El aviso de la mujer produce en mí un efecto de euforia. El apellido Klüger es alemán y todo indica que no me he equivocado de individuo. Esta es la guarida de un lobo que seguramente se oculta bajo el nombre falso de Hans Klüger.

Entro en la sala de espera y siento la mirada indiscreta de una niña que le susurra algo a una mujer que debe de ser su madre. Como echo cuentas de que tendré que esperar un rato, tengo la tentación de quitarme la chaqueta, pero no quiero deshacerme del arma. Prefiero seguir sudando. Por eso dejo de mirar al perchero y cojo una revista de deportes donde viene una entrevista a Karen Abdul Jabar. No soy capaz de concentrarme en la lectura. Mi mente está ahora en la puerta y en las palabras con las que buscaré ganarme la confianza de este asesino llamado Hans Klüger. Mi anonimato me da cierta tranquilidad. El alemán nunca me ha visto. Ni tan siquiera debió de reparar en mí en la barbería de Stephano. Aun así, conviene ser precavido y no precipitar demasiado los acontecimientos.

La mujer de la recepción llama a la niña y a su madre, y me quedo solo en la sala. Agradezco esta situación y me deshago por un momento de la chaqueta para enjugar con la mano derecha el sudor que resbala por mi frente. No, no ha sido una buena idea lo de la chaqueta, ni lo del arma, ni tan siquiera lo de las fotos. De cualquier modo, el país está armado hasta los dientes y no sería el primer norteamericano que va de compras con una pistola. Pero no quiero meter la pata. Eso es todo. Así que vuelvo a ponerme la chaqueta y espero, inquieto, dándome aire a la cara con la revista a modo de abanico.

El odio y el deseo de venganza laten en mi interior. Tengo miedo de mí mismo, de la reacción que tendré cuando mire cara a cara a ese asesino brutal, metódico y disciplinado. Muchas veces pienso que si no hubiera visto aquel campo y todos aquellos cráneos amontonados en una concentración fabril, los relatos de aquel lugar me habrían parecido el macabro producto de una imaginación desatada. Incluso a mí, que he sido testigo directo del horror, se me hace insoportable creer que el ser humano pueda llegar a extremos tan escalofriantes como permitir que abran en canal a una gitana embarazada para arrancarle el feto y a continuación volver a coserla ante un auditorio de presas forzadas al pánico. No, nadie aceptaba la imagen de unas tenazas buscando la cuenca de los ojos, las uñas de los pies o los dientes sanos de las presas. Era tan obsceno pensar en esa posibilidad que rechazábamos con todas nuestras fuerzas esa visión aterradora. Imaginar ese dolor era tanto como tornarse verdugo.

Aguardo unos interminables minutos hasta que, por fin, la mujer asoma sus ojos subrayados por las dos enormes bolsas que los contienen y me dice que la acompañe. Al principio tengo la impresión de que la voz procede del interior de esos ojos desorbitados que parecen independientes del resto del cuerpo. Y la sigo hasta un amplio cuarto que comunica con otro más pequeño. No hay nadie.

—Acomódese.

Me siento y tres focos dirigidos desde el techo proyectan una luz voluminosa que me castiga la cara con su calor directo. Con un gesto rápido, como si yo mismo me diese una bofetada, me limpio el sudor de la frente y me seco la mano en el pantalón. En el otro cuarto, una mujer habla con el dentista. Sus voces no me llegan claras y no soy capaz de identificarlas. Por fin, tras un silencio pesado, siento a mi espalda una presencia inquietante secundada por una voz amable.

—Buenos días, señor Weston.

—Buenos días.

Cuando lo tengo delante, el mundo entero cae sobre mí como una losa de piedra. Este no es el tal Hans, ese hombre de lenguaje sanguinario que ayer huyó de la barbería de Stephano. Este es un hombre mucho más joven, de apenas cuarenta años y con una voz gentil y afectada. Su acento, más que alemán, parece hispano.

—Victor Klüger.

—Encantado.

La esperanza cierta del apellido alemán se viene abajo y la decepción se apodera de mí. Quizá este Victor Klüger conozca a ese Hans que se esconde en una identidad mucho más falsa que la mía. No lo sé. Me quedo atónito. No es la primera vez que me dejo arrastrar así, por un impulso irracional y alocado. Esta intrepidez la llevo conmigo desde niño y casi siempre me ha traído consecuencias nefastas. Es como si algo se agitase dentro de mí y me hiciera perder el control. No deja de sorprenderme el hecho de haberme equivocado de hombre y que, curiosamente, el error me haya traído hasta este dentista también alemán. Por un momento, rabio por levantarme y marcharme, pero, ya que estoy aquí, aprovecho para la revisión de la boca.

—Tiene usted una buena dentadura. Habría que empastar dos muelas. Si quiere, hoy podemos dejarle lista una.

—De acuerdo.

—Veo que está sudando. Quizá esté más cómodo sin la chaqueta.

—Sí, gracias. Esta primavera está siendo calurosa.

Me quito la chaqueta, como si me deshiciese de una armadura de plomo, y la doblo concienzudamente para que no caigan ni la pistola ni las fotografías. Enseguida siento el alivio en el cuerpo y vuelvo a acostarme en el cuero del sillón para que el dentista continúe manipulando mi boca.

La frustración es tan grande que no tengo siquiera ganas de mantener una conversación con él. Apenas escucho sus comentarios sobre el tiempo o los problemas cotidianos de la ciudad, y dejo que haga su trabajo. Quiero salir de aquí cuanto antes para continuar con la búsqueda del lobo alemán que debe de tener su guarida en las tripas de este edificio enorme. Sí, lo que ahora me interesa es dar con ese asesino y vengar el nombre de todas las víctimas que cayeron en sus manos.

En poco más de quince minutos, este dentista rubio, de facciones angulosas, me dice que ya ha terminado el empaste y que, como nos queda pendiente una muela, le puedo pedir cita a la señora Klüger.

—¿Klüger?

—Sí, es mi madre.

Me despido de él y abandono la consulta con la sensación de haber causado una penosa impresión con mi actitud seca y silenciosa. En el mostrador, la señora Klüger me espera con un rictus forzado y esa voz suave que flota en el aire como una mariposa.

—¿Qué le parece mañana jueves?

—Mañana me viene mal.

—¿Y el viernes?

—El viernes sí.

No tengo pensado volver. Ni de broma. A pesar de todo, dejo que ella anote la cita en el dorso de una tarjeta de visita.

—¿A las ocho?

—Está bien.

—Ya le adelanto que el viernes el doctor Victor Klüger no le atenderá. Lo hará el doctor Hans Klüger.

—¿Hans Klüger?

—Sí, es mi marido. Todo queda en familia.

—Perfecto.

¡Qué estúpido soy! La noticia barre mi anterior decepción y hace fluir por mis venas un entusiasmo nuevo. El corazón me late con fuerza como si fuese a estallar. ¡Hans Klüger! ¡Hans Klüger! ¿Será ese el nombre bajo el que se esconde la bestia asesina? ¡Hans Klüger! ¡Hans Klüger! No dejo de masticar su nombre como si quisiese morder toda la rabia que se concentra en mi garganta. Estoy convencido de que este Hans es el

verdugo que estoy buscando y ya no veo el momento de que llegue el viernes. Sí, ahora está claro. No hay duda. Pero en el campo el alemán solo tenía una hija. ¿Cómo se llamaba? Hilda, sí, ese era su nombre. ¿Vivirá con ellos? Y la mujer, Greta, era alemana. El acento de esta otra mujer borra esa posibilidad. Además, creo que Greta era morena y esta tiene el pelo rubio. No lo sé. Quizá el comandante se haya casado de nuevo.

La furia tensa mis músculos e inflama en mi rostro un desafío afilado que casi no consigo reconocer en el espejo del ascensor. Me paso la mano por la cara, como si quisiese ahuyentar mi asombro y, de repente, reparo en la tarjeta que me ha dado la mujer. Una letra huérfana está insertada entre el nombre y el apellido del alemán. Sí. Hans H. Klüger, es decir, Hans Heinrich Klüger. Un punto borra la marca identificativa de uno de los personajes más perversos y sistemáticos de los campos de concentración: Heinrich Artmann.

XI

El taxi me deja en el Paralelo, en una calle estrecha y sombría, a pocos metros de la pensión desconchada en la que Mercè ha alquilado un cuarto. Lleva viviendo aquí hace apenas un año, desde el día en que interné a papá. A pesar de que ella insistía en hacerse cargo de todo, supe que esa no era la solución. Papá pesaba mucho y una mujer de su edad no podía atender a una persona tan enferma. La verdad es que, a la contrariedad de dejar a papá en la residencia, se sumaba también la preocupación de mirar por el destino de nuestra vieja criada, una mujer que llevaba en la casa desde mucho antes de nacer yo, cuando aún vivían mis bisabuelos. Había llegado siendo una niña, con solo trece años y ya nunca más se marcharía. La pobreza unida a la desgracia de tener un padre borracho y una madre enferma del corazón era, se decía, lo que la había traído a una casa rica que, para ella, sería ya para siempre su único mundo, el centro de todas las esperanzas. Por eso, mi responsabilidad no era solo personal sino también familiar, y a aquellas alturas, sin consultarlo antes con Óscar, le había propuesto a Mercè la posibilidad de que se viniese a vivir con nosotros. Era lo menos que podía hacer yo por una persona que prácticamente me había criado y soportado todas las iras y manías familiares con heroica humildad. Un ser benévolo, lleno de gratitud, que comprometió su vida en esa deuda y la compensó con un placer vicario y fiel. Incluso le ofrecí la posibilidad de que continuase viviendo en el piso familiar de la Rambla, pero Mercè se negó en redondo y solo admitió el encargo de seguir limpiando el enorme piso una vez al mes y siempre que su salud se lo permitiese. Yo sabía que en todos estos años, los abuelos, y después papá, le habían ido ingresando sus honorarios en una cuenta que ella apenas quería tocar. Su canina fidelidad la llevaba a estimar eso como una apropiación indebida y la pobre se conformaba con vivir y no necesitaba otra cosa que la aceptación de la familia y aquellas muñecas de porcelana que la abuela Luisa le regalaba todos los años y que para Mercè eran como un juguete que resarcía las carencias de una infancia ausente.

Lo cierto es que ahora está aquí, sola, en esta pensión lúgubre y triste, incrustada en uno de los barrios más pobres de la ciudad.

Es la primera vez que vengo. Subo los peldaños de las escaleras con la conciencia sacudida y la sensación de estar profanando un lugar secreto. Hay un olor viejo y desagradable en el aire, una especie de sudor inflamable que se sustancia en las paredes. Con todo, hay algo de miseria decente en la entrada: el insular desarraigo de una planta en el centro y varios tiestos con geranios ciegos que jamás ven el sol. En el primer piso acomodaron un mostrador medio desvencijado sobre el que dormitan un gato gris y el teléfono. Toso y mi carraspeo despierta al animal, que se pierde como un

autómata tras una puerta entreabierta por la que enseguida surge una mujer gruesa y enlutada.

—Pase. La estábamos esperando.

Le doy las gracias y entro en una sala con las paredes empapeladas con un floreado azul que me produce una impresión entre vulgar y luminosa. Sobre el sofá se yergue un enorme tapiz en el que varios ciervos beben el deshielo de una sierra excesiva y desproporcionada. Y, justo enfrente, un televisor en blanco y negro pestañea la sintonía de un programa infantil.

—Siéntese.

Obedezco y me sitúo en una esquina del sofá, al lado de una máquina de coser sobre la que descansa una falda sin rematar. Mercè no tarda en entrar en la sala y se acerca a mí. Me levanto para darle dos besos y pongo el pequeño paquete en sus manos transparentes e invertebradas.

—No tenías que molestarte, mujer.

Mercè rasga el papel y abre la caja de la que surge una muñeca de porcelana que abraza con un entusiasmo triste. La emoción le llena los ojos de lágrimas.

—¿Qué tal estás?

—Teniendo en cuenta mis años, no puedo quejarme.

—Es la primera vez que vengo. El hecho es que siempre ando tan enredada que no tengo tiempo de nada.

—Pues ya ves, este es mi nido.

—No está mal.

Ahora, de cerca, como si unas pocas semanas hubiesen deteriorado su aspecto, caigo en la cuenta de su vejez. Su cabello, recogido en un moño severo, está totalmente blanco, y su rostro está herido de arrugas. Aun así, hay algo candoroso en ella, quizá el cuerpo menudo, la sonrisa melancólica, su docilidad o el timbre agudo de su voz, que le transfieren un aire extrañamente infantil a sus más de setenta años.

La señora de luto vuelve a hacer aparición en la sala, esta vez con una bandeja llena de pastas y una cafetera que todavía hierve y esparce su aroma por la casa. Les digo que no era necesaria tanta molestia, pero Mercè hace un gesto gracioso con los labios como si quisiese borrar su boca, y me presenta a Luz, que es la dueña de la pensión.

—Mucho gusto.

Luz saca del aparador una botella de vino quinado y un par de copas talladas, y se marcha para dejarnos a solas.

—Es una buena persona. Perdió a su marido hace unos años y nos hacemos mucha compañía. Fue una suerte para mí dar con ella.

Las palabras amortiguan mi responsabilidad y sedan mi mala conciencia por no haber amparado suficientemente el destino de esta persona bondadosa y fiel.

Mercè me sirve el café y me acerca la bandeja de las pastas. Sobre la mesa también han dispuesto un cenicero esmerilado. La visita la han preparado a conciencia.

—Entonces, el señor Óscar y tú…

—Sí, nos hemos divorciado. No es el fin del mundo. Nada es eterno. Pero, si no te importa, hoy solo me interesa hablar de mi tía. Quiero saber su verdadera historia y los motivos de tanta mentira.

Una alerta sorda se dibuja en su rostro contraído, que ahora me mira con cierto estupor, como si me contemplase a mucha distancia. Vencida por la sorpresa, se recuesta hacia atrás en el sofá y no tarda en abrir una sonrisa cargada de nostalgia.

—No sé qué más puedo contarte. Laura tenía algo especial… y no me refiero solo a su belleza. Era un encanto en todos los sentidos.

Su voz es tan suave que parece una prolongación del silencio.

—Espera un momento. Voy a mostrarte algo.

Mercè se levanta de repente y abandona la sala por un momento. Aprovecho para mojar las palabras en la copa de vino quinado y queda prendido en mi memoria el sabor de las obleas cuando comulgaba en la misa de los domingos.

Mercè vuelve enseguida con una carpeta azul apoyada contra su pecho, como si quisiese demostrar en ese gesto propietario toda su estima.

—Tu tía había nacido para artista. ¿Lo sabías?

—Algo había oído.

—Sí, era rebelde y un poco loca. Andaba siempre de acá para allá pero escribía muy bien, tocaba el piano, sabía idiomas y dibujaba que era un milagro. Este me lo regaló el día que cumplí los veinte. Ella solo tenía nueve. Mira qué bien pintaba.

Mercè saca de la carpeta una lámina con su rostro a carboncillo y yo confirmo con gesto aquiescente la perfecta aproximación de su expresión dócil y humilde.

—También tengo alguna foto que me hizo. Lo fotografiaba todo y por sorpresa. Recuerdo que tu abuelo Gregorio protestaba por el montón de dinero que ella se gastaba. Mira, todas estas me las regaló y nunca supe cuándo me las había sacado.

Voy pasando una a una y me doy cuenta de que las fotografías registran pasajes cotidianos de una sorprendida joven que friega la loza, limpia el polvo del aparador o pela patatas con un cuchillo descomunal. Todas tienen una extraña calidad artística y la particularidad de hacer exótico lo familiar. Son mucho más que el capricho azaroso de una niña que dispara a tontas y a locas para inmortalizar instantes de la vida de una criada. Hay en ese saqueo un acierto intuitivo, una percepción estética, un golpe de vida y humanidad cautivadores.

—Están muy bien.

—Algunas no tienen ni pies ni cabeza.

—Lo que no sabía era que mi tía tocase el piano.

—Sí, aprendió con el señor Escortell.

—¿El del primero?

—Sí.

Pienso en ese hombre anciano y en la hondura de su violonchelo que habita las escaleras como un inquilino suave y misterioso. No sé muy bien por qué, pero esta noticia me produce una sensación agradable y esperanzadora.

—Tu abuelo Gregorio no se hablaba con él. Algo debió de ocurrirles de jóvenes, no sé muy bien el qué. El hecho es que tu tía insistía en ir a sus clases y al final el señor Gregorio le compró el piano que está en el piso. Nunca más volvió a usarse. Cuando acabó la guerra, el señor Escortell desapareció. Dicen que era de los otros.

Niego con los ojos porque, de niña, yo solía acercarme a la vieja dentadura del piano y pulsaba sus teclas en busca de alguna melodía imposible. Con el tiempo, harta de mi incapacidad y animada por las quejas de la familia, dejé de frecuentar el instrumento y vi cómo un rosario de retratos y adornos fueron clausurando aquel teclado que para mí era como una sonrisa cariada.

—Tu tía era un poco cabeza loca, no sé, muy adelantada para su tiempo. Y no se le ponía nada por delante. Siendo aún una niña ya fumaba y salía con chicos. Un año antes de la guerra incluso anduvo enredada con un hombre casado que le doblaba la edad. Menos mal que la cosa se quedó en nada. Hacía las cosas sin pensarlas mucho. Eso sí, conocía a muchísimas personas, casi siempre mayores que ella y con ideas que le trajeron la perdición, pobrecita mía.

La emoción le hace temblar la voz y le cierra los ojos por un instante. Cuando los abre, percibo el líquido amarillento de su mirada, una especie de barniz que limpia con un pañuelo blanco. Está triste, pero en su consternación se augura un rastro de furia e indignación.

—Sé que al señor Gregorio, tan de Franco como era, no le hizo ninguna gracia que su hija se dejase enredar por gente de la otra cuerda. Y con lo bueno que él era, Dios me valga, no movió ni un dedo para salvarla.

—¿Por qué dices eso?

—Creerás que soy una desagradecida, pero recuerdo una fuerte discusión de tus abuelos, cuando se marcharon aquellos hombres tan elegantes que habían venido a registrar el cuarto de la señorita Laura. Ella no estaba en casa y la detuvieron al poco tiempo, porque le encontraron algo que la comprometía. No sé muy bien el qué.

—¿Y qué se dijeron?

—A esas alturas, la señora Luisa se enfrentó al señor Gregorio con palabras muy, muy altas, que se escucharon en toda la casa. Jamás había visto de ese modo a tu abuela, tan fuera de sí, tan diferente. Ella le insistía en que tenía que perdonar a la niña, que no era muy cristiano abandonar a una hija de ese modo. Y el señor Gregorio la culpaba de

haberla mimado demasiado. No pude entender toda la conversación, pero tu abuelo puso punto final a la discusión a gritos, amenazando a quien volviese a hablar de la señorita. Había muerto y punto.

A pesar de que yo ya lo había intuido, escucho atentamente y siento en las palabras de la vieja criada un estremecimiento de alivio guardado durante mucho tiempo. Es como si ella ahora estuviese quitándose una carga de encima, el peso asfixiante de un silencio incómodo y largo.

—¿Cuándo se produjo esa discusión?

—En la última Navidad de la guerra, meses antes de volvernos a Barcelona.

—¿De volver?

—Sí. La guerra nos cogió de vacaciones en la playa, en el pueblo gallego de tu madre, y los señores decidieron permanecer allí hasta el fin de la guerra, cuando les fue devuelta la fábrica.

Estoy un poco sorprendida, no porque desconozca estos hechos sino por el orden de su registro. Soy consciente de que muchos de los enfados políticos del abuelo derivaban del recuerdo visceral de ese saqueo perpetrado por los anarquistas de la CNT, que durante la guerra le habían requisado la fábrica y parte de su salud. Sé también que todos los años, hasta mi nacimiento, mi familia hacía mil quilómetros para llegar a la casa de la playa. Tampoco ignoro que mis padres se conocieron allí y se casaron uno de aquellos veranos, pero en lo que nunca había pensado era en que todos estos acontecimientos hubieran sido precipitados por la guerra.

—Esos tres años a mí se me hicieron eternos. No es que a mí no me gustase la playa, pero en aquella casa todo era desorden y jamás se sabía a qué hora había que tener preparadas las comidas. En esa época había discusiones y todo el mundo andaba nervioso, pendiente de los diarios y de la radio. Y además, coincidió lo de tus padres.

—¿Lo de mis padres?

—Sí, el noviazgo y aquella boda tan…

—¿Tan qué? —la apuro y reparo en su gesto arrepentido, como si se hubiese dado cuenta de que acaba de decir algo inconveniente.

—No lo sé…

—¿Imprevista?

—Sí, imprevista… Y en pleno invierno.

Un poco avergonzada de mi ignorancia y alertada por las palabras de Mercè, hago memoria y me asalta una nueva pregunta.

—¿Se casaron en diciembre?

—Sí, poco antes de Navidad.

Con el corazón en la boca, hago un cálculo sencillo y percibo en la inquietud de Mercè la confirmación de la sospecha de que no soy sietemesina como me habían dicho.

—¿Mi madre ya estaba embarazada cuando regresó a Barcelona?

El tímido gesto de extrañeza de Mercè me acerca a la certeza de que fui concebida en Galicia y que el matrimonio de mis padres fue urgido por las circunstancias de un embarazo inoportuno, no solo porque todavía no estaban casados, sino también por la provisionalidad de la guerra. A mis abuelos paternos tal vez les hubiese gustado celebrar la boda en Barcelona y con tiempo suficiente para hacer de ello un acontecimiento social.

—Tu abuela Luisa se enfadó tanto con la noticia que incluso tuvo que venir el médico para calmarla. Yo estaba en la cocina y tus abuelos le dijeron cosas muy duras a tu padre, que si no estaba bien de la cabeza, que si era consciente de que se casaba con una muerta, que con ellos no contasen para nada… No es que no quisieran a tu madre, pobre, sino que todos conocían su enfermedad. Lo curioso es que nadie supo de su noviazgo. Las familias se llevaban bien y hacían excursiones y no veían nada raro en la amistad de sus hijos. Por eso, cuando de repente se supo que Asunción estaba embarazada, la revolución en casa fue total. Fueron unos meses terribles porque, al poco tiempo de celebrarse la boda, se llevaron presa a la señorita Laura sin que el señor Gregorio hiciese nada por ella, y semanas después el pobrecito de Josep apareció muerto al pie del pantalán de las conserveras. ¡Cuántas desgracias juntas, Dios mío!

Estoy realmente asombrada no tanto por las palabras desatadas sino por la sensación de estar escuchando a otra persona que nada tiene que ver con esa mujer tímida y sumisa con la que conviví durante tantos años; es como si esa sombra silenciosa y asustada se hubiera convertido en algo material y vivo.

—¿Laura tuvo algún novio durante la guerra?

—Que yo sepa, no. Tu tía era difícil de atar. Le gustaban todos, pero ninguno en particular. Era muy sociable y tenía muchos amigos. Mayores y jóvenes. Era un caso. Eso sí, ninguna de aquellas amistades le gustaba a tus abuelos.

Su respuesta parece sincera y prefiero no comentarle nada del embarazo de la tía Laura y de la posterior pérdida de ese bebé que ya tenía el nombre reservado de Pablo. La noticia puede que la desconcierte.

—¿De qué la acusaban?

—No lo sé muy bien, yo soy una analfabeta. Lo único que les oí es que habían dado con unas fotografías… De eso nunca se hablaba. Como digo, Laura andaba con gente de la otra cuerda. Lo que sí sé es que el señor Gregorio fue muy duro. No me interprete mal. El señor Gregorio era una excelente persona. Estaría mal que yo dijese lo contrario. Era algo seco, sí, pero la guerra le cambió el carácter y lo volvió más hosco con todo el mundo.

Me cuesta reconocer la verdad de esas palabras porque el abuelo abrigó mi infancia y, pese a ser una persona seria, me dedicó mucho tiempo, ocupó en los primeros años el lugar que debería haber ocupado papá, a quien anuló por completo hasta que yo fui consciente de la verdadera personalidad que ocultaba ese hombre que hacía compatible su tiranía sobre la familia y sus empleados con la ternura que me dispensaba a mí.

—¿Te acuerdas de alguna amiga de Laura?

—Tenía muchas. Allí por donde iba siempre hacía amigos. Con quien más andaba en Barcelona era con una muchacha que iba a su mismo colegio y asistía a las clases del señor Escortell. Se llamaba Finuca y era muy alta. Vivía en el Ensanche. Cuando volvimos, al acabar la guerra, esa muchacha vino a preguntar por ella dos o tres veces. Había también otra mujer, bastante mayor que ella, con la que tu tía había hecho buenas migas. Vivía en la calle Santa Ana y su padre tenía una joyería en la Rambla de las Flores. Ahora es una floristería. Esa joven también iba a clases de piano con el señor Escortell. Ella debió de ser la que le metió las ideas a la señorita Laura. A tus abuelos no les hacía ninguna gracia que anduviese con ella.

—¿Cómo se llamaba?

—Como yo, lo recuerdo bien, pero a lo mejor ya ha muerto. Debía de ser unos ocho o nueve años mayor que tu tía.

La mujer de luto entra de nuevo en la sala y, con una ternura cansada, me invita a que me quede a cenar con ellas, pero yo miro el reloj y, como empujada por un resorte invisible, me pongo en pie con la disculpa de que he quedado con una amiga y se me hace tarde. Así que vuelvo a coger de las manos a Mercè, que ahora aprieta ligeramente los labios como si quisiese coser las palabras que hubiera podido decir de más, y le beso la frente con la promesa de que volveré a llamarla para hacerle otra visita.

Agradecida por toda la información que la vieja criada me ha contado con una pasión estremecida y furtiva, abandono esta pensión oscura y triste y camino por la calle solitaria, asimilando los nombres y reconstruyendo la memoria dolorosa de mi tía, los retazos de una vida que ahora me interesa de una manera especial. Estoy convencida de que en su muerte se cifra algo mucho más terrible que un simple desmembramiento familiar. Estoy convencida de que me encuentro justo en el inicio de un largo viaje.

XII

Tengo el alma en vilo. Llevo varias horas inspeccionando el despacho y la biblioteca y todavía no he encontrado la misteriosa novela de papá. Solo queda un cajón de la mesa de nogal, pero, como no tengo la llave y no quiero forzar el que es uno de los muebles más antiguos de la casa, he llamado hace una hora a un cerrajero de O Castelo para que venga a abrirlo. Tengo la sensación de que va a ser en balde. Ya hace un buen rato que he cedido a la idea de que ese proyecto que papá le confesó a Braulio Cabanas era más un deseo que una realidad y me resigno a ese desengaño mientras miro cómo ahora, a las columnas de libros, se suman montones de carpetas que mi búsqueda desesperada ha ido esparciendo por el suelo y la mesa. La mayor parte de ellas contienen cientos de fichas en las que papá registraba anotaciones sueltas. Casi todas recogen argumentos de libros y una serie numérica de referencias cruzadas que hacían de su sistema un minucioso mecanismo de búsqueda. Hay también críticas hechas a mano, con una caligrafía impecable en la que las letras, más que escritas, parecen dibujadas. Papá nunca cayó en la tentación de la máquina de escribir. Le gustaban las plumas estilográficas y siempre mandaba sus colaboraciones a mano para que se las pasasen a máquina en los periódicos o en la editorial. Desconfiaba de cualquier proceso que no fuese manual y era muy mirado con todo lo que le publicaban; no había ocasión en que no le echase un último vistazo, pese a que su letra tenía una claridad meridiana.

En esta búsqueda infructuosa de la novela, sí he encontrado algunas cosas de cierta valía, como una caja con un centenar de cartas separadas por su remitente y ordenadas cronológicamente. Son una docena de fajos atados con cordel de cáñamo que corresponden a intelectuales con los que papá mantuvo algún tipo de relación epistolar. Hay algunas de Victoriano García Martí, de Otero Pedrayo e incluso una de Valle-Inclán enviada desde Roma. El orden escrupuloso me hace pensar en algún deseo póstumo de papá. Tengo la sensación de que toda esta disposición tiene algo de legado y encargo. Incluso el bosque de libros, con su paisaje anárquico, aparenta ser un proyecto secreto que papá ideó para que yo guardase su memoria y llegase a comprender todo su mundo solitario y autista. Es como si ahora, en su ausencia, me abriese las puertas de su universo y me dejase habitar su isla. Sospecho que en todas estas cartas podré interpretar su actitud reservada e indagar en su laberinto interior, pero prefiero dejarlo para más tarde. Ahora me interesa una carpeta en la que hay algunos documentos y dos docenas de fotografías en las que aparecen mis abuelos paternos. Es la primera vez que las veo y no entiendo muy bien por qué están aquí y no en el álbum familiar. Puede que mamá las quitase de allí con el único objeto de borrar la memoria de sus suegros. Me gusta pensar que papá las rescató y, entre lectura y lectura,

quizá echaba mano de ellas para recordar a unos padres que abandonó al casarse con mamá, esa joven altiva y hermosa que veraneaba en O Caramiñal y pertenecía a una influyente familia de derechas que, justo al final de la guerra, también a él le encontraría empleo en un colegio de Madrid. Aunque todo esto lo supe más por conversaciones furtivas e intuiciones que por una confesión cierta de papá, procuro atisbar su situación confusa, la difícil elección entre el futuro humillado de una familia republicana o el destino abierto junto a esa joven madrileña que lo amaba con una pasión posesiva y decidida. Creo que el espíritu débil y algo acobardado de papá hizo que se decantase por la segunda opción, sobre todo porque el año del estallido de la guerra, él acababa de terminar la carrera y el futuro madrileño que le prometían sus suegros a modo de dote tenía para él más atractivo que lo que le aguardaba si se quedaba en O Caramiñal. Aquí tendría que ayudar en una farmacia que también era tienda y que ya estaba señalada porque su padre era republicano. Recuerdo que la mayor parte de las veces en las que yo preguntaba por los abuelos paternos, había un pequeño silencio y mamá levantaba su voz enojada y aprovechaba para hablar de sus padres, que incluso se habían preocupado por el abuelo Luis y habían movido hilos políticos para que le levantasen la condena y pudiese asistir a la boda de su hijo. A estas alturas de la discusión papá siempre callaba. Tal vez fue él mismo quien le pidió a su suegro que intercediese ante las autoridades por su padre para estar todos juntos en ese día tan señalado en el cual sellaban un compromiso de por vida. No lo sé. El hecho es que en la elección de papá hay muchas lagunas e incongruencias. No entiendo por qué dejó que sus padres se quedasen solos, a la intemperie, bajo la sombra de una dictadura que no tardaría en asfixiar su rutina provinciana. ¿Y por qué mis padres abandonaron Madrid y se vinieron a Santiago meses después del accidente mortal de mis abuelos Luis y Marta? No me cabe la menor duda de que a papá debían de sobrarle méritos para ganar en propiedad la plaza en la universidad compostelana, pero ¿por qué aquella prisa para volverse justo después de la muerte de los abuelos, cuando en Madrid estaban bien acomodados e incluso mamá desarrollaba un puesto de importancia en el Auxilio Social de Pedernales? Recuerdo que en algunas ocasiones mamá le echaba en cara a papá el hecho de haberla retirado de ese pasado en el que ella gozaba de cierto prestigio y relevancia. Aun así, estos reproches tampoco tenían la contundencia de otras veces. Era como si esa decisión no fuese cosa solo de papá, sino un acuerdo mutuo. Y aunque en mi memoria no ha quedado grabada ninguna imagen de esa ocasión, porque yo todavía era un niño de un año, algo oscuro y latente gravita en mi inconsciente y empuja la sospecha de que aquella salida de Madrid fue en realidad una huida tumultuosa. No es la primera vez que me da por pensar que papá se volvió en silencio contra su suegro, un reputado médico franquista que tenía abiertas las puertas del Pardo y era más temido que respetado. Puede que papá echase sus cuentas para deshacerse de esa sombra protectora que no dejaba de recordarle, con inflamados alardes públicos, su mediación ante el director del colegio que lo había

contratado. No lo sé. Lo que sí sé es que mi abuelo Aurelio era un hombre seco e inflexible que ya nunca más volvió ni a Santiago ni a O Caramiñal, del mismo modo que papá nunca volvió a casa de sus suegros en Madrid. Algo grave pasó entre ellos que los alejó para siempre. Recuerdo todas las Navidades en las que papá, con la disculpa de que tenía mucho trabajo, no viajaba con nosotros a Madrid. La imagen que queda de aquellas despedidas es siempre la misma: papá haciendo un gesto con su sombrero en la estación compostelana mientras el tren avanzaba hacia un destino que ni a Carlos ni a mí nos apetecía mucho de no ser porque en Madrid también estaba el tío Ricardo, el hermano de mamá, que nos rescataba del aburrimiento de la casa, donde reinaba el abuelo Aurelio, un maniático del orden, siempre riñéndonos, sobre todo a mí, tal vez porque mi parecido le recordaba a papá. No dábamos una a derechas y su presencia nos imponía tanto miedo que Carlos y yo andábamos más tiesos que dos varas de avellano. Era un suplicio tener que acompañarlos a la misa diaria. Y además, sin abrir la boca, no había noche en la que la abuela Amalia no cogiese aquella especie de misal de cantos dorados y nos convocase para un interminable rosario de letanías, salmos, glorias e invocaciones a la Virgen y a todos los santos habidos y por haber. Por suerte para nosotros, los viajes a Madrid fueron espaciándose en el tiempo y aquellas matracas estrictas quedan en el recuerdo.

Sí, lo mejor de aquellos viajes era el tío Ricardo, nota discordante en la familia, que siempre nos llevaba al circo, al teatro o al fútbol. Era muy niñero y jugaba con nosotros como si tuviésemos la misma edad. Su sola presencia llenaba de luz la casa de los abuelos y barría el pesado ambiente de rosarios, órdenes y silencio que solía invadirla. Hace unos años, cuando estuve con un viejo amigo madrileño que ahora es diputado socialista, supe que mi tío Ricardo había sido un falangista de renombre, con alguna causa criminal que no había llegado a abrirse por ser hijo de quien era, que había abrazado el fascismo con la misma euforia con la que se entregaba al amor de tantas jóvenes, al que le gustaba andar de fiesta, que traía loco al abuelo Aurelio porque no era capaz de terminar la carrera…, y, aun así, el recuerdo que tengo de él es benévolo porque mi mirada de niño ha fijado en la memoria un poso de admiración y respeto que la cruda realidad nunca fue capaz de horadar del todo. El tío Ricardo era un hombre alto, elegante y divertido que nos trataba como adultos y ponía ante nuestros ojos las imágenes más insólitas del Madrid de posguerra. Con él supe apreciar la ciudad y sus alrededores. Nos subía en aquel coche negro sin capota, no recuerdo la marca, tal vez un Ford, y del mismo modo que nos llevaba a comer carne de gamo a un restaurante del Pardo o nos enredaba con historias inventadas dentro del monasterio de El Escorial, también solía meterse en el barrio de Tetuán para que confrontásemos nuestro mundo con ese otro que latía en las casas humildes, de un solo piso, en las que todo tenía un color como en blanco y negro y los perros famélicos les disputaban los restos de basura a niños de nuestra edad. Más de una vez el tío Ricardo buscaba en el bolsillo unas

monedas que después, sin bajarse del coche, les daba a los chiquillos que nos miraban con una mezcla de envidia y gratitud, mientras nos acompañaban con carreras hasta que la velocidad los dejaba atrás como un recuerdo triste.

Por más que lo intento, no consigo ver la maldad en el rostro de tío Ricardo y, aunque también es cierto que, una vez, cuando nos había llevado a Carlos y a mí al parque del Retiro, vimos cómo se le caía la pistola en la cubierta de la barca, tengo que hacer un gran esfuerzo para aceptar que fuese un criminal despiadado, capaz de darle el paseo a alguien.

Acaricio las fotografías como si palpase un pasado imaginado y concentro en ellas todos mis sentidos hasta que despierta la intuición y veo a papá con su madre, la abuela Marta. Aunque están casi pegados el uno al otro y ella exhibe una despreocupada alegría, percibo un vacío inquietante entre los dos. Es como si una pared invisible los alejase.

De repente, encuentro una en la que mis abuelos paternos están con dos niños de pocos meses. Uno de ellos debo de ser yo y el otro mi hermano Carlos. Una ilusión ciega me lleva a mirar el envés y, efectivamente, están escritos nuestros nombres y una fecha de 1940, meses antes de morir ellos. Una serpiente de nostalgia me sube por la espalda y reparo en la hermosura de la abuela Marta, que me tiene en su regazo mientras el abuelo Luis juega con su meñique en el breve mentón de Carlos.

En otra fotografía mis abuelos están cogidos de la mano, apoyados en el guardabarros reluciente de un coche oscuro —uno de los pocos que por aquel entonces debía de haber en el pueblo—, puede que el mismo del accidente que meses más tarde les quitaría la vida al regresar de Santiago.

Hay otra en la que están aquí, detrás del mostrador con un fondo atestado de diversos albarelos donde guardaban las medicinas. Tienen los dos sus batas blancas y cruzan los brazos en un gesto divertido.

Sigo pasando fotos en las que aparecen gigantes y cabezudos en la cabecera de una procesión, globos aerostáticos ascendiendo hacia el cielo y, de repente, una serie en la que no conozco a nadie. Lo más curioso de todas estas fotografías es que no hay hombres en ninguna de ellas, apenas algún niño; casi todas son mujeres y niñas de familias humildes. Las estudio con detalle y me gusta esta en la que una vieja campesina, con la cara intrincada de arrugas y con una tristeza mineral en su mirada, posa la mano sobre una niña de unos seis años que lleva un vestido raído y negro. Junto a ellas, una mujer, quizá hija de la anciana y madre de la niña, recoge toda su sorpresa

en una sonrisa apagada. Las tres llevan un pañuelo negro en la cabeza y están atrapadas por un luto pesado. También tiene un rastro de soledad la foto en la que dos ancianas desgranan mazorcas de maíz junto a dos pequeñas que las remedan en un juego adulto e improvisado. O la de una mujer con una saca en la cabeza que todavía tiene fuerzas para llevar en la mano izquierda un pequeño canasto y en la derecha a una niña con el vestido sucio; al fondo, una barca meciendo su soledad en el puerto. Las fotografías no están fechadas, pero son muy antiguas y no entiendo qué hacen aquí todas estas familias, la mayor parte de ellas campesinas y marineras, guardadas en una carpeta compartida con el recuerdo de mis abuelos paternos. Sé que en el bajo de la casa estaba la farmacia y también la tienda en la que se vendía de todo, incluso material fotográfico, y un servicio de revelado que mandaban en el vapor María Luisa a Vilagarcía, pero no tengo constancia de que papá, el abuelo Luis o la abuela Marta fuesen aficionados al arte de retratar. Por eso me llama la atención el descubrimiento de estas imágenes en las cuales parece esconderse una voluntad artística.

Estoy tan ensimismado en el misterio de este hallazgo fotográfico que tardo en percibir la insistencia del timbre. Es el cerrajero, un viejo de O Castelo que creo que no conozco y habla con rígida cordialidad.

—¿Dónde está esa cerradura?

—Venga por aquí.

En su mirada parece pesar el asombro ante el desorden de esta casa sembrada de libros y polvo. Y mientras me sigue, escucho sus palabras amortiguadas por un tono sumiso y triste.

—Siento mucho lo de su padre. Era un gran hombre.

—¿Lo conocía?

—A Pobra es pequeña y la gente importante no abunda. Su padre era un hombre muy respetado. Bien se vio en el entierro.

—En la muerte todos somos iguales.

—No es lo mismo. Aquí no se recuerda a un muerto que arrastrase tanta gente como él.

Mientras impugna mis palabras asistido por un orgullo local, se arrodilla delante del cajón cerrado de la mesa de nogal y abre su caja de herramientas para sacar un instrumento con el que manipula la cerradura.

—Buena madera. De estas ya no se hacen. Debe de ser muy antigua.

—Más que usted y yo juntos.

—No me cabe la menor duda. Ya está. Ha sido poca cosa.

El hombre recoge la caja de herramientas y se levanta como decepcionado por la escasa dificultad de su encargo.

—¿Cuánto le debo?

—Nada. Me cogía de paso.

—Insisto.

Lo acoso con un billete, pero él apresura el paso esquivando las columnas de libros y no tarda en alcanzar la calle desde donde se despide de espaldas, haciendo un ademán con su mano derecha en una actitud que en otro contexto podría tener visos de desprecio.

En cuanto cierro la puerta, vuelvo de inmediato a la mesa de nogal y me sitúo ante el cajón con la esperanza de que dentro esté la novela secreta de papá. Y no. El hallazgo consiste en una edición de La Odisea traducida al catalán por un tal Carles Riba, una lata oxidada que contiene un par de carretes fotográficos y otra carpeta con más fotografías de gente desconocida que posa tiesa delante de la cámara. El libro de Homero tiene una enigmática dedicatoria en gallego con un cisne dibujado que hace de letra capitular: Sempre gardarei a pregunta. Duquesa de Brabante, y los protagonistas de las fotografías esta vez no son mujeres, sino hombres curtidos con ropas raídas. Algunos tienen cigarrillos colgados de los labios, otros escopetas a la espalda y la mayor parte de ellos una alegría furtiva y combatiente en la mirada. Parecen cazadores derrengados por una dura jornada de acecho y persecución. Incluso hay un muchacho herido que toca el acordeón y tiene a sus pies una escopeta y una boina. En lo primero que pienso es en esas batidas que se hacían en la sierra para matar al lobo, pero en cuanto veo a uno de ellos con la cabeza vendada caigo en la cuenta de que estas fotografías fueron tomadas en plena Guerra Civil.

Entre todas ellas, de repente, aparece una instantánea en color en la que, con el telón de fondo inconfundible de la catedral de Notre-Dame, posa una pareja en un encogido gesto de frío y felicidad. Él lleva un abrigo azul y un sombrero de fieltro; el rostro lo tiene medio escondido en el embozo de una bufanda. Y ella, mucho más joven, quizá su hija, lleva un abrigo de piel y un paraguas en su mano izquierda. Está cobijada en el abrazo del hombre. Hay algo familiar en ella que me lleva a coger la fotografía de carné de la cartera, la misma que estaba entremetida en las páginas de Balzac no tanto para señalar el lugar exacto de la lectura como para esconder una intimidad, y no hay duda. El presagio se cumple. Se trata de la misma mujer. Y es esta confirmación la que me hace volver al rostro del hombre para comprobar, con asombro, que esa mirada alegre pertenece a mi propio padre. ¡Increíble! ¿Papá en París? No doy crédito. Intento calcular su edad en las arrugas y creo que la foto debió de ser obtenida no hace mucho tiempo. ¿Antes o después de la muerte de mamá? Por más que lo pienso, no parece posible que papá, ese ser sedentario que no hacía más viajes que de Compostela a O Caramiñal y viceversa, pudiese ir a París sin saberlo su familia. Tuvo que ser después de la muerte de mamá, porque a ella no se le escaparía esa ausencia. Además, las ropas parecen de invierno, una estación en la que la reclusión de papá todavía era mayor. En principio, yo podría aceptar incluso que esta fotografía no recoge más que el momento ocioso en un congreso universitario al que papá es invitado, y que esa mujer mucho más joven que él solo es una compañera o una amiga. Pero el hecho de que ella sea la misma del retrato que estaba dentro de las páginas del libro de Balzac, y de que papá, pese a ser poco hablador, nunca nos confesase su estancia en París, hace que en ese abrazo se intuya una complicidad que trasciende la amistad y siembre en mí una montaña de dudas para las cuales no tengo respuesta. Me resisto a pensar que papá tuviese una amante. Es algo impensable. Entonces, ¿quién es esta mujer que debe de tener, año arriba año abajo, mi edad? Un sentimiento de impotencia se apodera de mí y siento una especie de odio viejo hacia él por haberme ocultado tantas cosas de su vida. La fotografía abre un abanico de expectativas y mi imaginación se hunde incluso en la descarriada fantasía de que ella sea una hija nacida fuera del matrimonio, algo que podría justificar de algún modo aquel infortunio suyo que era como una pieza de ropa que solo se quitaba cuando estaba entre libros. De lo que sí estoy seguro es de que ella puede ser la llave para que yo pueda tocar la carne viva de algunos secretos de papá. Por eso, la voluntad de saber quién es se instala en la raíz de mis deseos y sé que no pararé hasta encontrarla.

XIII

Cuando llego a la habitación, Bernie ya está vestido con la misma ropa que llevaba el día de su intento de suicidio. Ahora caigo en la cuenta de lo mucho que ha adelgazado y envejecido en estos dos meses. La marca de la soga, como una cicatriz de guerra, todavía no ha desaparecido del cuello. Está sentado al borde de la cama y tiene en la mano derecha una bolsa de plástico con las zapatillas, el neceser, revistas y el par de libros de poesía que le he regalado. Parece dispuesto para una huida. En sus ojos centellea una extraña ansiedad que viene de muy lejos. Dos meses en un hospital es lo más parecido a una estancia en la cárcel.

—Todo listo.

—Sí, señor. ¿Has traído el coche?

—Sí.

—Hay que parar en una farmacia para comprar las medicinas.

—Las cogeremos en Bedford o en Parkside Avenue. ¿Quieres llevar tú el coche?

—No. Estoy que no puedo ni con mi alma.

Me alegra que regrese a su prudencia. La verdad es que nunca ha sido un buen conductor. Y la medicación y su debilidad no alientan mucho mi confianza.

Insisto en llevarle la bolsa, pero él se resiste y va delante con paso enérgico y nervioso, como si sintiera la respiración de alguien en su nuca. Su cojera parece atenuada por la prisa.

Ya en la calle, me dice que nos sentemos un instante en un banco y puedo ver su ansia por respirar el aire contaminado de la ciudad. El sol le da en la cara y su piel se torna translúcida, casi transparente, como si fuesen a vérsele los órganos o pudiera fundirse con el paisaje. Tengo la impresión de que su interés por el suicidio ya es historia. Con todo, tendré que vigilarlo. Puede haber una recaída. Lo importante es que esté distraído.

Me gustaría contarle el incidente de la barbería de Stephano y mi visita a la clínica dental, donde está escondido ese más que probable criminal, pero como no estoy muy seguro de su identidad ni tampoco de la reacción de Bernie, prefiero callarme. No sé

cómo podría tomárselo. El odio es adictivo e ignoro si esto sería bueno para su corazón hipertenso. Quizá lo mejor sea esperar a esa otra visita que tengo prevista para mañana alrededor de las ocho de la tarde y que puede confirmar todas mis sospechas.

Cuando llegamos al aparcamiento, Bernie enseguida ve su coche rosa y se acerca a él para acariciarlo como si acabase de reencontrarse con un familiar al que no ve desde hace demasiado tiempo.

—Sabes que, si muero, este bólido será para ti.

—No digas tonterías. Tú no vas a morirte.

—Todos vamos a morir, Bob. Esa es la única certeza que tenemos en la vida.

Sus palabras, pronunciadas con tono trascendente y acento de Alabama, me producen un ligero estremecimiento. Es la primera vez en dos meses que nos ponemos a hablar de la muerte y me inquieta ese comentario por lo que pueda esconder.

Arranco el coche para borrar mi preocupación y alcanzamos la calle después de subir por una espiral mareante. El tráfico a esta hora es intenso en Flatbush Avenue.

Bernie saca de la guantera unas enormes gafas de sol que le cubren medio rostro y le da por cantar una canción que no logro reconocer. Está contento y me pide un cigarrillo.

—Sabes que no puedes fumar.

—Venga. Solo uno. No seas aguafiestas.

Cedo a su deseo y miro de reojo cómo la felicidad se le enciende en la cara al mismo tiempo que el cigarrillo. Está claro que no va a ser fácil controlarlo.

—No sé si es por la medicación o no. El caso es que en el hospital muchas veces fumaba en sueños y cuando despertaba tenía en la garganta un auténtico sabor a tabaco. Incluso se me resentían los pulmones y tosía para quitarme la carraspera producida por los cigarrillos. Una aventura orgánica, ¿no?

—Yo también estuve maullando toda una noche y cuando desperté tenía un gato al pie de la cama.

—¿Y eso qué tiene de especial?

—Sabes que en nuestra casa jamás ha habido gatos y, además, era invierno y me quedé sin saber por dónde diablos había entrado aquel demonio de animal. Tenías que ver cómo me miraba. Daba miedo.

—La mirada del gato es misteriosa y fascinante.

Detengo el coche en Parkside Avenue, justo delante de la farmacia e insisto en que Bernie me dé las recetas. Finalmente se deja convencer y, mientras él se queda en el vehículo, abstraído con las últimas caladas del cigarrillo, yo me abastezco de medicinas que van desde analgésicos y antidepresivos hasta betabloqueantes para el tratamiento de la hipertensión o de una posible angina de pecho.

—Bob, ¿puedo pedirte un favor?

—Tú dirás.

—¿Por qué no paras en Harry's? Quiero saludar a Rosie. Se portó bien conmigo. Ha venido a visitarme varias veces. Tomaremos una cerveza.

—No creo que sea lo más adecuado para tu salud.

—Venga, Bob, estoy bien. Lo que necesito es un poco de aire libre.

En poco más de dos minutos, después de girar por Clarkson Avenue y entrar en Bedford Avenue, el coche ya está aparcado delante de Harry's y Bernie, sin quitarse las gafas descomunales, entra en el local y se sienta en una de las mesas que dan a la calle. Rosie está detrás de la barra secando la vajilla y tarda en darse cuenta de nuestra presencia. Cuando se acerca, la sorpresa le desorbita los ojos y se abalanza sobre Bernie para darle un beso en los labios.

—Han liberado a mi cojito. ¿Cómo estás?

—Como un chaval.

Rosie es una de las mujeres que más tiempo le han durado a Bernie. Debe de andar por los cincuenta y cinco años y es madre de dos hijos de diferentes matrimonios. Pese a que es guapa y en su rostro se percibe algo muy semejante a la bondad, no ha tenido demasiada suerte en la vida. Ahora ha engordado un poco y se ha hecho la permanente, que no le queda muy bien. Padece de cefaleas, una tortura eterna.

—¿Qué os traigo?

—Dos cervezas.

Como si buscase algo oculto, Rosie le acaricia el hoyuelo de la barbilla a Bernie y se aleja con una sonrisa entrañable.

—¿A que está muy guapa, Bob?

—Sí.

Rosie vuelve con las cervezas y se sienta con nosotros. Ahora su rostro se vuelve serio y le coge las manos a Bernie. Sé que ella está pensando en el tema y le gustaría preguntarle el porqué de su decisión, pero solo lo hace de modo indirecto.

—¿Quieres que vaya contigo unos días?

—No, Rosie, te lo agradezco. Bob me secuestra durante una semana.

—Bob ya tiene bastante con lo suyo. Sabes que a mí no me importa.

—Lo sé, Rosie. De momento, iré con él. Después ya veremos.

Una vez más, tengo la violenta sensación de estar presenciando una escena íntima. Enciendo un cigarrillo y percibo el gesto de placer que se dibuja en la cara de Bernie mientras bebe la cerveza y persigue con la mirada el cuerpo de una Rosie que ahora atiende otras mesas con una sonrisa abierta.

—Nunca entenderé por qué no sientas la cabeza. Rosie es una buena mujer.

—Lo sé, y ese, Bob, es el problema.

—¿El problema?

—Yo no me la merezco. Es demasiado buena para mí.

—No digas tonterías.

—Es la verdad.

Las palabras de Bernie parecen sinceras, pero odio cuando se pone metafísico e irónico. Nunca entiendo del todo su misterio, su imposibilidad para amar, el miedo a

los afectos, a la pérdida, a salir de la coraza con la que camufla sus heridas. Evita el compromiso como la peste.

Con la esperanza oculta de que Rosie me ayude con Bernie —la primavera es una estación peligrosa para los suicidas—, le doy mi teléfono y la invito a venir a casa siempre que quiera.

—Iré si Bernie nos prepara uno de sus guisos.

—Eso está hecho —promete Bernie mientras se besan a hurtadillas, como dos adolescentes en casa de los padres.

—Pórtate bien —le dice ella con una voz delgada, casi inaudible. Luego espera un momento, como si fuese a añadir algo, y se dirige a mí.

—Ten paciencia con mi cojito.

—La tendré, pierde cuidado.

—Me ha alegrado verte, Bob. Espero que todo se solucione enseguida.

Sé perfectamente lo que abarca ese todo, y sospecho que el gesto resignado de mi rostro es para ella respuesta suficiente.

Volvemos al coche y Bernie se frota las manos de modo infantil. Hay en su actitud una especie de alegría contenida, como la de un niño en vísperas de Navidad. No sé si ha sido el encuentro con Rosie o algo que se le ha pasado de repente por la cabeza. Lo cierto es que su sonrisa pone por el momento una vertiginosa distancia con el suicidio y eso me alegra y me tranquiliza. Verlo así, contento y despreocupado, me hace concebir esperanzas de una pronta recuperación. Mi cometido es alargar ese estado de euforia para mantenerlo a flote. Tengo que intentarlo. Es mi deber.

—Los Knicks perdieron. Ese Larry Bird es un fenómeno. Él solito dio cuenta de ellos.

—Tendré que ponerme al día.

—Te sobrará tiempo. ¿Qué te parece si vamos a verlos al próximo partido en el Madison Square Garden?

—¿Contra quién juegan?

—¿Qué más da? Iremos igual.

Bernie vuelve a canturrear una melodía que estalla en su boca como un extraño cántico fúnebre y con esa tonalidad lúgubre y misteriosa llegamos a casa. Como siempre que viene, Bernie se detiene en las escaleras y contempla con sincera fascinación la fachada.

—Esta sí que es una señora casa.

Cojo la bolsa y cierro el coche. No hago ningún comentario. Sé que en sus palabras no se esconde ningún tipo de reproche ni tan siquiera un asomo de envidia. Apenas una expresión de maravilla por la antigüedad de la casa —a papá le aseguraron que ya era de otro siglo— y por la situación y el espacio que contrasta con su choza de madera al pie del manzano.

Estoy convencido de que es nuestra diferencia lo que más nos une. Nos conocimos en la guerra, cuando ya no éramos precisamente unos críos y, sin embargo, tengo la sensación de que Bernie y yo somos amigos desde la infancia. Tal vez influya en esta percepción el hecho de que él me haya salvado la vida o la cantidad de veces que nos hemos contado cosas del pasado. Y aunque yo crecí en Brooklyn como un objeto más de la geografía urbana, también tengo fijadas en la memoria algunas tardes de verano en el pequeño rancho de los padres de Bernie. La primera vez que lo acompañé fue poco después de terminar la guerra y pude conocer a sus padres y toda la dureza del paisaje de Alabama en el que él había crecido. Estábamos casi en la mitad del siglo y a aquella tierra aún no había llegado la luz eléctrica. Los mayores adelantos que allí había eran las lámparas de queroseno y la caseta bajo un fresno que hacía las veces de escusado. Ni agua corriente ni más calor en invierno que el que desprendía la cocina de leña. Aquel mundo ajeno fue mi único contacto con la vida del campo. Es cierto que alguna vez hube de derrengarme con la cosecha de heno o de maíz, pero los días que pasé en el rancho fueron para mí un juego en el que fue consolidándose una fuerte amistad. Acostados sobre un carro de paja o subidos a lomos de los caballos que usaban para arar, Bernie me contaba su infancia y toda ella se representaba en una sucesión de secuencias en las que yo también me imaginaba presente. Los recuerdos prestados se convirtieron en una parte de mí y asumí el sacrificio y todas las dificultades de la familia por salir adelante. Y sé que en ese intento mío por comprender y compartir su pasado había un deseo de demostrarle que yo no era culpable de haber nacido en una familia acomodada que me ofreció una vida mucho más fácil que la suya. Todo aquello ayudó a convencer a Bernie —también a mí mismo— de que yo no era tan diferente por haber recibido una educación de clase media. Aun así, y más de una vez, Bernie se mete

conmigo y me recrimina que soy un señorito, pero no me cabe la menor duda de que en sus palabras late más la ironía que cualquier tipo de reproche.

Bernie y yo entramos en casa y el olor de la comida nos acoge con su caricia. Luisa, que ayer me preguntó cuáles eran los platos preferidos de Bernie, se ha esmerado preparando un guiso que inunda toda la casa con su aroma a especias.

—¿Cómo va todo, señor White?

—Bien, muy bien. Bob insistió en que viniese. Tendrá que tener un poco de paciencia, Luisa. Espero no causarle muchas molestias.

—Pierda cuidado. Usted no las causará. Ya le he arreglado su cuarto. ¿No trae más que esa bolsa?

—No. Tal vez por la tarde nos acerquemos a mi casa para coger alguna ropa. No sé si encontraré algo que me sirva porque he perdido bastante peso.

—Tenía de más. Así está mejor. Aparenta ser más joven.

Luisa vuelve a la cocina y nos mete prisa porque la comida ya está lista. Bernie conoce bien la casa y va delante. Las escaleras desnudan su cojera, que hace más evidente su debilidad. El pelo se le ha vuelto más cano y no estoy de acuerdo con ella. Así, viéndolo de espaldas, parece un anciano.

—¿Traes las medicinas?

—Sí.

—Tengo que tomar algunas antes de comer.

—Hay un vaso en el estante.

Bernie entra en el baño y yo me acerco a la ventana para ver cómo los árboles de la avenida tiemblan de pájaros y el sol cae de lleno sobre la ciudad. Apoyado sobre el alféizar, aspirando el aire caliente del mediodía, me fijo en una muchacha delgada de rasgos orientales. Está sentada en las escaleras de la casa de los Fisher y parece comer un helado. Es la primera vez que la veo, pero me saluda haciendo un gesto reverencial con la cabeza. Me pregunto si será china, japonesa o coreana. Siempre me hago un lío y todos me parecen iguales. Aun así, esta vez su rostro y su delgadez extrema me recuerdan a la checa que murió en los brazos de Bernie. Durante un instante la miro

como si vigilase los gestos de un fantasma y mi mente se desplaza en el tiempo y en el espacio hasta aquella caseta de madera donde el horror alcanzaba su culminación. La chiquilla mantiene mi mirada e incluso levanta su helado como una oferta, pero yo ya solo veo la forma de una calavera que se imprime en su piel amarillenta, hepática. Este nuevo viaje al infierno hace estallar la rabia dentro de mí y mi imaginación recupera el dolor desesperado de los cuerpos, los gritos, la sangre, las muelas arrancadas, la violación, el hambre, los guantes profilácticos, las fotografías, el alcohol, todo un mundo bestial auspiciado por la infamia y el terror de un ser repugnante llamado Heinrich, que ahora se encarna en la figura del dentista. Sí, el rostro de esta chiquilla ha excitado mi memoria y me ha devuelto la pregunta de si ese Hans H. Klüger será en realidad la misma bestia que humilló y asesinó a tanta gente. Quiero pensar que sí, que no hay ninguna posibilidad de error.

—¿Qué miras?

La pregunta de Bernie suena por detrás como un disparo y me vuelvo bruscamente porque no quiero que él vea a la muchacha asiática. No quiero que ese rostro también lo devuelva al pasado.

—Nada. Bajemos. Hoy comerás de verdad.

—Sí, la comida del hospital es un asco. Siempre lo mismo. Insípido. Y si he adelgazado no ha sido porque no tuviese apetito.

Bernie tiene el pelo arreglado y huele a mi agua de colonia. En su voz sigue latiendo la gratitud y una expresión blanda y tierna. Verlo aquí, manso y débil, me hace sentirme útil y capaz de probar toda mi amistad, aunque también un poco miserable porque creo que ya debería haberle contado lo del dentista y mis razonables sospechas, pero tengo miedo de preocuparlo y alterar su corazón cansado. Yo nunca podría perdonarme que le ocurriese algo a causa de mi imprudencia. Y lo más seguro es que si le digo lo de Hans H. Klüger, Bernie bascularía toda su culpa hacia el dentista, algo que, pensándolo bien, tal vez incluso terminase siendo beneficioso para su conciencia. No lo sé. De momento prefiero no precipitarme e intentaré hacerme cargo del asunto yo solo.

XIV

El cansancio de Thomas Rosenfield no es un cansancio físico sino intelectual. Lleva bastante tiempo dedicado a estudiar el tema, casi desde que hace dos años el sistema DSM reconoció el diagnóstico de trastorno por estrés postraumático, más conocido por la abreviatura PSTD. Ya en Harvard, el doctor Rosenfield se había tomado cierto interés por las reacciones ante esos hechos traumáticos después de leer los estudios procedentes de la Guerra Civil estadounidense y los que surgieron tras la Primera Guerra Mundial, sobre todo, con la publicación del libro de Abram Kardiner The Traumatic Neurosis of War, que señalaba los síntomas que acostumbraban a darse en muchos de los excombatientes. Thomas Rosenfield pudo confirmar todos esos trastornos con algunos de sus pacientes, soldados del Vietnam que se debatían no solo con las pesadillas y recuerdos de los viejos terrores, sino también con la incomprensión y el desagradecimiento de una sociedad que no reconocía ni sus enfermedades ni su sacrificio por la nación.
Y evaluar los acontecimientos estresantes, aplicar técnicas o simplemente centrarse en el tratamiento psicológico de los pacientes supuso para él una rutina tan fácil de llevar como un juego o un experimento que producía y produce, la mayor parte de las veces, resultados diversos. Pero escribir sobre un tema tan nuevo en el mundo de la medicina se convirtió en algo pavoroso y paralizante.

Thomas Rosenfield sostiene la cabeza con sus manos, como si temiese desplomarse sobre la mesa, y cuando mira el retrato donde están Sophie y las niñas en Fire Island, experimenta una sensación de culpabilidad porque su tarea cada vez lo aleja más de ellas. ¿Cuánto tiempo hace que no salen todos juntos por ahí? Hace ya dos años que no van de viaje y, aunque Sophie no le presiona e incluso lo anima a seguir con sus investigaciones, él sabe que todo este proceso creativo es un muro entre los dos. No es la primera vez que ella le reprocha en silencio sus ausencias y ese cansancio que es consecuencia del esfuerzo inhumano que está haciendo. En este momento rompería las páginas que lleva escritas y tiraría la máquina de escribir por la ventana, porque no ve la manera de terminar el trabajo para entregarlo de una vez a la Fundación que hace tiempo le ofreció su patrocinio para publicarlo. Quizá debería pedir un año sabático y abandonar una temporada este hospital, pero teme que no sea cuestión de tiempo y sí de inspiración, talento o inteligencia. Cada vez le resulta más enrevesado penetrar en la filosofía de los libros que tratan el tema, y en los aspectos científicos no es capaz de ir más lejos de lo ya descubierto. Su investigación no es otra cosa que un diálogo premeditado con obras de otros estudiosos y eruditos que se enfrentaron a los mismos problemas del trauma psicológico, un tema que ha acompañado siempre a la historia de la Humanidad. Por eso, de vez en cuando huye, prefiere entrar en la relación con la

literatura y echa mano de viejos textos como la Biblia, el Talmud, los escritos chinos, los clásicos griegos como la Ilíada o novelas más recientes como The return of the soldier de Rebeca West donde hay claras referencias a los aspectos psicológicos de los hechos traumáticos, especialmente como consecuencia de la violencia y la guerra. Otras veces se enreda con la teoría y con los grupos de presión social que forzaron el diagnóstico, es decir, la lucha de los veteranos de guerra para que fuese reconocido su problema, así como la de los colectivos feministas que indicaban que los trastornos bélicos eran semejantes a los de las mujeres y niños violados. Pero todo esto no es más que la confirmación de su imposibilidad, rodeos para no tocar el fondo del problema, su hastío frustrante.

No. Thomas Rosenfield está convencido de que todo lo que lleva escrito es una estafa de palabras robadas en cientos de libros que se amontonan sobre la mesa de nogal o en los estantes del despacho. Precisaría de tantas páginas para señalar las fuentes, que la bibliografía alcanzaría en volumen lo desarrollado en el resto del libro. Esta atrofia intelectual incluso lo ha llevado a copiar sin ningún pudor partes completas de los estudios del médico británico Herbert Page o algunas de las mejores páginas del neurólogo alemán Herman Oppenheimer, que fue quien no solo acuñó el término "neurosis traumática" sino también el que atribuyó la sintomatología a sutiles cambios moleculares en el sistema nervioso.

Por eso, cuando la enfermera llama a la puerta con urgente brusquedad, Thomas Rosenfield siente el alivio de poder abandonar por un momento el lastre de ese mundo confuso y volver a la realidad del hospital.

—¿Qué ha pasado?

—¡Doctor! ¡Debería venir enseguida! ¡La señora Mulisch se ha puesto a cantar! ¡Con palabras!

—¿La señora Mulisch? ¿Está segura?

—Sí. La limpiadora nueva entró cantando en su habitación y…

—Está bien.

Al escuchar ese matiz esclarecedor —"con palabras"—, el doctor Rosenfield intenta disimular su alegría y deja que sea la enfermera la que vaya delante. Le resulta increíble que la enferma se ponga a hablar después de más de un año refugiada en su mundo, y le duele un poco que lo haga ahora, sin estar él presente. Es una nueva frustración

profesional porque él ha intentado, con una paciencia bíblica, provocar algún signo de vida en esa mirada perdida en alguna realidad oscura y traumática del pasado. La maldita memoria. El olvido. He ahí el campo de pruebas, el reto diario y práctico que niega lo aprendido en todos esos libros concienzudos. La expresión "con palabras" se levanta sobre todos esos intentos en los que él probó distintas terapias y fue perdiendo la esperanza de respuesta por parte de ese cuerpo amarrado a la vida por un misterioso hilo de rutinas aprendidas y ese murmullo que bascula entre la música y la oración. Un caso de confianza. Una verdadera obsesión. Un expediente clínico apetitoso. Una mujer ausente que todas las mañanas se deja acompañar por alguna enfermera que la saca al patio y la obliga a caminar para quitarle esa triste pasividad de estatua.

—Dese prisa, doctor.

El doctor Thomas Rosenfield procuró convertir ese rumor latente en un significado concreto. Sabe que, si es capaz de reconocer la melodía y su letra, establecerá con la enferma algún sistema de comunicación. Pero él nunca ha conseguido penetrar en la música de su mundo cerrado y ya hace tiempo que viene dando el caso por perdido. Sin embargo, ahí está, en medio del pasillo, la nueva limpiadora, a la que le pregunta cómo ha ocurrido. La pobre está asustada, como si hubiese hecho algo indebido. Más con aspavientos que con palabras, ella intenta explicarle todo, pero el doctor Rosenfield tiene prisa por escuchar la voz desconocida de la enferma.

—Está bien. Aguarde aquí.

Cuando entra en la habitación, él se sorprende de la fuerte luminosidad y del olor de la primavera. Las enfermeras han abierto de par en par las ventanas que miran al río que bordea la parte norte del edificio y se estrecha entre un erizado de sauces y verdes terciopelos sobre los que estallan flores como esbozos artísticos; su aroma flota en el aire como una caricia intensa.

La señora Mulisch, como tantas otras veces, está sentada al borde de la cama, pero ahora hay algo vivo en su rostro que sorprende de manera grata al doctor. Está llorando y en sus sollozos entrecortados todavía se perciben los últimos vestigios de la canción, que suenan como el estribillo doloroso de una queja. El doctor, tantos meses acechando algún síntoma de recuperación en esta mujer para la que no tiene un diagnóstico concreto, se acerca a ella con palabras amables, sibilantes, y le coge las manos blancas, translúcidas. Trata de calmarla y escucha con intención científica la claridad de su voz melosa y triste. La enferma, lejos de tranquilizarse, sigue cantando una mezcla inconexa de frases en las que el doctor cree reconocer palabras sueltas en varios idiomas.

—Díganle a la limpiadora que entre.

María, que aguarda tras la puerta, entra en el cuarto y escucha los estertores de la melodía. Está asustada y también un poco feliz por haber provocado el milagro. Aun así, se da cuenta de que la enferma ha perdido las palabras originales de la canción y utiliza un idioma postizo que María no reconoce. Con cierta resignación y un lenguaje que sigue siendo más de signos que de palabras, María hace todo lo posible por explicárselo al doctor y a las enfermeras, y como ahora sospecha que dudan de su versión, corrige sobre la marcha la letra de la melodía cada vez más tenue de la señora Mulisch. Y, de repente, María se queda sola con la canción. El registro de su voz es claro y hace desaparecer la queja de la pobre mujer que, a pesar de su silencio, resucita en sus ojos una vigilia intensa e inquietante. El doctor Rosenfield, y también las enfermeras, intrigados por el abismo de la música, escudriñan la nueva luz que se proyecta en los ojos de la señora Mulisch, y están alerta, a la espera de que se produzca algún efecto inmediato. María siente el peso de su responsabilidad y acerca el calor nervioso de sus palabras al oído de la enferma, quien de repente mueve la cabeza como si negase alguna evidencia y acto seguido, tras un temblor retráctil en sus labios, regresa a la canción acertando con algunas palabras. María comprueba el asombro en los gestos de las enfermeras y busca con los ojos la aprobación del doctor Rosenfield. Sin embargo la victoria es huidiza porque la señora Mulisch deserta de la canción y se queda mirándolos con evidente desorientación, como si acabase de darse cuenta de su locura y rabiase por salir de su concha autista. Durante casi un minuto, sin pestañear, la enferma recorre con su mirada todo el cuarto en busca de algún tipo de confirmación o reconocimiento. Parece asustada y su silencio los tiene a todos expectantes hasta que, de repente, una voz poderosa surge como de la boca de un túnel oscuro y crea en el cuarto la impresión de un estallido.

—¿Cómo está?

—¿Cómo está quién? —tienta el doctor Rosenfield con amabilidad.

La enfermera clava ahora su mirada en María, que se estremece ante esa exigencia lunática y mira al doctor en busca de alguna indicación, pero él tampoco sabe qué contestarle.

—¿Cómo está? ¿Cómo está? —insiste en saber la señora Mulisch, enfadada, ya casi fuera de sí, y el doctor echa mano de la intuición para improvisar una respuesta.

—Bien. Está bien.

—Mentira. Mentira. Ha muerto. Ha muerto.

María retrocede hacia la puerta y se lleva las manos a los oídos porque no es capaz de soportar la intensidad febril de los gritos de la enferma, que lo primero que hace es meter las manos entre las piernas y después agita los brazos como en un intento de arañar la realidad.

—Tranquila. No pasa nada. Todo irá bien. Pierda cuidado.

Las palabras, en lugar de calmarla, hacen que ella se revuelva en una especie de sacudida epiléptica que electriza todo su cuerpo y lo dota de una fuerza ajena. El doctor Rosenfield, consciente de que algún tipo de tormento ha despertado dentro de ella, solicita la ayuda de las enfermeras para que sujeten ese cuerpo galvanizado mientras le dan una dosis neuroléptica que no tarda en expandir sus efectos. Y enseguida la energía del cuerpo de la señora Mulisch se contrae como un caracol dentro de su concha para regresar a su letargo sedante.

XV

Desde que desperté, hace ya un par de horas, no he sido capaz de quitarme de la cabeza a mi tía Laura. La imagen que más se repite en mi cerebro es la de una mujer que camina con un heroísmo callado por los pasillos inmundos de la prisión, consciente de la fatalidad de su destino. La veo al pie del muro, con los destellos lejanos de una farola identificando las sombras, acariciada por la leve lluvia que estremece su cuerpo y le hace llevar las manos al rostro, como si quisiese evitar el peso violento de la mirada de sus verdugos, o si todavía, meses después, se doliera de la pérdida de su hijo.

El interés por mi tía ha trascendido lo anecdótico, y la simple curiosidad se ha convertido en una obsesión. Estoy totalmente atrapada por el silencio que, como una capa de cemento, se ha vertido sobre su memoria. No dejo de mirar la fotografía en la que la tía está en la playa, con los ojos ligeramente cerrados, molesta por la luz del sol, con un vestido de tela clara y una media melena que cae sobre sus hombros frágiles. Su belleza es innegable, pero en su rostro hay algo huidizo, ausente. Es como si algo en ella hubiese quedado inconcluso. Es el verano de 1936. Ignoro si antes o después del inicio de la guerra. Lo que ahora sí sé es que ese arenal está en la costa gallega, en la villa en la que nacieron mamá y esos abuelos que solo vi en dos o tres ocasiones en las que vinieron a Barcelona para visitar a su hija enferma y para enterrarla en el Cementerio Nuevo.

La conversación con Mercè y el hallazgo accidental de la carta me han dado otra perspectiva sobre las fotografías. Parece como si mi tía Laura ahora quisiese decirme algo con una vaga expresión de ansiedad en sus hermosos ojos. Hago cálculos y deduzco de las palabras tristes de mi tía que ese primo mío malogrado, para el que se había reservado el nombre de Pablo, debió de nacer dos o tres meses antes que yo, lo que también significa que mi tía Laura ya estaba embarazada cuando fue detenida. Creo relevante esta circunstancia, sobre todo porque si ella hubiese tenido algún novio formal en casa ya se sabría y, con certeza, a la vieja criada no se le habría escapado ese detalle. "A Laura le gustaban todos y ninguno en particular". Recuerdo la expresión exacta de Mercè y por un instante se instala en mi cabeza la idea de que mi tía fue una joven promiscua, abierta a los hombres. ¿Por qué no? ¿No sería ese uno de los motivos por los que el abuelo Gregorio la repudió hasta el punto de no hacer nada por evitar su muerte? ¿Quién sabe si el padre del niño era un "rojo" o cualquier individuo ajeno a los ideales de la familia? No lo sé. Intuyo algo mundano e infractor en la personalidad de mi tía y me alegra saber que ya estaba encinta en el momento de su detención. Esto desecha la posibilidad de que ese bebé

muerto fuese fruto de una violación carcelaria, una conjetura que yo venía abrigando desde que leí la carta; su evidente belleza abrazaba ese riesgo.

Aun así, sigue resultándome extraño que el abuelo Gregorio, a pesar de su fanatismo político y de clase, pudiese abandonarla a su suerte. Tuvo que haber algo más. Estoy segura de ello. Y aunque sigo odiándome por no haberme preocupado antes, cuando los abuelos aún vivían y a papá no se le había vaciado la cabeza, sé que no pararé hasta investigarlo. A veces pienso en el pecado original de pertenecer a una familia burguesa y me reprocho los privilegios de mi infancia y adolescencia, recluida en mi reino de prebendas, ajena a las grandes colas para las cartillas de racionamiento, al pan negro, al hambre, a la miseria que temblaba no muy lejos de nosotros, como un pájaro aterido de frío. El dolor que late bajo la historia de la tía Laura hace de mis coqueteos revolucionarios en la universidad un ridículo juego de niños ricos que procuran su redención en un activismo panfletario de libros y películas prohibidas.

La verdad de mi tía ahora me interesa tanto o más como reconocerme en ella. Quiero sumar al parecido físico una confirmación, y para eso estoy decidida a registrar todo su pasado y convertir esa región nebulosa en una realidad palpable, casi física. Así, esclava de ese deseo, abandono el piso y camino por la avenida con una idea fija en la cabeza. Voy tan ciega que la vida pasa a mi lado como un cuerpo extraño que deja un murmullo que apenas percibo. Solo cuando llego al portal vuelvo en mí y me doy cuenta de la falta del viejo portero que controlaba todos los movimientos intestinos del edificio y era capaz de hacer el inventario exacto de las personas que en ese momento habitaban los pisos. Pero un interfono hace ahora las veces de aquel hombre gaditano, que se llamaba Manuel y que ya no podrá ayudarme. Así que finalmente utilizo la llave del portal y subo las escaleras. Por suerte, enseguida me llega la delicia veloz de las notas del piano y me coloca ante la puerta. Espero, con un silencio atento y conmovido, a que el viejo músico termine la pieza y después pulso el timbre como si yo también quisiese tocar la tecla del piano. Aguardo unos segundos con impaciencia hasta que el señor Escortell abre la puerta. Lejos de sorprenderse por mi presencia, me manda pasar, como si en realidad estuviese esperándome.

—Hace siglos que no entra un Crussat en mi casa. Adelante.

Lo sigo hasta el salón alargado y lo primero que me llama la atención es su claridad. Aunque debe de tener las mismas dimensiones que el nuestro, este parece mucho más grande. La luz, sobre todo, prestigia el espacio a través de unas cortinas vaporosas que el aire hincha como velas, y las paredes blancas crearían una atmósfera de sanatorio si no fuese por algunos cuadros impresionistas que, con una exactitud geométrica, responden a algún tipo de equidistancias. En el parqué reluciente se encuentra un piano

de cola sobre el que ligeramente se apoya, como un ataúd inclinado, el estuche del violonchelo. Yo sospechaba un piso triste, desordenado y cargado de muebles, más conforme con la imagen que sobre el señor Escortell me he venido formando en estos últimos años. Parte de la culpa de esta suposición radica en el recuerdo alejado de la madre del músico, una anciana seria, enjuta y enlutada, que parecía no querer relacionarse con los demás vecinos y que solo salía a pasear con la criada, que ahora vive con él.

—¿Quiere tomar un café?

—No se moleste. No le robaré mucho tiempo.

Me siento en un sofá frente a una pared atestada de libros y me fijo en su sonrisa humilde. Él se coloca a mi lado. Su piel es como una gasa leve que le transparenta las venas y una nuez demasiado pronunciada. Aun así percibo en la fragilidad de sus movimientos y en su blancura una elegancia antigua, una afectación lenta que impone en su rostro una huella de niño atormentado. Una sorda musicalidad flota en la sala. Es como si la interpretación antigua de las canciones resonase eternamente en el vacío.

—¿Cómo está su padre?

—Totalmente perdido. Ya no reconoce.

—Lo recuerdo de niño. Era muy elástico y un poco circense. Paseaba las Ramblas con las manos a una velocidad increíble, como un cohete. Su madre siempre le regañaba y le advertía que no era bueno que la sangre le bajase al cerebro. ¿Le contó que un día casi se mata en el puerto?

—No.

—Apostó a que era capaz de caminar por la amarra tensada de un barco y cayó sobre una embarcación pequeña y se abrió una brecha en la cabeza. Era un niño inquieto, como si tuviese una guindilla en el culo. En su casa eran duros con él, pero en cuanto se daban la vuelta volvía a las andadas y no había modo de traerlo al redil.

Me resulta extraño que este hombre me hable de la infancia de mi padre y admiro su perfecto estado de conservación.

—Por un momento pensé que usted era de la edad de mi padre.

—Acepto la alabanza, pero yo ya vengo de otro siglo. Soy de la quinta de su abuelo Gregorio y tengo la fortuna de pertenecer a una familia longeva. Mi madre murió a los noventa y cinco años y mi abuelo llegó a los ciento tres, leyendo el periódico y fumando habanos. Lo que ya no sé es si merece la pena vivir tantos años y tener siete vidas como el gato porque la agenda de uno termina por ser un cementerio, un inventario de cadáveres. ¿Fuma?

—Sí.

Tomo uno de los cigarrillos finos que me ofrece y me apresuro a coger el mechero del bolso. Cuando lo enciendo, veo su cara más de cerca y tengo la impresión de haber descubierto algo íntimo, demasiado privado. Me sorprende el magnetismo sensual de sus noventa años, el centelleo astuto de su mirada, la prudencia fría de sus palabras y la elegancia de su modo de fumar.

—Verá —la ansiedad vibra en mi voz—. Revolviendo en los cajones he encontrado una carta de mi tía Laura y tengo interés en saber más cosas de ella. Mercè, nuestra criada de toda la vida, me dijo que usted le dio clases de piano.

El señor Escortell mira al techo, como si buscase en la superficie de madera alguna respuesta, y expulsa una larga vaharada de humo. Después se levanta y entra en una sala más pequeña de la que no tarda en volver con el dibujo de un hombre joven que está sonriendo.

—Era mejor con el pincel y con la Leica que con el piano.

—¿Lo hizo ella?

—Sí. Tengo un recuerdo muy preciso de su tía. Supongo que ya le habrán dicho que se parece muchísimo a ella. Confieso que cuando la vi a usted hace unos años, tuve la sensación de que su tía había regresado. De algún modo, era una reencarnación de su físico y de su memoria. Sé también que usted se detenía a escuchar en el rellano de las escaleras, frente a la puerta, y yo tocaba no tanto para usted como para ella. Laura también solía quedarse junto a la puerta para escuchar la música. Era una niña muy especial y creativa que, según tengo entendido, fue devorada por la guerra.

Acepto esa idea de la reencarnación con cierto orgullo y en todas las alabanzas a la tía hay cierta asunción por mi parte. Me gusta reconocerme en ella, acariciar esa posibilidad de desdoblarme y vivir otra época.

—Laura venía los sábados muy temprano. Irradiaba alegría. Era muy habladora. Casi siempre teníamos que suspender las clases porque se ponía a hablar de los libros que estaba leyendo. A veces yo tenía la impresión de que ella en realidad no acudía para aprender a tocar el piano sino para coger libros de nuestra biblioteca, novelas que ella siempre se llevaba a escondidas para que no se las viese su padre.

—¿Por qué?

—Digamos que, aunque nuestros padres se trataban, su abuelo Gregorio y yo teníamos nuestras diferencias.

—¿Políticas?

—No solo políticas. Durante un tiempo fuimos compañeros en el colegio. Su abuelo Gregorio, que era caprichoso y quería destacar por encima de los demás, estableció una rivalidad absurda conmigo. Lo que más le dolía era mi negativa a entrar en ese juego. Nos llevábamos como el perro y el gato. Decía continuamente que yo era un marica, porque me gustaba la música. Lo malo fue cuando, siendo aún unos adolescentes, una muchacha que vivía en el Paseo de Gracia se enamoró de mí y su abuelo Gregorio no pudo soportar que el marica saliese con aquella joven que a él le gustaba. Y perdió la cabeza de tal manera que por poco no me la hace perder a mí.

—¿Qué pasó?

—No dejó de dar la murga y buscó un pretexto para la pelea. Y como era más fuerte y yo rechazaba la violencia, me dio una paliza tremenda sin ninguna conmiseración. Si no es por un compañero de clase que le sujetó la mano, me habría partido el cráneo con una piedra. Siento mucho tener que decirle esto, pero su abuelo era un ser violento. En la época de Primo de Rivera, cuando se abrió la veda de comunistas, anarquistas y catalanistas, se juntó con alguna gente muy de derechas e intentó buscarme las cosquillas. Y cuando a primeros del treinta y nueve las cosas se pusieron muy feas en la ciudad, yo tenía claro que el exilio era mi destino porque, en cuanto volviese su abuelo, iba a complicarme la vida. Me la tenía guardada como si fuese él, y no yo, el ofendido. Eso sí, los padres de él ya eran otra cosa, lo mismo que sus hijos. Él no se parecía en nada a sus padres. Recuerdo muy bien a la señora Margaret y al señor Francesc, siempre tan educados y tolerantes. Ella, su bisabuela inglesa, era muy habladora y le gustaba llamar a la puerta para felicitarme por la música. A mí me hacían gracia aquellas enhorabuenas pronunciadas en una curiosa mezcla de lenguas. Su bisabuelo, el señor Francesc, también bajaba alguna vez para ver los progresos de su nieta con el piano y hablábamos sobre cualquier cosa. Era un hombre culto y elegante.

Estaba muy pendiente de su nieta. No sé cómo ese matrimonio pudo tener un hijo tan distinto a ellos y tampoco soy capaz de explicarme cómo Laura pudo sobrevivir dentro de esa casa. Laura era oro de ley. Una muchacha formidable e inteligente.

—En realidad, quería saber algo de las dos amigas que, según me han contado, venían a sus clases. Una se llamaba Finuca y la otra Mercedes. No sé si las recuerda.

—Claro que las recuerdo. ¡Cómo no voy a recordarlas! Finuca era muy alta y desgarbada. Tenía aptitudes musicales y al final terminó sus estudios en el conservatorio del Liceo e incluso llegó a tocar en la Orquesta Femenina de Barcelona, pero el cáncer se la llevó hace tres o cuatro años. Y Mercedes, sí, comunista convencida, estuvo exiliada en París hasta la muerte de Franco. Ahora anda unas veces por Barcelona y otras por Vigo, que es donde vive su hijo. Su vida fue todo un rosario. Vino a visitarme hace dos años y me regaló dos libros escritos por ella. Usted debería leerlos. Cuentan su paso por la cárcel de Ventas y los campos de concentración alemanes.

—¿Estuvo en la cárcel de Ventas?

—Sí.

—Entonces, ¿pudo coincidir con mi tía?

—No. Me lo habría dicho. Además lo primero que me preguntó es si sabía algo de Laura.

—¿Y usted qué le dijo?

—Lo que me dijo su padre, que la habían fusilado por auxilio a la rebelión. Mercedes se sintió muy afectada con la noticia. Eran buenas amigas.

—¿Tiene su dirección?

—Sí. Tengo sus dos teléfonos, el de Barcelona y también el de Vigo. Es probable que esté en Galicia. ¿Quiere que le deje sus libros?

—Se lo agradecería muchísimo.

Me doy cuenta de que cada vez son más los hilos de la memoria de los que puedo tirar y siento dentro de mí la alegría anticipada de un encuentro con esta mujer que, quizá, sea un nuevo puente hacia la verdad de mi tía. En todo este asunto, por vez primera me siento arrastrada por la implicada emoción de atravesar un espeso bosque

con brújula. Y me pongo de pie y lo acompaño a la sala contigua donde las paredes, en una prolongación sistematizada, también están forradas de libros hasta el techo.

—Veo que, además de la música, también le gusta la lectura.

—Sí. Es un modo sensato de perder el tiempo.

Mientras me copia en un papel la dirección y el teléfono de Mercedes, observo que al inclinarse pierde algo de su vetusta elegancia porque en su espalda se dibuja la curvatura evidente de una giba que lo envejece y deforma.

—Si muero antes de que usted termine de leerlos no hace falta que me los devuelva. Manuela, mi criada, no tiene la literatura entre sus aficiones.

—Los leeré de una sentada para evitar su muerte.

Una sonrisa lenta, como un gesto ajeno y diferido, tiembla en su dentadura postiza, y me acerco a él para besar su rostro blanco y ceroso. Después de darle las gracias, compruebo las portadas y los títulos de los libros, uno escrito en castellano y el otro en catalán: Cárcel de Ventas y El carretó dels gossos. El primero, publicado en París en 1967 y el segundo, en Barcelona en 1980, tan solo hace dos años, con el subtítulo de Una catalana a Ravensbrück.

—Mercedes es una gran mujer. Muy fuerte y valiente.

Me despido de este hombre amable, que parece feliz en su soledad elegida y prometo tenerlo al tanto de mis pesquisas sobre la tía Laura.

Al bajar las escaleras me detengo un poco en uno de los rellanos porque sospecho que su violonchelo enseguida llenará el silencio interior del edificio buscando con su música los oídos atentos de una muchacha que permanece colgada de las notas que crecen sobre sí mismas como una marea viva.

XVI

—¿Hay posibilidad?

—No lo sé. Son muy viejos. La humedad y el tiempo han hecho sus estragos. Mejor es mandarlos a Madrid para que los limpien y miren qué se puede hacer.

—¿Cuánto tardará?

—Por lo menos, dos o tres semanas.

—Está bien.

Dejo en la tienda de fotografía los dos carretes que estaban en la lata oxidada y doy una vuelta por A Pobra antes de comer. Siempre me ha gustado esta villa en la que la historia ha ido mezclando lo hidalgo y lo marinero hasta convertirlo todo en un valor en sí mismo. Quizá sea este lugar el mejor compendio de la ría, una amalgama de casas humildes con edificios señoriales de larga estirpe.

Me acerco al brazo del puerto y, desde aquí, como desde un barco varado en medio de la ría, estudio esa dualidad latente, el prestigio aristocrático de la piedra con su profunda voluntad marinera.

Recuerdo la ocasión en que papá alquiló el coche de Cerqueiras para llevarnos a Moldes. Desde allí, subimos a pie al alto de A Curota. Mamá no dejó de protestar durante toda la subida y nos hizo detenernos un montón de veces. Cuando llegamos a aquel mirador vertical que dominaba toda la ría, papá situó el mundo en ese mapa vivo y yo me quedé un poco decepcionado, no por la belleza del paisaje, sino por lo pequeña que era nuestra villa vista desde las alturas.

Ahora abandono el puerto y camino por el relleno hasta donde no hace mucho el mar todavía llegaba y dejaba las barcas durmiendo al pie de las casas.

Me cruzo con una vieja vestida de negro que me ofrece algo muy semejante a una sonrisa y despierta en mí el recuerdo de los caramelos de eucalipto que, de niño, solía darme doña Pura Ribademar, aquella beata que, a pesar de su luto riguroso y su sempiterno velo, era una mujer alegre, poco amiga de Cristos dolorosos y dogmas fúnebres. Lo suyo era el mes de la Virgen María y una visión festiva de la religión, que nada tenía que ver con la de mamá, para quien todo eran catástrofes de Semana Santa,

Cristos agonizantes y una Virgen de los Dolores cercada de cirios que presidía sus sueños.

El sol del mediodía pega fuerte y hago un poco de tiempo sentado en un banco de los jardines de Valle-Inclán. Abro la carpeta y vuelvo a mirar las fotos y no dejo de preguntarme quiénes serán todas estas familias y también esa mujer acurrucada bajo el brazo de papá.

La curiosidad me pone en pie y me muero de ganas de llegar al restaurante para concertar una entrevista con el señor Fernando, un viejo amigo de la infancia de papá que tal vez pueda poner un punto de luz en toda esta oscuridad y también me ayude a ahondar en algún secreto más de mi familia. Lo malo es que el pobre ahora está atrapado, al parecer, en el temblor feroz de un párkinson que le obligó a retirarse antes de tiempo, dejando el negocio en manos de su hijo, que es quien lo disculpó en el entierro de papá.

Aun así, camino lentamente y aspiro la brisa casi líquida que limpia mis pulmones de todo ese polvo que flota entre los libros como una intimidad cerrada y ruinosa. Por primera vez en mucho tiempo, me siento libre y transportado en la hermosura del paisaje. Es como si después de mi clausura estuviese recuperando un poco los sentidos, que ahora se agudizan para despertar una impresión de novedad.

Por otra parte, no recuerdo con motivo de qué papá dejó caer algo así como que para ver el mar hay que desearlo. No sé si esta frase era suya o solo se trataba de una cita. El caso es que se quedó grabada en mi memoria y hoy, curiosamente, medito en ella y creo desentrañar todo su significado. Mi percepción idealizada del mar se transforma en una calma que hace de este mediodía soleado un lugar etéreo y melancólico. El mar siempre está ahí, misterioso, como una oportunidad, y parece ofrecerme una nueva vida. Me fijo en él con intensidad y hundo los ojos en el paréntesis de dos veleros que se mecen en la cuerda del horizonte. Pero no soy capaz de atrapar ese instante y retenerlo en la memoria como una fotografía, porque la imagen se desvanece de repente y también me distrae el arranque de una motora y el paso hercúleo de un joven que corre, acompañado por un perro robusto de hocico severo. El avance musculado de ambos dibuja en mi mente el recuerdo frustrado de mi propia infancia, mi torpeza para los deportes y la angustia sorda que me producían las clases de gimnasia, sobre todo, en el colegio. Todos me rechazaban, incluso los adultos. Mi hermano Carlos subrayaba aún más mis carencias físicas porque él tenía habilidades elásticas, se le daban bien todos los deportes y despreciaba el riesgo de una forma suicida. Esa inconsciencia era lo que yo más le envidiaba porque él generaba a su alrededor una mezcla de admiración y respeto. Yo, por el contrario, como un gato perezoso y escurridizo, me escondía junto a

los mayores y allí, en su silencio resignado y condescendiente, crecía como un ser triste y pusilánime. Pero también es cierto que esta debilidad quizá solo era aparente porque la soledad al lado de mis padres, esos seres secos y austeros, me aportó un doloroso juicio que acostumbra a ampararme en los momentos más difíciles, una coraza de lucidez que me preserva de la tortura que a veces depara la vida. Sin ser indemne a las desgracias, creo que he aprendido a aceptarlas y, con una frialdad que me asusta, encajo los estragos de su comparecencia como si un extraño equilibrio me ayudase a esquivar el abismo. Me he acostumbrado a la soledad como quien se acostumbra a una armadura de hierro que no le permite correr pero lo resguarda de ciertos peligros externos.

De niño meditaba acerca del mundo que existía fuera del colegio o de las casas y solo miraba hacia la calle o hacia el mar con los ojos de la imaginación porque casi nunca tenía amigos con los que compartir un día soleado como el de hoy. Y me quedaba confinado en aquella clausura en la que solo pululaban las sombras y los reproches de mamá, que aún desnudaba más mi intemperie espetándome que yo era igual de raro que papá. Sin dejar de tener razón, ella también tenía parte de culpa. Aun así, ese dolor solitario que me arañaba en el verano cuando veía desde la galería a los demás niños trasteando en la calle con una pasión casi obscena, hizo encajar en mi interior un duro mecanismo de defensa que me ha servido para soportar con frialdad todo el sufrimiento de estos últimos años.

Pero ahora me desvanezco en el encanto de este día luminoso que me acerca el soplo cálido de una respiración que viene de lejos y reconstruye los sentidos como si estuviesen entorpecidos por el sopor enfermo de tantas horas clínicas. Me siento bien y este nuevo estado de euforia ayuda también a que el hambre despierte su animal dormido y empuje mis pasos hacia el restaurante que cuelga sobre el mar con voluntad transatlántica y que ocupa buena parte de la fachada marítima, envanecido en esa factura modernista que lleva ahí, como un vapor encallado, medio siglo.

En la cafetería del restaurante hay media docena de marineros apostados delante de la barra, cada uno con su taza de vino. Están tan concentrados en la televisión que ni siquiera se percatan de mi presencia.

Entro en el comedor y me siento junto a la ventana que da al mar, en el mismo lugar donde acostumbraba a sentarme con mis padres cuando los domingos hacíamos un exceso en la austeridad de nuestra vida reclusa para venir a comer aquí. Papá accedía a esta excepción no tanto como una concesión, sino por un deseo de ver al señor Fernando, su amigo de la infancia que regentaba este local con el que parecía tener muchas cosas en común.

Con una regularidad esclava, papá acudía los domingos, se sentaba junto a la ventana y leía los periódicos hasta que mamá, Carlos y yo llegábamos de misa. Siempre comíamos arroz con langosta, la especialidad de la casa, y después leche frita, que también me encantaba y que repetía porque nunca me llegaba. Terminada la comida, el señor Fernando hacía un alto en sus tareas y, con una educación refinada, acercaba a la mesa su corpulencia cetácea para compartir un puro con papá. Era entonces cuando mamá, como fastidiada por aquella presencia monumental, ponía la disculpa de algo urgente y nos llevaba a casa para dejarlos allí, solos, hablando largo y tendido del pasado. Aunque me quedé alguna vez con ellos, yo no permanecía mucho rato porque era ajeno a sus conversaciones y me provocaba cierto aburrimiento la importancia adulta de sus temas. Ahora, con responsabilidad retroactiva, me doy cuenta de que en esa mesa quizá pudiese haber sabido mucho más de papá que en la intimidad de casa.

Me duele mi ignorancia, lo poco que yo lo conocía, el miedo a preguntar incluso cuando ya era consciente de que estaba en las últimas y me miraba con el azul desolado y vacío de sus ojos, como si quisiese confesar algo que dormía en sus labios a la espera de una pregunta. Pero yo me sentía expulsado de ese mundo cerrado y anacrónico al que solo acudía, como una obligación familiar, en vacaciones o en algún fin de semana suelto, y aprovechaba mi estancia para leer y estudiar porque la sobriedad de ese ambiente favorecía mi concentración.

Estoy solo en el comedor, asaltado por una sensación de intemperie, y Adolfo, que así se llama el hijo del señor Fernando, aparece enseguida y trae toda la memoria de su padre sedimentada en la amabilidad de una sonrisa franca.

—Nos alegramos de verlo por aquí. ¿Qué tal está?

—Bien.

—En primavera no abundan los clientes. En cualquier caso, aún es temprano. No han dado las dos. Pierda cuidado, que no comerá solo. Eso espero.

—Ya estoy acostumbrado a hacerlo.

Adolfo busca una carta de menús en un chinero que está pegado a la pared, la memoria empuja mi deseo y no tardo en hacerle una pregunta casi inconsciente.

—¿Sería posible arroz con langosta?

—Claro que sí. Es la especialidad de la casa.

Una alegría insensata instala dentro de mí la memoria de un sabor que repta por mi garganta como una serpiente codiciosa. Y dejo que él escoja el vino mientras aguardo con impaciencia por ese plato alusivo en el que se concentra el pasado.

Cuando llega con la comida, me abandono a un placer antiguo que vuelve a despertar en mí todos los sentidos.

—Exquisito.

—Gracias.

—Por un casual, ¿no tendrán leche frita?

—Creo que sí.

Adolfo sonríe con aire ensimismado, como para sí mismo, un poco envanecido por poder complacer la nostalgia de mi apetito, y atiende otra mesa a la que acaba de llegar una pareja de cierta edad que me mira y me saluda con extraña familiaridad. Tal vez estuvieron en el entierro, pero no los recuerdo. El hombre tiene el pelo cano y un mostacho que le da un aire castrense. Y la mujer, también con el pelo totalmente blanco, es dueña todavía de una elegancia discreta y cruza de vez en cuando su mirada nerviosa con la mía.

Mientras me relamo con la leche frita, levanto mi sonrisa untuosa porque tengo la sensación de que este matrimonio es de O Caramiñal y ha debido de conocer a papá. Esta idea demora mi estancia en el restaurante y estoy tentado de acercarme a ellos con las fotografías para ver si reconocen a alguna de las familias retratadas. Pero no me atrevo y busco la ayuda indirecta de Adolfo, para quien tengo varias preguntas.

—Querría hablar con su padre. ¿Sería posible?

—Faltaría más. No hay problema. Seguro que se alegra. Eso sí, tendrá que acercarse a casa porque él ya casi no puede moverse. La mejor hora es a las siete porque al anochecer ya se bloquea y se queda rígido. Si quiere, puede venir esta tarde. Yo lo acompaño.

—Sería estupendo.

—Entonces, alrededor de las siete esté aquí, que vamos juntos. ¿Hace ahora un café?

—Sí.

La leche frita empuja mi memoria y me hace cerrar los ojos para tocar la intensidad viva de un domingo en el que papá enciende la pipa y sonríe viéndome engullir con apetito furioso los bocados de mi dulce favorito. Mamá, siempre recta, como si tuviese alguna presencia desagradable a sus espaldas, alienta a Carlos, que es de mal comer, para que no deje el arroz. De cuando en cuando, mira hacia mí como avergonzada de mi gula. Es triste, pero son momentos así los que guardo en la despensa de los buenos recuerdos, un dulce, el vértigo de un beso, un silencio aprobatorio, una mano posada en el hombro.

Al lado de los ancianos se sienta una pareja de unos treinta años que me mira con una tímida expresión de familiaridad. Deben de ser el hijo y su novia. Es la primera vez que los veo y sospecho que hablan de mí porque no dejan de mirarme a hurtadillas. Y así es porque, de repente, el hijo viene hacia mí con una sonrisa comercial que parece sostener los gruesos cristales de unas gafas metálicas.

—Buen provecho.

—Igualmente.

—Siento mucho lo de su padre. Era un profesor excelente.

—¿Lo conocía?

—Sí. Me dio en tercero de carrera. Muy exigente, con sus rarezas, pero todo un profesional. Sus clases siempre estaban atestadas de alumnos. Incluso venían de otras facultades para escuchar la ilusión con la que transmitía su amor por la literatura y para probar toda su sabiduría haciéndole preguntas capciosas, que muchas veces no tenían nada que ver con la materia. Era un hombre cultísimo que sabía de todo y tenía una extraordinaria facilidad para la oratoria.

—¿No era aburrido?

—¿Quién le ha dicho eso? Ni mucho menos. Creía en lo que hacía. Y se tomaba en serio sus clases. El mote que circulaba por la universidad le sentaba bien.

—¿Y cuál era?

—Diderot. No sé a quién se le ocurrió. Lo cierto es que este sobrenombre expresaba muy bien su saber enciclopédico. Lo dicho, que lo siento de verdad.

—Gracias.

Durante unos segundos flota en el aire la euforia de sus palabras como un discurso aprendido, y me quedo en silencio, meditando sobre la franqueza con la que este hombre acaba de declarar su estima por papá, un aprecio en el que yo apenas había reparado antes del entierro. Sabía, sí, que papá era respetado por su preparación, por su formación erudita y humanística, pero pensé que esa era una consideración propia de claustros o de territorios de la investigación. Lo que no pasaba por mi cabeza era que el hombre seco y frío que era papá pudiese llegar al alma de su alumnado con tanta destreza. Mi ignorancia con respecto a su magisterio es un muro más que me aleja de su memoria y deja dentro de mí un poso de decepción. Desde el mismo instante en que la morfina le ayudó a escupirme aquella frase recriminatoria de que para mamá yo había nacido muerto, todo su pasado se hizo extraño para mí, y los rastros de su vida que van apareciendo esparcidos en fotografías y en las voces de las personas que lo conocieron están siendo un descubrimiento y la prueba palpable de que yo siempre permanecí desterrado de esa vida lenta que transcurría muy cerca de mí. Por un momento estoy tentado de preguntarle a ese hombre miope si cuando él estudiaba ya se le conocía alguna amante al profesor de Literatura o si este había anunciado en algunas de sus clases su propósito de escribir una novela. Mi pensamiento tal vez sea absurdo, pero lo cierto es que ahora las cosas se descubren después de la pérdida y todo el mundo parece saber de la vida de mi padre más que yo y eso hace que me invada una nueva sensación de orfandad.

Cuando Adolfo me sirve el café, me doy cuenta de que la comida ha sido todo un exceso. Estoy lleno como un odre y me siento tan pesado que no tardo en pagar y abandono el restaurante con la intención de estirar las piernas por el paseo de O Areal mientras hago tiempo para la visita al señor Fernando.

XVII

Es la segunda vez que me acerco en silencio a la puerta del cuarto para escuchar el ansia de su respiración y descartar su muerte. Lleva exactamente catorce horas durmiendo como una piedra y sospecho que se ha saltado las pautas de la medicación, pero no quiero despertarlo de su largo y profundo sueño que, con certeza, habrá de suponerle una cura reparadora.

Yo, en cambio, he dormido fatal. La memoria de la guerra se mezcló con la realidad de los últimos meses y ha propiciado una pesadilla en la que Bernie y yo luchábamos contra un ejército de cadáveres que nos asediaban entre una convulsión de diabólicas carcajadas. Lo más curioso era el formato de nuestras armas: Bernie atacaba a aquel aluvión cadavérico con una soga con la que buscaba desesperadamente la nuez de los esqueletos y yo disparaba constantemente con una cámara que iba escupiendo la muerte en instantáneas ensangrentadas, que salían como casquillos de bala hasta el suelo embarrado. La batalla era desnuda, cuerpo a cuerpo, y los huesos del enemigo nos golpeaban con una quiebra incierta de ramas destrozadas. En la rabia de Bernie se agolpaban versos que alentaban nuestro avance y, poco a poco, fuimos apagando la luz metálica de aquellas risas que se clavaban en nuestra mirada como un tatuaje. El olor a mierda y a un sudor fortísimo era una navaja que nos abría las fosas nasales y nos angustiaba hasta el vómito. El enemigo tosía con un espasmo colectivo y cavernoso que pretendía acallar la desesperación de los lamentos, una queja insoportable que remontaba el crepitar de huesos y cráneos que iban aplastando nuestros pies desnudos. Y fue esa queja la que condujo nuestro deseo hasta una caseta de madera que brillaba como una farola al final del campo de batalla.
Y justo cuando abrimos la puerta, me desperté aguijoneado por mi propio furor guerrero y por esa sustancia nauseabunda que había cristalizado en mi memoria. Tuve que bajar a la cocina para beber un poco de leche y todavía tardé un rato en sacudirme la resaca del combate, que permanecía dentro de mí como algo viscoso y sucio. Hacía tiempo que no soñaba con la guerra. La aparición en Brooklyn de ese dentista alemán y el suicidio frustrado de Bernie son el estímulo.

Ahora, sentado en el salón, aprovecho el sueño de Bernie para abrir la carpeta y recuperar los rostros de las víctimas que pude retratar en aquellos días de liberación —los mismos rostros que en mi pesadilla nos acometían con sus risas perversas y satánicas—. Busco en la memoria el temblor de sus voces que, con una clarividencia asombrosa, nos explicaban el abismo del campo y la muerte. Ya nunca podré olvidar aquellas palabras confusas y desordenadas que para muchos de ellos nacían de nuevo

en su boca, libres como pájaros espantados, procurando sin éxito el rencor y la rabia hacia aquellos que les habían destruido lo más valioso de sí mismos: la dignidad y la vida. Y fue el silencio el que confirmó su muerte. Muchos ya no tenían fuerzas ni para hablar ni para cerrar los párpados y espantar las moscas que se posaban en el cristal empañado de sus ojos. Nada parecía existir en ellos más que su respiración y esa mirada perdida en algún lugar muy lejano de su pasado. Escondidos en la oscuridad infecta de los barracones, agonizando entre la inmundicia, sus cuerpos escuálidos rumiaban la muerte y solo algunos alcanzaban la voz. El soldado Scott Fontana se topaba con el idioma de sus antepasados en los labios azulados de un esqueleto y se acercaba para comprobar el hallazgo de la nostalgia. Era la primera confesión que nos ponía al tanto de las crueldades del campo. Supimos por su traducción simultánea que la frágil voz pertenecía a una mujer judía que había perdido a toda su familia y solo aspiraba a que la dejasen morir en paz. Scott Fontana convertía el dolor de las palabras en un nuevo sonido que parecía devolverlo a la Sicilia de sus padres, a la resonancia de la tierra. A él no parecía afectarle el significado de las palabras. Busco la fotografía en la carpeta y no tardo en encontrarla. El soldado está allí, inclinado sobre la celda de madera, tendiéndole la mano a la mujer en un gesto que no busca tanto la confianza como la comprobación de su muerte. Surge en el interior de mi cabeza esa voz estremecida a la que enseguida se le unen otras voces ocultas en el abismo compartimentado del barracón. Recuerdo la codicia de mi Graflex y la obsesión por plasmar, más que esos cadáveres vacilantes —una raza nueva—, el olor del campo y el despertar continuo de sus voces aletargadas que, poco a poco, apuntan todo su odio hacia una sola persona: Heinrich Artmann. En él recaerían todas las responsabilidades. Era como si él, y no Hitler, fuese el artífice, el promotor del Holocausto. Sí, ese dentista alto había inventado la guerra y debía asumir todas las consecuencias. Lo refrendaba el testimonio estremecedor de todos esos seres inertes que instalaban el terror de sus relatos en el corazón mismo de nuestra conciencia. Atónitos, escuchábamos las voces y se nos hacía difícil digerir toda aquella crueldad.

Cierro la carpeta porque no quiero seguir alimentando el odio. Esta tarde iré de nuevo a la consulta y podré ver por fin la encarnación de todo ese mal, la violencia oculta de sus palabras y toda esa inteligencia agresiva de la que tanto me hablaron y que quedó registrada en la novela.

Vuelvo al cuarto de Bernie y compruebo que sigue durmiendo. Aunque ya es mediodía, no soy capaz de despertarlo y bajo a la cocina atraído por el delicioso aroma de la comida.

—El señor White duerme como una piedra dentro de un pozo. ¿No le habrá ocurrido algo?

—No. Acabo de comprobarlo. Respira.

—Pues el guiso está casi listo.

—No se preocupe, Luisa. Lo despertaremos para la comida. Dejemos que duerma las quince horas.

—¡Qué barbaridad! ¡Quince horas! Poco más de eso es lo que duermo yo en una semana.

Salgo al porche con The New York Times y una cerveza, y vuelvo a ver a la muchacha de rasgos orientales sentada en las escaleras de los Fisher. Ahora ya no está comiendo un helado, pero su gesto sumiso y cortés es el mismo de ayer. A pesar de su edad —no le calculo más de trece o catorce años—, me llama la atención no solo el parecido con la muchacha que murió en brazos de Bernie sino también su forma tan descarada de mirarme. Hasta el día de ayer nunca la había visto e ignoro por qué vuelve a estar sentada en las escaleras de esa casa que no es la suya. Desde hace un sinfín de años conozco a los Fisher que la habitan y viven solos; su único hijo murió en la guerra del Vietnam y sería muy arriesgado pensar que esta jovencita fuese el fruto póstumo de su estancia en la guerra. No, no lo creo.

No logro concentrarme en la lectura del periódico y aprovecho mis sorbos de cerveza para seguir mirándola. Empiezo a pensar que su presencia aquí, en el barrio, no es casual.

De repente, tras agitar el cabello como si quisiese ahuyentar la molestia de algún insecto, la muchacha se levanta y cruza la calle con las manos entrelazadas en un gesto de rezo. Conforme viene hacia mí, su parecido con la muchacha del campo se desvanece. Es mucho más joven, apenas una niña que sube los escalones como una sonámbula y se planta ante mí con una sonrisa extraña.

—Hola. ¿Cómo te llamas?

No contesta. Solo sonríe y me mira como si lo hiciese desde lejos, a mucha distancia. Me da la impresión de que está un poco ida y vuelvo a preguntarle dónde vive. Sin descruzar los dedos de ambas manos, no me contesta más que con un gesto de fragilidad de sus hombros. No debe de entender el idioma.

—¿Te has perdido?

Está así casi un minuto, callada, con esa sonrisa apagada y absurda que tan malos recuerdos me trae. Y no sé qué hacer. Le ofrezco mi mano y noto cómo ahora deshace el nudo de sus dedos y me entrega la palma de su mano derecha, que tiembla en la mía como un pájaro aterido.

—¿Cuál es tu nombre?

Quizá es muda. La sonrisa parece su único medio de comunicación. Llamo a Luisa, que viene en un momento y pregunta, con un exagerado gesto de sorpresa, quién es esta criatura.

—No lo sé. No habla. Sospecho que se ha perdido.

—Habrá que llamar a la policía. ¿No le parece?

—Supongo. Hagámosla pasar. Debe de tener hambre. Ayer ya estaba sentada allí, en los escalones de esa casa.

—¿Habrá dormido fuera?

—No lo sé.

Luisa le toma la mano izquierda y entre los dos la animamos a entrar. Ella se deja y no aparta ni por un instante su vista de las fotografías de las paredes ni tan siquiera cuando vemos a Bernie bajar las escaleras con una de mis batas y el rostro restaurado por el descanso.

—Buenos días.

—Mejor, buenas tardes. Ya es hora de comer.

Mi reproche va acompañado con un gesto de incomprensión que enseguida le pone a Bernie la pregunta en la boca.

—¿Quién es?

—No lo sabemos. No habla.

—¿Es china?

—Creo que sí.

Bernie se acerca a ella, la mira con detenimiento, como si estuviese tasando un objeto de valor, y le lanza de nuevo la pregunta de quién es. Pero no encuentra otra respuesta que su sonrisa obediente y una leve inclinación de cabeza.

—Es un ser totalmente perdido. ¿Qué edad tendrá?

—Trece o catorce años —calculo en voz alta.

—¿Qué dices? Yo le calculo más. Los chinos tienen la piel más estirada y aparentan más jóvenes. Tal vez sea mayor de edad. Luisa, ¿usted qué opina?

—Puede que tenga razón el señor White. La pobre está muy delgada y eso la hace más cría. ¿Pongo un plato más?

—No lo sé —dudo—. Quizá sea mejor que coma con nosotros. Después llamaremos a la policía.

Mientras Luisa vuelve a la cocina y Bernie sube a cambiarse de ropa, yo tomo la mano de esta criatura misteriosa y la acompañó hasta el sofá. Sigue con los ojos clavados en la serie de fotografías que mi padre le hizo a la ciudad tras el Crac —la de la multitud de hombres apiñados ante las puertas de Wall Street fue publicada en el Brooklyn Daily Eagle—. La atención que la muchachita asiática pone en esas instantáneas en blanco y negro tiene algo de voracidad. Sin embargo, en su rostro no hay nada relacionado con la desgracia o la tristeza. En su sonrisa hay destellos de entusiasmo y en el rasgado de sus ojos se expresa algo muy semejante a la alegría. La contemplo con inquietud. Su aspecto no es el de alguien que lleve perdido mucho tiempo. Su media melena está limpia y el vestido de flores, aunque un tanto holgado, no es el mismo que llevaba ayer. Sus uñas están perfectamente cuidadas y su mirada tampoco se me antoja la de alguien demente. Lo que más me turba es su silencio de condescendencia.

—¿Quién eres? —insisto y, de repente, ella se levanta y se acerca a uno de los estantes del mueble donde está enterrada una pluma estilográfica. La coge, como si desenvainase un puñal, y después escribe letras en el aire para que comprenda su deseo.

—¿Quieres papel?

El meneo afirmativo de su cabeza me produce un estremecimiento porque augura el alcance de la comunicación y me levanto en busca de un folio en blanco que encuentro

en un cajón. La invito a sentarse de nuevo y veo que inclina su cuerpo sobre el papel para escribir una palabra.

—María. Te llamas María.

Como si no escuchase mis palabras, se pone a dibujar con destreza el rostro de alguien demasiado familiar para mí. No, no puede ser. Más con aspavientos que con palabras, la invito a comer y ella hace un gesto aquiescente y se sienta a la mesa con nosotros. Come con lentitud y escucha a Bernie con atención, como si le importase su charla. La situación es realmente extraña y, no sé si por solidaridad con ella, Bernie acaba callándose y comemos en silencio ante esta María que nos contempla asombrada.

Cuando terminamos el postre, la muchacha sale al porche y se sienta en el balancín. Bernie insiste en que lo mejor es llamar a la policía y esa posibilidad a mí no me convence mucho. El caso es que entre una cosa y otra, la presunta María desaparece como por encantamiento y Bernie y yo salimos a la calle en su búsqueda, y, durante casi media hora, no hallamos ni rastro de ella. Su ausencia deja en nosotros un extraño malestar.

—Bob, ¿llamamos a la policía?

—No. ¿Qué vamos a decirles? ¿Que un fantasma asiático llamado María ha venido a comer con nosotros y se ha evaporado después, durante la sobremesa? Nos harían preguntas. ¿No crees?

La verdad es que hoy, precisamente hoy, no me apetece ningún trato con la policía. Esta tarde, a las ocho, me espera una cita con el inquietante Hans H. Klüger, y el deseo de venganza que arde dentro de mí puede tener desagradables e inesperadas consecuencias. No sé cómo reaccionaré cuando compruebe la verdadera identidad del dentista. Solo sé que ahora la inminencia de la amenaza me hace sentir un nuevo acceso de pánico y el despertar de una secreción oleaginosa dentro de mi cuerpo, como un fuego que brota en el rescoldo escondido de mis arterias.

—Quizá tengas razón. Solo espero que la pobre no se tope con algún pervertido. Las palabras de Bernie alojan en mi interior el peso de la culpa, una omisión, y hacen que me sienta un poco desalmado. Y no sé si es por sacudirme esta responsabilidad no atendida o por el hecho de ver a Bernie tan tranquilo y recuperado, lo cierto es que nace en mí el deseo de una confidencia que se riza en mi garganta como una arcada.

—Tengo que confesarte algo importante y me gustaría que no te alterases.

—Querido Bob, ¿crees que es posible que algo pueda perturbar a un hombre que ha vuelto del otro barrio? Desembucha.

—Es por tu corazón.

—Mi corazón hace tiempo que está parado. Nada puede afectarme.

—Esto sí.

—Prueba.

Con la misma sensación de quien maneja material explosivo, escucho mis propias palabras con la fuerza de una detonación.

—Creo que he encontrado a Heinrich Artmann.

—¿El sacamuelas?

—Sí.

Su mirada se vuelve súbitamente grave, fija, y la curiosidad y el asombro le inmovilizan el rostro. Su silencio es la prueba de una hostilidad contraída. Por un momento, me siento miserable y creo escuchar el estruendo amenazante y pesado de su corazón. Su expresión fría me da miedo y busco en mis palabras la forma de amortiguar su sorpresa. Le cuento con detalle la escena de la barbería italiana, mi posterior visita a la clínica, el timbre casi dulce de su mujer, su hijo Victor Klüger, que también es dentista, y noto que poco a poco voy derrumbando su incredulidad.

—Él tenía una hija.

—Lo sé. Pero creo que esta mujer no es Greta. Debió de casarse otra vez. Esta tarde tengo cita a las ocho.

—Puede ser peligroso, Bob.

—A mí no me conoce.

—¿Tienes la certeza de que es él?

—La certeza, la certeza, no. Pero el parecido con el dibujo es asombroso. Aunque está mucho más viejo, la cicatriz, el acento alemán y su profesión son demasiadas casualidades juntas. ¿No crees?

—Si es él, su documento de identificación será falso. Él no va a confesarte que es el Heinrich de los campos de concentración.

Saco de la cartera su tarjeta de visita y se la pongo justo delante de los ojos.

—¡Tiene la consulta sobre el campo de los Dodgers!

—Sí, pero mira esa letra huérfana. ¿No te parece inquietante?

—No creo que sea tan imbécil como para conservar su nombre delator. Esa tiene que ser una mera coincidencia. Creo que lo mejor es confirmar que es él y después ya decidiremos qué hacer. No sé si recuerdas el caso de Hermine Ryan, una alemana que había supervisado el asesinato de cientos de niños durante la guerra y que fue identificada hace unos años en una casa de Queens.

—Sí, lo recuerdo perfectamente e incluso tengo guardado por alguna parte el recorte de prensa del Washington Post. La extraditaron a Alemania y la condenaron a cadena perpetua.

—Me parece que lo adecuado es ponernos en contacto con el Centro Simon Wiesenthal de Los Ángeles o con el Departamento de Justicia. Está claro que los datos del dentista deben de figurar en su base de datos.

La idea sensata de Bernie me deja un poco asombrado. Nunca pensé que su reacción fuera tan atinada y reflexiva. Yo sospechaba que, después del impacto de la noticia, la sombra de un odio visceral le haría asumir el desafío y recuperar la imagen de aquella muchacha que murió en su regazo y que representaba el dolor de todas las víctimas del dentista nazi; ese recuerdo le devolvería la ira y lo haría rivalizar conmigo en tramar la venganza. Pero no, la prudencia de sus palabras me resulta demasiado extraña y no le oculto mi desconfianza hacia otros métodos de represalia que no encierren algún tipo de humillación.

—No dejaré que se salga con la suya, Bernie. Según nuestras leyes, los tribunales no tienen jurisdicción para juzgar a personas por crímenes perpetrados fuera de los Estados Unidos a menos que estos se hubiesen cometido contra ciudadanos estadounidenses. Por lo tanto, con la denuncia no conseguiríamos más condena que su posible expulsión por violar las leyes de inmigración y naturalización.

—¿Y qué quieres hacer? ¿Vengarte?

—Hombre, atormentarlo un poco.

—¿Y cómo vas a atormentarlo, infeliz? Sabes que es un criminal. Te mataría sin pestañear.

—No le será tan fácil.

Levanto la mano, y, mientras dibujo con los dedos la forma de una pistola, una expresión de dolor atraviesa el rostro de Bernie.

—¿Te has vuelto loco?

—No lo creo.

—Si no te mata, huirá de nuevo.

—Ya lo veremos.

—Ya está visto.

Un leve titubeo en la voz desarma su voluntad reflexiva y le hace cerrar los ojos como si estuviese midiendo mi desafío. Cuando los abre, en su mirada ya está tatuada una rabia casi obscena.

—Te acompañaré.

XVIII

El atardecer inunda el apartamento que da a la plaza de la Sagrada Familia, y la luz arcillosa que desprenden las torres del templo envuelve los viejos objetos sobre los cuales ahora descansa mi veneración. La simple pertenencia ha dado paso a un apego mayor tras el hallazgo de la carta y los testimonios que han ido perfilando vagamente la personalidad de mi tía Laura. Intento buscar el secreto de estos objetos arrumbados durante tanto tiempo y siento que su significado aguarda en su inmovilidad, en su silencio antiguo. Los acaricio con las manos y los sentidos, y no soy capaz de llegar a ellos más que por los caminos de la posesión. Algo, tal vez la lectura de los libros de Mercedes Núñez, ha atrofiado mi determinación y se ha apoderado de mi esperanza.

No dejo de mirar el teléfono con aprensión y temor. Es curioso, pero ya ha pasado una semana de la visita al señor Escortell y aún no he sido capaz de marcar el número de Mercedes Núñez. Sus libros han aplastado y paralizado la leve capa de euforia con la que había estallado mi curiosidad tras la aparición de la carta de mi tía. Esa misión de naturaleza difusa, con la que el azar parecía tocarme, se ha vuelto ahora una empresa insignificante y ridícula que reduce todos mis pasos a un deseo de reconciliación conmigo misma, con mi conciencia. Las palabras rabiosas con las que Mercedes Núñez hace el balance increíble de su vida me han sumido en una especie de desconcierto y admiración y han fijado, al mismo tiempo, una distancia feroz con ella. ¿Cómo justificar ante ella, y en pleno 1982, la tardía decisión de meterme en esa fosa de niebla que es el pasado de la tía Laura? ¿Qué pensaría de mi interés una mujer que fue capaz de soportar desde el peso luctuo-so de las cárceles franquistas hasta la deshumanización de los campos de concentración nazis, ese asesinato fabril, esa solución pública para la muerte a la cual ella misma había sido destinada, sentencia que no pudo ejecutarse por la proximidad del ejército estadounidense, que provocó la evacuación precipitada del campo? La imagino en la enfermería, tan raquítica como una radiografía, ajena ya al desprecio de ese médico alemán que firma su transporte con una voluntad fría, asistido por el temor al avance de los aliados, y sospecho que Mercedes Núñez acepta finalmente su sentencia con una benevolencia que pesa más que sus veintisiete kilos. Apenas puede tenerse en pie, pero los bombardeos se suceden ya con una frecuencia diaria y sus estragos llegan incluso hasta el campo, matando a algunas presas. Sabe que la liberación es cuestión de horas. En el relato escalofriante de El carretò dels gossos, Mercedes Núñez da cuenta de ese momento feliz en que es liberada, curiosamente el 14 abril, aniversario de la proclamación de la Segunda República, y de su lectura obtengo un respeto que me intimida y atora mi determinación de contactar con ella. Creo que, con mi llamada, ella tendría la impresión de estar hablando con una burguesita de derechas que intenta recuperar el traje libertario de su difunta tía para incorporarse con

pedigrí al paisaje de la democracia. O quizá acepte en mi descargo el hecho de haber encontrado una carta oculta en la que se descubre una inmensa mentira sepultada por el silencio durante muchos años. No daría mucho crédito a mi empeño si le digo que, entre las pertenencias heredadas de mi tía, figura un libro de Pablo Neruda. A nadie, y menos a alguien como yo, que ha pasado por la universidad, se le podría escapar el detalle de que el Nobel chileno es un estandarte comunista. ¿Quién no habría de unir este hecho a la sospecha de que algo extraño se gesta sobre el destino de una joven lectora que guarda versos rojos en el seno de una familia de derechas? No lo sé. Quizá debería escribirle una carta. La lectura de estos dos libros me conmocionó y ha mutilado mi imaginación. Reconozco que he leído con amarga fruición el libro Cárcel de Ventas, porque en él, entre el fragor desolado de su experiencia, he ido dibujando los espacios que también ocupó mi tía Laura. A veces, arrastrada por la descarnada sinceridad del relato, la memoria de mi tía termina por absorber a la narradora original y durante muchas páginas me he dejado arrastrar por la creencia de que, en realidad, era su voz, y no la de Mercedes Núñez, la que contaba todos sus lances carcelarios. A esta impresión también ayuda el hecho de que la vida de Mercedes Núñez tiene innumerables similitudes con la de mi tía Laura. En el interior del libro Cárcel de Ventas venía un folio doblado con la biografía de la autora escrita a máquina, no sé si ideado por la editorial para acompañar la comercialización del libro, si como un acto de justa vanidad, o simplemente para que aquel viejo profesor de piano supiese de todas las amarguras que el destino le había deparado a su antigua alumna. Ese folio de párrafos apretados en el que las líneas se tocan, como si la persona que lo escribiese temiera que la vida no fuera a caberle en ese único folio, es un breve recorrido en el que es fácil percibir los puntos coincidentes con la vida de mi tía Laura. En sus biografías concurren algunos hechos que me llaman la atención y que hacen que en la lectura del primer libro yo termine por asimilar su pasado en un periplo unánime. Con una separación de nueve años, ambas nacieron en Barcelona, sabían francés y un poco de alemán —Laura también se defendía con el inglés—, eran diestras en el dibujo, tocaban el piano, pertenecían a familias acomodadas, veraneaban en la costa coruñesa y fueron detenidas en Galicia en momentos diferentes. En un primer momento de la lectura, al comienzo de las primeras páginas, en las cuales la autora hace gala de su humildad reconociendo su modestísima participación en la guerra, sospecho que la tía Laura tampoco disparó un solo tiro, ni pronunció discursos, ni su nombre figuró al pie de artículos periodísticos, ni ostentó ningún cargo… Los vencedores no necesitaban muchos antecedentes y la sola simpatía por la República bastaba para condenarlas a muerte o, en el mejor de los casos, a veinte años de cárcel. Su "auxilio a la rebelión" encontraba así el castigo preciso en sumarios consejos de guerra.

La lectura del libro ilumina mi nostalgia de la tía y sitúa su dolor en un lugar concreto: la cárcel de Ventas. Las palabras redondas y sinceras de Mercedes Núñez

desmenuzan ese mundo desolado y fijan en mi imaginación un paisaje oscuro y triste donde la miseria y la crueldad no son capaces de borrar la altiva dignidad de algunas presas ni los momentos de solidaridad que afloran como de entre un campo de minas. Tengo la impresión de que las palabras firmes y abiertas de su autora no solo aspiran a devorar el olvido y cumplir con el encargo que le hizo una presa cuando Mercedes Núñez iba a ser liberada: "Explícales a los de afuera lo que has visto aquí"; en el abismo de su relato pende el propósito de levantar ante nuestros ojos la miseria humana, no para comprenderla, lo que podría equivaler a una justificación, sino para condenarla con una rabiosa indignación, para evitar que su memoria sea un mal enquistado en la sociedad.

Y mientras leía emocionada las primeras páginas, dentro de mí crecía la ansiedad por encontrar algún rastro de mi tía Laura. Pero enseguida caí en la cuenta de las fechas y deduje que era prácticamente imposible que hubiesen coincidido en la cárcel. Mi tía ingresó en la cárcel provincial de A Coruña en diciembre de 1938 y la carta que encontré en casa fue escrita en Ventas en enero de 1940, tal vez unos días antes de su fusilamiento, y Mercedes Núñez fue detenida en 1939, pero no la trasladaron a la cárcel de Ventas hasta marzo de 1940, donde estuvo incomunicada más de un mes. El 12 abril le habría sido levantada la orden de incomunicación para someterla al régimen ordinario y para entonces mi tía Laura ya había sido fusilada. Aun así, en cada párrafo yo buscaba el tesoro de alguna referencia hecha por alguna veterana que la hubiese conocido, pero por el penal pasaban miles de mujeres, una multitud imposible de conocer en su totalidad.

En la mesa camilla de mi cuarto están concentradas todas las pertenencias de mi tía. Las fotografías y los bosquejos hechos a lápiz se reparten sobre la colcha de la cama. He limpiado la máquina de escribir y la cámara fotográfica oxidada por el tiempo y me he puesto su pulsera de monedas de plata. Con ingenua melancolía, peino su muñeca de porcelana y busco en una de las fotografías su alegre descaro y la sonrisa que contrasta con sus ojos trágicos, que quizá ya presagian el dolor futuro de una realidad que la alejará para siempre de sus ilusiones. En la triste intimidad de los objetos, tengo la impresión de que el pasado pone zancadillas, adopta formas alucinadas que quedan soldadas al relato ajeno de Mercedes Núñez y me hace invocar esa vida heroica, dolorosamente atractiva, para habitarla con la esperanza de representar la historia oculta de mi tía, pero la realidad enseguida anula mi imaginación y deja la resignada sospecha de que la memoria de mi tía ya solo es eso, un aroma pasajero que va desvaneciéndose, una ilusión triste, una ausencia gris que se hunde entre la edición alemana de este Fausto o la francesa de Los miserables. En la disposición de las cosas hay una voluntad de exhumación, de acariciar, aunque sea por un instante fugaz, algún augurio o rastro de

vida. Dejo la muñeca sobre la almohada y cojo entre las manos el libro Veinte poemas de amor y una canción desesperada, y leo de nuevo su extraña dedicatoria. Junto a la firma ininteligible figura dibujado un ojo enmarcado y una fecha de 1934, cuando mi tía tenía 14 años: "Para el ojo intrépido que toca lo invisible". ¿Quién escribiría esta frase que parece ser una tácita referencia a su afición a la fotografía? Desecho a cualquier miembro de nuestra familia y me inclino por un amigo mayor que ella, quizá asombrado por la espontaneidad temeraria de su talento con la cámara. Registro el trazo ilegible de la firma y apenas intuyo la letra pe al principio y la letra o al final. Parece un nombre corto, de cinco o seis caracteres. Debajo, con una caligrafía tumbada y enlazada en un único trazo, figura lo que debe de ser el apellido. No atino a saber el número de letras y fuerzo mis ojos sobre la página, como si quisiese derrumbar un espejo cóncavo que estuviese deformando la palabra, y, de repente, golpeada por una intuición, creo ver representado el nombre de Pablo y me entrego a la sospecha de que quizá esa fuese la identidad del hombre que más adelante, en plena guerra, habría dejado embarazada a mi tía Laura, un nombre al que ella consagraría la memoria de ese hijo muerto en la enfermería de la cárcel de Ventas. No lo sé. Quizá deba llamar a la vieja criada y preguntarle si mi tía tenía algún amigo llamado Pablo. ¿Y si la firma pertenece al propio Pablo Neruda? ¿Por qué no? Durante la Segunda República el poeta chileno debió de visitar España en varias ocasiones y quién dice que no estuvo en Barcelona para dar alguna conferencia y una adolescente intrépida de catorce años fue capaz de acercársele y hacerle una fotografía antes de pedirle una dedicatoria para su libro? Espoleada por esta posibilidad, busco en los estantes de mi biblioteca algún libro de Neruda y solo encuentro Cien sonetos de amor y Odas elementales. En la biografía que aparece en las solapas apenas se hace referencia a su nacimiento y a la enumeración de sus obras más notables. Así que me calzo y me pongo una chaqueta para bajar a la calle. Todavía no han cerrado las tiendas y la librería del Carrer de Córsega tiene un fondo abundante en el que con certeza habrá una biografía completa del autor chileno. Sé que quizá son fantasías mías, pero quiero desechar esa posibilidad y me dejo llevar por esta nueva euforia que me empuja.

Sin aguardar la llegada del ascensor, bajo apresuradamente las escaleras y entro en la librería con un ímpetu que no le pasa desapercibido al librero, que está cobrándole a una joven el importe de un libro de viejo.

—Quiero una biografía de Pablo Neruda.

El librero, un hombre de unos cincuenta años, orgulloso de su oficio, me mira con recelo, esquiva las columnas de libros y de un salto caza un ejemplar voluminoso que pone en mis manos con un ligero aire de vanidad.

—Son sus memorias. Se publicaron póstumamente.

Un rubor de ignorancia sacude mi interior pero no me importa, porque este es justo el libro que necesito y lo pago al momento, despreciando el cambio.

Confieso que he vivido, el título es sugestivo. La curiosidad me retiene en la calle y no me deja llegar a casa para introducirme en sus páginas y buscar alguna referencia a la Barcelona de 1934. El rastreo es casi violento y enseguida doy con un capítulo titulado España en el corazón, dentro del cual el autor va dando cuenta de sus relaciones con autores como García Lorca o Alberti. Bajo el título de "Miguel Hernández" aparece el año que estoy buscando. Y la sorpresa es mayúscula, porque compruebo que, efectivamente, el autor chileno estuvo en la ciudad no para dar una conferencia, sino destinado como cónsul en la embajada. Está claro que en el libro no hay mención a mi tía Laura, pero también es cierto que en la sucinta entrada de ese año son pocos los datos proporcionados. Es como si su estancia en la ciudad condal no hubiera sido de su agrado y eso la condenase al olvido, dedicándole apenas medio folio en el que solo se detallan los datos de su jefe, un tal Tulio Maquieira, que lo manda a Madrid porque, según este alto cargo, severo y un tanto huraño, en la capital estaba la poesía y en Barcelona terribles cuentas para las que Pablo Neruda no estaba preparado. Y así, con una justificación tan vaga como la de tener dificultades para la multiplicación y la suma, el poeta chileno es enviado como cónsul a Madrid. No obstante, el dato que más me interesa es el de su estancia en Barcelona, algo que fija dentro de mí la convicción de que mi tía Laura llegó hasta él y consiguió su autógrafo.

Este nuevo hallazgo funciona como un resorte y borra el regusto a derrota que me han dejado los libros de Mercedes Núñez. Cada vez estoy más embebida en los misterios de la historia de mi tía y siento que ya no hay vuelta atrás. Al valor evidente de este libro con el autógrafo, se añade una razón sentimental y enigmática que no hace sino confirmarme en mi insistencia por recuperar su memoria. Ya no basta la sospecha ni la imaginación. Quiero llegar al final, reunir la mayor parte de las piezas, reconstruir el punto central de su vida, no solo el trágico, sino también el referente a los instantes de felicidad e ilusión. Pero para recordar precisamos de los otros, y el único modo de buscar certezas en la distancia es mediante personas que hubieran convivido con mi tía. Así que, alentada por este nuevo descubrimiento, cojo el papel en el que están anotados los números de teléfono y marco, con determinación, el número de Barcelona de Mercedes Núñez, esta comunista que sigue luchando por exhumar la dignidad de los muertos y de los que, como ella, sufrieron el terror de la represión. Tras unos segundos sin respuesta, mi inquietud crece con la intermitencia de los pitidos. Parece que no hay nadie al otro lado y siento un extraño alivio. Pruebo ahora con el número de teléfono de Vigo y, tras un largo intervalo, cuando estoy a punto de colgar, rasga el silencio la voz

jadeante de un hombre que irrumpe con una pregunta que es casi una afirmación angustiosa.

—¿Sí?

—Buenas tardes. Estoy tratando de contactar con Mercedes Núñez. Desearía hablar con ella.

—En este momento no está. Ha salido a dar un paseo y no creo que tarde. ¿Quiere dejarle algún recado?

—Llamo desde Barcelona. Mi nombre es Diana. Soy la sobrina de una vieja amiga de la infancia de… ¿su madre?

—Sí, soy Pablo Iglesias, su hijo. Déjeme su número y ella la llamará.

—No se preocupe. Dígale que la llamaré yo. Quisiera hacerle algunas preguntas.

Para evitar suspicacias le doy mi número de teléfono antes de colgar y me siento en el sofá, un poco sorprendida por su nombre, que no solo coincide con el del fundador del Partido Socialista Obrero Español, sino también con el del Nobel chileno y con el de la criatura muerta de mi tía Laura. Tal vez el nombre de Pablo estaba de moda en esa época y no se deba a ningún tipo de homenaje o admiración. Aunque en el caso del hijo de Mercedes Núñez, se suma el apellido Iglesias e induce a pensar que su madre no desconocía esa concurrencia. Vuelvo a coger entre las manos el libro Veinte poemas de amor y una canción desesperada y ahora, con una claridad meridiana, veo en su firma la deformación del nombre y el apellido. Pone Pablo Neruda. No hay duda, pero me gustaría ver la firma original del escritor chileno para comprobar que esta también es suya. Me resulta extraño pensar que alguien pueda regalar un libro con una dedicatoria ajena. No tiene mucho sentido y más en el año 1934, que es cuando el escritor vive en Barcelona.

Convencida de su autenticidad, abro el libro en los primeros poemas y me someto a la exquisitez de sus versos que me produce una suerte de embriaguez. Sin estar acostumbrada a la lectura de poesía, consigo concentrarme en la profundidad de estos poemas escritos por un Neruda casi adolescente y presumo la sensibilidad de mi tía, absorta como yo en la ternura de estos versos, que son capaces de arrullar la parte más íntima de nuestra alma con el vivo mensaje de un amor apasionado.

Una emoción antigua se apodera de mí y me aísla durante casi una hora hasta que, de repente, el sonido del teléfono me despierta bruscamente de mi arrobo y rasga la

magia en la que estaba instalada. Me abalanzo sobre él, como para hacer callar su alboroto mundano, y enseguida me doy cuenta de que la voz curiosa de una mujer pregunta por mí al otro lado. Es Mercedes Núñez.

—Por favor, cuelgue que ahora mismo la llamo.

Ella insiste en que da lo mismo, pero yo cuelgo porque quiero ganarme su confianza y, a un tiempo, reponerme de la sorpresa. Tomo aire y vuelvo a marcar su número.

—Perdone que la moleste. El señor Escortell me dio su teléfono.

—¿El músico?

—Sí. Estoy intentando saber cosas de mi tía, Laura Crussat. ¿Se acuerda de ella?

—¿Laura? ¡Claro que la recuerdo! Antes de la guerra, Laura y yo éramos como dos almas metidas dentro de un mismo cuerpo. Sí, muy amigas.

En su voz late una emoción sincera que me hace sentir cómoda y confiada.

—Antes de continuar, quiero decirle que he leído sus dos libros. Me han parecido fantásticos. Su vida me ha dejado conmocionada.

—Gracias. Soy consciente de que no soy más que un testigo que escribe con dificultades.

—Verá. Yo siempre creí que mi tía había muerto de tuberculosis en 1939, el mismo año en que yo nací.

—¿De tuberculosis?

Percibo al otro lado del aparato una extrañeza que casi parece una irritación y que borra el tono de cordialidad y euforia inicial cuando dijo que mi tía y ella eran muy amigas, una expresión que contiene un alto grado de acercamiento e intimidad.

—Eso, por lo menos, fue lo que me contaron en casa.

—Está claro que te mintieron.

—Hace unos días encontré por casualidad una carta que mi tía envió desde la cárcel de Ventas en 1940 y estoy intentando saber qué pasó.

—¿Laura estuvo en Ventas?

—Sí, aunque debieron de fusilarla poco después de enviar la carta en la que ya hablaba de su condena firme. Es probable que la matasen a fines de enero de 1940, antes de que usted ingresase en el penal.

Su sorpresa es evidente y un silencio duro como un muro de granito se instala en nuestra conversación. A Mercedes Núñez parece dolerle no tanto la muerte como el hecho de no saber que su amiga ocupó una de las celdas de aquel penal que las presas, con irónicas canciones, habían elevado a la categoría de "hotel maravilloso".

—¿Cuándo la detuvieron?

—En diciembre de 1938.

—¿Dónde?

—En Galicia.

—Pobre Laura. ¡Qué mala suerte!

Noto en su voz una emoción contraída, como de quien está a punto de echarse a llorar. Esa reacción me sorprende porque yo suponía que una mujer como Mercedes Núñez, que ha cargado con tantas desgracias, ya tendría el alma encallecida y sería inmune al llanto. Y no. Mis palabras provocan una tensión, un silencio consternado que, en cierta medida, me alarma, porque tengo miedo de que la emoción ponga freno al testimonio sobre mi tía. Y es que, de momento, soy yo la que está informando y no la que es informada.

—Estaba embarazada cuando la detuvieron.

—¡Malditos! ¡Ojalá se pudran en el infierno!

—¿Usted le conoció algún novio?

—Los tenía a mansalva. Era guapísima. Todos bebían los vientos por ella, pero Laura era un pájaro libre. Demasiado adelantada para su época. No se comprometía con nadie. La conocí en 1932 en casa del señor Escortell. En aquella época ella debía de tener unos doce años y ya entonces era toda una mujercita que salía con chicos y en su casa provocaba más de un dolor de cabeza. Sé que a los quince se encaprichó de un fotógrafo quince años mayor que ella, pero él estaba casado y la cosa no duró mucho tiempo.

—¿Alguno de sus amigos se llamaba Pablo?

—No, que yo recuerde.

Su respuesta deja en mí un poso de decepción. Aun así, en mi interior vuelve a alojarse el propósito de conocerla personalmente.

—Si no le importa, me gustaría invitarla a comer para hablar de mi tía Laura. Estoy dispuesta a viajar a Vigo mañana mismo.

—No hace falta que vengas, porque la próxima semana tengo que ir a Barcelona. El viernes daré una charla en la sede del Partido Comunista y también voy a participar en alguna reunión de cara a las elecciones de octubre. En total estaré un par de semanas en la ciudad y tendremos tiempo de conocernos. ¿Qué te parece si te llamo y quedamos?

—Sería perfecto.

—Entonces, hasta pronto. Hablaremos de Laura y te mostraré algunas cosas.

—Gracias.

Cuelgo el teléfono con suavidad, con cierta demora, como si temiese aplastar sus últimas palabras. Me gustaría dilatar esta conversación y preguntarle qué cosas va a mostrarme, cuál era su grado de amistad con mi tía, qué lugares solían frecuentar, cuáles eran sus ilusiones… en definitiva, seguir tirando del hilo de la memoria, pero la noticia de su viaje a Barcelona parece providencial y provoca en mí un estremecimiento que, en un suspiro, se convierte en entusiasmo. De sus pocas palabras he obtenido el augurio de que con ella seré capaz de proyectar un poco mejor la personalidad de mi tía en esos años previos a la guerra y, tal vez, conozca algún dato más que me conduzca hasta el mismo día de su fusilamiento.

Vuelvo a coger el libro de Neruda y me acerco a la ventana del cuarto para ver cómo la noche cobija la fantasía de Gaudí y la convierte en un enorme juguete de plastilina que se yergue sobre sí mismo. Por un momento, mientras leo una poesía del escritor chileno, tengo la fuerte impresión de que son las palabras las que me asoman a la arquitectura interna del templo que resbala en la superficie de mi imaginación como el líquido de una acuarela oscura.

XIX

El coche sube por un camino estrecho cercado de pinos que, por un momento, borran la tarde y dejan el soplo del sur en su aliento. Una humedad precede a la luz que nos aguarda al final de este túnel vegetal y me quedo sorprendido por la presencia soberbia de la casa que está afincada en la sierra como un espolón de piedra que se descuelga levemente de la ladera del monte.

—Hemos llegado —anuncia Adolfo palpando mi sorpresa—. Esta es la guarida de mis padres. No está lejos del pueblo.

—Un lugar hermoso y tranquilo.

—Lo malo es que siempre hay que coger el coche para ir a cualquier sitio.

Entramos por el portón metálico y caminamos por un sendero de grava blanca que hace que nuestros pies crujan en una crepitación orgánica. Vuelvo la mirada hacia atrás y, a pesar de que la finca está rodeada de un seto alto y de grandes abanicos de palmeras peinadas por el viento suave de la tarde, desde aquí se domina el placer sobre la ría de Arousa.

—El río cae de lo alto de la sierra y muere en el mar —asegura Adolfo y, como si las palabras convocasen su murmullo manso, un frescor preludia la parábola del agua y calculo el curso insistente que va lamiendo el espinazo granítico bajo los sauces hasta remansarse en el abrigo de la ría.

Los ladridos de un perro atruenan el sosiego de la tarde y vienen hacia nosotros como un ensalmo. Es un enorme pastor alemán que olisquea mi miedo e imprime la amenaza en sus dientes rabiosos, pero Adolfo impone su autoridad y lo obliga a tumbarse en el césped al lado de un neumático que, a modo de columpio, cuelga de una vieja higuera.

En el centro de la finca hay una fuente sembrada de geranios, recubierta con conchas blancas y unos surcos que crean la impresión huidiza de bailarinas vaporosas a punto de lanzarse sobre un río de sangre. La fachada de la casa está toda pintada de blanco y en la entrada hay un emparrado bajo el cual han dispuesto una mesa de piedra en la que alguien está pelando patatas. Es la mujer del señor Fernando. No la había reconocido.

—Hola mamá. Tenemos visita.

—Pero si es uno de los hijos… Pase, hombre. ¿Cómo está?

—Bien.

—¡Qué pena más grande! Siéntese. La verdad es que usted lleva unos años en los que le sale todo mal. Su mujer, su madre y ahora su padre. Lo siento, de verdad.

Dejo la carpeta en la mesa y reparo en los ojos devastados de esta mujer que está mucho más vieja de lo que yo la recordaba.

—La muerte de su padre ha afectado mucho a mi marido. Se llevaban bien. ¿Qué va a tomar?

—Nada.

—De eso no tenemos en esta casa.

—Entonces, una cerveza.

—Fernando se alegrará de verlo. ¿Sabe ya lo de su enfermedad?

—Lo sé.

—¡Un hombre tan inquieto como él y caerle encima este mal! ¡No hay justicia!

La mujer se levanta gesticulando una negación con la cabeza y se lleva con ella la bandeja de las patatas. Adolfo también la acompaña y me quedo por un instante solo en la intimidad equívoca y angustiosa de la espera, bajo esta bóveda enredada de vides, meditando en la lenta transformación de la tarde y en todas las preguntas que hierven en mi interior ya desde antes de la muerte de papá.

—Venga aquí. Ahora ha refrescado un poco y se está mejor dentro.

La voz de Adolfo es como una cuerda que tira de mí. Cojo la carpeta y entro en la casa por una puerta corredera de cristal que da directamente al salón. Allí, de pie, con una muleta que parece un apéndice de su cuerpo, está el señor Fernando. Tiene una barba luminosa y ha adelgazado muchísimos kilos. Su rostro ha perdido expresividad y ya no es aquel hombre corpulento que era.

—¡Cuánto siento lo de tu padre!

—La vida es así. No hay nada que hacer.

En el abrazo que nos damos percibo su respiración pesada y el olor a tabaco que parece enraizado en su cuerpo.

—Siéntate. Me han traído unos percebes de Aguiño que no se los salta un galgo. ¡Aurora, tráele la prueba!

—No —protesto—. Ni de broma. Adolfo es testigo. He comido mucho y me siento como un tonel.

Su mujer me sirve una cerveza, y a él, que se deja caer en el sofá como un fardo, le pone un vaso de agua y un plato de postre con píldoras de diferentes colores.

—Esta es mi gasolina.

Mientras él bebe, caigo en la cuenta de su lucha sorda contra la enfermedad; su movilidad está siendo devorada por un ligero temblor y en sus palabras queda prendida una especie de traba. Reparo también en su pequeña biblioteca y no me sorprende que en esta casa haya libros. El señor Fernando era capaz de mantener largas conversaciones con papá y su retórica tenía que estar apoyada en algo más que en la simple voluntad de hablar.

—Lo veo bien. Un poco más delgado.

—¡Cómo no voy a perder peso! Cuando los temblores me pegan fuerte es como si estuviese escalando una montaña. Y todo sin salir de casa. Y tú, ¿cómo estás?

—Acostumbrado a las desgracias.

—Sí, hombre, sí. Ni que te hubiese mirado un tuerto. Tu hija estará hecha una moza.

—Marta estudia en Madrid y, sí, ya es toda una mujer.

—Hace una eternidad que no la veo, creo que desde el entierro de tu mujer. Tu padre siempre llevaba una fotografía de su nieta en la cartera. La última vez que lo vi fue aquí mismo. Poco después de morir tu madre, Adolfo le dijo lo de mi enfermedad y vino a visitarme. En aquella ocasión me mostró la fotografía de su nieta y me dijo que era muy aplicada en los estudios. Se le veía orgulloso de ella, pobre.

Un poco extrañado de esta concesión afectiva de papá, siempre tan remiso a exhibir la carne de cualquier sentimiento, le doy un sorbo a la cerveza y noto que ha llegado el momento de entrar en materia porque el silencio se hace más hondo y Adolfo acaba de disculparse para dejarnos a solas.

—Estoy arreglando la casa para poner un poco de orden en la biblioteca y he encontrado algunas cosas de mi padre que me hacen pensar que él era un perfecto desconocido para mí. En nuestra casa no se hablaba mucho y, como usted lo conocía, quizá podría ayudarme a saber más de él.

—Hombre, no sé cuál puede ser mi ayuda. Nosotros tampoco éramos tan amigos. Hacíamos buenas migas y nos gustaba hablar.

Hay un recelo en sus palabras, como si acusase su responsabilidad.

—El caso es que él tampoco tenía muchos amigos.

—Hombre, algunos sí que tenía. Tu padre fue la persona más culta e inteligente que he conocido. Mira que don Victoriano era un hombre preparado, pero tu padre sabía de todo. Con él aprendí muchísimo. Le hacías cualquier pregunta sobre cualquier tema y te daba una lección magistral. Eso no se podía negar, era todo un sabio, pero también es verdad que era un hombre especial y poco amigo de relacionarse con la gente. Llevaba una vida recogida. Con quien más trato tenía era con don Victoriano. Si el viejo escritor aún viviese, podría contarte muchas cosas sobre tu padre.

—¿Usted cree que mi padre era un hombre feliz?

—Creo que sí. A su manera. Él no necesitaba grandes cosas. Su mundo estaba en los libros. Ya de niño llamaba la atención. En la escuela, don Salustiano siempre lo ponía de ejemplo y más de una vez corrigió al propio maestro. Algunas veces incluso ayudó en la escuela de verano que los hermanos Axeitos tenían junto al crucero del Cristo do Pichón. Tu padre no era muy dado a estar con los de su edad y, cuando tenía tiempo, se iba a la casa de don Victoriano o a la de las Mariño, que también tenían una buena biblioteca. Lo recuerdo muchas veces allí, sentado junto a ellas, pegado a los libros como si le fuese la vida en ello. Eran dos hermanas muy conocidas y un poco extravagantes que vivían solas en el Cantón de Leña. Clara era la soltera y Bernardina se había quedado viuda en la guerra de Cuba. A la pobre, decían que se le había ido la cabeza por la pérdida de un hijo. Tenía el feto de su bebé en un tarro de formol y le hablaba como si estuviese vivo. A tus abuelos no les hacía ninguna gracia que tu padre se metiera en casa de aquellas dos viejas chifladas. Pero tu padre,

mientras los demás chicos íbamos a las rocas a coger mejillones o robar fruta en la huerta de doña Juanita Santos, buscaba cobijo en casa de esas dos mujeres solitarias que pertenecían a una de las familias más ricas de O Caramiñal y que tenían una estupenda biblioteca que finalmente le dejaron en herencia a tu padre. ¿No lo sabías?

—No.

—Sí. Tu padre hizo buenas migas con ellas y pasó muchas tardes metido en aquella casa devorando novelas a destajo. Las dos murieron casi al mismo tiempo, al poco de terminar la guerra, cuando tus padres ya habían vuelto de Madrid. Tú eras muy pequeño y no te acuerdas. El caso es que tu padre aceptó todos aquellos libros y yo mismo le eché una mano para trasladarlos a vuestra casa. Por aquel entonces tus abuelos ya habían muerto y tus padres venían todos los fines de semana a A Pobra.

—¿Usted conoció a mis abuelos?

—¡Claro que los conocí! Eran gente compostelana muy refinada y distinguida. Compraron la casa en los años veinte. Lo sé porque tu padre llegó a la escuela de don Salustiano en pleno invierno, con el curso ya comenzado. Él debía de tener seis o siete años. Al principio, todos le teníamos un poco de envidia. Vestía bien y, además, el maestro siempre lo ponía como ejemplo. Tu abuela Marta era una mujer muy elegante y llamaba mucho la atención. Al parecer era maestra, pero no ejercía. Daba clases de piano y le ayudaba a tu abuelo Luis en aquella botica en la que se vendía de todo. Fue una lástima lo del accidente. Eso ya te lo han contado, ¿verdad?

—Más o menos.

—Venían de Santiago en su coche y chocaron contra un roble a la altura de Padrón. Fue una pérdida terrible. Era muy buena gente. Tu abuelo era un hombre muy preparado y republicano. ¿Lo sabías?

—Sí.

—Yo luché en la batalla del Ebro y vi morir a muchos. Una matanza. La gente habla y habla de la guerra, pero quien no la ha vivido no se puede hacer una idea de lo que fueron aquellos días escuchando la misma música infernal que era la queja de los cientos de moribundos heridos en la batalla. Y el olor… ¡Madre mía! Sé de un vecino nuestro que se disparó en un pie para volver a casa y no tener que soportar aquello. El caso es que cuando volví de la guerra me di cuenta de que A Pobra ya no era la misma. Habían cambiado muchas cosas. Tu padre se había casado

y se había marchado a Madrid, y algunos de mis amigos habían huido poniendo el mar de por medio. La guerra terminó con mi propósito de estudiar y tuve que hacerme cargo de la cantina de mis padres. También supe que tu abuelo Luis había estado más de un año en la cárcel.

—¿Por republicano?

—No solo por eso. Decían que ayudó a algunos guerrilleros a huir a Portugal.

Sospecho que el señor Fernando es consciente de mi sorpresa y lee el desconcierto en mis ojos, porque una vez más me siento extrañamente violento y confuso al descubrir datos inéditos de mi familia que, aún siendo públicos, me fueron ocultados de forma dolosa. Y si soy capaz de entender el silencio de papá como una ofensa secreta, sí que se me hace extraño que mamá, tan de derechas, no le echase en cara esta acusación que recaía sobre su suegro.

—Puedes estar seguro de que tu abuelo era gente de ley. Mi padre, que era un poco franquista, me confesó que la derecha quería implicar a tu abuelo Luis en cuanto crimen había. Cuando lo detuvieron, lo acusaron de haber llevado guerrilleros a Santiago. Incluso lo acusaban de estar detrás de los crímenes de la Fonda de Ferro en el verano del treinta y siete. Pero todo eso eran habladurías inventadas por algunos, no solo porque tu abuelo era republicano, sino porque también había cierto interés en cerrarle la farmacia.

—¿Y se la cerraron?

—Sí. Él era el boticario y estaba detenido.

En las palabras del señor Fernando percibo un intento desesperado de apiadarse de la memoria de mis abuelos y durante unos segundos permanece callado, como si necesitase fuerzas para continuar.

—Mi padre me contó que tu abuelo Luis salvó el pellejo por influencia de tu abuelo materno, que al parecer hizo que lo sacaran de la cárcel. ¿Tampoco sabías eso?

—Sí. Eso sí.

—De no ser por él, tu abuelo Luis no lo habría contado y lo hubiesen matado lo mismo que mataron a muchos otros como Manuel Hermo Vidal, que era teniente de alcalde en la República. Sí, tu abuelo madrileño protegió a don Luis.

—¿Y qué opinión tiene de mi madre?

—No sabría decirte. No la conocía mucho. Tu madre no era muy de salir. La recuerdo casi de niña, cuando venía en verano. Los chicos estábamos locos por ella. Era muy hermosa y todo el mundo sabía lo poderosa que era su familia en Madrid. Tu madre tenía mal genio y era un poco…

—¿Soberbia?

—Digamos estirada. Nosotros para ella éramos un hatajo de pueblerinos, y puede que tuviese razón, pero eso nunca la ayudó a integrarse en O Caramiñal. Ella se relacionaba con la gente del casino y se arrimaba mucho a los hijos de los Duques de Sevilla, que también venían a pasar los veranos aquí. Aun así, de joven se encaprichó de tu padre y los padres no fueron capaces de quitarle de la cabeza la deshonra de haberse enamorado del hijo de un republicano. También es verdad que tu padre era atractivo y llamaba mucho la atención. Las chicas siempre le rondaban y estaban locas por él. Pero él era tímido y no gustaba de las fiestas. Lo suyo eran los libros. La imagen que guardo de él es la de estar siempre con una novela en la mano. Está claro que fue tu madre quien lo empujó a casarse. De eso no me cabe la menor duda.

—¿Usted cree que era un matrimonio bien avenido?

El señor Fernando se incorpora un poco para coger el vaso de agua y aclararse una voz que parece cristal a punto de escachar.

—Hombre, del interior de tu casa sabrás tú más que yo. De puertas afuera, era un matrimonio como cualquier otro. Tu padre ya sabes que era hombre serio y poco expresivo. Y tu madre una mujer muy religiosa y de carácter más bien seco. Supongo que se querían a su manera. No lo sé. Yo nunca los vi discutir.

Mis preguntas, tan personales, ponen en el rostro del señor Fernando una expresión de contrariedad y se abre un silencio torpe entre los dos. Debe de estar pensando en el absurdo que supone que yo, testigo cierto de la intimidad de mi casa, le pregunte por la relación de mis padres. Pero me interesa su mirada e insisto ahora con las palabras en busca de su voluntad confidente.

—¿Mi padre nunca le hablaba de ella?

—Pues no. Yo tampoco le hablaba de Aurora. No sé por qué lo preguntas. Nuestras conversaciones eran de lo más normal. Que si el tiempo, que si la política, que si el

mar… Algunas veces jugábamos al ajedrez. Tampoco vayas a pensar que éramos amigos íntimos. Las charlas corrientes entre dos personas que se llevan bien y se conocen desde hace un montón de tiempo. Nada más.

Una hostilidad sorda, como de animal acorralado, se apodera de él y noto algo roto en su voz. Tal vez sea uno de los muchos efectos de la medicación. Por eso, temeroso de que la enfermedad aborte nuestra conversación, cojo la fotografía de carné de mi cartera y la pongo ante sus ojos.

—¿Quién es esta mujer?

Con gesto arrugado por la presbicia, coge la fotografía de mi mano y la aparta con el brazo lo más lejos posible de sus ojos.

—Aurora, tráeme las gafas de cerca.

Su mujer aparece enseguida con un estuche azul y espera a que él se coloque las gafas sobre su nariz pronunciada.

—Es la primera vez que la veo. Aurora, mírala tú, a ver si la conoces.

—No. ¿Quién es?

—No lo sé. Apareció dentro de un libro en casa. Pensé que podrían saber algo de ella. Puede que no tenga la más mínima importancia.

Cae sobre mí el peso de sus miradas y me alegro de no haber comenzado por la fotografía de papá en París. Con certeza, ellos aún se sentirían más desconcertados de lo que yo me sentí. No tiene ningún sentido hacerlos partícipes de mis pensamientos y menos todavía de las intimidades de mi familia. Lo que sí quiero es aprovechar la ocasión para mostrarles las instantáneas en blanco y negro que encontré escondidas en casa. Así que abro la carpeta y pongo los dos mazos sobre la mesa como si estuviese haciendo el reparto de una baraja. La señora Aurora se sienta en el brazo del sofá y contempla las de las mujeres. El señor Fernando estudia las de los hombres. Y enseguida veo que un líquido de nostalgia se instala en sus ojos y se ponen a hablar con una voz que viene de muy lejos.

—Estas mujeres son todas de O Caramiñal —una expresión de entusiasmo se acentúa en el rostro de la señora Aurora, que se acerca un poco más a su marido para compartir su hallazgo—. Mira, Fernando, María do Forno y Concha do Areal. Pobres,

ya hace tiempo que se murieron. Estas son las de los Noé. Esta es Herminia da Covecha y su hija, ¿cómo se llama?

—Susa.

—Eso es, qué tonta, la que se casó en Palmeira. ¿Y las tuyas de quiénes son?

El señor Fernando se incorpora un poco en el sofá para ver todas las imágenes y compara los dos mazos sin poder ocultar los latigazos que el párkinson descarga sobre sus gestos. La mano derecha, en la que tiene algunas fotografías, produce movimientos eléctricos como si estuviese a punto de darle una bofetada a alguien. Su voz, en cambio, tiene ahora una firmeza detonante.

—¡Son parientes!

—¿Parientes de quién? —pregunto con la confusión pegada a mis labios.

—De ellas.

Sigo sin comprender muy bien qué me está diciendo. Es la señora Aurora quien aclara las palabras de su marido.

—Todas coinciden. Son familias por separado. Los hombres a un lado y las mujeres al otro.

—Pues no entiendo nada.

—Las fotografías tienen que ser de la guerra —explica el señor Fernando, con un temblor cada vez más exagerado—. Después, imposible, porque la mayoría de ellos cayeron muertos en ella y los que salvaron el pellejo murieron en el extranjero. Estos son los Noé, Xosé y su hermano Balbino. Al poco de comenzar la guerra se echaron al monte. Este de aquí parece Venancio da Portela. No sé quién dijo que lo había visto en México y que ya no era el revolucionario de entonces, porque se había casado con una mujer muy rica. Estuvo aquí con su familia hace cinco o seis años e incluso comió en nuestro restaurante. Los otros que aparecen en las fotografías ya han muerto todos. Este es Vidal de Lesón, un comunista que se daba maña con el acordeón. Lo mataron durante el Nazareno, al pie del río Pedras en Aldeavella, y lo dejaron colgado de un aliso con la cabeza metida en el fuelle del instrumento. Este otro es Servando, un socialista que vivía en una casa cerca del Camiño dos Burros, este es Xosé da María, que

dicen que murió en Auschwitz… Sí, son los hombres de las familias. Padres, maridos, hermanos e hijos de esas mujeres.

—No entiendo qué hacía todo esto en nuestra casa.

—Tus abuelos vendían productos fotográficos —apunta el señor Fernando con aire pensativo.

—¡Las fotos de los hombres estaban escondidas en un cajón cerrado! También resulta extraño que las personas que aparecen en ellas tuviesen cámara. ¿No cree?

Su silencio reafirma mis palabras y hace que mis dudas se conviertan en las suyas.

—Quizá esta es la prueba de que tu abuelo Luis ayudó a esta gente —aventura el señor Fernando y concuerdo totalmente con él, pero ¿por qué papá no se deshizo de ellas? Algún valor debían de tener para guardarlas él durante tanto tiempo. Durante unos segundos acaricio la idea de que algo, no sé si relacionado con la culpa o con un orgullo secreto, animó a mi padre a conservar esas fotografías como una prueba consanguínea de dignidad y audacia, un compromiso al que él no supo hacer frente tal vez por cobardía o pusilanimidad. A pesar de todo, desconozco el significado último de las fotografías, de todas esas poses rígidas que conforman un registro cotidiano, tan extraño para la época, como si hubiese una urgencia latente por fijar esos instantes familiares. No lo sé. ¿Y quién fue el autor de las imágenes? ¿El abuelo Luis? ¿La abuela Marta? Las preguntas bullen en mi cabeza con intensidad mientras reparo en la perspectiva poco grata e inminente de ver que la enfermedad ya comienza a entorpecer una parte importante del cuerpo del señor Fernando, que tiene el rostro desencajado y no puede disimular esa atrofia muscular. Así, añado a la compasión la disculpa de que es tarde y recojo las fotografías, no sin antes alzar la pregunta de si todavía vive alguna de las personas que aparecen en ellas.

—La mayoría han muerto. Xosé Noé todavía debe de vivir en Venezuela. Vino a A Pobra no hace mucho. Llegó a tener mucha fama hace unos años. Era un ex comunista que incluso llegó a ser comandante de la marina republicana. ¿Nunca has oído hablar del comandante Sotomayor?

—¿El del secuestro del buque portugués Santa María?

—Sí. Ese mismo.

—Tengo su libro en casa.

Mi sorpresa es monumental. No tenía ni idea de que ese hombre pudiera tener alguna relación con mi familia.

—Los demás debieron de morir en la sierra, en el extranjero o en el campo de O Pozo —confirma el señor Fernando con una voz totalmente estremecida.

—¿Un campo de concentración?

—Sí. Allí metieron a mucha gente, sobre todo, de Cataluña.

—¿Y dónde estaba?

—En la playa, justo en la desembocadura del río Pedras. El lugar era una conservera de sardina y pulpo que pertenecía a los Montenegro. En aquella fábrica trabajó un tío mío y siempre se jactaba de las conservas de etiqueta dorada que elaboraban y entre las que destacaban las truchas al vino blanco. Sí, allí hubo un campo y es cosa sabida lo bien que se portó la gente de A Pobra con los presos. Hace más o menos dos años vino un matrimonio catalán preguntando por Antonia da Panchiña. Él era un hombre que había estado preso y enfermo en el campo, y Antonia, que entonces era una muchachita, le mandaba paquetes con ropa limpia y algo de comida. El hombre le estaba tan agradecido que incluso la invitó unos días a su casa de Barcelona y le regaló los pendientes de oro de su madre —la voz del señor Fernando tiembla de emoción y los ojos se le cubren de un líquido amarillo—. Sí, los vecinos de A Pobra supieron estar a la altura y fueron muchas las casas de las que salieron pan de maíz y tocino con destino al campo de O Pozo. Alguno de aquellos presos se casó aquí. Si quiere puede hablar con Manolo Catalán.

—¿Y esas dos niñas de la foto que están desgranando una mazorca?

—Esas sí —mete baza la señora Aurora—. Una es Susa y vive en Palmeira. La otra debe de ser una prima suya. ¿Cómo se llamaba?

—Mucha.

—Cierto. Se fue a los Estados Unidos, pero no sé si todavía estará viva. De cualquier modo, si pregunta en Palmeira por Susa de Herminia no tendrá problemas.

Me despido con la promesa de una nueva visita y contemplo la tristeza inmensa en el rostro rígido del señor Fernando, que no es capaz de levantarse para acompañarme a la puerta y ya solo gesticula con su brazo derecho algo que pretende ser un saludo.

Le doy también un abrazo triste a la señora Aurora, salgo de la casa y compruebo que el hijo juega con el perro bajo la vieja higuera, mientras la luz última de la tarde posa un fulgor de cobre sobre la ría, un coágulo de sangre que fija en la falda de la sierra una aureola roja.

XX

Bernie está en el sofá, ligeramente inclinado sobre la mesa, como dispuesto para una carrera. Ha vuelto a cambiarse de ropa y se ha abrochado la camisa blanca hasta el último botón. Todo le queda tan holgado que parece un espantapájaros. Percibo en su rostro un punto de tensión, producido por las fotografías del campo que descansan sobre la mesa. Esas imágenes lo han asomado al abismo de lo más oscuro de su pasado y han devuelto el odio a su mirada. Y aunque han transcurrido algunas horas desde mi confesión, en su silencio hay algo agresivo que me hace temer por su salud. Bernie está lejos, muy lejos. Noto su ausencia en su gesto concentrado.

—No es necesario que vengas. Puede que tarde en atenderme y tengas que esperar mucho tiempo.

—No tengo nada mejor que hacer. Esperaré abajo.

Mi insistencia no puede con su determinación y desisto de convencerlo. En el fondo me alegro de que me acompañe. El odio nos acerca. Él es tan acreedor de la venganza como yo. Su presencia escolta de algún modo mis pasos, quizá, precipitados.

—¿Has pensado bien en lo que vas a hacer?

—Sí. La estrategia es sencilla. Dejaré que me empaste la muela e intentaré ser convincente. He estado leyendo esta tarde.

—¿Leyendo?

—Sí. Panfletos filoalemanes.

—¿Para qué?

—Para ganarme su confianza.

—Creo que estás haciéndote demasiadas ilusiones. Ese hombre es un tipo muy peligroso y tú aspiras a jugar con él.

Bernie empuña las fotografías del campo para apoyar sus palabras. Percibo en él cierta desazón, un temor calculado que supongo al cuidado de mi integridad. Conociéndolo como creo que lo conozco, estoy seguro de que Bernie estaría mucho más

tranquilo si fuese precisamente él quien tuviese consulta con el dentista. Me halaga su preocupación.

—¿Vamos a pie?

—No. Llevaremos tu pez rosa. Esperarás abajo y lo seguiremos para ver dónde tiene su guarida. Después obraremos con tiento. Por el momento, lo importante es confirmar su identidad.

—¿Y no sería mejor que contratásemos a un detective privado?

—Primero lo intentaremos nosotros. Supongo que a esas horas yo seré uno de los últimos pacientes. No creo que tengamos que esperar mucho.

—¿Y cómo sabremos por dónde sale? El aparcamiento de este edificio debe de tener varias salidas.

—El otro día entró en el edificio andando.

La resignación hace llevarse a Bernie las manos a la cabeza y me mira con una ternura derrotada, una expresión bovina que, por un momento, me traslada a la guerra, al mismo día en que un alemán, acorralado en una vieja escuela, se defiende de nosotros con agónica violencia y dispara indiscriminadamente sobre el grueso de la compañía hasta que una de las balas perdidas se incrusta en la pierna del soldado Bernie White. Recuerdo que después de que el médico le extraiga la bala y lo anestesie con un buen trago de alcohol, Bernie me confiesa su vida y me habla por primera vez de su familia con una blanda melancolía que no es más que un sucedáneo de su patria, de aquellas tierras de Alabama que él abandonó poco antes de la guerra. Con un desmedido temor a perder la vida, esas confidencias, que tienen algo de últimas voluntades, sirven para poner las primeras bases de una amistad inexpugnable.

—¿Has visto la hora?

—Sí. Tenemos que irnos. Coge una chaqueta del armario. ¿A qué hora tienes que tomar la medicación?

—Después de cenar.

—Llévatela por si nos retrasamos. Ya le he dicho a Luisa que no prepare cena. Tomaremos algo por ahí.

Subo a mi cuarto y entro en el baño para lavarme el sudor de las manos y borrar la tensión de mi rostro. Cuando me veo solo ante el espejo, siento removerse dentro de mí la ansiedad o algo muy semejante al miedo. El odio, que no hace mucho era voluptuoso y tenía un punto de sugestión, ahora, con la proximidad de la cita y la inquietud de Bernie, se ha convertido en una carga muy pesada y busco en el contacto frío de la pistola un asidero para mis nervios. No me reconozco en la imagen y esa extrañeza me asusta más aún. Es como si un ser ajeno y animal hubiese surgido de mi interior con la única intención de avergonzarme en ese gesto tan fanfarrón de empuñar la pistola. La estampa vuelve a tener algo de ridícula.

De repente, justo cuando estoy a punto de abandonar el baño, el teléfono suena en toda la casa y es Luisa quien lo descuelga. Desde arriba la oigo hablar en voz baja, como si temiese que el secreto de sus palabras pudiese llegar hasta mí. Es precisamente este sigilo el que arrastra mi curiosidad y me hace bajar al salón. Cuando me ve, Luisa extiende el brazo para ofrecerme el teléfono con una expresión entre resignada y beligerante. Me dice que es Ady y que mañana vendrán a comer.

—¿Cómo va todo, papá?

—Bien.

En su voz sospecho un velado tono de reproche que se confirma en el brillo malicioso de Luisa, su cómplice, su satélite.

—Y Bernie, ¿cómo está?

—Bien. Aquí, a mi lado. ¿Quieres que se ponga?

—No, mañana tendremos tiempo de hablar.

—De acuerdo, hasta mañana.

Las conversaciones con Ady siempre son así, irrelevantemente concisas, pero bajo esa corteza de superficialidad hay un lenguaje oculto que nuestro orgullo ha creado.

—Era Ady. Mañana vendrán a comer. Te envía saludos.

Bernie parece no escuchar mis palabras. Sigue ausente y no deja de dar vueltas alrededor de la mesa sembrada de fotografías. Hay en su rostro una expresión atormentada. Está así desde que le dije lo del dentista.

—¿Nos vamos? Llegarás tarde.

—Apenas hay una milla. Sobra tiempo.

—Te espero en el coche.

Bernie se pone la chaqueta azul de punto, coge las llaves del coche y sale a la calle con una agilidad desconocida. Yo guardo las fotografías en la carpeta y, cuando entro en la cocina para beber un vaso de agua, veo que Luisa está pensativa, con la cabeza apoyada en las palmas de las manos.

—¿Le ocurre algo?

—No, estoy pensando. No sé qué comida preparar mañana.

—Ady come de todo. A ella le encantan sus asados.

—Sí, pero al señor White esa comida no le hará mucho bien. Además está el tema de la sal.

—No se preocupe. Bernie sobrevivirá a su comida. No le dé más vueltas.

Antes de salir de casa, el motor del Chevrolet hace temblar alguno de los cristales del salón y pienso que ese estremecimiento está provocado por el corazón acelerado de Bernie. No entiendo la repentina gravedad de sus gestos. Debería ser yo quien actuase así. Sin embargo, mantengo la calma e incluso estoy menos nervioso que hace dos días, cuando fui a la consulta por primera vez.

—¡Date prisa, Bob! ¡Vas a llegar tarde!

—Tranquilo. Tenemos tiempo.

Bernie arranca bruscamente y por un momento pienso que el coche no aguantará la violencia de sus acelerones y nos dejará tirados en medio de la avenida, pero al final consigue estabilizar la conducción y llegamos al semáforo de Church Avenue, que está ante la barbería italiana, justo en el mismo lugar donde se produjo el accidente que lo desencadenó todo. Observo el interior y veo que Stephano está de espaldas atendiendo a un cliente.

—Pítale.

Bernie obedece y el sonido ahogado de la bocina convoca la atención de todo el mundo, a excepción del barbero. Bernie insiste de nuevo y, por fin, Stephano se gira y levanta la navaja de afeitar en un gesto que, más que un saludo, parece una amenaza. A esta impresión ayuda también la blancura agresiva de su dentadura postiza.

Cuando se abre el semáforo, enfilamos por Rogers Avenue y seguimos hasta Sullivan Street, donde giramos en dirección a Bedford Avenue, y no tardamos en ver el último sol de la tarde proyectando la altura del edificio que se alza, como una ofensa, sobre el mítico solar de los Brooklyn Dodgers.

Bernie aparca el coche junto a la farmacia. Oscurecerá pronto, y en el aire ya se percibe el aliento fresco del anochecer.

—¿Y si subo contigo?

—No digas tonterías. Ya no soy un niño. Espera en el banco o tómate algo en aquella cafetería. Ten.

Le dejo unos cuantos dólares y Bernie los coge con gesto indeciso, como si temiera quemarse con los billetes.

—Ten cuidado con lo que haces.

Su advertencia despierta en mí la sospecha de que él sabe que llevo la pistola y esa media docena de fotografías que quizá sean algo más disuasorio que la propia arma. Y con esa sensación entro en el edificio y olvido a Bernie y sus miedos. Ahora crece en mi interior un vértigo vicioso que se refleja en el espejo del ascensor y me empuja hacia la puerta de la clínica. Antes de pulsar el timbre, mi mano derecha busca el contacto de la pistola y con la izquierda me toco el entrecejo, como si en ese punto estimulase mi estrategia.

Faltan cinco minutos para las ocho. Llego a tiempo. La mujer del dentista no tarda en abrirme la puerta y me recibe con una sonrisa forzada, comercial.

—Es usted puntual, señor Weston. El doctor le atenderá enseguida.

Entro en la sala de espera y me alegro de que no haya nadie. Nunca se sabe qué puede pasar. El riesgo de utilizar la pistola no deja de ser una posibilidad, y si algo me arrastrase a ello, resulta cuando menos tranquilizador saber que no hay testigos. Lo que está claro es que, llegado este punto, tendría que matarlos a los dos. Y no creo que me

faltase valor, porque ella tiene que conocer el pasado de su marido y, por lo tanto, es cómplice necesaria de su maldad.

Nunca he matado a nadie. Lo más parecido a eso fueron las fotografías que me obligaron a hacer en el frente. En la guerra apenas tuve oportunidad de realizar más disparos que los de la Speed Graphics o los de mi Leica personal. Mi cometido era registrar físicamente los avances de la compañía e inmortalizar la derrota de las víctimas.
A veces, en el fragor de algunas escaramuzas, envidiaba a los soldados que disparaban con una euforia muy semejante a la de un juego infantil y tenía la misma sensación del muchacho virgen con el que todos se meten porque es el único que aún no se ha acostado con una mujer.

Bernie sí sufrió esa experiencia y solo me habló de ella en un par de ocasiones. No se me olvida cómo la angustia concentraba en sus palabras la culpa, el horror de comprobar que la víctima, sí, era un soldado alemán, aunque con el aspecto de un niño. Al parecer, fueron muchas las noches en las que Bernie se despertaba con el rostro angelical de este muchacho alemán al que la sangre le coagulaba la sonrisa. Puedo imaginar su tortura e incluso sospechar su dolor, pero me es imposible conceder el mismo rango a quien da muerte a un soldado empujado a la batalla por edad de alistamiento, que a alguien responsable de miles de muertos, uno de los mayores criminales de la guerra, un ser que se recreó con el dolor ajeno. No, la muerte no es la misma y la culpa no se puede igualar a la de quien se ve abocado a disparar para salvar la propia vida. El dentista, a buen seguro, no tendrá ningún remordimiento. La culpa no atormenta a los verdugos, sino a las víctimas.

Aun así, la proximidad del alemán hace que también me asalte la duda. ¿Y si estoy equivocado y la cicatriz y el parecido no son más que una simple coincidencia? La probabilidad de caer en un error no deja de intimidarme. Prefiero pensar que es él y me concentro en mi estrategia, en la cual la improvisación tiene un papel fundamental.

De repente, el rumor sordo de unas voces en el pasillo, tal vez del último paciente, que se marcha, eriza todos los nervios de mi estómago y me hace sentir de nuevo un sudor frío en la frente. Necesito un buen trago de whisky y mastico ese deseo mientras espero con inquietud la llegada de la mujer de nariz ganchuda.

—Señor Weston. Acompáñeme.

Aunque ya conozco el camino, me dejo guiar como el reo al que van a fusilar y entro en la sala intimidado por la presencia del dentista, quien, de espaldas, está limpiando

algo. Cuando se da la vuelta, compruebo que es él, el mismo alemán de la barbería de Stephano. Me muerdo un poco los labios, como intentando componer otra cara. Tengo miedo de que me reconozca.

—¿Cómo estamos, señor Weston?

—Bien.

—Encantado de conocerlo. Póngase cómodo.

No sé si es que estoy sugestionado, pero en cuanto veo su rostro siento la sacudida de un fuerte escalofrío. Su mirada parece ocultar un infierno y el costurón que tiembla sobre su labio superior es como una sierra que impresiona.

—¿Es usted alemán?

—Sí.

Clavo en él mis ojos casi con violencia y aprovecho la luz para convencerme de que este hombre, que oculta su depravación en una cruel amabilidad, es el mismo sacamuelas del campo de concentración. Aparte de la cicatriz antigua, me fijo en el corte que Stephano le dio en el mentón y pienso que la cosa no era para tanto. Quizá la incisión le recordó el origen doloroso de esa otra herida más honda.

—Me encanta Alemania.

—¿La conoce?

—Sí, estuve allí hace algún tiempo —contesto—. El mundo no ha sido justo con ella ni con su pueblo.

Me asusto de mi propio cinismo y sufro el silencio atento del dentista, que me mira un poco sorprendido, como si estuviese calculando el alcance de mi comentario, pero yo ya estoy lanzado y la excitación no frena la avalancha de palabras que, como una oscura trampa, he estado meditando en casa.

—A Alemania le hicieron pagar un precio excesivo en las dos guerras mundiales. Y nunca un pueblo ha alcanzado metas tan grandes. Eso sí, sabrá reponerse. ¿No cree usted que se ha exagerado mucho con lo de los judíos?

—Abra la boca.

Como el dentista no contesta a mi grave insinuación, comienzo a dudar de mi estrategia y me quema el bochorno, sobre todo cuando el alemán no secunda mis comentarios antisemitas y dirige el brazo portátil para iluminar el interior de mi boca. A estas alturas me siento desnudo, a la intemperie, con la sensación de que él está viendo la raíz honda de mi mentira. Es una situación incómoda, tensa.

—Bien. Esta es la muela. Tiene usted una buena dentadura. Esto llevará poco tiempo.

Sus palabras son como una evasiva que me hace enmudecer. No sé qué decir y me atormento ante un posible error. ¿Y si este no es el dentista nazi del retrato? El miedo y la desconfianza hacen que mi actitud sea patética y no dejo de pensar en la razón que tenía Bernie en eso de que contratásemos a un detective privado. Pero ahora estoy aquí, en este sillón de cuero, con el cuerpo encendido, a punto de derretirme como mantequilla.

—Aunque nací en Alemania, mis padres se trasladaron a Argentina mucho antes de la guerra y todo lo que sucedió allí lo sé de oídas. Tuve la suerte de no vivir esos años dramáticos para el mundo.

Sus palabras remueven mi vergüenza y cierro los ojos mientras él manipula mi boca con delicada profesionalidad. "Dramáticos para el mundo" es una frase que, aparte de dejar clara su postura ante la guerra, suena a reproche y afianza aún más el remordimiento en mi cabeza. Un nazi nunca diría eso ni siquiera para mentir. ¿Cómo he podido ser tan temerario?

—¿No nos conocemos de algo? —me pregunta el dentista alejándose un poco de mi boca para poder ver bien mi rostro. Yo intento disimular.

—No lo sé. Su cara también me tiene un aire conocido. Hemos debido de coincidir en alguna parte.

—Ahora que caigo, creo que nos vimos anteayer.

—¿Dónde? —finjo.

—En la barbería italiana.

—Es verdad. Sí, usted era el cliente que Stephano estaba atendiendo cuando se produjo el accidente.

—Quizá reaccioné bruscamente. Al principio pensé que el corte era más profundo. Me asusté un poco. ¿No cree?

—Stephano se está haciendo viejo.

Me duele su mirada aguda y me gustaría que mi rostro se borrase para siempre de su cabeza. Aun así, mi inconsciencia escupe una pregunta de la que me arrepiento en el mismo instante de hacerla.

—¿Vive usted por aquí?

—No muy lejos —contesta el dentista con tono evasivo.

Mi desazón es cada vez mayor. ¡Qué ridículo! Preguntarle ahora, a bocajarro, dónde vive, justo después de haberle confesado mi admiración nazi para ganarme su confianza. Estoy en una situación grotesca y sería el hombre más feliz del mundo si en este instante me tragase la tierra. ¿Por qué diablos seré tan estúpido? No veo el momento de marcharme de aquí. Solo me tranquiliza el hecho de haberle dejado la dirección de Bernie a la mujer de nariz ganchuda y ojos de pollo.

Así, avergonzado, me quedo callado durante los últimos minutos de la intervención, en un silencio pesado como una losa.

Cuando me levanto, tengo la sensación narcótica de abandonar la mesa de un quirófano.

El alemán, amable y prudente, me da la mano y castiga mi actitud canalla con una sonrisa alevosa, distante, que para mí es como una bofetada en el rostro.

Mientras camino por el pasillo y le pago a la mujer, busco en mi interior algún motivo que anule la impresión de haberme equivocado y apenas encuentro la confirmación de mi error y el tímido recelo de su fuerte fonética alemana, un poco exagerada para haber sido criado desde niño en un país de habla hispana. Pero a lo mejor la lengua alemana continuó siendo hablada dentro de su casa y ese balbuceo áspero es una herencia que perdura de su infancia. No lo sé. Abandono la clínica decepcionado y con la sensación de haber metido la pata. Deseaba presenciar algún tipo de humillación y el humillado he terminado por ser yo.

Ya en la calle, ansío el aire fresco de la noche en la creencia de que su aliento puede borrar esta especie de costra sucia que me acompaña. Bernie está de pie, apoyado en la pared de la farmacia. Un cigarrillo le tiembla en los labios. Su mirada es rabiosa.

—¿Es él?

—Creo que no.

—¿Estás seguro?

—Casi sí.

Su ansiedad ahora me resulta exagerada e infantil y le recuerdo que el vicio del tabaco le está proscrito. Pero él no atiende mis consejos e insiste con las preguntas.

—¿Qué te hace creer que te has equivocado?

—No respondió a mis insinuaciones antisemitas. Además, me ha confesado que sus padres emigraron a Argentina antes de la guerra. Él creció en Buenos Aires. Vivió allí desde que era prácticamente un niño.

—¿En Buenos Aires, precisamente?

—¿Por qué dices eso?

—Perón siempre fue un gran admirador del fascismo europeo y acogió a un buen número de oficiales de Hitler. En Argentina está el mayor depósito de nazis.

La convicción de Bernie hace que recupere parte de mi interés y me deje vencer por la euforia de sus palabras.

—Esperaremos en el coche.

Durante casi media hora aguardamos dentro del Chevrolet hasta que el dentista y la mujer salen del portal cogidos de la mano. Ese gesto tan familiar y entrañable es una nueva eximente para su culpabilidad. No creo posible que un criminal sobre el que pesan miles de muertos sea capaz de exhibir de esa forma tan desprendida todo su amor. Me giro violentamente para que no puedan verme y le guiño un ojo a Bernie, que enseguida repara en ellos y fija en su mirada la rabia del acecho. Esperamos un poco a que entren en Montgomery Street para bajarnos del coche y seguirlos a pie, a una distancia prudencial, ocultos entre las luces de la ciudad que absorben la noche y el aire, que se ha vuelto frío. Ver a este alemán, a este posible criminal tan cariñoso con su mujer, hace que me pregunte qué pensarían las víctimas del campo si lo viesen ahora. No darían crédito. Seguro.

Cuando el matrimonio entra en Nostrand Avenue, un temblor me recorre todo el cuerpo porque mi casa no está a muchas manzanas de aquí. Pensar en la posibilidad de que el criminal tenga su residencia en el barrio y esté viviendo tan cerca de mí, a saber desde cuándo, me resulta bastante desagradable. Y mientras barajo esta circunstancia, Bernie me agarra para que me esté quieto, porque, de repente, el dentista acaba de meter la mano en el bolsillo de su chaqueta. Saca un manojo de llaves y el ruido llega a nosotros como el fragor de un sonajero.

Con la respiración contenida, escondidos detrás de un coche, vigilamos sus pasos cada vez más lentos y comprobamos que giran por Fenimore Street y no tardan en detenerse ante una casa de dos pisos. Y justo en el instante en el que suben las escaleras, noto la alegría depredadora de Bernie y la rabia que contienen sus palabras:

—Ahí está el nido de la serpiente.

XXI

Catherine levanta la vista del libro que la tiene absorta y contempla el sol barriendo las primeras sombras en el horizonte de cedros y hayas. Entrevé en el placer próximo de la mañana una huida. No puede con su alma. Está agotada. El doctor Rosenfield dispuso una vigilancia intensiva sobre la enferma y a ella le ha tocado el turno de noche. Pero la señora Mulisch lleva casi un día entero durmiendo y todavía no ha despertado de su sueño pesado e inducido.

Catherine introduce un pétalo entre las páginas de la novela y se incorpora. El hambre le ha puesto el mismo vértigo en el estómago que cuando está a punto de hacer el amor. Es una sensación muy semejante que desaparece bien con la ingesta de alimentos, bien con la penetración. Nunca se lo ha dicho a Michael ni a su ginecólogo. Les parecería una estupidez o, en el caso de su novio, una provocación. El hecho es que, la mayor parte de las veces, va con hambre al amor para reforzar el placer, y procura suscitar sus encuentros antes de las comidas, cuando le ruge el estómago. Algún día tendrá que decírselo. O no. Soy tan rara, piensa Catherine mientras abre la ventana no solo para airear un poco el ambiente cargado del cuarto sino también para hacer ruido a propósito con la esperanza de que la señora Mulisch abra por fin los ojos y así ella pueda avisar al doctor Rosenfield, que está interesado en su despertar. Le falta menos de una hora para terminar su turno y, después de tanta vigilia, Catherine teme perder la reacción de esta enferma que entró en el hospital hace poco más de un año y se ha convertido para el doctor Rosenfield en una especie de desafío. Catherine no ha visto su historial, pero recuerda los motivos del ingreso, ocurrido en pleno invierno, cuando la nieve estaba a punto de borrar la ciudad. Fue un joyero judío quien la encontró delante de su negocio. Estaba desnuda y le castañeteaban los dientes. Tenía la cabeza apoyada sobre las rodillas y el delirio febril de aquellas palabras que parecían una canción. A Catherine todo esto se lo contó el señor Mulisch, un día que estaba en el cuarto mientras ella le daba la medicación a la enferma. Supo esa tarde de la angustia del señor Mulisch, atormentado por la desaparición de su mujer, de esos dos días interminables en los que debió de pasar de todo por su cabeza, la denuncia ante un policía que masticaba en silencio la posibilidad de que la mujer se hubiese cansado de él y lo hubiese abandonado por otro, y, finalmente, aquella llamada del inspector que le daba la buena noticia de que había aparecido su esposa, una alegría que duró lo que tardó en llegar hasta la comisaría del distrito y pudo verla allí, con la razón completamente perdida, murmurando la maldita canción. A Catherine se le encogía el pecho mientras escuchaba en la voz derrotada del señor Mulisch los caminos que él abrió para buscar su curación, la visita a los mejores neurólogos y psiquiatras quienes, después de estudiar su extraño caso, le aconsejaron que depositase todas sus esperanzas en el doctor Thomas

Rosenfield, que asumió el caso con interés clínico. Lo que al principio podría parecer un evidente delito de violación, con un posterior trauma que ofrecía una respuesta de pérdida absoluta de memoria, se reveló algo mucho más enrevesado. Catherine sabe que lo de la violación quedó desechado con el reconocimiento ginecológico y en el hospital siempre aventuraron tesis sobre el motivo dramático de su trastorno. Al misterio de la pérdida se añadía esa canción que era como un hilo sobre el que sostenía su vida y del que acababa de tirar la nueva limpiadora. Al parecer no había nada orgánico en su cerebro. Ni en el escáner ni en el electroencefalograma aparecía ningún tipo de lesión, por lo que el doctor Rosenfield quedó sin más diagnóstico que el del estrés postraumático, un campo abierto que él estaba estudiando y para el que no había un tratamiento específico.

Catherine espía el rostro de la enferma y es capaz de ver tras las arrugas una belleza callada. Siente lástima por ella y, sobre todo, por el señor Mulisch, que viene todas las semanas para estar junto a ella y abrazar su desamparo. Al principio, él se presentaba casi todos los días, le acariciaba la frente con una infinita ternura y le hablaba de los amigos, de lo mucho que la extrañaban en casa, pero la rutina de la enfermedad y su estancamiento debieron de sumirlo en una depresión y comenzó a demorar sus visitas. Ahora solo viene los sábados.

Catherine toca el brazo de la enferma con la yema del índice, recorre sus hombros y acto seguido, el dibujo de su mentón. En sus labios gruesos adivina una expresión de ansiedad. Escucha su respiración lenta y ve moverse el pecho en el escote de su camisón blanco. Ahora le acaricia las mejillas y, de repente, la señora Mulisch arranca de los sueños una mirada ausente, mineral, que se clava en la suya como un hierro candente y se adelanta a una voz trémula y desorientada.

—¿Ya ha venido él?

Catherine reacciona atropelladamente y se pone a correr camino del despacho del doctor Rosenfield, que todavía no ha llegado. Más nerviosa por el susto que por la responsabilidad, coge el teléfono y llama a su casa, tal como él había indicado. Un minuto después, la señora Rosenfield le dice que hace poco que ha salido hacia el hospital. Catherine cuelga enseguida y cuando va de regreso al cuarto, escucha en la entrada el murmullo temprano de voces y se asoma a la barandilla para ver cómo el doctor Rosenfield está a punto de subir las escaleras.

—¡Doctor, venga! La señora Mulisch se ha despertado.

Catherine le espera con impaciencia y lo sigue por el corredor hasta la habitación de la enferma. La señora Mulisch se ha levantado y está de pie frente a la ventana, como si se deleitase con el paisaje. Hay en su rostro un sosiego que inspira optimismo, pero, en cuanto se vuelve hacia el doctor, la cara se le contrae como si augurase la inminencia de un naufragio y lo mira con una carnalidad que precede a una voluptuosa coquetería. Acto seguido, con desconocida agilidad, la señora Mulisch se arranca el camisón blanco y, completamente desnuda, se acuesta en la cama, retorciéndose como una serpiente, gesticulando un enredo erótico que a Catherine se le antoja una ironía brutal. Acostumbrado a las rutinas de la locura, el doctor Rosenfield se acerca a ella para caer en la cuenta de su abismo, y la señora Mulisch aprovecha su proximidad para cogerlo por su cabeza rubia y atraerlo hacia sí.

—Tranquila, tranquila.

Catherine observa la escena con indolente asombro. No da crédito a lo que ve. La feroz rigidez de ese cuerpo culebrea ahora en la cama, exhibiendo la blancura de su belleza tísica en una conducta impúdica, obscena.

—No pasa nada, tranquila.

Tal vez para no arrancarla bruscamente de la realidad frágil que está viviendo, el doctor Rosenfield le ofrece su frente y se deja besar con una paciencia resignada. Catherine se siente por un momento como una intrusa que asiste a una escena de intimidad ajena y hace un simulacro de retroceso, pero el doctor Rosenfield le pide ayuda para vestir a la enferma, que todavía está dando los últimos coletazos de su erotismo insensato y agita la cabeza como si entre las cenizas de su pelo intentase avivar una hoguera. Poco a poco, el doctor Rosenfield consigue frenar su convulsión y le acaricia el rostro como si estuviese evaluando una ruina esplendorosa. La señora Mulisch fija en él sus ojos derrotados y parece consumirse dentro de sí.

—Ya ha pasado, no tiene que preocuparse de nada. Tranquila. Todo irá bien.

Las palabras del doctor Rosenfield anestesian el horror de su mirada y adormecen sus músculos hasta el punto de que en el rostro de la señora Mulisch arraiga el esbozo de algo muy semejante a una sonrisa. La melancólica dulzura con la que el doctor Rosenfield mece a la enferma fija en el estómago de Catherine la intimidad de un escalofrío. No es la única enfermera que se siente atraída por este hombre alto y rubio, que se encuentra en el ecuador de una vida llena de éxito y prestigio. Alguna vez, bajo la respiración ahogada de Michael, Catherine también ha fantaseado con el doctor

Rosenfield. Por eso, ahora, la sensualidad que su voz imprime en los oídos de la señora Mulisch arrastra para Catherine un enorme poder de seducción.

De repente, como un vómito inconsciente, la señora Mulisch deja caer de sus labios una palabra ininteligible que va creciendo su intensidad con la repetición hasta alcanzar el grito. Es una palabra en la que la letra erre suena a desgarradura, al mecanismo de una cremallera rasgando el silencio. A Catherine lo que más le intriga no es solo la furia con que la señora Mulisch mira al doctor Rosenfield, sino también la rigidez de su cuerpo mientras ejecuta la rabia concentrada de esos gritos que, bruscamente, se debilitan y se van alejando hasta convertirse en el murmullo contraído de siempre.

—Dígale a María que venga.

Catherine obedece y va en busca de la limpiadora nueva. La encuentra en el rellano de las escaleras, siempre alegre como unas castañuelas. Es una joven agradable y abierta. Primero con palabras y a continuación a través de gestos, Catherine le explica que el doctor Rosenfield requiere su presencia en el cuarto de la señora Mulisch. A la pobre limpiadora se le borra la sonrisa de la boca.

Cuando entran en la habitación, el doctor Rosenfield le hace una seña a María para que se acerque a la señora Mulisch y le pide que vuelva a cantarle esa composición popular. Rígida como un palo, aplastada por la reincidencia de esta responsabilidad, la limpiadora estudia el momento de engarzar su voz en el murmullo de la enferma y otra vez termina por interpretar una canción que a Catherine le resulta extrañamente hermosa y divertida. Hay algo absurdo en la situación, pero pronto produce los efectos deseados. La señora Mulisch convierte su murmullo en una voz afinada por la emoción y, de repente, se levanta como empujada por un resorte invisible y le lanza una pregunta airada a la limpiadora.

—Y tú, ¿quién eres?

—Yo… Soy yo —la respuesta tautológica de María se alza en el aire como una mariposa alegre. La limpiadora retrocede bruscamente como abatida por la furia de las palabras de la señora Mulisch que, antes de acuclillarse junto a la pared, los mira a los tres con los ojos desorbitados por el asombro. Parece sacudida por un temblor y se abraza a sí misma, temerosa de que le hagan algún daño. Catherine ve al doctor Rosenfield acercarse, con mañas hipnóticas, a la vulnerabilidad fetal de la enferma y consigue derrumbar con un abrazo todo ese muro de pavor.

—Salgan un momento.

Catherine abandona el cuarto con cierto disgusto porque justo en el instante en que cierran la puerta, la señora Mulisch parece haber regresado de un lugar muy lejano.

XXII

Me acerco al local del partido como una delincuente en la estrategia previa a su delito. Hay bastante gente en la puerta y me pregunto cuál de esas mujeres será Mercedes Núñez. Ha llegado hoy mismo y todavía no me ha llamado por teléfono, pero como he pasado estos días por aquí, he podido ver bien claro que la entrada es libre. Esto, y la ansiedad acumulada durante una semana, me han animado a venir. De todos modos, nadie me conoce. Aun así, estoy nerviosa, lanzando miradas furtivas a la puerta, a la espera de que las últimas personas entren en el local. Yo lo hago justo después, no sin cierto apuro, unida a las voces de una sala en la que están dispuestas unas cincuenta sillas. Por suerte, la luz es tenue y nadie parece fijarse en mí. La gente conversa mientras un hombre de bata azul manipula un vídeo y un televisor. Me siento atrás del todo y veo a las dos mujeres que están en el estrado. Una de ellas está firmándole un libro a la mujer de vestido estampado. Deduzco que es Mercedes Núñez. No se parece en nada a la imagen que me había formado de ella. Tiene la frente alta, el pelo cano, severo, vigoroso, y unos grandes ojos claros que le imprimen a su rostro una hermosura antigua y sosegada. Sobre su nariz convexa lleva puestas unas gruesas gafas de pasta para acercar las letras de su dedicatoria, y su mandíbula pronunciada refuerza la impresión de que posee una extraordinaria fortaleza.

La otra mujer, mucho más menuda y arrugada, se pone en pie para hablar, como si temiese que alguien no pudiese oírla, y hace un recio discurso de presentación en el que alza el fervoroso comunismo de la invitada por encima de cualquier otro mérito, como pudieran ser todas sus condecoraciones entre las que destaca la Legión de Honor, el mayor reconocimiento francés al mérito civil, entregada por el propio Charles de Gaulle en 1960. Para esta mujer delgada como un hilo, con un timbre de voz un tanto repelente y aburrido, parece de mucha más relevancia el hecho de que Mercedes Núñez participase en París en el Congreso constituyente del Partido Comunista de Galicia, con otros destacados dirigentes entre los que estaban Carrillo o Líster, que su paso por el horror del Holocausto nazi. La vehemencia militante de la presentadora deriva en toda una serie de mensajes de partido que solapan la biografía de la invitada hasta el punto de que, en ocasiones, olvida que su presencia y su experiencia son las que nos han convocado aquí. Con todo, su perorata partidaria me da a conocer nuevos datos sobre Mercedes Núñez que me impresionan, como el hecho de haber participado en el juicio contra el jefe de la Gestapo en Carcassonne o que su compañero, Medardo Iglesias, al que conoció en un sanatorio después de la liberación, fue un capitán de la guardia de asalto republicana que luchó en la defensa de Madrid.

Cuando termina esta mujer soporífera, una ola de aplausos celebran más su final que su contenido, y el salón se carga de expectación para escuchar a la verdadera protagonista, que agradece las palabras de la compañera y el convite para hablar de su andadura vital. Lo primero que hace es reconocer que su historia no difiere de la de muchos otros que, tras haber sufrido la represión franquista, atravesaron los Pirineos, formaron parte de la Resistencia o vivieron en campos de refugiados hasta que, con la ocupación nazi de Francia, fueron enviados a campos de concentración. En su voz modesta late la cadencia de la persuasión que vuelve devoto nuestro silencio. Y así, con su tono humilde, se pone a hablar brevemente de su llegada tardía a la política, de cuando la detienen en la ciudad de A Coruña, de su paso por las cárceles franquistas, del probable error burocrático que la pone en libertad, de su huida a Francia, de su actividad resistente y demás detalles que ya ha dejado registrados en sus dos libros. Escucho su relato como si fuese la primera vez y advierto en sus palabras la terrible lucidez de alguien que ha contemplado el horror. La suya es una memoria del dolor que quiere evitar que el olvido se convierta en negación y pronuncia en voz alta el nombre y los apellidos de muchos compañeros desaparecidos trágicamente. Cuando su recorrido vital llega a los campos de concentración, se detiene y anuncia que, para descansar de sus palabras, proyectarán la película documental Nuit et Brouillard, de Alain Resnais. Mientras el hombre de la bata azul apaga las luces y concentramos la mirada en la luz de la pantalla, Mercedes Núñez nos explica que lo de noche y niebla está sacado del decreto en el que Hitler hacía mención a aquellos presos destinados a desaparecer.

Aunque estoy demasiado lejos como para poder ver bien, la brutalidad desnuda de las imágenes es elocuente y en la curiosidad ensimismada del público hay un estallido de asombro, un espanto superlativo. La sensación de irrealidad de la película se inscribe en una percepción física, en un vértigo, en el sordo empuje de la repulsión. Son unas imágenes muy duras que remueven la conciencia, que devoran cualquier tipo de lenguaje. Su fatalismo se vuelve una lección, más que de vida, de supervivencia. Pienso en todos los sueños abortados por esa lujuria asesina, esa barbarie que es como una cuchilla clavada en nuestros ojos desarmados y desvío la mirada de la pantalla para buscar, en la oscuridad clandestina, el rostro severo de Mercedes Núñez, que está bebiendo agua y, desde el estrado, observa nuestro estupor, nuestro sentimiento de culpa ante estas imágenes de archivo reforzadas por una voz poderosa.

Al terminar el documental, el hombre de la bata azul enciende la luz. Un silencio consternado invade la sala y no parece que sean precisas las palabras, pero Mercedes Núñez aprovecha nuestra confusión para contarnos su bajada a los infiernos de Sarrebrück y Ravensbrück, y nos aplasta con su relato que se ciñe con fidelidad al libro El carretó dels gossos y se siente afortunada porque ella puede contarlo a pesar de haber perdido muchas más cosas que un pulmón y buena parte de la salud. Insiste de

modo especial en el sufrimiento de los recuentos diarios en el patio del campo, donde formaban en posición de firmes y estaban a la intemperie una o dos horas, a veces incluso doce. Con la voz tomada por una emoción antigua, asegura que con frecuencia veía caer como sacos a algunas compañeras por las que no podía hacer nada si no quería que la moliesen a palos. Cuenta también la historia terrible de una mujer judía a la que ayudaron a ocultar su embarazo hasta que nació el bebé. Le duele recordar cómo el comandante nazi no se apiadó de la criatura y ordenó que la arrojaran a un vagón atestado de cadáveres que esperaban su traslado a los hornos crematorios. Y allí estuvo el niño, cinco días interminables frente a la fábrica en la que trabajaba la madre, que enloqueció al tercer día, cuando ya dejaron de escucharse los llantos de su hijo.

Las palabras de Mercedes Núñez asolan cualquier muro de prevención y nos dejan la advertencia de que en tiempos de guerra el hombre corriente puede convertirse en un peligro cierto. Intento esquivar el mensaje para no tener que reflexionar sobre mi hipotético papel en una época de horror como la que también tuvo que vivir el pueblo alemán, y me apego a la cita ajena con la que Mercedes Núñez regresa del infierno para cerrar su intervención y hacernos partícipes de que ningún horror puede sobre un espíritu libre, frase que me trae la memoria de mi tía Laura y me hace cifrar su desgracia en el instante en el que la van a matar. Tal vez se atrevió con la mirada de sus asesinos y se compadeció de ellos ofreciéndoles una sonrisa triste, ausente de rencor. Quiero pensar que el odio atinó con las balas y no alargó su sufrimiento. No lo sé. En cualquier caso, me sumo a los aplausos que rinden homenaje al dolor superviviente de Mercedes Núñez y también me pongo en pie en claro reconocimiento, más que a su dignidad y a su lucha, al idealismo joven, a la desbordante energía con la que sigue censurando la barbarie. Algunas personas se acercan a ella para darle la mano, como si en este gesto tocasen por un instante el horror artesanal de los campos, y la veterana comunista ofrece el encanto de una sonrisa entrañable, maternal.

La mujer menuda, y un poco aburrida, se vale de la euforia para avisarnos de que los dos libros de la autora los vende el compañero Manuel, que es así como se llama el hombre de la bata azul, y recalca que el dinero de la recaudación será cedido para atender alguno de los gastos de la campaña electoral del partido. La consigna funciona y se forman dos filas, una para adquirir los libros y otra para conseguir la dedicatoria de su autora.

Me quedo un rato en la silla sin saber qué hacer. Ignoro si ahora es buen momento para presentarme. Quizá deba esperar a su llamada telefónica. Así que decido comprar ambos libros y me pongo a la cola como los demás. Cuando le estoy pagando los ejemplares al compañero Manuel, miro de reojo hacia ella, que abandona por un momento la dedicatoria y clava en mí su mirada por encima de las gafas de pasta y se

lleva las manos a las sienes como para concentrarse en mi rostro. Asustada por ese escrutinio, me defiendo con una sonrisa que derrumba la suya y provoca un destello de nostalgia en sus ojos. De repente, envuelve mi nombre en una pregunta que se escucha en toda la sala y me doy cuenta de que acaba de ver en mí a su amiga Laura.

—¿Eres tú?

—Sí.

Se levanta y me estrecha entre sus brazos con una efusión que me ruboriza. Soy consciente de que no es a mí a quien abraza. Está emocionada.

—¡He visto a Laura en tus ojos! ¡Qué bien que hayas venido! Pensaba llamarte esta noche porque en dos días tengo que marcharme. Hubo un cambio de planes y tengo que volver a Galicia. Pero he investigado algo sobre tu tía. ¿Puedes esperar un poco y tomamos un café?

—Claro que sí.

Intrigada por sus palabras, vuelvo a sentarme y me quedo contemplando la expresión amable con la que les pregunta el nombre a los que aguardan para la dedicatoria de los libros. Su presencia tiene todo el aspecto del de una diosa antigua en su trono de mármol.

Después de casi veinte interminables minutos de firma, Mercedes Núñez se disculpa ante la vieja anfitriona y viene hacia mí con el gesto abierto de su sonrisa. Me coge del brazo y salimos a la calle como dos viejas amigas que se encuentran después de mucho tiempo. Entramos en una cafetería y nos sentamos. No deja de acariciarme el pelo y el rostro como si estuviese comprobando un milagro.

—Es increíble. Clavada a ella.

—De niña aún me parecía más.

—Quién sabe cómo sería Laura a tu edad si no la hubiesen asesinado.

Noto otra vez su voz tomada por la emoción y recuerdo la infinidad de veces en las que la abuela Luisa se ponía a llorar ante mí cuando yo apenas era una niña. Ahora entiendo mejor que nunca el desgarro de su dolor umbilical.

—¿Y tu familia?

—Mi familia se reduce a mi padre, que tiene demencia senil. Mi madre murió cuando yo era niña y mis abuelos hace ya algún tiempo que fallecieron.

—Lo siento. ¡Qué lástima! Tu padre era más joven que yo. Lo recuerdo muy bien. Era un chico muy guapo y muy inquieto. Laura nos contaba las travesuras que solía hacer. ¿Y qué fue de tu tío…? ¿Cómo se llamaba?

—Josep.

—Eso es. El pobre andaba pegado a Laura como un perro. Ella siempre estaba preocupada por él, que era un bendito.

—Se ahogó en el mar.

—Pobre. ¿Y no te has casado?

—Estamos en proceso de divorcio. Las cosas no fueron bien.

—¿Tienes hijos?

—No.

—De quererlos, aún eres joven.

—Nunca me he sentido atraída por los niños. Además, ya he pasado de los cuarenta.

—¿Qué me dices?

—El tiempo pasa.

—Nada, mujer, a Pablo lo tuve casi a tu edad y todos los médicos desaconsejaban el embarazo. El pobre precisó de cuidados durante un par de años, pero aquí estamos los dos, vivos y dando guerra.

El camarero aparece providencialmente porque no me gusta hablar de mí y estoy convencida de que Mercedes Núñez ya se ha percatado de ello.

—Barcelona ha cambiado mucho. La veo más sucia y fea. Paso algunas temporadas aquí, pero la contaminación afecta a mi salud, me destroza la voz y prefiero volver a mi refugio entre eucaliptos. Me conviene más Galicia.

—Me gustó mucho la conferencia. Todo un tratado sobre el dolor.

—En el dolor siempre hay verdad.

—Poner mi vida al lado de la suya me hace sentirme un ser diminuto.

—Eran otros tiempos, Diana. Yo también fui criada entre algodones y tardé en darme cuenta de muchas cosas. Si a ti te hubiese tocado vivir en esa época, con certeza, habrías hecho lo mismo. Mira a tu tía. Su caso tiene mucho más mérito que el mío porque pertenecía a una familia franquista mucho más rica que la mía. Es el azar lo que hace que sobrevivamos o no.

—No lo sé. No me imagino superviviente y tampoco sé si sería capaz de soportar un exilio tan largo.

—Por desgracia, uno termina por acostumbrarse a todo. Recuerdo que cuando nos liberaron en el campo lo primero que le pregunté a un soldado americano era si Franco había caído al mismo tiempo que Hitler. Fue una tremenda decepción saber que no había sido así. Con todo, en Francia siempre estábamos con las maletas detrás de la puerta por si cambiaban las cosas, pero el tiempo terminó por echársenos encima. Regresé sola a España en 1966. No las tenía todas conmigo. Me concedieron el pasaporte con la advertencia de que podía estar reclamada por algún juzgado. Solicité un certificado de penales que, curiosamente, estaba en blanco, y regresé a Bergondo, el pueblo gallego de mi padre. Muchos creían que yo había muerto y cuando les contaba lo que me había sucedido no eran capaces de aceptar mi testimonio como algo real.

El camarero nos sirve los cafés. El local, casi lleno, se ha nutrido de simpatizantes comunistas que nos miran con respeto, como si todavía estuviesen afectados por el impacto severo de las imágenes del documental.

Me muero de ganas de fumar y cojo un paquete del bolso para encender un cigarrillo. Después, dejo que ella lea la carta de mi tía y fumo con ansiedad mientras contemplo su reacción. Mercedes Núñez se pone de nuevo las gafas de pasta y parece atónita con la lectura.

—¡Qué bien escribía la condenada! ¡Tenía tanto talento! —Mercedes Núñez se aclara la garganta para barrer el carraspeo de su voz y me devuelve la carta mientras busca algo en su maletín. Es un sobre grande del que saca un retrato a lápiz—. Mira, te traigo una cosa para que la veas. Esta soy yo a la edad de veintidós años. Me la hizo Laura en la biblioteca del Ateneo Enciclopèdic Popular. Dibujaba mucho mejor que yo.

—Era usted muy guapa.

—No te creas, más bien del montón. Quien sí era guapa era ella. Mira esta foto. Nos la hicimos poco antes de la guerra en el Club Femení de Sports. Fíjate bien, tu tía es esta. La muchacha que está a nuestro lado es Finuca Dalmau, una gran artista. Tocaba en la Orquesta Femenina de Barcelona. No hace mucho que se murió.

En la fotografía es fácil advertir la hermosura de mi tía, que aquí viste un jersey a rayas y un pantalón de tiro alto. Parece bastante ma-yor de los quince o dieciséis años que debe de tener. Están las tres cogidas de la mano y al fondo se ve un campo de deporte.

—Estas tres fotografías las hizo ella. La cámara era como una prolongación de su brazo. Le encantaba disparar. Fotografiaba cualquier cosa. Piedras, techos, paredes, pies… Ella decía, lo recuerdo bien, que la belleza estaba en todas partes, incluso en lo vulgar.

Una a una las voy pasando y compruebo que en las tres hay algo espontáneo que les da una conseguida naturalidad. En las dos primeras, Mercedes Núñez está de perfil, ausente, en una pose distraída, sobre un campo de hierba. En la tercera tiene los ojos desorbitados por la sorpresa del disparo y parece como si estuviese a punto de emitir un grito o acabara de ver algo trágico.

—Llevaba mal lo de su dinero. Nunca he conocido a una persona tan generosa. Cada cierto tiempo, le pagaba a gente extraña para que se dejase fotografiar. Una vez le dio diez pesetas a un mendigo. Fíjate bien, ¡diez pesetas! Como comprenderás, el pobre puso toda su alma ante el objetivo. La tomó por una pobre loca y estuvo siguiéndola una temporada. Siempre la esperaba con la mano extendida frente al portal del edificio de la Rambla. Para que te hagas una idea de lo que suponían diez pesetas, te diré que por aquel entonces yo trabajaba de administrativa y ganaba siete pesetas al mes. También es cierto que en vuestra familia había dinero a espuertas y siempre se lo dieron todo
en bandeja. Tu bisabuelo Francesc no veía más que por aquel ojo derecho y le concedía todos los caprichos a la nieta. Laura, con quien las tenía tiesas era con su padre, sobre todo a partir de los catorce o quince años, que fue cuando se rebeló.

—¿En qué consistió esa rebelión?

—Bueno, yo no iba mucho a vuestra casa. Sé que tu abuelo la pilló un día abrazada a un fotógrafo que le doblaba la edad, y los dos, padre e hija, se amenazaron

mutuamente, él con echarla de casa y ella con huir para siempre. Por suerte, la cosa quedó en nada porque el fotógrafo, que estaba casado, tuvo miedo y desapareció de la vida de Laura. También tengo que decir que a tu abuelo no le hacía ninguna gracia que su hija se relacionase conmigo. Piensa que yo era mayor que Laura y ya trabajaba desde los dieciséis años. No lo sé. No lo tomes a mal, pero tus abuelos eran bastante clasistas y la hija de un joyero podía ser una mala influencia para su hija.

—Conozco bien a mi familia.

—A tu tía le aburría el mundo que habían preparado para ella. Y su primera rebeldía consistió en dejar de ir a misa, leer muchos libros y conocer otro tipo de personas, entre las que había socialistas, anarquistas y comunistas. Eso debió de ser lo más duro para tu abuelo. La última vez que estuve con ella fue en la primavera de 1936.

—¿Estaba afiliada a algún partido?

—No. Era un alma libre y muy joven. Creo que sus ideas estaban más próximas al PSUC, pero ella presumía de estar con todos los que defendían la libertad. Hacía trabajos esporádicos para una galería en la Plaza de Catalunya y también para cualquier diario.

—¿Qué tipo de trabajos?

—Reportera gráfica. Fotografías. Debía de ser la más joven en su gremio. Andaba mucho a su aire. Recuerdo un día que fui con ella a una manifestación obrera y después me mostró el cuarto oscuro y cómo revelaba, fijaba, secaba y tiraba copias. Yo misma la ayudé a poner los epígrafes antes de irnos a las redacciones de los periódicos para ofrecer las instantáneas. No siempre ocurría que le hiciesen caso a una muchacha tan joven, pero esta vez se quedaron con sus fotografías y me invitó a almorzar en un restaurante de la calle Bruc. Era muy desprendida. Por entonces, aunque vivía en el piso de la Rambla, ya se había alejado de su familia. De hecho, en aquella ocasión me dijo que apenas se hablaba con su padre.

Mercedes Núñez bebe su café y yo retengo sus palabras porque acabo de descubrir datos relevantes que desconocía. La discordia de mi tía con sus padres era algo que ya sospechaba en el momento de leer la carta oculta. Lo que yo no me esperaba, sobre todo por su precocidad, era que su afición a la fotografía hubiera trascendido el juego de niña rica y la llevase a participar en la prensa de la Segunda República con aportaciones gráficas.

—Laura era muy liberal y siempre nos asombraba con sus ideas sobre el amor y el sexo. En eso era un poco como los anarquistas y estaba a una distancia enorme de nosotras. A veces salía al mismo tiempo con más de uno. Pero no quería vínculos estables con nadie.

Tomo conciencia de lo que está insinuando. Es como si una vaga claridad penetrase poco a poco a través de las rendijas de las puertas y desvelase los objetos ocultos de un cuarto. Entiendo el esfuerzo, el rodeo, el titubeo tácito de sus palabras, pero a mí me gusta la idea de que la tía Laura fuese una mujer promiscua y sobre todo en esa época tan lejana. Cada vez me hechiza más su poderosa personalidad.

—Antes me dijo que usted había investigado algo.

—Sí. Después de hablar contigo por teléfono, contacté con una vieja amiga que vive en París y que estuvo presa en Ventas hasta diciembre de 1939. Y, ¿sabes?, recuerda perfectamente a Laura. Me habló muy bien de ella. Me dijo que tu tía tenía una muy buena amiga a la que todos llamaban Titana porque era muy grande y porque su padre regentaba una ferretería en Carabanchel con ese nombre. Miré en el listín telefónico y he comprobado que ese establecimiento aún existe. Te he anotado el número. Quizá esa mujer viva y pueda contarte algo.

—Esta es una buena noticia.

—Diana, ahora tendrás que disculparme porque los organizadores están esperándome para la cena y no quiero hacerles un feo. Te llamaré en cuanto vuelva y almorzaremos. Si quieres llamarme tú, ya tienes mi número. Me ha gustado mucho conocerte.

—El placer ha sido mío, de verdad.

Me pongo en pie para despedirme de ella y percibo su valor y su vitalidad cuando me coge los brazos y me besa como una madre benévola y comprensiva. La veo alejarse entre los saludos de algunos comunistas que festejan su paso con sonrisas de reconocimiento a su vida y a su lucha contra el fascismo y la locura nazi. Su marcha me deja un vértigo en el estómago, un vacío, porque nuestra conversación se me ha hecho corta y he olvidado muchas de las preguntas que traía preparadas. Me he quedado sin saber si ella tenía idea de que mi tía pudiera haber estado con Pablo Neruda. Quizá la tía llegó al escritor chileno a través de su trabajo eventual de reportera gráfica. Es probable. De cualquier modo, todas esas dudas son relegadas por este número de

teléfono que late en mi mano como una esperanza, mientras la tarde agoniza tras los cristales y va desmoronándose en la fachada de un edificio de ladrillo.

XXIII

Desde la ventana del autobús, la mañana, espléndida, se presenta como un cuadro vivo en el que la luz dibuja la geometría de las bateas que parcelan el mar y el avance demorado de algún barco en la bocana de la ría. Durante un instante perdemos el mar y vuelvo los ojos hacia las fotografías de la carpeta y las mezclo unas con otras, como para provocar un encuentro fortuito. Me pregunto por qué papá las separó por géneros y por qué aún guardaba bajo llave las de los hombres. Ese misterio es el que empuja mi curiosidad y me hace escudriñar otra vez esos rostros desencajados y belicosos en los cuales es fácil advertir un desarraigo latente. Desconozco el motivo por el cual papá conservaba estas fotografías dentro del mismo cajón en el que también estaban las latas con dos carretes, el libro de Homero y la sorprendente imagen en París con una mujer desconocida. Y si no entiendo por qué estuvieron tanto tiempo ocultas —el miedo sería una justificación para tiempos de posguerra, pero no pasados más de cuarenta años, cuando todas estas familias ya habían desaparecido—, sí quiero pensar que en su vida monótona también hubo lugar para el compromiso, y la posesión de estas fotografías solo era un modo de preservar viva la memoria de sus padres, que habían intentado evitar la tragedia de estas familias. Tal vez la intención de papá haya sido la de mantenerlas fuera del alcance de mamá. No lo sé. Los rostros, de momento, son puertas cerradas.

Cuando cruzamos el río Esteirón, que desemboca en la playa de A Corna, a la que a veces solíamos venir en verano, Palmeira ya ofrece sus primeras casas y decido apearme en la primera parada porque quiero dar un paseo por sus calles estrechas y conquistar a pie el mar para poder ver de lejos esta hermosa villa marinera. Así desde el muelle, muy cerca del promontorio rocoso que, según papá, había sido en otro tiempo baluarte defensivo contra las invasiones piratas y normandas, observo con placer su curiosa, y tal vez premeditada, querencia de barco, con la iglesia neoclásica forzando una suerte de velamen y las casas descolgando su piedra desde un otero en busca del mar.

A Rocío le encantaba este lugar. La recuerdo nítidamente una tarde, apoyada en la popa de una dorna varada, sus labios sedientos y un gesto de ansia en la respiración y en los ojos que multiplicaba el efecto de su belleza.

Entro en una taberna que se alza sobre una cala acogedora y le pido un café a una mujer que está dándole el desayuno a su madre o tal vez a su abuela. El pesado luto de sus ropas hace que sus edades queden indefinidas. Una muchacha de unos quince años aparece tras la barra y se encarga del café.

—Tendrá que ser de puchero.

—Mejor. ¿Saben dónde vive Susa de Herminia?

—Vive dos casas más arriba del crucero —dice la mujer mientras acomoda a la vieja. Su voz es cantarina y seseante—. ¿Quiere que la niña se la avise?

—No quisiera molestar.

—¡Y qué molestia va a ser esa! ¡Concha, ve para allá!

La chica, que tiene los ojos enormes, como si fuesen a salírsele de las órbitas, me sirve el café y abandona enseguida la taberna. Me siento en una mesa y noto el escrutinio de las dos mujeres, que intentan descifrar los oscuros motivos de mi presencia. Tal vez la carpeta que pongo sobre la mesa esté excitando aún más su curiosidad. Y como el silencio se vuelve tenso e incómodo, busco los inicios de una charla banal.

—Un día maravilloso. ¿No creen?

—Sí. No hay queja.

En la respuesta mínima de la mujer que cuida de la anciana detecto el grueso de su curiosidad y me gustaría saber a qué lugares habrá llegado ya su imaginación. Por suerte, la chica de ojos saltones vuelve a entrar en la taberna y trae con ella a una mujer medio rubia, de unos cincuenta años, que se seca las manos en un mandil gris y se me acerca con cierta desconfianza.

—Hola. Soy de A Pobra y querría hablar con usted.

—Sí, ya lo conozco. Siento lo de su padre.

—Gracias. Siéntese, por favor.

La mujer me da su mano fría y deja caer lentamente su cuerpo en la silla. Su curiosidad es aún mayor que la de las otras tres mujeres, que aguzan el oído para saber qué me ha traído aquí.

—Usted dirá.

—Quería mostrarle algo que mi padre guardaba en casa.

Abro la carpeta con suavidad y dejó las seis fotografías sobre la mesa para que ella las vaya cogiendo una a una con sus manos temblorosas. Y, poco a poco, en un murmullo dolorido, los nombres son ausencias que se desprenden de sus labios como frutos secos y vuelvo a escuchar los mismos apellidos que escuché en casa del señor Fernando, las mismas coincidencias, los mismos parentescos, y la prueba de que la guerra destruyó el núcleo de estas familias. Las imágenes son un cementerio en el que solo sobrevivió esa niña de seis años que desgranaba una mazorca junto a las mujeres de la familia.

—Mi prima Mucha murió el año pasado.

—Lo siento.

—Esta la tengo en casa. Y esta también.

Reparo de nuevo en la fotografía y mientras busco en los rostros de los tres hombres alguna similitud con ella, me pregunto si serían mi padre o mis abuelos quienes hicieron llegar estos retratos a las familias de los muertos.

—Papá era el del medio. El abuelo Manuel, el de la derecha. El de la izquierda era un tío mío, el padre de Mucha, que se llamaba Bernardo. A los tres los mataron —la voz de la mujer adquiere una firmeza que nace en algo muy semejante a la rabia o al rencor—. Apenas si los recuerdo. Yo era muy pequeña. Mamá y la abuela María tuvieron que trabajar muy duro para poder sacarnos adelante.

La muchacha de ojos saltones está apoyada en la barra y finge limpiar el mostrador para acercarse a la intimidad de las fotografías y la otra mujer, tal vez su madre, abandona a la anciana y busca también la alianza con la escoba para rondar nuestra conversación.

—¿Quién se las dio?

—No lo sé. Yo las recuerdo desde siempre. Cuando era pequeña, mi madre me mostraba a papá y al abuelo y me decía que tuvieron que huir porque estaban metidos en política. Para que no me entristeciese, ella aseguraba que algún día volverían, pero con los años me hice a la idea de su muerte.

—¿Y no recuerda quién les hizo esta foto?

—Era muy niña. Creo que fue una mujer. Sí. Puede que fuese su abuela. Debió de ser ella. Era una mujer muy hermosa.

—Sí que lo era. Tengo alguna foto de ella. Murió cuando yo apenas era un bebé.

—Recuerdo la noticia del accidente y el entierro. Yo debía de tener nueve años. ¡Una desgracia!

—Ha sido usted muy amable.

—Siento no haber podido ayudarle.

—Al contrario, mujer. Hablar con usted me ha sido de mucha utilidad. Pensar que mi abuela pudo hacer estas fotos es mucho más de lo que yo esperaba saber.

—Tampoco estoy tan segura. Yo era una niña. Aunque juraría que fue ella.

La mujer vuelve a extender su mano fría y se despide con un gesto triste en el que se concentra todo el vértigo de su orfandad.
Y mientras abandona la taberna con la levedad de un fantasma, pienso con devoción en la abuela Marta, esa mujer refinada que atacaba arpegios y escalas en el piano y había estudiado para maestra. La imagino con la cámara escondida en el bolso haciendo retratos furtivos a las familias de los rojos, entregada a la causa republicana con la misma fuerza y riesgo que el abuelo Luis. El recuerdo de mis abuelos me produce ahora un temblor de orgullo y su valor acaba por precipitarse sobre la memoria de papá, que, en cierto modo, los abandonó al final de la guerra y solo regresó para enterrarlos. Todo resulta tan extraño que no sé qué pensar y decido volver a casa para aprovechar un poco el tiempo antes de comer. Todavía son las once.

Cuando me despido, las tres mujeres se quedan tan intrigadas como al principio y pegan sus caras a la ventana para verme acercar al puerto y pido ayuda a un niño que enseguida llama a la puerta de una casa de la que sale el taxista, un hombre grueso y cejudo, que también me conoce y me dice que siente lo de mi padre.

—Lo llevé alguna vez a Santiago. Era un hombre importante.

Apenas le doy las gracias y me abstraigo del paisaje y de su conversación porque ahora pienso en los libros amontonados que me aguardan en casa como una amenaza cierta. Sé que voy a necesitar mucho tiempo para ponerlo todo en orden. Cuanto antes comience será mucho mejor, pero el hallazgo de las fotografías ha relegado la catalogación a un segundo plano y ahora me vence el interés de su significado. Algo dentro de mí se retuerce y, después de mucho tiempo, me hace sentir vivo.

Cuando entro en casa lo hago con una sensación de novedad. Es como si durante estas dos horas que he permanecido fuera, algo imperceptible de su interior se hubiera transformado y estuviese acechando en algún lugar como una presencia inquietante.

Subo las escaleras hasta el despacho y toda la luz de la primavera enciende la galería y la mesa de nogal sobre la que están esparcidas las fotografías de los abuelos. Vuelvo a coger la misma en la que la abuela Marta me tiene en su regazo mientras el abuelo le acaricia la barbilla a mi hermano Carlos, y siento que en sus sonrisas ya se estaba definiendo la tragedia.

Durante un buen rato me quedo contemplando sus rostros y dejo que mi imaginación compare su matrimonio con el de mis padres. Bastaría con reparar en la adelantada modernidad que parecía instalada tanto en la ropa de mi abuela Marta como en la del abuelo Luis para ver el contraste con el estilo apagado y clásico de mamá y papá.

O el simple gesto de los abuelos cogidos de la mano ante el Ford —papá tardó muchos años en decidirse a comprar un coche que le duraría casi hasta la muerte—, sería algo impensable en mis padres, ajenos a cualquier tipo de emoción que comprometiese su continencia. Con todo, y eso es lo más curioso, ahí está papá en París, con el brazo puesto sobre esa mujer en un acto que hace atisbar alguna clase de amor que nunca exhibió con nosotros. Sé que no tardaré en saber quién es —y tal vez Braulio Cabanas la conozca y resuelva mi duda—, pero la visión me escuece y provoca en mí una mezcla de estupor y rabia.

Cojo un fajo de cartas y, después de deshacer el nudo de la cinta, las deposito sobre la mesa y me pongo a leerlas con ansia y con la esperanza de descubrir algún dato interesante que abra alguna de las puertas que cierran su mundo secreto. En todas las que voy pasando hay una configuración más académica que personal, porque la correspondencia se mantiene con profesores de otras universidades que comparten con él la erudición y ciertos hallazgos literarios. Nunca en sus líneas trasciende lo personal. Todo es un compendio de cultura e investigación.

Y así, durante casi una hora, voy profanando fajos de cartas y constato en las alabanzas ajenas todo el prestigio del que papá gozaba en el mundo universitario.

Cansado de tanta lingüística, de la gramática estructural e histórica, de las citas de tantas fuentes, abandono la lectura aburrida de las cartas y me levanto con la intención de buscar en los estantes un libro para leer durante la tarde. Aborrezco la filología y los altos muros de la gramática casi en la misma medida en la que amo la literatura.

El placer de leer, incluso de escribir, puede estar al alcance de cualquiera, con independencia de su dominio formal de la gramática, y mi pasión, como muchas de las

grandes pasiones del ser humano, nace de un modo anárquico e imprevisible. El propio saber acostumbra a cegar la emoción.

Con el dedo índice acaricio uno de los estantes que están tras la mesa de nogal y compruebo con horror la gruesa capa de polvo que ha ido acumulándose durante meses. Tendré que buscar a alguien para que me ayude con la limpieza. Tal vez deba empezar por vaciar la galería donde están los libros más apreciados por papá y trasladarlos a uno de los cuartos hasta que estén limpios los estantes. Sí. Es lo mejor. Así que entro en el cuarto de mis padres y le doy la vuelta a la colcha para aprovechar la cama como depósito provisional. La humedad y la penumbra fría crean esa sensación de invierno tan apegada al recuerdo de mis padres y tengo que abrir las ventanas para airear el pasado. Comienzo a coger grupos de libros que, como a seres vivos, voy dejando sobre la cama. Y casi sin caer en la cuenta, me veo envuelto en una actividad decidida que me da ánimos y hace que me sienta útil. En ocasiones, me detengo para abrir algún ejemplar y comprobar si lo he leído. Son, en su mayor parte, libros clásicos de literatura a los que papá a buen seguro solía acudir más de una vez, y sospecho que esta elección le llevó toda una vida. Por eso, fijo el propósito de dejarlos en su sitio, como una especie de obra artística meditada durante muchos años. Y mientras sigo amontonando volúmenes sobre el lecho como una enorme baraja de cartas, me fijo en la espalda negra de un ejemplar de cuero, sin letras que señalen su autoría, y lo abro para ver de quién es. De repente, un estremecimiento de vértigo me sacude todo el cuerpo porque me doy cuenta de que lo que acabo de encontrar no es simplemente un cuaderno escrito a mano sino la misteriosa novela que papá dejó escrita bajo el seudónimo de Diderot y con un título que da sentido al delirio último de sus palabras: El niño que nació muerto.

XXIV

Lo que me despierta no es ni el tráfico ni el ruido insoportable de las máquinas que están perforando la calle y parecen hacer temblar de miedo el edificio; es el aroma intenso de la comida que se introduce poco a poco en mi sueño.

¿Cómo he podido dormir tanto? Ya casi es mediodía y anoche tampoco llené tanto el buche, apenas media botella de tinto en la cena. Mi contención se debió a un acto de solidaridad con Bernie. Ayer, precisamente ayer, de buena gana le hubiésemos dado a la botella, y más estando como estábamos casi solos en el restaurante de Peter Luger y todavía afectados por toda la tensión de la visita al dentista. Sí, una curda habría sido un buen modo de celebrar su alta del hospital. Pero un exquisito plato de carne acabó sustituyendo a la falta de alcohol.

Lo cierto es que me agrada el regreso de Bernie y siento que, acogiéndolo en casa, estoy haciendo lo correcto. Su compañía es beneficiosa para mí y su recuperación supone también un reto que le da sentido a mi vida y me ayuda a olvidar toda la soledad que abarrota el interior de la casa. Lo que más me preocupa es su agitación. Durante toda la cena, la sombra del dentista pendió sobre nuestra conversación y cualquier pretexto era bueno para volver sobre el asunto e intentar convencerme de que ese Hans H. Klüger, por fuerza, tenía que ser el mismo criminal de los campos de concentración. En su obsesión, Bernie echaba mano de todos los argumentos, y sus apuestas terminaron por involucrar a la vieja trama ODESSA, urdida por los nazis para esparcir por el mundo un buen número de asesinos, velados en identidades ajenas e instalados en una nueva vida abastecida con el dinero robado a los judíos. Bernie insiste en la posibilidad de que Heinrich Artmann pudiese haber puesto a buen recaudo todo el oro que extrajo de miles de bocas, la gran mina humana. Su convicción hace que me resulte aún más perverso saber que las víctimas, además de la vida, pudieron haberle proporcionado a su asesino una cómoda existencia en Brooklyn, a tan solo siete manzanas de mi casa.

Sospecho que Bernie todavía sigue durmiendo y que ha vuelto a saltarse las pautas de la medicación. Debí dejarle recado a Luisa de que lo avisase alrededor de las nueve.

Hago esfuerzos por ponerme en pie, pero tengo el cuerpo como entumecido, y me quedo observando la fotografía que cuelga de la pared. Es Ady. Se la hice el mismo día que cumplió diez años. Está sentada en los escalones, al lado de una bicicleta que le regaló Bernie. Las trenzas le caen sobre los frágiles hombros y sonríe con una alegría

postiza, como si algo en su rostro le impidiese hacerlo a conciencia. Su temperamento se adivina en el desafío de los ojos y no deja de sorprenderme la originalidad de su rostro porque no tiene nada ni de su madre ni de mí. Es como un ser extraño dentro de su propia familia. Con todo, aunque no se parezca físicamente, Ady ha heredado mi carácter frío y solitario, mis constantes cambios de humor y algo de mi mal genio. Por eso chocamos como dos trenes y nuestros enfados maratonianos suelen durar semanas.

De cualquier modo, Ady es mucho más fuerte que yo, y su independencia, a veces furiosa, hace de ella un ser infranqueable y difícil. Ya desde pequeña era un ser especial.

Contemplar la fotografía de Ady despierta en mí la nostalgia y me hace ser consciente del paso del tiempo. No hace tanto que era yo y no Ady quien venía a comer a la casa paterna con su mujer y su niña de tres años. La historia se repite, solo que ahora ha habido un desplazamiento, un extraño movimiento que ha borrado de un plumazo treinta años. Resulta difícil creer que haya transcurrido tanto tiempo y me levanto de repente para sacudirme esa sensación de vértigo.

Cuando abro la ventana, el seísmo de las perforadoras entra en el cuarto como si lo hiciese una locomotora y me apoyo en el alféizar para sentir el aire caliente de esta primavera inédita y observar la calle con una curiosidad nueva. Mis ojos van hacia las escaleras de los Fisher con la esperanza de encontrar allí a la misteriosa muchacha asiática que ayer entró y desapareció de nuestras vidas como un fantasma frágil y silencioso. No, no está y no dejo de pensar en su ausencia y en la posibilidad de que alguien pueda hacerle daño. ¿Qué demonios la trajo aquí?

Fijo mi atención también en la casa que está frente a la nuestra. Retiraron el letrero, lo que significa que alguien la ha alquilado. La provisionalidad de sus inquilinos es asombrosa. A veces me pregunto si tendrá alguna maldición que termina por expulsar a todos sus habitantes. En estos últimos años nadie ha permanecido en ella más de nueve o diez meses. Hace años, cuando yo era joven y todavía vivían los Smith, estuve muchas veces en su interior, sobre todo para jugar al ajedrez con Philip, el hijo que estudiaba conmigo en el colegio. Aquellas partidas eran breves porque Philip jugaba mucho mejor que yo, pero a mí me interesaba más la caricia de las piezas de cristal y su movimiento frío en el tablero de mármol. Eran piezas exclusivas y la señora Smith siempre nos prevenía acerca de su valor. Aunque lo que más me atraía de esa casa no era precisamente el ajedrez sino Linda Smith, la hermana de Philip, una rubia dos años más joven que nosotros, un ser inteligente y promiscuo con el que muchos en el barrio aprendimos las delicias del amor. Si cierro los ojos me es fácil revivir aquella tarde en la que ella se quedó sola en casa —el padre atendía su librería en Flatbush y la madre

estaba en el hospital de Brooklyn con Philip, convaleciente de una apendicitis— y abrió la puerta para mostrarme la geografía de su cuerpo lechoso y abundante con una delicadeza que aún hoy me produce en la memoria un leve estremecimiento. Hace tiempo que no tengo noticias de ella. Sé que ejerce de profesora de literatura en Harvard y que tiene varios hijos. Nada más. En cuanto a Philip, la última vez que lo vi fue hace ya cinco o seis años y seguía dando clases de matemáticas en un instituto y vivía con su madre en una casa en Coney Island. Es increíble ver cómo ha ido creciendo el barrio poco a poco y los vecinos de antaño han ido desapareciendo engullidos por la ciudad y el destino. No es la primera vez que tengo la impresión de que soy ya una reliquia urbana, un pedazo del mobiliario que resiste para guardar la memoria de otros tiempos.

Abandono la ventana, como para ahuyentar la nostalgia, entro en el baño y me doy una ducha con agua fría, que me despierta del todo y me renueva la sangre del cuerpo. Es una vieja costumbre que heredé de mi padre y que mantengo incluso en invierno.

Me afeito a conciencia para que Jimmy no rechace mis besos y me pongo el traje azul que me regaló Ady hace un par de años. Me alegro de que vengan a comer, pero también es cierto que últimamente siento el peso vigilante de mi hija, obsesionada con no dejarme solo. En su presencia tengo que guardar las apariencias y hacer esfuerzos inhumanos para disimular mi dolor y esta nueva soledad para la que me creía preparado.

Cuando salgo, veo la puerta del cuarto de Bernie abierta y la cama hecha. ¿A qué hora se habrá levantado? Tal vez ha aceptado la prescripción médica y ha salido a caminar un poco.

Como en el salón no está, me acerco a la cocina. Luisa está sola, afanada con la comida y envuelta en un vapor de especias.

—Buenos días.

—Hoy sí que se le han pegado las sábanas.

—¿Y el señor White?

—No lo sé. Cuando llegué, él ya no estaba.

—¿Y a qué hora ha llegado usted?

—Hace ya casi tres horas. A las nueve. Quizá ha salido a caminar. ¿Quiere desayunar algo?

—Tomaré un zumo de naranja.

De repente, empujado por un temor, me acerco a la puerta y compruebo que el coche de Bernie ya no está aparcado en la calle. En su lugar hay una furgoneta Plymouth de color azul. Ha debido de ir a su casa. Sé que mi preocupación es absurda, pero pronto llegarán Ady y John y no me gustaría que hoy, justo hoy, sucediese nada raro. La sombra de su suicidio es una mancha inconsciente en mi cabeza y esta desazón me arrastra ahora al teléfono. Marco con urgencia el número de su casa y espero, sin éxito, a que lo coja. Vendrá de regreso, supongo. No me hace ninguna gracia que no haya avisado. ¿Qué le costaba dejar una nota? Se lo reprocharé en cuanto llegue. Hablaré en serio con él y le señalaré algunas normas de conducta mientras esté conmigo en casa.

Luisa me sirve el zumo de naranja y salgo a las escaleras de fuera mirando en todas las direcciones en busca del pez rosa. No está. ¿Dónde se habrá metido este hombre? Por un momento, lo imagino colgado, esta vez sí, del manzano que está en el jardín de su casa, y la responsabilidad cae de nuevo sobre mí como un lastre insoportable. Aunque, pensándolo bien, la euforia que mostró anoche no hacía presagiar ninguna decisión disparatada. Al contrario, ese optimismo es lo que ahora me preocupa.

—Luisa, voy a dar una vuelta. No tardaré más de media hora.

Espoleado por un brusco augurio, me echo a la calle y me pongo a caminar por New York Avenue con una prisa que tiene algo de histeria. Tal vez esté equivocado, pero la sospecha me arrastra como un imán hacia la casa del dentista alemán, que no está demasiado lejos. Con mi avance vivo y disciplinado, también va creciendo dentro de mí la ira y la indignación hacia Bernie. Si se confirma mi sospecha, no le perdonaré su iniciativa y le haré ver que ese arrebato suyo ha sido una traición.

Cuando llego a Fenimore Street, registro toda la calle con la mirada y compruebo que no hay rastro ni de él ni del Chevrolet, algo que me tranquiliza y restaura mi confianza en él. Con todo, oculto detrás de un furgón, me quedó observando la casa del dentista y fantaseo un poco con la vida de su interior imaginándome al criminal sentado en un sillón orejero, leyendo el Mein Kampf o las aventuras heroicas del Sigfrido de El Cantar de los Nibelungos mientras en un tocadiscos el Lohengrin de Richard Wagner contamina el imaginario y lo transporta a la nostalgia gloriosa de otra época, cuando el destino del mundo estaba en sus manos poderosas. Sé que es más fuerte el deseo que la realidad y toda esta aprensión no está del todo justificada, porque lo más probable es que ese Hans H. Klüger no tenga nada que ver con el Heinrich Artmann de los campos.

Pero en este instante su presencia encarna ese recuerdo y hace ascender el horror en mi memoria.

Vuelvo a casa un poco decepcionado por mi arrebato de desconfianza, y, al poco de doblar la esquina, siento un júbilo anticipado porque el pez rosa está ahí, frente a las escaleras, como un juguete urbano.

Con rabia, subo los escalones de dos en dos y me planto ante Bernie, que está sentado en el sofá, leyendo tranquilamente el periódico.

—¿Dónde diablos te habías metido?

La exasperación de mi voz no parece afectar a la ironía de su mirada y todavía tengo que aguardar unos instantes por su respuesta.

—He contratado a un detective.

—¿Qué has dicho?

—Lo que has oído. Verás como ese tipo es él.

En su sonrisa complaciente hay un punto de crueldad y me molesta no detectar en su voz ningún tipo de vacilación.

—Me parece fatal que te hayas adelantado, así, sin consultármelo. Es una falta de consideración hacia mí.

—Yo lo pagaré. No te preocupes.

—Sabes que el dinero es lo de menos. Yo lo encontré y yo mismo debería tomar esa decisión.

—Ayer insistías en que no era él. Yo te demostraré que estás equivocado.

Justo en este momento de desconcierto e indignación en el que me gustaría seguir lanzándole reproches, escucho elevarse por las escaleras el entusiasmo infantil de Jimmy y me acerco a la puerta para recibirlo con un abrazo. Trae en su mano derecha un indio que me muestra con insistencia.

—Hola, Jimmy. ¿Cómo se llama?

—No tiene nombre. Me lo compró papá.

—Pues deberías ponerle uno.

—No lo sé. Apache. ¿Qué te parece?

—Está bien.

Me quedo con las ganas de decirle que ese no puede ser el nombre concreto para un indio porque él enseguida se desembaraza de mí y se abalanza sobre la caja que Bernie le ofrece sin levantarse del sofá. El condenado le ha comprado algo al niño y eso hace que yo quede mal.

—Primero tendrás que darme un beso.

Mientras Jimmy cede al chantaje y deshace con violencia el papel que envuelve el regalo, saludo a John y espero en la puerta a que Ady suba las escaleras. Trae en la mano algo que parece un bizcocho de nata. Está muy guapa. Su traje de chaqueta debe de ser nuevo. Nunca se lo había visto puesto.

—¿Cómo estás, papá?

—Bien.

Me besa con frialdad y, al momento, se dirige a Bernie, que hoy es quien recibe todas las atenciones y está explicándole a Jimmy el funcionamiento del juguete, un payaso a cuerda que bate unos platillos y da vueltas sobre sí mismo. Todo el protagonismo es para Bernie y yo me limito a vigilar su reinado.

—¿Cómo va todo, Bernie?

—Ya ves, aquí estoy, de huésped forzado. Eso sí, no temas, cuidaré de tu padre.

Cuando hay gente, Bernie suele buscar la ocurrencia y no deja de utilizar una ironía que a veces me resulta un poco agotadora porque la ambigüedad de su humor obliga a estar constantemente atento. Reconozco su ingenio, pero hoy percibo en John y Ady una especial atención que está más vinculada al regreso del suicida que a la comicidad de sus comentarios. Es esa condescendencia la que lo anima a hablar como un charlatán, mientras Luisa nos obliga a sentarnos a la mesa y nos aplasta con las delicias de su guiso, tan plagado de reminiscencias.

Durante el almuerzo no dejo de observar la sonrisa nerviosa de Ady y el gesto concentrado de John, interesado por todas las anécdotas que en estos dos meses le han ocurrido a Bernie en el hospital, la mayor parte de las veces situaciones absurdas que él engorda con su imaginación hiperbólica. Durante un momento me abstraigo de la conversación, como si me sumiese en un sueño, y observo la batalla lenta que Jimmy arbitra entre el apache y el payaso. Es un niño tranquilo, dócil, y no tiene el nervio de Ady, que siempre da la impresión de tener prisa, y más últimamente, que pasa de un tema a otro, como si evitase pisar un campo de minas. Le ha afectado lo de su madre y, aunque ya hace tiempo que no discutimos de una forma directa, hay en su actitud algo tenso, un silencio cortante, una ansiedad velada. Es como si me culpase de algo y no fuera capaz de decírmelo. Tengo la impresión de que odia todo lo que ve de ella en mí y esa solapada repulsa no es tanto hacia mí como hacia sí misma. Quizá Luisa ha hablado con ella y la ha puesto al día de mi afición al whisky. No lo sé. Lo cierto es que cada vez que me sirvo un poco de este vino exquisito que ha traído John, detrás de los párpados de Ady se abre una mirada como la hoja de un cuchillo, y esa condena hace crecer la fiebre de mi deseo y la intimidad cálida que el alcohol deja en mi paladar. En el fondo sospecho que ella se da cuenta de mi deseo, pero se preocupa por mi salud.

Cuando llegamos al postre, justo después de saber por John que a Ady le han encargado un reportaje en el New York Times sobre el descubrimiento arqueológico del buque mercante del siglo XVIII aparecido en Water Street, al sur de Manhattan, de repente, Bernie se pone serio y adelanta que quiere decirnos algo importante. Al principio me asusto un poco porque temo que la chispa del vino le suelte demasiado la lengua y mencione algo acerca del dentista alemán. Seguro que a Ady no le haría ninguna gracia verme envuelto en ese peligroso juego de represalias. Por suerte, la intención de Bernie no es otra que la de atreverse a hablar de su intento de suicidio con un sentimiento de culpa y angustia.

—Tengo que pediros perdón a todos. Sé que os he fallado. Sois mi única familia y mi decisión insensata os ha comprometido.

—No digas tonterías. Lo importante es que ahora te encuentras bien —le dice Ady, cogiéndole la mano en un gesto de cariño que me hace sentir un poco de envidia.

—Os preguntaréis por qué quise matarme si nunca he sido una persona depresiva.

—No es necesario… —interviene John y veo que Jimmy detiene por un momento su juego y presta atención a las palabras de Bernie, como si fuese consciente de su gravedad.

—Sí que lo es. Y aunque os parezca mentira, no encuentro más motivo que el de una repentina soledad, una sensación casi física que se me metió esa semana dentro del cuerpo y me fue alejando del mundo, como si nada existiese más allá de mí. Es cierto que esos días no me encontraba bien de ánimo y me dio por hacer chapuzas en casa para agotarme todo lo posible y evitar que mi mente se pusiese a elucubrar, pero, como digo, fue la soledad, una especie de frío que me paralizó y me hundió en un desprecio hacia mí mismo hasta el punto de temer menos a la muerte que a la vida. Y ni la proximidad de la vejez, ni la ausencia de un hijo o de un sobrino que me atasen a la vida, ni los recuerdos durísimos de la guerra tuvieron nada que ver en el vértigo de esa decisión. El motor de todo fue la soledad insoportable de esa mañana, la conciencia de mi propio cuerpo que, solo, se iba pudriendo poco a poco.

El tono premeditado y trascendente de Bernie me resulta ajeno y creo que no solo soy yo quien entiende el significado último de sus palabras. Ady, que enciende un cigarrillo y lo fuma con ansiedad, también debe de estar sintiendo los zarpazos del pasado y en su cabeza estará ahora el infierno de aquellos días en los que se encerraba en su cuarto y sufría en silencio la ausencia de amigos con los que compartir el tiempo. Ella sí que ha sabido lo que era la soledad, esa sensación intensa que hace presentir que todo se cierra a nuestro alrededor.

—De cualquier modo, no tenéis que preocuparos, porque esa soledad quedó colgada del manzano. Ahora sé que la vida es maravillosa y hay que pensar que cada segundo que pasa es para siempre. Así que lo mejor es aprovechar el tiempo y gozar de esta vida que se escapa. Brindemos.

Bernie secunda sus palabras levantando la copa de vino y todos, incluso Jimmy y Luisa, que se ha pasado toda la comida en movimiento, acuden al reclamo con vasos de agua que estrellan contra nuestras copas. Pero el brindis no tiene una efusividad demasiado festiva porque las palabras sinceras de Bernie han creado una atmósfera triste y ya nada puede evitar la angustia del ambiente y la percepción de una ausencia que recubre toda la casa. Cada vez que alguien se ríe es como el quebranto de una condena. Hay algo delicado y frágil en nuestra alegría y Ady no es capaz de ocultar su control inconsciente sobre nuestro humor. Las ausencias están en la memoria y con su mirada fría nos hace sentir culpables de esa falta.

Luisa recoge la mesa y los hombres nos sentamos en el sofá. Ady sube a su cuarto, tal vez para ir al baño o para acostarse sobre su cama y acariciar toda la nostalgia que se enreda en las muñecas de su infancia diseminadas por los estantes.

A veces, cuando estoy solo, entro en ese cuarto y la busco en los objetos que ella dejó aquí como si hubiese dejado una parte de sí misma. Los cuadernos cuadriculados, la flauta, sus primeras pinturas con paisajes inventados, el baúl atestado de ropas con las que solía disfrazarse y representar obras teatrales en las que ella desempeñaba todos los papeles desdoblándose con una diligencia histriónica, la Polaroid que le regalamos, los trofeos de sus éxitos literarios en el colegio…

Mientras John y Bernie conversan sobre el huracán que hace unos días asoló la isla de Cuba con terribles rachas de viento, yo intento estimular con un nuevo juego a Jimmy, que no me presta atención ni a mí ni al apache porque ahora, que ya ha aprendido a darle cuerda, está embobado con el payaso y con los giros que da sobre sí mismo. Y no sé si es la lata de ese muñeco, mi incapacidad para mostrar mis sentimientos o esa extraña sensación de soledad que ha desgranado Bernie en su discurso, pero lo cierto es que tengo el súbito deseo de llorar e incluso voy al baño para lavarme la cara y borrar esta angustia.

Ante el espejo contemplo mi rostro triste e intento arrimar mi pensamiento a algo positivo y solo soy capaz de encontrar una rabia demorada que concentro en Bernie por haber contratado a un detective sin contar conmigo. Reconozco que, una vez asimilada la situación, y para quedarme tranquilo, no me desagrada el hecho de que alguien certifique la identidad de ese hombre, pero no renuncio a reprocharle a Bernie su decisión. Lo haré en cuanto nos quedemos solos. Sé que Bernie se defenderá y se escudará en el escepticismo que se apoderó de mí cuando abandoné la clínica dental, avergonzado por el despropósito de mis palabras racistas y desatinadas. Sin embargo, la somnolencia producida por la comida y el vino ahoga mi enojo y me hace meditar en los movimientos de un detective hipotético. Y con esa imagen vuelvo al salón y sigo sumido en esa elucubración. No sé por qué, tal vez inspirado en el personaje de alguna película o de alguna novela policíaca, imagino al detective gordo como un tonel, sudoroso, un poco dado a la bebida, solitario y aficionado al boxeo. Con una astucia que desmiente su apariencia desastrada y torpe, el detective se hace pasar por un vendedor de seguros y vence la confianza del alemán, que lo invita a entrar en su casa. En un descuido del anfitrión, el falso vendedor deja una ventana abierta y vuelve por la noche para registrar la vida del dentista. Revuelve cajones y cajones y, por fin, da con las pruebas que desvelan la verdadera intimidad del alemán. En esa representación ficticia, el detective saca unas cuantas fotografías, enciende un cigarrillo e incluso abre una botella de whisky que el alemán parece haber reservado para ocasiones especiales. Sabe que su trabajo está hecho y ya solo queda entregar el informe. Supongo que así debe de ser en las películas y también pudiera serlo en la realidad. Y mi imaginación alcanza el instante en que el detective, con un tono de soberbia y suficiencia, concierta con nosotros una cita para terminar su trabajo y entregarnos todo el material que desovilla

la madeja de la identidad del criminal. Con cierta atención, voy pasando una a una las fotografías que muestran el interior de la casa e intuyo la vida familiar del alemán. Lo peor de toda esta especulación es comprobar la sonrisa tenaz de Bernie, que no deja de recordarme la razón que asistía a sus sospechas.

XXV

El viaje en tren se me ha hecho eterno. El deseo no empuja precisamente las horas y Madrid está lejos. Aun así, he dormido algo en la litera y he tenido tiempo de reflexionar sobre mi decisión apresurada. Aunque el viaje sea en balde y no encuentre lo que vengo a buscar, no me arrepiento. Una es rica en la búsqueda y en el placer de sentirse arrastrada como por las aguas de un río. Quizá debería haber llamado al número que me dio Mercedes Núñez, pero el ansia me doblegó con la misma fuerza que el temor al fracaso y aquí estoy, dentro de este taxi que conduce un hombre de patillas encontradas, rumbo a Carabanchel.

La ciudad ya está despierta y no dejo de pensar en la molestia que para Lluis significa este viaje. Su furia es tibia porque, después de todo, él trabaja de gerente en la fábrica y esa resignación remunerada es compatible con su deseo de compartir conmigo tanto las alegrías como los problemas del negocio. La verdad es que la enfermedad de papá acrecentó una responsabilidad que descanso en este economista competente, compañero de facultad, que hizo que los beneficios del último año superaran las mejores épocas de la fábrica. Es una suerte para mí contar con él y escudo mi negligencia en su capacidad.

—¿Cómo dijo que se llamaba la ferretería?

—La Titana.

—¿Y no sabe a qué altura está?

—Solo me han dicho que en la avenida de Fátima.

—Pues no sé. La avenida ya la hemos cruzado toda y no he visto el letrero. Daremos otra vuelta.

—Déjeme aquí, no se preocupe.

Me apeo del taxi al final de la avenida. El aire está pesado y camino por la acera con cierto desasosiego. Dentro de mí se revuelve una anticipada decepción y tengo la sospecha de que he venido aquí para nada. Le pregunto a una adolescente y me responde con un gesto de ignorancia. Más adelante decido entrar en una mueblería y le hago la pregunta a una dependienta que, a su vez, se la endosa a otra mujer mayor que está calcetando en un pequeño cuarto que hay detrás del mostrador. La vieja asoma sus ojos desconfiados por encima de las gafas y no tarda en contestar.

—Esa ferretería la cerraron. Ahora han puesto una cafetería.

—¿Y dónde está?

—Siga por esta acera unos trescientos metros. No tiene pérdida. En este lado es la única que hay.

Recuperada del temor inicial al fracaso, abandono el establecimiento y, cuando ya he recorrido unos cien metros, me doy cuenta de que también habría podido preguntarle a la anciana si conocía a los dueños de la ferretería y si son los mismos que abrieron el otro negocio. De cualquier modo, con este pensamiento llego enseguida a la cafetería y me siento ante la barra. Es temprano. No hay nadie, solo el dueño, que está fuera de la barra colocando un cartel taurino. Debe de tener unos cuarenta años. Le pido un café y un trozo de bizcocho mientras demoro mi curiosidad ojeando el periódico que está sobre la barra.

—¿Es usted catalana?

—Sí.

—Yo ya he perdido el acento. Llevo veinte años en Madrid.

Durante un rato me veo en la obligación de escuchar su conversación banal, en la que cifra todo su éxito en la huida de Cataluña, y aguardo el apogeo de su nostalgia para preguntarle por los dueños de la ferretería. No sin cierta reticencia o, tal vez, un tanto molesto por mi escaso interés en su vida, termina por facilitarme la dirección y vuelve a sus faenas.

—Viven en el 14, en el segundo.

El plural del verbo multiplica mis esperanzas y no hago más preguntas.

Ya en la calle escucho el sonido mutilado de un trueno que amortigua el ruido oscuro de la ciudad. En el aire late el pulso de la tormenta que se avecina. Espero que sea algo pasajero porque no he venido preparada para la lluvia.

El portal está abierto. Una mujer está fregando y me mira con desprecio. Subo en el ascensor y en el espejo me arreglo un poco el pelo. Tengo aspecto de no haber dormido nada.

Acerco el oído a la madera de la puerta, como para escuchar su silencio, y oigo la voz radiada de un hombre dando las noticias de las diez. Quizá sea muy temprano y todavía estén en la cama. Estoy indecisa durante medio minuto hasta que cedo a la impaciencia y pulso el timbre como si metiese el dedo dentro de una herida abierta. Primero oigo con dificultad el arrastre lento de unas zapatillas y después me percato de que alguien me observa desde la mirilla. Vuelvo a timbrar y esta vez la voz estremecida y desconfiada de una anciana cuestiona mis credenciales.

—Me llamo Diana Crussat y quisiera hablar con su hija.

Tras un silencio intenso, escucho girar el mecanismo de la cerradura y una viejecita de pelo blanco y mediana estatura abre la puerta y me mira con una curiosidad violenta. De repente, como si me reconociese, se persigna y viene hacia mí con los brazos abiertos. Justo en este instante me doy cuenta de la confusión, pero no quiero frustrar su equívoco y me quedo en silencio un rato, abrazada a ella como a un viejo recuerdo. Aguardo a que ella misma se dé cuenta de la imposibilidad de que yo sea la amiga de su hija. Y así, como sacudida por una quemadura, enseguida se aparta de mí y me mira con una hostilidad que se desvanece con mis palabras secas.

—Soy su sobrina.

—¡Es increíble! Por un momento he creído… Eres clavada a ella. Anda, pasa.

Todavía desconcertada, la mujer me coge de la mano y me lleva por un pasillo estrecho hasta una sala en la que los colores de las cortinas han fijado una luz sucia. En la penumbra mortecina, sentado en una mecedora, un viejo enorme busca a tientas la radio para apagarla, y, alarmado por mi presencia, separa su espalda de la silla. En sus ojos desnudos puede verse la plata de los ciegos y percibo su tensión en el modo de inclinar ligeramente su rostro, como si estuviese aguzando el oído.

—Es la sobrina de Laura, la amiga de Adela.

Con increíble agilidad, este hombre levanta sus más de cien kilos y aventura su mano para saludarme. La rugosidad de su palma, acostumbrada al contacto con los metales y las herramientas, me empuja hacia su pecho.

—¿Puedo abrazarla?

Sin darme tiempo a reaccionar, me veo acorralada por su gigantesco abrazo y percibo en el olor de su camisa una mezcla de almidón, naftalina y manzana que me transporta al recuerdo de mi abuelo Gregorio, envuelto siempre en un hálito antiguo

que no me resultaba desagradable. Tengo mi oído a la altura de su pecho y puedo escuchar su respiración y los latidos acelerados de su corazón como el mecanismo sordo de un reloj. Otra vez, como cuando era pequeña y mi abuela Luisa se ponía a llorar ante mi presencia, soy consciente de la emoción de este hombre ciego que se ve afectado por el recuerdo de mi tía Laura y siento un orgullo sanguíneo por el cariño que su memoria despierta.

—Belarmino, tendrías que verla. Es igualita a ella.

El hombre, como abatido por el abrazo, se deja caer en la mecedora y vuelve a tender la mano en busca de la mía.

—Celsa, prepárale un café.

La mujer nos deja a los dos solos y aprovecho su ceguera para fiscalizar las paredes de las que cuelga un retrato coloreado del día de su boda y, justo al lado, la fotografía de una niña alta, y un poco desgarbada, en el día de su primera comunión. Debe de ser su hija, esa Titana que compartió celda y amistad con mi tía.

—¿Qué ha sido de su tía?

—Eso es lo que estoy investigando. Supe de la amistad con su hija y querría conocerla.

—¿A quién?

—A su hija.

—Temo que eso va a ser imposible. A Adela la asesinaron en la cárcel esos hijos de puta, los padres de los que ahora nos gobiernan.

—Lo siento. No lo sabía.

Todo el odio desnudo, toda la rabia antigua que arrastra su voz, termina en un gemido en el que se concentra la amargura de la pérdida. Con resignada melancolía, acepto de nuevo esta pequeña frustración que cierra la esperanza de encontrar con vida a esta Adela, una mujer que tuvo que conocer de primera mano los últimos días de mi tía Laura. Con su testimonio quizá pudiera haber reconstruido ese tiempo y el destino final de mi tía. Pero el rencor furibundo de las palabras de ese hombre derriba la ilusión que yo había alimentado tras la noticia de la existencia de esta amiga. Aun así, en el temblor de su mano rugosa, me doy cuenta de que le debo una explicación y le cuento

con detalle todo lo que me ha arrastrado hasta aquí, desde que aparece la carta oculta en el cajón de casa hasta el encuentro con Mercedes Núñez. Mientras hablo, la mujer me sirve un café, se sienta a mi lado y atiende mis explicaciones con una mirada en la que hay una oscura tristeza. Comienza a llover. El suave repiqueteo de la lluvia en las ventanas es como una música que acompaña la justificación de mi relato.

De repente, cuando les digo que a mi tía también debieron de matarla en la cárcel, el viejo se zafa de mí y se lleva la mano al rostro, como para borrar un gesto que más bien parece una sonrisa.

—¿Qué dice? ¡A su tía no la mataron en la cárcel! Celsa, haz el favor de traer la carpeta que está encima de nuestro armario.

Mi imaginación nerviosa no es capaz de dominar el asombro que me producen sus palabras. Estoy confusa, y, aunque siento hervir una nueva ilusión, me dejo vencer por la sospecha de que este hombre se equivoca. Aguardo, en tensión, el regreso de la anciana con la carpeta en sus manos. Su sonrisa también refuerza mi incredulidad. El ciego abre la carpeta y con la yema de los dedos busca en su interior el contacto de unas cuartillas.

—Tu tía nos la mandó desde Francia. Quería que se la entregásemos a Adela en la cárcel. Por desgracia, no llegó a tiempo. Se ve que se tenían ley la una a la otra. También le mandó un dibujo. Debe de ser este.

Como sacudida por una descarga, cojo la carta y el dibujo y me quedo de piedra. No doy crédito a lo que me están diciendo. En este momento, el mundo me parece agradablemente extraño y ajeno. Los rasgos suaves del dibujo y la caligrafía confirman su autenticidad y me pongo a leer con pasión feroz mientras ellos, conscientes de mi sorpresa monumental, observan mi lectura.

Querida Adela:

Espero que cuando esta carta llegue a tus manos estés bien de salud. Seguro que sí, tú eres dura como una roca.

Creo que lo primero que habrás visto antes de leerla es el dibujo. No está muy bien. Así es como te recuerdo. No puedes hacerte una idea de lo que me ha costado conseguir estas dos cuartillas. Verás también que te escribo desde el sur de Francia. Estoy con muchísima gente que ha logrado huir del país. Estamos apiñados en un campo de

refugiados. Las mujeres y los niños estamos aparte. Las condiciones son tan miserables que, ahora sí, la cárcel de Ventas me parece aquel Hotel Maravilloso de la canción. Somos miles de personas, recluidas como animales, separadas por muros de espino de más de dos metros que incluso llegan al mar para evitar que haya huidos. Unas veces el viento trae el aroma del Mediterráneo y otras hace bajar el aire frío de los Pirineos orientales, esa espina dorsal que cierra el horizonte de nuestro pasado. Las letrinas son pequeñas chozas de lata o de madera con un tubo que lleva la mierda al mar. Como después bebemos sin querer de esa agua, las diarreas son continuas y la mortalidad es mucha, sobre todo entre los niños y las ancianas. No hay ninguna atención médica ni medicamentos. Para que te hagas una idea, una compañera mía tiene algo tan valioso como unas tijeras con las que les abre a los niños las llagas de la sarna y les vacía todo el líquido de las ampollas. También es cierto que, según las que llevan más tiempo, ahora estamos mejor que al principio. Esa amiga mía, que se llama Pilar y es maña, cuenta que el corredor central de madera antes era un lodazal y todos tenían que dormir en el suelo. Aun así, hay días de normalidad en los que los niños juegan y algunas mujeres intentamos enseñarles a leer con más voluntad que otra cosa. No sé cómo podemos mantenernos vivas con lo que comemos. Hay días en los que estimamos como un milagro este pedazo de pan duro y esa agua negra que quiere ser café. Casi todo el mundo está esquelético. Y pese a haber perdido varios kilos, conservo la esperanza, porque el otro día una amiga socialista andaluza, que fue reclamada por unos parientes de Toulouse, me prometió que también van a sacarme de aquí. Se llama Lola. Los idiomas y la fotografía pueden ser un aval para que me encuentren trabajo. Si no, siempre queda la opción de la limpieza. Trabajar de criada sería el Cielo comparado con este infierno. Estoy muy ilusionada con la posibilidad de abandonar este lugar indeseable. ¡Y pensar que estamos en Francia! ¡Cuánta desilusión con este país, madre mía!

¿Sabes que aún desconozco los motivos de mi liberación de la cárcel de Ventas? Todo fue muy raro, pero no quise saber nada más del asunto hasta que los amigos de tu padre me ayudaron a cruzar la frontera por los Pirineos. Nunca pensé que pudiera ser tan fácil.

El motivo principal de esta carta es contarte que estuve unos días en tu casa y envidio tu suerte. Tus padres son gente de ley. Tienes que estar muy orgullosa de ellos. Me ayudaron, no puedes imaginar con qué mimo. Algún día me gustaría poder corresponder a tanto cariño. A ver si cambian las cosas.

Como te decía, todo lo relativo a mi salida de la cárcel fue muy raro. La madre superiora que se me acerca, que me mira con desprecio y me dice, con voz desencantada, que me dejan libre, que puedo marcharme. Así, de repente. No se me

olvida el desdén y la luz violenta que brillaba en el fondo de sus ojos. Escuché sus palabras con desgana, convencida de que era una broma macabra. Pero la superiora, venga y dale, que puedo marcharme, que alegre la cara de difunta y le dé gracias a Dios. Tardé en reaccionar porque ya hacía tiempo que me habían anunciado la Pepa. Tenía la impresión de que aquello era más un error que otra cosa. Sabes que yo, excepto ayudar en la escuela, no había hecho nada para reducir mi condena y a nadie había pedido ayuda. Terminé por aceptar la noticia con una euforia resignada. Sufrí mucho cuando llegué a la galería y vi que tú no estabas. Todas, o casi todas, me felicitaron con una amarga alegría. Me dolieron algunos abrazos como los de Martirio, Julia o Maribel, a las que también les habían comunicado la Pepa. Quizá esos asesinos ya se las hayan llevado al campo Este. Muchas me dieron sus direcciones, me ofrecieron sus casas y me confiaron recados estremecidos para sus familias. Pero tú estabas en la celda de castigo y no pude despedirme de ti. Me gustaría haberlo hecho. Después de todo, tú eras mi mejor amiga. Seguro que me acogías en tu abrazo enorme y confortable. Dejé recado a todas para que te dijesen que visitaría a tus padres y les hablaría de ti. Y eso es lo que hice. Antes de salir, media docena de presas se pusieron a cantar y me despidieron con nuestra canción revolucionaria. ¿Recuerdas? La de la Rianxeira, a la que le pusimos aquella letra sobre la muerte, que tan bien le venía al caso:

La Pepa Negra todas las noches

sale a las calles de Madrid,

llama que llama a las puertas,

no le vayáis a abrir…

No pude contener la emoción cuando vi que acudían de otras galerías y se unían al estribillo. Cuando la funcionaria corrió el cerrojo y calló el murmullo sedicioso de la canción, me quedé sola en mitad de la calle, sin un real, sin saber realmente qué hacer ni adónde ir. Y me puse a caminar sin destino fijo, saboreando la vida de las calles, haciendo uso de una extraña libertad, incómoda como unos zapatos nuevos, perdida en mí misma y temerosa de mi futuro, que no podía ser otro que huir lejos, muy lejos. Alguna gente me miraba con desprecio, como si mi condición de presa política se notase más en mi rostro que en mi ropa raída o en mi pelo sucio. En otras miradas era capaz de ver algo de comprensión. Pero estaba sola en Madrid, mortalmente sola. Llevaba así

mucho tiempo y comencé a cansarme de andar sin rumbo, en esta nueva condena que había caído sobre mí. Y fue el hambre la que me empujó hacia Carabanchel. Recordaba tu dirección, como un tatuaje sin cicatrizar, y le pregunté a una vieja que, con palabras abatidas y desconfiadas, me dijo que siguiese caminando todo recto, y pregunté una y otra vez para recibir indicaciones hasta que las voces me condujeron después de mucho tiempo a tu edificio. Subí las escaleras. Llevaba los labios secos y agrietados, el corazón encogido como un ovillo y, de repente, la puerta de la esperanza que se abre cuando pronuncio tu nombre y tu madre me recibe con un cariño insospechado, sí, mi hija nos ha hablado de ti, y me presenta a tu padre, otro gigantón de barbas que tiene la misma voluntad en sus ojos que tú en los tuyos, y que en ese momento se marcha porque tiene que abrir la ferretería. Puedes quedarte los días que precises, esta también es tu casa. Sí, los mismos ojos, Adela, hasta la entonación de la voz es igual a la tuya. Y durante cuatro días en los que pude recuperar peso y salud, me acogieron como a una hija, quiero que lo sepas. Me trataron como a una reina. Tus padres me contaron muchísimas cosas de ti. Ahora puedo decir que te conozco bien. Y por si ya no fuera suficiente, tu padre me arregló un viaje a Barcelona con un proveedor catalán de tornillos y clavos que era comunista y me puso en contacto con gente para cruzar la frontera. No puedes imaginarte qué bocadillos gigantescos me preparó tu madre para el viaje. También me obligaron a coger un poco de dinero que algún día espero poder devolverles. Y mientras aquella camioneta azul cruzaba media España hacía mi exilio, no dejaba de pensar en ti y te veía bajando a comunicar y llorando de alegría cuando tu madre te decía que yo había estado en tu casa, que había dormido en tu cama y había comido con apetito sus comidas, y te sueño, orgullosa, difundiendo la noticia por la galería, contagiando mi libertad a las otras compañeras que, quizá juntas, vuelvan a cantar el rumor insurrecto de nuestra melodía.

Nada más. Aguardo que te suelten en un suspiro y cambien las cosas para poder encontrarnos de nuevo. Recibe un abrazo más grande que tú y un millón de besos desde Francia.

—¡Es increíble! ¡No puedo creerlo!

Una mezcla de sorpresa y emoción diferida se revuelve dentro de mí y me provoca el llanto. Este matrimonio anciano observa el desconcierto que me deja la lectura de esta carta en la que no solo descubro infinidad de datos sobre mi tía, sino también la maravillosa posibilidad de que aún esté viva. A mi sorpresa inicial le sigue ahora una alegría y un optimismo delirantes, y una fascinación por resolver los misterios. Y vuelvo a leerla con atención y un inmenso placer que me ayuda a recomponer todos los

datos relevantes que se desprenden de esta carta escrita con pasión y una expresividad que no deja de causarme asombro.

—Fueron muy amables con ella.

—¿Cómo no íbamos a echarle una mano? ¡Qué menos! Era lo mínimo que podíamos hacer —mete baza la anciana con una voz tan dulce como la caricia de una mariposa. Su marido concuerda con ella en un gesto aquiescente y vuelve a revolver en el interior de la carpeta.

—Le contestamos para decirle lo que le habían hecho a Adela, pero nuestro envío debió de tardar en llegarle porque un tiempo después recibimos esta otra carta para nuestra hija.

Sin poder contener mi curiosidad violenta, cojo la carta de forma brusca y, por un instante, no soy capaz de leerla porque una niebla de inquietud vela mis ojos. Tengo que frotarlos con la mano izquierda para limpiar la tela de araña y poder adentrarme en el tesoro de las letras.

Querida Adela:

Espero que goces de buena salud y ya estés en casa con los tuyos. El no saber nada de ti me hace sospechar lo peor, pero también pienso que quizá mis cartas no te llegan por la censura o porque tus padres han cambiado de dirección. A veces, incluso tengo la esperanza de encontrarte aquí en Francia. ¿Sabes? Los familiares de mi amiga Lola me han conseguido, por fin, un trabajo de fotógrafa en una tienda de Toulouse. He salido hace poco más de una semana y ya me pagan mil francos al mes. Vivo con Lola, que limpia varias casas y tiene un carácter tan alegre que hace que me olvide muchas veces de la soledad del exilio. Como la guerra ha movilizado a muchos franceses, yo hago las veces del hijo del fotógrafo. El dueño no es mala persona, pero tengo que trabajar muchísimo, lo cual no me importa nada de nada. Me ha hecho un contrato por seis meses. Solo tengo una cubeta. Y clichés esparcidos por todas partes. Esta semana ando enredadísima y estoy echando los hígados por la boca. Hago clichés para carnés de identidad y postales. Esta primera semana ya he hecho 230 clichés de carné, 15 para postales y 40 reproducciones. Para que te hagas una idea, los precios de las seis copias de carné son 10 francos y los de las postales, 30. Como no tenemos tiempo para hacer la comida, Lola y yo comemos en una casa en la que pagamos siete francos, incluida la propina. Allí he conocido a Lucien Giraud, un maestro francés con el que he hecho

buenas migas, ya me entiendes. Está muy interesado en presentarme a su familia, que vive a cincuenta kilómetros en una villa llamada Carcassonne. Me ha prometido que, cuando termine la guerra, hará todo lo posible para que yo sea feliz, allí, al pie de esa villa medieval en la que se ha criado. Yo no le hago mucho caso, pero su optimismo a veces es contagioso. Si hay suerte, quién sabe, tal vez terminemos juntos y vayamos a hacerte una visita a Madrid, porque para entonces Franco ya estará muerto. Ojalá. Si llegas a conocerlo, comprobarás que Lucien no es de esos comunistas que aceptan las palabras de sus dirigentes con una devoción mesiánica. Discutimos mucho sobre política porque no estamos de acuerdo en muchas cosas. Aun así, Lucien reconoce que la pertenencia al partido le ha creado un tipo de obligaciones universales, pero él también tiene sus propias ideas y siempre pone todo en cuestión, como debe ser. Él me gusta y también esas poesías tan hermosas que me hace. Dice que tenemos que organizarnos para echar de Francia a los boches, y no deja de repetirme que el futuro está en nuestras manos. Es un iluso, como casi todos los comunistas.

Y a ti, ¿cómo te va? ¡Cuánto me gustaría tener noticias tuyas y saber que estás viva, si puede llamársele vivir a estar bajo esa dictadura! Espero que te hayan dejado tranquila a ti y a los tuyos. Llevo mal el no saber nada de ti. Tengo miedo de que te haya pasado algo. Y solo me anima tu fortaleza. ¿Sabes? La otra noche soñé que te casabas con un hombre más bien bajito, que no te llegaba más allá de la cintura. No recuerdo cómo se llamaba, pero todas las noches lo cogías en brazos como a un niño, y le cantabas nuestra canción para que durmiese un sueño revolucionario. ¡Qué cosas soñamos! A veces, cuando despierto, todavía tengo la sensación de hacerlo en la cárcel y busco tu mano invisible… ¡Ojalá estuvieses aquí junto a mí! Todo sería mucho más llevadero. Con certeza.

Nada más. Dales un beso más enorme que tú a tus queridísimos padres. Y recibe un abrazo muy muy muy fuerte, de esta amiga tuya que te quiere en la distancia y tiene nostalgias de ti.

Poso la carta sobre mi pecho y noto que algo muy semejante a la angustia va enredándose en la garganta. Se abre también un silencio tenso en el cuarto y me siento asaltada de nuevo por una sensación de intemperie ante estos dos seres que palpan mi asombro. Sus miradas, sobre todo la de él, que está fija como un relámpago de magnesio, me traspasan con el peso frío de la melancolía. La orfandad de este matrimonio aplasta parte de mi alegre descubrimiento, y mastico las palabras de mi tía como si fuesen un alimento de esperanza. Calculo el dolor umbilical de los dos ancianos cuando leyeron la fraternidad de estas cartas que iban dirigidas a su difunta hija y

sospecho que debió de ser algo terrible. Pero también es cierto que con esta correspondencia esporádica se alzaría la ilusión clemente de que su hija continuaba viva en la distancia y en la memoria de otra persona.

Con mañas de prestidigitador, el viejo vuelve a revolver en la carpeta con sus dedos largos como anguilas y saca de nuevo un sobre que pone ante mis ojos.

—No supimos nada de ella hasta mucho después. Entonces nos mandó esta otra carta en la que apenas nos cuenta nada y en la que tampoco pone dirección. Quizá tuvo miedo de que no aceptásemos tanto dinero y le devolviésemos todos los billetes que nos metió dentro. Lo curioso es que tampoco puso su nombre.

Queridos Celsa y Belarmino:

Espero se encuentren bien de salud. Diversas circunstancias me han impedido ponerme en contacto con ustedes, sobre todo para darles mis más sentidas condolencias. Me gustaría que pusiesen una docena de rosas en la tumba de su hija. Les ruego también que acepten este dinero y no se sientan ofendidos. Reciban un fuerte abrazo y gracias por su bondad.

La lectura de esta carta breve me deja estremecida de nuevo, no tanto por su carácter frío y esquivo, sino porque en el matasellos figuran tanto la fecha de 1942 como el lugar de Carcassonne, la tierra en la que el tal Lucien Giraud le había prometido una vida feliz. El hecho de que en la carta no figure su nombre por ninguna parte me hace pensar que a esas alturas de la guerra ella debía de tener problemas y temía que alguien pudiese descubrirla. La idea de que los dos acabasen haciendo vida en común durante la guerra no cobra fuerza dentro de mí, pero sí despierta otras expectativas que nada tienen que ver con la desgracia presentida de hace unas horas, cuando yo aún tenía la creencia infalible de que mi tía había muerto en la cárcel. Ahora, saber que llegaron a la villa natal de ese hombre me anima a pensar que sus vidas pudieron encontrar refugio entre los familiares de él, que los ayudarían y les proporcionarían, cuando menos, lo necesario para huir de la sombra inquietante de los boches. Las cosas no debieron de resultarles fáciles. ¿Qué sería de ellos? ¿Se enamoraría mi tía Laura finalmente de este Lucien Giraud? Quién sabe si abandonarían el país o los apresarían.

Como esas muñecas rusas que esconden dentro de sí otras más pequeñas, la vida de mi tía se me presenta en fragmentos, difusa, pero este dato de su llegada a Carcassonne es un rastro definitivo que vence mi arrebato inicial y suma la posibilidad, o el deseo, de encontrarla con vida. Lo más sorprendente es que estuviera en esta villa en un tiempo en que también estuvo su querida amiga Mercedes Núñez. ¿Cómo es posible que no hubiesen sabido la una de la otra? No lo sé. El mundo es un pañuelo.

Lo cierto es que su trágica desaparición gira ahora en la perspectiva de una supervivencia itinerante que comienza en la cárcel de Ventas y termina, de momento, en una villa medieval. Y, en medio, esas "diversas circunstancias" que empujan mi imaginación hacia hechos teñidos de un heroísmo privado.

—Ya nunca más volvimos a saber de ella.

Las palabras del ciego no borran mi esperanza. Tengo el convencimiento de que la tía Laura, una vez que supo que habían fusilado a su amiga en el Campo Este de Ventas, entendió que lo mejor era no escribir para no recordarles la pérdida de su hija. La frialdad de la carta, con el añadido del dinero, invita a pensar en una despedida definitiva.

Totalmente conmocionada por el descubrimiento de las cartas, tomo café con estos dos ancianos y asisto con voluntad distraída a la fiebre triste del recuerdo de su hija. Me muestran las fotografías de una Adela que, pese a su estatura, era dueña de una hermosura un tanto vulgar y que exhibe cierta elegancia en sus gestos. Con voz cansada, aplastados por la nostalgia, los dos ancianos vuelven a las mismas anécdotas que también debieron de contarle a mi tía Laura cuando pudo abandonar la cárcel y se acomodó durante unos días en la hospitalidad de este hogar roto por la desgracia. Late en sus palabras una rabia que lleva tiempo creciendo en la ausencia. Las suyas son voces que vienen de lejos, como de una sima oscura. Y cuando les cojo la mano a los dos en un gesto de agradecimiento, el ciego levanta la derecha en busca de mi cabeza y acaricia con suavidad mi rostro como si quisiese copiarla en su piel o estuviese tocando la carne de un recuerdo.

—Clavada.

Siento el calor estremecido de su palma en mi mentón, el hormigueo de sus dedos esculpiendo de nuevo mis ojos y mi nariz, tal vez rastreando una ausencia o comprobando la certeza de un milagro.
Y cierro los ojos con la intención de fijar su rostro triste en mis párpados, pero no soy

capaz de concentrarme porque en mi cabeza ya se ha instalado la idea insensata de un nuevo viaje.

XXVI

El viento que entra por la ventanilla del autobús levanta las páginas del manuscrito creando la impresión de un pájaro atrapado que aletea para huir. Como si tuviese miedo de que pudiesen volar, con el dedo índice sostengo las cursivas esmeradas que dibujó papá en este cuaderno negro. La lectura me deja atónito. No podría afirmar de un modo rotundo que esta novela corta sea una verdadera obra maestra, pero la sugestión y el aliento de sus páginas ocultan una incitación desconocida que me ha instalado en una realidad que sospecho y asumo con asombro. Y aunque no soy capaz de situar esta ciudad imaginaria habitada por espectros que se mueven por calles sombrías y solitarias, ni reconozco la niebla extravagante que sube del río y borra los puentes, ni intuyo el viento frío de la nieve que inmoviliza el miedo, sí puedo confirmar que la historia está cubierta de veladas alusiones a la vida de papá, fragmentos sueltos con los que fue tejiendo un relato en el que fuerza los límites del lenguaje y busca una suerte de confusión angustiosa capaz de mantener el alma en vilo. La atmósfera asfixiante y triste que, como un cuchillo, recorre toda la novela, está muy lograda y funciona como una alegoría de su personalidad solitaria y fantasmal.

Tocado por un escalofrío de orgullo y reconocimiento, paso las páginas otra vez y busco en ellas algún tipo de respuesta para una extraña inquietud que me ha dejado la lectura del relato. Es como si en su interior se cobijase alguna clave secreta necesaria para comprender mejor su mundo cerrado. No sé si la humildad o su alta exigencia pudieron con el deseo de publicar esta pequeña joya literaria que, según la fecha que aparece al final, terminó un año antes de conocer su grave enfermedad. Lo cierto es que alguna pretensión tendría cuando optó por confiarle a Braulio Cabanas el propósito de escribirla. Pero, ¿por qué no se la entregó para su publicación? Y, lo que para mí es más importante, ¿por qué me mantuvo al margen de un proyecto tan extraordinario? ¿Quién es esta Penélope a la que él dedica la novela? ¿Será la mujer que aparece con él fotografiada en París? ¿Qué hay detrás de esa frase: "Para Penélope, que siempre tejió ausencias"?

Cierro los ojos un momento y me acerco a los estertores de su enfermedad para intentar establecer un vínculo definitivo entre el título del libro y aquellas palabras violentas que la morfina alentó en su delirio. Quizá en la agonía de aquella frase su inconsciente movía los últimos resortes y papá solo aspiraba a dejar constancia de este legado. Y ese niño que nacía muerto para su madre no era sino el protagonista de esta novela, Eleuterio Arén, un ser que crece entre libros y en el ambiente cerrado de una casa en la que solo están él y esas dos mujeres piadosas afectadas por las consecuencias trágicas de una guerra.

En la lectura me resulta tremendamente divertido comprobar las fuentes reales de las que papá sacó el alma fiel de sus personajes. Así, las dos mujeres, Anunciación y Socorro, que acogen en su casa al niño muerto, debieron de perfilarse no solo en la memoria de esas dos hermanas de O Caramiñal que le permitían leer a papá, cuando niño, los libros de su nutrida biblioteca, sino también en el temperamento y en hechos concretos de la vida de mamá y de la abuela Amalia. Del mismo modo, queda patente que Eleuterio Arén es un remedo de papá, con una personalidad que a veces también me alcanza a mí —me resulta fácil reconocerme en ese niño solitario e inmerso en un ambiente austero y triste, ajeno a la luz y a la vida—. Lo que más me extraña es la ausencia de referencias veladas a la abuela Marta y al abuelo Luis, a pesar de que la historia comienza en una contienda imprecisa que tiene numerosas analogías con la Guerra Civil. En las páginas en las que describe con especial maestría el ambiente de la ciudad, se representa el espejo fidedigno de los momentos más grises de la posguerra, pero los padres de Eleuterio Arén apenas tienen protagonismo en el relato; el padre no merece ni una línea por parte del narrador y el lector normal tampoco los echará en falta porque su concurrencia no es necesaria para la historia. Con todo, intuyo un olvido premeditado en la novela y me inclino a pensar que papá prescindió de ellos por algún oscuro motivo. Más de una vez he pensado en lo poco que quedó de mis abuelos en la personalidad de papá. Aunque es cierto que ellos murieron relativamente jóvenes, por aquel entonces papá ya se había casado, por lo que su orfandad no se produjo a una edad temprana. Y me cuesta creer que él ya no fuese así de niño, un ser apagado y taciturno que tuvo en mí una triste réplica.

El autobús acaba de dejar Iria Flavia y, como Santiago ya está más cerca, calculo la sorpresa de Braulio Cabanas y la euforia que experimentará cuando lea la novela y sea consciente de su valor literario. Supongo que a él también le extrañará que papá utilice su apodo universitario para firmar el libro, como si por una vez aceptara reírse de sí mismo o simplemente intentase evitar que yo pudiese detectar su autoría.

Registro en el argumento un sentido clandestino y oscuro e imagino la vida de esas dos hermanas beatas que pasan los días leyendo y rezando para que Basilio Arén, el marido de Socorro, la menor, vuelva sano y salvo de la guerra y pueda asistir al nacimiento de su primogénito. Anunciación, la mayor, que ya conoce este dolor porque ha perdido a su marido —también militar, en otra guerra—, da ánimos a su hermana con letanías y palabras dulces, y cuida de ella como una madre lo hace de su hijo. El embarazo de Socorro se ha complicado y Anunciación tiene que dejar su actividad filantrópica en el hospicio de la ciudad —el rostro de mamá se impone de una forma definitiva en la configuración ideal de esta mujer—. Poco a poco van llegando noticias de la guerra y, en una carta, Basilio Arén calma su desesperación y les dice que lo han ascendido, que volverá a casa de inmediato. Pero la siguiente misiva que les llega ya no

la firma él, sino la autoridad militar que les confirma la muerte heroica en combate del joven alférez y deja caer la promesa de una serie de distinciones que en el futuro ocuparán el salón de la casa, en una especie de santuario devoto. La trágica noticia llega en el séptimo mes de gravidez y a Socorro se le adelanta el parto. El niño, para el que habían proyectado el notable futuro de diputado, nace muerto y la matrona lo certifica con un gesto piadoso y angustiado. Anunciación abraza con fuerza a su hermana, que es incapaz de llorar y que lanza, como un exabrupto, la sentencia de que Basilio ha matado a su propio hijo. Anunciación piensa que algo muy sólido se ha quebrado dentro de su hermana para culpar con ese furor histérico a su difunto marido. La matrona, que es una vieja amiga de la casa y también trabaja en el hospicio, recoge su instrumental e intenta acercarse a Socorro para infundirle ánimos, pero esta, de repente, con una hostilidad brutal en los ojos, insiste en ver al niño y no cesa hasta que lo tiene en brazos y lo acaricia con pasión de madre. "Eleuterio será diputado". Sus palabras son tan firmes que ninguna de las dos es capaz de arrancarle esa ilusión y se quedan mirándola con una amargura infinita, porque ella arrulla al niño muerto y entona nanas con una dulzura insoportable. "Desde luego que será diputado". La angustia que papá consigue transmitir en este capítulo es tangible y prepara al lector para las siguientes páginas, cuando Anunciación, después de dejar a su hermana dormida junto al bebé muerto, se muda de ropa como si fuese a ir a misa y sale esa misma tarde con la matrona hacia el hospicio de la ciudad. En su bolso lleva parte de los ahorros y el lector todavía no puede adivinar el sentido de todo ello y tardará en saber que ese dinero es para vencer la voluntad del director y sellar los labios de la matrona. No sabemos qué ocurre dentro del hospicio. Tenemos que conformarnos con la sugerencia y la realidad casi tétrica del siguiente capítulo, cuando dos mujeres atraviesan de noche la ciudad, veladas por la niebla y la penumbra, con un fardo blanco en el que llevan escondida una criatura de apenas unos días. Cuando llegan a casa, caminan de puntillas para no despertar a Socorro, que todavía duerme su sueño manso, abrazada al cadáver menudo de su hijo. Y mientras Anunciación desnuda al niño que han traído del hospicio, la matrona, un poco desnortada por la encomienda, prepara el enorme tarro de formol en la cocina. Y así, con mañas felinas, la hermana mayor deshace suavemente el abrazo de Socorro para arrancarle su dolor e intercambia el bebé muerto por ese niño que se vale del calor de las sábanas para adecuar su aliento breve en la piel de su nueva madre. Con frialdad forense, Anunciación limpia de nuevo el cadáver y lo introduce en el tarro de formol. Después lo lleva a su cuarto y lo coloca sobre el armario. Durante un momento observa que el arrullo del cuerpo sumergido crea un efecto de actividad. Está tan concentrada en esa sensación de vida que, cuando la matrona se acerca para despedirse, Anunciación parece asumir el delirio de su hermana y, sin apartar los ojos del tarro, le asegura que Eleuterio Arén será diputado.

Las primeras casas de Santiago se acercan por el horizonte y me pregunto si tendré tiempo de hacerle una visita a Verónica antes de hablar con Braulio Cabanas. Me apetece verla para hacerla partícipe de la novela y de los descubrimientos de estos dos días. Lo que no quiero es pasar por el despacho. Tendría que saludar a todo el mundo. Lo mejor es que la llame para que cenemos en su casa y así aprovechar para contarle que Anunciación vigila durante horas el sueño de su hermana Socorro quien, finalmente, despierta con los gemidos del niño hambriento, y le ofrece el pecho y su sonrisa maternal. Tiene los ojos húmedos y le confiesa a su hermana su sueño trágico, "el niño se me moría, Dios santo, qué boba, y ya lo ves, vivo y dando guerra, un niño hermoso, el vivo retrato de su difunto padre. Sí, Eleuterio Arén, el primer diputado de la familia, sí, señor". Y Anunciación, de repente, que le dice que sí, que no había sido un sueño, que uno de los niños había muerto. "¿Uno? Sí. Uno. Lo siento. Eran mellizos". Pero Socorro no llora y agradece al Señor que, por lo menos, le haya salvado a uno. Y mientras el pequeño mama con una voracidad entrañable, ella pregunta dónde está su hermano. Y la hermana mayor vuelve con el tarro de formol y se lo acerca a los labios para que Socorro bese el cristal y caiga en la cuenta de que era inevitable la muerte de un ser tan pequeño. "¡Mira qué pequeño! Eleuterio supo alimentarse mejor. Es más fuerte. Como tiene que ser diputado…" Y la pobre Socorro, con los ojos inyectados en sangre, anuncia que el niño muerto se llamará Basilio Arén, como su padre, un militar honrado y valiente.

Sé bien la fascinación que el relato habrá de producir en Verónica. Ella compartirá conmigo la alegría insensata de estas dos mujeres viudas que se entregan en cuerpo y alma no solo a la instrucción de Eleuterio Arén para que pueda llegar a ser diputado, sino también a la educación secreta de su hermano Basilio que, como una reliquia viva, preside el salón y es parte también del tráfico de letanías y oraciones. Y así, en los siguientes capítulos, asistimos a la vida de Eleuterio Arén, inmerso en una atonía ingrávida, sumergido en el abismo de libros de santos, política e idiomas, con la presencia inquietante de su difunto hermano y la vigilia obsesiva de la sombra de sus dos tutoras. Resulta trágicamente conmovedora la ilusión que las dos mujeres depositan en el futuro del niño vivo, la forma anacrónica de vestirlo, como un hombrecito relamido, aplicado en los estudios y marginado por todos sus compañeros que no comprenden su mundo programado, exento de juegos y otras pasiones de la niñez. La tenacidad de ambas mujeres trasciende la ciudad y a Eleuterio Arén ya se le ajusta a los seis años el apodo de El Pequeño Diputado, un sobrenombre que no lo abandonará hasta que la tragedia aplaste su futuro. El colegio, la casa y la iglesia son apenas los tres lugares donde transcurre su vida y pronto sus conocimientos alcanzarán a los de su propio maestro, un viejo enamorado de la física y de las matemáticas, pero con muchas lagunas en las materias de humanidades, incapacidad que humildemente reconoce antes de recomendarles a las dos mujeres que matriculen al chiquillo en el mejor colegio

de la ciudad. Y no tarda este nuevo centro en quedarse corto para el aprendizaje voraz de Eleuterio Arén, que comienza a recibir clases particulares en su propia casa y ya casi se ha aprendido de memoria el Código Civil.

Durante varios capítulos papá va presentando con eficacia una serie de educadores de lo más singular que se integran en el ambiente claustrofóbico de la casa y asumen el reto de preparar, a conciencia, al futuro político. Un cura que piensa en latín y es capaz de recitar de memoria capítulos enteros de las escrituras, una monja un poco bizca con grandes conocimientos de francés y de historia. Contratan incluso a un diputado anciano y artrítico para que Eleuterio Arén reciba clases de oratoria y domine la esgrima verbal con la que doblegar al adversario. Un día, poco antes de que el muchacho sea el universitario más joven de la ciudad, un resfriado acompañado de fiebres altas hace que estas dos mujeres y toda la camarilla instructora se queden sin sangre en las venas y teman no solo por su vida sino también por el fracaso colectivo que supondría el que no llegase a ser diputado. Por suerte, Eleuterio Arén sale adelante y enseguida en su expediente comienzan a brotar las mejores notas con el asombro de muchos de sus profesores.

Con veinte años se convierte en el licenciado en Derecho más joven del país y su carrera política está cantada. Su fama ha trascendido y el Partido Conservador se fija en él. Pero es muy joven y las leyes todavía no permiten que sea diputado. Y en esa larga espera es cuando surgen los primeros problemas. En las tribunas políticas se agita el preludio de una nueva guerra y en pocos meses el país se ve arrastrado por furores patrióticos que conquistan las calles. Eleuterio Arén, que en esos días está preparando las oposiciones a notarías, habla cada vez más con el tarro de formol e intenta convencer a su hermano de su posición ante los acontecimientos. El Ejército, la Iglesia y el Partido Conservador tienen razón y, para reafirmar sus palabras, una mañana se coloca las medallas del insigne militar que fue su padre y se ve sacudido por un estremecimiento sanguíneo que lo hechiza. Y poco a poco crece dentro de él el deseo de defender a la Patria y no le dice nada a nadie; solo a su hermano muerto. Empujado por esta nueva pasión se le agria el carácter y, aunque trama su plan en silencio, se les rebela a su madre y a su tía, que no son capaces de atisbar los cambios que se están operando en la personalidad del futuro diputado.

A esta altura de la novela, papá regresa con pericia al comienzo de la historia para encontrar un final que no por previsible deja de ser magnífico. Me encanta el último capítulo en el que Eleuterio Arén prepara en secreto su viaje y justifica su decisión ante su hermano muerto con un discurso brillante que parece ya ensayado en la Cámara de los Diputados: el rostro inédito, arrobado por el presagio de la sangre, y las manos que dibujan palabras que vuelan nerviosas, desnortadas como golondrinas en medio de una

tormenta. Habla con tal contundencia que parece inflarse, aumentar de tamaño. Es como si tuviese una traca en la boca y le estallasen las palabras envilecidas. Su mirada es una sierra y su inteligencia agresiva le tensa los músculos y le hace sentir anticipadamente en sus venas el odio vicioso de la guerra. Y se alista voluntario en el Ejército y una noche, después de despedirse de su hermano Basilio, abandona el silencio de la casa y se pierde para siempre entre la niebla que vuelve a enterrar la ciudad fantasmal.

Tácitamente, sin sentencia ni capa de moralidad, papá representa la última escena con las dos mujeres de luto, acompañadas por un cura que impreca en un latín pulcro y refinado, una monja que se lamenta en francés y un anciano diputado, retorcido por la artritis, que intenta alimentar la memoria del soldado con alabanzas inflamadas. En el centro de la mesa, el cuerpo sumergido y elevado de Basilio Arén justifica el título y es la metáfora perfecta de ese hijo que camina hacia el campo de batalla como una maldición que ha caído, de antiguo, sobre la familia. La descripción es antológica y es fácil imaginarse allí a todos esos seres memorables, unidos por el miedo y un dolor que les hace velar anticipadamente la muerte de Eleuterio Arén, el pequeño diputado.

Al bajar del autobús cierro el cuaderno de cuero y vuelvo a tener la misma impresión que ayer, cuando concluí la lectura: la casa de estas mujeres es la misma en la que me crié, aquí, en esta ciudad milenaria, y la atmósfera oscura de la novela se corresponde con lo percibido en mi infancia. Incluso me alcanza la pregunta de si esa frustración colectiva que constituyó la huida de Eleuterio Arén no estará basada en el desengaño que Carlos y yo supusimos para nuestros padres al no haberse confirmado ese futuro de médico o notario que habían planeado para nosotros.

La lectura me ha afectado tanto que camino por las calles de Santiago como si comprobase los lugares de la novela y apenas reparo en el tiempo ni en la vida que transcurren a mi lado. Mi realidad está ahora dentro de las páginas creadas por mi padre y la ciudad se abre a sus palabras. Me resulta fácil vislumbrar la niebla sepultando la piedra y embozando los rostros, mientras el interior de una casa se llena de ausencia. Estoy tan embebido en la historia que entro en la cafetería como en un capítulo más del libro y todavía tardo en darme cuenta de que ese hombre de pelo cano que me acoge en un abrazo es Braulio Cabanas.

—¿Cómo estás?

—Mejor.

La presencia del editor me rescata de mi ilusión y me transmite una energía nueva. La elegancia de sus gestos, el pelo luminoso y sus facciones geométricas le proporcionan un fuerte atractivo, como de viejo galán cinematográfico.

—Así que apareció.

—Sí.

—¿Y cuál es tu opinión?

—No sabría decirlo. La temática, digamos que no es muy actual, pero la manera en que está escrita me parece soberbia. A mí me gustó mucho.

—No me extraña que sea una obra maestra. Tu padre tenía mucho talento y se le notaba en todo lo que hacía.

Pido un café y le extiendo el cuaderno de cuero negro a Braulio Cabanas, que lo coge con sus largas manos de pianista y lo observa con un brillo propietario, de calculada codicia.

—Tienes razón. Es una novela corta. Si tú quieres, podemos editarla en un par de meses. Tampoco tienes que sentirte obligado conmigo. No me parecería mal que intentases buscar una editorial más grande. Yo te ofrezco una edición en tapa dura y una primera tirada de dos mil quinientos ejemplares.

—Sospecho que la voluntad de mi padre sería que quedase en sus manos.

—En cuanto tenga preparado el contrato te llamaré y quedamos para comer. Intentaremos hacer una buena distribución, sobre todo, en los ámbitos universitarios. Será todo un acontecimiento. Tu padre gozaba de mucho prestigio. Algunos de sus libros siguen utilizándose en varias facultades, y la novela de un estudioso de su categoría causará, cuando menos, cierta curiosidad.

No me cabe la menor duda de que toda esta euforia se multiplicará en cuanto él lea la novela y compruebe el alcance literario de este cuaderno manuscrito. Pero ahora mi interés no está tanto en la publicación como en acercarme al pasado de mi padre.

—¿Tiene idea de quién puede ser esa Penélope a la que mi padre le dedica la novela?

—No.

—Estoy ordenando su biblioteca y, aparte de la novela, he encontrado algunas cosas que me intrigan. Tengo la sensación de que mi padre era un perfecto desconocido para mí.

—Tu padre era muy reservado. Tampoco te creas que yo sé mucho de él. Tenía una inteligencia y una memoria prodigiosas. Su alta erudición se sustentaba en esas dos cualidades. Nunca he conocido a nadie tan sabio. Y lo curioso es que nunca se le subía a la cabeza. Pero en lo personal, era una puerta cerrada. Nuestras conversaciones siempre se ceñían a la universidad o a lo estrictamente literario.

Detecto en sus palabras un enroque, como si preparase una defensa para alguna pregunta incómoda.

—Di con estas fotografías en un cajón bajo llave y he podido averiguar que todas pertenecen a familias represaliadas durante la guerra. Según parece, las hizo mi abuela. Lo que no entiendo muy bien es el motivo ni el miedo por el cual mi padre las guardaba con tanto celo.

Braulio Cabanas pasa las fotografías con cierta indolencia y no parece dar con la respuesta a mi pregunta.

—No tengo ni idea del propósito de tu padre. Lo que sí puedo asegurarte, sin ser un especialista en el tema, es que esa abuela tuya era una profesional que dominaba la técnica. Mira bien la luz de esta fotografía. Esto no es puro azar —el editor parece meter los ojos dentro de la imagen—. No lo sé. Tu padre era una persona consecuente y muy respetada dentro y fuera del Régimen. No se enfrentó al franquismo, pero tampoco se prestó a su causa. Él solo procuró sobrevivir dignamente, enfrascado en el mundo de los libros y dando prestigio a una universidad llena de satélites franquistas, muchos de ellos, hoy fervorosos defensores de la democracia. Algunos incluso recalaron en el Partido Comunista. Tu padre fue un revolucionario a su modo y mantuvo la dignidad hasta el final. Sus mejores avales son sus alumnos y la vigencia de sus estudios literarios.

Tengo la impresión de que las palabras de Braulio Cabanas son sinceras, pero intuyo que en su emoción subyace una justificación que también lo alcanza a él. Su argumento no es algo que me importe demasiado porque ahora las yemas de mis dedos se entretienen con la fotografía que late en el bolsillo derecho de mi chaqueta como un corazón desbocado.

—Esta también estaba guardada bajo llave.

En cuanto pongo sobre la mesa la imagen de París, los gestos del editor se vuelven nerviosos y la ansiedad lo obliga a encender un cigarrillo. Como si ya conociese de memoria la fotografía y tuviera miedo de quemarse con ella, ni tan siquiera la toca y enseguida desvía su mirada hacia el techo para evitar la molestia de la mía.

—¿Quién es? —insisto

—Estuvo en el entierro.

—No la recuerdo. ¿Quién es?

Aunque la derrota de su mirada refuerza mi presagio, la angustia arde en mi garganta y aviva en mí una inconsciente hostilidad.

—Milagros Delgado.

—¿Está diciéndome que mi padre tenía una amante que podría ser su hija?

—Eso deberías preguntárselo a ella. Es profesora de literatura en la facultad.

Por más que lo intento, hay dentro de mí una incapacidad para creer que papá, ese ser crepuscular, misántropo y aparentemente misógino, amigo de la rutina y de la soledad consciente, pudiera enredarse en una aventura amorosa en vida de mamá. No me cabe en la cabeza, pero los ojos negros de Braulio Cabanas no me engañan y la fotografía es la prueba palpable de esa relación insólita.

Esta confirmación me envuelve de tal modo que ya apenas atiendo a la conversación del editor y solo cuento los minutos para encontrarme con esta mujer que pudo tocar el corazón severo de mi padre y, con certeza, acceder a los misterios de su interior.

—¿Será ella la Penélope destinataria del libro?

—No lo sé.

XXVII

La paz de la mañana, apenas mordida por la voz fresca de una locutora que desmenuza toda una serie de noticias sobre asesinatos, accidentes e incendios ocurridos durante la noche, encierra la certeza del domingo y me instala en una nueva somnolencia que todavía cobija los rescoldos de un sueño fomentado por la radio. En mi vigilia permanece un temblor huidizo, la reverberación de los sueños, un soplo en el que las imágenes van desvaneciéndose suavemente, como el humo.

También la luz, como una dilatación del silencio, es tenue porque sobre la ciudad se extiende una ligera capa de niebla. Lo compruebo desde la ventana y me alarma la soledad de la calle, una intimidad que arrastra la extraña impresión de estar ante un lugar deshabitado.

Ya no es temprano. Falta un cuarto de hora para las once de la mañana y todo el mundo parece estar todavía durmiendo. Aun así, mientras me froto los ojos para borrar el sueño y despejarme, de repente me doy cuenta de que el coche de Bernie no está aparcado en la calle. ¡Maldito loco! De nuevo, su desaparición provoca en mi interior un impulso hostil que me conduce a su cuarto. No está. Ha hecho la cama y se ha marchado. ¡Ya puede partirlo un rayo!

Empujado por la ira, bajo al primer piso y compruebo que no hay nadie. Hoy es el día libre de Luisa y no tengo a quien preguntarle dónde diablos se ha metido nuestro invitado. Aunque, esta vez, Bernie ha tenido la decencia de pegar en la puerta de la nevera una nota escrita con letras mayúsculas. "Me ha venido la inspiración. Te llamaré a lo largo de la mañana".

¿La inspiración? ¿Qué estupidez es esa? No sé por qué, pero tengo la sospecha de que Bernie me está ocultando algo. Me resulta difícil creer que él tenga que huir de casa para poder escribir esas poesías tan relamidas y tristes. ¿Adónde habrá ido? ¿A su casa? ¿A cualquier parque de la ciudad? Por un momento lo imagino sentado en el banco que está bajo el manzano de su casa, inmerso en la tarea casi frenética de concretar esos versos que, como un manantial vivo, surgen de modo espontáneo de su interior. Lo veo tan concentrado en el cuaderno que me parece extraño que la poesía pueda escribirse con esa destreza veloz.

"Me ha venido la inspiración". Pobre Bernie. Alguien debería decirle que la poesía no está al alcance de cualquiera, que requiere una preparación, un esfuerzo intelectual. En este momento de furia yo sería capaz de decirle que sus versos edulcorados no tienen más valor que el que él quiera darles. Sí, creo que yo lo haría, porque ahora no

puedo quitarme de la cabeza esa actitud irresponsable que me confina en casa y me hace aguardar su llamada. ¿Piensa que por haberme salvado la vida durante la guerra puede hacer lo que quiera conmigo? No va a ser fácil que pasemos mucho tiempo juntos. Me molesta la reincidencia de su indisciplina y pienso en él con violencia. Le exigiré una justificación. Y no, no pienso quedarme ahora aquí, y decido salir a dar un paseo por el barrio. Necesito poner en orden la mente y quitarme de encima este enfado.

En mi caminata saludo a algunos vecinos que se desperezan en cuartos entrevistos y a otros que lavan sus coches en los garajes abiertos. Es fácil adivinar la intimidad de estos edificios, construidos con ladrillo y piedra oscura, que ocupan toda la manzana y llevan aquí desde hace una infinidad de tiempo. Podría hacer su censo exacto y acertar con la vida que los habita. Seguro que la señora Smithers está limpiando con la misma obsesión de siempre y el ritmo de su escoba lo pone la música de Peggy Lee que suena en su tocadiscos con un estruendo festivo. En casa de los Rounds, es probable que Edvig, el hijo mayor, jugador de béisbol, esté haciendo sus ejercicios gimnásticos en ropa interior mientras sus padres y su hermana Virginia se preparan para ir a la iglesia de Holy Cross. Encima del estanco, Tennie Wilson sacude las alfombras y airea el cuarto de su padre, quien, desde su silla de ruedas, protesta en una esquina porque se le ha terminado el tabaco o porque sospecha que algún miembro del Vietcong lo vigila desde algún lugar de la calle. Este mundo es el telón de fondo de mi vida y lo conozco como la palma de mi mano. Me saludan todos con un gesto triste y compungido y me preguntan lo de siempre, y yo respondo lo mismo, que todo sigue igual. Y continúo caminando, dejando atrás la bicicleta de Salomon —un viejo rabino ortodoxo convertido al cristianismo—, las nuevas viviendas, los árboles florecidos, el paisaje de mi infancia. Una cuestión sentimental me lleva lejos y entro en el bosque de Prospect Park e incluso tengo la impresión de que puedo darme de bruces con un Bernie inclinado sobre su cuaderno dándole cuerpo a las palabras. Me gusta este hermoso lugar al que tantas veces he venido de niño. En verano, los padres hacían meriendas mientras los pequeños jugábamos al béisbol en sus enormes campos. En invierno, sobre todo cuando la nieve lo cubría todo, Prospect Park era un espacio tan espectacular que te hacía olvidar que estabas viviendo en una ciudad.

Poco a poco, como si estuviese tanteando el pasado, la niebla va abriéndose y siento la brisa del lago, el frescor vegetal que me llena el pecho y entro en el jardín botánico donde ya revientan los cerezos nipones, las rosas, las magnolias y los narcisos. Mamá estaba loca por este sitio y gozaba con los bonsáis y los árboles tropicales que había en el invernadero del parque. Cuando vivía, siempre estaba regando un montón de tiestos que tenía esparcidos por la casa.

Me tiendo al pie de un olmo y dejo pasar la mañana, meditando y atrapando fantasmas. A pocos metros de aquí perdí mi virginidad con Anna, aquella muchacha de origen italiano, que se jactaba de no llevar bragas y ser ninfómana, todo un reto que, evidentemente, no pude satisfacer, pero que me sirvió para hacer un magnífico descubrimiento venéreo.

La primavera ha atraído a la gente hasta estos campos y son muchos los que corren o simplemente saborean el asombro del parque como yo. Papá decía que tener Prospect Park tan cerca era como tener la selva en la puerta de casa. Puede que esta valoración fuese un poco exagerada, pero lo cierto es que este lugar es un escape bucólico de la opresión de la ciudad.

A eso de la una pienso en Bernie y, con un poco de pereza, abandono el parque. Ahora el sol ya pega fuerte y me arrimo a los edificios de Linden Boulevard en busca de su sombra.

Cuando llego a casa veo que no están ni el coche ni Bernie. Como no tenía llaves, tal vez ha venido y ha vuelto a marcharse.

El reloj del salón da la una y media y yo salgo al porche a leer el periódico. Las noticias me entretienen un tiempo hasta que, por fin, suena el teléfono dentro de la casa y me abalanzo sobre él. Enseguida escucho la voz amortiguada de Bernie. Sus palabras suenan lejanas y con un matiz de angustia y de confidencia.

—¿Dónde demonios te has metido? Ven al Veselka, en el 144 de la Segunda Avenida. Te espero en la cafetería. No tardes.

—¿Qué pasa?

—Nada. Date prisa. Y no hagas preguntas.

Como si Bernie temiese una réplica, la comunicación se corta de repente y ya solo oigo la intermitencia de un sonido que borra el ansia de su voz. ¿Qué diablos está haciendo en el East Village? ¿No estaba escribiendo poemas de amor de modo exaltado? Me gustaría dejarlo plantado y no acudir a su llamada, pero la curiosidad me empuja y hace que baje al garaje para sacar el coche porque el restaurante debe de estar a casi diez millas de distancia.

Urgido por la llamada de Bernie, piso un poco de más el acelerador y en un momento cruzo el Manhattan Bridge y enfilo la Segunda Avenida. Veinte minutos después ya estoy aparcando a cincuenta metros del Veselka. Cuando me acerco al

restaurante, Bernie viene por la acera hacia mí con la palma de la mano tapándose la boca, como si contuviese un grito. Veo arder en sus ojos una inquietud misteriosa. Está fumando.

—¿Qué te pasa?

—Están aquí.

—¿Quién?

—El alemán y su mujer.

—¿Dónde?

—Dentro. En el restaurante.

—¿Y qué quieres hacer?

—Entrar y comer.

—Me reconocerán.

—Pues de eso se trata.

No entiendo muy bien qué juego se trae entre manos y siento como una ofensa el ansia con la que fuma el cigarrillo.

—¿No habías contratado a un detective?

—Sí, pero nosotros también podemos obrar por nuestra cuenta.

—¿Y qué propones, insensato?

—Que te hagas el encontradizo y los saludes. Quizá así podamos ganarnos su confianza.

—¿Te has vuelto loco?

—No, no. Tengo la impresión de que todo va a salir bien. Invito yo.

Bernie está excitado y tiene la frente sudorosa, como si acabase de correr varias millas a pie. Intento retener su euforia.

—En la ficha que me hicieron en la clínica mentí y les he dado tu dirección.

—¿Mi dirección?

—Sí, Bernie, en ese momento no se me ocurrió otra cosa. Lo siento. Por eso no creo que sea buena idea. Si descubren que yo soy su vecino sabrán que les he mentido y así sí que no nos ganaremos su confianza. Al contrario, sospecharán que andamos tras ellos.

—Eso no será problema. Intercambiaremos los papeles. Si por un casual inician una conversación con nosotros, les dices que sueles pasar temporadas en mi casa, es decir, en la tuya. No lo sé. Ya se te ocurrirá algo.

—¡Para el carro! ¿Tú estás chalado? No, no es una buena idea.

El entusiasmo que transmite Bernie puede con mi reticencia y anula por un momento mi deseo de discutir con él por haber actuado impulsivamente, de modo irreflexivo.

—Está bien. Y no olvides mi nombre. Larry. Larry Weston.

—Larry Weston, Larry Weston… No lo olvidaré.

Como si repetirlo ayudase a la memorización, Bernie pronuncia con insistencia mi nombre ficticio y sus labios parecen proyectar una verdad sustancial.

—Tú serás Bob Weston.

—¿Bob Weston? —Bernie se extraña y tira el cigarrillo al suelo, aplastándolo con el zapato en un gesto de violencia.

—Sí. Somos hermanos y mi casa pasa a ser la tuya. En realidad, es la casa de nuestros padres, Paul y Martha Weston. Fotógrafo y ama de casa. Recuérdalo bien. Nuestros padres llevan el mismo nombre y profesión que los míos. Así será más fácil.

—Hombre, no creo que profundicemos tanto como para hablarles de tus…, bueno, de nuestros padres.

—Nunca se sabe. Los dos también somos fotógrafos. Y estoy contigo porque te ha dado un infarto.

—Son muchas cosas. No sé si me haré un lío.

Al final, contagiado por la excitación de Bernie, me dejo arrastrar y entramos en el restaurante, que está bastante concurrido. Enseguida localizo al matrimonio alemán. Sentados junto a una de las ventanas, no reparan en nuestra presencia porque están atentos a lo que sucede en la calle. Nuestra mesa no queda lejos de la suya y sospecho que en el instante en que alguno de los dos gire el rostro, me reconocerá.

Una cierta desazón se apodera de mí y le digo a Bernie que hable para forzar una charla trivial que dé naturalidad a nuestra comida. Quizá ellos estén esperando por un segundo plato o por el postre. Están vestidos elegantemente, él con un traje azul marino y una corbata que parece roja o granate, y ella con un vestido morado y una chaqueta blanca. Apenas hablan. Sus miradas están concentradas en el exterior del restaurante, como si allí estuviese sucediendo algo importante.

—Amigo Larry. No te agaches. Levanta bien la cabeza. Deja que te vean.

—No seas pesado, Bernie. No quiero hacer el ridículo otra vez. Creo que estás haciéndote demasiadas ilusiones. Ya lo verás.

—No me llamo Bernie. Ten cuidado.

—Esto es absurdo.

Un camarero ruso o polaco, de grandes ojos y labios prominentes, nos acerca el menú y justo en ese momento el azar hace que mi mirada se cruce con la de la señora Klüger. Es un instante fugaz, pero suficiente para que ella me reconozca y busque la confirmación de su marido. Cuando el camarero se aleja, compruebo que el matrimonio alemán tiene su atención puesta en mí y me veo en la obligación de saludarlos con una sonrisa forzada. Ellos me devuelven un gesto de saludo y Bernie, que se da cuenta de ello, murmura una exigencia con los labios casi cerrados.

—Ve allí. Aprovecha. No seas maleducado.

El mascullar de Bernie vuelve a empujar mi indecisión y, de repente, sin saber muy bien por qué, me levanto y me acerco a la mesa de los Klüger, que me reciben con una sonrisa abierta.

—¡Qué casualidad, señor Weston!

—Ya ven. Estoy poniendo a prueba sus empastes.

El saludo consiste en un apretón de manos y, aunque siento arder dentro del cuerpo el bochorno de mis comentarios antisemitas, percibo en sus gestos una cordialidad que de algún modo me sorprende y arrastra la ficción de mis palabras.

—Estoy pasando unos días en casa de mi hermano Bob, que vive cerca. Hace poco que le han dado el alta y no quiero que vuelva a sufrir otro infarto.

—Vaya, hombre. Cuánto lo siento —se lamenta la señora Klüger ajustándose las gafas sobre su nariz ganchuda para depositar una mirada piadosa en Bernie.

—Si necesita cualquier cosa, no dude en llamarnos. Nosotros también vivimos muy cerca. ¿En qué calle vive su hermano?

—En New York Avenue, a la altura de Linden Boulevard.

—¡Caray! Casi somos vecinos.

No les digo el número exacto porque tengo miedo de que desconfíen e investiguen que en esa casa no vive ningún Weston. Ha sido un fallo lo del apellido, pero ahora ya es tarde para solucionarlo.

—Nosotros vivimos en Fenimore Street. Quizá algún día podamos tomar algo, señor Weston.

La amabilidad del dentista vuelve a borrar la esperanza de cualquier tipo de culpabilidad y me hace sentir una vergüenza anticipada cada vez que pronuncia mi nombre ficticio con su acento forzado. Con todo, algo temerario y espontáneo surge en mí de repente y empuja con una nueva cordialidad mis palabras.

—¿Por qué no se animan y vienen esta tarde a tomar un café? Mi hermano está hoy de cumpleaños. Hilda, su mujer, murió hace unos dos años. Era alemana.

—¿Alemana?

—Sí, de Berlín. A Bob seguro que le haría mucha ilusión.

—No sé.

—Vamos, será un placer. Y además creo que Bob será un buen cliente suyo. Necesitará de sus servicios. Sospecho que su boca es una mina porque a veces se queja de dolor de muelas.

Tengo la impresión de que mi invitación los sorprende y entiendo que se muestran conformes cuando veo el gesto derrotado de sus sonrisas y el cruce aquiescente de sus miradas. Quizá el nombre de Hilda haya derrumbado sus reservas.

—Está bien. Daremos una vuelta por allí y nos acercaremos. ¿A qué hora les va bien?

—A eso de las siete sería una buena hora.

—De acuerdo.

—La casa está en el 823.

Justo en el momento de darle la mano al dentista para despedirme, me pregunto cómo he podido ser tan patán como para insinuarle que la boca de Bernie era una mina. Si este Hans H. Klüger fuese realmente el criminal, que no lo creo, él desconfiaría de la ironía de mis palabras y sospecharía que el mensaje iba más allá, en busca de tocar la evidencia, la carne viva de la memoria. No, es imposible que este hombre sea el maldito Heinrich Artmann. Su amabilidad es demasiado perfecta para ser fingida.

Cuando vuelvo la cabeza, la ansiedad de Bernie es tan densa y visible como el vapor que emerge de los platos calientes.

—¿Qué ha pasado?

—No te lo vas a creer.

—¿Qué?

—Hoy estás de cumpleaños.

—¡Yo no he nacido hoy! Mi aniversario cae en febrero.

Los ojos de Bernie parecen salírsele de las órbitas. Recojo su estupor como si estuviese palpando la pulpa de una fruta. La tensión de los últimos minutos también ha inoculado en mí el deseo de la ficción, un juego teatral para el que precisamos un esbozo urgente.

—Hay que conseguir un bizcocho como sea. Tenemos casi cuatro horas. Vendrán esta tarde a las siete.

—¿A tu casa?

—No, a la de un tal Bob Weston que estuvo casado con una tal Hilda, muerta hace dos años.

—¿Hilda? ¿Es una broma?

—No. Y no debemos retrasarnos más. Tú, que eres poeta, deberás forzar la imaginación y crear un personaje atractivo.

—¿Un personaje atractivo?

—Sí. Ya puedes inventarte un pasado para esa mujer alemana y buscar una historia convincente.

—¿Y por qué yo?

—Tú me has metido en esto. Verás como estás equivocado.

—No tenemos mucho tiempo, Bob.

—¡No me llames Bob! Tú eres Bob. A ver si vas a meter la pata. Deberás adiestrarte.

—Está bien, Larry.

Bernie se pasa toda la comida ensimismado como si estuviera atormentado por la responsabilidad que he depositado en él. Toda su euforia se ha condensado en un gesto aislado, de concentración. Suda y no sé si el sudor de su frente lo está provocando el calor de esta comida eslava o el esfuerzo interno de su mente, lo cierto es que cuando abandonamos el restaurante, vuelvo a temer por la salud de este Bob Weston que está mudando de piel como un camaleón.

XXVIII

El doctor Thomas Rosenfield la observa en silencio, espiando sus gestos con un interés y una emoción profesionales. Lleva mucho tiempo ligado a ella como a un reto científico y no quiere estimular su recelo. Sabe que los mecanismos de defensa que se activaron por alguna experiencia amarga ahora han cedido en parte con la música nostálgica de la limpiadora, pero teme que las palabras la estrangulen y vuelvan a atrapar su cuerpo en una espiral de vértigo. En este regreso brusco al pasado hay que proceder con cautela, con mucho cuidado porque la paciente puede padecer de nuevo los efectos traumáticos con una intensidad semejante a la de la primera vez.

El doctor Rosenfield está ansioso. Es consciente de que este es un caso que se adecúa a la perfección al estudio que está realizando. Ya desde el primer momento, cuando supo que en su cerebro no había ninguna lesión estructural, sintió una suerte de codicia propietaria. Aun así, mandó repetir una y otra vez los análisis de sangre, el escáner y el encefalograma para asegurarse de que estaba ante un posible caso de estrés postraumático, del que no se conoce la causa y del que no puede hacerse un diagnóstico definitivo. Él mismo ha tenido pacientes sin lesión orgánica con cuadros de amnesia total o más fraccionada, y que se recuperaron en dos días, en una semana o en cuatro meses. Pero la señora Mulisch ya lleva más de un año en ese estado de bloqueo y él está esperando su reacción.

Esta mañana ella está tranquila y no parece que vaya a mostrar la misma agresividad de ayer. No le gustaría tener que echar mano del Sinogán para calmar su agitación. Tal vez este nuevo estado venga acompañado por una depresión inhibida y, entonces, tendrá que administrarle todo lo contrario.

—El mar, ¿dónde está?

La señora Mulisch escupe la pregunta como si las palabras le abrasasen la boca. El doctor Rosenfield escucha en silencio esa entonación que parece arañada por un prurito de miedo y no sabe qué contestar. En esa incertidumbre él mantiene la esperanza y la acompaña como una sombra hasta el alféizar donde sospecha que el viento que le da en el rostro despierta en ella todos los sentidos. Está a medio metro de ella y observa el orgullo aristocrático de unas manos que ella pone como visera para que sus ojos redivivos acepten la luz y los párpados dejen de batir como alas de mariposa. Pero el asombro inicial de la señora Mulisch se desvanece y una tristeza infinita parece apoderarse de ella. Es como si en el oxidado sol que se encarama en la mañana se dibujase alguna especie de recuerdo infausto. Ajena a la fascinación del paisaje,

permanece en pie con granítica indiferencia y abandona sus ojos al peso de un sueño para borrar una realidad que no es capaz de controlar. El doctor Rosenfield acecha esa indolencia y desconfía de que ya esté regresando a ese mundo oscuro en el que solo habita una música de palabras inarticuladas. Le acerca al oído el murmullo de una canción inventada y ella, de repente, lo mira con una ternura agresiva y le planta un beso estupefacto antes de volver los ojos hacia el paisaje mientras una sonrisa repta por su tez blanquecina. El doctor Rosenfield nota el fuego de la lengua de la enferma en sus labios, y, más que asco, siente una especie de mordedura de serpiente.

—Se ha escondido el mar.

La voz de la enferma ahora le suena extraordinariamente nítida y tarda en darse cuenta del significado de esa afirmación. Está desorientada y él, extraño en su nueva identidad, se aprovecha de esa confusión para seguir tirando del hilo de su memoria con una respuesta que a él le parece absurda pero que ella acepta como buena.

—Está detrás de los árboles.

—¡Qué tontería! ¿Y por qué se esconde?

—No lo sé. Es caprichoso.

—Da igual que se esconda. Esta tarde iremos a la isla en vuestro velero.

Ahora es el doctor Rosenfield quien se siente extraviado en la ficción de la enferma y tantea ese territorio esquivo de su memoria como si estuviese haciéndolo sobre arenas movedizas. Tiene miedo de que ella descubra el equívoco y lo rechace para encerrarse de nuevo en su concha autista, pero el recuerdo físico de un lejano día en el mar parece estar flotando sobre las brumas de su inconsciencia.

—¿Qué me pasa? ¡No recuerdo mi nombre! ¿Y tú, cómo te llamas?

—Los nombres ahora no importan.

—Estás más viejo. Ya solo reconozco tus ojos.

El doctor Rosenfield se ve asediado por el abismo de sus palabras y estudia los gestos ingenuos de la señora Mulisch que, quizá, está descubriendo en la realidad los destellos de un mundo solapado por su amnesia traumática. Confundida, concentra en él su mirada desnortada como si estuviese atisbando un recuerdo.

—Ha pasado algún tiempo. Lo importante es que ya está recuperándose.

La señora Mulisch comprueba el paso historiado del tiempo en la piel arrugada y transparente de sus manos y contrae el rostro en un gesto de espanto que la obliga a caminar de un lado a otro de la habitación como si se resistiese a aceptar el asombro. El doctor Rosenfield, que se acerca y la acoge en un abrazo cerrado para sostener su angustia, siente que el cuerpo de ella es sacudido por un estremecimiento y un sudor frío le recubre la frente. Con palabras dulces y melancólicas intenta calmarla y se aventura a imaginar el paisaje intrincado de sus pensamientos. Sospecha su dolor, pero prefiere no decirle nada. Tal vez su regresión fije el territorio en ese día junto al mar y la mantenga absorta en ese tiempo lejano.

—Necesito un espejo.

Percibe en la petición de la señora Mulisch un resignado rastro de cordura. Tiene la intuición de que ella ya ha recobrado parte de su identidad. Y sin deshacer totalmente el abrazo, se aleja un poco y busca en el fondo de sus ojos un punto de equilibrio que pueda hilar con sus palabras.

—Creo que no es una buena idea.

—Necesito un espejo.

—Primero debería saber algunas cosas.

—Quiero un espejo.

El doctor Rosenfield cede al deseo insistente y aparentemente sensato de la enferma, y la acompaña al cuarto de baño. Allí, la encuadra frente a la luna de un espejo que ha empezado a perder el azogue y ella, impertérrita, repara en su propio rostro con extraña curiosidad y se vuelve hacia él, más defraudada que sorprendida por la visión.

—¿Por qué ha venido mi abuela?

—Quizá para verla.

Al doctor la contestación le parece tan extravagante como la pregunta, pero le sirve para que ella permanezca estable dentro de su delirio. Es mejor que la recuperación sea lenta y por eso él prefiere que su regreso se espacie en el tiempo para que ella pueda asumir todo su pasado y llegar al origen traumático que le ha provocado la amnesia.

—Dile que ella no va a venir a la isla. Está muy vieja.

—Se lo diré. No creo que le importe.

El doctor Rosenfield intenta descubrir la identidad del personaje que él mismo está representando en este simulacro alienado y nota que ella ya no lo mira ahora con hostilidad.

—¡No recuerdo mi nombre! ¿Qué está pasándome? ¡Me explota la cabeza!

—Tranquilícese. Enseguida recordará todo como si fuese un mal sueño.

—¡No estoy soñando! ¡Tú eres real!

La señora Mulisch pellizca el brazo del doctor para comprobar la realidad y arruga los labios en un gesto consternado.

—Claro que soy real, pero usted lleva mucho tiempo enferma y precisa de paciencia para recuperar la memoria. No debe asustarse. Tiene que estar muy tranquila.

—¿Tranquila? ¡No me toques! ¡Aléjate de mí!

El doctor Rosenfield se acerca a ella para cubrirla con su abrazo, pero ella retrocede en un estado de excitación próximo a la histeria y vuelve a acurrucarse protegiendo el cuerpo con sus brazos delgados y blancos. No sin un cierto esfuerzo, él la toma de las manos y tira de ella hasta recostarla en la cama. La señora Mulisch respira pesadamente, tiene la frente sudorosa y su cuerpo se retuerce en una tensión rabiosa que vuelve a dotarla de una fuerza ajena. El doctor Rosenfield sostiene los ataques de este cuerpo agitado y oprime el pulsador que cuelga del cabecero de la cama para que vengan a ayudarle con la enferma. En un instante, llegan un celador y una enfermera para aplicarle a la señora Mulisch una nueva dosis calmante que no tarda en derrotar sus espasmos vivos. Aun así, mientras el émbolo de la jeringuilla empuja la paz al interior de su cuerpo y le roba parte de su voluntad, en el fragor sumergido de su memoria todavía laten los estertores de su desvarío y es capaz de clavar en el doctor el filo agudo de su mirada.

—¿Me mostrarás la isla, verdad?

—Claro que sí. Ahora descanse. Tiene que dormir.

Como si las palabras fuesen cargando de plomo su cabeza o detrás de la amnesia amenazase el peligro de un dolor secreto, la señora Mulisch se abandona a una nueva cura de sueño y el doctor Rosenfield cubre su cuerpo con la colcha, como si amortajase su silencio confuso.

XIXX

El sol último del día estalla en un fulgor dorado en los lomos de la Montaña Negra y el coche cae por una carretera que culebrea hacia un hermoso valle, salpicado de vides y árboles frutales.

Llevo varias horas al volante, entrañada en la geografía francesa, y la euforia de llegar borra por un momento el cansancio. Avanzo lentamente, observando el paisaje con una inquietud y una admiración tal vez muy semejantes a las que debió de sentir mi tía Laura la primera vez que llegó aquí, inflamada de libertad y esperanza, junto a su compañero comunista. Algo me dice que esas "diversas circunstancias" de las que habla en la carta tienen mucho que ver con una huida continua.

Cuando atravieso la avenida que me lleva al centro de Carcassonne, una cierta desilusión me asalta porque no veo la villa medieval por ninguna parte. Incluso llego a pensar que me he equivocado de lugar. Pero cuando el coche alcanza el otro lado de un puente nuevo, echo la mirada hacia la izquierda y compruebo que el secreto de piedra queda detrás, por encima de un viejo puente y unos grandes lienzos que surgen del verdor unánime de unos prados que ciñen la fortaleza. Ahí está, como un tesoro, esta villa impresionante.

Aparco el coche y cojo el bolso en el que llevo mi escaso equipaje. Con certeza, en la zona vieja no dejarán entrar a los turismos. Por otra parte, me apetece caminar un poco y agradezco la pureza del viento en el rostro y el frescor de este río que separa las dos villas: la nueva y la vieja. Además, también quiero imaginar la llegada de mi tía y de su Lucien. Puede que su llegada fuese de noche, furtiva, temerosos de que alguien pudiera verlos e informar a los boches que, a buen seguro, vendrían a buscarlos con especial interés no solo por ser enemigos militantes de la izquierda sino también porque en una de las cartas a Adela, mi tía Laura hablaba de la intención de Lucien de organizarse contra la ocupación. Los imagino a los dos, cogidos de la mano, cruzando ese puente de piedra con pies de plomo, y atravesando la puerta medieval pegados a la pared como dos sombras; sospecho la amenaza del silencio en calles que ellos recorren con mañas de ciego hasta llegar a una casa donde están los padres de Lucien, arrimados a un fuego triste en el que, como chispas, todavía restallan las ausencias. Es probable que para no despertar recelos, se abracen todos en la penumbra de un cuarto y cenen con pasión la carne del último cerdo regada con vino de la casa, mientras hacen planes para una nueva huida. Quizá muy pasada la medianoche los dos se queden a solas y, a pesar del cansancio, renuncien al sueño para saborear juntos el tiempo y buscar en la oscuridad el temblor casi nupcial de sus cuerpos. No lo sé. Puede que en esta noche clandestina mi

tía Laura goce en silencio de esas cosas aparentemente pequeñas de la vida de las que hace tiempo que no tiene noticia: el aroma encendido de las flores del baño, la caricia blanda que el agua suscita en su piel todavía tatuada por el rastro sucio de varios meses de intemperie y miseria, el sabor doméstico del pan, el rumor de los platos, el sonido apagado de una radio, el vino retenido en el cielo de la boca como la demora de un deseo, o el tacto suave y limpio de las sábanas. Me gusta pensar que ese día ha podido ser un día preciado para mi tía Laura, un día que ella fijó para siempre en su memoria porque aquella noche los sentidos se le abrieron al placer y la convirtieron en un ser vivo y felizmente libre.

Antes de cruzar el puente medieval, me quedo asombrada durante un momento para ver con cierto gozo los grandes muros que copian las aguas mansas de este río en el que se balancea una embarcación de recreo. Descubro la línea de sauces, que acompaña un camino de tierra que bordea el río y muere en la distancia como un capricho pictórico. Y de frente, oculta tras los grandes muros defensivos, Carcassonne aguarda como una promesa. Me cuesta creer que me encuentre en el mismo lugar en el que estuvo tanto tiempo mi tía Laura, cuando yo apenas había comenzado a andar, y me estremezco ante la posibilidad de que todavía esté viva y pueda aparecer en cualquier calle de esta hermosa villa medieval. La verdad es que debí haber llamado a Mercedes Núñez e informarla de que mi tía Laura, como una sombra suya, también estuvo en esta villa. Estoy convencida de que la amiga comunista, que también fue testigo de excepción en el juicio celebrado en Leipzig contra el jefe de la Gestapo en Carcassonne, no daría crédito.

Todavía emocionada por las delicias del paisaje, echo a andar, porque no me sobra el tiempo. La noche es ya casi una evidencia y necesito encontrar un hotel para dormir. Eso es lo primero. Las pesquisas vendrán después. Así que avanzo con cierta prisa, pero la villa medieval, con sus almenas amarillentas por el atardecer, cada vez parece estar más lejos. Su presencia colosal la había acercado a mí, pero la realidad es que debe de estar a medio kilómetro. Además, la puerta que escojo es la que se abre al río y está en una cuesta bastante empinada. Cuando llego a ella estoy sofocada. La entrada ojival tiene un sofisticado sistema defensivo. Vuelvo a superar un contrafuerte y enseguida veo ante mis ojos un ordenado grupo de casas que suben por un cuidado empedrado hacia una plaza en la que se alzan las torres almenadas de un viejo castillo. A su lado, en una disposición auxiliar, una iglesia y varios edificios pegados conforman un todo uniforme e intemporal. Con cierta alegría me doy cuenta de que hay un hermoso hotel forrado de enredaderas con un curioso palomar en el centro del tejado. Me dejo arrastrar por la tentación de dominar la villa desde una de esas ventanas.

La villa está tranquila. No se ve mucha gente. Un par de ancianos sentados en uno de los bancos y media docena de niños practicando con sus bicicletas y espantando las palomas que cosen la tierra a picotazos. La ausencia de coches y el silencio le dan a la villa un aire provinciano. En una de las calles que desembocan en la plaza cuelgan banderas rojas y blancas, no sé si el anuncio o los restos de una fiesta.

Entro en el Hotel de la Cité, que es como se llama, para preguntar por una habitación. En la entrada, el dibujo alusivo de un cartel data la fiesta medieval y justifica los adornos de la calle; las celebraciones terminaron hace dos días. En unos paneles informativos se habla del castillo condal y en una vitrina hay una maqueta que fuerza la ilusión de cómo debió de ser en su origen la vida cotidiana de esta fortaleza.

Una joven alta, muy amable, me confirma que sí, que ahora que han terminado las fiestas ya vuelven a disponer de cuartos libres, y me resume con abultado orgullo local la historia de Carcassonne; incluso me regala un libro ilustrado escrito por un autor de aquí, que narra la historia de la ciudad desde los romanos pasando por los visigodos, los sarracenos y la dinastía de los Trencavel que, más de una vez, se aliaron con los condes de Barcelona. Las fotografías más antiguas que aparecen en el libro, son, al parecer, del fotógrafo que fundó este hotel a principios de siglo.

Agotada por el viaje, la escucho con resignada atención y reparo en la cafetería y el restaurante que miran a la plaza. Me sorprende el ruido sordo de las voces que vienen de lejos, como de otra época.

La habitación tiene la austeridad de la piedra y unos cortinones que le dan una tapiada ambientación medieval, pero está bien situada y la ventana ofrece una nueva vista sobre la plaza y el castillo.

Estoy realmente cansada y renuncio a tumbarme sobre la cama porque sé que caería rendida al momento. Antes necesito llenar el vacío que el hambre ha abierto en mi estómago. Así que me doy una ducha para borrar la costra de cansancio del viaje y me pongo algo fresco para bajar al restaurante del hotel en el que apenas hay una docena de personas cenando y prestando atención a las noticias de un televisor con interferencias. Mi llegada no pasa desapercibida y todos clavan sus ojos en mí como si mi presencia rompiese de algún modo la monotonía del local.

Sé que no debería cenar mucho, pero un camarero sin fuerzas, quizá todavía molido por el agobio de las fiestas, me recomienda la especialidad de la casa y me hace sucumbir a un pato a la naranja que devoro con ansia mientras estudio el modo de deshacerme de

la mirada compulsiva, casi voluptuosa, de un hombre de media melena que bebe en la barra. Su expresión descarada no oculta su atractivo. Dentro de mí se debate una mezcla de repulsa y encanto porque aún permanece en mi cuerpo la sensación lenitiva del agua sobre mi piel y la apertura de un deseo vivo, un apetito que llevaba muerto mucho tiempo y que ahora me hace volver atrás, muy atrás, incluso a antes de conocer a Óscar, justo al momento en que aquel joven desconocido y un poco mayor que yo me convencía para caminar juntos por el parque de la Ciutadella. Recuerdo que fue algo extraño, algo animal, un impulso incontrolable lo que se apoderó de mí e hizo que me dejase llevar por ese joven que vestía un pantalón estrecho y una camisa de lino blanca remangada hasta las axilas. Y perdí la noción del tiempo y del espacio, sobre todo, cuando él me envolvió en su abrazo de un modo tan experto que si no llega a ser por el frescor de la hierba no me habría dado cuenta de que ya estábamos acostados en el suelo. No he olvidado sus manos astutas comprobando mi cuerpo, acariciando mis pechos con una delicadeza tan tierna que por un momento me hizo perder el miedo a los fantasmas que mis amigas habían creado alrededor del acto —"te la meten dentro, hasta el fondo, y duele, vaya si duele"—, y apenas caí en la cuenta de que él ya estaba dentro de mí y comencé a sentir un placer inmenso al que me aferré durante mucho tiempo. Años más tarde, cada vez que me acostaba con Óscar, volvía a mí el encuentro con ese joven del que apenas si retengo su nombre y la dimensión diminuta de sus orejas pegadas a la cabeza como dos apéndices minúsculos. Jamás lo volví a ver y tampoco estoy segura de que quisiese verlo otra vez. Lo que me interesaba era el deseo de sentirme explorada, descubrir las posibilidades de mi propio cuerpo, la tremenda necesidad de saber más sobre mí. Esa experiencia impulsiva fue uno de los mayores secretos de mi vida y todo aquel día permanece intacto en mi memoria: el olor a sudor y a tierra, los labios sellados, mi negativa a decirle mi nombre y a que me acompañase a casa, no por temor a que mi familia me viese con un desconocido sino porque quería quedarme sola y guardar el placer estremecido de ese momento. Nunca volví a sentirme tan libre como ese día.

Bebo el vino con fruición e intento descubrir qué hay de aquel joven en este extraño que me mira con lujuria y estimula dentro de mi cuerpo el deseo de la adolescencia. Por un momento sospecho que él es consciente de que está humedeciendo mi cuerpo y tengo una sensación de intemperie que me desconcierta.

Cuando el camarero me sirve el café, el hombre se acerca a mi mesa con una firmeza que, por un lado, me asusta y, por otro, deseo con toda mi alma. Según lo veo aproximarse, su figura se agranda y compruebo que su rostro es mucho más joven de lo que aparentaba en la distancia. Debe de frisar los cuarenta y su sonrisa helada exhibe la blancura de unos dientes colocados de un modo tan perfecto que invita a pensar en una dentadura postiza. Más con el gesto que con las palabras, me pide permiso para

sentarse y accedo a su exigencia fingiendo un torpe asombro. Como si él ya hubiera supuesto mi condición foránea y mis dificultades con su idioma, percibo su esfuerzo por vocalizar las palabras y resultar interesante.

—Disculpe el atrevimiento, pero no es frecuente encontrarse en Carcassonne con una mujer tan hermosa como usted. Permítame invitarla a una copa.

—Estoy deshecha por el viaje y esta noche tengo que dormir.

—Insisto. Solo una y no la molestaré más.

—De acuerdo.

Mientras enciende mi cigarrillo y llama por su nombre de pila al camarero, contemplo el dibujo perfecto de sus labios gruesos y siento en la cara el aliento del whisky. La nariz ligeramente pronunciada y el hoyuelo en su barbilla angulosa aportan a su rostro una fuerte masculinidad.

—No me tome por un maleducado o un chulo. Soy una persona normal que está un poco harta de esta villa y de sus gentes. Para mí resulta mucho más tentador poder hablar con alguien como usted. ¿De dónde es?

—De Barcelona.

—¡Hermosa ciudad! Estuve allí hace un par de años. Esa sí que es una ciudad. Tiene usted suerte.

—Carcassonne también parece un lugar hermoso. El paisaje es impresionante.

Su adulación, un poco exagerada y melosa, no atenúa mi deseo y decido tomar la iniciativa con mi francés deficiente.

—¿A qué se dedica, aparte de a seducir extranjeras?

—Soy pintor.

—¿Pintor de…? —aunque no encuentro el significado de la expresión brocha gorda, él es consciente de mi esfuerzo intelectual para encontrar las palabras y encaja perfectamente la ironía de mi pregunta.

—Pinto cuadros, pero también podría pintar casas si me lo propusiese. ¿Y usted a qué se dedica?

—Compro cuadros.

El juego de la seducción se vuelve recíproco y me divierte su mirada lasciva, tan fija en mí como una perforadora. Hay algo anacrónico y distante en su cortesía.

—Mi nombre es Richard. ¿Y el suyo?

—¿Qué interés pueden tener los nombres?

—Ninguno. Tiene razón.

Él vacila un segundo, tanteando mi insinuación y enseguida me aprieta la mano izquierda en un gesto decidido, como si temiese que en cualquier momento yo pudiese huir. Algo indica que ya sobran las palabras y nos bebemos el whisky casi de un solo trago y confirmamos los deseos con un silencio íntimo y lujurioso. Pago la cena y percibo el reproche callado de la mirada del camarero que intercambia una sonrisa cómplice con este pintor que es ya mi sombra, pero no me importa nada que piensen que soy un trofeo cinegético o algo así; lo que yo soy ahora es un espíritu libre que sale a la plaza arrastrada por un capricho, y ya solo pregunto si hay un parque cerca de aquí porque quiero hacerlo en la hierba para recuperar el escalofrío gozoso que me inundó toda cuando perdí la virginidad con aquel joven extraño.

La noche está tranquila y el aire fresco es una caricia que me hace estremecer. En un gesto más de intimidad que de cortesía, pone su chaqueta en mis hombros, y tiemblo dentro de ella como una niña. Su mano derecha se afianza en mi cintura y me lleva casi en volandas hacia los prados que bordean la muralla.

De repente, justo en el instante de acostarnos sobre la hierba, vuelvo al pasado y me siento una extraña que se aleja de su propio cuerpo, y, a cierta distancia, puedo verlo desabrochándome la camisa y comiéndome los pechos con la voracidad de un lactante. Quiero amarrar el deseo y frente a mí se presenta una distancia visible en la que dos cuerpos se desprenden con urgencia de las ropas y se buscan para un encuentro fortuito. En la oscuridad, la luna debe de estar dibujando la oscilación de nuestras siluetas como el trazado de unas sombras nerviosas, y mis sentidos intentan concentrarse en el peso de su cuerpo, en el temblor de los vientres, en la exigencia de los sexos y, sobre todo, en el placentero aroma de la hierba y el sudor voluptuoso de la carne. Pero enseguida me doy cuenta de

que ya nada es posible. Y mucho antes de que él se desprenda de mí como una fruta madura, yo ya me siento dominada por la certeza absoluta de que no puedo resucitar el dulce escalofrío de aquella tarde tan alejada en el tiempo, y conforme esta frustración va creciendo en mí, evidencia con más fuerza la impresión de que estoy perpetrando un acto irreflexivo e insensato. No, no ha funcionado. Y detecto la ofensa amarga que mi rechazo produce en su rostro sofocado por el éxtasis.

Mientras nos vestimos envueltos en un silencio humillante, él me mira con cierta hostilidad y, tras hacer un gesto doloroso con la boca, me lanza una nueva pregunta que parece buscar el origen de mi indiferencia y, a un tiempo, borrar las distancias que la cortesía había puesto en el tratamiento.

—¿A qué has venido?

—Ando en busca de un tal Lucien Giraud.

—¿Lucien Giraud?

—Sí. ¿Lo conoces? —la ansiedad me hace temblar levemente la voz.

—Aquí todo el mundo conoce a Lucien Giraud. Pero él no vende cuadros.

De repente, las palabras de este hombre me sitúan en la realidad e instalan en mi interior algo muy semejante a la euforia. ¡Lucien Giraud está vivo! ¡Vivo! Esta noticia abre la hermosa posibilidad de que mi tía Laura también lo esté y sea probablemente su mujer. Aun así, el miedo al fracaso hace que cambie esa pregunta por otra.

—¿Y qué vende?

—Libros. Es escritor y Delegado de Cultura y Turismo de Carcassonne.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Suele ir por las mañanas a la biblioteca municipal, que también tiene un museo de bellas artes.

—¿Está lejos?

—A unos trescientos metros del puente nuevo. En la calle Verdun. No tiene pérdida.

Antes de que él intente rastrear mi asombro o los extraños hilos que me han traído aquí tras la pista de Lucien Giraud, prefiero volver a la habitación del hotel y evitar que las palabras arruinen el efecto de la noche despertando en mí algo semejante a un placer culpable. Así que beso sus labios aún calientes y lo dejo sentado sobre la hierba, un poco confuso por el orgullo velado de mi actitud. Sospecho que hay algo de espanto en sus ojos, la certeza de que he ridiculizado su conquista y me he aprovechado de él. Lo que él no sabe es que la noticia que acaba de darme ha apagado los últimos rescoldos de la pasión y ha orientado todo mi interés hacia la perspectiva de dar no solo con Lucien Giraud sino también con mi tía Laura. Siento que casi he llegado a un punto final y, aunque me entusiasma la proximidad del desenlace, que justifica mis viajes y la renovada fascinación por la memoria de mi tía, noto que también me paraliza el miedo.

Entro en la habitación del hotel y, mientras me ducho de nuevo para borrar el aroma de la hierba y el sudor aún vivo del sexo, sueño con la posibilidad de que mi tía Laura esté viva y no dejo de imaginar el encuentro y preguntarme si me pareceré a ella lo suficiente como para que me reconozca nada más verme. ¿Le hará ilusión conocer a su sobrina? ¿Qué pensará cuando sepa que yo soy la única voz que la une al pasado porque a su hermano la enfermedad le ha vaciado la cabeza? ¿Querrá saber algo de los suyos o concentrará en mí todo el rencor que siente por los que en su día la abandonaron? ¿Cómo habrá sido su vida? ¿A qué se dedicará ahora? ¿Será reportera gráfica o simplemente cuidará de su casa? Después de aquel aborto en la cárcel, ¿habrá querido tener hijos? ¿Y qué edad tendrán? En mi cabeza estallan todas las preguntas y tardo en dormirme por la excitación de tantas dudas y por el prestigio añadido de que Lucien Giraud sea escritor.

XXX

La luz mortecina de la mañana entra en el apartamento y dibuja la belleza tranquila de Verónica, que duerme, desnuda, sobre la cama, como una estatua de mármol. Todavía arde en mi memoria el fuego de la pasión con que me acogió anoche y puedo apreciar vestigios de placer en su boca delgada. La observo, inmóvil, y no me resisto al deseo de tocarla y bosquejar suavemente con la yema de mi índice sus labios, su vientre y la curva blanda de sus pechos. La primera reacción de su cuerpo es tensarse y estremecerse con el contacto, como si retrocediese dentro de su sueño; después me ofrece una sonrisa indolente que yo devoro con un beso. Su queja flota en el aire como una mariposa y mi mano abre una caricia en su cuerpo con la intención de renovar la intimidad, pero ya es tarde. Verónica tiene que irse a trabajar y su voluntad se convierte en una protesta dulce.

Mientras se viste con una urgencia graciosa, observo su piel nívea y las líneas perfectas de su cuerpo de cuarenta años. Nunca la había visto con estos ojos. Es como si hoy descubriese algo nuevo en ella que me atrae con mayor fuerza. Tal vez el cambio solo se esté obrando en mí y esta nueva percepción mía esté ligada a la excitación de la novela, a la visita que esta mañana le haré a esa profesora de literatura que intimó con papá, o simplemente tenga que ver con la certeza de mi soledad y de que Rocío ya no volverá nunca.

Estoy solo, esa es la única realidad, y Verónica me quiere con esa trágica resignación suya que me asusta y, a un tiempo, también me agrada de un modo egoísta.

—¿Te quedarás?

—No lo sé. Si está en la facultad y consigo hablar con ella, comeré contigo y me iré por la tarde. Tengo que ordenar la biblioteca de mi padre.

—Llámame al trabajo.

—He estado pensando que este fin de semana podrías venir a echarme una mano. ¿Qué te parece?

—¿Y qué me ofreces a cambio?

—Amor, mucho amor.

—Lo pensaré.

Verónica abandona el apartamento con una sonrisa que es la confirmación de esta propuesta con la que me sorprendo a mí mismo y que oculta un deseo que va más allá del hecho de pasar juntos un fin de semana en casa de mis padres. Ayer, mientras ella escuchaba con entusiasmo el argumento de la novela de papá y analizaba tanto la fotografía de su misteriosa amante como todas las que había hecho la abuela Marta en los años de la guerra, supe que Verónica estaba instalándose en mi corazón de un modo definitivo. Y a pesar de saber que el recuerdo de Rocío seguirá siendo profundo, Verónica quizá consiga que no me sienta perdido en las noches endurecidas de ausencia cuando solo el sueño alivia ese dolor agudo que, en ocasiones, me postra en la cama durante horas. Verónica estará a mi lado y, por eso, a partir de ahora, me aferro al propósito de estar pendiente de ella y entregarme a su amor con pasión renovada.

Mientras desayuno con parsimonia, miro por la ventana y el día cubierto me hace regresar a la novela de papá. Estoy seguro de que él, aunque inventó un río caudaloso y una serie de puentes de piedra, encontró en Santiago la inspiración para situar muchas de esas escenas en las que siempre se percibe una atmósfera levítica y la resonancia fría de la piedra. Las páginas han dejado tatuado en mi memoria un rastro misterioso y sospecho que en su alegoría se ocultan muchos de los enigmas de la familia. Estoy convencido de que la novela es una especie de mensaje codificado que mi intuición debe descifrar.

Abandono el apartamento alrededor de las diez, y en la ciudad vieja despierta una plácida actividad de estudiantes cargados con libros, palomas que sacuden su pereza en las plazas y vendedores que actualizan los escaparates de sus tiendas. Es una mañana triste y apagada. La niebla ha sepultado las agujas de la catedral y de los portales acude un olor a fruta y soledad. Cuando paso ante nuestra vieja casa, que ahora es una pensión para estudiantes y turistas, la novela de papá se apodera otra vez de mí y me hace imaginar su interior habitado por esos seres que se afanan en el aprendizaje colectivo de Eleuterio Arén. No solo la estructura de la casa se ha impuesto en mi lectura. También los rostros de mamá y de la abuela Amalia concretaron las fisonomías de Anunciación y de Socorro, y la imagen del pequeño diputado queda configurada con las facciones de papá. Manola, la criada, se me aparece como la monja francesa, y Basilio Arén, el niño muerto, unas veces soy yo y otras mi hermano Carlos. La casa es también como un personaje físico de la novela. Está incrustada en el corazón histórico de la ciudad, orientada al norte, sin apenas luz, tan cegada al sol y al viento que su recuerdo es para mí el cuerpo perfecto de la tristeza y de la soledad, dos cualidades tan anudadas a mi infancia y a la realidad de este relato con el que papá acarició nuestro pasado.

Cuando papá la vendió meses después de la muerte de mamá, un poco animado por los delirios especulativos de Carlos —que precisaba de efectivo para uno de sus nuevos negocios—, y también porque su techo estaba a punto de derrumbarse, sentí que nos deshacíamos de la parte más oscura de nuestra memoria, y no siento ningún tipo de nostalgia. Al contrario, alejarme de ella supuso algo muy semejante al alivio y a la liberación. También es verdad que Carlos y yo pasábamos poco tiempo en ella porque papá nos obligaba a estudiar en la biblioteca de O Vilar cuando salíamos del colegio, pero los días que nos tocaba vivir en esta casa eran los más aburridos del año. A nosotros, creo que a papá más que a mamá, nos gustaba la casa de A Pobra, que era toda luz y espacio y miraba a un mar manso que estaba ligado al ocio y a las vacaciones.

En un instante llego a la facultad de la plaza de Mazarelos, con su edificio de piedra y la entrada principal blasonada por un exceso de escudos acentuados por volutas y motivos geométricos.

Dentro apenas se percibe actividad y llego a pensar que tal vez hoy no haya clase. Pero enseguida despierta en mí el temblor anticipado de los nervios porque, detrás de una ventanilla de cristal, un bedel con bata azul lee el periódico.

—Querría hablar con la profesora Milagros Delgado.

El hombre me estudia por encima de sus gafas de presbicia y mira varios folios con casillas pegados en las paredes, en los que deben de figurar los horarios.

—En este momento está en clase. Tiene libre la siguiente hora. Sonará la campana dentro de quince minutos.

—¿Podría avisarla?

—¿De parte de quién?

—Pablo Lourenzo.

—Siéntese en uno de esos sofás. A ver si puede recibirlo.

El conserje anota mi nombre en un cuaderno cuadriculado. Su caligrafía —enderezada tal vez en un colegio de pueblo con la disciplina militar de una vara de avellano— posee una perfección de amanuense.

No me cabe la menor duda de que ella querrá recibirme. Está claro que me conoce. Estuvo en el entierro, aunque no recuerdo haberla visto. Es más, si ella me hubiese

hablado, algo de su rostro habría quedado en mi memoria. Pero ¿qué iba a decirme?, "Hola, soy la amante de tu padre". Sería ridículo. A estas alturas incluso me daría la risa y pensaría si acaso no habría tenido un acceso de locura.

Casi instintivamente, saco la cartera y fijo mi vértigo en la fotografía de carné para memorizar su cara. Sus enormes gafas metálicas y su piel ofrecen la impresión tranquila de una mujer tímida, con aspecto de novicia y de empollona. Un rostro inexpresivo. Pienso en ella con violencia, con una inconsciente hostilidad que nace de la sospecha de que ella lo sabrá todo sobre mí y eso le dará una cierta superioridad. Es una sensación extraña que bascula entre el miedo y la curiosidad.

Cuando el repiqueteo de la campanilla vuela por todo el edificio como un pájaro de cobre, los nervios se me concentran en el estómago y mis músculos se tensan como arcos. Un alboroto de sillas y voces irrumpe en todo el edificio y el conserje se pierde con el cuaderno en la mano por una de las escaleras. Intento ocultar mi desazón en las páginas de una revista universitaria y aguardo con impaciencia, hundido en el sofá. Al cabo de dos minutos, unos tacones cerca de mí me hacen levantar la cabeza. Es ella y viene hacia mí con la oferta de una sonrisa.

—¡Vaya sorpresa!

—Ya ves.

La beso con la misma frialdad con la que se besa a un familiar lejano al que no se ve desde hace mucho tiempo y compruebo que en vivo su aspecto tiene un empaque diferente al de las fotografías. Sin ser una mujer hermosa, posee un atractivo tranquilo, humilde, y su voz retraída parece aguzada por la sorpresa. Es delgada y ligeramente alta. Trae el cabello negro recogido en una coleta.

—Ven. Hablaremos en mi despacho.

Con ansia furtiva la observo caminar recta, sin serpentear, e intento imaginar en ella algún gesto amante de papá, alguna caricia, incluso la confidencia de una sonrisa triste, pero mi ilusión no llega a tanto. La imagen que tengo de él borra cualquier huella de ternura y, por más que lo intento, su gravedad introvertida se impone sobre cualquier perfil sentimental.

La sigo en silencio por unas escaleras antiguas que rechinan ruinosamente y nos conducen hasta el primer piso, donde está su despacho, en el que reina una solemne

austeridad. Apenas algunos estantes llenos de libros y un par de diccionarios sobre la mesa. Desde la ventana se ve la calle y un cielo cada vez más negro.

Cuando cierra la puerta, yo ya estoy sentado ante su mesa y espero a que ella se sitúe frente a mí. Echa la silla hacia atrás y se queda un momento esperando antes de sentarse, con la mirada puesta en mí, como si estuviese examinando un objeto. Entre ambos media un inexplicable espacio de extrañeza.

—Supongo que algo te ha traído a mí.

—La curiosidad.

—La curiosidad es poderosa en la voluntad de los hombres.

—A veces es peor que un animal sediento. Mucho peor.

Cuelga la chaqueta sobre el respaldo de su silla y se quita las enormes gafas en un gesto que parece un acto de coquetería.

—¿Te apetece fumar?

—No fumo.

—¿No te importa que yo lo haga?

—No.

Mientras enciende el cigarrillo, sus ojos negros comprueban el peso agresivo de los míos y siento que está haciéndoles una radiografía a mis pensamientos. Me fijo en sus manos blancas y en el artificio de sus gestos de fumadora esporádica.

—¿Cómo has sabido de mí?

—Te encontré en el corazón de Balzac —pongo sobre la mesa su fotografía de carné—. Y no le di mucha importancia hasta que, revolviendo en un cajón cerrado, apareció otra fotografía en la que estáis los dos en París. Entonces me asaltó la preocupación. Algo que nunca se me habría pasado por la cabeza era la posibilidad de que mi padre tuviese…

—¿Una amante?

—Sí. Cuando os vi abrazados en la foto pensé que tal vez eras una hija que él había tenido fuera del matrimonio.

—Por edad podría serlo. Fui alumna suya.

En sus palabras confortables se desliza un tono casi maternal que me hace sentir tan cómodo que contemplo sus ojos con esa confianza que se tiene con las personas que se conocen de antiguo.

—Lo cierto es que no estoy aquí para reprocharte nada. De pedirle cuentas a alguien, sería a él a quien tendría que pedírselas. Solo estoy poniendo en orden la casa y su biblioteca y me gustaría saber algunas cosas de mi padre. Sé que tú podrás ayudarme.

—Estoy a tu disposición. No miento si te digo que pensaba llamarte un día de estos para conocerte —su voz se vuelve sensual, convincente—. El otro día, en el entierro, estuve tentada de hablarte, pero entendí que no era el momento. Acudí alguna vez al hospital y llegué a estar con tu padre. Una enfermera amiga controlaba tus salidas y me tenía informada. Excepto un día, que volviste antes de tiempo y entraste en la habitación. Tuve suerte, porque el enfermo que acompañaba a tu padre estaba durmiendo y debiste de pensar que yo era una visita de ese hombre. ¿No lo recuerdas?

—No. Y tampoco entiendo por qué no te presentaste.

—Si nunca te he hablado fue por deseo expreso de tu padre. Él temía tu reacción.

—Me gusta saberlo.

—¿Por qué dices eso? —su pregunta suena a reproche.

—A papá no parecía importarle mucho lo que yo pensase.

—Estás muy equivocado. Creo que a tu padre le importaba más tu opinión que la de tu madre. Estoy segura. ¡Cualquiera diría que no lo conocías!

—Pues si te digo la verdad, ahora estoy en condiciones de afirmar que mi padre es para mí un perfecto desconocido.

En una esquina de su boca se dibuja la contrariedad de una arruga casi imperceptible y en su defensa intuyo un amor cierto por papá al que quiero poner fecha.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Quince años.

—¿Quince años?

—Sí.

—¿Y lo de París?

—Cuatro. Tú te habías ido de viaje con tu mujer y con tu hija; tu madre se había ido a Madrid a pasar las vacaciones con su madre, que estaba muy enferma. Pero este no fue nuestro único viaje.

Hago memoria para corroborar las fechas y, efectivamente, los días coinciden. Nosotros estábamos en La Habana y pasamos unos días maravillosos en la isla. No puedo olvidar ese viaje. Fue uno de los últimos que hicimos los tres juntos. Nos las vimos y nos las deseamos para convencer a Marta de que viniese con nosotros. Y al final no se arrepintió. Sí. Esta mujer no miente porque poco después de volver de Cuba murió la abuela y tuvimos que ir al entierro a Madrid.

—Estoy totalmente asombrado. No puedes ni hacerte una idea del impacto que supone esto para mí. Y no es dolor, ni tan siquiera rencor lo que siento hacia él. Es algo mucho peor, incredulidad y un poco de indiferencia. Aunque he de reconocer que esa doble vida la llevó con especial habilidad.

—Tu padre era una persona discreta.

—No sé cómo sería contigo, pero te puedo asegurar que todo esto me resulta de lo más sorprendente porque con nosotros no era capaz de demostrar ningún tipo de emoción. Muchas veces incluso he lle-gado a pensar si sería misógino.

—¿Misógino tu padre? La que ahora se asombra soy yo. A tu padre le gustaban mucho las mujeres y temo que yo no fui su única aventura fuera del matrimonio. Tu padre era un conquistador que las mataba callando. No era de muchas palabras, pero cuando quería seducir sabía hacerlo, y con mucho tacto, te lo aseguro.

Fuerzo en mi mente la imagen de papá, su sempiterno traje azul, el sombrero de fieltro sobre sus canas y aquella voz cavernosa que el tabaco había ido resquebrajando

durante tantos años de fumador empedernido, y, por más que lo intento, no consigo verlo yendo tras ninguna mujer, ni tan siquiera de mamá.

—¿Fue él quien te sedujo?

—Sí. Siempre me gustaron los hombres mayores. Supongo que el hecho de que mi padre muriese joven, siendo yo una niña, algo tendría que ver en esta relación. Tu padre era mi director de tesis. Tengo que reconocer que lo que más me fascinaba de él era su inmensa sabiduría. Estaba a años luz de todo el mundo y no era ni pedante ni vanidoso. Aprendí con él en esos años mucho más de lo que habría podido aprender en cualquier universidad del mundo.

—¿Y te conformabas con veros a escondidas?

—Ten en cuenta que durante la semana nos veíamos todos los días porque yo entré en su seminario poco después de terminar la tesis.

Por un momento pienso que el poder de seducción de papá en este caso podría estar supeditado a su influencia y jurisdicción universitaria, pero ella enseguida corrige mis pensamientos.

—Nuestra relación era muy anárquica y desprendida. Yo nunca le exigí a tu padre ningún tipo de compromiso que él no quisiese adquirir. Y él tampoco lo hizo conmigo. De hecho, durante un año estuve saliendo con otro hombre y, aunque sé que le importó, tu padre mantuvo conmigo una relación correcta de compañeros. Para él fui su mejor alumna y creo que una de sus mejores amantes. Pero yo no quería competir, ni podía, con tu madre.

—¿Crees que a él le importaba mucho mi madre?

—Aunque al principio tu madre fue un error para él, tu padre jamás hubiese querido hacerle daño. No era amor lo que sentía, más bien respeto.

—La infidelidad no es un buen aval para el respeto.

—A eso tu madre ya estaba acostumbrada. Durante su noviazgo, e incluso de recién casados, tu padre ya le era infiel. Yo me refiero a otro tipo de respeto. Tu madre estaba enamorada de él e hizo algunas cosas que pocas mujeres serían capaces de hacer por un hombre.

—Veo que sabes más de mi familia que yo mismo.

—Me temo que sé muchas cosas que tú también deberías saber. Tu padre sufría mucho y nunca fue capaz de enfrentarse a la verdad. En eso era un poco cobarde. No sabía muy bien cómo hacer felices a las personas, pero también era incapaz de herirlas.

Un temblor liviano en su voz me advierte de su emoción y reparo en la humedad de sus ojos y en ese gesto contraído de quien se esfuerza para no echarse a llorar. Noto por vez primera que su dolor es más fuerte que el mío. Por eso, retengo mi ansiedad y guardo en la recámara todas las preguntas que bullen dentro de mí como en una olla a presión.

—Ayer le dejé una novela de papá a Braulio Cabanas para que la publique. Supongo que ya sabías de su existencia.

—Sí. Me dejó una fotocopia del cuaderno. ¿Te gustó?

—Mucho.

—Oír eso haría muy feliz a tu padre.

—¿Y por qué no me dijo nada de la novela?

—Tenía sus razones y sus miedos.

—¿Cuáles?

—En la novela está una parte importante de la historia de vuestra familia y para él ese era un terreno minado. No eres capaz de imaginar lo que sopesó cada una de las palabras. Y creo que fue ese miedo lo que favoreció la sugestión y evitó lo explícito.

—Reconozco que en la lectura he visto, más que rostros, actitudes de mi familia, y toda esa tristeza que se respira es parte de nuestra propia historia.

—¿Te viste a ti mismo?

—Sí, unas veces en Eleuterio y otras en su hermano muerto.

—Tú eres Eleuterio.

—¿Te lo dijo él?

—Sí.

Con un gesto contundente aparto esta visión absoluta que me sitúa en la órbita entera del protagonista. Aceptarlo sería como ausentarme de mi memoria, de mi propia vida. Y aunque es cierto que hay en Eleuterio Arén conductas y situaciones con las que yo podría identificarme, la mayor parte de su vida me es ajena. Si papá se inspiró totalmente en mí está claro que me convirtió en un desconocido. Con todo, a mi memoria acude un recuerdo que podría alimentar esa tesis.

—Días antes de morir papá, en el hospital ocurrió algo que no sé si tiene o no relación con la novela. Resulta que justo después de que la enfermera le pusiese los parches de morfina, papá se volvió de repente un ser violento y necesitó la ayuda de varios celadores para reducirlo. Tuvieron que atarlo. Yo nunca lo había visto así, totalmente fuera de sí y juramentando con palabras obscenas. ¿Y sabes lo que me dijo?

—¿Qué?

—"Para tu madre naciste muerto". Fíjate bien. "Para tu madre naciste muerto". Y después encuentro el cuaderno titulado El niño que nació muerto. ¿Tendrá algo que ver?

—Tu padre quería confesarte algo, aunque fuese ayudado por los efectos de la droga.

La campanilla vuelve a revolucionar las tripas del edificio y nos llegan los gritos de los estudiantes que sacuden el hastío de las clases. Milagros mira el reloj con horror, como si de repente se diese cuenta de que ha olvidado algo.

—Tendrás que perdonarme. Ahora tengo dos clases seguidas. Y les he puesto un examen.

—¿Y vas a dejarme así?

—No, hombre, no. ¿Qué te parece si comemos? Nos queda mucho de que hablar.

—Estupendo. ¿A qué hora sales?

—A las dos.

—Esperaré en la entrada del edificio.

Salimos juntos del despacho y la veo perderse por el pasillo como una incógnita espigada. Y a pesar de que su presencia me aporta sosiego y también una proximidad

quizá cimentada en todo lo que ella sabe de mí, quedo intrigado por alguna de las cosas que acaba de decirme y por las dudas que han levantado sus palabras. ¿Qué hizo mamá por él que ninguna mujer haría? ¿Qué hay tan evidente en la novela y en la vida de Eleuterio Arén que yo no consigo ver? ¿Por qué papá temía mi reacción más que la de mamá? ¿Cómo es posible que papá, ese ser tan retraído y pusilánime, le fuese infiel tantas veces a mamá, incluso poco después de casarse? ¿Es esta mujer la Penélope a la que va dedicado el libro? No lo entiendo y, abrasado por las preguntas, con la esperanza de que estas dos horas transcurran lo más rápido posible, abandono el edificio y siento en mi rostro el aliento de la lluvia despertando en la piedra una nueva ciudad.

XXXI

Tuvimos suerte no solo porque a tiro de piedra del Veleska estuviese el Veniero's, donde compramos un bizcocho grande, sino también por el hecho de que Luisa se hubiera tomado la tarde libre. Ella no entendería nuestro desvarío ni la necesidad de limpiar las paredes de algunos retratos y esconder en cajas todos esos libros sospechosos.

Bernie ha vuelto a encender un cigarrillo. Se mueve por casa, concentrado en la estrategia y no deja de repasar en voz alta el patrimonio mísero de algunas palabras alemanas que en su boca tienen una resonancia forzada, gutural.

Ha asumido la ficción y dejado que un personaje alemán encarne a su esposa. Su identidad nació de la película inacabada del polaco Andrzej Munk en la que narra la historia de una supervisora de las SS trasladada al campo de Auschwitz en el verano de 1943. Una y otra vez Bernie me repite la historia para que me familiarice con esta cuñada imaginaria que, tal vez, acabe siendo una trampa disuasoria para nuestros invitados.

No comparto con Bernie la convicción de que el dentista sea realmente el comandante nazi. Tengo mis dudas. Y si continúo con la representación es más bien para secundar la euforia de mi amigo y, a un tiempo, descartar cualquier posibilidad de que este Hans H. Klüger sea la bestia de los campos.

Llegan con puntualidad suiza. Desde el salón los vemos subir los escalones. Bernie se muerde los labios y me empuja con un gesto hacia la puerta. Está tan nervioso como yo y, otra vez, temo por los latidos de su corazón.

—Deberías abrirles tú, Bernie. Eres el anfitrión. Ahora esta es tu casa y yo soy el hermano que ha venido a cuidar de tu salud deteriorada. No lo olvides.

—No me rompas la cabeza. ¡Y no me llames Bernie! Recuerda que soy Bob Weston, querido Larry. Venga, abre tú.

No me hace ninguna gracia abrirles. De buena gana les metería una bala en la cabeza si supiese que este individuo es el asesino. Nunca he odiado ni despreciado tanto a una persona. Y aunque me gustaría encontrar su fallo y cogerlo enseguida en alguna mentira que reafirme la sospecha de su culpabilidad, también temo que toda la rabia que he ido acumulando me traicione y cualquier gesto imprudente pueda abortar mi dilatado deseo de venganza. No solo codicio su confesión. Quiero explorar su mente

criminal, buscar todos los motivos con los que él sustentaba sus actos. Sé que puedo entender al asesino, del mismo modo que también sé que nunca podré absolverlo porque la naturaleza de su delito es imperdonable.

—¿Llegamos demasiado pronto?

—De ningún modo. Estábamos esperándolos.

El matrimonio alemán entra en casa y Bernie se levanta de su asiento para saludarlos con cierta reverencia, ensayando los rudimentos de su alemán memorizado. Por un momento tengo la impresión de que, más que palabras, mastica hojas de tabaco.

—Mucho gusto.

—Felicidades, señor Weston.

La mujer le entrega un pequeño paquete a Bernie, que parece acobardado y se queda inmóvil, con el brazo extendido como si estuviese remedando la postura de una estatua.

—No hemos tenido tiempo de encontrar nada más adecuado. Espero que le guste.

Ahora es la voz del presunto criminal la que se excusa. Me molesta el hechizo frío de su elegancia y bajo la cabeza para no ver un rostro que, en mi oscuro deseo, se me figura brutal. Bernie rasga el envoltorio del paquete y descubre el regalo: una novela.

—No tenían por qué molestarse.

—Es de un escritor alemán —advierte la mujer y Bernie nos hace sentar con un gesto hospitalario. Busco en la cocina el bizcocho y pongo la cafetera al fuego. He escondido la pistola en uno de los cajones, por lo que pueda pasar. Saberla ahí, además de darme tranquilidad, aleja un poco la tentación.

Desde la cocina escucho el murmullo melancólico de la voz de Bernie que despliega su estrategia de un modo que se me antoja convincente.

—¡Alemania, qué gran país!

—Nos ha dicho su hermano Larry que su difunta mujer era alemana.

—Sí, Hilda era natural de Berlín. Su padre era militar y su madre profesora de historia. Al terminar la guerra, Hilda emigró con su madre y se establecieron aquí. Mi suegra llegó a dar clases en la Universidad de Columbia.

La inventiva de Bernie no tiene límites. El tono de su voz es persuasivo y el matrimonio alemán permanece atento a sus palabras.

—¿Cómo se conocieron? —pregunta ella.

—Hilda necesitaba unas fotografías tamaño carné y vino a hacérselas al estudio. Me llamó la atención su físico y, sobre todo, lo gracioso de su acento. Por suerte, un día me topé con ella en la Quinta Avenida y la invité a un café. Desde entonces ya no nos separamos.

Tengo la impresión de que Bernie va muy aprisa y decido entrar en escena para frenar la deriva memorizada de su discurso. Noto en el aire la tensión de un peligro latente.

—Aquí está el bizcocho.

Lo parto en cuatro trozos y espero a que la cafetera deje de borbotar para servirles también el café.

—Exquisito.

—Sí, Hans tiene razón. Está muy bueno. ¿Lo han hecho ustedes?

—No. Larry lo ha comprado en Veniero´s, una confitería que está abierta en la ciudad desde el siglo pasado.

—Pues está muy bueno.

Bernie está a la cabecera de la mesa, rabioso. En sus ojos estalla un destello metálico, como de lobo al acecho. Hans y su mujer mastican el bizcocho lentamente, con un refinamiento un poco envarado.

—¿Y por qué abandonó Berlín la familia de su mujer? —pregunta el dentista con una voz suave, melodiosa, apenas audible, como si temiese despertar algo dormido en el salón.

—Evidentemente los padres de Hilda creyeron en la Alemania Imperial, en el Reich de los mil años. Y al terminar la guerra no tuvieron más remedio que abandonar el país. Aun así, su padre pagó por ello.

La contundencia con la que Bernie se expresa tiene mi corazón en un puño y me provoca la sensación de que ellos también están un poco impresionados. Me gustaría poder meter baza para atenuar un poco las frases redondas de Bernie, pero él insiste, seducido por su propia ficción y con las miras puestas en ganarse la confianza de este dentista que quizá se anime a soltar la lengua.

—Hilda trabajó como secretaria para un alto mando de la Wehrmacht. Pertenecía al partido nazi. Después estuvo de supervisora de las SS en un campo de concentración.

—No tome a mal si le digo que todo ese pasado no es ni mucho menos como para sentirse orgulloso.

Las palabras tímidas, adormecidas, de la mujer no solo encienden la mirada de Bernie sino también la de su propio marido, que se vuelve hacia ella como si estuviese reprochándole su descortesía. Vuelvo a pensar que estamos yendo demasiado lejos con esta parodia, y la vergüenza me provoca de nuevo punzadas en el estómago. Bernie recupera su fingido impulso e intenta defender lo indefendible.

—Hilda cumplió con su deber, ejecutó órdenes. Ahora es muy fácil condenarlo todo y nadie se para a pensar que las leyes eran las leyes y estaban para ser obedecidas. Puedo garantizarles, porque yo la conocía bien, que el poder jamás se le subió a la cabeza. Tuvo que hacerse cargo de un comando de trabajo en unos almacenes en los alrededores del campo. Custodiaba pertenencias del Reich. Tenía que vigilar que nada se perdiese.

—Esas pertenencias, ¿no serían objetos robados a los judíos y a todos los demás presos? —insiste la mujer, ahora con voz claramente enojada.

—Estaban en guerra, señora Klüger, y todos se sentían soldados. Como le decía, ella solo cumplía con su deber. En su comando el trabajo era más ligero que en cualquier otro lugar y el trato a las prisioneras mucho más humano. Incluso tuvo como ayudante a una polaca a la que salvó la vida.

De repente, los rostros se quedan serios, como si la historia ficticia de la mujer de Bernie hubiese frustrado la cordialidad. Y en el salón se instala un silencio agresivo que

me recuerda la humillación que pasé en la clínica dental después de aventurar una ideología antisemita. De cualquier modo, este silencio no está vacío e intuyo en su interior otra dialéctica, otro idioma, la resonancia de una frase que quiere ser pronunciada.

—Hilda participó de una ilusión colectiva y, aunque hubo muchos errores, ella nunca se arrepintió de arrimar el hombro en uno de los momentos más importantes de la historia alemana.

Bernie ha puesto el cebo de una forma tan absurda y vulgar que ahora sí siento el rubor directo por su actitud exagerada y ofensiva. El matrimonio parece estar totalmente conmocionado por la provocación y, cada vez más, se desvanece la posibilidad de que esté a nuestro alcance uno de los seres más despreciables de la humanidad, una bestia responsable de miles de muertes.

—Dijo antes que su suegro tuvo que pagar un precio. ¿Cuál? —pregunta el dentista. Su tono de voz parece un poco más cálido que el de su mujer. Bernie ahora respira muy rápido, como si no le llegase el aire.

—Lo condenaron a muerte en esa pantomima llamada Nürenberg. Hablar de genocidio del Tercer Reich es una calumnia aprovechada por los vencedores para derrotar moralmente a la Alemania vencida. Para la sociedad americana, mi suegro tal vez fuese un monstruo. Lo que la gente no entiende es que llegó un momento en el que disparar ya no era matar. Era algo necesario. Se había abierto una ventana y ya no podía cerrarse.

Los ojos de los invitados imponen cierta distancia y parecen sorprendidos por la exaltación fanática de Bernie, que entierra su propio miedo en las palabras.

—¿Por qué le llama pantomima al proceso de Nürenberg? —insiste el dentista, y Bernie, que domina todo lo referente a la Segunda Guerra Mundial, ve el camino expedito para darnos una lección de historia desde un punto de vista muy alejado de sus propias creencias.

—Por más vueltas que le demos, ese juicio tuvo fallos desde el principio. Era la primera vez que se realizaba algo de esas características, no por su magnitud, sino por los asuntos que se juzgaban. Fue un proceso parcial en cuanto que los alemanes eran juzgados, entre otras muchas causas, por la invasión de Polonia, crimen que también habían cometido los rusos tras un pacto secreto con Alemania en 1939, cuando

decidieron repartirse el país. Fue un juicio de los vencedores a los vencidos, con los problemas de legitimidad que eso lleva consigo. Que los hombres de Stalin condenasen a muerte a los de Hitler es algo que roza lo indecente.

—Sí, pero eso no es ni mucho menos una atenuante de todas las atrocidades cometidas —Hans H. Klüger ahora sí parece molesto.

—¿Qué atrocidades? ¿La de los judíos? ¡Ellos siempre jugaron muy bien su papel de víctimas y bien que les ha ido!

—No. Las atrocidades a las que me refiero son muchas, el incendio del Reichstag, la Noche de los Cristales Rotos, la anexión de Austria, los Sudetes, la invasión de Checoslovaquia, la de Polonia, la invasión soviética, las técnicas de despoblación, las ejecuciones masivas, las prácticas médicas contra enfermos y deficientes, los campos de concentración y exterminio, destinados, sobre todo, a eliminar esa población judía de la que usted tanto desconfía…

En los aspavientos de las finas manos del dentista parece concentrarse todo su enojo. Yo ya no sé dónde meterme. Estoy tan avergonzado que incluso siento lástima por el pobre Bernie, que ha mantenido tan dignamente su papel de nazi y ya no puede deshacerse de él. La furia del dentista es una furia sensata, seca, propia de una inteligencia que sabe contenerse.

—Veo que va a ser difícil que lleguemos a un punto de encuentro. La historia puede interpretarse de diferentes maneras —dice Bernie.

—Las fotografías, el pelo de las mujeres, las prótesis, las gafas, los zapatos, los hornos. ¿Cómo es posible no considerar esto? ¿Qué locura puede rechazarlo? Auschwitz solo tiene una interpretación.

—No lo crea, señora Klüger. Culpar al pueblo alemán del llamado Holocausto es tan injusto como decir que todos los judíos son responsables de la Crucifixión.

Bernie ha perdido el norte y se ha vuelto incluso desagradable. Creo que esto último sobraba. Los dos invitados se miran el uno al otro con frialdad y casi se ponen en pie a un tiempo. El dentista se disculpa.

—Tenemos que marcharnos. El bizcocho estaba muy rico. Felicidades, señor Weston.

—Aún es temprano. ¿Quizá los he ofendido con mis palabras?

—No, lo que pasa es que se nos ha hecho tarde —la excusa de ella es mucho más débil que la de su marido. Está claro que Bernie los ha ofendido y yo siento un bochorno tan grande que no sé qué decir. Es Bernie el que intenta arreglarlo con un tono abatido, casi sumiso.

—Deben perdonarme. No sé. Yo quería mucho a Hilda y tantos años de convivencia sirvieron para comprenderla y apoyarla. Me gustaría que la hubiesen conocido. Era una persona muy íntegra que amaba a su país con toda su alma.

—Nosotros también amamos a nuestro país y no por eso entregamos nuestra alma al diablo —espeta con orgullo Hans H. Klüger mientras me extiende la mano como para ofrecerme una despedida definitiva, una especie de desprecio cortés. Su esposa apenas levanta la cabeza y se dirige a la puerta como si precisase del aire de la calle. Bernie también se acerca a la puerta para despedirse con un gesto ridículo. Y los vemos bajar las escaleras sin mirar atrás, como empujados por un resorte invisible que los hace mucho más jóvenes y atléticos. A pesar de su ausencia, la disputa queda en el aire como una nube compacta y espero a que sus pasos alcancen el otro lado de la calle para volverme hacía Bernie y devorarlo con los ojos.

—¡Eres un animal! ¡No hacía falta que fueras tan cruel y desagradable! ¡Estarás satisfecho de tu astucia! ¡Mal rayo te parta!

—¿Sabes una cosa, Bob? Se te ha olvidado pedirles cita para la revisión de mi boca. Tendré que llamarlos.

—¿Te has vuelto loco? ¡No sé por qué te hago caso! Supongo que ahora ya estarás convencido de tu error.

—No del todo. Digamos que tengo mis reservas. Esta gente no se deja convencer tan fácilmente. Son muy buenos actores. Excelentes.

—Olvídalo.

La tenacidad de Bernie me molesta y, de algún modo, me hace asumir la responsabilidad de mi actitud pasiva, por no haber sido capaz de cortar a tiempo su discurso agresivo. Lo cierto es que cedí a la euforia de sus palabras porque le vi quemar las frases con una franqueza tan firme y premeditada que comencé a admirar su vehemencia, la forma de su rabia inflamándose en su interior. He de reconocer que este viejo suicida ha interpretado su papel con una perfección extraordinaria, profesional. Y no me cabe la menor duda de que si Hans H. Klüger fuese el criminal de los campos,

este alemán enseguida habría acercado las tesis de su ideario nazi a las de Bernie y habría borrado cualquier tipo de reserva. Con un magisterio asombroso, Bernie impuso la insolencia de su voz y mostró un temperamento notable para ensuciar su propia memoria y poner esa expresión dura en el rostro con la que acompañaba la actitud elocuente de sus gestos. Sí, y si este viejo cojo, especializado en el conflicto de la Segunda Guerra Mundial más por una suerte de culpa insuperable que por un interés intelectual, no ha conseguido el objetivo de desenmascarar al personaje ha sido precisamente porque nos equivocamos de persona.

XXXII

Ni siquiera para beber el zumo o el café dejo de mirar con ansia el tránsito humano. Cada hombre que pasa es un deseo y produce en mí un pequeño escalofrío. Cualquiera de cierta edad puede ser Lucien Giraud.

Llevo despierta desde las siete de la mañana, destruida por los nervios y por una angustia que no ha remitido con las horas. En esta espera eterna me he pintado ligeramente los labios y la raya de los ojos y me he puesto la falda azul y el jersey blanco. Quiero causar una buena impresión, aunque me siento como una impostora, como alguien que se vende. Tengo miedo de que el comunista del que hablaba mi tía en sus cartas detecte lo que hay en mí de burguesa. Quizá se sienta ofendido hasta el punto de adoptar una actitud de rechazo no solo ante mí sino ante todo lo que represento: el desprecio y el abandono de una familia.

Son las nueve de la mañana y el sol llena de colores la pequeña plaza en la que ha despertado cierta actividad. Incluso las palomas han bajado del tejado y empiezan un nuevo tamiz. La villa despierta al bullicio, no dudo más y abandono el hotel. Arrimada a las murallas, con el corazón en un puño, busco el camino de la puerta de salida por la que entré ayer. Desde aquí hay una hermosa vista sobre la ciudad nueva y el río. Aspiro con ansia el frescor de esta mañana en la que están puestas todas mis esperanzas.

Después de cruzar el río por el puente nuevo, tal y como me dijo mi amante frustrado, enseguida veo la placa con el nombre de la calle Verdun y camino hasta una enorme plaza rodeada de edificios. Sospecho que mi destino es un edificio modernista con dos frontones laterales a modo de triángulos blasonados y uno central sustentado por varias columnas que surgen de unos balcones en el primer piso. Me sitúo ante él y veo que dentro ya han abierto las contraventanas y hay cierto movimiento. De cualquier modo, la puerta central está cerrada y me meto por una calleja lateral en la que sí hay varias puertas enormes de madera, una de ellas abierta, justo la que da entrada a la biblioteca y al museo.

Entro con un nudo en el estómago y lo primero que veo es una escalera de piedra que sube hasta un descansillo para abrirse luego en dos direcciones. En la entrada no hay nadie. Solo una mesa con varios folletos y una puerta entornada por la que sale una fuerte luz artificial. Me acerco para ver si encuentro a alguien que pueda informarme y

acabo entrando en una solitaria sala en la que están expuestos varios cuadros de un colorido tan poderoso que parecen contener una luz interior. Son grandes lienzos llenos de puertas de diferentes colores que se ensamblan unas con las otras y encierran un paisaje en sí mismo, dando la apariencia de organismos vivos en un proceso de formación. Y aunque lo que me trae aquí no es el arte, sino la oportunidad de encontrarme con Lucien Giraud, la metáfora de las puertas tapiando los cuadros ejerce sobre mí cierta atracción, como si de ellos emanase algo sensual. Y es ese poder el que me retiene un rato en la sala y me atrapa en una exigencia íntima que va más allá de los cuadros. La observación es tan intensa que no me doy cuenta de la autoría de los lienzos hasta que me dispongo a abandonar la sala y cojo uno de los folletos que hay sobre la mesa. Solo entonces, cuando veo la foto, caigo en la cuenta de que el artista es Richard Delacroix, el hombre que no vende cuadros, el mismo al que ayer le entregué mi cuerpo y quien, según la biografía que figura en el folleto, nació aquí, en Carcassonne, hace cuarenta y tres años y se licenció en la Universidad de la Sorbona. Vierto una mirada propietaria sobre los cuadros y hago el ademán de volver a entrar en la sala para escoger el cuadro que más me guste, pero, de repente, el carraspeo de una tos me empuja hacia la entrada y veo a una mujer ya mayor que se dispone a subir las escaleras. Con cierta impaciencia le pregunto por Lucien Giraud y me indica que la siga. No parece tener un buen día. Camino a sus espaldas y advierto que en el primer piso hay varios paneles alusivos a las fiestas, además de grandes fotografías que recogen la memoria historiada de la ciudad. La mujer me conduce a un arco de piedra que conecta con una amplia oficina en la que dos chicas teclean en sus máquinas de escribir, como si estableciesen una competición entre ellas.

—Aguarde aquí.

Al cabo de unos segundos, la mujer regresa y, con su voz dinamitada por los bronquios, me pregunta quién soy.

—Diana Crussat. Dígale que soy la sobrina de Laura Crussat. Llegué ayer de Barcelona.

La mujer me mira de arriba abajo como si midiese mi estatura y, antes de marchar de nuevo con el recado, intenta memorizar mi identidad pronunciándola con tantas dificultades que mi apellido se le atraviesa en la garganta como una piedra.

Cada vez estoy más nerviosa y sospecho la cara de sorpresa que en este momento debe de estar poniendo Lucien Giraud mientras escucha el apellido Crussat. Imagino que no tardará en venir hacia mí para acogerme en su abrazo. No obstante, quien

aparece es la misma mujer que, con gesto de incomprensión, me indica que la acompañe.

Atravesamos la oficina y, esta vez, las chicas, conscientes de mi presencia, detienen su tecleo y fijan en mí su curiosidad. Finalmente llegamos a una puerta entreabierta y la mujer me anima a pasar. Lo hago despacio, como si me asomase al rompiente de un acantilado,
y, de repente, veo ante mí a un hombre calvo, de gafas de pasta y no más de cuarenta años, que me mira con el mismo asombro con que yo lo miro a él.

—Estoy buscando a Lucien Giraud.

—Yo soy Lucien Giraud.

El hombre me ofrece la mano y mientras se la estrecho, siento que el mundo se me cae encima. La frustración en mi rostro debe de ser tan evidente que me veo en la obligación de darle una explicación.

—Me temo que ha habido un error. El Lucien Giraud que busco es una persona mayor que usted. Es un maestro comunista que conoció a una tía mía.

—La persona a la que usted busca es mi padre.

—¿Su padre?

—Sí. Lo malo es que hace años que se murió.

—¡Cuánto lo siento!

Esta muerte, con la que hasta ayer mismo contaba, concentra en mi pecho un punto de angustia y fracaso, pero también abre la expectativa de seguir tirando del hilo para llegar a mi tía Laura. ¿Y si ella es su madre y él está guardando con frialdad la sorpresa? No, no lo creo. Ya me lo habría dicho. No hay nada físico de ella en este hombre de semblante amable que me invita a sentarme y me vuelve a preguntar por el nombre de mi tía.

—Laura, Laura Crussat.

—Mi padre tenía muchos amigos. Ese nombre no me dice nada. Usted está hablándome de hechos que ocurrieron hace mucho tiempo.

—Se conocieron en Toulouse y, por lo que sé, debieron de tener algún tipo de relación sentimental. Sé también que mi tía estuvo en Carcassonne porque envió a España una carta desde aquí. Es el último rastro que tengo de ella.

—¿En qué año está fechada?

—1942.

—En esa época mi padre aún vivía en Toulouse.

El tono de voz del hombre es reposado y afable y me hace creer que no me oculta nada. Pero sigue pareciéndome imposible que no haya oído hablar de mi tía, sobre todo, alguien como él, que es escritor y debería preocuparse por la memoria de su padre, en la que inevitablemente tendría que aparecer una mujer tan especial como mi tía Laura. Quizá ya se haya interesado por esa historia y el papel de mi tía no era tan relevante y heroico como yo había imaginado. De cualquier forma, no detengo mi insistencia y, mientras él escribe algo y concentra su mirada en el papel, le leo la fotocopia de la carta en la que mi tía habla de su padre, ese comunista convencido que le escribía poesías que hacían augurar algo mucho más contundente que la amistad.

—No sabía que mi padre hiciese poesías.

—No creo que mi tía se lo haya inventado.

—No, no me interprete mal. Creo en lo que dice. Lo que ocurre es que ese dato es nuevo para mí. Papá nunca nos dijo nada. Y me resulta curioso, porque yo soy escritor.

—Tal vez sea algo genético.

—Es posible.

El silencio se instala entre los dos y me hace pensar una vez más en el fracaso de mi búsqueda, pero él me mira de nuevo con cierta ternura y coge el teléfono.

—Es probable que mi madre sepa algo de su tía. Ella conserva toda la correspondencia de mi padre. Aguarde un momento.

Lucien Giraud marca el número con sus dedos anchos y enseguida establece una conversación con su madre. Le explica más o menos todo lo que yo le he dicho y lo hace de corrido, apoyándose en mí con su mirada, solo deteniendo sus palabras cuando

pronuncia el nombre de mi tía. En ese instante, su madre debe de interrumpirlo y él calla hasta que aparta el teléfono y lo cubre con la palma de la mano izquierda, como si no quisiera que su madre escuchase lo que va a decirme.

—Me pregunta mi madre si su tía era fotógrafa.

—Sí, y muy buena.

Lucien Giraud le confirma a su madre mis palabras y el entusiasmo vuelve a llenar todo mi cuerpo como si fuese un líquido caliente que va extendiéndose por mis venas. Y permanezco expectante, anticipándome a las palabras que esa mujer debe de estar dedicándole a la memoria de mi tía. Su hijo gesticula afirmativamente con la cabeza y parece tener prisa por terminar la conversación telefónica. Cuando cuelga, abre una sonrisa que saca al niño que hay dentro de él, y coge mi mano derecha.

—¡Claro que he oído hablar de su tía! Efectivamente, estuvo en Toulouse y también debió de ocultarse aquí algún tiempo durante la guerra. He visto alguna de sus fotos y reconozco que era una gran artista para la época. Pero firmaba con otro nombre. Mi madre seguro que le contará muchas cosas. Me dice que la espera en casa. Podrán comer juntas.

—No quiero molestarla. Prefiero invitarla a comer en un restaurante.

—No, no, ella no se lo permitiría. Y, además, no me cabe la menor duda de que a mamá le hará mucha ilusión hablar de los tiempos pasados. Sepa que mi padre murió hace unos años y para ella su memoria sigue siendo muy importante. Mi padre tuvo una vida complicada y aquí es una persona muy respetada, no solo por haber sido alcalde sino también porque era una buena persona que luchó por su país y por lo que él siempre creyó justo. Durante la guerra estuvo más de un año en la cárcel por atentado contra la seguridad del Estado. Más tarde, en 1944, llegó a ser comisario de la República en la región y fue uno de los organizadores de la Liberación. El propio general De Gaulle vino a Carcassonne para imponerle la Cruz de Combatiente cuando estaba convaleciente en casa. Mi padre puso su vida en peligro muchas veces.

—No lo dudo.

—Yo me pasaré por allí esta tarde. Ahora estoy bastante ocupado con los flecos que han dejado las fiestas.

Lucien anota la dirección en un papel y me da un plano para explicarme por dónde se llega a casa de su madre. Con un lápiz señala el lugar exacto y se disculpa porque en

este momento no puede acompañarme. No obstante, promete que intentará llegar a tiempo para tomar un café con nosotras. Me acompaña a la puerta e insiste en explicarme la ruta, pero lo interrumpo para decirle que ya la sé, que le agradezco su amabilidad.

Camino con un nuevo punto de angustia en el pecho. Estoy contenta por haber llegado hasta este lugar y descubrir que mi tía Laura estuvo aquí un tiempo, tal vez no mucho, porque, si no, se hubiera topado con Mercedes Núñez, pero también me inquieta saber qué pasó después, cuál era su nombre postizo, si esta estancia fue algo transitorio, si la detuvieron los alemanes, si pudo escapar, si murió o sigue viva. Mientras Lucien Giraud estaba hablando con su madre, me asaltaban todas estas preguntas y no fui capaz de hacerlas por temor a las respuestas. Incluso ahora, que estoy sola y el aire fresco de la mañana me mantiene despierta, noto la tensión de quien está llegando al final de un camino. Me detengo de cuando en cuando, no tanto para mirar el plano de Carcassonne, como para demorar el paso y la constatación de la muerte de mi tía, una sospecha que ahora se ha hecho más fuerte.

Aun a paso de tortuga y deteniéndome en un mercado para comprar una docena de rosas, no tardo más de quince minutos en llegar a la casa.

Es una hermosa construcción de piedra con dos balcones de hierro forjado y una robusta puerta de madera de color verde. Dos enormes árboles rivalizan en altura con el tejado y ofrecen su sombra a un jardín pequeño con varios setos en filigrana.

Llamo a la puerta con una aldaba leonada y me abre una muchacha de unos veinte años que me invita a pasar.

—La señora está esperándola.

Le entrego las flores para que las ponga en agua y me quedo un poco sorprendida por la austeridad de la entrada. Paso a un amplio salón con techo alto del que cuelgan, como agua invertida, dos enormes lámparas de cristal. Y ahí está ella, sentada en un sofá con un gato negro en sus brazos, al pie de un cuadro descomunal en el que se representa una concurrida escena cinegética. La luz que entra por las ventanas queda prendida en el blanco de su pelo y desnuda la vejez de su rostro, que se contrae como si estuviese forzando la vista para poder verme mejor. Pero enseguida reparo en que no es la miopía la que le hace arrugar la piel, sino el asombro que le produce mi presencia. Expulsa al gato de su regazo con un gesto inconsciente y viene hacia mí con las manos en la cabeza, como si temiera que yo viese su rostro.

—¡Es increíble!

Nuevamente siento que no es a mí a quien abrazan y, con un orgullo resignado, asumo la invasión de esta otra naturaleza. Es la misma impresión que causé en Mercedes Núñez y en la madre de Adela cuando me vieron por vez primera.

—Gracias por recibirme.

—No digas tonterías. ¡Cómo no iba a recibirte! Siéntate. Eres la viva imagen de la Castelo.

—¿De quién?

—De tu tía. María Castelo. Ese era su nombre.

—¿María Castelo?

—Sí. Era el nombre que tenía en la Resistencia y a ella le gustaba esa identidad. Gracias por las flores. Son muy bonitas.

—Es lo menos que podía hacer. Y usted, ¿cómo se llama?

—Marie.

El gato negro se encarama de un salto en las rodillas de esta mujer visiblemente emocionada, que ahora peina con sus dedos el pelo del animal como si estuviese acariciando un recuerdo y me mira con el ansia líquida de sus ojos grises. Estoy tan pendiente de sus palabras que noto la tensión comprimiéndome el cuerpo.

Me siento junto a ella y veo que el otro lado de la pared está sembrado de títulos y medallas enmarcadas alrededor de un retrato que sospecho es de su marido, el Lucien Giraud que le escribía poesías a mi tía Laura y que la trajo a esta villa medieval.

—Tu tía tenía todas las cualidades. Era hermosa e inteligente y, aparte de políglota, pintaba muy bien y era una gran fotógrafa. Yo la odiaba por todo eso.

—No la entiendo.

Su sonrisa frena por un momento los síntomas de rabia de sus palabras. El gato parece estar atento a nuestras voces. A mí lo que más me preocupa ahora es ese era tan

elocuente que apaga la esperanza de encontrarla con vida. Nunca debí haberme hecho ilusiones.

—Era una rival difícil de superar. Yo conocí a Lucien mucho antes que ella y, aunque él no lo sabía, yo bebía los vientos por él tanto como él los bebía por tu tía. Estaba loco por ella y eso me ponía fuera de mí.

—Lo comprendo.

—No. No es fácil de comprender —el tono de su voz vuelve a ser exasperado, como de reproche—. Aquellos años fueron muy difíciles para todos, sobre todo para mí. Estuve en la Resistencia con todo el grupo de Toulouse, ayudé en el periódico, distribuí pasquines, participé en varios sabotajes, hice de enlace y fui una más en esa emoción colectiva de derrotar a los invasores… Pero puedes estar segura de que el día que supe que los alemanes habían detenido a tu tía y que se la habían llevado a la cárcel de Saint-Michel, sentí algo muy semejante a un alivio interior. La tiranía de los celos me volvió un ser malvado y en esos días incluso deseé que tu tía sucumbiese a los interrogatorios de la Gestapo. Su confesión podía traernos a todos grandes complicaciones, entre ellas, la cárcel, pero nada de eso me importaba tanto como que Lucien llegase a odiarla.

—¿Y sucumbió?

—Al principio todos creímos que sí, porque poco tiempo después detuvieron a Lucien y a varios miembros del grupo. Lo lógico era desconfiar de ella. La tortura suele aplastar con facilidad las voluntades más inexpugnables. Detrás de cada ser humano puede estar escondido un traidor. Y durante algún tiempo la odiamos a muerte. Yo misma sembré ese desprecio colectivo. No obstante, tiempo después pudimos saber que el delator había sido Marcel, un cheminot que se había unido tarde al grupo. Parece ser que los alemanes le hicieron una visita en su propia casa para amenazarlo con la muerte de toda su familia si no cantaba. ¡Y vaya si cantó! Nos lo confesó más tarde una de sus hijas que se sentía bastante avergonzada por la cobardía de su padre.

—¿Y qué pasó con mi tía?

—Después de la cárcel, la enviaron a un campo de concentración alemán. Todos la dábamos por muerta.

—¿Sobrevivió?

La expectativa de que siga viva vuelve a poner todo mi cuerpo en tensión y Marie lo percibe.

—Cuando volvió ya no era la misma. Los campos la habían destruido. Nunca quiso hablar de ellos. Para mucha gente ya se había convertido en una heroína, siempre del lado de la libertad. Despreciaba cualquier tipo de adulación. Incluso rechazó la Cruz de Combatiente. Por suerte, Lucien y yo ya nos habíamos casado y todavía vivíamos en un piso alquilado de Toulouse, pero su presencia fue un impacto para ambos. Los motivos eran diversos. Lucien se sentía culpable por no haber confiado en ella. Yo sabía que su regreso era el regreso a un pasado lleno de celos. La situación era complicada, tirante. Lucien insistió en que ella tenía que quedarse un tiempo con nosotros y tu tía entendió que lo mejor era marcharse cuanto antes. Mientras vendimos algunas cosas y la ayudamos a conseguir el dinero para su viaje, tu tía paró aquí.

—¿En Carcassonne?

—Sí. Esta casa era de mis suegros. Solo estuvo un par de semanas. Ella ya los conocía porque Lucien la había traído aquí una vez durante la guerra.

Vuelve a producirme un poco de rabia y frustración pensar que mi tía estuvo en Carcassonne y en ningún momento el azar hizo que se encontrase con su amiga Mercedes. Resulta increíble que sus vidas fueran como dos sombras gemelas que no consiguieron tocarse.

—No tardó en mandarnos una carta desde Nueva York agradeciendo todo lo que habíamos hecho por ella. Te he apuntado su dirección. Es esta. Allí consiguió trabajo como fotógrafa. Nunca más supimos de ella. Supongo que seguirá en Nueva York, aunque tu tía era tan inquieta como una lagartija y cualquiera sabe.

Marie no es consciente de la alegría que fluye por mi sangre ante esta nueva posibilidad de encontrar con vida a mi tía Laura. Por un momento parece que van a estallarme las venas. Intento retener mi euforia y no entiendo por qué Marie me da precisamente esta nota y no el sobre con la carta que la tía Laura les mandó desde Nueva York. Desconozco qué clase de intimidad puede contener la carta para que se me niegue su lectura. Incluso tengo la impresión de que, al verme, se despertaron todos sus miedos y se arrepiente un poco de su actitud desconfiada. Prefiero no hurgar en su herida y no soy capaz de preguntárselo, aunque ella insiste en su antiguo rencor.

—Yo siempre tuve la sospecha de que Lucien seguía amándola en silencio. Era un fantasma que de algún modo se interponía entre los dos. Yo entendía perfectamente el hecho de que él se enamorase de ella, porque tu tía era una persona realmente hermosa y diferente a cualquier otro tipo de mujer. No vayas a pensar que era una mujer

excesivamente valiente. También tenía sus miedos. La Resistencia la ayudó a establecerse como fotógrafa. Vivía con Lola, una socialista española que también colaboraba con nosotros. El bajo de la tienda se convirtió en un punto de encuentro. Allí se hacía el periódico y era el lugar de paso para muchos maquis que bajaban de la Montaña Negra en busca de víveres e información. Es cierto que debido a su alemán y a su aspecto —Lucien decía que era una auténtica alemana, tan rubia y elegante que no daba la imagen de la Resistencia—, le fue fácil entrar en contacto con el enemigo. Cuando llegaron los alemanes, enseguida se fijaron en ella e incluso la contrataron para fotografiar algunas de sus fiestas. El idioma fue una puerta abierta. Tu tía pasaba información valiosa. Gracias a ella se pudo eliminar a unos cuantos boches. ¿Sabes que en Toulouse hay una calle con su nombre?

—¿De verdad?

—Sí. Lucien fue uno de los promotores. Aguarda. Tengo una guía de Toulouse.

Marie despliega sobre la mesa el plano extensible que guarda el libro y, después de sacar de un bolsillo unas gafas, no tarda en señalarme la calle.

—Aquí estaba la tienda. Como puedes comprobar, le pusieron su nombre de resistente.

Sitúo mi dedo sobre el nombre comprimido de María Castelo y pienso en ella con emoción y un orgullo de sangre que se suma al desasosiego de saberme cerca del final, de quien está próximo al hallazgo de un tesoro.

Marie habla y habla, con triste desesperanza, de la personalidad irresistible de mi tía y me da un poco de lástima esta mujer, que todavía sigue aplastada por la memoria de un fantasma. Pero ahora, mientras escucho en la nostalgia de esta voz dolorida los episodios de un ejército de sombras al que ambas pertenecieron, en mi cabeza ya solo existe el deseo de comprobar si mi tía sigue viva.

XXXIII

—Comeré con ella. Tiene mucho que contarme.

—¿Qué tal es?

—Agradable.

—¿Y físicamente?

—No lo sé. Y eso, ¿qué más da?

—Curiosidad.

—No es una belleza, pero tampoco es fea. Normal, como en la foto. Nos veremos esta tarde. Un beso.

Cuelgo el teléfono con la sensación de que Verónica se ha quedado intrigada por la indecisión que transmiten mis palabras. Abandono la cabina empujado por la inquietud de volver a encontrarme con Milagros Delgado para hacerle todas las preguntas que en estas dos horas han ido creciendo dentro de mí como plantas salvajes.

La lluvia ha perdido toda su intensidad y también parte de su música; ahora es apenas una caricia húmeda que se pega al aire como un vapor denso que me alcanza incluso bajo los soportales. Cuando llego a la entrada de la facultad, tardo en darme cuenta de que ella es la mujer de gabardina crema y paraguas rojo que contrasta con la vieja luz del mediodía y el gris frío de la piedra. Se ha soltado el pelo y su melena le da un aspecto mucho más joven y desenfadado.

—Los alumnos han terminado el examen y he salido un poco antes.

—De saberlo, no tendrías que haber esperado.

—No te preocupes. ¿Qué te parece si comemos en el Vilas?

—Me parece bien, siempre que me dejes invitarte.

—Eso ya lo veremos.

Le cojo el paraguas para taparnos de esta lluvia abstracta que pende del aire, y caminamos juntos, primero por la Rúa do Vilar y después por la Alameda, con los

cuerpos juntos como una pareja formal. Su despreocupado modo de hablar, su trato amable, hacen que me sienta cómodo e incluso me ofrecen la sensación de que estoy usurpando un espacio de papá, como si estuviera tomando posesión de la parte más íntima de su herencia.

Mientras avanzamos por la calle Rosalía de Castro, enredados en una dialéctica irrelevante que parece frenar algún tipo de deseo, la conversación deriva hacia temas intrascendentes a los que es ajena la memoria de papá. Tengo que esperar a que lleguemos al restaurante para recuperar el interés que me acercó a ella.

—¿Solíais venir aquí?

—Sí. A tu padre le gustaba mucho este sitio y se llevaba bien con el dueño. Estuvo en el entierro.

—Sí. Lo conozco de vista.

El restaurante está concurrido y tengo la impresión de que somos observados desde las otras mesas, como si los clientes se extrañasen al ver a esta mujer acompañada por un hombre mucho más joven y curiosamente tan parecido al que fue su amante. Es una sensación de intemperie que, sin embargo, no me molesta.

Un camarero nos deja la carta y ella la cierra en un abrir y cerrar de ojos para encender un cigarrillo.

—Tu elección es rápida. ¿Qué vas a pedir?

—Lo que solía pedir tu padre en ocasiones especiales.

—¿Arroz con langosta?

—Sí. Veo que conocías a tu padre más de lo que dijiste antes.

—Era nuestro plato recurrente de los domingos. Todo un vicio.

—¿Te animas?

—Lo comí hace un par de días, pero no me importa repetir.

Una simple mirada atrae al camarero y ella se encarga de pedirle el vino y el mismo plato para los dos. Ahora su forma de fumar parece más mundana y su rostro se me

presenta más atractivo, como si se le hubiesen relajado las facciones. Por un instante pasa por mi cabeza el deseo de tocarla para meterme en la piel de papá y sentir lo mismo que él, alcanzar su memoria táctil, su deseo. ¿Cuántas veces sus manos acariciarían esta piel blanquecina? ¿Qué grado de pasión guardarían sus encuentros? La imagen fría y desabrida de papá que se proyecta en mi mente aborta cualquier cálculo emocional, y algo dentro de mí niega la posibilidad de una simple caricia de papá sobre el cuerpo de esta mujer natural y abierta, que encierra en cada gesto un mundo nuevo para mí.

—¿No te parece asombroso?

—¿El qué? —pregunto.

—Pues el hecho de no habernos conocido hasta hoy. Vivimos apenas a quinientos metros y en una ciudad pequeña.

—Supongo que sí, pero no se dieron las circunstancias.

—Tu padre no quería. Me crucé contigo infinidad de veces. No sé cómo alguna vez no te diste cuenta de ello. Solía mirarte fijamente. Me resultaba gracioso acostarme con tu padre y después verte a ti, que era como volver a verlo a él con veintitantos años menos. Eres clavado a él.

—Lo sé.

Cada vez me gusta más su espontaneidad y empiezo a entender que papá se rindiese al encanto frío de esta mujer que, a pesar de no ser hermosa, atesora un hechizo sordo, dormido. Ahora la miro ya sin reservas y noto que dentro de mí se instala un misterioso deseo, casi obsceno e incestuoso. El dibujo de sus labios es perfecto y su nariz extraordinariamente pequeña, como sus orejas. El cuello largo, demasiado separado del tronco, le da un aspecto arrogante que niegan tanto sus ojos como la dulzura de su voz.

—Sentí mucho lo de Rocío. A ella también la veía de vez en cuando contigo, o mientras paseaba sola por la ciudad. Era una mujer muy interesante. Tu padre estaba preocupado por ti. Sabía que la amabas.

—No puedes hacerte una idea de lo mucho que la amaba. Ahora sé que querer tanto a una persona es un modo de ir alimentando el dolor. Lo pasé mal, muy mal, y, aunque comienzo a levantar cabeza, Rocío sigue estando presente en cada uno de mis actos y esta extraña sensación es la que hace que no me sienta tan solo.

—Recordar es bueno.

—Creo que sí. Pero olvidar también es necesario.

El camarero nos sirve los platos. El aroma de la comida acerca nuestros rostros casi hasta la intimidad y me permite ver su sonrisa abriéndose igual que una margarita.

—Tiene buena pinta.

—Desde luego que sí.

—Tu padre decía que este plato le producía un placer mayor que la lectura del mejor de los libros. Le encantaba.

—En eso coincidimos plenamente los dos. Es un sabor nostálgico, ligado al pasado. Algún día tendrás que probarlo en O Caramiñal. Quedas invitada.

La proximidad con ella ya no es solo física. Hay algo que me une más allá de papá y de su memoria. Quizá esta cercanía nazca del conocimiento que ella tiene de mí y también de esa vigilancia que ella ejercía tanto sobre mi vida cotidiana como sobre la de Rocío. La imagino ahora, en un supermercado o entre los volúmenes de una librería, furtiva en su acecho, intentando comprender nuestro mundo desde la óptica inducida por papá.

—¿Sabes una cosa?

—¿Cuál?

—Que aunque lo tuyo con papá ha sido para mí toda una sorpresa, tengo la exótica sensación de haberte conocido antes. No lo sé. Apenas sé nada de ti, pero hablar contigo me resulta familiar.

—¡Y tan familiar! Yo soy una especie de madrastra secreta tuya, ¿no crees?

—Puede ser. En todo caso, una madrastra más joven que yo.

—No lo creo.

Observo el gesto con el que levanta el cuchillo y descubro que tiene unas manos expresivas, como si en ellas se concentrase toda su personalidad.

—Minutos antes de conocerte había dentro de mí una especie de odio. Te culpaba y aborrecía vuestro secreto. Incluso me asistía el derecho a enojarme contigo y a reprocharte todo lo que de papá nos robaste. De todas formas, ese rencor se ha desvanecido y ahora solo aspiro a que me ayudes. Tú eres mi única esperanza.

—¿Esperanza? ¿De qué? —parece sorprenderse.

—De conocer a papá o, quizá, de conocerme a mí mismo. Ya sé que es triste admitir que uno desconoce a sus propios padres, personas con las que ha convivido toda la vida, pero papá siempre fue tan reservado en casa que se convirtió para mí en un perfecto extraño. Y nada habría cambiado, ni tan siquiera mi cariño resignado hacia él, si no hubiese descubierto las fotos, la novela y algunas cosas más. Eso sí, estoy completamente seguro de que tú lo conociste bien.

Mis palabras parecen imponer en su rostro una expresión grave y percibo cierto fastidio en ella porque se detiene y mira al vacío, como si eludiese mis ojos o buscase algo indeterminado y lejano en las otras mesas. Por un momento, incluso pienso si la habré ofendido.

—He tardado mucho tiempo en entender por qué tu padre, un orador tan notable y elocuente, era una persona tan reservada en la intimidad, por qué le costaba tanto expresar sus emociones, por qué conmigo medía cada gesto. A veces pienso que su lado oscuro y su discreción eran para mí un aliciente. Y no me fue fácil conseguir que se abriese para poder penetrar en su mundo tan rico y complicado —en su voz palpita un desesperado tono de reproche—. No, no fue fácil. Entiendo perfectamente tus sentimientos. Y no pienses que conmigo era un ser cariñoso. Yo no aspiraba a tanto y me conformé con interpretar su frialdad y arrancar de sus silencios otro tipo de afecto. Él me quería así, a su modo, sin excesos. Y tú puedes estar seguro de su amor. Para él eras su preferido.

—¿El preferido?

—Sí. Contigo tenía algo especial. Sufría porque veía en ti muchos de sus defectos, pero también muchas de sus virtudes. Estaba orgulloso de ti, no te quepa la menor duda. Cada vez que hablaba de ti se le notaba la predilección.

Sus palabras son tan elocuentes que no sé qué decir ni soy capaz de llevarle la contraria. Me limito a encogerme de hombros y a pensar con indulgencia en papá y en esa posible inclinación que sentía hacia mí y de la que yo no fui consciente nunca. Y aunque es cierto que mi hermano Carlos sí era para mamá su ojo derecho —su

semejanza no era solo física—, en papá nunca percibí ningún tipo de distinción para con nosotros. Más bien cierta indiferencia. Por eso ahora me gusta saber que papá pudo haberle hablado de mí con cierta benevolencia.

—Tu padre era una persona complicada y me costó mucho derrumbar su desconfianza para llegar a su corazón y que me contase su vida. No vayas a pensar que soy de esas cotillas a las que, como cestas rotas, les gustaba andar en la boca de los demás, pero tienes que comprender que me enamoré de tu padre, y su familia era una parte importante de él que yo no podía ni quería borrar. Y si sé muchas cosas las sé porque él también se enamoró de mí. Para él he sido mucho más que una confidente. Tu padre sufría mucho. Su vida no fue tan fácil. Y a pesar de que le faltó valor para enfrentarse a la verdad y decirte algunas cosas, sí supo estar a la altura de las circunstancias en los momentos más trascendentales de su vida.

En su voz tiembla el amago de un gemido que me hace sentir el hormigueo de la sangre en las manos mientras acaricio la copa de vino y la acerco a los labios. Un impulso irresistible se tensa dentro de mí y estoy a punto de desbocar todas mis preguntas justo en el momento en que se acerca el camarero para la elección del postre. Sin pensarlo dos veces me intereso por la leche frita y él dice que sí, que la tienen, y veo que Milagros abre una sonrisa que por un momento le inmoviliza el rostro en una expresión de asombro.

—Dos de leche frita.

El camarero se aleja y yo aprovecho los restos de la sonrisa de Milagros para mantener el hilo de la conversación.

—¿Él también la pedía?

—La mayor parte de las veces.

La cristalina fragilidad que regresa a la voz de Milagros esta vez no frena mi curiosidad rabiosa.

—¿Y cuáles eran esas cosas que mi padre debería haberme dicho y no me dijo? Me gustaría saberlo, aunque sea con retraso. Estoy ciertamente intrigado.

—Muchas. Tu padre siempre quiso lo mejor para ti y no quería hacerte daño. Tal vez la más importante de todas te la ha ofrecido en esa novela inédita.

—¿Cuál? ¿La de que soy Eleuterio Arén? No. No lo creo. Reconozco que soy un tipo solitario y tal vez una frustración por no haber llegado a médico o notario como querían mis padres, pero no me veo en ese niño al que se le ha preparado minuciosamente un destino que el azar rechaza. Casi acepto más el papel de Basilio Arén, ese feto en formol, que es un testigo mudo de la casa. Sí, a veces hacían, sobre todo mamá, que me sintiese así, un ser inerte, sin vida.

El desasosiego se revuelve dentro de mí y veo que Milagros me mira con compasión, casi con lástima, atenta a los coletazos de mi incredulidad, que me hace hablar de corrido. Tengo la impresión de que su impaciencia juega conmigo y me veo en la obligación de esperar unos segundos sus palabras.

—Antes, cuando te dije que eras Eleuterio Arén, no me refería solo al personaje, sino a la metáfora de su vida y a las circunstancias implícitas de su familia.

—No te entiendo. Tampoco creas que mis padres tuvieron conmigo una atención tan obsesiva y entregada como la que esas dos viudas le dispensaron al protagonista. Por cierto, no sé si sabes que mi padre se inspiró más en su vida que en la mía. Él, de niño, solía visitar a dos mujeres solitarias de O Caramiñal que tenían una biblioteca que después le dejaron en herencia. ¿Lo sabías?

—Sí.

Su respuesta seca y contundente fuerza de nuevo un silencio prolongado, solo acompañado por las conversaciones sordas de otras mesas y el murmullo lejano de la televisión. El camarero nos trae la leche frita y sonríe como si supiese todo el placer que me produce este plato. Milagros es la primera en probar esta delicia que le hace cerrar los ojos y le borra el dibujo de los labios.

—Humm.

—¿Te gusta? —le pregunto mientras me llevo el primer bocado a la boca y vuelvo a sentir el aliento de la infancia.

—Me encanta. Esto es un vicio.

—Sí. Está bien hecha. Casi tan buena como la de A Pobra do Caramiñal.

—Tendré que probarla.

—Cuando quieras.

El postre vuelve intrascendente nuestra conversación y la realidad que a mí me interesa aguarda, como un animal al acecho, hasta que Milagros enciende un cigarrillo y el brillo de sus ojos esconde un nuevo abismo.

—¿Cuál es la metáfora de la novela? ¿Qué confesión guardan sus páginas que yo no soy capaz de ver?

—No sé si valdrá la pena que lo sepas. Quizá lo mejor para ti sea dejar las cosas como están. La verdad puede hacerte mucho daño.

—No me importa. Por favor.

—Tampoco sé qué pensaría tu padre. Él era quien debería haber vencido el miedo a tu reacción y habértelo dicho personalmente. Pero te seré sincera y espero que no me odies por esto.

—Pierde cuidado.

El ansia crece dentro de mí como una bola de nieve. Estudio cada uno de sus gestos con afán y detecto la trascendencia en la intensidad de su calada, que se me hace eterna y convierte en humo el misterio de sus palabras.

—¿Sabes que naciste en Madrid?

—¡Cómo no voy a saberlo! ¿Estás de broma?

—No. No lo estoy. ¿Sabes a qué se dedicaban exactamente tus padres en Madrid?

—Papá daba clases en un colegio privado y mamá ayudaba en el Auxilio Social de la Falange.

—Cierto. ¿En qué mes naciste?

—En mayo de 1939.

—Tus padres se marcharon en el mes de abril a Madrid, a los pocos días de que Franco tomase la ciudad. ¿Sabes cuánto tiempo permanecieron allí?

—¿Un año?

—No, apenas tres meses. ¿No te parece extraño?

—Papá ganó la plaza en Santiago. Supongo que tuvieron que volverse. No veo otra explicación.

—No fue exactamente así. Tu padre no empezó a trabajar en nuestra universidad hasta septiembre de 1940.

—¿Qué pasó entonces? No te sigo.

La intriga mantiene mi alma en vilo y por más que lo intento no consigo descubrir qué diablos está insinuando. Resulta asombroso que Milagros sepa tanto de mi vida. Su control sobre las fechas hace que me sienta incómodo y un poco avergonzado de mi ignorancia.

—A tu padre, al poco de terminar la carrera, ya lo habían contratado en un colegio de Santiago. Y se casó con tu madre en la iglesia de O Caramiñal en octubre de 1938. Ella ya estaba embarazada.

—Es decir, una boda urgente.

—Más o menos. Se fueron a vivir a la Rúa do Vilar.

—Eso nunca me lo dijeron. Siempre pensé que habían estado en A Pobra con mis abuelos maternos, que aguardaban la victoria de Franco para poder regresar a Madrid.

—Sí, tu abuelo materno atendió una consulta durante esos años en O Caramiñal, hasta el fin de la guerra. Era una persona importante y pertenecía a una familia muy influyente.

—Lo sé.

—Tu abuela y tu madre fueron de las primeras mujeres que se afiliaron en 1934 a la Sección Femenina dirigida por Pilar Primo de Rivera. Estaba claro que A Pobra do Caramiñal era un buen lugar para esperar el fin de la guerra.

No dejo de asombrarme con la precisión de la información y de las fechas. No cabe duda de que papá le abrió de par en par las puertas de su mundo a esta mujer que me conduce con suspense por la historia laberíntica de mi familia.

—Sigo sin entender qué estás intentando decirme.

—Quizá he comenzado por el final, pero todo esto cobrará sentido más adelante. El principio de todo es otra mujer, una muchacha hermosa por la que tu padre había perdido la cabeza ya mucho antes de la guerra.

La intrusión del camarero, que nos sirve los cafés, detiene por un momento las palabras de Milagros y levanto la cabeza con un gesto vivo que lo ahuyenta.

—Fue su primer amor, y esa relación dejaría huella para siempre. La conoció siendo casi una niña. Pertenecía a una de esas familias catalanas que veraneaban todos los años en O Areal. Tu padre me contó que era una rubia realmente hermosa y con unas ideas muy adelantadas para su época. Estaba loco por ella y con ella aprendió lo que era el sexo y el amor, pero ella quería ser libre y evitaba cualquier clase de compromiso. Por lo visto, era terriblemente divertida y siempre estaba haciendo cosas creativas. Pintaba, tocaba el piano, sabía idiomas, leía y, sobre todo, era una excelente fotógrafa.

—¿Fotógrafa? —la sospecha levanta mi alarma.

—Sí. Siendo apenas una adolescente ya le habían publicado algún reportaje en la prensa catalana. Tu padre me mostró algunas fotos que hizo en A Pobra durante la guerra y que le trajeron la perdición. La verdad es que tenía mucho talento y valor.

—¿Cómo eran esas fotos? —insisto, como anticipándome a lo que hay detrás de una puerta que está a punto de abrirse.

—Por lo que sé eran fotografías de familias de rojos. Durante la guerra, con un pretexto aparentemente artístico, ella hacía fotos por las casas. Pero las que realmente le interesaban eran las familias de los huidos. Allí retrataba a las mujeres y a los hijos y recogía cartas, alimentos e información que después les llevaba a los hombres que se ocultaban en la sierra. Era un enlace perfecto del que nadie desconfiaba en O Caramiñal. Cuando daba con los huidos, entre los que destacaba el Noé, el que hace unos años secuestró el buque portugués Santa María, ella les pasaba la información y distintos artículos, y les hacía fotos que después dejaba en las casas de sus familias. Hasta que un día alguien debió de delatarla y registraron su cuarto y encontraron los clichés de huidos en la sierra sobre los que recaía el asesinato de dos importantes falangistas. La acusaron de auxilio a la rebelión y la condenaron a muerte. Tu padre aseguraba que el delito era muy grave y que ni las influencias de su familia, también franquista, sirvieron para evitarle la pena.

—Esas fotografías son las que encontré en el cajón cerrado del despacho de papá. Pensé que las había hecho mi abuela Marta. Eso al menos es lo que me dijo una mujer que aparece siendo aún niña en una de ellas.

La confirmación de que la autora no era la abuela Marta me causa una pequeña decepción, pero no es esto lo que más me interesa ahora. Sigo sin ver el final del túnel en el que me ha metido Milagros.

—¿Y qué le pasó?

—La fusilaron.

—¿Y por qué me cuentas esto?

—Porque era tu madre.

—¿Qué?

Un silencio terrible parece aplastar de repente todo el restaurante e intento fijar en mi mente el significado absurdo de su afirmación para borrar el asombro y el vértigo de imágenes que me traspasan la cabeza como una espada fría y aguzada. A este remolino acude también, como un presagio, la novela de papá, que acrecienta aún más mi confusión. Milagros agacha la cabeza y tensa los labios, como si estuviese reteniendo las palabras y se negase a la revelación. Estoy perplejo, desorientado.

—Sí. Esa mujer era tu madre.

—¡No, eso no es cierto! Mi madre estaba embarazada de Carlos y de mí. ¡Somos mellizos!

—No. No lo sois. Nacisteis con una semana de diferencia y en sitios distintos.

—¿Qué dices? ¿Te has vuelto loca?

—Tú naciste en la enfermería de la cárcel.

—Eso no es verdad.

La voz incisiva de mi reproche intenta amortiguar el dolor negando algo que es ya una evidencia y que hace desvanecerse mis palabras como el humo de su cigarrillo.

Tengo la boca abierta, como si un tren me hubiese pasado por encima, y empiezo a intuir la violenta verdad que Milagros está confesándome con un temblor en los labios.

—Tu padre se casó en octubre de 1938 y, por aquel entonces, tu verdadera madre también te llevaba a ti en el vientre.

—¿Dejó a las dos embarazadas a un tiempo?

—Sí. Lo malo es que a tu madre biológica la detuvieron en diciembre de ese mismo año y la enviaron primero a la prisión de A Coruña y finalmente a la cárcel de Ventas, donde te dio a luz en el mes de mayo de 1939. ¿Entiendes?

—No del todo. ¿Y qué pinta mi otra madre, es decir, mi madre adoptiva, en todo esto?

—No debes odiar a ninguno de los tres, y menos a tu madre adoptiva, que hizo algo que muy pocas mujeres harían.

—¿El qué?

—Ayudar a tu padre.

—¿Cómo?

—Cuando tu madre biológica, pocos días antes de que la detuvieran, le confesó a tu padre que estaba en estado, le dijo que no se preocupase, que nunca lo descubriría, pero le pedía encarecidamente que, si a ella le pasaba algo, velase por la criatura. Normalmente, cuando una presa estaba condenada a muerte, dejaban que diese a luz y podía tener el niño con ella hasta los tres años; después se lo daban a algún familiar que se hiciese cargo o simplemente lo enviaban a un hogar del Auxilio Social. Tu madre verdadera luchó para que esto no fuese así y le insistió a tu padre en varias cartas enviadas desde la cárcel para que te acogiese después del parto.

—¿Y por qué no se lo pidió a su propia familia?

—Tu verdadera madre rompió cualquier atadura con los suyos. Tu padre me dijo que el fanatismo franquista de esos abuelos que no conociste, los llevó a repudiar a su hija roja y delincuente.

—¿Entonces mi madre adoptiva me aceptó así, tan fácilmente?

—No fue tan fácil. También puso sus condiciones. Una de ellas era que, cuando terminase la guerra, tenían que irse a Madrid y tu padre no contestaría ninguna de esas cartas que tu madre le mandaba desde prisión. Tu padre no quería marcharse y siempre llevó consigo el disgusto de abandonar a sus padres, pero para hacerse cargo de ti no le quedaba otra que aceptar la propuesta valiente y generosa de su mujer. Y mira si lo amaba, que ella fue capaz de enfrentarse a sus padres y persuadirlos para que aceptasen ese delirio de robarle su hijo a la amante de su marido. Y lo hizo porque lo quería y sabía que tú eras parte de él. Esto nunca debes olvidarlo. El acto de tu madre adoptiva fue un acto de amor.

—¿Has dicho robarle?

—Sí. Tu padre me contó que en las cárceles franquistas a muchas presas les quitaban los niños que iban a parar a esos centros de beneficencia o a familias que no podían tener hijos. Tu verdadera madre estaba condenada a muerte y dejaron que diese a luz. Parece ser que, como tú no lloraste al nacer, sacaron provecho de esa circunstancia para decirle que habías nacido muerto. Meses después la fusilaron.

—¿Estás diciéndome que mi madre murió sin saber que yo había sobrevivido?

—Sí. Debió de morir con ese disgusto.

—¿Y papá no le dijo nada?

—No. Ni le hizo ninguna visita a la cárcel, ni tan siquiera le escribió. Fue el precio que tuvo que pagar por el acto bondadoso de su mujer. Como comprenderás, las influencias que tenían tanto tu madre adoptiva como sus padres facilitaron el asunto de la partida de nacimiento. Oficialmente, tu madre adoptiva tuvo mellizos el mismo día, aunque tú naciste una semana antes que Carlos.

—¿Qué día?

—Exactamente no lo sé. De verdad que lo siento. A mí me llevaban los demonios cada vez que tu padre me hablaba de tu verdadera madre y me decía que no podía confesarte la verdad mientras su mujer viviese. Pero mis temores terminaron por confirmarse. Murió su mujer y él no fue capaz de contarte nada.

—¿Cómo se llamaba?

—Laura.

—¿Es ella la Penélope de la dedicatoria?

—Creo que sí.

El nombre de mi madre es una verdad casi física que me produce un espasmo doloroso y entumece todo mi cuerpo mientras crece dentro de mí una luz agresiva que ilumina todos esos recuerdos lentos que ahora cobran sentido: los silencios, el abandono, los reproches, la soledad, el olvido, incluso el desprecio. Intento pensar en mi verdadera madre con ternura y actualizar todo mi amor, pero mi deseo es un deseo frío y torpe que lo único que busca es sacudirme el miedo y la certeza de mi nueva filiación. La confusión trae para mí una nueva orfandad que me hace sentir como un objeto roto, desvalido, y me instala en un tiempo impreciso en el que intento imaginar con orgullo a una mujer abandonada por todos, en la oscuridad fría y nauseabunda de una cárcel, abrazada a sus rodillas como si ocultase el milagro de su vientre silencioso, consciente de que ya no es dueña de su destino y de que no le queda más escapatoria que huir de la realidad.

La sorpresa ha turbado mi mirada y tardo en estabilizar la visión para contemplar los ojos de Milagros que me miran apacibles, con el sosiego de una tristeza inmóvil que parece el soporte de mi vértigo. Casi a tientas busco la botella de licor que el camarero ha dejado sobre la mesa y me sirvo enseguida una copa mientras compruebo cómo una violenta tentación de gritar se enreda en mi garganta. Y a pesar de que busco en mi interior las garras de la rabia o del rencor, no encuentro más que la aceptación de una derrota, la comprensión de un secreto, oculto durante tanto tiempo, que acaba de estallar en mis oídos como una detonación feroz. Por más que lo intento, soy incapaz de odiar a nadie e incluso pienso en el valor de papá y en la austera dignidad de mi madre postiza. Y ya no es dolor lo que siento, sino resignación, y abandono con Milagros el restaurante, dando tumbos como un borracho, como si saliese del fondo de un sueño cataléptico, ajeno a la dura transparencia del aire y al olor de la lluvia que, como un desecho líquido, se alarga en el secreto de los soportales.

XXXIV

Caminar con Bernie resulta un poco agotador y no precisamente por la diligencia de sus pasos sino por todo lo contrario. La cojera no es un freno. Es su exagerada sociabilidad lo que hace que los paseos con él se conviertan en una tortura. Se detiene en cualquier lugar y establece charlas absurdas con vendedores o desconocidos. No es la primera vez que tengo que intervenir para que no le partan la cabeza porque lo mismo se pone a recitarle una poesía amorosa a una mujer casada, que se atreve con el robo de una fruta en un puesto callejero. Hay algo infantil e incorregible en él que me molesta. Lo cierto es que estos paseos están resultando buenos para su salud porque, desde que regresó del hospital, ha recuperado algún kilo y el color saludable de la piel.

Hoy hemos hablado poco. Pesa sobre nosotros la frustración de no haber encontrado lo que buscábamos. A mí todavía no me ha abandonado la sensación de bochorno de ayer cuando Bernie le soltó, como un vómito perverso, toda aquella parrafada nazi al matrimonio alemán. Intento defenderme del recuerdo de esa tarde culpable en la que Bernie se entregó al placer voluptuoso, casi animal, de destapar el nido de la serpiente. Recuerdo su impostura, el fanático desenfreno, la estética insolente de sus palabras y sigo sin justificar su obsesión por presumir la culpabilidad del dentista. Solo ahora caigo en la cuenta del alcance de nuestra derrota y de la vergüenza que me invade.

La primavera está siendo esplendorosa y viene envuelta en un calor que deja un rastro desolado en nuestra piel. Cuando llegamos a casa, Bernie resuella de un modo tan apurado que parece que va a apropiarse de todo el aire y dejarme sin respiración. Repanchigados en el sofá del salón, esperamos a que Luisa nos traiga el zumo con hielo que nos ha preparado. Después de darle un primer trago, el frescor de la naranja despierta en mí un sentimiento amable.

—¿Sabes una cosa, Bernie? A pesar de tus chifladuras, me alegro de que estés aquí.

—Entiendo. La soledad no es buena. Todo va a arreglarse. Hay que tener esperanza.

—La esperanza casi la he perdido. Todo sigue igual y ya ha pasado más de un año.

—Confía en mí. Ya lo verás, Bob.

Bernie apoya su mano izquierda sobre mi rodilla. El gesto me resulta, más que conmovedor, un poco ridículo. Era yo el que tenía que infundirle ánimos para quitarle de la cabeza la desatinada idea del suicidio y, no obstante, ahora es él quien abriga mi intemperie y hace que me sienta un poco confuso y perdido.

—Es una injusticia. Después de todo lo que ha pasado en la vida… No hay derecho.

—Lo sé, Bob. Pero tienes que tener paciencia.

—Ady también está sufriendo. Casi nunca hablamos de eso. El dolor nos cierra la boca.

—El verdadero dolor, Bob, es algo íntimo, indescriptible. Cuando intentamos explicárselo a los demás de algún modo estamos convirtiéndonos en verdugos.

—Quizá tengas razón.

Bernie se pone en pie y camina ahora meditabundo alrededor de la mesa del salón, como si estuviese buscando algo en el suelo. A cada poco surge en su rostro algo muy semejante a una sonrisa astuta.

—¿Tienes por ahí el dibujo del alemán?

—¡Mira que eres tozudo! ¿No quieres bajar del burro? ¡Por más vueltas que le des, lo cierto es que has metido bien la pata!

—Estoy convencido de que le he caído bien al matrimonio. ¿Dónde está?

—Entre aquellos dos estantes.

Bernie da con el dibujo al momento y me lo pone ante los ojos.

—Voy a pedirles cita para la revisión de la boca.

—¡Tú no estás bien de la cabeza! Pensé que ya te había quedado claro, pero veo que insistes. Además, ¿no habías contratado a un detective?

—Aún no he hablado con él. Hay que darle tiempo.

—¿Qué pretendes?

Intento contener su excitación. Estos estímulos violentos no son lo más conveniente para su corazón, como tampoco lo es el cigarrillo que enseguida enciende y espesa de humo su rostro borrando la expresión de sus ojos. No me cuesta imaginar su odio. Cada vez que Bernie piensa en Heinrich Artmann despierta en su mente el recuerdo del cuerpo consumido de aquella mujer que murió en sus brazos y puso una losa sobre su

conciencia. Desde ese día se apoderó de él una sorda resignación. Se perdió para siempre y nunca ha dejado de tambalearse como un borracho.

—Está claro que tendré que contar contigo.

—¿Para qué?

—Tendrás que acompañarme a la consulta. No quiero quedarme sin muelas.

Solo de pensar en cruzar de nuevo mis ojos con los del matrimonio alemán hace que sienta el anticipo de la vergüenza, pero Bernie sigue manteniendo el deseo, una pizca de esperanza, que me hace caer en su hechizo.

—Tengo una pistola, Bernie.

—Lo sé.

—¿Y cómo lo sabes?

—Deberías tener un poco más de cuidado. Ayer por la noche me encontré con ella por casualidad en un cajón de la cocina. Estaba buscando unas cerillas. De cualquier modo, no estará de más. Quién sabe si la necesitaremos más pronto que tarde.

Bernie busca un disco en uno de los estantes y, después de ponerlo en el tocadiscos, vuelve a sentarse en el sofá y apaga el cigarrillo en el cenicero. La música fúnebre de una orquesta se extiende por el salón como un sudario invisible. La calidad de la grabación es baja. El sonido tiene un aliento cascado, viejo, pero Bernie está tan extasiado que parece escuchar la música con el cuerpo entero. Tiene los ojos cerrados, como si su concentración lo ayudase a meterse dentro del disco o estuviese interpretando él mismo cualquiera de esos instrumentos de viento que parecen provenir de insondables profundidades marinas. No entiendo muy bien por qué justo ahora le ha dado por escuchar esa música tan luctuosa, pero, justo en el instante en que una voz femenina se impone por encima de los instrumentos, me doy cuenta de que la nuez le sube y le baja, y enseguida resbala una lágrima por su rostro. Me quedo de piedra ante la geografía de venas y arrugas que el llanto contenido dibuja en su cuello y no soy capaz de preguntarle por los motivos de su emoción. Es él quien se adelanta con una voz trágica, tristísima.

—Kveta Holek. Ahí la tienes. Es la que canta.

Sigo sin entender nada. Incluso intento encontrar el significado de sus palabras dentro de la propia música. Y todavía tardo un poco en darme cuenta de que Bernie está ofreciéndome una confesión que lleva ocultando durante casi cuarenta años. El nombre de Kveta Holek corresponde al de la muchacha que murió en sus brazos. Pero él nunca quiso contar demasiado acerca de lo que ocurrió en aquel viaje a Checoslovaquia. Ha sido su mayor secreto y el hecho de que ahora me conceda esta intimidad, esta confidencia, supone para mí una extraordinaria prueba de amistad.

—Kveta tenía veinte años cuando se realizó esta grabación y la prensa recogió la ilusión unánime de los habitantes de una pequeña aldea al pie del río Moldava. La historia de este disco y de la fama de Kveta no se puede entender sin el esfuerzo de muchos vecinos.

—Sí, ya lo sé.

La vida de Kveta Holek es pública desde hace tiempo y a mí también me agrada su historia y la de esos vecinos que, comandados por un viejo profesor y el cura, trabajaron para que la niña que los hacía levitar cuando cantaba en la iglesia pudiera hacer carrera en la Academia de Música de Praga. Sus padres, campesinos humildes sin apenas tierras que vender, se dejaron ayudar por los vecinos, y los domingos, en la misa, cada cual entregaba algo de dinero, incluso huevos, gallinas o conejos, para ayudar con los gastos de la muchacha cantora. Y así es como Kveta se marchó sola a la ciudad y se llevó consigo el cariño y la ilusión colectiva de su pueblo.

—En Praga residió en la casa de una hermana soltera del viejo profesor y cada carta que les escribía a los suyos se leía en el púlpito ante todo el mundo. Cuando regresaba a la aldea tocaba el órgano y cantaba en la iglesia. A estos conciertos acudían de todas las aldeas vecinas e incluso los más ateos no eran capaces de resistirse a entrar en el templo para escuchar los progresos de aquella voz angelical que esparcía entre los bancos un extraordinario orgullo local. Todos se sentían partícipes de su éxito. Y Kveta era fiel a ese patrocinio. Aun así, con la ocupación nazi las cosas no cambiaron tanto para ella. La altura de su voz le permitió seguir cantando. Fue su hermano mayor, que formaba parte de la Resistencia, quien le complicó la vida cuando apareció en Praga. Kveta lo ocultó en su cuarto y, aunque él eludió el peligro y pudo huir a tiempo, la Gestapo acabó deteniéndola.

La música de fondo reviste de nostalgia las palabras de Bernie, como si les diese una envoltura antigua, incluso intemporal. Tengo el pecho encogido y no me atrevo a interrumpirlo porque sospecho todo lo que le está suponiendo este desahogo.

—Fue él, su hermano, quien me lo contó y me abrió de par en par las puertas de su casa. Me mostró las pocas cosas que conservaba de Kveta: recortes de prensa de sus actuaciones, programas, alguna fotografía y un pequeño cuaderno donde ella había anotado algunas impresiones de sus viajes por el mundo. Incluso me llevó a su aldea y pude hablar con algunas personas que, con lágrimas en los ojos, recordaban a Kveta e intentaban describir el espectáculo inmenso de su voz. Fue muy duro para mí.

—Lo imagino.

—El disco fue un regalo que os hice hace mucho tiempo. Nunca os dije nada. Lo compré en Praga. Cada vez que lo escucho me siento como un asesino. De no ser por mí Kveta Holek quizá podría haber acabado convirtiéndose en una de las grandes divas de su época.

—Tú no la mataste. Eso no debes ni pensarlo, Bernie. Fue una desgracia, un accidente. No es justo que sigas atormentándote con eso. Murió y punto. Tú no eres responsable de nada, acaso una víctima más de la guerra.

Bernie niega con la cabeza mis palabras y se vuelve hacia mí con una mirada durísima.

—¿Sabes por qué nunca te he hablado de mi viaje?

—No.

—Mi imprudencia no solo consistió en darle aquel alimento mortal a Kveta Holek, sino también en contarle a su hermano lo que le había sucedido a su hermana en el campo.

—No te entiendo.

—El hermano se pegó un tiro poco después de saber todo lo que le había ocurrido en el campo a Kveta. No pudo soportarlo. Él también debió de sentir la responsabilidad. Ya ves, de algún modo yo los maté a los dos.

—No tiene sentido que cargues con esas muertes. No, no tiene sentido.

—Mira qué hermosa era.

Bernie me acerca la funda del disco y en su portada aparece una mujer elegante que encabeza una orquesta de medio centenar de músicos. Lleva un vestido de raso blanco.

Parece una musa griega y aparenta más años de los que en realidad tiene. A pesar de que la fotografía es pequeña, es fácil comprobar que sí, que tiene una extraordinaria hermosura que dista mucho de aquel cuerpo afilado y esquelético que contemplamos tras derrumbar la puerta de aquella cabaña.

—Sin poner en duda la importancia que Heinrich Artmann tiene para ti, comprenderás mi interés. ¿No es así?

—Lo comprendo, sí, pero creo que todo ha sido una maldita coincidencia. Este dentista no es el asesino. A mí me ha quedado claro.

—A mí no me ha quedado tan claro. Pude ver el horror en sus ojos.

—Estás equivocado, Bernie. Te ciega la obsesión.

—No, no estoy equivocado. Tú déjame a mí. Ya no tengo nada que perder.

—¡No digas eso, ni en broma!

La insinuación de Bernie me pone fuera de mí y hace que me levante de repente y apague el aparato como si su música fuese en realidad la responsable de sus palabras temerarias. Pero ahora se instala un silencio soterrado, ofensivo, sazonado solamente por el fuerte aroma que proviene de la cocina desde donde Luisa, un poco asustada por el tono de mis últimas palabras, asoma la cabeza.

Me siento como si hubiesen terminado de darme una paliza y casi no oigo el sonido del teléfono ni la voz de Luisa que llega como desde el fondo de un sueño cubierto de niebla.

—Es el doctor Rosenfield.

XXXV

La señora Mulisch tiene la extraña sensación de estar siendo empujada por un resorte invisible que la saca de la cama y la acerca a una ventana que consigue abrir con ciertas dificultades. En esa impresión volátil, confusa, de quien todavía habita un sueño frágil, la señora Mulisch asoma su nariz entre las rejas como si quisiera acariciar el aroma de las flores y busca con los ojos un mar que ya no se oculta tras los árboles. Ahora, un sabor a sal pone en su boca el placer de los horizontes. El joven de ojos azules aún no ha venido a buscarla. Debe de estar abajo —piensa—, en la playa. En su imaginación las olas balancean el velero y ella aspira la brisa y concentra todo su ser en esta tarde jubilosa. Todo el mar bate su rostro, y su mirada va y viene en busca de una respuesta para su emoción. Como si volviese en sí, cierra los ojos dentro del sueño y ya se encuentra en la embarcación. El semblante alegre del joven de ojos azules parece fijar su atención en la isla que se acerca con lentitud. El padre del joven gobierna el velero con una autoridad solemne, ejercitando toda su musculatura en la tensión de las amarras, como si estuviese interpretando una pieza de cuerda. Su mujer luce un traje de baño negro y entrega al sol todo su cuerpo en un gesto receptivo, como si esperase el estallido de una ola contra su piel. Es enormemente hermosa —piensa la señora Mulisch, que ahora es una niña—, y, pese a no vivir en la ciudad, posee una elegancia que la hace especial, singular. Admira su espontánea dulzura y el volumen de su melena, que el viento peina en todo su esplendor. Debe de tener la misma edad que su madre, pero la madre del muchacho parece mucho más joven y emplea palabras amables con su marido, sutiles insinuaciones que la señora Mulisch jamás había escuchado en boca de sus padres, mucho más secos y austeros, a quienes hoy no les ha dicho nada de este viaje. Con certeza, seguramente insistirían en que ella se quedase en tierra y renunciase a este privilegio de visitar la isla.

Cuando sus pies se entierran en la arena, la señora Mulisch siente el temblor gozoso de explorar por vez primera una isla y confirma la idea más alta de lo que para ella será la libertad: una isla pequeña con senderos que el joven de ojos azules conoce bien. Primero, tras amarrar el velero en una cala, visitan el almacén y la iglesia, que también se ha convertido en cantina. Allí, un hombre de edad indefinida está sentado en un banco con una taza en la mano. La señora Mulisch repara en sus pies. Está descalzo. Las uñas de sus dedos parecen mejillones. La luz sucia de la cantina no le permite ver sus ojos. Tampoco logra entender el relato trágico de un famoso naufragio, pero sí la impresiona la intimidad ebria y el tono conspirador de unas palabras que el hombre ahora comparte con el padre del joven. Una mujer les sirve refrescos y la señora Mulisch bebe con verdadera fruición. Al salir de la cantina, los padres del joven de ojos azules se van a la playa y le dicen a su hijo que le muestre la isla a su amiga. La señora Mulisch

hace un gesto de conformidad y lo sigue, emocionada, y comprueba que dentro de la isla hay una pequeña aldea incrustada en las rocas de donde surgen espontáneamente perros, ovejas y niños desnudos que expresan su asombro ante los visitantes. Por un momento, la señora Mulisch tiene el recelo del conquistador de tierras inhóspitas que teme la reacción belicosa de los nativos, pero el joven de ojos azules conoce a los colonos y juega con los perros confiadamente, los acaricia e incluso le da una patada a uno que no deja de seguirlos. El sol está alto y el viento sacude las velas arriadas de la embarcación como si fuesen las alas temblorosas de una gaviota que se prepara para el vuelo. El joven de ojos azules, que le enseña francés en la escuela de verano del pueblo, la invita a beber de una fuente milagrosa que abrieron las leyendas, y ella se asombra de lo erudito que es su anfitrión y del color imposible de sus ojos, un azul intenso y cristalino. Está como hipnotizada por esa mirada de porcelana y echan a correr juntos por un sendero que conduce al faro. Allí se encaraman hasta el borde de un acantilado y la señora Mulisch siente el rigor de la altura mientras el joven de ojos azules, aplicado en un nuevo informe de lecturas impropias de su edad, le muestra la armadura fúnebre de un barco, que, como el esqueleto geológico de un naufragio, prueba las palabras ebrias del marinero de dedos de mejillón. El joven adapta el paisaje a sus lecturas y a las leyendas que le han contado; lo hace con una elocuencia adulta y, al mismo tiempo, natural. La señora Mulisch piensa en los muertos que el mar habrá escupido contra las rocas y calcula cuánto tardaría ella en estrellarse si se lanzase al vacío. Pero ahora respira el vértigo y estudia el perfil heroico del joven de ojos azules que despeña su voz en busca de una respuesta en las aguas espumosas que rodean el faro. El habla del mar recoge las palabras en su vientre y las devuelve como peces voladores. La señora Mulisch está feliz. Grita con todas sus fuerzas e instantes después se ríe con una carcajada involuntaria, escandalosa. El joven de ojos azules parece registrar su alegría y la mira con un temor placentero mientras extiende su dedo índice para sellar sus labios. La señora Mulisch entiende el gesto como una caricia, y, empujada por un deseo que no comprende, acerca sus labios a la boca del joven de ojos azules y le da un beso fugaz y estremecido que parece avergonzarla, porque ella apenas ha estrenado los once años y él ya tiene quince. Fijan así un extraño y silencioso vínculo. Minutos después, la señora Mulisch se concentra en ese velero que se acerca a la playa y los trae de regreso, fascinados por el viaje y por el descubrimiento precipitado de una sexualidad que ambos irán descubriendo poco a poco en silencio, fuera del mundo. Cuando baja del velero y pone los pies en las tablas del muelle, la señora Mulisch abre los ojos y se ve, de repente, en una habitación blanca. Un hombre rubio de ojos azules y aspecto ario la mira con una especie de intriga. Debe de ser el médico del campo, porque lleva una bata blanca.

—¿Quién es usted?

—Soy el doctor Thomas Rosenfield.

La enferma no cae en la cuenta de por qué el médico, que ella cree alemán, le habla en inglés. Tiene dentro de la cabeza todo un mundo caótico que golpea el interior de su cráneo como bolas de acero. Con esa desconfianza, busca en los objetos algún tipo de confirmación y se asombra del aspecto nuevo de la habitación. "¡No es posible! ¿Qué extraña tortura estarán practicando conmigo?" No recuerda más que el chirrido de las ruedas en las vías justo cuando ya no le quedaba más que un hilo de vida, esa llegada al infierno, muerta de sed y de hambre, el olor mezclado de la muerte y de los excrementos dentro de aquel vagón de ganado, la música de Bach arrullando sus oídos mientras los soldados las hacían formar en hileras para la selección, su cuerpo desnudo, el agua de las duchas y la vacuna entrando en las intimidades de su piel. Ya no recuerda mucho más. "Sí —piensa con violencia—, esa vacuna debió de ser lo que me ha envenenado y ha puesto todos estos años sobre mi piel". Algo dentro de ella se revuelve y, como si intentase buscar un arma con la que defenderse de su intemperie, se pone en pie de repente y rebusca en la mesilla de noche, en el armario, bajo la almohada. Finalmente se queda inmóvil, con la mirada clavada en el mapa de sus manos. El alemán tampoco se mueve y no parece inmutarse ante su excitación.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Un año y dos meses.

—¡Mentira! En un año y dos meses mi piel no… ¡No! ¡Eso es mentira! ¿Qué demonios me han hecho?

La señora Mulisch registra con ansia su cuerpo, entra en el baño y se sorprende de la limpieza de los lavabos. Incluso le resulta increíble que, además de la letrina, el lavabo, el papel y las toallas, los alemanes también hayan instalado una bañera y un espejo. Cuando se ve reflejada en él, los ojos se le desorbitan, se lleva las manos a las mejillas, y se estira la piel como si quisiera borrar su rostro.

—¡Estoy vieja! ¿Qué me ocurre?

La enferma, que observa a través del espejo al alemán intentando ponerle un brazo sobre el hombro, se vuelve hacia él e insiste con su pregunta.

—¿Qué me han hecho, malditos lobos?

—Tranquilícese. No le hemos hecho nada. Está usted en un hospital intentando recuperarse.

—¿Recuperarme de qué?

—Ha perdido la memoria y lleva mucho tiempo sin recordar, señora Mulisch.

—¿Señora Mulisch? ¡No me llamo señora Mulisch! ¡Yo soy Laura Crussat y si quieren matarme, no sé por qué no lo hacen ya! ¿Qué mierda me han metido en el cuerpo?

La señora Mulisch mira primero al alemán, que ahora parece tan sorprendido como ella, y a continuación vuelve a escudriñar sus manos como si en sus palmas estuviese la solución de un jeroglífico.

—Es muy importante que confíe en mí. Soy su médico y estoy aquí para ayudarla. Debe estar tranquila, porque en este tiempo han ocurrido muchas cosas y ahora están regresando todas juntas. Si todo va bien, pronto podrá estar con su familia.

—¿Con mi familia?

La señora Mulisch no entiende muy bien lo que está insinuando este hombre que afirma ser doctor y le habla con voz dulce y suave.

—¿No recuerda usted a su marido?

—¿Qué marido? Yo nunca me he casado. No están los tiempos para esas cosas y menos aquí, en este maldito campo en el que, con certeza, nos matarán a todos.

—No está usted en ningún campo. ¿En qué año cree que es–tamos?

—¿En qué año vamos a estar? ¡En 1944!

La enferma, que ahora ve como él agacha la cabeza en un extraño gesto de dolor o de incomprensión, sospecha que los interrogantes de su respuesta son los que crean la confusión en este alemán amable, quien, lejos de jugar con ella, parece acariciar una verdad demoledora. Y ese miedo, ese augurio, la obliga a hacer de nuevo la pregunta, esta vez, con el temor de la contrariedad.

—¿En qué año estamos?

—En 1982.

—¿En 1982?

—Sí.

—Entonces, ¿llevo en el campo casi cuarenta años?

—Insisto. No está usted en ningún campo. Está usted en un hospital de los Estados Unidos de América.

—¿Los Estados Unidos?

—Sí.

La señora Mulisch se acerca a la ventana para ratificar en el paisaje la afirmación del doctor y, aunque el bosque de cedros y el lecho serpenteante del río no constatan más que una estampa bucólica que podría estar en cualquier parte, ella acaba sucumbiendo a esa posibilidad; las arrugas de su piel son mucho más que la prueba evidente de su estado.

—¿Y cómo he llegado aquí?

—Es una larga historia.

—Pues me gustaría saberla.

—Creo que conviene ir poco a poco. Por lo que estoy viendo, de momento solo ha recuperado una parte de su memoria. Deberíamos esperar algo más.

La señora Mulisch insiste ahora con su mirada anhelante y el doctor cede.

—Al terminar la guerra usted vino a Nueva York y se casó con Bob Mulisch, un fotógrafo profesional, como usted. Tienen una hija.

—¿Una hija? ¡No! Eso es imposible. No lo creo. ¿Cómo iba a olvidar eso? ¡No puede ser!

—Hace algo más de un año usted debió de sufrir alguna fuerte impresión que le afectó mentalmente y en todo este tiempo no ha reaccionado a ninguna de las terapias. Ha estado totalmente aislada en su mundo. En este largo período no ha hablado con nadie, ni tan siquiera con su hija ni con su marido. Tiene que estar tranquila. El cerebro es una parte sensible y es probable que poco a poco vaya recordando más cosas.

—Yo recuerdo mi vida perfectamente, desde muy niña hasta ayer mismo, bueno… hasta el año 1944. ¡Madre mía! ¿Cuándo ha terminado la guerra?

—En 1945.

—¿Y quién ha ganado?

—Los aliados. Hitler se suicidó al sentirse acorralado por el Ejército Rojo, que conquistaba la ciudad de Berlín.

A la señora Mulisch se le enciende la mirada con esta noticia, que parece impresionarla tanto o más que la de haberse casado y tener una hija. Lo cierto es que la historia de la guerra está reciente en su cerebro y le pesa más que todo lo desconocido. El odio al fascismo sigue tan latente en su cabeza que el sabor de esa derrota le hace olvidar por un instante el dolor de haber envejecido de repente tantos años. Y esa alegría callada enseguida le pone en los labios otra pregunta.

—¿Y Franco?

—Franco ha muerto, pero duró más de lo previsto.

La señora Mulisch recibe esta otra noticia con alegría, pero no es del todo consciente del tiempo que ha transcurrido. Y, de repente, como si algo dentro de su cabeza se tensase, se lleva las manos a las sienes y cae derrumbada en la cama. Una espiral de preguntas la asedia por dentro y piensa en Lucien, en Lola, en los amigos de la Resistencia, en su familia de Barcelona, en Ivonne, en Madame Fontaine… ¿qué habrá sido de todos ellos? Su cabeza le parece un nido de avispas, a punto de explotarle.

El doctor repara en sus gestos contraídos y le dice que no se preocupe, que va a darle medicación que le evitará ese dolor tan agudo. Ella procura olvidar todo lo que él acaba de contarle y recupera los restos del último sueño en el que aparecía el joven de ojos azules. Sí, ahora recuerda su nombre. Máximo, sí, ese era el nombre del lector furioso que aspiraba a devorar todos los libros del mundo, el mismo joven que, durante los veranos, le daba clases de francés, el mismo con el que subía a las pozas del río Pedras o al mirador de A Curotiña. Allí, mientras la semilla adelantada de sus deseos iba descubriéndoles el amor y una sexualidad desconocida, leían en voz alta los libros de don Ramón o de don Victoriano y se sentían dueños del mundo. Sí, Máximo penetra ahora en su dolor de cabeza y estimula un mareo que parece surgir del fondo del estómago, pero la señora Mulisch, mientras toma la medicación que le da una enfermera rubia, tiene tiempo de recordar el intercambio de caricias y el sopor fresco y

sensual de esas lecturas compartidas que convertían aquellas tardes en los momentos de más alto placer de su vida.

Libro segundo

La casa de las sombras

I

Soy dueña de una ausencia, de un vacío de casi cuarenta años, de un abismo que se abre dentro de mí. Sí, así es como me siento al comprobar, con tristeza, que el único rastro que queda de todo este tiempo es esta vejez repentina y la inquietante perspectiva de una familia inédita que acudirá a mí con la esperanza de ser recordada. Una y otra vez, contemplo con ansia las fotografías e intento despertar cualquier recuerdo de este mundo desconocido, de ese pasado en el que duerme la vida de todas estas personas con las que conviví durante tantos años y parecen esforzar en las instantáneas algún gesto que avive mi memoria.

—¿Usted cree que yo era feliz?

El doctor Thomas Rosenfield me coge la mano y me pregunta si estoy preparada. Mi respuesta es una especie de temblor que él debe de interpretar como un gesto de conformidad. En el único refugio en que me siento a salvo es en su dialéctica facultativa.

—Mire, si en estas imágenes del escáner apareciera algún tipo de mancha o lesión, el borrado de los episodios autobiográficos nos aportaría la justificación de un cuadro clínico de amnesia retrógrada, anterógrada o síndrome de Korsakoff…

Esas placas escuetas que él enfrenta a la luz son el mapa exacto de mi cerebro. Las miro con reparo e incredulidad. Y mientras él las lee, tengo sensación de intemperie, de que está penetrando en mí y palpando alguna de mis intimidades.

—Nada. Ninguna mancha que lo explique. Un desierto.

—¿Y eso es malo?

—No. No lo es. Un tumor aclararía la peculiaridad de su amnesia. Pero en su cerebro no hay lesión orgánica alguna y no queda otra posibilidad que encuadrar el asunto en el amplio abanico del estrés postraumático. Algún fuerte impacto, un suceso de extraordinaria intensidad, ha debido de ser el causante de su alteración de la memoria.

—¿Y cuál es el patrón tipo de esta enfermedad que padezco?

—La respuesta es muy sencilla. No existe. Este estrés afecta al cerebro de un modo que la ciencia desconoce. Hay gente que queda totalmente bloqueada, otra cuya

desmemoria dura cuatro días, cinco meses, un año o toda la vida. No se conoce la causa. Unos tienen un cuadro de amnesia total, otros más fraccionado, unos se recuperan antes, otros después, otros…

—¿Nunca?

—También cabe esa posibilidad. Pero en su caso ya ha recuperado una parte importante de su vida, y eso es una buena señal. Tiene que tener paciencia. Algún mecanismo interno, tal vez el instinto de supervivencia, es lo que está protegiéndola de algo doloroso. Piense que la mente es inteligente y hace que no recordemos hechos terribles que hemos vivido, pero no los borra. Permanecen ahí, en nuestra memoria. Un olor, un ruido, una mirada, una fotografía… pueden encender la luz de esos espacios aparentemente oscuros. Lo importante es que esté tranquila.

Desde mi regreso al mundo, la tranquilidad es un concepto abstracto. El doctor Rosenfield lleva unos días observando mi progreso, introduciendo información poco a poco para componer ese paisaje desconocido. A veces, incluso pienso que toda esa vida mía que él anuncia con voz dulce y emocionada está sacada de esas placas que manipula como el mapa oscuro de un tesoro. Y ahí están, sobre la mesa, esa docena de fotografías en las que mi nueva familia envejece como en aquel libro animado de mi hermano Josep, pobre, que no se cansaba de mostrar el mecanismo mágico de las cincuenta páginas en las que un niño crecía a un ritmo endiablado hasta encontrar la muerte en la última página. "Mira, Laura, mira cómo se muere". Puedo ver su alegría feroz mientras afloja el dedo y las hojas crean la impresión de una escena fílmica con las imágenes fomentando el movimiento. Un efecto sádico. Era su propia metáfora. Josep no se separaba de aquel libro que le había hecho nuestro amigo Nardo Rutllá, el boticario célibe de O Caramiñal tan aficionado a la morfina y al vino como a la fotografía y a los inventos estrambóticos, entre los que destacaban aquellos hermosos globos de papel chino que todos los años alcanzaban el cielo durante las fiestas del Carmen.

Busco algún estímulo en los rostros de las fotografías y ninguno de ellos me dice nada, a pesar de que mi intuición perfila sombras que intenta asentar en la celda vacía de mi memoria. Pero no, no basta la imaginación. Es un simulacro. Un dibujo precipitado. Y el miedo que siento es un miedo insuperable. Estoy tan nerviosa que no soy capaz de refrenar el temblor de mis manos y me preparo para el fracaso. Una cita a ciegas con seres extraños.

Bob parece alto y atractivo. Tiene la mirada dura y los hombros ligeros, como de mujer. Hay algo afeminado en la expresión dulce de su boca. No sé cómo reaccionaré

delante de esa persona que me ha robado el nombre. ¡Es tan mayor! En una foto fechada en 1947 me abraza con fuerza y los dos estamos ofreciendo una sonrisa a la cámara, parecemos felices. En 1950 sostenemos un bebé en brazos. Es nuestra hija. La tuve a los treinta. Se llama Adela Mulisch. ¿Adela? ¿El origen de ese nombre sería una consideración para con mi amiga Titana? Sí, tal vez insistí en honrar esa amistad. Pobre Titana. Su muerte está reciente en mi memoria. En algún lugar de Toulouse debió de quedarse esa carta enviada por sus padres que me confirmaba su asesinato. Con certeza ellos habrán muerto ya, infelices. Pero mi cabeza, que se resiste una y otra vez, no es capaz de asimilar el paso trepidante e invisible de casi cuarenta años.

Mientras contemplo la evolución de mi hija en las fotos de los años cincuenta y sesenta, tengo la impresión de que el material no forma parte del pasado, sino de un futuro que tendré que vivir como un destino programado, sin los caprichos del azar. Sí, un futuro en el que no queda otra opción que afirmar mi presencia.

—He hablado con los doctores Frank y Spencer y todos concordamos en que lo mejor es que le demos el alta. Es usted una mujer extraordinariamente fuerte. Estamos asombrados con su estabilidad. En un caso tan complicado como el suyo, lo normal es que aparezcan estados de ansiedad o de depresión inhibida. Y la nueva situación que le aguarda fuera puede provocarlos, pero nosotros estaremos atentos para ponerles remedio. Confiamos en que su vuelta a casa pueda serle beneficiosa. No obstante, seguiremos viéndonos en la consulta de Manhattan.

El doctor Thomas Rosenfield está convencido de que mi memoria está reprimida y esta otra familia puede ayudarme a liberarla. Me gustaría que eso fuera cierto. Aprecio su sinceridad, porque en ningún momento oculta su miedo ante la singularidad de mi caso y sigue apostando por algún tipo de impresión traumática. Ojalá tenga razón.

Cuando abandono el despacho, veo a María limpiando el pasillo y me acerco a ella. Quiero escuchar la nostalgia de esa voz suya que me ha devuelto la vida, que ha debido de rozar mi inconsciente, un temblor, una resonancia apenas perceptible. Sí, su voz ha sostenido mi vida, y por eso le digo que hable, que me arrulle los oídos.

—¿Y qué quiere que le diga, señora Mulisch?

—Lo que quieras. Háblame de tu familia, de tu novio, de tu pueblo. Canta de nuevo esa canción. Quiero escucharte. En tu voz está el mar y una parte de mí. Háblame.

Avergonzada e impulsada por mi extraña y convulsa insistencia, ella se sienta a mi lado y, sin atreverse a mirarme, apoya el mentón sobre el palo de la escoba y desgrana

su vida como si fuese pasando las cuentas de un rosario. Más que escuchar, lo que hago es concentrar mis sentidos en el instrumento autónomo de su voz, en su música, en la fonética entrañable del idioma que convierte mis oídos en dos caracolas que reciben en su interior la ondulación del mar. Es un momento intenso y agradable. Le pregunto si ha estado en A Pobra do Caramiñal, y me dice que sí, que todos los años iba a la procesión de ataúdes y mortajas que acompañan al Nazareno, que un tío suyo se había casado en Santa Cruz de Lesón y no tuvo que emigrar como ella, porque montó una zapatería cerca de A Covecha.

—¿Es usted de allí?

—Un poco —le contesto, y percibo su desorientación—. Pasaba los veranos allí.

Ahora sí sonríe, liberada, como si se quitase una roca de encima, y me dice que ya le parecía, que mi acento no era de allí, y ese seseo natural impregna las palabras hasta convertirlas en una suerte de brisa. Su voz es ahora un recuerdo vivo, un territorio, una familia, la fotografía de dos adolescentes que caminan juntos por la playa sosteniendo el futuro con las manos: él una novela y ella una Leica, regalo de su abuelo, la misma cámara con la que procuraría fijar, más que el perfil tétrico de esas procesiones, la curiosidad devota y un poco lunática de toda esa gente que cifraba en la leyenda, más que en la religión, todas sus esperanzas de salud, y el agradecimiento por la superación de sus enfermedades.

—¿Y cómo se llama tu tío, el zapatero?

—Daniel Laíño, y su mujer, Fernanda Tubío.

Busco en la eufonía de los apellidos alguna referencia, el eco lejano de algún familiar, el ojo en el visor, el ajuste del diafragma encuadrando la tristeza y las ausencias, el disparo, el bosquejo de la muerte en los gestos secos de los huidos, el frío de la sierra, la humedad de las casas como una prolongación natural del mar.

—No. No lo conozco. ¿Has oído hablar de Máximo Lourenzo? Sus padres tenían una farmacia.

—No, señora. Yo he tratado a muy poca gente de O Caramiñal.

Enseguida caigo en la cuenta de lo absurdo de mi pregunta. Esta mujer apenas tiene veinte años y es ajena a ese mundo, que, pese a estar reciente en mi memoria, sucedió mucho antes de que ella naciese.

Hablar con ella dibuja en mi cabeza una serie de imágenes que intento retener como si desconfiase de nuevo de mi memoria y veo a Andreu, primero robando rosquillas en el Campo da Feira, por detrás de la finca de la Condesa, y después recogiendo melocotones en la huerta de doña Juanita Santos. Cuando mi hermano me entrega esas piezas prohibidas, las muerdo con la impresión conspiradora de quien se cree capaz de capturar el mundo en un bocado, pero también con el miedo de que puedan tener la misma "caghamusa" de los de la huerta de don Paco Soler, que más de una vez nos han hecho andar sueltos de vientre.

La voz de esta muchacha llena mi pecho de nostalgia y me lleva de regreso hasta una tarde en la que debo de tener unos cuatro o cinco añitos y acompaño a mi abuelo Francesc a una galería en la que están varios hombres, entre los que destaca la presencia inquietante del rey de los gitanos, sí, el hombre manco y de barba larga quien, según mi hermano Andreu, era el jefe de aquellas familias acampadas cerca del cementerio de O Castelo. Todavía puedo ver la sonrisa de mi abuelo Francesc cuando comprueba mis reparos en darle la mano a ese hombre al que todos escuchan con adulta fascinación y que resulta ser no un gitano, sino uno de los grandes escritores de la literatura española, don Ramón María del Valle-Inclán, un anciano estrafalario que acaricia mi rostro con su mano fría y olorosa y que años más tarde ya no me reconocerá cuando acompañe a Máximo a Santiago y nos sentemos con él en la terraza de un café compostelano. Allí, al pie de la Alameda, el escritor dejó que yo lo fotografiase y escuchó atentamente a Máximo, que intentaba darle ánimos explicándole que don Victoriano estaba llevando a cabo una campaña en A Pobra para comprarle el pazo de la Torre de Bermúdez por suscripción popular. Pero por aquel entonces don Ramón ya no estaba para euforias y su vida pendía de un hilo. Apenas si salía hasta la cafetería Derby o al Español para tomar un café y después volvía al sanatorio, donde vivía como un personaje decadente de una de sus novelas.

En la voz de María anida la conciencia de un deseo, un paisaje, unos ojos luminosos que me miran con pasión estremecida, congrios secándose en los tendales como ropa vieja, mujeres de luto golpeando el pulpo con tanta fuerza contra la piedra del pazo que sus cimientos parecen ceder ante esta encarnizada tunda, peleas centenarias entre los niños de los barrios de O Caramiñal y O Castelo do Deán a la salida de la misa de los domingos, el primer cigarrillo robado en el estanco de Tomasa, que me taladra los pulmones, los baños en O Areal mientras las vagonetas del Maño van robándole terreno al mar, las excursiones que Josep y yo hacemos con el inventor Nardo Rutllá, que nos regala palabras nuevas y nos guía por los paisajes alucinados de su imaginación, la fiesta de O Carme dos Pincheiros con los cabezudos bailando a lo largo de la calle Gasset y los globos de papel elevando deseos y homenajes en el paseo de Marlés, las mortajas del Nazareno, los bailes del Salón Moderno, del Tutú o del bajo de Villoch…

—No lo sé, señora. No sé qué puedo contarle. Tengo morriña de Rianxo y de mi familia, pero si quiero volver y montar un taller de costura en la Rúa do Medio, tengo que ahorrar.

Sí, la voz de María es una convocatoria, y en su boca nace de nuevo el placer furtivo de lo prohibido, el amor imposible, la generosidad, la nostalgia de un nombre, la mirada azul que fue la luz que me guió hacia la salida del túnel.

—¿De verdad que no conoces a Máximo Lourenzo, un hombre que siempre estaba leyendo libros y que se casó con una madrileña?

—No, señora, me trato más bien con gente que no ha visto más libros que el del bautismo.

La voz de María me lleva a ese rincón de la infancia en el que aún no se nombraban las cosas y todo era misterio y novedad, veranos con olor a sardinas y manzanas, películas de aventuras en el Teatro Principal, una sensación de libertad que no tenía en Barcelona, donde todo eran clases de piano, idiomas y eternos rosarios. Sí, su voz empuja mi nostalgia hasta aquellos días en que el joven de mirada azul vuelve a besar mis labios inexpertos y me hace la firme promesa de leer todos los libros del mundo, incluida la Enciclopedia Universal Ilustrada Espasa del Casino de A Pobra.

—¿Por qué llora, señora Mulisch?

—Por nada, María, por nada.

Sigo caminando por el pasillo, más que nada por alejarme de estos pensamientos que ahora me están haciendo daño, y enseguida sale a mi encuentro una de las enfermeras que me vigilan. Se llama Catherine. Al reparar en mi llanto, me dice que me siente a su lado en uno de los sofás de cuero. Saco del bolsillo de la chaqueta una de las fotos en las que estoy con Bob y le pregunto si lo conoce.

—Apenas si he estado con él un par de veces. No sé qué podría contarle. No sé casi nada.

Catherine acerca su cabeza a la mía y, más que la fotografía, parece que estuviésemos compartiendo los últimos rescoldos de un fuego. Su melena huele a menta. Es dolorosamente joven. Le tiemblan los labios. Me peina con suavidad.

—Aunque te parezca increíble e injusto, sabes sobre él mucho más que yo.

Noto que ella siente mi acoso y se aparta un poco de mí. Puedo ver que en su mirada hay un punto de tristeza que quizá nazca de su piedad. No lo sé. Lo cierto es que ella encoge su voz y no consigo oír sus palabras. Parece hablar desde el interior de una urna de cristal.

—Al principio él venía dos o tres veces por semana con la esperanza de que usted se recuperaría. El doctor Rosenfield lo convenció para que viniera los sábados. Solía sentarse a su lado, le cogía las manos y le hablaba constantemente mientras usted seguía concentrada en su mundo murmurando la canción. A veces, si el día se prestaba a ello, la sacaba a pasear por los jardines y se acercaban hasta la orilla del río. Es un hombre excelente. Puede usted estar segura de su amor.

—¿Y ella?

—Ella es su hija. Estuvo aquí hace quince días. Con ella he hablado menos. Es una persona muy…

La enfermera tropieza con las palabras, el adjetivo queda atrancado en su garganta como una piedra. Percibo en su voz una tensión, la tentativa de ocultar algo, e intento darle conversación para que se suelte.

—¿Muy qué?

—Importante.

—¿Importante?

—Sí. Dicen que es una de las fotógrafas más prestigiosas de Nueva York. En la sala de espera hay una revista en la que vienen algunas de sus fotografías. ¿Quiere verlas?

—Me encantaría.

No doy crédito a lo que me está diciendo y me llevo las manos a la cabeza, no tanto para ocultar mi sorpresa como para intentar dar alcance a un recuerdo. El doctor Rosenfield me dijo que esta nueva familia a la que pertenezco es una familia de fotógrafos, pero de sus palabras no se me ha ocurrido deducir indicios de tanta relevancia y reputación. Sin embargo, ahora, mientras escucho las respetuosas palabras de la enfermera, me invade una angustiosa ola de orgullo y acepto la noticia con esperanza, porque esta hija mía es como la prolongación de mis deseos. Este descubrimiento me une a ella y fuerzo los ojos en el rostro de la fotografía con la intención de que haga despertar algo dentro de mí, algo tan huidizo como el destello de

un haz de luz en medio de la niebla. Y espero, intranquila, el regreso de Catherine, quien finalmente aparece con una revista en las manos. Es una publicación de moda, a todo color.

No es el tipo de fotografía que me gustaría hacer, pero sí que hay en el color eléctrico de las imágenes, a pesar de su aplicación comercial, una clara voluntad de artista, un intuitivo intento de que la luz atrape la belleza de las modelos. La nitidez es extraordinaria y evidencia la evolución técnica que el tiempo ha obrado en la fotografía. Con una extraña mezcla de placer y pesar, compruebo la firma que refrenda este orgullo umbilical: Adela Mulisch, mi hija omitida. Su éxito acentúa mi culpa y me duele la pérdida de todos esos años, la posibilidad de un recuerdo en el que una madre concentra todo su amor en el aprendizaje de su hija, la intención de que la niña herede su mirada y sea capaz de enfocar, calcular el tiempo preciso de exposición y regular el diafragma para adaptarlo a la luz. Quiero tener nostalgia de lo desconocido, pensar que con ella compartí el estremecimiento de ver surgir los rostros en el líquido de las cubetas, la materialización de los fantasmas. Quizá yo misma le haya regalado una Leica por alguno de sus cumpleaños y juntas hayamos recorrido los barrios de la ciudad. Puede que ella me ayudase a superar el dolor del hijo que nació muerto en la enfermería de la cárcel, el mismo que había instalado en mí la severa determinación de no pensar jamás en tener descendencia. No entiendo cómo pude volver a intentarlo y me aproximo a la posibilidad de que no haya sido por descuido, sino por el amor que debí de sentir hacia este Bob Mulisch que tendrá que ayudarme a reconstruir mi pasado. Pero ya no será lo mismo, porque la imaginación no puede sustituir a la memoria. Crear recuerdos sobre palabras y fotografías prestadas es como pretender mirar con ojos ajenos, un proceso inverso al de antes, cuando, para hacer las fotografías, yo buscaba la parte invisible que las personas escondían; ahora busco en las fotografías esa zona invisible que había en mí al hacerlas.

II

Quizá fue un deseo infantil lo que nos trajo de nuevo a Bowlmor Lane, la esperanza de acariciar los viejos tiempos. Creo que este no es el mejor lugar para que tratemos asuntos tan serios, y menos en una noche de celebración en la que empinamos el codo. Pero Bernie insistió y ha quedado aquí con el detective, que no quiso adelantar nada por teléfono.

Ahora que la preocupación por el dentista se ha vuelto algo secundario, sobre todo para mí, esta convocatoria ha abierto una nueva expectativa y sospecho que la excitación alcanza incluso a Rosie, que besa en los labios a Bernie y a continuación se ríe con un estallido nervioso antes de lanzar la bola en busca de un strike. Es tan buena como él. Tiene cierta elegancia lanzando. Su gesto es perfecto y a veces parece que ella misma acompaña a la bola hasta el objetivo. Bernie le sonríe con una complicidad que ya se inició cuando la recogimos en Harry's para ir a cenar los tres juntos y celebrar la noticia de Laura. En ese momento intuí que Bernie había tomado una decisión o, cuando menos, estaba a punto de tomarla. A veces la rodea con sus manos enormes, curtidas en la textura de esparto de aquellas sacas que nos servían de toalla, y parece que va a estrangularla. En esa delicadeza seca, algo áspera, se concentra todo su pasado y vuelve a mi memoria el aroma de aquella tierra estéril, las noches sentados en el porche de madera de pino, escuchando cómo ranas, langostas y grillos arañan el silencio con monosílabos que se prolongan más allá de los sueños, mientras los muertos descansan detrás de la casa en un cementerio doméstico e improvisado. Aquel paisaje duro continúa impreso en los ojos de Bernie incluso cuando sonríe y agarra una curda. Me pregunto qué pensarían sus padres si ahora lo viesen aquí, achispado, exhibiendo su cojera y divirtiéndose como un niño grande. Aquellos rostros suyos curtidos por el sol quieren formarse en mi cabeza, pero no soy capaz de atraparlos. Se deshacen en fragmentos diminutos.

Le doy un nuevo trago a la cerveza y siento que el alcohol sigue modelando mi entusiasmo hasta convertirlo en miedo, en un vértigo que se anuda en el estómago porque mañana Laura volverá a casa.

Todavía no puedo creerlo y no dejo de meditar en mi condición de fantasma. No soy ni tan siquiera una sombra para ella. El doctor Thomas Rosenfield ha sido sincero y ha retrasado el encuentro hasta concretar el estado de su recuperación. Lo terrible es que no existo para ella y tengo que comenzar de cero. Me siento como un intruso. Solo me asiste la esperanza de que, poco a poco, despierte esa memoria que nos encierra a todos y está reprimida en su inconsciente. También especulo con lo duro que debe de ser para

ella enfrentarse con un extraño que atesora su propia vida. Quizá es como estar desnuda frente al mundo. No lo sé. La situación es absurda y tengo miedo de mañana. Cuando pienso en el encuentro, tiemblo como un muchacho ante su primera cita y bebo para borrar esa imagen desconcertante. Pero la cerveza se amarra a la melancolía y al miedo.

De repente, mientras Rosie se dobla para preparar un nuevo lanzamiento, veo que un hombre de expresión atormentada viene hacia nosotros. Trae en la mano un maletín. La imagen resulta ridícula y le digo a Bernie que se fije en ese individuo que parece un vendedor desorientado.

—No es un vendedor. Es Nick.

No sé por qué, quizá por la huella que han dejado en mí algunas películas, lo cierto es que ese hombre que está frente a nosotros no se corresponde para nada con la idea que yo tenía de un detective. Así, en lugar de ese tipo grueso y de mala catadura que yo había imaginado, nuestro agente resulta ser alguien de veinte y pocos años, con una media melena rizada y ojos juveniles. Su presencia inspira más ternura que miedo.

Como un agente de seguros o un inspector de Hacienda, el detective sujeta con fuerza su maletín negro.

—Este es Bob.

—Nick Dogerty. Mucho gusto.

Nuestro investigador estrecha mi mano y nos invita a sentarnos en una mesa. Bernie y yo le hacemos caso. Rosie continúa jugando a los bolos.

Estoy un poco decepcionado. Esperaba a alguien más experimentado y astuto, uno de esos seres que desprecian la vida y son capaces de caminar en el filo de la muerte. Pero, ¿qué podía esperar yo de Bernie? Seguro que cogió la guía telefónica y echó mano del primer número que encontró, sin importarle que perteneciese a una agencia inexperta e incompetente.

Una camarera nos trae otras cervezas y el detective se acomoda en la silla, con gesto contrito, sin soltar el maletín. Miro de reojo hacia Bernie, como para pedirle una explicación. Estoy desconcertado. No me cabe en la cabeza que este ser tan desvalido pueda ser un detective. Sin embargo, hay algo tan furtivo en sus movimientos que, cuando saca un recorte de prensa del maletín, tengo la impresión de que está preparando los mecanismos de un explosivo.

Como Bernie enciende un cigarrillo y parece medio ausente, me decido a intervenir.

—Nosotros ya hemos obrado por nuestra cuenta y estamos un poco desilusionados después de haber merendado con el matrimonio alemán y descubrir que el dentista no es quien pensábamos que era.

—Fue una idea bastante insensata por su parte —me espeta el detective con una profundidad en sus palabras que contrasta con el candor de sus gestos. Bernie presta ahora más atención a este joven intrigante y se acerca tanto a él que parece que quisiera tocarlo físicamente con las palabras.

—¿Insensata por qué? Cuente.

—Verán. Hemos avanzado un poco en el asunto y hay algunos detalles que deberían saber.

Bernie y yo estamos como colgados del alféizar de una ventana. Él pone un recorte de periódico sobre la mesa. Está escrito en español e informa de un asesinato.

—Hay muchísimas posibilidades de que el hombre que han dejado entrar en su casa sea el criminal de los campos y también el asesino de este alemán llamado Martin Müller, un colaborador de Simon Wiesenthal, el cazador de nazis. Hace dos años apareció muerto de un tiro en Buenos Aires. Estaba tras la pista de Heinrich Artmann.

—Hans Heinrich Klüger me dijo que había nacido en Alemania y que sus padres se habían ido a Argentina mucho antes de la Segunda Guerra Mundial —advierto, un poco a la defensiva.

—Está claro que no le dijo la verdad. Hemos comprobado que la familia Klüger lleva apenas un par de años en los Estados Unidos, justo después del asesinato de Martin Müller. Son demasiadas coincidencias.

Las palabras del detective arrastran la envoltura de la vanidad y me ponen el corazón en la boca. Dentro de mí se rebela algo primitivo y violento.

—¿Cómo han sabido todo eso?

—No ha sido muy complicado. Hará cosa de tres años que el Departamento de Justicia de los Estados Unidos creó la Oficina de Investigaciones Especiales para deportar nazis. Es más conocida como la OSI. Está formada por abogados, investigadores e historiadores. Tengo un amigo dentro que me ha facilitado

información y puedo asegurarles que la OSI está tan interesada en dar caza a su hombre como pueda estarlo el mismo Simon Wiesenthal.

—¿No les habrá dicho dónde está? —pregunta Bernie medio enfadado. Entiendo su desconfianza.

—No, no les he dicho nada. Soy un profesional, pero convendría dejarlos actuar a ellos. Heinrich Artmann es un tipo peligroso y ocupa un lugar privilegiado en la lista de reclamados de Alemania Occidental. Ellos enseguida procederían a cursar una orden de arresto. La acusación es firme y no habría ningún problema con la extradición. Como saben, las pruebas son contundentes. Quedan testigos de su participación directa en la muerte de miles de prisioneros. Hay supervivientes y muchas declaraciones juradas y firmadas que están en los archivos de Wiesenthal. En el caso más que probable de que sea Heinrich Artmann, la OSI debería hacerse cargo.

Las palabras del detective hacen que piense violentamente en el dentista y en su mujer, en el juego diabólico que establecieron con nosotros.

—Ya te dije que eran unos artistas. Una representación perfecta, sí, señor.

En la sonrisa de satisfacción de Bernie está concentrada toda su soberbia. Y no me duele reconocer que tiene razón. Lo que me admira es pensar en lo bien que interpretaron su condición de ofendidos, sobre todo la esposa, que fue quien primero se volvió contra el discurso lesivo de Bernie. Mi odio crece aún más con su mentira y con el efectismo de su coartada. ¡Qué bien aprendido tenían su teatro! Pero esta vez las cuentas le han salido mal al nazi y todos sus delitos excitan ahora mi instinto y no dejo de calcular el modo de hacerlo consciente de todo el terror causado. Deseo que se sienta condenado y esa condena sea la lógica consecuencia de su perversidad.

—Él estaba casado con una mujer alemana —apunto—. Y esta no lo parece. Además había una hija, no un hijo.

—Se casaría en segundas nupcias.

—¿Cree usted que ella y su hijo sabrán qué clase de tipo era él? —pregunta Bernie.

—Es probable. No es fácil explicar un traslado tan repentino. Incluso apostaría un fajo de billetes a que ellos saben también lo del asesinato de ese Martin Müller.

Rosie hace un último lanzamiento y viene hacia nosotros, un poco intrigada por la atención que le prestamos al detective. Coge la cerveza de Bernie y le da un sorbo. En sus ojos hay un brillo achispado, alegre.

—¿Pasa algo?

—No.

La respuesta tajante de Bernie espanta a Rosie, que enseguida palpa la tensión de nuestra charla y vuelve al salón de bolos.

—¿No se cambiaron el nombre? —pregunto.

—No les dio tiempo. Además, su hijo es médico dentista y precisaban de ese título para establecerse de nuevo.

—¿Usted cree que sabrán que estamos tras ellos? —se interesa Bernie.

—Yo no he dado motivos para ello. ¿Y ustedes?

—Hombre, nosotros les hemos mentido con nuestra identidad y Bernie, para tentarlos, se hizo pasar por simpatizante nazi. Pero ellos rechazaron cualquier acercamiento. Incluso les molestó la dialéctica nazi que empleó este pedazo de animal.

—Es normal. No quieren que se sepa nada de su pasado y la mejor manera de ocultarlo es negarlo. Huir toda la vida puede ser algo agotador.

La música del local, un tanto ruidosa, parece acompañar la percepción de venganza que se va apoderando de mí. Laura no sale de mi cabeza y tengo miedo de mí mismo. Puedo medir también el odio que consume a Bernie, el vínculo orgánico de su cuerpo con
el recuerdo del campo.

—Mi consejo es que no hagan nada. En la agencia aguardamos una información que no creo que tarde mucho.

—¿Cuánto tendríamos que esperar? —pregunta Bernie. Un relámpago de rabia afila su mirada luctuosa, bárbara.

—Una semana. Quizá dos.

—Dos semanas puede ser tiempo suficiente para que vuelva a huir —insinúo.

—Lo tendremos bien vigilado.

Conociendo a Bernie sé que él también está meditando en la posibilidad de una venganza particular y creo que es a él a quien hay que vigilar.

—¿Y en qué va a consistir esa vigilancia? —se interesa Bernie.

—Seguir sus pasos diarios.

—¿Día y noche? —pregunto.

—Con las noches les costará algo más.

—Lo que sea. Por el dinero no se preocupe.

Bernie sonríe ante mi súbita generosidad. Él sabe muy bien todo el odio que hierve dentro de mí y se despide de este Nick Dogerty que parece cualquier cosa menos un detective hecho y derecho. Aun así, la información que nos ha dado acaba por aumentar en varios enteros su prestigio.

—Lo dicho. No hagan tonterías. Tengan paciencia y aguarden la confirmación. Les dejo esta tarjeta, por si se lo piensan mejor y deciden que la justicia se haga cargo. Es de mi amigo historiador que trabaja en la OSI. Si ocurre cualquier cosa, no lo duden y pónganse en contacto con él.

—Pierda cuidado —le dice Bernie al detective, que abandona el local con su maletín y una nueva reputación.

Los humos de mi amigo están ahora por las nubes y, como sé que va a reprocharme mi incredulidad, decido adelantarme a los frutos de su victoria.

—¡No dirás que no lo han hecho bien! Seguro que tú ya habías desechado esa posibilidad.

Bernie se calla, orgulloso, coge a Rosie de la mano y, abrasados por la noticia, abandonamos la bolera de Bowlmor Lane. Son las dos de la madrugada. La noche está fresca y Bernie, borracho, insiste en llevar el coche.

—Te dejaremos en tu casa. Esta noche dormiré en el apartamento de Rosie.

—Recuerda que mañana tienes que madrugar. Tenemos que estar a primera hora en el hospital. Ady ha quedado en llegar a las ocho.

—Rosie me dejará dormir, ¿verdad?

—Cariño, no estás en condiciones para el amor.

Rosie sintoniza la radio y alguien habla sobre las estrellas con el telón de fondo de la voz de Sinatra, que suena como una oración. Atravesamos la ciudad en silencio y, una y otra vez, el lápiz de Laura dibuja la rabia en mi cabeza. Me duele que ella no pueda sentir lo mismo que yo. Es una lástima. Una injusticia.

Cuando estamos ante mi casa, me giro en el asiento trasero y veo que un coche oscuro, con las luces apagadas, aparca a unos veinte metros de distancia. La brasa de un cigarrillo enciende la sombra de un rostro. Bernie también repara en ello y fuerza los ojos para intentar atrapar ese rostro.

—¿Quién diablos será?

—Tal vez sea vuestro detective —aventura Rosie.

—No, ese no es Nick. Y el individuo no está solo —el murmullo de Bernie suena misterioso.

—Será una pareja, cariño. Esta calle es muy tranquila.

—Son dos hombres —confirmo y veo que Bernie me mira con desconfianza. Rosie detecta el desafío y hace un último intento para tranquilizarnos diciendo que alguien ha podido parar ahí por casualidad.

Bernie niega con la cabeza y, después de escupir por la ventanilla, se baja del coche sin que podamos retenerlo.

—A estas horas nadie se para en una calle tan solitaria si no es por algún motivo concreto. No tiene sentido.

Rosie, que teme que él vaya a cometer cualquier tontería, se lleva las manos a la boca y yo intento sujetarlo con insultos a media voz. Por suerte, mucho antes de que él dé tres pasos seguidos, el otro coche recula marcha atrás con las luces apagadas y se pierde por la calle como una exhalación.

—¿Has visto la matrícula, Bernie?

—No.

—¿Qué piensas tú?

—No lo sé, Bob. A lo mejor el nazi también ha contratado una agencia de detectives para vigilarnos.

—A estas alturas tendremos que andarnos con cuidado.

La intriga no puede con nuestro cansancio y Rosie y Bernie no tardan en irse dejándome solo en casa.

Antes de acostarme dejo preparada la ropa, repaso bien las paredes, los estantes, los recuerdos candentes y acaricio el retrato de Laura. No quiero que ella encuentre nada que pueda contrariarla. La rabia que siento por el nazi se mezcla con la alegría de su regreso y busco en sus ojos azules todas las respuestas.

III

Recojo mis escasas pertenencias —objetos y ropa sin significado— y me tumbo sobre el colchón, que cede bajo mi peso y crea la sensación placentera de ser engullida por arenas movedizas. No me importaría desaparecer así para olvidar el miedo a esta familia desconocida que convierte en cemento mi saliva y hace que los nervios continúen taladrándome el estómago.

La situación es disparatada y no dejo de meditar en esta misteriosa orfandad de mí misma. Sentir que ya no soy es lo mismo que no ser nada, otra persona extraña en mí, como en el vagón o en el campo, cuando todas perdimos nuestra identidad y dejamos de ser nosotras mismas para formar parte de una masa informe que, como algo espontáneo y doloroso, se movía por instinto.

Me gustaría ser condescendiente conmigo misma, no sucumbir a esta íntima hostilidad que me hace tener nostalgia de los días sin sustancia, los días aburridos en los que aparece la presencia de esos padres a los que todavía desprecio y que continúan dentro de mi cabeza como una oscura obsesión. La posibilidad de que puedan estar vivos me asusta y me atrae al mismo tiempo. Mi desamparo me hace volver a ellos y no estoy muy segura de si deseo que sigan vivos, algo poco probable, porque papá tendría noventa años y mamá tres menos. No, no lo creo. La longevidad de nuestra familia no es para echar cohetes. Abuelos y bisabuelos, casi todos murieron rondando los setenta, una frontera de la cual estoy cada vez más cerca.

Quizá sea el rencor lo que me hace pensar en mis padres, el deseo de que sepan que continúo viva a pesar de ellos. Su memoria está tan reciente en mí que, una y otra vez, me atraviesa una rabia seca cuando pienso en ellos.

Catherine viene en mi busca y coge la maleta. Voy tras ella y nos sentamos en un sofá del pasillo, frente al despacho del doctor Ro–senfield. Ellos ya han llegado y están dentro, preparando la estrategia de mi regreso. Es posible que el doctor les esté aconsejando que me hablen con normalidad, que no se compadezcan de mí, que no sean reiterativos con las preguntas, que no me griten…

Según parece, regresar a casa es lo más adecuado. Allí estaré vigilada y, si no brotan nuevos recuerdos, por lo menos iré aprendiendo de nuevo el pasado de lo que ha sido mi vida.

—Han venido su marido y su hija.

Estoy un poco nerviosa. Me encuentro extraña dentro de este vestido que parece prestado y me hace sentir lejos de mi cuerpo. Por el pasillo se acerca un hombre con la cabeza inclinada y, cuando está a nuestra altura, me dice que tengo un fantasma que él puede pintar. Sus gestos inmóviles y graves me paralizan en un escalofrío porque algo de mi hermano Josep, tal vez un asombro infantil y huidizo, se me aparece en él. Por suerte, Catherine se da cuenta de mi angustia y lo hace irse.

—Es un pintor de cierto prestigio que perdió a su familia en un accidente de coche.

La perspectiva de la puerta me hiela la sangre y me sostengo con fuerza en Catherine como si quisiese espantar el miedo que me sacude por dentro. Y porfía en mí una suerte de fracaso íntimo, e incluso llego a sentir nostalgia de la enfermedad, de ese delirio vacío en el que todo era un yermo apenas sostenido por el murmullo débil de una canción.

—Tranquila, señora Mulisch. Todo irá bien.

De repente, la puerta se abre y algo dentro de mí también lo hace, un vértigo que no me impide identificar las tres sombras demoradas que vienen hacia mí lentamente.

Bob es más alto de lo que yo había imaginado y se planta ante mí para envolverme no solo con su abrazo suave sino también con el aroma de su colonia que me abre las ventanas de la nariz y me marea un poco. Busca con insistencia mis ojos y me besa en la frente. Mi capacidad de emoción se queda paralizada cuando compruebo que ni su rostro ni su voz me dicen nada. Es un extraño, pero yo lo trato con simulada familiaridad.

—Hola, Bob.

—Hola, Laura.

—Mamá.

—Hola, hija.

Cobijada bajo este doble abrazo puedo ver el gesto vigilante del doctor Rosenfield y la retirada emocionada de Catherine, que se aleja con lágrimas en los ojos, como si este encuentro despertase en ella algo doloroso.

—Tendréis que ser pacientes conmigo.

—Lo seremos, mamá.

Ady aparenta más años de los que tiene. Echo cuentas y debe de rondar los treinta y dos, una edad que yo no soy consciente de haber vivido. La escudriño con curiosidad y no encuentro en su físico nada mío, ni tan siquiera de su padre. En su rostro hay un gesto de intranquilidad.

—No piense, señora Mulisch, que hoy se libra de mí para siempre. En un par de días tendrá que hacerme una visita en mi consulta de Manhattan.

Detecto en la voz del doctor Rosenfield una confabulación.

Bob coge la maleta y Ady me sostiene como si tuviera miedo de mis pasos o desconfiase de que en cualquier momento pueda caerme o huir. Con el doctor Rosenfield encabezando la comitiva, avanzamos en silencio por los corredores, y, cuando llegamos al vestíbulo, la fuerte luminosidad que entra por los ventanales daña mis ojos y casi no me permite ver a María y a varias personas que se acercan para despedirse de mí.

En el exterior me aguardan un día abierto y una libertad que me causa miedo. Camino por el laberinto de tuyas y empujo mis sentidos hacía la voz plácida de Bob que intenta ensanchar mi corazón.

—No tienes que preocuparte por nada ni sentirte intranquila. El doctor dice que todo es cuestión de tiempo. El día menos pensado se te encenderá la luz. Mientras, todos haremos tu vida lo más llevadera posible.

—Tenéis que contarme muchas cosas.

—Lo haremos, mamá.

Un hombre alto y algo grueso fuma apoyado en un coche rosa con neumáticos de banda blanca. Tiene la frente cubierta de sudor, un pañuelo atado al cuello y un rostro que parece de cera. Cuando se percata de nuestra presencia, lanza el cigarrillo a la grava y se pone firme, como si entre nosotros se ocultase alguna autoridad. Después viene hacia mí con expresión acobardada. Está cojo.

—Es Bernie, nuestro mejor amigo —me advierte Bob mientras introduce la maleta en el coche.

—Hola, Bernie.

—Hola, Laura.

Esta es la segunda persona —el primero fue Bob— que me llama por mi nombre, algo que me estremece y me provoca un grado de intimidad con este hombre voluminoso. Percibo cierta frustración en su mirada triste. Quizá él esperaba que lo reconociese.

—Señora Mulisch —el doctor Rosenfield me acaricia el pelo y me habla casi al oído—, estaremos en contacto. Todo le resultará extraño y desconocido. Ármese de paciencia. Su memoria puede despertar en cualquier momento.

—Pierda cuidado. Estoy tranquila.

Me introduzco en el asiento trasero del coche, junto a Ady, que me toma las manos y parece buscar algo en las arrugas de mi piel.

Con la ventanilla abierta, el coche se aleja con lentitud y siento que algo de mí se queda en el interior de ese edificio lujoso, más parecido a un hotel que a un hospital. Estoy tan desorientada que prefiero abandonarme a la sensación del viento y al magnetismo de la voz de Bob, que me habla con una pasión conmovedora y me advierte que estamos a hora y media de Brooklyn. Pero yo no tengo prisa y lo escucho con una atención tan embebida que sus palabras se convierten en un oráculo que dibuja una futura felicidad.

Cuando entramos en Brooklyn siento cierta frustración porque esa avenida arbolada no tiene nada que ver con la ciudad que yo había imaginado. Solo el ruido del tráfico me devuelve Barcelona a la memoria y genera en mí el deseo de saber qué fue lo que me trajo aquí y en qué circunstancias conocí a este Bob al que observo de reojo, como intentando obtener de su rostro alguna respuesta que ratifique nuestro amor. Me gustaría saberlo todo y, al mismo tiempo, no soy capaz de preguntar nada. Todo es tan extraño y oscuro que me refugio en este vacío que ya es otra especie de patria.

—Hemos llegado —confirma Ady y me indica con una seña cuál es nuestro hogar. En el porche descansa un balancín y multitud de tiestos con plantas. Mientras Bob introduce la llave en la cerradura, yo me quedo quieta, intentando imaginar el interior de esta casa que es tan enorme como mis preguntas. Arrastro la esperanza de que algo de ella esté registrado en mi memoria, pero no, incluso cuando subo los escalones y entro en el inmenso salón, sufro el convencimiento de que acabo de llegar a un lugar nuevo.

Una mujer con las manos cruzadas, como si estuviese rezando, aguarda de pie junto a un piano. Ady se acerca a ella y la toma de la mano, como para vencer su timidez.

—Esta es Luisa. Nos ayuda en la casa.

—Hola, Luisa.

—Bienvenida, señora Mulisch.

Me acerco al piano y, mientras acaricio las teclas, siento en mi cabeza la forma de un pentagrama que se va llenando de notas. Mis dedos se estremecen en el intento de responder a ese dictado. Pero resisto al deseo de tocar, porque el olor de la comida absorbe todos mis sentidos y me arrastra a la cocina. Reconozco el aroma y no necesito destapar la cazuela porque sé que dentro borbotea un guiso vinculado a mi infancia. Me apoyo sobre la encimera y, no sé si inducida por el olor o por la disposición de los muebles, juraría que algo dentro de mí ha despertado la impresión de que este lugar me es familiar. Pero tampoco estoy segura. Aun así, me quedo un instante sentada en una silla, aspirando ese aroma como si en su soplo se fortaleciera la sensación del regreso a casa.

En las paredes del salón cuelgan pinturas e inquietantes fotografías que, tal vez, son de mi autoría. No lo sé y tampoco lo pregunto. En los estantes se amontonan los libros de una buena biblioteca que sospecho mía, y, sobre un mueble blanco, brilla el nácar de un acordeón.

—¿Quién lo toca?

—Nadie. Es un viejo recuerdo.

Me dejo acompañar por Ady, que me muestra la casa con una lenta resignación y me lleva al piso de arriba.

—Este es vuestro cuarto.

Busco mi ropa en los armarios, la descuelgo, la huelo con la intención de imaginar cuántas veces me la habré puesto. Incluso la extiendo sobre la cama como si quisiera vestirme con el fantasma del pasado, pero el registro apenas me deja la frustración de no encontrar nada, ni la más mínima huella de mí. Solo la angustia de la cama acerca la intemperie, el peso de la soledad, la imposibilidad de querer a Bob, a estas personas que me miran con compasión y me ofrecen un trato celoso, excesivo, como si desconfiasen de mis facultades mentales para circular con normalidad por esta casa grande de techos

altos. Compartir la cama en este momento con Bob es como hacerlo con un desconocido. El deseo para mí es ahora una sombra, un temblor lejano.

—¿Cuál es mi lado?

—El izquierdo. Te gustaba estar cerca de la puerta.

Observo todos los objetos, los cuadros, las fotografías enmarcadas, y, aunque no me sorprende la ausencia de mi otra familia con la que prácticamente corté de raíz durante los años de la guerra de España, sí me extraña que no haya en la casa ninguna referencia a ese pasado que sí recuerdo y está fijado en mi mente como algo reciente.

—¿Cuándo voy a conocerlos?

—Esta tarde.

—¿Le has hablado de mí a Jimmy?

—Sí.

—¿Y qué le has contado?

—Más o menos la verdad. Que su abuela perdió la memoria y que los médicos están buscando sus recuerdos.

Por más que lo intento, no consigo hacerme a la idea de que ya soy abuela. En mí late la impresión de que apenas tengo veinticuatro años, una edad imposible. Una y otra vez siento la obligación de tocar mi piel para registrar el paso apresurado del tiempo, esta vejez prematura y repentina que me encoge el corazón y me sacude por dentro con violentos escalofríos. Cada vez que me sitúo frente a un espejo, primero veo la reencarnación de mi abuela Margaret, y después sufro una especie de vértigo que me paraliza.

Ady se sienta en la cama, a mi lado, y me besa la frente en un acto que parece espontáneo. Su gesto cariñoso me tranquiliza.

—Me alegra mucho tu vuelta, mamá.

—Intentaré portarme bien. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Me prometes que me dirás la verdad?

—No encuentro ninguna razón para mentirte, mamá.

—Tu padre y yo… ¿te parecíamos felices?

—Una pareja ejemplar. Este último año ha sido muy difícil para él.

—Me angustia el hecho de no sentir nada por él. Tendré que aprender a quererlo de nuevo. Para mí es un desconocido.

—No conviene que te atormentes. Papá es consciente de eso y no debes dudar de su ayuda. Su amor es muy fuerte. Ya lo verás.

El peso de la realidad es una losa que me aplasta y me enoja, porque no soy capaz de aceptar del todo esta vida desconocida, el acoso silencioso de estas personas que esperan en mí a alguien que no recuerdo ser.

—He visto tus fotos en una revista de moda. Eres muy buena.

—Tú eras mejor. Todo lo que sé lo he aprendido de ti y de papá.

—No has perdido el apellido.

—Es mi nombre artístico. A efectos legales soy Adela Harland. Tú también firmabas como Laura Mulisch. Es la marca de la casa. Papá siempre estuvo orgulloso de que fuese así. Piensa que él aprendió el oficio de su padre. De él heredó el negocio y esta casa.

El nombre de Laura Mulisch hace que me sienta una posesión de Bob, me suena tan lejano como un horizonte desconocido, pero me gusta el arrastre sibilante de su sonoridad y casi estoy segura de que acepté disolver mi vieja identidad en ese apellido que se prolonga como el cascabel de una serpiente y que tal vez supuso el escondite perfecto para romper con mi pasado.

—¿Conociste a mi familia?

—No solías hablar de ella.

—¿Tu padre la conoció?

—Papá tampoco. A él le pediste que no te preguntase sobre tu pasado y creo que nunca lo hizo.

—¿Te hablé alguna vez de Máximo?

—Apenas.

Su respuesta es extraña. Otra vez siento que está escondiéndome algo. Prefiero no insistir en el asunto. Pero no dejo de preguntarme cómo he podido ser tan cruel para ocultarle mi pasado a una hija. Mi actitud me hace sentir una rabia antigua. Y sí, mis padres se portaron conmigo de un modo ruin e imperdonable, pero no es justo que borre la memoria de mis abuelos ni de mis hermanos porque todos ellos forman parte de lo mejor de mí misma. Algo doloroso tuvo que haber ocurrido para que yo fuese capaz de olvidar esa parte de mi pasado con la misma facilidad que si me deshiciera de una vieja e incómoda vestidura.

IV

Laura no deja de contemplar nuestras bocas. Es como si los dientes guardasen el secreto huidizo de algo latente. Jimmy la mira con la desconfianza propia de un niño.

—¿Te han encontrado los recuerdos?

—Aún no, cariño. Pero me han prometido que no van a tardar.

Ady reprueba con la mirada la pregunta del niño y lo conmina a terminarse la comida. A Laura no parecen molestarle las palabras de nuestro nieto que, con sus frases sinceras, inconscientes, rasga el velo prudente y frío de esta cena en la que todos hablamos como extraños, tal vez para evitar que ella se sienta fuera de las conversaciones o por la prescripción del doctor Rosenfield, que nos ha aconsejado que no la presionemos. Lo más curioso es que este hielo acaba siendo el que inmoviliza el deseo y también el que me obliga a representar el papel del esposo que acepta a la esposa desaparecida y deja que se integre en la cotidianeidad de la familia como si en realidad nunca se hubiese marchado. Soy consciente de la responsabilidad y siento el peso de mi impostura cada vez que Laura habla. Procuro secundar sus palabras con una sonrisa que quiere ser leal. Deseo complacerla, seducirla, liquidar todo el sufrimiento que debe de provocarle su desmemoria.

—Bernie está pasando unos días con nosotros. ¿No te importa?

—¿Por qué iba importarme? Es nuestro amigo.

Su respuesta no parece la más adecuada, porque Bernie se limpia los labios con la servilleta y niega con la cabeza.

—Os lo agradezco mucho, pero ya estoy bien y creo que lo mejor es que vuelva a casa. Rosie se ha ofrecido a venir conmigo.

—¿Quién es Rosie? —pregunta Laura, y Bernie le dice que es una buena amiga.

—Tú no te vas a ninguna parte —replico con contundencia—. Te quedarás unos días y no quiero volver a oír hablar del tema... Se acabó. ¿Entendido? Nos harás mucha compañía.

El silencio vuelve a ser mejor que las palabras. Laura a veces actúa como si no quisiera defraudarnos e intenta alimentar la impresión de que todavía nos recuerda. Mi

yerno es el único capaz de dirigirse a ella sin temor a tocar el fondo del problema que nos contiene a todos.

—El hecho de que no te acuerdes de nosotros nos ofrece la posibilidad de ser mejores y rectificar aquellas cosas que no te gustaban. ¿No crees, Laura?

—No lo sé, John. Ahora que estoy con vosotros, tengo de nuevo la sensación de pertenecer a algo y sería bueno que siguieseis actuando como si nada hubiese ocurrido. No quiero inventaros. Solo os quiero tal como erais para mí, con lo bueno y con lo malo. Por eso confío en vuestra espontaneidad. Será lo mejor para mi recuperación. Me da miedo pensar en todas las cosas terribles que haya podido hacer yo y, sobre todo, en la multitud de defectos que sabéis de mí. Existo en vosotros, en vuestra memoria y esa dependencia me asusta y hace que tema vuestras palabras. Pero es preciso que me lo contéis todo.

Ady le acerca un vaso de agua para que tome la medicación y, después de tragar las píldoras, Laura dibuja en su rostro una expresión bondadosa que me hace concebir esperanzas, no tanto de que ella recupere la memoria como de que me quiera como se quiere a un ser inocente. Instintivamente, armándome de valor, le tomo la mano derecha y le digo que me alegro de que esté con nosotros de nuevo.

Los silencios ponen de relieve la propia tragedia. El regreso está siendo un pequeño fracaso. Yo aspiraba a que la casa y nosotros despertásemos algún recuerdo dentro de ella. Sí, todos confiábamos en los efectos de su regreso, pero no ha sido así y aquí estoy, con su mano temblando dentro de la mía como un pájaro asustado mientras todos la miramos con una codicia furtiva.

—¿Cómo llegué aquí?

—Nos conocimos hace mucho, en la primavera de 1945. Bernie y yo pertenecíamos al ejército americano y tú estabas en el campo de concentración.

—Así que me salvasteis de las garras de Hitler.

—Cuando llegamos, los alemanes ya habían puesto pies en polvorosa y Hitler acababa de suicidarse en Berlín con su esposa. Nosotros lo único que hicimos fue confirmar su derrota.

—Supongo que ya sabéis que mi memoria se rompe ahí, en los primeros días del campo.

—Estamos al tanto.

Laura gesticula con la cabeza como si quisiera sacudirse su de–sesperación y vuelve a beber un poco de agua. Todos, incluso nuestro nieto, estamos pendientes de sus palabras.

—Me da mucha rabia no poder vislumbrar vuestra llegada. Recuerdo perfectamente la inscripción obscena del frontón que nos daba la bienvenida después de haber permanecido encerradas varios días dentro de un vagón de ganado, sin comer ni beber, golpeadas por un hedor nauseabundo, convirtiéndonos en bestias salvajes. Llegamos a codiciar nuestra propia orina y despreciamos la muerte de las que iban cayendo sobre los tablones. No, no puedo olvidar aquel viaje, el horror que me sacudió por dentro y me hizo perder la poca humanidad que me quedaba, algo que solo se puede entender cuando el cuerpo está totalmente derrotado por el hambre, el miedo y la sed, la maldita sed. Mi recuerdo alcanza las horas terribles de los primeros días, sobre todo, cuando una rusa me puso una inyección en la vagina. Este es mi último recuerdo. Y si la evidencia no lo desmintiera, juraría que ese líquido que me administraron en la enfermería fue el culpable de esta amnesia. Cuando el otro día volví en mí, creí que todavía estaba en el campo. No sé cómo pude sobrevivir allí dentro tanto tiempo. Es algo que no me explico. ¿Qué estaba haciendo cuando llegasteis?

—Pintabas —le dice Bernie mientras pela una manzana.

—¿Pintaba?

—Sí —intervengo yo—. Estabas concentrada en un retrato y apenas te diste cuenta de nuestra llegada. Parecías ida, ajena a los ruidos y al mundo exterior. Solo te fijaste en nosotros una vez terminado el dibujo. En realidad, no fuimos nosotros, sino la cámara, lo que despertó tu interés. Yo pertenecía a la unidad de fotógrafos de guerra y aquella Speed Graphic te impresionó tanto, que ese día ya no te alejaste de mí.

—Yo soy testigo y juraría que lo escogiste por la cámara —la ironía de Bernie le da un tono cálido a la conversación—. Hay que reconocer que era una buena máquina.

—No recuerdo esa marca.

—Era de la casa Graflex —explico—. No estaba mal. Cargaba película en blanco y negro de cuatro por cinco pulgadas. Cartuchos de doce exposiciones. Las reproducciones no necesitaban ser ampliadas. Lo malo es que pesaba cuatro kilos. El

ejército alemán utilizaba como cámara oficial la Leica 3C, que era mucho más ligera, aunque los negativos eran difíciles de manejar y archivar.

Laura sonríe y mira al techo antes de seguir hablando. Parece que va cogiendo aire y confianza.

—La Leica siempre fue una compañera leal para mí. ¿Y qué ocurrió?

—Durante unos días, mientras se preparaba vuestro regreso, hicimos buenas migas. Después volviste a Francia. Tenías un estudio de fotografía en Toulouse. Te di mi dirección y te ofrecí trabajo de fotógrafa por si algún día te animabas a venir. Nunca pensé que lo harías, pero no tardaste en presentarte aquí. Y ya nunca nos separamos.

Laura cierra los ojos, como si buscase algo dentro de sí misma, y, después de un silencio intenso, pregunta por qué vino desde tan lejos.

—Quiero pensar que por mí.

—¿Y nunca te hablé de mi familia?

—No. No querías hablar de tu pasado. Siempre ponías el ejemplo del Lohengrin de la ópera de Wagner, aquel caballero del Graal que defendió a la princesa Elsa, a la que le pidió su mano con la condición de que ella no le preguntase ni su nombre ni su origen.

—Recuerdo la historia y la música del cisne que se transforma en hombre… Pero ella se lo preguntó en la misma noche de bodas.

—Pues yo no lo hice, Laura. Lo único que sé de tu pasado lo sé a través de…

—¿A través de qué?

Todos miran hacia mí y me hacen darme cuenta de que casi meto la pata, pero enseguida busco el modo de salir de este embrollo.

—Solo una vez que habías bebido un poco más de la cuenta y estabas muy habladora, me confesaste que tus padres eran franquistas y tenías nostalgia de tus hermanos, sobre todo, del más pequeño…

—Josep.

—Poco más. Te juré que no insistiría en el tema. Después de todo era a ti, y no a tu familia, a quien quería.

—No entiendo muy bien por qué te lo oculté todo, pero me gustaría contarte esa otra parte de mí, que es la que recuerdo.

—Ahora no, Laura. Hoy ha sido un día intenso y conviene que descanses.

—Está bien. Mañana será otro día.

Es medianoche y el cansancio es general. Bernie y yo no nos tenemos en pie. Ayer le dimos a la botella y apenas hemos dormido. Además, la visita al dentista está prevista para mañana y necesitamos descansar. Estoy tan agotado, me pesan tanto los párpados, que incluso envidio a Jimmy, que ahora duerme como un gato en el sofá. John es el primero en levantarse para cogerlo en brazos y Ady le da un pequeño impulso a Laura por debajo de las axilas, para ayudarla a incorporarse.

Cuando me pongo en pie, me duele la cabeza como si tuviese una bola de acero golpeando las paredes del cráneo. Acompaño a Laura hasta nuestro cuarto. Ady viene con nosotros, la ayuda a ponerse el camisón y le da las buenas noches. Por fin nos quedamos los dos a solas. Laura parece asustada.

—Resulta extraño admitir que esta mujer haya salido de mi vientre. No veo nada de mí en ella y eso hace aún más difícil la aceptación. No sé si seré capaz de quererla como se debe querer a una hija.

—Claro que lo serás. Hay que darle tiempo a tu memoria. ¿Prefieres que duerma abajo?

—No. Quiero tenerte a mi lado.

La cabeza sigue dándome vueltas y me muero por hundirme entre las sábanas, borrar mis pensamientos, conciliar un sueño plácido, pero la presencia desasosegante de Laura hace que demore un poco más ese deseo y le doy un beso de buenas noches.

—Duérmete. Tengo que acabar de arreglar unas cosas abajo. Subiré enseguida.

—Buenas noches, Bob.

Su voz, que ahora tiene una resonancia familiar, como si surgiera de las profundidades de un sueño, abre en mi pecho la esperanza de que ella no tarde en

volver a ser la misma persona de antes. Bajo las escaleras y compruebo que Bernie continúa sentado en el comedor. Como es agradecido, no deja de alabarle la cena a Luisa, que ahora está recogiendo la mesa. Me siento junto a él y aguardo a que nos quedemos solos para insistirle en la necesidad de acostarnos.

—Tenemos que estar allí a las diez.

—No es preciso que vengas, Bob. Deberías quedarte aquí con Laura.

—No digas tonterías. Yo también iré. Recuerda que, para no levantar sospechas, tienes que disculparte con el dentista.

—Ya lo hice por teléfono y su mujer aceptó mis disculpas.

—Sigo pensando que tal vez no es una buena idea. Ellos estarán alerta.

—Tú confía en mí. Por cierto, veo bastante bien a Laura. ¿No crees?

—No lo sé. Tengo miedo de que no recupere esa memoria en la que estamos todos nosotros. Incluso no dejo de pensar en la posibilidad de que Laura esté así por culpa del dentista.

—No tardaremos en saberlo.

Bernie se pone en pie y enciende un cigarrillo para fumarlo fuera, en el porche. En cuanto abre la puerta, el fresco entra en la casa como un inquilino que despereza mi letargo y me anima a salir. La noche es espléndida y la ciudad parece forcejear con el cansancio para dormir un profundo sueño. Apenas una luz vaporosa flota por encima de los tejados como una huella de vida. El resto es un silencio tenso.

—Rosie insiste en que me vaya a vivir con ella.

—Rosie es una buena mujer. Y te quiere.

—Yo también la quiero y por eso no debo amargarle la vida. Llevo mucho tiempo viviendo solo. Soy un ser complicado.

—Todos tenemos nuestras cosas, pero cocinas bien y, a veces, incluso eres un tipo simpático. Además, podrás agasajarla con esas poesías tan tristes.

—Vete a la mierda.

Bernie fuma con ansiedad, transportado de placer, apoyado en la barandilla que da a la calle. En su perfil parece formarse un deseo. Hay algo misterioso que lo eleva, la certeza de sentirse amado o, tal vez, el sabor anticipado de la venganza. Y permanece así, en silencio, satisfecho, hasta que, de repente, como si le hubiesen tirado del pelo por detrás, levanta la mandíbula y expresa algo con los ojos desorbitados. Enseguida le pregunto qué ocurre y él me hace una seña para que me calle y mire en la misma dirección que él. Parece el mismo coche de ayer.

—Creo que hay alguien dentro.

El estímulo secreto de la voz de Bernie me da miedo.

—¿Estás seguro?

—No. ¿Tienes la pistola?

—Aunque la tuviese no iba a dejártela. ¿Qué pretendes?

—Saber quién nos vigila.

Bernie se acerca lentamente a las escaleras y el motor vuelve a estallar en la noche como una maldición antes de salir disparado con las luces apagadas. Esta vez tampoco conseguimos el número de la matrícula. Decepcionado, Bernie se sienta en las escaleras y se revuelve el pelo con las manos.

—Tendremos que andarnos con tiento, Bob.

—¿Quiénes serán?

—Amigos del dentista que quieren protegerlo. Seguro.

—No tiene sentido.

—El cabrón no debe de estar solo.

Dejo caer el cuerpo en el balancín y pienso en todo lo que ha ocurrido durante las últimas horas. Es como si el mundo hubiese estado parado durante mucho tiempo y comenzase a moverse de modo vertiginoso. Sé que deberíamos decirle a Ady lo del dentista, pero la venganza, que tiene algo de gratificante y egoísta, guarda su secreto para sí y dilata en nosotros esta inquietante sensación que nos mantiene al fresco de la noche, a merced del silencio, amasando el odio como una droga.

V

El sonido de una campana me hace creer por un instante que estoy en la playa, en la casa de O Areal, una noche de verano en la que su tañido se aferra a mis sueños como una hiedra, la noche de agosto en la que el reloj de la iglesia de Santa María deja de funcionar y hay revuelta no solo en la familia sino en la mitad de O Caramiñal porque todos nos despertamos con la ausencia de la campana, como si los sueños hubiesen perdido de repente el compás, algo semejante al piso de la Rambla cuando se detiene el péndulo del reloj de pie, y papá, temeroso de que el corazón de la casa se infarte en ese mecanismo que preside el salón y nuestras vidas, tira de sus tres piñas de hierro, pero ahora este repiqueteo produce el efecto contrario y me expulsa del sueño, haciéndome tomar consciencia de que estoy en mi casa, en este lugar desconocido que yo misma decoré durante la mayor parte de mi vida.

Bob ha debido de levantarse hace ya tiempo. Su lado de la cama está frío y las sábanas todavía huelen a él, a esa mezcla inconfundible de perfume y vino. Hoy quizá sea el olfato el más agudo de mis sentidos. El día de ayer queda en mi memoria como algo oloroso. El vacío de los casi cuarenta años sigue ahí, como una presencia oscura, pero vuelvo a acumular recuerdos de estos días y esto me da esperanza.

La luz que entra por la ventana me ciega y tardo en aceptar el día esplendoroso que discurre en esta calle en la que no parece haber demasiada actividad. Tal vez sea domingo.

Busco en la cómoda mi ropa interior y escojo un vestido verde del armario. Cuando me lo pongo, todavía me siento tan violenta como si me hubiese metido en la ropa de una muerta.

En los cajones busco algún objeto antiguo y no encuentro nada reconocible de ese pasado de veinticuatro años. Unas cuantas fotografías de diferentes edades historian el paso del tiempo, algunas de ellas con Bob y gente que no conozco, la boda de Ady, algunos documentos y poco más.

Ante el espejo, me peino este pelo cano que me avejenta más que las arrugas y me hace extrañar el brillo dorado de mi melena de cuando yo aún era yo, o por lo menos, tengo memoria de haberlo sido. Pero, ¿qué ocurrió justo desde el día en que la prisionera rusa me puso aquella inyección en la enfermería? ¿Cómo fui capaz de sobrevivir dentro del campo? Nadie me aclara nada. Esta oscuridad me inquieta.

Me aparto del espejo, que me devuelve una imagen dolorosa de mí misma, y, mientras bajo al salón, aún tengo tiempo de preguntarme cuál sería el motivo de haber venido a los Estados Unidos, a esta ciudad que aparecía en las películas y en las revistas de papel cuché. Sin dudar del encanto con el que Bob pudo seducirme, también sé que yo siempre huía del amor y buscaba el escudo de una independencia que, en el fondo, no era más que el miedo a sufrir. No lo sé. Ese paso es todo un misterio.

Por un momento, tengo la sensación de que no hay nadie en casa, pero enseguida veo a Ady en la cocina preparando un zumo de naranja.

—Estamos solas, mamá. John ha llevado a Jimmy al parque y Bernie tenía hora en el dentista. Bob lo ha acompañado. Luisa se ha tomado el día libre para atender a su hermana enferma. Así que hoy cocinaré yo. Si quieres, puedes echarme una mano.

—Hace tanto tiempo… ¿Qué tal lo hacía yo?

—¿Cocinar? La verdad, la verdad… lo tuyo no era la cocina. Los días de diario, solíais comer en un restaurante en Flatbush. Papá sí que cocinaba muchos fines de semana.

No me sorprenden las palabras de Ady. Cuando era niña soñaba con que me pasaría la vida viajando por el mundo y en esa vida interina de hoteles no figuraba nunca la posibilidad de fregar la loza o cocer un huevo. Mi madre tampoco sabía cocinar. Esos problemas nunca existieron en casa porque para eso ya estaban las criadas. En nuestra familia era una deshonra pisar la cocina a no ser que fuese para controlar el servicio y la compra. Incluso en Toulouse mis experiencias culinarias no fueron muy alentadoras; mi amiga Lola y yo apenas cocinábamos en casa y preferíamos pagar los siete francos en aquella pensión donde había una cocinera de altura.

Aun así, del mismo modo que me ocurrió ayer, hay algo en la cocina que me desasosiega, la sensación de un déjà vu, un recuerdo latente, un destello que no consigue definirse.

Me tomo el zumo y las medicinas y me acerco al salón porque deseo de veras tocar el piano. Hace mucho tiempo de eso, pero retengo algunas partituras en la cabeza e interpreto de memoria una pieza que aprendí con el profesor Escortell.

Ady, con los brazos en jarras, parece estar asombrada con mi actuación y aguarda a que termine para decirme que esta es la primera vez que me oye tocar.

—No lo entiendo. Siempre me ha gustado el piano.

—Nunca lo tocabas. Te traía malos recuerdos.

La respuesta de Ady es seca, como si el asunto del piano fuera algo delicado. Lo cierto es que me quedo intrigada y, además, no soy capaz de preguntar nada para no molestarla.

Con cierta ansia busco los estantes para registrar el lomo de los libros. Casi todos son nuevos para mí. La mayor parte de ellos están en inglés. Lo primero que me pregunto es si los habré leído. En una esquina, como si acabase de ver a alguien después de mucho tiempo, me doy de bruces con un grupo de libros de los que sí guardo consciencia lectora, la mayor parte de ellos escritos en castellano por autores que conocí personalmente como Valle-Inclán, García Martí o Neruda. Y también algunos ejemplares en catalán, francés e incluso poesía de Rosalía de Castro y Curros Enríquez. ¿Cómo habrán llegado aquí? Acaricio sus lomos como si estuviese rozando con las yemas de los dedos la carne del pasado y, al cerrar los ojos, vuelvo a escuchar la voz de Máximo arrullando mis oídos y envolviéndome en una ola apasionada. En los estantes también hay muchos libros relacionados con la fotografía, algunos de ellos son catálogos con la firma Mulisch.

—Estos catálogos son tuyos, mamá.

Un escalofrío me recorre la espalda cuando veo el primero de ellos. Se titula Resistance. La portada es una de las fotos de mi condena, el rostro sucio y herido de un comunista de Santa Cruz que está tocando el acordeón. A sus pies, la boina y la escopeta. Aunque no salen en la foto, mi memoria retiene al Montuno, al Balbino y a su hermano Xosé, apodado el Noé, cabeza por la que suspiraban los falangistas y la Guardia Civil cuando hacían sus batidas, un hombre al que le gustaban los libros y comandaba las partidas guerrilleras. El primer invierno de la guerra alienta en mi cabeza como un viento frío, los paquetes escondidos en un establo de Aldeavella hasta donde bajan de noche mientras yo, ya acostada en la cama, los sueño cortando un poco de chorizo, abriendo conservas o comiendo trozos de tocino enterrados en pan de centeno, estremecidos todos de nostalgia con las fotos. Esta vez, antes de disparar la cámara, subo hasta la ermita y les entrego, además de cartas e información, unos chorizos, fotos de sus familias, varios libros al Noé y el acordeón nacarado de Vidal, que enloquece de alegría mientras sus camaradas le dicen que eso es como tentar al diablo. Pero la música en la sierra los acerca un poco a casa y Vidal toca dos o tres piezas que caen por el cañón del río como un deseo. Lo que yo no puedo imaginar en este momento es que el acordeón va a ser la perdición tanto de Vidal como mía. El músico es asesinado días después, durante las fiestas del Nazareno. Al parecer las lejanas bombas de palenque de la villa les meten la nostalgia en el cuerpo a los huidos, y Vidal,

confiado, comienza a tocar su acordeón encima de la ermita, y dos falangistas de fuera, que paran en la fonda de Ferro y habían venido en busca del Noé y de los huidos, aparecen de repente con una partida y dan cuenta del músico. En ese mismo instante yo estoy con Nardo Rutllá en la calle Cardenal Patiño haciendo fotografías de la procesión y el vuelo raso de un hidroavión sobrevuela la sierra una y otra vez. Los niños enloquecen cada vez que el aparato pasa por encima de las casas. Para ellos es como otra atracción de las fiestas. Pero cuando veo que a la cabeza de la procesión no van ni el sargento ni ninguno de los números de la Guardia Civil, algo me dice que esto es una trampa.

Sospecho que la elección de esta imagen para la portada se debe a mi condena o simplemente al contraste de la expresión alegre de los ojos con el rostro sucio y rabioso del guerrillero.

—Y tuvo mucho éxito, mamá. El catálogo recoge fotografías de la guerrilla española y francesa. Tienen el valor añadido de la clandestinidad y, sobre todo, del tiempo. Los años consiguieron dignificarlas y elevarlas a la categoría de obras de arte hasta el punto de convertir en algo exótico lo vulgar de una guerra. Eras muy joven y fuiste perfeccionando tu estilo. A mí me gustan más otros trabajos, como este catálogo que es un espléndido mapa humano de Nueva York.

Se titula People y le doy una rápida ojeada. El prólogo lo firma un tal Bradley Dawson. No tengo ni idea de quién puede ser. Son retratos de personas de diferentes razas. Las imágenes son buenas, pero no me dicen nada porque no soy capaz de recordar el instante en que fueron hechas. Pertenecen a la parte olvidada. Por eso prefiero coger el otro catálogo y restaurar de alguna manera esa vida hecha como un vestido a medida.

—Estaré en el porche. ¿No te importa, Ady?

—Claro que no.

Abro la puerta que da a la calle y vuelvo a sentir el vértigo de algo repetido. No sé si por las escaleras, el temblor de los árboles, las casas, el aire tibio en mi cara, el ruido de los coches… pero algo despierta en mí y me hace concebir nuevas esperanzas de que mi memoria se esté recuperando lentamente. Imagino mis recuerdos como gatos arañándome los hemisferios del cerebro.

Sin deshacerme de esta percepción, que es mucho más que un augurio, me siento en la mecedora de madera y abro con ansia el catálogo Resistance y me pongo a pasar sus

páginas como si quisiera dar vida a esos instantes detenidos por la cámara. Es cierto que en el acto de mirar cualquier fotografía hay un abismo, una sensación de pérdida. Las fotos acaban siendo un inventario de muertes y del paso del tiempo, pero cada uno de estos rostros es una confirmación de algo vivo y reciente. Y las veo, conmocionada, mientras establezco una dialéctica con todos esos fantasmas que van tomando cuerpo y me hacen recuperar el momento en que fueron hechas. Escucho incluso mi propia voz convocando toda la atención de los huidos porque les estoy dando, pormenorizadamente, una relación de recados y saludos de sus familias. Cada una de estas imágenes, desde el muchacho que esconde todo su desamparo en esa sonrisa descarnada a la que le faltan varios dientes, hasta la totalidad del grupo armado con fusiles y escopetas de caza, me devuelven una parte importante de mí misma. En estas fotos está el mensaje cifrado de un tiempo ido, el momento eternizado que ayuda a que mi intuición pueda tocar el alma de lo que soy a través de lo que he sido, de lo que he vivido. Cada página que paso es como la apertura de una intimidad, la voluntad secreta de un deseo que explota en mi cabeza y me devuelve a espacios que estaban dormidos. Entre todas las fotos pertenecientes al período francés, hay dos que me gustan de un modo especial: una es la de un campo con sus alambradas parcelando el mar, y otra es la de uno de mis alumnos de alemán en el campo de refugiados, un campesino valenciano que, con su mano trágica y encallecida, intenta fijar las letras sobre un cuaderno cuadriculado. Antes de que me reclamasen de la tienda de fotografía de Toulouse, Lucien había convencido al comandante francés, que era la máxima autoridad del campo, para que también me dejase dar clases de idiomas junto a otros maestros republicanos en aquellos barracones de cultura. En el exilio, las lenguas se convierten en patrias y yo siempre tuve la suerte de poseer varias, sobre todo, gracias a mis abuelos Francesc y Margaret, con los que aprendí el inglés de manera más práctica y lúdica que académica. El alemán lo estudié en el colegio, al igual que el francés, que reforzaba con las clases que Máximo me daba en la escuela de verano de los Axeitos. Y aunque mi competencia no me permitía establecer grandes conversaciones, a esas alturas sí bastaba para que yo pudiese instruir a la población exiliada y, al mismo tiempo, levantarles un poco la moral.

Contemplo fotos de viejos amigos que pasaron por el local de la tienda de Toulouse, algunos pertenecientes a los maquis y otros a la guerrilla urbana: una mujer leyendo uno de nuestros pasquines, el viejo cine que se intentó volar porque allí acudían los boches un día a la semana para ver películas bélicas, y Lucien, mi querido Lucien, fumando un cigarrillo con aquel gesto suyo tan seductor como arrogante. ¿Qué habrá sido de él? Está claro que tras la liberación del campo de concentración tuvimos que estar juntos. Él era el único que sabía que yo había escondido los archivos de la Leica en la casa de sus padres, en Carcassonne. Estas fotos son la prueba de nuestro encuentro. Pero, ¿por qué no me quedé con él en Toulouse? La guerra debió de poder con nuestro

amor. No lo sé. Más que de él, dudo de mí misma, que siempre huí de esa sensación de pertenencia. Lucien parecía estar mucho más enamorado que yo. ¿Y si lo detuvieron y también fue enviado a los campos alemanes? No, prefiero no pensarlo. Quizá Bob sepa algo. Son tantas las preguntas y tanto el miedo a las respuestas que no sé si podré soportar esta expectación lenta y misteriosa.

De repente, sentada en las escaleras de la casa de la esquina, una adolescente vestida de amarillo me saluda con gesto efusivo. Le devuelvo la cortesía y enseguida me doy cuenta de mi error porque quizá ella dé por hecho que la he reconocido. No tengo ni idea de quién puede tratarse. Debe de ser una vecina. Espero que esté al tanto de mi amnesia. Ella no deja de sonreírme y parece venir hacia mí con una determinación que me asusta. Tiene los ojos rasgados y un cierto aire oriental que se confirma cuando sube los escalones y se me acerca con toda la naturalidad del mundo. No sé qué decir y dejo que ella me coja las manos y bese mi frente con una delicadeza y una ternura que vuelven a abrir en mí algo borroso, familiar. Sin soltarme, se sienta a mi lado y no aguarda por mis preguntas. Es como si fuese consciente de mi olvido y solo estuviese allí para acompañarme en mi desgracia. Y tampoco veo en su gesto ningún asomo de piedad.

Como un gato asustado, apoya su cabeza en mi hombro y me ofrece el aroma a limón de su cabello. Estoy tan concentrada en este cuerpo flaco que se estremece bajo su vestido amarillo, que ni tan siquiera me doy cuenta de que Ady acaba de salir al porche y tiene dibujados en su rostro los efectos del asombro.

—¿Quién es?

—No lo sé, hija. Pensé que tal vez tú podías conocerla.

Cuando la muchacha siente la presencia de Ady, se pone en pie y le hace una especie de reverencia.

—¿Quién eres?

La pobre mueve sus hombros en un golpe de incomprensión y vuelve a acercarse a mí, como si esperase que yo la defendiese ante el acoso al que está sometiéndola Ady.

—¿Es muda?

De repente, la muchacha mete las manos en uno de los bolsillos de su vestido y extrae un par de fotos en color que le ofrece a Ady.

—Esta eres tú, mamá.

Cojo las fotografías y, efectivamente, en una estoy yo, un poco más joven, con las manos haciendo de bocina, como si en el momento de apretar el dispositivo yo estuviese emitiendo un grito. En la otra, está la muchacha, risueña, con el pelo recogido en dos coletas, sentada en un banco verde, con su dedo índice señalando a la persona que tiene la cámara. Este gesto acusatorio, o de amenaza, despierta en mí el vértigo impreciso de que yo puedo ser la persona que esté detrás del objetivo y acepto las fotos como prueba de una amistad eventual.

—Está claro que la conozco de algo.

—Pero no habla.

—Debe de ser sordomuda.

Acaricio su rostro suave para confirmarle mi lealtad y ella dibuja algo en el aire con su mano derecha.

—Ady, ¿puedes traer un lápiz y un folio? Creo que quiere decirnos algo.

Cuando Ady regresa con el material, la muchacha casi se lo quita de las manos y se sienta junto a mí. Con el cuaderno sobre sus piernas y, con una pericia desbocada, traza una serie de líneas que acaban conformando el esbozo de una escena en un parque. Mucho antes de que configure las sombras y dé forma a los rostros, ya tengo la sospecha de que una de esas siluetas soy yo; la otra, como me temía, acaba siendo ella. El escenario lo componen otras figuras secundarias, indefinidas, apenas apuntadas en unos cuantos trazos, que nos miran con interés. Las dos estamos pintando en una especie de rivalidad, mientras una mujer anciana con los ojos rasgados y casi diminuta, como encogida en sí misma, parece ser el árbitro de nuestra contienda artística. Su velocidad para representar la secuencia es tan fantástica y prodigiosa que, por un momento, me hace olvidar su imposibilidad para hablar. Ady también está atónita y me mira en busca de una explicación no solo para su destreza sino también para esa escena tan elocuente en un parque que quizá esté cerca de nuestra casa.

La muchacha pasa la hoja que acaba de pintar y me entrega el cuaderno y el lápiz, como si esperase la aceptación de un desafío.
Y lo curioso es que su dibujo produce en mí los efectos de un contagio. Sin saber muy bien qué fuerza interior me empuja, contemplo su sonrisa complaciente y me pongo a emborronar las sombras suaves de su rostro, como si se hubiese establecido entre

nosotros un nuevo sistema de comunicación que se alzase por encima de las palabras. Con más dificultad y menos maña que ella, lo cierto es que debo de estar atrapando el gesto de su rostro porque Ady frunce su barbilla en algo muy semejante a la aprobación, y es la propia muchacha la que se asoma al retrato de la misma manera que si lo hiciese ante un espejo. En cuanto se ve, todavía sin estar terminado, lo arranca, me da un beso en la frente y se marcha a toda prisa como si alguien la llamase desde el otro lado de la calle.

—¿Quién puede ser, mama?

—Una amiga. Espero recordarla un día de estos.

La veo perderse a lo lejos, enigmática, alegre en su huida, y me dejo alcanzar por la satisfacción al comprobar que todavía soy capaz de dibujar dignamente. Me alegra saber que mi capacidad permanece intacta, pero también me veo en la obligación de reconocer que el origen de esta destreza pertenece a esa parte no afectada de mi memoria, cuando aún era una niña y asistía a aquellas fascinantes clases de dibujo en la academia de aquel pintor que tenía su taller en la calle Canuda. Sí, durante ese tiempo adquirí la destreza y fui confirmando unas dotes que ya habían asomado en mí siendo muy niña, cuando el abuelo Francesc me enseñaba a hacer caricaturas y yo remedaba sus trazos con asombrosa facilidad.

—¿Tú también pintas, Ady?

—Cuando vengas a nuestro apartamento, verás mis cuadros. No sé si te gustarán.

—Seguro que eres una gran artista.

VI

Ya casi no recuerdo la última vez que viajé en autobús. El continuo traqueteo dispara todavía más los nervios de todo mi cuerpo y agita el whisky que bebí a escondidas en la cocina. Ha sido mi único desayuno. No es la primera vez que apoyo mi determinación en el alcohol.

Bernie se ha puesto uno de mis trajes y, más que elegante, está un poco ridículo, porque la chaqueta y el pantalón le quedan estrechos. Ha insistido en llevar él la pistola y a mí me ha cargado con la carpeta. No he sabido negarme. Creo que él ha diseñado la estrategia dejándome al margen.

Me asusta su silencio hostil y, poco a poco, tengo la impresión de que se apropia de mi venganza no tanto por desquite personal como para protegerme.

Desconozco hasta dónde está dispuesto a llegar en su visita y es esta incertidumbre la que me inquieta. Hay algo atractivo en su misterio y, cuando el autobús se detiene en la esquina de Bedford Avenue con Empire Boulevard, Bernie lanza su mirada en todas direcciones para asegurarse de que nadie nos sigue. Creo que ha sido una buena idea dejar el coche en casa.

Cruzamos Sullivan a pie y entramos en Ebbets Field. No consigo desterrar de mi cabeza el estado de Laura, su pérdida, que también es mía. Su angustia empuja el odio que veo reflejado en los espejos del ascensor.

—Dame la carpeta. Deberías quedarte fuera. Les extrañará que vayamos los dos.

Mi silencio es la única respuesta. Bernie sabe que no voy a dejarlo solo. Me muero de ganas de verle los ojos al dentista, de sentir su rabia de animal acorralado. El corazón me palpita en el pecho con latidos secos y el sudor me empapa cuando se abren las puertas del ascensor. Bernie parece reparar en mi pánico y deja que una sonrisa atormentada le desgarre la boca. Me gustaría prevenirlo de que tal vez esta cita sea una trampa, pero no encuentro fuerza para las palabras y espero a que él llame a la puerta con una calma profesional.

—No olvides nuestra identidad, Bernie. Tú eres Bob y yo Larry.

La puerta se abre a la voz de un niño que, con la mano en la mejilla derecha, dice algo ininteligible mientras su madre se despide de la mujer del dentista. Tal vez por precaución, Bernie pone su mano en la frente para que la madre del niño no le vea el

rostro. Procuro imitarlo pero mi reacción es lenta y la mujer cruza su mirada conmigo y se despide. Dentro de la consulta suena una música ambiental suave.

—Llegan puntuales. Este ha sido el último cliente.

Hoy el maquillaje de la mujer del dentista excede el límite de los labios para dar la impresión de una boca más grande, lo que le proporciona un aspecto de loca.

—Vuelvo a pedirle disculpas por lo del otro día.

—Ya le dije por teléfono, señor Weston, que no nos hemos ofendido. Comprendemos su visión, quizá condicionada por el amor que le dispensaba a su mujer. Hay mucha gente que piensa como usted. Los seres humanos, por muy diferentes que seamos, estamos obligados a entendernos.

La muy desgraciada sonríe con una expresión trágica, como si su alegría fuese dolorosa. Pienso por un momento que la elevada retórica que Bernie dejó entrever el otro día en casa fue convincente y no recelan de nosotros. Eso podría darnos cierta ventaja, pero no me fío. Soy escéptico, sobre todo por ese coche oscuro que no ha dejado de seguirnos estos dos últimos días.

—¿Tiene ahí su documentación para hacerle la ficha?

La pregunta crea un silencio tenso. Bernie se remueve inquieto y emite un ruido como si algo que estuviese obstruyendo su garganta se deslizase por fin a fuerza de tragar saliva

—La he dejado en casa. Mi hermano Larry lo sabe todo sobre mí. Él le dará mis datos mientras me atiende el doctor.

Las palabras de Bernie me cogen por sorpresa y me dejan desarmado, indefenso. Aprieto con fuerza la carpeta contra mi pecho como para contener mi furor y veo que el dentista aparece tras la puerta de su despacho, enfundado en su bata blanca, perfilando una sonrisa comercial. En su apretón de manos percibo una extraña beligerancia.

—Me alegra verlos de nuevo. Mi mujer y yo hemos hablado de invitarlos a cenar en nuestra casa. ¿Qué les parece?

—Será un placer.

La tranquilidad de Bernie me resulta asombrosa y veo que se deja acompañar por el doctor hasta su despacho. Me desconcierta esta amabilidad y no sé si se debe al hechizo del discurso de Bernie o a la posibilidad de que ellos no sean quienes pensamos que son. El detective insistió en que esperásemos a la confirmación. Me atormenta la idea de un nuevo error.

—Bob Weston nació el 2 de agosto de 1920 en Brooklyn. Su teléfono y su dirección son los mismos que los míos. Se quedará un tiempo conmigo.

La mujer escribe en una ficha de cartón unas mayúsculas limpias, ligeramente inclinadas. Estoy tan cerca de ella que puedo sentir su respiración y oler su perfume y los excesos de su maquillaje. Tiene los párpados oscurecidos por un azul que contrasta con el rojo estridente de sus labios. Contemplo su rostro con intensidad, como si de sus gestos pudiera salir una prueba concluyente, y me dejo invadir por la decepción. El deseo de venganza nos ha devorado una vez más.

De repente, el estruendo de una silla, acompañado por un grito ahogado, explota dentro del despacho. La mujer y yo nos miramos y nos quedamos fijos en una extraña inmovilidad que se prolonga hasta que Bernie abre la puerta y me pide ayuda. Tiene el arma en la mano y la rabia envilece sus palabras. No lo reconozco. Parece otra persona.

—Trae aquí a esa puta.

Su violencia excita mi instinto y, tras un empujón furioso, agarro a la mujer de un brazo y la hago abandonar el mostrador. Ella no se resiste y entra en el despacho para colocarse al lado del dentista, que tiene el cuerpo medio apoyado en el sillón de cuero de los pacientes. Los dos, que no parecen comprender lo que está ocurriendo, me buscan desesperadamente con la mirada. El miedo al error me paraliza de nuevo y me hace sentir durante un instante el calor de la vergüenza. Pero la determinación de Bernie es tranquilizadora. Hay algo poderoso en su violencia que me infunde valor y alimenta también mi odio.

—¿Qué quieren? —la pregunta de la mujer es equívoca. No sé si va dirigida a nosotros o a su propio marido, que ejecuta un gesto de incredulidad. La música ambiental sigue sonando y cae sobre nosotros como una lluvia fina.

—El juego ha terminado —anuncia Bernie mientras me alcanza la carpeta y pone la pistola en mi mano—. ¿Dónde tienen el tocadiscos?

—Debajo del mostrador.

Bernie abre la carpeta, coge el disco y abandona por un instante el despacho. El metal del arma parece derretirse en la palma de mi mano. Estoy empapado en sudor.

—¿Se han vuelto locos? —se queja la mujer y le apunto a los ojos para que se calle. La violencia ejercida por la pistola tiene algo tan vicioso que siento como si mi cuerpo estuviese aumentando de tamaño.

La música ambiental se detiene bruscamente y, tras un silencio breve, los violines de la orquesta ocupan la sala como pájaros invisibles. Los dos reos se miran con desconfianza y fingen no comprender nada. Pienso en Laura. Me gustaría que estuviese aquí, consciente, dueña de esta especie de ejecución legítima.

Bernie entra de nuevo en el despacho, erguido sobre sí mismo. Parece que ha desaparecido su cojera. Se lleva el dedo índice a los labios y habla con voz suave, casi inaudible.

—Escuchen la música y, por favor, vayan desvistiéndose.

Ella hace aspavientos en el aire y opone una resistencia desesperada, pero Bernie dibuja con la mano el gesto conminatorio de un disparo y el dentista comienza a desabotonarse la bata. En este instante sospecho que no nos hemos equivocado. La voz de Kveta Holek llena el despacho y me hace estremecer. Algo dentro de mí se rebela y reafirma el placer violento de este papel.

Bernie coge una fresa de dentista y la abre y la cierra en una amenaza que incita al matrimonio a desnudarse con más apremio. Cuando están en ropa interior, Bernie vuelve a hacer el mismo gesto intimidatorio y los dos se desprenden de las últimas piezas y se abrazan para ocultar la blancura flácida y arrugada de los cuerpos.

Yo sigo apuntando y Bernie se acerca a ellos y manipula la herramienta plateada junto a sus bocas. Puedo oler su miedo.

—¿Les gusta la música? Escuchen bien la voz. ¿No les parece magnífica?

El placer de Bernie tiene algo voluptuoso. Está recreándose y cada vez comprendo mejor su trance. Pero también me asusta la deriva de esta historia, su final.

—¡No entiendo qué quieren! ¡Están locos!

La queja del dentista, débil y resignada, levantada en el rostro de Bernie una risa nerviosa, estentórea.

—Sí que lo entiendes, cabrón. Abre la boca.

De repente, Bernie lo agarra por los pelos y le echa la cabeza hacia atrás, buscando la luz del brazo articulado de la lámpara. Con la fresa recorre los labios del dentista hasta que lo obliga a abrir la boca. La mujer, horrorizada, se echa a llorar y se cubre el rostro con las manos.

—Vaya, vaya. Qué lástima. No tenemos oro. Vamos a tener que arrancar unos cuantos dientes sanos.

Bernie lo intenta con la fresa, proyecta de nuevo su poder sobre el dentista, lo humilla y le enseña la portada del disco en la que está la cantante checa.

—¿La conoces?

—Es la primera vez que la veo.

—No, no es la primera vez. Su nombre es Kveta Holek, aunque a ti te diría mucho más un número que un nombre, ¿no es cierto?

—No sé de qué me habla.

Como si la mujer acabase de comprender el motivo de nuestras intenciones, retira las manos del rostro y busca los ojos de su marido. Pero el dentista sigue enrocado y esquiva las insinuaciones de Bernie, que ahora le muestra la fotocopia del recorte de prensa que nos dio el detective.

—¿Tampoco conoces a Martin Müller?

—Están a punto de cometer un delito terrible. Se equivocan de personas.

El dentista lucha con las erres y exhibe una extraordinaria entereza que vuelve a despertar la duda en mí. Bernie pone ahora sobre el asiento varias fotografías del campo de concentración y añade a sus palabras un desprecio.

—Maldito cabrón, ¿tampoco reconoces el campo ni estos cadáveres?

El matrimonio mira las fotos con cierto asco e incredulidad.

Bernie mete la mano dentro de la carpeta y, con delicadeza, como si estuviese manipulando algo muy frágil, saca una foto de Laura y la pone delante del dentista, que por un instante parece desmoronarse. No le quito ojo.

—Es la primera vez que la veo.

Algo tiembla en su voz que lo delata y me obliga a hacerle una pregunta. Mi corazón está desbocado.

—¿Te cruzaste con ella en Nueva York, maldito nazi?

—¿Nazi? ¡Yo no soy ningún nazi!

—¡Están locos! —interviene la mujer, abrazada a sí misma para ocultar los pechos—. Hans no es la persona que buscan. Están cometiendo un grave error.

Bernie se acerca al dentista con la fresa en la mano y un firme desafío en sus ojos.

—Levanta los brazos.

El dentista, lentamente, solo levanta el brazo derecho, como si estuviese saludando al Führer, pero Bernie le levanta el izquierdo y, de repente, se produce la confirmación. Una descarga eléctrica sacude todo mi cuerpo y tengo que luchar por no apretar el gatillo. Ahí está la prueba, inscrita en la piel blanca y arrugada de Heinrich Artmann quien, como muchos miembros de las SS, también lleva tatuado su grupo sanguíneo.

La rabia nubla mis ojos y me impide ver la expresión de este asesino que calla y se encoge sobre sí mismo como un caracol en su concha. Me duele que Laura no esté aquí, que no sea ella la que decida el destino de este Heinrich Artmann responsable de tantas muertes. Sé que un disparo desagraviaría en parte el recuerdo de miles de almas, pero el compromiso se apodera de mí y no sé si seré capaz de disparar sobre estos cuerpos desnudos que cada vez están más viejos, como si al quedar al descubierto su secreto se hubiera producido en ellos algún tipo de desintegración.

Bernie cierra los ojos y parece concentrarse en esta música que es una especie de réquiem anticipado. De la misma manera que comprendo el alcance de la derrota del nazi, no se me escapa el placer que siente Bernie manejando este ritual de compensación que tantas veces soñamos los dos.

Con una voz multiplicada por la furia, insisto en la pregunta.

—¿Te cruzaste con ella?

—Si me hubiese encontrado con ella, no les hubiese estado esperando a ustedes tranquilamente. De cualquier modo, nunca me porté mal con ella. Yo en el campo solo cumplía órdenes.

Me pregunto si existe en él algo de compasión o remordimiento por todas esas personas que mató sin inmutarse lo más mínimo. Quizá también los asesinos se vean asaltados por un miedo obsceno que borre cualquier tipo de piedad y los reafirme en esa culpa ajena, superior, que dicta las órdenes inviolables y sagradas. No, no hay justicia suficiente para alguien como él, que fue dueño de sus actos.

—Y tú, zorra, ¿no tienes nada que decir? ¿Sabías que este hijo de puta mató a miles de personas sin ningún motivo?

Mis preguntas no parecen incomodar a la mujer, que lo único que hace es expresar su indiferencia con un gesto arrogante. Bernie está frente a ellos. Sigue con los ojos cerrados y juraría que está olfateando su miedo. Su rabia concentrada lanza sobre el nazi otra pregunta.

—Y tú, cabrón, ¿dónde has dejado a tu mujer y a tu hija?

De repente, en un movimiento rápido e implacable, el cuerpo desnudo de Heinrich Artmann se abalanza sobre Bernie y lo abraza con todas sus fuerzas hasta caer violentamente ambos al suelo. Dibujo la escena con la pistola y busco la cabeza del nazi, pero no me atrevo a disparar por miedo a fallar.

—Si te mueves, te pego un tiro. Ponte al lado de esa puta. ¡Venga!

El alemán levanta las manos y parece entender mi recomendación, porque se aleja lentamente del cuerpo de Bernie y se sienta en el sillón de cuero. Sin dejar de apuntarlo con la pistola, me agacho para ver qué le ha ocurrido a Bernie. Está inconsciente. Su cabeza se golpeó contra una pequeña papelera metálica. Se la toco con la mano izquierda. Tiene algo de sangre. Le pongo el dedo sobre la nariz y me tranquilizo al ver que respira. Debería matarlos ahora mismo y lo cierto es que no me faltan las ganas, pero sé que esto no sería bueno para mí. No puedo dejar sola a Laura. Abandonarla sería otra victoria más de este criminal para quien ya no hay justicia posible. Pienso con rapidez. Lo que más me importa es la vida de Bernie y necesito llamar enseguida por teléfono. Por suerte, como si sospechase que algo de esto pudiese ocurrir, he traído la tarjeta de visita que nos dio el detective y la busco en el bolsillo de mi chaqueta.

—Abrazaos y después caminad lentamente hacia el recibidor. ¿Entendido? Al más leve movimiento extraño os pego un tiro. Que no os quepa la menor duda.

Mis palabras son tan elocuentes que los dos entienden la amenaza y se abrazan, lentos y torpes, y atraviesan la sala hasta el pasillo. La música crea la impresión de que están bailando. Los obligo a sentarse en el suelo y me sitúo detrás del mostrador, sin perderlos de vista. Marco el número con la mano izquierda, colocó el aparato en la oreja y espero a que el investigador que trabaja para la OSI descuelgue. No preciso de muchas palabras para transmitirle mi impaciencia.

—Soy Bob Mulisch, el cliente de Nick Dogerty. Hemos encontrado a Heinrich Artmann. Estamos en su consulta de Ebbets Field. Por favor, avisen a la policía y envíen urgentemente una ambulancia. Bernie está herido.

Tal vez extrañados por la mentira de nuestra identidad, los dos me miran con una oscura hostilidad y provocan que dentro de mí surja una voz orgullosa y cansada que les concede una última confidencia.

—Soy el marido de Laura, la fotógrafa.

La voz de Kveta Holek adquiere un nuevo significado en este silencio trágico que se resuelve en el deseo de que a Bernie no le haya ocurrido nada grave.

Pocas veces en mi vida me ha perseguido tanto un deseo como el de la venganza. Y, aun así, ahora noto que su presencia ya no es un desafío. Es como si Laura estuviese detrás de mí, dictándome que la justicia tiene que ir por delante del odio, alentando este desprecio, esta indiferencia que me aleja cada vez más de ellos.

VII

Ady no para de dar vueltas en la cocina. Está nerviosa y cavila en silencio. En su rostro se perfila la preocupación. A veces John se levanta y se acerca a ella para murmurarle algo. No dejan de echar miradas al reloj como si en él estuviese el motivo de su preocupación. La comida está lista, pero Bernie y Bob aún no han dado señales de vida.

—Ha debido de pasarles algo. Son las tres y media. A esta hora ya nadie trabaja, ni siquiera los dentistas. Comamos. El guiso está frío. Cuando vengan, comen y punto.

Me gustaría compartir esta ansiedad que los contrae, pero ahora lo que más me importa es tapar el pozo que el hambre ha taladrado en mi estómago. Llevo un tiempo sintiendo ese vacío, y, cuando Ady me sirve la comida, me abalanzo sobre el plato con avidez.

—Puede que se hayan perdido.

Mis palabras infantiles, inconscientes, caen en el vacío y, como nadie responde a mi insinuación, dudo incluso de si las he pronunciado. Apenas una sonrisa de John y el gesto piadoso de Ady. El propio Jimmy mueve la cabeza negando esa posibilidad. A mí no me parece desatinada la idea. Cualquiera puede perderse en una ciudad tan enorme como esta.

John se levanta para recoger la mesa y Ady hace un par de llamadas por teléfono que lo único que consiguen es acrecentar su inquietud. Nada. La tarde avanza, el reloj de la cocina señala las cinco y no aparecen. El malestar de mi hija se vuelve contagioso y, mientras escucho el titilar de la loza, concentro toda la fuerza de mi mente en la puerta, como si con eso pudiera provocar la aparición de esos dos seres extraviados. Y estoy así, sumida un buen rato hasta que, de repente, suena el teléfono y me dejó arrastrar por la convicción de que ha sido mi deseo el causante de ese sonido. Ady se seca las manos en el mandil y corre hacia el aparato, como si su vida dependiese de esa llamada. John se queda a su lado, apoyado en la pared del recibidor. Ady se amordaza la boca con las manos, como si se preparase para recibir una mala noticia. Cuando habla lo hace enojada, en voz baja. No parece querer que Jimmy y yo nos demos cuenta de la conversación. Aguzo los oídos y me llega el ruido sordo de una voz que no comprendo. Lo que está claro es que ha pasado algo, porque John y Ady se preparan para salir. En lo primero que pienso es que Bob y Bernie han tenido un accidente de circulación. ¿Habrán muerto? Me carcome la curiosidad y, sin embargo, no soy capaz de ponerme en pie ni tampoco de sentir una especial alarma cuando

pienso que Bob Mulisch es mi marido. Resulta triste no poder sentir amor por una persona con la que has vivido cuarenta años. Todos mis sentimientos hacia él son recientes y surgen no solo de los recuerdos que me han contado sino también de lo que fuerza mi imaginación. La vida con él es pura ficción y mi único sufrimiento es mi propia indiferencia ante la posibilidad de la pérdida de la única persona que puede llenar el vacío de todo ese tiempo borrado. Pero no hay muertes.

—Están en el hospital.

No me dicen nada más. Solo que tienen que irse y que debo quedarme con el niño. Jimmy promete portarse bien y se queda conforme mientras continúa con la batalla de indios y vaqueros que ha montado en uno de los sofás.

Ady me besa la frente y John enciende un cigarrillo antes de abandonar la casa. Cuando cierra la puerta, pese a estar con Jimmy, soy consciente de la soledad y pienso en lo absurdo que está siendo todo esto desde que he vuelto. No entiendo nada. Es como si mi regreso los hubiera descontrolado a todos y sus actos estuviesen dictados por mi presencia, y que esta, de alguna manera, les ha trastornado la vida. Por mucho que lleguen a quererme, la amnesia me ha convertido en una extraña para ellos, una carga, un animal al que hay que domesticar. Sí, así es como me siento, una mascota que intenta acostumbrarse a una vida lejos de su madriguera, ajena a los peligros de su nuevo medio.

Una secreta desesperación anida en mi interior y me hace sentirme culpable. No está siendo fácil la adaptación. Esta vida sigue siendo un traje incómodo que me oprime. Estoy confusa, sin saber qué hacer ni cómo reaccionar. No lo sé, todo es tan desconcertante que donde más cómoda me encuentro es en esta atrofia, en esta situación paralizante que me retiene en la silla, mientras observo el juego intenso de este nieto que me arrastra al piso de la Rambla, cuando Josep todavía no había sufrido su accidente e inventaba todo un mundo sobre la alfombra.

Paseo un poco por el salón para desentumecer las piernas. Estoy débil y cansada. No sé qué hacer. Es mi casa y no me atrevo a tocar nada. El mundo ha cambiado tanto, que tengo pánico a profanar algo. Con desconfianza, me busco en los objetos, acaricio lámparas, cuadros, cortinas, fotografías, el reloj de pared e incluso este televisor que tanto me asombra, y nada, apenas el vacío, el frío de lo distante, de lo ausente. En este paseo incluyo ahora la cocina. Los restos del guiso todavía desprenden su fuerte aroma. Me siento en un taburete y estoy así, quieta, con las manos entre las piernas, alerta, como si esperase una aparición. Reparo en el silencio con todos mis sentidos y, de repente, una voz ajena surge en mi interior como un pensamiento eléctrico que me

empuja hacia el fregadero. Alguien dentro de mí grita para asegurarme que no puedo beber y me rebelo, me defiendo de este sueño, de esta especie de pesadilla, porque tengo una sed furiosa que enseguida me hace coger un vaso y abrir el grifo para beber una y otra vez hasta saciar ese recuerdo. Cuando termino, la voz desaparece y me quedo tan aturdida que no me doy cuenta de que todavía tengo el vaso en la mano, y cae al suelo, como si se desprendiese una parte de mí.

—¿Qué te pasa, abuela?

—Nada, Jimmy, se me ha caído.

—¿Y por qué lloras?

—Me he asustado. No entres. Puedes pisar un trozo y cortarte.

Busco la escoba para recoger el cristal roto y ocultar mi torpeza. La impresión ha sido tan fuerte que me apresuro a limpiarlo todo y abandonar al instante la cocina.

Esperaré sentada a que vuelvan. El incidente de la cocina me ha hecho tambalearme con el miedo y ahora me angustia el interior de la casa.

Me gustaría dar un paseo, pero sé que no puedo moverme de aquí y tampoco sé a dónde podría ir sin perderme. No existe la memoria de la ciudad.

El sol cae de lleno sobre el porche y me apetece sentarme ahí. A Jimmy le parece una buena idea y traslada allí su juego. El sol me hace cerrar los ojos y lo imagino llenándome de luz por dentro hasta convertirme en una especie de luciérnaga. Es una sensación agradable y sospecho que no es la primera vez que cedo a este deseo de entregarme al sol. Quizá en este porche el sol me transportó muchas tardes a los veranos de O Areal, cuando Máximo y yo, tumbados en la arena, estrenábamos paisajes inéditos que surgían del interior de los libros mientras los barcos, a nuestras espaldas, amarraban sus horizontes. Aquí debí de soñar el pasado como una posibilidad perdida.

Los destellos me confunden, me ciegan, velan el paisaje con un cúmulo de vidrios rotos como espejismos, y apenas me permiten ver las dos sombras que están subiendo las escaleras como para entrar en mi sueño. Alarmada, me incorporo de repente y uso mi mano de visera para reconocer que una de las siluetas es la muchacha asiática. Viene acompañada por una mujer casi anciana que también parece de su misma raza porque el sol le da en la espalda y apenas abre sus ojos rasgados. Jimmy se asusta y se esconde entre mis piernas.

La muchacha se queda un poco atrás y deja que la anciana se adelante y me coja las manos. Las suyas parecen temblar de emoción.

—¡Qué alegría verla de nuevo, señora María! Ha sido una suerte que Jiao la haya encontrado. No sabíamos dónde vivía. Hace más de un año que no tenemos noticias suyas. La gente pregunta en el parque. ¿Le ha ocurrido algo? ¿La hemos ofendido en algo?

Si no hubiera visto el entusiasmo secreto que desprenden los ojos de la muchacha sordomuda, tal vez le habría dicho a esta anciana que se equivoca, que yo no me llamo María, que mi nombre es Laura. Pero la expresión de la cara de la joven arrasa cualquier duda y enseguida pienso en mi antiguo alias de la resistencia: María Castelo. ¿Es posible que yo les haya dicho este nombre? ¿Por qué? Me siento un poco avergonzada. ¿Quién es esta anciana que habla con dificultad y parece masticar las palabras?

—En realidad sí que ocurrió algo. Verá. He estado ausente durante un tiempo porque he perdido la memoria de los últimos años. No recuerdo nada.

La mujer se echa hacia atrás, no sé si azotada por mis palabras o para que yo pueda verla bien.

—¿No se acuerda de mí?

—No, no me acuerdo.

—Pero Jiao estuvo dibujando esta mañana con usted.

—Supuse que nos conocíamos.

—¿No recuerda usted a mi hija, la madre de Jiao?

—No.

La anciana se lleva las manos a la cabeza, como si estuviese presenciando un milagro. Tengo la impresión de que va a llorar. Le indico que se siente a mi lado y me fijo en que Jiao acaricia el pelo de Jimmy, tal vez para vencer sus reticencias y jugar con él. Le cuento todo lo que ha ocurrido con mi memoria y la anciana, sin abandonar su asombro, me mira con una mezcla de lástima y admiración. Jiao coge el cuaderno que está apoyado en el alféizar de la ventana y se sienta al lado de Jimmy, que se asombra con los trazos eléctricos de la muchacha sordomuda.

—¿Y nunca más va a recordar?

—Espero que sí.

La voz apesadumbrada de la mujer desnuda su tristeza y parece reducirla aún más de tamaño. ¿Cuántos años tendrá?

—Me llamo Shuang.

—Pues querida Shuang, me gustaría saber unas cuantas cosas.

La anciana se remanga la chaqueta negra como si precisase de sus manos para una clase de prestidigitación y hace un triángulo con los índices y los pulgares para enmarcar la boca en un gesto reflexivo, concentrado.

—Hui Ying era pintora ambulante y usted la conoció en Prospect Park, delante de la entrada al zoo. Le gustó su cara y le pidió que posase para un trabajo que estaba haciendo. Se ve que hicieron buenas migas porque usted la invitó a la exposición cuando presentó ese libro suyo en el que ella aparecía junto a otra gente de la ciudad.

—Aguarde un instante.

Me levanto, urgida por la intuición, y entro en la casa para buscar en los estantes uno de los catálogos que he visto esta mañana, y se lo muestro a la anciana, que rápidamente encuentra a su hija entre las páginas de este People editado en 1969. Es clavada a Jiao. Forma parte de una serie de cuatro fotos. Su rostro es muy expresivo, nostálgico, alejado. Es la suya una belleza apagada, apenas perceptible, pero en todas las fotos su cara desprende una fuerza interior que la hace atractiva. Entiendo que yo me hubiera fijado en ella.

—Entonces Hui Ying ya estaba enferma y Jiao apenas era una niña de dos años y, además, sordomuda. Fue usted muy buena y nunca podremos agradecerle todo lo que hizo por nosotras.

—Me gustaría saberlo. Pero antes dígame una cosa, ¿por qué me llama María? En el libro está claro que mi nombre es Laura.

—Se lo pidió usted a Hui Ying y yo no hice más que seguir esa voluntad suya. Usted nunca protestó.

Jiao y Jimmy se hacen amigos y su idioma es toda una serie de aspavientos con un significado que parece estar solo a su alcance. Yo continúo intrigada con mi propio pasado y animo a la anciana a que llene ese vacío con la historia de su hija.

—Cuando supo que Hui Ying estaba enferma, usted se preocupó de conseguirle un hospital. Incluso pagó su incineración. Después nos dio algún dinero para que Jiao y yo pudiésemos volver a nuestro país. Y ya nunca más coincidimos con usted hasta hace dos o tres años.

—¿Por qué volvieron a Nueva York?

—En realidad, nunca nos marchamos. Yo busqué trabajo en una casa y pudimos ir tirando. Alquilamos un cuarto en Mulberry Street, que era como estar en nuestro país. Y, aunque Jiao no pudo ir a la escuela, un vecino nuestro la enseñó a leer y escribir. El arte de pintar lo heredó de su madre.

Me complace saber de mi altruismo, y me pregunto por qué no puse a Ady al tanto de esta situación. Ella ha visto a Jiao esta mañana y ha dejado claro que no la conoce. ¿Habré ocultado también mi generosidad a Bob? ¿Y por qué?

—Jiao estaba pintando en Prospect Park el rostro de un turista y usted se acercó a mirar cómo lo hacía. Le dijo algo y entonces yo, que estaba sentada en el banco preparando el marco, reconocí su voz. Recuerdo su emoción cuando supo que Jiao era la hija de Hui Ying y, a partir de entonces, usted comenzó a venir todos los domingos a Prospect Park para ayudarnos en el negocio.

—¿Qué negocio?

—Jiao y usted dibujaban. Yo enmarcaba los dibujos y los vendía. Cada vez teníamos más gente y usted siempre se negaba a quedarse con dinero. Ha sido muy buena con nosotros. ¡Notamos tanto su falta este último año!

—Querida Shuang, espero poder recuperarme y quizá vuelva los domingos a Prospect Park. Me muero por hacerlo.

La anciana suelta sus manos despacio, como si le costase desprenderse de mí, y se despide con el mismo gesto reverente del principio.

—Será un placer verla de nuevo en el parque.

Jiao entiende que es hora de irse y se acerca a mí para besarme. Jimmy, en un alarde de generosidad o tal vez como compensación por los excelentes dibujos que ella le ha dejado en el cuaderno, insiste en que Jiao se lleve uno de sus indios. Y mientras la veo perderse con la tarde, soy consciente de que acabo de establecer vínculos con mi memoria e intento conformar el recuerdo con la ayuda de la imaginación y este nuevo sentimiento de pertenencia. Hablar con la anciana Shuang ha abierto una puerta, ha hecho brotar indicios de afecto y ternura, e incluso ha provocado que yo ahora flote en una especie de relajación que me hace olvidar por un momento lo terrible de mi amnesia.

VIII

Llegamos por la noche. Jimmy duerme como un gato en el sofá, y Laura aguarda de pie, inmóvil, sin saber qué hacer. La abrazo con fuerza. Su cuerpo expresa lo ocurrido.

—Creo que se ha enfriado la comida.

—No importa, cariño, no importa. No tengo hambre.

Ady y John se acercan a Jimmy. Lo observan con tal escrutinio que parecen comprobar si le falta algún miembro del cuerpo.

—Y Bernie, ¿qué tal está?

—Bernie tendrá que quedarse un par de días en el hospital. Rosie ha insistido en quedarse con él —contesta secamente Ady mientras coge al niño en brazos. Su enfado es conmigo. No sé si algún día podrá perdonarme que le haya ocultado lo del comandante nazi.

—¿Alguna novedad, Laura? —pregunta John.

—He roto un vaso en la cocina.

—Ahora entiendo por qué Ady destroza casi toda nuestra loza. Debe de ser una herencia tuya.

Laura sonríe, con la cabeza gacha. Le beso los párpados leves, casi transparentes.

—Mamá, nos vamos. Mañana tenemos que hacer el reportaje de boda de un actor y hay que madrugar. Eso sí, el lunes, después de que visitéis al doctor, John vendrá a buscaros. Tienes que ver nuestro apartamento. Entretanto, papá sabrá cuidar de ti. ¿No, papá?

—Pierde cuidado. Mi única ocupación ahora será tu madre.

Laura y yo nos quedamos solos. Esta intimidad inesperada hace que mi corazón lata con fuerza.

—¿Quieres que te caliente la comida, Bob?

—No tengo hambre

—¿Qué ha ocurrido?

Su pregunta, directa, me golpea como un puñetazo y me derrumba en el sofá. Estoy agotado y ella se sienta junto a mí.

—¿Nunca has deseado matar a alguien, Laura?

—He sido cómplice de algunas muertes, pero estábamos en guerra… Matar porque sí, no, ese deseo nunca lo he tenido. Está claro que, si en su momento me hubiera sido posible, no habría dudado en liquidar a Franco o a cualquier otro fascista que se me pusiese delante, sobre todo, a aquellos dos de la Gestapo que en la cárcel de Saint-Michel… No sé si en estos años perdidos habré matado a alguien. ¿Por qué lo preguntas?

—Ese deseo lo he tenido hoy con el dentista.

Mi voz arrastra el poso violento del placer, la extraña satisfacción de quien no puede dominar un instinto.

—No entiendo. ¿Qué os hizo el dentista?

—El dentista es alemán y, aunque aquí utiliza la identidad de Hans Heinrich Klüger, su verdadero nombre es Heinrich Artmann. Un criminal nazi. Una bestia salvaje responsable de miles de muertes.

La rabia de cada palabra produce en mí un escalofrío. Me gustaría que ella entendiese el odio y el temblor que ha asaltado mis manos, pero ella solo demuestra un desconcierto ingenuo, torpe.

—Aun así, no entiendo por qué teníais que ser vosotros los encargados de dar un escarmiento a ese asesino.

—El dentista tiene relación con lo que te sucedió.

—¿A mí?

—Sí. Este hombre era el comandante de tu campo de concentración.

En la sorpresa de la confesión parece quedarse fría, pero ella no recuerda nada y no creo que su imaginación sea capaz de armar el odio hacia este personaje que tanto daño le hizo.

—Cuando llegamos al campo, los alemanes ya habían huido y tú estabas pintando de memoria un dibujo.

—Ya me lo has dicho.

—Lo que no te dije es que ese dibujo era el retrato de este dentista.

Para secundar mis palabras, cojo la carpeta de la estantería y le entrego el viejo papel, amarillento, en el que está perfectamente sombreado el rostro del asesino. Laura contempla el dibujo con cierta curiosidad y parece como si algo se revolviese dentro de ella, no sé muy bien qué, quizá el ligero malestar de una arcada o el vértigo que precede al desmayo. Con sus dedos blancos acaricia en el papel la limpia cicatriz del labio superior que le da una expresión carnal al comandante y aspiro a que algo en su interior luche por quebrar esa especie de cristal, esa capa que le impide tocar los recuerdos. Percibo su inquietud y pongo mi mano en su frente como para comprobar la temperatura de su impresión.

—¿Te encuentras bien?

—Sí. Esta tarde me ha ocurrido algo parecido en la cocina. Es como si los recuerdos quisieran conformarse en mi cabeza y algo no lo permitiese. Imagina un cuarto oscuro, un lugar sin tiempo, en el que no puedes precisar nada, ni los objetos, ni los rostros, ni las sombras, ni las voces que hablan en un idioma incomprensible.

—Tal vez he sido un poco irresponsable. No debí contarte nada.

—No, Bob, todo lo contrario. Lo que más me descorazona es precisamente eso, que no me contéis las cosas. Necesito saber quién fui para poder ser yo misma de nuevo.

—Lo sé, lo sé. Lo que pasa es que nos da un poco de miedo ir muy rápido. Acabas de regresar como quien dice y todo esto no es fácil para ti.

—Tampoco lo es para vosotros.

—Pasado mañana tenemos que ir a hablar con el doctor Rosenfield y él nos dirá qué pautas debemos seguir. Voy a por un poco de leche. ¿Quieres que te prepare algo? Solías tomarlo con un poco de miel.

—Vale.

La intimidad de su voz me da confianza y un sosiego doméstico que no he sentido ni tan siquiera ayer, cuando me acosté a su lado y fui capaz de besarle la frente para forzar una naturalidad conyugal. Ahora, su voz resuena tan de cerca que me deja la huella física de una caricia.

Desde la cocina veo que ella enfrenta de nuevo sus ojos con el dibujo. Ya no parece sentir el vértigo de antes.

—Aquí tienes. Caliente, como a ti te gusta.

Con las dos manos rodea el vaso y bebe un poco de leche.

—El sabor dulce de la miel me espesa en la boca un recuerdo orgánico. Es como si mi cuerpo tuviese su propia memoria. Me resulta sumamente placentero. No me interpretes mal, pero no entiendo por qué Bernie está viviendo con nosotros. ¿Tiene algo que ver la marca que tiene en el cuello?

Me siento de nuevo en el sofá y, como si temiese su mirada, clavo la mía en el suelo y le explico que Bernie es mi mejor amigo, que me salvó la vida durante la guerra e intentó suicidarse hace cosa de dos meses.

—¿Y por qué me lo ocultáis?

—No lo sé, por si te hacía daño.

—No recuerdo y, por lo tanto, mi dolor solo podría ser un acto de imaginación.

Caigo en la cuenta de sus palabras redondas y, un poco avergonzado, continúo con la mirada perdida en la alfombra.

—Tenías una compañera en el campo que murió en sus brazos. Bernie le ofreció su comida y la pobre, que no tenía el aparato digestivo preparado para soportar los alimentos, murió casi en el acto. Era cantante de ópera. Espera un momento.

Cojo el disco y, después de que un chasquido rasgue el silencio, suena la música de la orquesta acompañada por la voz potente, y también suave, de Kveta Holek.

—Bernie no superó la muerte de esa compañera tuya. Durante años no hacía otra cosa que venir a casa y avasallarte con preguntas para que le contases todo lo que sabías sobre ella. Nunca tenía suficiente. Se interesaba por todo lo relacionado con ella. Buscaba en el recuerdo de su vida una manera de negar su muerte. Y tú, aunque

odiabas volver al recuerdo del campo, solías compadecerte de él y le contabas su vida y lo fuerte que había llegado a ser vuestra amistad en aquel infierno. A veces, creo que lo que más nos unía a Bernie era precisamente esa memoria del campo y la muerte fatal de esa checa.

—Hay algo en esa culpa que asumo como propio. Su tragedia también me pertenece.

La música vuelve a abrir otra intimidad y Laura escudriña el rostro diminuto de la portada en busca de algún rastro de aquel tiempo que pueda quedar en ella.

—No me dice nada. Pobre mujer. Imagino lo que supondría el campo para un alma tan sensible.

Noto que mi cuerpo se ablanda por dentro, no sé si por el efecto de sus palabras o por la música. Lo cierto es que por un instante tengo miedo de derretirme en el sofá y convertirme en algo líquido. Estoy sin fuerzas y, aun así, me muero por hablar, por seguir arañando en su memoria.

—¿Tan duro fue para mí, Bob?

—De los campos nadie sale vivo del todo.

—¿Qué hice? ¿Qué tengo que ver con este nazi?

—Sobrevivir, sí, eso se convirtió en tu crimen y en el de muchos supervivientes. La culpa solía atormentarte. Tú luchaste por sobrevivir y el nazi vivió para matar.

Mi retórica se vuelve evasiva y, aunque sospecho su interés por el campo de concentración, no quiero entrar en detalles y finjo que estoy indispuesto y me voy al baño.

Cuando vuelvo, Laura, de pie, registra el lomo de los libros. Durante un par de minutos está así, en silencio, ajena a mi presencia, hasta que encuentra un ejemplar que parece atarla al pasado. Es La Odisea de Homero.

—Me gustaría que me leyeses el primer canto en la cama.

—No soy muy buen lector.

—Seguro que sí.

Su deseo nos aleja de los campos y eso me alegra. Hay cosas a las que no quiero enfrentarme. Tal vez sea pronto para que hablemos de ello. Así que recojo los vasos y apago la música. Ella me sigue con el libro apoyado en su pecho. Una ternura insoportable cubre su sonrisa e instala la melancolía en su mirada. Aguardo a que se desnude y se meta entre las sábanas y doy comienzo a la lectura del libro, que ella parece escuchar con una íntima excitación.

IX

Giro la cabeza en una torsión violenta porque creo estar en el interior del campo. El infierno sigue allí, acechándome como una sombra. El sueño ha actualizado esa pesadilla y ha dejado en carne viva las primeras horas, la selección, la intemperie, las duchas, la inyección en la vagina, el olor de la muerte. Mi amnesia acerca tanto estos hechos que juraría que acaban de ocurrir. Sí, el hedor de los barracones está tan dentro de mí como una respiración negra que se niega a abandonar los pulmones. Y ya no recuerdo nada más. Soy un ser abandonado en el frente de batalla. Así es como me siento.

Me froto los ojos y, cuando veo el libro de Homero posado en la mesilla como una tentación, siendo una mezcla de vergüenza y remordimiento por haberle pedido a Bob que me leyese el primer canto. Su voz se confundía con la de Máximo, que también me leía libros que ampliaban el mundo y henchían mi pecho de gozo. Sí, más de una vez, en la duermevela de una siesta en la parte trasera de su casa, tumbada al sol sobre la arena de Cabío o en las dunas de Corrubedo, yo, su Penélope, escuchaba cautivada los argumentos modificados y mezclados de muchos de esos libros que él devoraba como un reto imposible. No, no debí haberle pedido a Bob la lectura de ese canto que me ha hecho estremecer. Ahora me siento mal y no dejo de pensar en el destino de Máximo. ¿Qué habrá sido de él, pobre?

Con todo, hoy también tengo nostalgia de Bob, que ha vuelto a levantarse con sigilo para no despertarme. Me gustaría tenerlo aquí para sentirme protegida. Está dentro de mí, lo siento, y lo está de un modo diferente a todos los demás. Las voces de Ady y John me hablan con cariño y cierta franqueza, pero lo hacen desde fuera, como desde la otra orilla de un río. Bob me habla desde dentro. Y es precisamente ahora, que abro la puerta del cuarto, cuando su voz, en sordina, sube por el hueco de las escaleras y me arrastra hasta el descansillo, donde me quedo un poco escondida, con el oído afilado, procurando alcanzar el significado de sus palabras. Está hablando por teléfono. Después de colgar, entra en la cocina. Está elegantemente vestido con un pantalón azul y una camisa blanca. Su imagen proyecta en mi cabeza algo huidizo, semejante a una explosión de magnesio, que se desvanece al instante; una nueva sombra que no consigo atrapar y me hace sumar fantasmas como quien selecciona versos incomprensibles.

Dejo caer la cabeza sobre las rodillas y la tersura del camisón toca mi piel como un sudario. Estoy muerta para el mundo, soy un gran agujero vacío, una forastera en mi propia vida.

En la cocina, Bob parece alegrarse cuando me ve, porque se acerca y me besa la mejilla con una ternura casi infantil.

—Siéntate. Te he preparado el desayuno. Primero tienes que tomar la medicación.

Me trago las píldoras ayudada por un zumo de naranja y creo notar su recorrido accidentado por el interior de mi cuerpo.

—¿Te apetece dar un paseo?

—Sí.

Es cierto. Llevo varias horas sin salir de casa y tengo una sensación de ahogo. Hoy es domingo y la ciudad, como un monstruo dormido, parece estar más tranquila.

Bob abandona por un momento la cocina y me quedo sola, en tensión, porque este espacio vuelve a convocar en mí un temblor, la ofensa de una voz lejana que no consigo alcanzar. Y es este miedo latente el que me hace desayunar lo más rápido posible, como si estuviese hambrienta. Quiero salir cuanto antes de aquí, borrar esta mezcla de alarma y de deseo que comprime mi pecho. Así que subo y entro en el cuarto para buscar mi ropa en el armario. Me las veo y me las deseo para decidirme por un vestido de flores. No sé si será lo más adecuado para esta época y este tiempo primaveral, pero su estilo es lo más próximo en mi recuerdo.

Cuando Bob me ve, da su aprobación y me acompaña a un lateral de la cocina, donde nace una puerta en la que yo no había reparado hasta ahora. Está camuflada en el blanco de la pared y conecta con el sótano. Bob me invita a pasar y, cuando bajo las escaleras de madera, siento en el rostro algo mucho más contundente que la humedad. Estoy segura de haber cruzado ese pasadizo más de una vez, incluso se apodera de mí la intuición de que el vértigo, que suele acometerme en la cocina, tiene su origen aquí, en el misterio profundo de las escaleras. No le digo nada a Bob y me dejó arrastrar hasta el sótano, que acaba siendo un enorme laboratorio atestado de máquinas y material fotográfico. Por un instante creo estar viendo los mecanismos secretos que mueven mis sueños y ahora el olor es lo único que parece reconocer mi memoria. Cierro los ojos y aspiro con fuerza como si quisiera tocar físicamente el aroma de ese recuerdo indeciso.

—Este era tu rincón preferido. Todas estas máquinas fueron tuyas. Están colocadas por orden de antigüedad.

Una a una acaricio las cámaras y me entretengo observando sus dispositivos de metal como si mi existencia estuviese pautada en estos objetos. Concentro la esperanza

en la yema de los dedos y espero una señal que suba de mi propia carne, pero ninguna de las cámaras me es familiar, ni tan siquiera reconozco la más antigua, que pone a prueba mi fidelidad.

—Esta Leica tiene detrás una larga historia que algún día te contaré.

—¿Todavía funciona?

—Sí. A estas otras hoy les sacarás mucho más partido.

—Prefiero esta. ¿Puedo llevarla?

—Le pondré un carrete.

Mientras Bob carga la cámara, paseo por el sótano y busco sin éxito algo vivo de mi pasado en las fotos de la pared que están clavadas en láminas de corcho. Todos los rostros me son desconocidos y me parece extraño que la mayor parte de ellos estén de perfil o con un gesto distraído, como el de alguien que es ajeno a la presencia de la cámara. Tal vez formen parte de un proyecto aleatorio e inacabado. El telón de fondo de todas es el mismo, un paisaje urbano de enormes edificios como columnas infinitas que sostienen la bóveda celeste.

—Estas fotos las hiciste la última semana antes de… Están como las dejaste. Solías revelarlas y las tenías un tiempo aquí, expuestas, hasta decidirte. De todas estas, es posible que solo te sirviesen un par de ellas. Eras muy escrupulosa.

—¿Qué es lo que estaba haciendo?

—Un trabajo para un libro de George Smith. Un escritor de Manhattan. Un libro sobre el movimiento.

Vuelvo a mirarlas y, efectivamente, en casi todas, incluso más en las que están desenfocadas, se aprecia una especie de flujo muscular, un desplazamiento, unas veces veloz y otras más lento, pero siempre en circulación, nunca estáticas.

—Supongo que el escritor no me ha esperado.

—No.

Bob me acerca un bolso y meto en él la Leica y mi libro.

—Hoy es domingo, ¿verdad?

—Sí.

—¿Está muy lejos Prospect Park?

—No.

—¿Podemos ir allí?

—¡Claro! ¿Recuerdas el parque?

La euforia súbita de Bob resulta candorosa, infantil. Y, a pesar de que me arrepiento al momento del poco tacto que acabo de tener para hacerle mi petición casi espontánea, ahora me da miedo defraudarlo y no le digo el motivo real que esconde mi deseo.

—Lo vi ayer en un programa de la televisión y me pareció un lugar agradable.

—Ah, entiendo. ¿Sabes? Ese parque era uno de tus lugares preferidos. El pulmón del barrio.

El día está soleado y tranquilo. Camino a la par que Bob y no sé qué hacer con las manos. Me gustaría saber cuál era la forma y los gestos que usábamos al pasear juntos. Instintivamente busco su mano y entrelazo mis dedos con los suyos. El no parece sorprendido y me aprieta casi hasta hacerme daño. El calor de su piel me vuelve a Máximo, a los paseos por la playa, a las visitas a las fábricas de salazón, a las excursiones en bicicleta, al descubrimiento de los cuerpos en los pinares de Cabío, a su voz llenando de luz mi imaginación. En la mano de Bob despierta mi infancia y tardo en darme cuenta de que no es Máximo el que está haciendo la radiografía del barrio y le pone nombre a algunas personas que habitan las casas.

Poco a poco, la ciudad se vuelve inmensa y me atrapa en su laberinto. Todo es novedad y la cámara late en mi mano como un deseo inquieto.

Bob aguarda con paciencia cada vez que disparo sobre mi propio asombro y parece ser consciente del impacto que este paisaje nuevo está obrando en mí.

Cuando llegamos a una avenida y veo la altura de los árboles, me doy cuenta de que hemos llegado a Prospect Park. Parece enorme y entramos por un camino que en un soplo nos lleva hasta un hermoso lago en el que están posadas muchas aves.

La inmensidad del parque, la gran extensión de suaves prados, me hace perder la esperanza de encontrar a mis amigas asiáticas y mato el tiempo sacando fotos al perfil de la gente, como si quisiera rematar el trabajo que mi enfermedad dejó inconcluso. Todo este bosque incrustado entre los edificios me recuerda un poco al parque de la Ciutadella. La emoción del paisaje empuja mis piernas débiles y el propio Bob se alarma de mi energía.

—Tal vez estaría bien descansar algo. Es mucho tiempo el que llevas sin hacer ejercicio.

Al final me convence y nos sentamos en un banco bajo un sauce que está al pie de un estanque.

—¿Quieres que te lea otro canto del libro?

—Sí. Te lo agradezco.

Bob extrae el libro del bolso y lo coge con sumo cuidado. Embriagada por el aroma de los árboles y expectante por el desarrollo del segundo canto, aguzo el oído para escuchar en la voz dolorida de Bob la autoridad con la que Telémaco expulsa de su hogar a los soberbios pretendientes de Penélope, su madre. Las palabras están tan unidas a los recuerdos que, cuando el hijo de Coliseo consigue una nave y emprende su viaje hacia Pilos en busca de noticias de su padre, todavía siento la respiración atlántica de una tarde en la que Máximo y yo ansiamos la fantasía de las palabras sentados en lo alto de las Pedras da Ferreira, clavadas en el mar como una isla de piedra, justo en la bocana del río del Mar, de la que, según don Ramón, salían a la superficie tablas náufragas, plata fina, joyas, ahogados comidos por los peces e incluso un rey con su corona de oro y pedrería.

Cuando Bob se acerca a una fuente para beber, tres muchachitas se detienen a unos cuatro metros del banco y fijan toda su atención en algo que parece ser una lámina. Como si quisieran dar con la salida de un laberinto, recorren el dibujo con los dedos y discuten sacudiendo sus sonrisas espontáneas. La curiosidad se apodera de mí y, con pies de plomo, me acerco a ellas. Quiero comprobar el motivo de su controversia. De repente, en cuanto veo el retrato casi perfecto de una de ellas, me alegro de mi intuición y les pregunto dónde está la persona que les ha hecho ese dibujo. Un poco sorprendidas por mi curiosidad, las tres me señalan hacia una misma dirección. Les doy las gracias y aguardo la llegada de Bob para decirle que sigamos paseando.

—¿No estás cansada?

—No.

El pobre cede a mi deseo y, cuando nos disponemos a continuar la marcha, sí soy consciente de los excesos del paseo porque tengo las piernas entumecidas. Pero mi interés ahora es más fuerte que un capricho fugaz y empleo en ello el resto de mis fuerzas.

Y, efectivamente, al cabo de unos cuatrocientos metros, sentada sobre la esquina del banco, con la cabeza hundida entre los hombros, la anciana Shuang parece enmarcar una de las láminas que acaba de pintar Jiao, medio tapada por un grupo de personas que observan los trazos veloces y magistrales de su lápiz. De forma casi automática, mi mano empuña la Leica y el cuerpo busca el tronco de un árbol, no tanto para apoyarme como para evitar que alguna de las dos me vea. Quiero fotografiarlas y también imaginarme en ese espacio, atrapar el fantasma que se resiste a entrar en el objetivo. Espío su trabajo y, en realidad, estoy espiándome a mí misma, tratando de verme inscrita en el paisaje. La escena me resulta conmovedora y procuro reforzar cada instante en mi mente como si fuesen recuerdos antiguos. Permanezco así durante varios minutos, absorta, con el ojo en el visor como si estuviese asistiendo a la proyección de una película. Entre disparo y disparo, procuro la razón secreta de mi gesto altruista, y me olvido de Bob hasta que aparece dentro del visor, abriéndose paso entre la gente curiosa y llegando hasta la pobre Jiao que, cuando repara en él, se baja de un taburete y hace una extraña reverencia. Parecen conocerse. Disparo para registrar el instante y veo que la anciana Shuang entra en el encuadre y habla también con Bob, que se vuelve y señala hacia el lugar en el que me encuentro. Aparto el ojo del visor y compruebo que no solo los tres, sino también el grupo de curiosos, se vuelven hacia mí y me atraen con la fuerza unánime de sus miradas. Arrepentida, como si acabase de ser cogida en un delito flagrante, me acerco despacio y enseguida siento las manos suaves de Jiao y de su abuela, que se adelantan, emocionadas, para recibirme. Bob, quizá más sorprendido que yo, me lanza una pregunta en la que late de nuevo la esperanza.

—¿Conoces a esta muchacha?

No sé si contagiada por los modos de mis extrañas amigas, lo cierto es que mi respuesta consiste en un gesto afirmativo que Bob interpreta como la prueba palpable de mi recuperación.

—¡Fantástico! El otro día vino a casa y comió con nosotros. Creíamos que se había perdido. ¿De qué la conoces?

No digo nada. Tal vez sea la clemencia la que me empuja a consentir la confusión de Bob, y lo tomo de la mano y lo arrastro conmigo hasta el taburete en el que estaba sentada la pequeña Jiao. Sobre una mesa encartada hay varios lápices y algunas láminas vírgenes.

—¿Qué demonios estás haciendo, Laura?

—No te muevas.

Una fuerza interna me da aliento e impulsa mis primeros trazos, que se deslizan con una soltura que aún no soy capaz de asumir como propia. Y en este recorrido autómata enseguida se configura el rostro sorprendido de Bob y la perfecta captura de ese gesto que expresa la alegría feroz de creerme recuperada.

X

La he traído a este restaurante con la esperanza de que el lugar despertase algún estímulo en ella. Pero no ha funcionado. Ni tan siquiera el hecho de comer los mismos platos que pedíamos los domingos le ha provocado el rapto de un sabor presentido. Para Laura este es un sitio nuevo, demasiado concurrido y ruidoso. Me duele esta nueva decepción que se suma a la de las pintoras asiáticas. Sigo sin comprender el alcance de ese arrebato artístico y el trato misterioso que Laura ha establecido con ellas. Es como si me ocultasen algo.

En la calle vuelvo a cogerla de la mano para intentar borrar este silencio triste y resignado. Me faltan fuerzas para hablarle de nosotros. Cada vez me resulta más pesada la frustración de sentirme fuera de su mundo.

—Ahora, con el estómago lleno, caigo en la cuenta de que estoy baldada. Los huesos de las piernas me parecen barras de plomo y creo que en los pies se me ha formado alguna ampolla.

—¿Puedes caminar?

—Sí.

Yo también estoy destrozado. Me he bebido casi una botella de tinto y mi paso es lento y pesado. El alcohol ha apagado mi entusiasmo y apenas tengo aliento para hacerle un pequeño inventario de nuestra vecindad. Pero a ella no parecen interesarle mucho esas personas ajenas. Ahora su preocupación son los pies, donde parece concentrarse su dolor.

Cuando por fin llegamos a nuestra casa, meto la mano en el buzón de correos y cojo varios sobres. Uno de ellos es para Laura. Tiene sello de España y no hay remitente. Un extraño impulso me obliga a esconderlo entre los otros. Tal vez es el miedo. No lo sé. Dejo caer el cuerpo en el balancín del porche y pienso que ya nunca más seré capaz de ponerme en pie.

—Voy a darme una ducha, Bob. ¿No te importa?

—No, aprovecharé para echar aquí una cabezada.

¿Quién puede ser después de tantos años? ¿Debería abrir yo la carta o dejar que lo haga ella? Algo egoísta hierve dentro de mí y

la guardo en un bolsillo aún sin saber qué haré. El vino me pesa en la cabeza y, mientras saboreo el cansancio, me asalta la sensación de que me dispongo a abrir una puerta al vacío. Cierro los ojos, quiero pensar que sí, que Laura se recuperará, que será inesperado, fulminante, como el despertar de una terrible pesadilla, pero esta posibilidad también me aterra porque tengo la impresión de que su cabeza no podrá procesar la información de tantos años. Quizá la asuste su pasado, la desconfianza hacia sí misma, la percepción de la propia traición como una forma de conocimiento. Medito en el instante en que Thomas Rosenfield nos explicaba que una mancha podría explicarlo todo, y, sin caer de lleno en el sueño, fantaseo con esa posibilidad y escucho unas palabras abatidas del doctor pidiéndonos disculpas por creer que su diagnóstico era infalible y por haber perdido más de un año. Sí, en mi imaginación él carga con su error y nos presenta a otro doctor, una eminencia en neurología que esta vez analiza bien las imágenes del escáner y encuentra una mancha del tamaño de una lenteja. Como activado por algo mecánico, este nuevo doctor coge las placas y nos dice que lo sigamos. Su voz apretada y aguda arrastra una estridencia infantil casi histérica; su rostro tiene un aire afeminado. Laura, Ady y yo lo seguimos y vemos que dispone las placas en un panel de luz. Después me da una lente de aumento y guía mi mano derecha a un punto concreto del cerebro de Laura. Y sí, ahí está el problema, el punto diminuto que borra su memoria. Escucho el placer con que este doctor pronuncia las palabras derrotadas que contienen la carga de una extraña sentencia y me resulta inconcebible que este punto, tan insignificante, pueda suprimir casi cuarenta años de vida. No, no es posible. Y me adelanto a las consecuencias, le digo que no, que ese punto puede ser cualquier otra cosa… Ady pregunta si es un tumor y sus palabras suenan como el estallido de un globo y veo flotar en la cabeza de Laura una mancha móvil. Y el doctor, feliz en su diagnóstico, dice que la lenteja tiene una disposición muy delicada, que se debería operar pero que la intervención entraña grandes riesgos, que podría recuperar parte de estos años perdidos como también perder los primeros veinticuatro años, una decisión que tendríamos que meditar mucho entre todos. Casos como el de Laura son habas contadas y la posibilidad de éxito es muy reducida. La miro con angustia. Sé que sobre su conciencia recae toda la responsabilidad del mundo. Laura busca enseguida una salida provisional a su decisión y pregunta si no hay posibilidades de que la lenteja desaparezca o se desplace dejando de oprimir el lóbulo, liberando los años borrados. El doctor, con académica disciplina, le dice que eso sería algo poco probable, lo normal es que el tumor siga creciendo, pero Laura parece encontrar una salida en esas palabras para poder retrasar su decisión. Quizá el miedo a perderlo todo, a no ser, a caer en el vacío de la nada, es superior a la posibilidad de recuperar algo que intuye, pero que ahora no siente como propio. Sé que en este pensamiento se oculta la crueldad del abandono, la traición, la deslealtad hacia nosotros, hacia su familia, que la queremos y nos esforzamos para que ella vuelva a querernos como antes. La imaginación me hace asistir pasivamente al espectáculo

estelar de su propia vida y veo ese grumo en su cabeza como un planeta pequeño que desafía la superficie de otro más grande. En mi alucinación, cuando Laura le dice al doctor que precisa tiempo para pensarlo, me duele su deseo porque, de nuevo, ella me excluye. Es una ironía del destino que Laura sea titular de una memoria que la ata a un pasado del que está alejada físicamente y, no obstante, pueda habitar un presente como si anduviese a la deriva por las dimensiones de un cuarto oscuro.

Cuando abro los ojos, Laura tiene el pelo mojado y está sentada a mi lado espiando mi duermevela. Por un instante me asalta la impresión de que ha podido ver mis pensamientos absurdos. Lo primero que me dice parece ratificar esta percepción.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Siento que te he traicionado.

—¿Por qué dices eso, Laura?

—Te he ocultado muchas cosas de mi pasado.

—Tu vida no fue nada fácil, cariño.

—Es triste que sepa quién era y, sin embargo, continúe sin saber quién soy, en quién me he convertido en estos últimos cuarenta años.

—Estoy convencido de que pronto recuperarás la memoria. Mañana escucharemos los consejos del doctor Rosenfield. Nos conviene tener esperanza.

Como hace un poco de fresco, Laura me lleva dentro de casa y se sienta en el piano. Hace años que no se afina y las notas, aunque exactas, sufren el desajuste de la tensión de las cuerdas. Estoy un poco confundido por el hecho de haber ocultado la carta en el bolsillo del pantalón. Creo que debo dársela. Hierve en mí la curiosidad.

—Yo no era una gran pianista, lo sé, me faltaba disciplina, pero tenía aptitudes para la música y había educado mi oído para gozar de las grandes obras. Me encantaba ir a la ópera del Liceo y solía quedar fascinada con la altura de muchas piezas.

Mientras toca, como empujada por un deseo antiguo, tengo la impresión de estar asistiendo a un milagro. Y me acerco de puntillas para no interferir en las notas mutiladas que ejecutan la intuición o el impulso de una vieja costumbre. Solo cuando

Laura se detiene, siento subir el placer de la música por detrás como un golpe de viento y no tardo en percibir que hay algo en la música que nos aleja. Lo noto en el silencio y permanezco en el sofá, como si esperase de ella una explicación.

—Comprendo que no te guste.

—No, no es eso, Laura. Es la primera vez que tocas para mí. Jamás lo hiciste. Y eso que el piano estuvo siempre en el mismo sitio. Mi padre se lo compró a un cliente con la esperanza de que yo acabase interesándome algún día por la música.

—¿Tú tampoco me oíste tocar nunca?

—Nunca.

Se queda estupefacta y no se atreve a preguntar el motivo. Tal vez le da miedo la respuesta.

—Estoy un poco asustada, Bob. No consigo recordar nada. Tengo miedo de que esto no funcione.

—Sí que funcionará. Y en la peor de las hipótesis, aprenderás a querernos de nuevo. De todas maneras, tu caso tendrá solución. Ya lo verás. Piensa que los hay peores. El otro día vi un reportaje en la prensa sobre un hombre de Conneticut al que, para curarle la epilepsia, lo metieron en el quirófano y le tocaron una parte del cerebro que resultó afectada. La enfermedad que tenía desapareció, sí, pero en su lugar apareció una nueva que es precisamente la de quien no es capaz de formar nuevos recuerdos. Al parecer sigue siendo un hombre inteligente y con sentido del humor, pero cuando pasan treinta segundos olvida todo y tiene que empezar de nuevo. Eso sí, recuerda todo lo sucedido antes de la operación: su infancia, el Crac del 29, la Segunda Guerra Mundial, sus años en el taller arreglando motores, sus novias, los baños en el río…

—En cierta medida su caso tiene semejanzas con el mío. Yo también recuerdo mis primeros veinticuatro años.

—¿Qué dices? ¡Tú eres consciente de todo lo que te está pasando estos días y lo vas almacenando en el cerebro! Digamos que tienes una laguna que no ha de tardar en llenarse de nuevo. Imagina ese pobre hombre que estaba leyendo un artículo en la prensa y lo olvida ya antes de terminarlo. Los dos casos no tienen comparación.

—Puede que tengas razón. Mi estado por lo menos no me priva de mi identidad y permite que consolide nuevos recuerdos. Aun así, me asusta pensar en la fragilidad de

toda la información que viaja por el cerebro, cómo se pulveriza, cómo no consigue encontrar acomodo y desaparece. Quiero pensar que esos casi cuarenta años son un animal dormido dentro de mi cabeza y algún día tendrá que despertar. Pero esa perspectiva no deja de darme miedo. Dudo de mí y de cómo he podido ser durante estos años.

—Fuiste una persona muy valiente y siempre nos hemos querido.

—Cuando pienso en el dolor, en la realidad brutal y extrema del campo de concentración durante esos primeros días en los que se rompe mi memoria, sospecho que nada de lo que pudo venir después me convirtió en persona. Mi estado animal ya se perfiló en el transporte al campo mientras la muerte iba creciendo dentro de mí como un gusano hambriento. Por eso, no creo que después de aquello yo haya podido ser feliz y, mucho menos, hacer feliz a alguien.

—A mí sí que me hiciste. Es cierto que también hubo momentos duros, de depresión, pero conseguiste salir del pozo.

—Las evasivas y el silencio que todos empleáis cada vez que sale el tema del campo no me ayudan nada. Sé que lo hacéis para protegerme, pero algo me dice que lo que vino después fue el intento estéril y desesperado de comenzar una nueva vida con el peso doloroso de haberlo perdido todo, hijo, familia, amigos, país y dignidad. ¿Sabías que había perdido un hijo en la cárcel?

—Sí.

—Ahora me gustaría que me quisieras por lo que yo era y no por lo que llegué a ser después de conocerte… Recuerdo los cadáveres ambulantes de las presas que circulaban por el campo cuando llegamos, y se me hace difícil creer que te enamorases de mí en ese estado más que deplorable. ¿Qué fue, sino la compasión, lo que pudo obligarte a reparar en una presa enjuta, abismada ya en su propio cuerpo putrefacto?

—Estás equivocada. Yo llevaba meses enterrado en el fragor de la guerra y tú supusiste una pequeña luz en ese mundo desolado. En tus ojos había un hechizo poderoso al que no pude resistirme. Fue todo un impacto el conocerte y durante esos días no nos apartamos el uno del otro. Es difícil de explicar por qué el ser humano se enamora en circunstancias tan delicadas. Pero así fue. Por mi parte no hubo nada de compasión contigo. En tal caso, conmigo mismo.

Mis palabras son sinceras, pero ella no deja de gesticular con la cabeza una clara negación.

—No, no creo que haya sido con amor la manera con la que yo pude devolverte ese acto bondadoso. Tal vez mi compensación consistió en una entrega resignada, en la posibilidad de darte una hija. Pobre Ady. No sé por qué pienso que no fue una niña feliz, que se sintió marginada, no deseada. Asumo toda la culpa porque la ausencia de Pablo debió de ser demasiado grande. Él acostumbraba a presidir cada uno de mis actos y Ady seguro que tuvo que rivalizar con un muerto.

—Ady siempre fue una niña especial, muy exigente con los demás y consigo misma. Pero, en lo fundamental, creo que ha sido feliz. No tienes nada que reprocharte, ni tan siquiera la depresión que tuviste después del parto. Siempre has sido una buena madre y una excelente esposa. ¿Vas a querer algo de cena?

—No, Bob. Hoy hemos caminado mucho y estoy rendida. Lo que sí me gustaría es volver a tomar leche con miel. ¿No te importa?

—Por supuesto que no. Ese era uno de tus mayores vicios.

La dejo sola en el salón y me muerdo los labios temiendo haber cometido el error de haberle revelado lo de su depresión. Sigo teniendo miedo de herirla, de juzgarla, de sancionar su pasado, de desnudar aquellos días duros en los que ella volvía a estar en el campo, ajena a nuestra vida, envolviendo en alcohol todos sus miedos. Hoy no sabría explicarle a Laura todo el pánico que me entró cuando ella, después de nacer Ady, se volvió oscura e inaccesible. Para hacerlo tendría que descubrirle sus ausencias, su desapego a la vida, su culpa infinita y esa tristeza que lo inundó todo y que también me condujo al whisky en busca de una nueva salvación. Pero el amor superó la piedad, y aquel infierno, aunque nos dejaría marcados para siempre, no duró más de lo debido.

—Ten cuidado. Está muy caliente.

—Gracias, Bob.

Laura rodea el vaso con las manos para sentir el calor y sonríe. Por un momento pienso que su cuerpo vuelve a ser memoria y el olor de ese gesto le produce el temblor de algo presentido.

Cojo una regadera para echarle un poco de agua a los tiestos y, antes de salir fuera, aprovecho para darle el sobre. No estoy seguro de que esto sea lo correcto.

—Viene de Barcelona.

Laura desorbita los ojos y examina la carta con detalle, como si buscase algún resquicio por dónde abrirla. Se queda sola, inmóvil, incapaz de profanar el papel. Algo la detiene y todavía tarda un par de minutos en rasgar el sobre y poner la cuartilla ante sus ojos. Mientras el agua penetra en la tierra de los tiestos, la miro de reojo y veo que se lleva la mano derecha a la boca, como para detener un grito. No me dice nada. Solo me alcanza la cuartilla para que la lea. Y yo, sin posar la regadera, recorro las letras con un temblor de angustia y miedo en el pecho.

Querida Laura:

No sé si todavía vives o no. Espero de corazón que puedas leer esta carta. Sé que te parecerá increíble, pero hasta hace poco yo te tenía por muerta. Gracias a una carta tuya dirigida a papá, descubrí que no habías muerto en el año 1939. Llevo unos meses en tu busca y aún tengo esperanzas de encontrarte con vida. Ojalá que así sea.

Tu sobrina, que ansía conocerte.

Diana Crussat.

XI

Esta mañana vuelvo a despertarme del mismo modo. Un caos repentino, la confusión del campo y después la consciencia de esta casa extraña a la que pertenezco. Sigo en el mismo punto, ajena a todo lo que ha acontecido dentro de estas cuatro paredes. Esta vez lo que queda del sueño es una larga conversación en alemán. Mi soltura es tan natural que incluso cuando abro los ojos continúo pensando en alemán y siento un escalofrío en la espalda porque sospecho que algo nuevo está ocurriéndome. ¿Cómo es posible que hable tan bien alemán e inglés? Si he perdido casi cuarenta años, mi dominio de estos idiomas tendría que ser tan deficiente como lo era cuando entré en el campo. Ahora las palabras surgen espontáneas en mi cabeza y no soy capaz de detenerlas. Podría hablar y hablar durante horas sin perder el compás del idioma. No entiendo nada. Lo único que pienso es que tal vez la memoria del lenguaje sea una buena señal.

Lo mejor ha sido lo de la breve carta de Diana. No comprendo por qué no ha puesto remite. Seguro que la dirección sigue siendo la de nuestra casa en la Rambla. ¿Vivirá aún mi hermano Andreu? La incertidumbre de ese mundo hace que la existencia de Diana sea toda una puerta abierta. Saber de ella hace que mi corazón dé un vuelco. Me asusta su edad. ¡Ya debe de ser una mujer de cuarenta años! No puedo creerlo. Tengo en la cabeza el rostro menudo de la foto que Andreu me mandó a la cárcel.

Hoy también me despierto sola en la cama y me desperezo con un fuerte dolor en las articulaciones. El cansancio por la caminata de ayer me ha dejado baldada y necesito ducharme. Me quito el camisón y me quedo desnuda frente al espejo. Ahora me duele esta vejez espontánea, que es lo que más me aleja de mi pasado estable.

Cuando piso el plato de la ducha, un nuevo escalofrío me transporta al campo y me pongo a llorar como una Magdalena. Mi llanto se funde con el ruido del agua que cae sobre mi piel y no dejo de cavilar en lo sola que me siento. Me asalta la duda de si seré capaz de reunir fuerzas suficientes para seguir soportando durante mucho tiempo la tensión cotidiana de esta vida inventada que no siento, de esta condena ficticia en la que no encuentro acomodo. Mi deber es seguir intentándolo y esa responsabilidad es la que me empuja y acaba por apagar mi llanto. Diana vuelve a ser un rayo de luz.

Me seco el cuerpo con la toalla y me visto. Ahora por lo menos ya sé dónde está todo y siento un curioso placer al escoger y ponerme las piezas de ropa. Al disponerme a bajar, escuchó la voz de Ady. Parece que habla sola. Me extraña su presencia en la casa a estas horas. Está leyendo un periódico y lo cierra en cuanto me ve. Bob hace lo mismo

con el suyo. Incluso Luisa está ojeando otro diario y se aparta bruscamente de él, como si acabase de sorprenderla haciendo algo prohibido.

—¿Por qué has venido, hija?

—Quiero acompañaros. Ahora que se abre la posibilidad de que tu trauma se pueda deber al hecho de haber visto al nazi en algún lugar de la ciudad, me interesa escuchar lo que nos dice el doctor.

—¿A qué se debe tanto periódico?

Mi pregunta cae en saco roto y todos vuelven el rostro para evitar una respuesta. Pero cojo el ejemplar de Luisa y reconozco al momento el rostro sombreado de la portada y busco una confirmación en los ojos de Bob.

—Sí, se lo di yo.

Mi antiguo dibujo del comandante nazi ocupa un lugar privilegiado en las cabeceras de los periódicos y acompaña la noticia de su detención. Leo con avidez y enseguida me doy cuenta de que mi nombre aparece en varias ocasiones. Trato de hilar las palabras, y una sensación de vértigo se apodera de mí cuando veo las referencias constantes a mi pasado y, sobre todo, esa foto de hace años en la que aparezco sentada en los peldaños de una escalera, detrás de una puerta enrejada que crea la impresión de que estoy en el interior de una celda. Tengo en las manos un libro y parece que lo estoy leyendo de verdad.

—¿Escribí un libro? —mi pregunta les hace bajar las cabezas y nadie quiere contestar. Luisa vuelve a la cocina y solo Bob es capaz de mirar mis manos mientras me dice que sí y pronuncia el título como un pecado: El laberinto de Ingrid Steiner.

—Se desarrolla en el campo de concentración.

Mi indignación no puede con la sorpresa de esas frases que son como una ráfaga de aire frío. "La conocida fotógrafa de Brooklyn, autora de una dolorosa novela sobre los campos de concentración, verá sentado en el banquillo de los acusados al nazi Heinrich Artmann". El adjetivo "conocida" me asusta tanto como el de "dolorosa", que califica la novela. Esa ambigüedad hace que me devoren las preguntas. Cuando lea el libro quizá pueda entender el significado último de la entrevista y ese nombre misterioso: Ingrid Steiner. En el desarrollo de la noticia también se cita a la cantante checa que murió en los brazos de Bernie. En este momento se me atragantan las preguntas. ¡No puedo creer que haya escrito un libro! Y tras esta alegría enseguida surge una rabia antigua. Estoy

dolida con ellos por ocultarme algo tan importante como la escritura de una obra que podría ayudarme a recuperar una parte de mí. Por primera vez desde mi regreso, el enojo pone en mi voz un tono seco y arrogante.

—¿Dónde está?

—El doctor nos recomendó esperar. Es un libro muy duro, mamá.

—No entiendo qué daño puede hacerme algo que ya no recuerdo. ¿Es un diario?

—Es una novela en la que cuentas tu experiencia en los campos —a Bob le tiemblan las palabras—. Fue la única concesión que hiciste con ese tiempo. Nunca querías hablar del tema, ni tan siquiera con Bernie, que es un experto en la Segunda Guerra Mundial.

Me dejo caer en el sofá y mi indignación sigue creciendo. La tensión es evidente. Bob continúa hablando con expresión contrita, y Ady se marcha a la cocina, como si le molestasen las palabras.

—Escogiste la novela para alejarte de la confesión. Rechazabas hablar con los supervivientes, no porque te recordasen lo terrible de aquellos años, sino porque nadie reconocía haber robado, pegado u ofendido a un compañero. Tú sabías que para sobrevivir eran necesarias esas cosas. Yo fui el que insistió en que lo publicases. Es un libro sincero. Todos los años lo leo un par de veces —las palabras de Bob buscan la reconciliación—. Yo no soy médico. Verte ahora así, tan recuperada, no deja de ser un milagro. Nunca me perdonaría cometer un error que empeorase las cosas. Ten paciencia. Hoy vas a hablar con el doctor. Él te dirá cuándo podrás leerlo.

Ady trae una bandeja con mi desayuno y tengo la impresión de que todos están confabulados contra mí. La emoción de la carta de Diana no puede con la angustia del libro. Estoy tan asustada por la noticia que no sé si el hecho de haber escrito una novela es algo bueno o malo. La duda es grande.

—Después de visitar al doctor iremos a nuestro apartamento. A Bernie le dan el alta esta mañana. Rosie y él vendrán a comer con nosotros.

No tengo hambre. Solo tomo un poco de leche para acompañar la medicación y subo enseguida al cuarto para cambiarme y acudir a la cita con el doctor Thomas Rosenfield.

En la calle, justo enfrente de las escaleras exteriores, está aparcado el coche de Ady. Me hacen subir al asiento delantero y, mientras contemplo la ciudad desde la ventanilla, no dejo de meditar en la carta de Diana y en ese libro mío. No me cabe en la cabeza que

yo haya podido escribir una novela. ¡Es increíble! Me marea la velocidad de los coches que se cruzan con nosotros, su ruido ensordecedor, el trasiego constante de gente que camina como perdida por las aceras, el desafío vertical de esta ciudad que se eleva sobre sí misma en una ostentación infantil.

—Vamos a entrar en Manhattan Bridge —anuncia Bob—. El puente que queda a la izquierda es el de Brooklyn. La consulta del doctor está allí, en la otra orilla del río, en el Lower East Side. Llegamos en cinco minutos.

Desde el coche, el puente parece un arpa gigantesca y los barcos que navegan por el río se convierten en juguetes. El asombro se apodera de mí cuando veo la altura imposible de los rascacielos que son como pilares sosteniendo las nubes. No puedo creerlo. Manhattan no tiene nada que ver con Brooklyn. Es algo descomunal.

Cuando el coche llega a Grand Street, justo delante del edificio en el que está la consulta del doctor Rosenfield, siento detenerse uno de los carruseles de las verbenas del Tibidabo. Pongo el pie en la acera como si lo hiciese sobre arenas movedizas y levanto la mirada para contar, como un vértigo inverso, los treinta pisos del edificio. Siento un amago de arcada en la garganta y me dejo ayudar por Ady, que me coge del brazo y me acompaña hasta la entrada.

El ascensor vuelve a anudar mis tripas y ahora sí, el vómito me sube a la boca y mi cuerpo se encoge en un rincón. Por suerte no ensucio a nadie, pero ese regusto me hierve como lava en el cielo de la boca.

Cuando llegamos al apartamento donde está la consulta, nos abre una mujer y pregunto por el baño. Ady me acompaña y me enjuago la boca y refresco la cara para vencer esta sensación de desmayo que se mantendrá durante un buen rato, porque el despacho está en las nubes.

Me alegra ver de nuevo al doctor Rosenfield, aunque esta vez haya algo extraño en su voz, una toma de distancia, una frialdad inquietante.

—Hoy se han convertido ustedes en noticia. Acabo de hablar con Smithtown y me han dicho que el hospital está revolucionado con lo que esta mañana publican los periódicos. Siéntense por favor.

—El criminal tendrá su merecido —apunto de forma espontánea, sin saber muy bien por qué, y nos sentamos frente al doctor Rosenfield.

—La justicia llega tarde. El hombre ha tenido más de treinta años de gracia.

La posición del doctor ante los hechos me tranquiliza y justifica en cierta manera nuestra presencia aquí. Después de todo, mi recuperación podría aumentar su prestigio y más ahora, con mi caso saliendo en las portadas de los periódicos.

—¿Cómo se encuentra, señora Mulisch?

—Esperando el milagro.

—No tiene que obsesionarse. Estas cosas precisan tiempo. Conviene que se mantenga estable y vaya aceptando esta nueva vida.

—Ellos se portan muy bien conmigo, pero yo me siento mal porque no les correspondo.

Ady y Bob niegan con la cabeza y el doctor se recuesta en el sofá como para verme mejor.

—Sí que les corresponde. Usted está demostrándoles su amor. La situación en la que se encuentra no es fácil. Sospecho que debe de ser como haberse perdido en un bosque. Cualquiera en su estado reaccionaría violentamente, o, como ya le dije, entraría en una fuerte depresión.

Tengo que reconocer que la dialéctica del doctor es persuasiva y vuelvo a sentirme cómoda en la alabanza de sus palabras.

—Puede que nosotros no estemos haciéndolo bien —se lamenta Bob—. Además, lo del nazi lo ha complicado todo. Nosotros estamos intentando darle la información poco a poco, como usted nos dijo, pero Laura insiste en que no le ocultemos las cosas y no sabemos muy bien cómo actuar. Tenemos miedo de hacerlo mal y lastimarla.

—No, no. El camino es ese. Tratarla con naturalidad y tampoco abrumarla con datos del pasado. Como ya les dije, el proceso es lento. Lo importante es que vaya asimilando, readaptándose a esa vida que no recuerda. Después ya iremos viendo los progresos. ¿No le ha ocurrido nada extraño durante estos días?

Ahora el doctor me mira y me siento de nuevo desnuda.

—A veces cuando entro en la cocina siento algo raro, como si tuviese fantasmas en la cabeza que intentan materializarse en algo concreto.

—Eso puede ser un principio.

El doctor coge un periódico doblado y lo extiende sobre la mesa con un gesto profesional. Parece reparar en el retrato del comandante.

—¿Qué hay del libro que escribí? Todos están protegiéndome y no me dicen nada de lo que ocurrió en los campos. Sospecho que mi actuación no debió de ser como para sentirme satisfecha.

—No es bueno que sea tan crítica consigo misma. No creo que haya muchos supervivientes orgullosos de su paso por los campos. Sobrevivir era una cuestión de suerte o, como en su caso, saber el idioma del enemigo y dominar un oficio válido para el campo. El suyo, señora Mulisch, fue un caso, si se me permite, heroico e inteligente. Hasta el último momento hubo algo de rebeldía en usted. No lo dude.

Para corroborar las palabras del doctor, Bob pone su mano sobre la mía y Ady me lanza una sonrisa vanidosa que interpreto como una expresión de orgullo, pero sé que están ocultándome muchas cosas.

—Cuando veamos el momento oportuno, señora Mulisch, sabrá todo lo que hizo, leerá su libro y comprenderá mejor todos esos motivos que, con razón, tanto la intrigan. De momento, conviene esperar. La realidad del campo puede recordarle momentos durísimos que acabarían por hacerle mucho daño, y más ahora que sabemos que el comandante nazi y usted pudieron coincidir en algún lugar de la ciudad.

—¿Ese posible encuentro pudo ser el causante de la amnesia? —pregunta Ady.

—Probablemente. Pero en lo fundamental nada cambia. Hay enfermedades que para tratarlas se necesita más arte que ciencia. Y esta es una de ellas. Seguiremos observándola. De momento no cambiamos nada. Dejamos esta medicación mínima para levantarle el ánimo y evitar la inhibición, y ya iremos viendo cómo avanzar en función de su respuesta. ¿Tiene apetito?

—Sí —Bob contesta por mí—. Ayer no cenó más que un vaso de leche con miel pero come bien, desde luego. No hay problema.

—Eso está bien. La alimentación también es importante en estos casos. Que coma de todo.

Mientras el doctor habla, me fijo en el retrato que está en una mesa supletoria. Debe de ser su familia. Hay algo de euforia en sus palabras. Es el acento de su voz lo que despierta en mí una nueva duda.

—Si he perdido casi cuarenta años, ¿cómo es posible que hable inglés con una soltura que no tenía cuando entré en el campo de concentración?

—Hay personas que aprenden varios idiomas e incluso después de tener lesiones van cambiando de lengua. Se olvidan los recuerdos, pero no el idioma.

—Esta noche he soñado en alemán. Y puedo asegurarle que en 1944 yo no tenía semejante destreza.

—Eso es algo normal. No debe preocuparse. Yo diría que conviene que ejercite estos idiomas porque detrás de las palabras pueden estar los recuerdos. Pero tampoco se obsesione. Haga vida normal e intente recuperar viejos hábitos. Pinte, haga fotografías, vaya al cine, pasee. No se encierre en casa. La actividad le vendrá bien.

—Ayer cogió la cámara y también pintó en Prospect Park —le dice Bob con un ligero entusiasmo en la voz.

—Perfecto. Pues entonces nada más. En principio, podemos vernos dentro de una semana. Si acaso sucediera algo nuevo, denme una llamada. Estoy a su disposición.

El doctor Rosenfield pone su mano sobre mi hombro y nos acompaña hasta la puerta. Sin querer, miro de reojo por la ventana y siento el vacío de las alturas. Y ya no reparo en su despedida ni en nada que no sea controlar mi cuerpo. Ady y Bob están a mi lado, esperando el ascensor.

—¿Te encuentras bien, mamá?

—Me duele algo la cabeza. Quizá debería acostarme un poco. ¿No te importa si dejamos para mañana la visita a tu apartamento?

—Claro que no me importa, pero mañana tengo bastante trabajo. Mejor, pasado. Llamaré al hospital para avisar a Rosie. Puede que aún no le hayan dado el alta a Bernie. Les diré que vayan a Brooklyn. ¿Avisas tú a Luisa, papá?

—No hay problema.

—Gracias. Me gustaría bajar andando.

—¡Mamá, son 24 pisos!

—Peor sería tener que subirlos, hija.

Con un gesto de resignación, los dos se solidarizan con mi vértigo y dejamos caer por las escaleras todo el peso de nuestra tensión.

XII

Laura espera en el vestíbulo. Está cansada y un poco desorientada. Apenas ha hablado desde que dejamos la consulta del doctor Rosenfield. La visita la ha deprimido un poco. Ignoro si está molesta con nosotros, porque le hemos negado el libro, o consigo misma, por su desmemoria. Lo cierto es que me duele verla así, tan metida en su coraza que no da signos de vida ni tan siquiera cuando el Chevrolet rosa aparca frente a las escaleras justo a la hora de comer.

Rosie ayuda a Bernie a bajar del coche y yo aguardo a que se ponga en pie para abrazarlo con cuidado, como si temiera hacerle daño. La venda que trae en la cabeza no impide ver el fuerte cardenal que se extiende por la sien derecha hasta la mejilla. Parece que ha perdido algún año en este par de días que ha estado en el hospital. Me alegra verlo de nuevo, aquí, en casa, aunque solo venga a comer y después se marche a su bungalow con Rosie.

Laura besa primero a Rosie y después se abraza a Bernie mientras le dice al oído algo que todos escuchamos con nitidez.

—Entiendo que debo darte las gracias por lo que hiciste.

—Yo no hice nada. En todo caso, lo que hice no lo hice por ti. Creo que mi golpe ha sido una suerte. De no haberse producido, los habría matado. Esa era mi intención, puedes estar segura. Ahora yo no estaría aquí, sino en la cárcel. Y lo que es peor, Heinrich Artmann ya no tendría de qué preocuparse porque estaría muerto. Bob me salvó la vida. Ahora ya estamos en paz, ¿no es así, Bob?

—No digas bobadas. A quien le debes la vida es a la pistola.

Las palabras generosas de Bernie me llenan de orgullo, pero sé que mi actuación está muy lejos de los riesgos que él asumió conmigo en el campo de batalla. Rosie refuerza la percepción de Bernie porque me coge de la mano y aprieta los labios en un gesto de conformidad.

—¿Sabes de quién era aquel coche negro que nos vigilaba?

—¿De los de la OSI?

—Sí. El historiador al que llamaste me ha ofrecido colaborar con ellos.

—¿Y?

—Aún hay muchos nazis que esperan su castigo. Tendré que echarles una mano.

—Me parece una idea estupenda. Así ocuparás tu ocio en algo de valor y dejarás de escribir esas poesías tan malas.

Bernie se ríe y saluda a Luisa, que está atareada en la cocina con esta comida inesperada, de última hora.

—Es un placer verlo de nuevo por aquí, señor White.

Nos sentamos a la mesa y abro una buena botella de tinto que Bernie celebra con una leve inclinación de cabeza.

Su presencia lo llena todo y siento que se vaya a su casa. Me había acostumbrado a su compañía, que de alguna manera suplía el vacío de Laura. Ahora que ella está aquí, no sé cómo actuar frente a su silencio y dudo de mí tanto como de su memoria. El alcohol vuelve a planear sobre mi miedo.

Laura está al lado de Bernie y, con una euforia apagada, le cuenta que ya sabe lo de su libro, pero él tiene el ceño fruncido y evita el tema de un modo un tanto descarado.

—Rosie y yo vamos a casarnos.

La noticia no deja de sorprenderme y busco en la mirada de Rosie una confirmación.

—A la tercera quizá vaya la vencida.

Rosie le explica a Laura que sí, que esta es la tercera vez que se casa y que tiene dos hijos de diferentes matrimonios

—¿Y ellos qué dicen?

—Mis hijos ya se han independizado y están acostumbrados a los cambios en mi vida.

Luisa nos sirve la comida y Bernie alza la copa para que se la llene de vino.

—Ya era hora de que sentaras la cabeza. Esto hay que celebrarlo.

En la sonrisa de Rosie pesa el cansancio del hospital y se dibujan las ojeras como si una máscara quisiese surgir de su piel.

—A Bernie y a mí nos gustaría que fueseis los padrinos.

—Será un honor. ¿Verdad, Laura?

Laura no responde más que con un gesto indolente, de desgana. Parece aplastada por esa sensación de exclusión, como si habitase una casa desconocida o fuese un planeta ingrávido, ajeno a las leyes que rigen los sistemas, perdido en su deriva cósmica.

—¿Qué os ha dicho el doctor Rosenfield?

La pregunta de Bernie queda un instante suspendida en el aire hasta que me decido a contestar para evitar que el ambiente se enrarezca todavía más.

—Que todo va bien, que es cuestión de tiempo.

Laura niega con la cabeza y corrige mi percepción.

—Yo soy escéptica. No veo ningún progreso. Es más, sospecho que debería afrontar mi vida como un juego y creer que a pesar de la amnesia, tal vez pueda ser feliz viviendo con sencillez, ajena a toda memoria. Es un proceso complicado. No soy lo que recuerdo sino lo que imagino.

—Bob está a tu lado. Tienes que tener paciencia —le advierte Rosie mientras da un buen trago de vino.

—Sé que hace todo lo que debe, pero yo me siento extraña con él. Soy su esposa y su viuda. Está aquí, junto a mí, y al mismo tiempo, es un muerto en mi memoria. Cada uno de mis actos los hago pensando en él e intento ser lo que él supone que tengo que ser.

Su expresión es tan reveladora y grave que no se qué contestar. Me limito a beber más vino con un gesto rígido y estirado. Bernie come a dos carrillos y mastica con una calma irritante hasta que encuentra las palabras.

—Todos te ayudaremos, Laura. No te atormentes.

La venda de Bernie parece una herida de guerra y le da un aspecto de héroe perturbado. En este momento creo que él es el único capaz de comprenderme. Él sabe lo que Laura significa para mí y entiende mi impotencia ante semejante reto.

—¿De verdad tenías pensado matarlos?

—Sí.

—¿Por qué los obligaste a desnudarse?

—Antes quería probar la misma humillación que él infligía a sus víctimas. Nada más.

Bernie habla en serio y por eso me alegro de su golpe en la cabeza. Esa circunstancia, de algún modo, me transfirió el placer feroz de la venganza. Pero también sé que detrás de mi conducta aparentemente sensata anidaba el miedo, la cobardía. Bernie no sabe que mientras esperábamos a la ambulancia y a la policía, dejé que se vistiesen e incluso les permití fumar un cigarro, sentados en el suelo, tocándose las manos como dos enamorados.

—¿Aún te duele la cabeza?

—Un poco. El golpe no ha sido nada.

Bernie vuelve a beber y Rosie también alza su copa para que le eche más vino. Tendré que sacrificar otra botella.

—En el hospital, en la cama de al lado, Bernie tenía el caso terrible de un chico que se cayó de una bicicleta y se había quedado un poco lelo.

La imprudencia de Rosie despierta en Laura la memoria de su hermano pequeño y cierra los ojos antes de recordarnos la tragedia de ese día lejano.

—A Josep también le ocurrió algo semejante. Daría la vida por borrar de mi mente el día en que mi profesor de piano apareció con él en brazos. Si no fuese por aquella leve herida en la cabeza, todos pensaríamos que lo había encontrado dormido en la calle. Josep estaba muerto, eso por lo menos fue lo que todos creímos. Solo el abuelo Francesc fue capaz de tomarle el pulso y gritó, con aquella voz suya tan dulce y educada, para decirnos que estaba vivo.

—Qué lástima, pobre. Lo siento mucho —Rosie está como arrepentida de haber tocado un tema tan sensible para Laura.

—Dentro de lo que cabe, era un niño feliz. Yo hacía todo lo posible para que así fuese. Era mi responsabilidad…

—Ayer por la noche, ese chico se levantó como para ir al baño y desapareció del hospital. Dieron con él de madrugada en Plymouth Street.

—Josep solía desaparecer muchas veces. Era algo frecuente. Siempre tenía nuestra alma en vilo. Una vez, por Navidad, llamamos a la policía porque era casi medianoche y él no había aparecido. Mamá se puso nerviosísima e hizo lo que mejor sabía hacer: rezar. Papá y Andreu fueron a dar una vuelta por las Ramblas para ver si lo encontraban. Y yo, que entonces tenía quince años, abandoné el piso sin hacer ruido porque sospechaba que Josep podía estar en un sitio que pondría al descubierto el regalo indecente que yo le había hecho por su decimotercer cumpleaños. Lo cierto es que esa noche bajé por la Rambla y me metí en el barrio de los pecados. Aquel lugar húmedo y abandonado apestaba a muerte y prostitución. No era la primera vez que yo entraba en el Barrio Chino. Me encantaba fotografiar aquella desolación de bares y cabarets que eran como el contrapunto de la otra ciudad que aguardaba a no muchos metros. Pues bien, la joven que yo buscaba tenía sus encuentros allí, en un cuarto oscuro, encima de una taberna con las paredes forradas de toneles medio podridos, uno de esos antros en los que, de noche, dormitan los borrachos y lo peor de la ciudad. Para subir a aquel cuarto había que entrar en la misma taberna. La chica se llamaba Tina y yo la había conocido unos meses antes, cuando preparaba un reportaje sobre la prostitución en la ciudad. Ella se prestó a posar desnuda ante una artista tan joven como yo y no dudé en fotografiar la belleza adolescente de un cuerpo que, aunque ya tenía veinte años, no aparentaba más de catorce. Tina fumaba cigarrillos aromáticos y, curiosamente, sabía tocar la guitarra. Estaba claro que aquellas fotografías no iban a publicarse, pero Josep encontró las copias y descubrió no solo el cuerpo extraordinario de una muchacha sino los placeres secretos de su propio sexo. Lo sorprendí una mañana en el baño masturbándose mientras contemplaba las fotos. Como su edad mental le permitía la sinceridad, Josep vino hacia mí y se arrodilló para que no le quitase las fotos y obtuve de él la promesa de que las dejaría a buen recaudo de nuestros padres, porque si las veían pondrían el grito en el cielo y él se quedaría sin ellas. Aquella cesión le provocó tanta alegría y una actividad tan frenética en el baño que incluso temí por su salud. Y fue una semana antes de su cumpleaños cuando se me ocurrió la idea.

—¿Qué idea?

La pregunta de Rosie es un poco ingenua. Todos adivinamos que el regalo era acostarse con Tina.

—No se me olvida su rostro de asombro cuando le pregunté a ella si estaría dispuesta a hacerlo con mi hermano pequeño. El hecho de que él no rigiese lo suficiente la incomodó un poco, pero el dinero borró todos sus escrúpulos. No obstante, cuando lo vio, Tina se puso a llorar porque no podía concebir que un joven tan hermoso tuviese ese ramalazo de locura que le otorgaba la edad mental de un niño, y el llanto le duró un buen rato e incluso se alargó después de que el pobre Josep accediese al cuerpo soñado de las fotografías. El encuentro se produjo a plena luz del día y esperé por él en aquella calle estrecha, mordiéndome los labios porque temía la reacción que aquella experiencia pudiese dejar en la cabeza de mi hermano. Cuando salió de la taberna, venía feliz, sudoroso, con la camisa por fuera, como para exhibir su virilidad mundana y, después de cogerme del brazo, acercó su voz a mi oído para darme las gracias con un timbre adulto y cabal. Por eso, cuando esa otra noche Josep desapareció a la hora de la cena, enseguida intuí que su deseo lo había arrastrado a aquel cuarto del Barrio Chino. Y, efectivamente, allí estaba, al pie de la puerta de la taberna, estremecido de rabia y frío, sorbiéndose los mocos e intentando encender un cigarrillo aromático, como si este gesto lo acercase más a ella. No me resultó difícil interpretar el delirio que anidaba en su mente. Josep había estado varias horas controlando el tráfico que subía por las escaleras, sin poder soportar la idea de compartir aquella mujer con otros hombres, muchos de ellos viejos. Hablaba de ella como si ya le perteneciese. Le dije que el corazón de Tina era un corazón expansivo, generoso, que no podía amar a un solo hombre, que los quería a todos por igual. Me costó muchísimo convencerlo para que me acompañase a casa y recuerdo que al día siguiente bajé hasta una tienda junto al Arco del Teatro para comprarle una bola de cristal con nieve. Cuando Josep recibió mi regalo, debió de sentir el mundo en sus manos y se quedó embobado ante la casita sumergida sobre la que caían, lentos, los copos artificiales. Estaba tan entusiasmado con la bola que no puso reparos a entregarme las fotografías de aquella mujer que lo había defraudado. Lo cierto es que, durante mucho tiempo, cargué con la responsabilidad de ese desengaño, y aquella tarde culpable permaneció siempre en mi cabeza como un moratón impreso en la piel.

El llanto suave de Laura acompaña sus palabras y todos parecemos conmovidos por la historia. Rosie intenta tranquilizarla, pero Laura ahora se ha quedado en ese lugar y en ese tiempo que le pertenece en exclusiva.

—Creo que lo que hiciste con tu hermano es una prueba de amor, querida. Tom, mi hijo mayor, también se escapó de casa con catorce años. Casi me vuelvo loca aquella noche.

—¿Por qué se escapó? —pregunta Laura mientras Luisa trae el postre.

—Nunca lo supimos. Siempre fue un niño solitario. Le dio por ahí. Apareció al día siguiente de haberse escapado. Como si no hubiese ocurrido nada, estaba comiendo una manzana delante de la puerta del colegio. Para matarlo. Era muy difícil adivinar lo que pasaba por su cabeza. Era un niño inteligente, pero tan raro que solía asustarnos.

Las palabras de Rosie me hacen volver a Ady, que también era un ser peculiar que había empezado a caminar a los ocho meses y dijo sus primeras palabras muy pronto. Todo el mundo estaba impresionado con la chiquilla. Recuerdo que a los pocos días de entrar en aquella escuela infantil en Joralemon Street, la profesora llamó a casa y nos dio un susto terrible al insinuar que la niña era superdotada. Basaba su suposición en un dibujo que Ady había hecho en clase. La profesora, como si acabase de descubrir la pólvora, no podía disimular una emoción que a nosotros nos molestaba, y nos mostraba aquella mesa con solo tres patas que Ady había dibujado en perspectiva. Por suerte, su superdotación no consistía más que en una inteligencia y en una madurez ligeramente superiores a la media.

—Ady también era una niña complicada. Siempre estaba pensando en la muerte, imaginando terribles accidentes de tráfico en los que moríamos.

—Quizá salió a su madre. Yo también era así de pequeña.

—Con doce años Ady fue capaz de escribir una novela en la que contaba la vida de un mono al que el circo y la vejez habían abandonado en Central Park. Laura, a ti te gustaba mucho esa historia y siempre me decías que la vida de aquel simio solitario, que buscaba con desesperación la risa y el calor de los niños, era en realidad la propia historia de nuestra hija, obsesionada con llamar la atención del modo que fuera con tal de conseguir amigos. Recuerdo la ocasión en que leímos los dos la novela con un nudo en la garganta porque sabíamos que aquella ficción fijaba el sufrimiento de nuestra hija, y cuando llegamos al final y comprobamos la crueldad de los propios niños torturando y riéndose del aspecto moribundo del mono, a mí me entraron ganas de ir al colegio para leerles la cartilla a todos los compañeros que le hacían la vida imposible a Ady. Y si no lo hice no fue solo por un acceso de cordura, sino también porque sabía que mi hija nunca me perdonaría que me metiera en asuntos que eran exclusivamente suyos. Ella sola se valía por sí misma y no necesitaba de nadie que la ayudase.

—¿No tenía amigos? —se extraña Rosie.

—En los recreos se quedaba sola en clase para leer libros, escribir poesías o dibujar paisajes a lápiz. Tenía talento y visión artística. Por eso, cuando llegó al instituto de Parkside Avenue empezó a venir por la tienda y se hizo con una cámara que, en sus manos, iba a ser para siempre un juguete y una amiga insustituible.

Vuelvo a llenar las copas. Bernie enciende un cigarrillo. Tiene los ojos medio cerrados. Parece concentrado en algún tipo de pensamiento feliz y me dice que les cuente el relato del viejo cojo. Laura me mira de una manera profunda e inquietante.

—A Ady le premiaron ese cuento en el colegio. Se titulaba El naufragio de Paul Rose. Era la historia de un viejo profesor que hacía su primer viaje en barco y se había roto una pierna cuando se dirigía a su camarote. Lo que en un principio era su desgracia se convirtió en su salvación, porque una noche de mar agitado, el barco chocó contra algo contundente y comenzó a hundirse. El pánico se apoderó de la tripulación y de los viajeros, y todos, excepto el viejo que no podía moverse, lucharon por amontonarse en esos botes salvavidas que el mar se encargaría de estrellar contra las rocas. Con una perfección adulta, Ady contaba en ese relato la angustia del viejo abandonado que veía como el agua iba llenando el camarote hasta que milagrosamente la quilla del barco encallaba en una de las rocas con las que habían chocado y no naufragaba del todo. Paul Rose, que era como se llamaba el viejo, aguardaba la muerte, pero Ady se valió de toda aquella espera para ir contando la vida de ese hombre del que nadie se acordaba y que fue el único superviviente de esa tragedia colectiva.

—Es una hermosa historia —interviene Rosie—. Su desgracia fue su fortuna.

—Exactamente —dice Bernie—. Lo mismo que yo para ti.

Rosie amaga con darle una bofetada a su futuro marido y después le revuelve el pelo en un gesto cariñoso.

—Creo que ya es tarde, cariño. Debemos irnos.

Bernie le da un último trago al vino y se levanta con cierta dificultad.

—Tenéis que hacernos una visita a la chabola.

—¿Vais a vivir allí? —pregunto.

—Sí. Para los dos es suficiente. No creo que Rosie quiera tener más niños. ¿O sí?

—¡Qué tonto eres!

Laura me acompaña a la calle para despedirlos. Antes de encender el motor, Bernie me guiña un ojo y Rosie aprieta los labios en un gesto de compasión. Y así, mientras el Chevrolet desaparece, Laura y yo permanecemos en silencio, cogidos de la mano, como dos seres perdidos en un desierto.

XIII

Sentarme en el porche se ha convertido en una rutina. El sol da aquí por las tardes. De mañana, sobre todo si el día está abierto y cálido, es un lugar fresco y agradable en el que me gusta leer y actualizar los hechos más destacables ocurridos en los últimos cuarenta años. Me interesan las noticias de Europa y todo lo relacionado con España. La división de Alemania, la muerte de Stalin, la revolución de Cuba, la muerte de un tal Kennedy que era la esperanza de muchos americanos, la guerra del Vietnam, la minifalda, la llegada del hombre a la luna o la muerte de Franco van llenando mi cabeza vacía y asombrada. No sé quién es Elvis Presley ni ese John Lennon que mataron hace dos años, pero sí soy consciente de todo lo que me he perdido. Leyendo cada una de estas noticias intento situarme en el mundo e imagino el efecto que pudieron haber causado en mí.

Por la tarde, el sol irrumpe en el porche y en días como hoy, que parecen de verano, el cuerpo se rinde a la somnolencia. Estoy así un rato, aplastada por esta pesadez hasta que, de repente, mi imagen se proyecta en las escaleras como una aparición. Dejo caer los párpados sobre los ojos, pero no consigo borrar esa impresión porque, cuando los abro de nuevo, mi silueta permanece ahí, en esa persona de mediana edad que es mi doble. No doy crédito a lo que veo. Prefiero pensar que la luz de la tarde enseguida me liberará de esta ficción y anulará este espejismo en el que los efectos del paisaje configuran ese rostro de lo que pude haber sido veinte o treinta años atrás. No, no es posible que esa mujer sea yo y que mi fantasía pueda alimentarse de una realidad tan palpable. Por eso, me asusta el hecho de que ella venga hacia mí, como si quisiera fundir conmigo su recuerdo, y me quedo clavada en una indecisión tan torpe que, por un instante, solo me tranquiliza la certeza de estar atrapada en las profundidades de un sueño. Y es el contacto de ese cuerpo el que me hace ser consciente de que no es un recuerdo lo que estoy abrazando sino una mujer que tiembla en mí con una tierna delicadeza y me habla en un catalán dulce y contraído. Por un momento tengo la impresión de que es mi propia conciencia la que me está diciendo que la perdone, que lo siente mucho, pero, en cuanto la voz se envuelve en un lamento suave, una pregunta brota en mi boca.

—¿Eres Diana?

—Sí.

—¡Dios mío!

Instintivamente me llevo las manos a la boca y veo por primera vez el asomo forzado de una sonrisa en su rostro arrugado por el llanto. ¡Sí, es Diana! ¡Mi sobrina! ¡Es increíble cómo se parece a mí! Llora y no hace más que pedirme disculpas.

—¡Qué sorpresa!

Vuelve a abrazarme con intensidad para probar el milagro de hallarme viva y me entrega una carta que enseguida reconozco, porque la escribí en la cárcel de Ventas, en un momento en el que la vida para mí ya no tenía ningún valor. Es curioso el tiempo que ha pasado desde su escritura y, aun así, hoy podría dictarla casi de memoria, porque sus palabras están registradas en mi mente con una nitidez asombrosa. Tal vez la proximidad de mi muerte aplicó a esas horas una concentración última, desesperada. La carta tiembla en mis manos como un cuerpo vivo y tengo que posarla en mi regazo porque quiero ver de nuevo mi rostro calcado en el de Diana. Saber que nunca me puse en contacto con ella me produce en el pecho una punzada de culpa, una omisión imperdonable y egoísta.

—No puedes hacerte una idea de la alegría que me acabas de dar, querida. ¿Y la familia?

—Mamá murió hace mucho tiempo, cuando yo apenas era una niña. Papá… sí, vive, pero está enfermo. Ha perdido la cabeza y necesita atención especializada. Los abuelos también fallecieron hace años.

Esta noticia luctuosa no me duele tanto como el estado de mi hermano Andreu. Tan fuerte como era, pobre. Resulta curioso que a ambos la cabeza se nos haya vaciado, aunque en la suya ya no parece haber lugar para la esperanza. Mi caso es más benévolo.

—¿Cómo me has encontrado?

—Nuestra Mercè me llevó hasta el señor Escortell, y él a Mercedes Núñez.

La emoción me atraviesa y no puedo contener las lágrimas ante la noticia sorprendente de saber vivas a estas personas, sobre todo a Mercedes, la fervorosa comunista, esa especie de hermana mayor que compartía conmigo los desacuerdos con los padres, la misma sensación de exclusión, de no pertenencia a nuestras propias familias.

—Escribió dos libros, uno sobre su estancia en la cárcel de Ventas y otro acerca del campo de concentración. Te los he traído como regalo. Los tengo en el hotel.

No puedo creerlo. ¡Ella también estuvo en Ventas! Me asusta pensar que tal vez compartimos destino y nuestras vidas se rozaron sin encontrarse. Esta nueva coincidencia de haber compartido el infierno y haberlo contado, provoca en mí una honda conmoción.

Bob asoma la cabeza por el quicio de la puerta y clava su mirada inquisitiva en la mía. Como respuesta, acaricio el rostro de Diana y procuro borrar el asombro de mi pobre marido, que parece estar viendo un fantasma. Soy consciente de nuestro parecido y el susto de ver una réplica mía lo ha dejado mudo. Bob se acerca a ella con un movimiento lento, demorado, y la abraza con una euforia que se me antoja sincera. Tal vez está acariciando un recuerdo.

—Bob te acompañará al hotel para que recojas tus cosas.

—Esta es tu casa, Diana ¿Cuál es el hotel?

—El Plaza. No quiero molestar.

—Me ofenden tus palabras. Lo que no sé es si aquí tendrás tantas comodidades como en ese hotel, que está en uno de los mejores sitios de Manhattan. En media hora estaremos allí. Ady, tu prima, vive cerca, en Central Park West. Cojo las llaves y salimos para allá.

Me gusta escuchar así a Bob, tan hospitalario. Parece estar más contento que yo. Vuelvo a abrazar a Diana, como si me estuviese abrazando a mí misma. La emoción es mutua y, a pesar de que en mi cabeza hiervan las preguntas, este silencio es mucho más elocuente que cualquier palabra. Diana es una isla para mi desconcierto y me duele cuando veo que Bob aparece de nuevo en el porche, vestido con ropa nueva y un manojo de llaves en la mano izquierda.

—Laura, volveremos enseguida.

Me quedo sola, sin saber el motivo por el cual no puedo acompañarlos. Esta actitud tan brusca y repentina me hace desconfiar de Bob. Por vez primera desde mi regreso del hospital, siento hacia él un poco de rencor. Sospecho que aprovechará el viaje para ponerla al tanto de todo y entonces ella me tratará ya como a una enferma. Puede que esta advertencia sea lo mejor. Más pronto que tarde, Diana tendrá que saberlo. Lo importante es que su presencia aporta noticias de esa vieja realidad en la que aún existo e introduce en mi cuerpo un entusiasmo que hace que deambule sin sentido de un lado a otro de la casa. Estoy eufórica y el arrebato va formando en mi interior un remolino de

preguntas para las que ella, con certeza, tendrá muchas de las respuestas. Su llegada es un estímulo que me traslada a un estado confortable, a la posibilidad de recomponer algunas de las historias de ese pasado habitado. Existo en el recuerdo ajeno, pero eso no me ayuda a superar el fracaso de mi memoria y el esfuerzo de complacerlos, de compensar el hecho de haberlos abandonado de un modo tan absurdo. Cuando alguien me toca con su mirada, despierta en mí un escalofrío porque no sé si algo de mí vive en él. Me atormenta cruzarme con gente que no sé si me conoce o no. Me siento frágil y desamparada, como si caminase desnuda y todos pudieran ver el vacío oscuro de mi cerebro. Con Diana es diferente. Mi memoria se prolonga en su voz. Y aunque me duelan las muertes o la enfermedad de Andreu, la presencia de Diana también me trae un mundo que aún late en mi cabeza como algo vivo: Andreu, Mercedes Núñez, el señor Escortell, Mercè…

Cuando vuelven del hotel, compruebo que Diana y Bob han establecido una confabulación que me agrada y me molesta al mismo tiempo. Es como si él estuviese alejándome de ella. Lo percibo en el tono confidente de sus voces, en la impresión casi familiar de sus gestos. No estoy segura de si él le ha hablado de mi amnesia, supongo que sí. Durante un buen rato hablan como descosidos y, a veces, incluso pienso que me hacen de menos o creen que estoy ausente. Tal vez no lo hacen a propósito y simplemente intentan caerse bien el uno al otro gastando toda la saliva en el intento. Bob capitaliza las preguntas y Diana nos cuenta que está en proceso de divorcio, que no tiene hijos, que sigue siendo la dueña de la antigua fábrica, que Barcelona ha cambiado una barbaridad… Yo permanezco a la espera y, cuando veo el momento, aventuro una de las muchas preguntas que me inquietan.

—¿Dónde pasabais el verano?

—En el Maresme, en una casa en El Masnou, a pie de playa.

—¿Nunca fuisteis a Galicia, a la tierra de tu madre?

—Mamá estaba demasiado enferma para viajar. Eran los abuelos gallegos los que venían a Barcelona. Papá y yo fuimos un par de veces a O Caramiñal, ida por vuelta, para el entierro de los abuelos.

Me duele saber que mi familia dejó de ir a O Caramiñal, a esa hermosa casa de O Areal que se alzaba sobre la playa, esa antigua fábrica de salazón que resultó el refugio perfecto durante los años de la guerra hasta que las tropas rebeldes ocuparon Barcelona y la familia pudo por fin volver al piso de la Rambla y recuperar la fábrica que le habían requisado los anarquistas. Aquellos eternos viajes a Galicia que hacíamos todos los

veranos suponían para mí un regreso al paraíso. Esa sensación tal vez surgía del hecho de que yo era una niña de ciudad, educada en un ambiente de estricta observancia, y en la casa de O Areal se dibujaba un paisaje de libertad en el que cabían amores, paseos en barco por la ría, horas infinitas de baño en la playa, días enteros ganduleando sin la presencia vigilante de la familia o de las criadas, tardes de aprendizaje fotográfico con don Hermógenes Garita o con el boticario Nardo Rutllá, ese amigo inventor que insistía en que algún día daría la vuelta al mundo en un globo gigante, él, que había caído en las garras de la morfina y nos llevaba de excursión a esa sierra cargada de balcones verticales en los que perseguíamos la luz misteriosa. Lo cierto es que con mi pregunta lo que en realidad buscaba era algún rastro de Máximo. No lo sé. Tenía la esperanza de que Diana supiera algo.

—Las vacaciones estaban reservadas para la casa que el abuelo Gregorio había comprado en el Maresme. Allí solíamos pasar largas temporadas. Lo que sí he descubierto no hace mucho es que fui concebida en Galicia, en A Pobra do Caramiñal. Y además, en tiempos de guerra. Tú lo recordarás mejor que yo.

—Tus padres nos dieron una gran sorpresa a todos. La suya fue una relación secreta. Nadie sabía que los dos estaban enamorados… Las familias se trataban y, de repente, aparece tu padre una noche en casa y nos suelta que va a casarse con Aurora. Intentaron quitárselo de la cabeza por todos los medios porque tu madre era una persona enferma, pero él bebía los vientos por ella y no hubo manera. Yo asistí a la boda y poco después fue cuando me detuvieron.

Bob capta mis deseos y nos dice que nos sentemos en el sofá mientras sirve el café. Agradezco esta pequeña intimidad con Diana y aprovecho para acariciarle el rostro. Es como si estuviese tocando una pieza de cerámica milenaria.

—Aún no puedo creer que hayas conseguido dar conmigo. No has terminado de contarme cómo has llegado hasta aquí.

—Fue más fácil de lo previsto. En las cartas enviadas a la casa de la Titana hablabas de un amigo especial llamado Lucien Giraud, natural de Carcassonne. Este fue el siguiente paso.

—¿Y diste con él?

Diana parece percibir la angustia de mi pregunta y me coge las manos en un gesto que entiendo como algo preventivo, la preparación para una confidencia dolorosa que enseguida se confirma.

—Lucien está muerto. Estuve con su mujer y su hijo, que se llama como él.

La noticia me duele en lo más hondo, pero también es verdad que siento una enorme curiosidad por saber qué ocurrió entre nosotros y quién llegó a ser su mujer. Soy consciente de que si hago efectivo mi interés, Diana se extrañará de mi ignorancia. Por suerte, es ella la que se adelanta y soluciona el problema.

—Marie me confesó lo mucho que te odiaba por haberle robado el corazón a Lucien. Debió de ser muy duro para ella convivir con la idea de que él estuvo enamorado de ti hasta el mismo día de su muerte. Fuiste un fantasma que se interpuso entre los dos.

Marie, sí, Marie Tessier, que era tan crítica con las iniciativas del grupo y vivía encima de la panadería de Louise. Ya entonces le costaba disimular su amor por Lucien. Es increíble que acabasen juntos, porque el propio Lucien desconfiaba de ella y no se llevaban demasiado bien.

—Meses después de tu detención, Lucien fue apresado también por la Gestapo y estuvo un año en la cárcel. Con el tiempo, llegó a ser comisario de la República y uno de los organizadores de la Liberación. Estuvieron un tiempo en Toulouse y después se instalaron en Carcassonne. Lucien fue alcalde. En Toulouse existe una calle con el nombre que usabas en la Resistencia. Él fue el promotor.

No sé qué ocurrió exactamente a mi regreso del campo de concentración, pero la noticia es un estremecimiento de ternura y gratitud que enseguida suma la sensación de deslealtad por mi indiferencia ante su amor entusiasta. No puedo decir que yo no amara a Lucien. Lo que ocurrió fue que no lo amé como él quería que lo amase.

Bob nos sirve el café y un bizcocho que ha preparado Luisa. Está contento.

—¿Sabías que escribí un libro?

—Sí. Él ya me ha contado lo de la amnesia y lo del comandante nazi.

—Olvidar estos años es lo mismo que no haber sido.

—No debes preocuparte. Verás como todo se arregla.

Diana se levanta, sube a la habitación y vuelve enseguida con dos paquetes. Primero me da el más grande y, efectivamente, después de rasgar el papel, descubro los volúmenes de Mercedes Núñez. Uno de ellos está escrito en catalán y el otro en francés. Con ellos contra mi pecho, me

concentro en la amiga de las Juventudes Socialistas que, poco antes de la guerra de España, se afiliaba al PSUC y hacía todo lo posible para convencernos a todas de que ese era el único partido capaz de salvar el mundo. En este momento en que, de modo sucesivo, despiertan imágenes en el Ateneu Enciclopèdic o en el Club Femení de Sports, alcanzo a recordar el tono firme de su voz y el ímpetu con el que expresaba su compromiso social. Saberla viva es una noticia fantástica. Recuerdo que durante la guerra yo le había escrito unas letras desde O Caramiñal, pero nunca me llegó contestación de Barcelona, lo que me hizo sospechar que había sido asesinada por las tropas rebeldes. Me aferré a esa idea como quien acepta una evidencia trágica y se resigna a ella. En ese tiempo de guerra, pese a mi decisión de ayudar a los huidos en la sierra, me lamentaba de mi cobardía, que me impedía volver a Barcelona y luchar al lado de Mercedes Núñez y otros camaradas. En aquellas noches, cada vez que oía las noticias y veía que mi ciudad estaba libre de los fascistas, sentía un estremecimiento de orgullo y me odiaba a mí misma por estar a más de mil kilómetros, ajena a aquella euforia colectiva en la que siempre imaginaba a Mercedes Núñez en cabeza. Es cierto que Máximo me empujó a quedarme, pero también tuve miedo, un miedo diferente al de mis padres, que tenían la certeza de que si regresaban a Barcelona serían fusilados. Cualquier comentario sobre esto en la casa de O Areal era como pisar un campo de minas.

En los primeros meses de la guerra, a última hora de la tarde solía acercarme a la casa de Máximo y allí, sentados en la mesa camilla junto a sus padres, escuchábamos Radio Pirenaica con una alegría furtiva y brindábamos por el avance de las tropas leales a la República. Marta, su madre, era la única que no celebraba nada. Quizá ya sospechaba el futuro de su marido y vislumbraba las garras que no tardarían más de un año en llevarlo a la cárcel. Pero yo no comprendía esa tristeza y acogía los éxitos de la guerra con una euforia contenida sin dejar de meditar en la posibilidad de que mi amiga Mercedes Núñez estuviese detrás de las interinas derrotas de los alzados. Y aunque mi participación ya había comenzado a ser activa, una y otra vez continuaba reprochándome el no estar en Barcelona para la defensa de la ciudad junto a mi amiga comunista.

Rasgo el papel del otro regalo que me trae Diana y me veo invadida, primero por la sorpresa, y después por una honda emoción que me quita el aliento y me hace llorar. Es el libro que Pablo Neruda me había firmado una tarde en la cafetería del loro sabidillo.

—¡Esto sí que es un tesoro! Todavía recuerdo de memoria algunos de sus versos:

Para mi corazón basta tu pecho,

para tu libertad bastan mis alas

El llanto hace irreconocible mi voz y Diana acaricia mi rostro con sus manos delicadas. Es un regalo que me conmueve.

—¿Cómo conseguiste llegar a Neruda siendo apenas una niña de catorce años?

—Aparentaba más edad. Con once ya tenía pecho y tallaba casi lo que tallo hoy. Lo conocí a través de Mercedes Núñez. En los meses que Neruda estuvo de cónsul en Barcelona, mi amiga trabajó de secretaria para él. Siempre que yo iba a buscarla, aguardaba abajo y disparaba la cámara cada vez que el poeta chileno salía del consulado. Más de una vez Neruda reparó en mi presencia, pero nunca dijo nada hasta que un día me vio hablando con la que era una de sus secretarias, y le preguntó por mí. Cuando Mercedes le dijo quién era yo, el poeta se tomó cierto interés en conocerme, no tanto porque fuera una admiradora suya o una prometedora fotógrafa, sino porque mi nombre era Laura, como el de su hermana, y ese tal vez fue el motivo principal por el que Neruda se procuró una cita conmigo y accedió a que yo lo fotografiase en aquella cafetería de la Rambla de los Pájaros en la que había que tener cuidado con aquel loro parlanchín. La tarde de la cita, Neruda se acercó a él y le susurró un par de versos cortos. ¡Y el condenado pájaro estuvo repitiéndolos durante varios minutos! Guardo bien en la memoria cada una de las palabras del poeta, el tono de su voz, la forma demorada con que dibujó este ojo y la dedicatoria, y sobre todo, la sensación de que no era conmigo con quien hablaba sino con la ausencia de su hermana. Días más tarde, cuando Mercedes le entregó las copias que yo había positivado, al parecer el chileno alabó muchísimo las fotografías y escribió en el reverso unos poemas que le envió a su hermana Laura. Aquello me hizo mucha ilusión. Y fue una lástima que Neruda se marchase a Madrid porque, de haberse quedado en Barcelona, es probable que me hubiese invitado de nuevo a tomar un café con él. Meses después de su marcha volví sola a la cafetería y ¿querrás creer que, solo con decirle la primera palabra, el maldito loro se acordó de uno de los versos del poeta?

Me gusta el asombro de Diana, que acaricia con el índice el dibujo del ojo enmarcado y la dedicatoria como si estuviese rozando los trazos suaves de su caligrafía: “Para el ojo intrépido que toca lo invisible”.

—En casa también guardo tu máquina de escribir portátil, una muñeca de porcelana, un gramófono, una vieja cámara de fotos, fichas ilustradas de películas, fotografías, dibujos y las versiones originales del Fausto de Goethe y Los miserables de Victor Hugo. Esta pulsera de plata que llevo puesta es tuya. ¿La recuerdas?

—Claro que sí. ¿Cómo no voy a recordarla? Fue un regalo de Máximo que le quemó los ahorros de las clases particulares que nos daba en la escuela de verano de los hermanos Axeitos. La efigie que aparece en las monedas es la Penélope de La Odisea.

Diana hace el gesto de quitarse la pulsera, pero enseguida le digo que no, que de ninguna manera, que prefiero que sea ella quien la lleve puesta. Para secundar mi decisión, me aparto y estrecho los libros contra mi pecho como si estuviese ciñendo el cuerpo del pasado. Estoy así un buen rato, ovillada en mí misma, atrapada por la nostalgia de los objetos y el estímulo cada vez más grande de volver.

XIV

Hoy me siento más fuera de Laura que nunca. La llegada de Diana me ha desplazado y he decidido alejarme para dejarlas solas compartiendo el hechizo de su pasado. Bernie se ofreció para venir a buscarme, pero he llamado a este taxi que ahora va camino de Dooley Street.

Llevo abierta la ventanilla y dejo que el aire golpee mi rostro porque he vuelto a beber a escondidas, como un vulgar borracho que busca en el alcohol una salida confusa a su sensación de dejadez y pesar. Lo cierto es que el whisky provoca en mí una exaltación infantil que hace que la noche sea más ligera y absorbe las luces como el curso de un río de colores.

El pelo rubio del conductor del taxi me hace pensar en el dentista, en la dureza de su mirada, en esa arrogancia suya que pudo con mi voluntad. Sé que Bernie jamás me lo dirá, pero muy dentro de sí lamenta que yo no lo matase. Y lo peor es que, a medida que me alejo de ese momento violento y tenso, una culpa imprecisa se apodera de mí. Fui un cobarde. El taxi aparca junto al Chevrolet y, antes de apearme, ya veo a Bernie. Está al fresco, sentado en el banco de madera, bajo el manzano. En la rama más gruesa ha atado una soga de la que pende un zapato que usa como cenicero. Han cortado la hierba, y todos los utensilios que había en el césped han desaparecido. La llegada de Rosie lo ha revolucionado todo.

Como un vigía herido en lo alto de su almena, Bernie fuma y, en señal de bienvenida, agita una cerveza con la mano izquierda.

—Cuando muera quiero que depositen mis cenizas en este zapato. Te encargarás de que así sea.

—Ya veremos quién de los dos se muere antes.

Me siento junto a él y nos quedamos mirando las primeras estrellas que asoman en la oscuridad. El aire arrastra el aroma de la hierba segada.

—¿Cómo es Diana?

—Clavada a Laura. Cualquiera diría que es su hija.

—Entonces es guapa.

—Sí que lo es. Y parece buena persona.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—No lo sé. Tengo la impresión de que estoy perdiendo a Laura.

Bernie me escudriña, casi con desprecio, como si yo acabase de insultarlo, y me reprocha mis palabras con una voz grave, ligeramente exaltada.

—¡Pero mira que eres imbécil! Comprendo que es una situación difícil para ti, pero lo es mucho más para ella. No deberías quejarte. Ella acaba de llegar a casa y tú ya te sientes derrotado. Siempre fuiste un llorica. ¿Es que no eres consciente de todo por lo que ella ha pasado? ¿Has olvidado el amor de todos estos años?

—Yo no, ella sí —me defiendo.

—Pues cuéntaselo todo. Tiene que saberlo.

—Me faltan las fuerzas. Sé que es extraño, pero a veces incluso juraría que no tiene demasiado interés en recuperar esa parte de su vida.

—No te entiendo, Bob. Después de todo lo que ha sucedido, me saca de quicio tu pesimismo. Es ridículo. Tienes que tener paciencia.

El sermón de Bernie estimula en mí algo de esperanza y alerta a Rosie, que sale del bungalow con un par de cervezas y una sonrisa relajada, maternal, llena de atractivo. Hay algo en ella que inspira sosiego.

—¿Todo sigue igual?

—Más o menos. No entiendo cómo todavía no has abandonado a este poeta fracasado. ¿De veras vas a casarte con él?

Rosie se sienta con nosotros en el banco y se refugia en el brazo derecho de Bernie.

—Quizá es que ya me he acostumbrado a los fracasos.

Su felicidad gastada me produce una sensación tan agradable como la de esta cerveza fría que bebo con un placer íntimo. La venda de la cabeza de Bernie me devuelve a la guerra.

—Ayer por la noche se me apareció John Pulber en sueños.

—Era un buen cámara, pero le apestaban los pies.

La observación de Bernie recupera el olor duro de aquel soldado que formaba parte de nuestra unidad fotográfica. Rosie, a la que curiosamente le gustan las historias de guerra, levanta la cabeza y nos echa en cara nuestra nostalgia recurrente.

—No entiendo cómo podéis echar de menos esos años, con todo lo que tuvisteis que pasar.

—No te creas, Rosie. Éramos unos privilegiados. Teníamos ciertas ventajas con respecto a los soldados. Podíamos movernos con libertad y nuestras credenciales nos daban cierto poder, porque los oficiales tenían la obligación de aportarnos toda la información que precisásemos. Esa autonomía casi siempre tentaba el mal genio de muchos soldados, que nos veían como una especie de zorros que aparecían y desaparecerían cuando les venía en gana.

—Es cierto, cariño. En ese ir y venir de la guerra, nosotros conocíamos por adelantado los planes y estábamos en el frente sin contacto con los superiores, viviendo como parias en algún edificio abandonado. Éramos los primeros en llegar a las aldeas liberadas y nos recibían con una euforia tan encendida que podíamos tomar lo que nos viniese en gana, incluso el cuerpo caliente de algunas chicas que iban dibujando el mapa exacto de nuestro avance hacia Alemania. ¿Recuerdas, Bob, cómo amaban aquellas muchachas con sonrisas de cerveza que se dejaban fotografiar desnudas?

—Claro que lo recuerdo, maldito cabrón, como tampoco olvido tu negocio con los negativos. Los soldados vendían el alma por ese deseo velado y no les importaba dar dinero, alcohol, cigarrillos o un buen pedazo de comida con tal de poder tener en su mente una inspiración carnal. La fotografía fue un buen negocio para ti en el frente de batalla.

Rosie se vuelve hacia Bernie y busca una confirmación.

—¿Vendías fotos de mujeres desnudas?

—Siempre he sido un negociante. ¿Qué quieres?

—No todo eran privilegios —explico—. Los fotógrafos, la mayor parte de las veces, estábamos desamparados y no teníamos adiestramiento para defendernos con armas. Cargábamos con mucho peso y el enemigo en quien primero se fijaba era en nosotros,

no solo por el ruido que hacíamos sino también por el riesgo de exponernos temerariamente al fuego enemigo para obtener las mejores instantáneas. Además, cuando se desataba algún combate, los soldados huían de nosotros tanto como del enemigo porque las películas que llevábamos a cuestas eran material inflamable. Mira el pobre John Pulber.

Me quedo callado porque este cámara de Cincinnatti murió abrasado muy cerca de mí cuando un proyectil impactó en su mochila y la encendió como a una estopa. Es una pena terrible que aún hoy me acecha como un lobo hambriento: su olor a carne quemada y el golpe en la cabeza que me aplasta contra el suelo y me hace perder el sentido.

—¿No fue ahí cuando este animal te salvó la vida? —pregunta Rosie colmando de ternura sus palabras.

—Sí. Me desperté en el hospital de campaña, tenía la cabeza vendada y no me acordaba de nada. Fue el médico de la compañía quien me contó que Bernie, desobedeciendo órdenes superiores, había arriesgado su vida por mí. Atravesó las líneas enemigas para rescatarme de manos de los nazis. Él puede contarlo mejor que yo.

Bernie frunce el ceño. Nunca quiere hablar del tema y, de golpe, se pone en pie.

—Empieza a hacer bastante fresco. Es mejor que entremos. No vas a reconocer la chabola por dentro, Bob. Lo que ha trabajado esta mujer en ella, ¡madre mía!

No me importa la modestia de Bernie, la negativa a recordar esa locura suya que me hizo nacer de nuevo. En el fondo, me gusta ese silencio que es un nuevo regalo y vuelvo con ellos a la casa por el sendero de grava.

Todo está ordenado y limpio. La mano de Rosie se ha dejado sentir. Mi asombro es evidente. El suelo está reluciente y la sala parece mucho más grande que antes. Quizá se deba a que Rosie ha recogido todas las fotografías que había por las paredes. No lo sé. Ahora solo queda el retrato de los padres de Bernie y una foto en la que estamos Laura, Bernie y yo sentados en la arena en Coney Island. Incluso los estantes con los libros ocupan un lugar distinto.

—Esta mujer no para. Mira la alcoba y el baño.

Entro en su cuarto como si lo hiciera en un sitio desconocido y vuelve a sorprenderme el cambio. Rosie le ha dado la vuelta a todos los objetos que Bernie ha ido amontonando durante los últimos años. Sospecho que todo está guardado en las cajas

de cartón que hay en la parte trasera de la casa, junto a una escalera de tijera apoyada contra la pared. El baño brilla y han desaparecido incluso los lamparones de las paredes y la costra de los espejos.

—Mis otros maridos eran mucho más cochinos que él. Bernie solo es un poco desordenado.

—Todo esto no me parecería mal si no me volviese loco para encontrar mis cosas.

Bernie rezonga, pero no logra disimular la satisfacción de este nuevo estado casi nupcial en el que se encuentra. Hay en su mirada un punto engolado que lo delata.

Nos sentamos los dos en el sofá y esperamos a que Rosie traiga la botella de whisky y los vasos con hielo. Bernie se rasca la venda justo en el momento en que ella le dice que es pronto para beber.

—No puedo dejar solo a Bob.

El primer trago me hace cerrar los ojos y siento el vértigo del alcohol recorriendo mis venas, el agujero profundo que no consigue alejar la preocupación de dejarlas solas a las dos precisamente el día de la llegada de Diana. Tal vez no me echan en falta y sientan que soy un verdadero estorbo para ellas. No lo sé.

Bernie coge una carpeta azul debajo de la mesa y separa las gomas para mostrarme varios documentos con fotografías en blanco y negro.

—Son fichas de nazis. Puede que estén en la ciudad. Si quieres puedes ayudarnos.

—Ya tengo suficiente con Laura. Tal vez más adelante.

Me agrada esta nueva disponibilidad de Bernie. Colaborar con la OSI lo compromete y absorberá su tiempo. Es cierto que la persecución de otros nazis nunca alcanzará la obsesión que le supuso Heinrich Artmann, pero el placer solitario de ir tachando nombres de asesinos puede compensar su dedicación.

—Algunos de estos cargan con más muertes que nuestro comandante.

Una inercia viciosa me arrastra al vaso y bebo el whisky con avidez. Creo que ya estoy algo achispado. La cabeza me flota en una espiral que lo mezcla todo. Los padres de Bernie, envarados en su retrato, me miran y parecen querer decirme algo con su acento seco de Alabama. Rosie también tiene un vaso en la mano y se hunde en el sofá.

Está cansada. No debí haber venido esta noche. Siento que me he precipitado y apuro mi whisky antes de mi marcha.

—¿Qué prisa tienes?

—Ya es más de la una y mañana quedamos en dar un paseo por la ciudad antes de comer en el apartamento de Ady. Llamaré a un taxi.

Bernie me lanza una mirada de desprecio, se pone en pie y coge las llaves que están encima del recibidor. Rosie me da un abrazo y nos acompaña al coche.

—Paciencia, Bob.

El coche avanza y veo por el retrovisor que Rosie se queda atrás como un recuerdo viejo e indefinido.

—Laura está hoy entusiasmada y no echa de menos lo que ha olvidado. Soy un obstáculo para su felicidad. Si no recupera la memoria, ya nunca podrá amar a un viejo como yo.

—¡Tú no eres un viejo! —me reprocha Bernie desde las profundidades de su cansancio—. Solo un pesimista.

—Sé que estoy perdiéndola y no puedo hacer nada por remediarlo.

—Tonterías. Cuando Laura se recupere, haremos un viaje por Europa los cuatro.

Bernie no oculta su preocupación por Laura y por mí. Y aunque entiende mi miedo y la melancolía de este dolor que intento anestesiar con alcohol, no encuentra las palabras para darme ánimos y se queda en silencio, como paralizado por la sospecha de que esta vez no podrá salvarme la vida.

XV

La llegada de Diana me ha colmado de deseo. El mundo que ella representa es un horizonte que me desvela y también me vuelve a Pablo. No dejo de pensar en él, en su llanto, que aparece a veces dentro de mis sueños como un reproche, el tormento de una culpa insoportable. Pero sé que no pude hacer nada para salvarlo. Aun así, me agrada fantasear con lo que podrían haber sido nuestras vidas si no hubiese sido por la guerra y ese parto fatal en la cárcel. Quién sabe. Lo cierto es que llevo acostada un buen rato con la cabeza sumida en ese paisaje del pasado que me atrae y arrastra mi voluntad. Una idea insensata hierve en mi interior y provoca una excitación que no me deja pegar ojo. Así que me levanto y abandono el cuarto y vago por la casa como una sonámbula. Son las dos de la mañana y Bob todavía no ha regresado de casa de Bernie.

Para borrar ese deseo espontáneo, acaricio los objetos en la oscuridad, los electrodomésticos, las plantas en las macetas, las cortinas vaporosas, el cristal frío de las ventanas, el esqueleto de las sillas… Soy un fantasma de mí misma, un ser anónimo que se busca en su propia casa. Dejo la nevera entreabierta para que su luz tenue configure las sombras y me quedo observando la oscuridad y el titilar de las luces en la calle de donde viene el temblor sordo de una ciudad que también se niega al sueño y se revuelve de rabia en su propio insomnio. Estoy así, impasible, aguardando con impaciencia una defensa para esta ansia y siento la noche crecer dentro de mí como un gusano hambriento. La luz fría y olorosa del frigorífico empuja el vacío que llevo dentro y espero con la esperanza de no esperar más. La cocina es el único lugar donde en cualquier momento algo puede suceder. Y así es, de repente, en medio de la oscuridad, creo ver mi propio fantasma acercarse y frotándose los ojos. Es Diana.

—Te he despertado.

—No, tía, me he despertado sola. Suelo tener problemas para dormir.

—Yo no consigo conciliar el sueño y Bob aún no ha llegado.

—¿Estás preocupada por él?

—No. Me gusta estar en la cocina. Es el único lugar de la casa que parece rozar esa memoria perdida.

Diana se sienta a mi lado y bebe un poco de leche fría. Su presencia absorbe mis sentidos y de su voz surge una intimidad que me tranquiliza. En ella está concentrado el único mundo en el que existo y que abre una nueva perspectiva.

—Bob es un encanto.

—Lo sé. Lo malo es que es un desconocido para mí. No sé si seré capaz de amarlo.

—Sí que lo serás.

—No, no estoy tan segura.

—Tienes que ser fuerte y estar tranquila.

El silencio de la noche es una superficie que se puede tocar, un alambre suspendido en el aire por el que ahora me decido a caminar.

—Diana, he estado pensando y quiero pedirte un favor muy grande.

—Tú dirás.

—Me gustaría regresar contigo. Quiero ver a mi hermano. Aquí tengo la impresión de ser un cadáver ambulante.

Como si mis palabras le estallasen en el rostro, Diana desorbita los ojos y se aparta un poco de mí. No da crédito a mis palabras, y así me lo hace saber.

—¡Es tu familia! Allí solo me tendrías a mí. Papá es un fantasma.

—No me entiendas mal. No tiene por qué ser inmediato. Esperaremos unos días. Sería un viaje por un tiempo. Unas pequeñas vacaciones para visitarlo. Quizá esa distancia con Nueva York contribuya a mi recuperación. ¿Me ayudarás?

—No lo sé, así, a poco de llegar… Me resulta violento.

Aprovecho su indecisión para reforzar mis palabras con un apretón de manos. Ella dibuja con la cabeza una negativa blanda que no es más que su derrota.

—De momento, es un secreto. Yo misma se lo diré.

—¿Bob también vendrá?

—No, prefiero ir sola.

Diana se sirve de nuevo un poco de leche y no para de gesticular. En el fondo, mi petición debe de hacerla sentirse bien. Es la culminación de su viaje. Lo que ella no sabe es que el destino de mi deseo no es solo Barcelona y mi hermano, sino también un pequeño pueblo en la costa gallega. La mentira arde dentro de mi boca.

—Barcelona ha cambiado mucho, tía.

—Lo supongo. Cuando pienso en Barcelona, me viene a la cabeza tu bisabuelo Francesc. Él me enseñó a leer y a viajar en los libros. Supo trasmitirme su tolerancia, muchas veces en silencio. Él libraba con tu abuelo Gregorio una guerra sorda. ¿Nunca te hablaron de él?

—En casa no se hablaba mucho del pasado. El abuelo Gregorio decía que el bisabuelo era masón y un poco dejado para el negocio.

—¡Eso es mentira! —la rabia prende en mis ojos y me hace comer ascuas—. Era un liberal sin ideología concreta y muy trabajador, que tenía amigos masones, curas, marqueses e incluso anarquistas. Cuando él dirigía la fábrica no hubo grandes conflictos. Recuerda, Diana, que todo lo que tienes se lo debes a él, y no a tu padre ni a tu abuelo. Tu bisabuelo Francesc era lo mejor de la familia. Más de una vez socorrió a las familias de sus trabajadores pagándoles el médico y las operaciones de sus hijos.

Estoy realmente asombrada de la perversión de mis padres, de cómo se valieron del silencio para sepultar la memoria de la familia.

—¿Papá tampoco te hablaba de los bisabuelos?

—No. Sé que la bisabuela era inglesa. Poco más.

—Puedo entender que te ocultasen lo mío, pero lo de tus bisabuelos me parece algo malvado.

—Háblame de ellos.

Las palabras resuenan en la noche con una carga de misterio y trascendencia. Los ojos de Diana no ocultan su interés y yo me dejo llevar por la emoción. Quiero restituir ese pasado que le robaron.

—Tu bisabuela Margaret era una inglesa alta, con una hermosura un tanto basta y masculina, como si algo en ella hubiera quedado sin terminar. Esclava de algún que otro vicio como el bingo y la canasta, procedía de una familia protestante, pero asimiló

el catolicismo romano apostólico de tu abuela Luisa, a quien solía acompañar a las misas de la catedral. Un poco por ingenuidad y otro poco por salir de casa y participar en la vida social, tu bisabuela aceptó la beatería de tu abuela Luisa y favoreció la convivencia en la casa. Formaban parte de la Junta de la Cruz Roja, aunque su altruismo era de escaparate. Las dos solían compensar el silencio que había entre sus maridos.

La nostalgia envuelve mis palabras. Observo su perfil y de nuevo me veo a mí misma hace veinte años.

—Tu bisabuelo Francesc era un ser bondadoso y el lazo más fuerte que yo tenía con nuestra familia. Murió un año antes de la guerra y, a partir de entonces, el mundo en aquel piso se volvió asfixiante para mí. Los problemas entre tu abuelo Gregorio y yo no hicieron más que aumentar. No entiendo, querida, cómo pudiste soportarlo.

—¿Soportar el qué, tía?

—Vivir tanto tiempo en la casa con tus abuelos.

—He de reconocer que soy paciente como papá. Pero yo también tengo mi historia.

Noto en sus palabras algo muy semejante a la indignación e insisto en que ella se desahogue y me lo cuente todo.

—Nací cuando tú faltaste y se dedicaron por entero a mí. Ser hija y nieta única es bueno para tener cosas materiales, pero también caen sobre ti todos los miedos y obsesiones. Yo no era consciente del fanatismo de los abuelos. El mundo de pecado que construyeron para mí no era muy distinto al que había en la mayor parte de las casas burguesas. El abuelo no se separaba de mí, hasta el punto de anular a mi padre y convertirlo en un ser insignificante. Tal vez quiso hacer conmigo lo que no pudo hacer contigo. El abuelo me parecía un hombre bueno. La fábrica funcionaba bien y en casa había dinero a espuertas… La abuela Luisa tenía un ejército de criadas y compramos la casa en El Masnou. Si quieres, iremos a verla cuando estemos en Barcelona.

—Ya veremos. Continúa.

La voz de Diana denota cierta distancia, como si me estuviese hablando en un cuarto vacío y oscuro. Estoy un poco decepcionada por el relato que hace de mi padre, ese monstruo que me abandonó a mi suerte. De cualquier modo, me interesa su sinceridad. Late en ella la necesidad de una justificación, el deseo de ser comprendida. Ahora es ella quien necesita hablar.

—Tardé mucho tiempo en descubrir la verdadera máscara del abuelo. Que éramos franquistas lo supe desde pequeña. En eso no me diferenciaba de las demás niñas con las que me relacionaba. Y en el momento de morir, el abuelo seguía siendo tan franquista como al principio. Recuerdo perfectamente que un día, a los ocho o nueve años, los abuelos me llevaron al aeropuerto Muntadas, donde los edificios estaban adornados con banderas argentinas y españolas, tapices con escudos, gallardetes y montañas de flores. El abuelo Gregorio consiguió llegar hasta el vestíbulo de viajeros y allí pude ver una hermosa alfombra de flores blancas sobre el suelo. La gente estaba ansiosa y yo notaba que también lo estaban los abuelos. Una y otra vez me decían que nunca olvidaría aquel día. Y no se equivocaron. Habíamos salido por la mañana temprano y la comitiva oficial llegó al aeropuerto por la tarde cuando yo ya no me tenía en pie. El abuelo me levantó en el aire con su brazo izquierdo y me obligó a alzar, como él, el brazo derecho para saludar al Caudillo cuando bajaba del coche con aquella mujer, que no era otra que Eva Perón. La euforia de toda aquella gente que agitaba pancartas, banderas y pañuelos blancos se quedó grabada en mi cabeza. Todavía hoy puedo ver a aquella mujer elegante saludando a la multitud desde las escaleras del avión y siento vergüenza, porque tengo la impresión de que ella cruza su mirada conmigo y me reprocha mi presencia. Yo no debería estar allí. Pero lo estaba, y nunca les perdonaré a mis abuelos aquella excursión ni el hecho de obligarme a levantar el brazo con una euforia impropia de una niña. Aun así, lo que me alejó del abuelo Gregorio fue una conversación que escuché a escondidas una tarde que volví a casa más temprano de lo habitual. Yo tenía trece años y el abuelo discutía con papá y lo insultaba a voz en grito. Me quedé escondida tras la puerta y, en aquel aluvión de reproches, el abuelo incluso tuvo palabras gruesas para mamá, quien por aquel entonces ya había muerto. Ese día, por fin, salía la bestia que el abuelo Gregorio llevaba dentro, y a partir de aquel día lo odié con todas mis fuerzas.

El desahogo de Diana ahora sí acaricia mi conciencia y funde nuestras vidas en un frente común. En sus ojos se intuye el barniz de la rabia.

—Antes de eso yo era una niña feliz, sin más quejas que la de que no me dejasen jugar sola en la calle, como hacían los niños de los barrios periféricos; en nuestro edificio bajábamos siempre acompañadas por las criadas. Con ellas montábamos en el tranvía, nos llevaban de la mano al colegio y vigilaban nuestros juegos. Lo que más me gustaba era el verano en el Maresme. Allí gozaba de más libertad. Y recuerdo que llevábamos a mamá y se le reservaba el cuarto más oscuro y fresco de la casa. Los hombres se quedaban en Barcelona y hacían turnos para venir los fines de semana. En la ciudad siempre se quedaba alguna criada para atenderlos a ellos y a los canarios. La ausencia del abuelo Gregorio suponía cierta relajación en la casa junto al mar, sobre todo, para el servicio. Se suspendían los rosarios y bajábamos a la playa. Allí, bajo los toldos,

sentadas en sillas de mimbre, las criadas cosían mientras la abuela, también vestida, leía revistas o se entregaba a su única novela: la Biblia. Sí, atesoro los recuerdos de mi infancia. Lo tuve todo, excepto lo más importante, una madre sana. De cualquier modo, la pobre hizo por mí todo lo que le permitió su salud. Su imagen permanece en mí deshaciéndose en la penumbra hasta convertirse en un fantasma. Cuando faltó mamá, la abuela Luisa asumió el papel de madre. A partir de los trece años me rebelé contra ellos y todo su mundo me pareció triste y miserable. Taquigrafía, contabilidad, mecanografía, inglés, todo estaba enfocado a huir de casa. Odiaba al abuelo porque él odiaba a papá, y yo odiaba a papá porque él no parecía odiar al abuelo. Me exasperaba su sumisión. Para todos ellos mi futuro era el matrimonio. Por eso, cuando decidí entrar en la universidad, mi deseo les pareció un capricho extraño. Y a pesar de que no lo aprobaron, tuvieron que aceptarlo. La facultad me abrió los ojos y la distancia con mi familia se hizo cada vez más grande. Allí todos dejamos de ser franquistas y fuimos ocupando posiciones ideológicas opuestas a las de nuestros padres. Eran los años 60 y los hijos de la burguesía abrazamos la izquierda como una salida para nuestras vidas y entusiasmos. Tampoco te hagas ilusiones. Nuestro activismo era un poco panfletario. Consistía en leer libros prohibidos o ver películas clandestinas para fomentar el debate y acabar hablando de la Revolución. En una de esas reuniones conocí a Óscar. Venía de una especie de falangismo de izquierdas y en Medicina se convirtió en un líder comunista. Contrariamente a lo que yo en un principio pensaba, a papá y a los abuelos les gustó ese médico revolucionario que yo había escogido para casarme. Creo que todos pensaban, como así fue, que su comunismo era algo pasajero, que se le esfumaría en cuanto montase la consulta y se pusiese a trabajar. Estoy convencida de que lo que prevalecía en aquella consideración era el nombre de su familia y el hecho constatado de que Óscar perteneciera a la Falange, como papá, del que guardo una fotografía vestido con la camisa azul y el yugo y las flechas cosidas en el bolsillo izquierdo del pecho. Como digo, eso debió bastar para mi familia. Y yo, tonta de mí, aunque deseaba huir del piso de la Rambla como del fuego eterno, entendí esa aprobación como un acto de paz y acepté ayudar a papá en la administración de la fábrica, sobre todo porque el abuelo Gregorio tenía el corazón delicado y no le quedó otra que jubilarse y delegar, de mala gana, en su hijo. Después las cosas no salieron como pensaba y, poco a poco, caí en la cuenta de que Óscar solo era capaz de amarse a sí mismo. Eso es todo.

Diana vuelve a sentarse, agotada por la confesión. Le acaricio el rostro con ternura y siento en los dedos su temblor, su intemperie. Ahora parece un ser vulnerable que se abre como una puerta. Sus palabras me acercan tanto a su mundo que reconozco el brillo de desconcierto de sus ojos. En cierta medida, me siento un poco culpable no solo por haber desatado su sinceridad, sino también por el hecho de abandonarla; mi huida fue su condena. Intento comprenderla porque sé que entender a Diana es tanto como entenderme a mí misma.

Mientras le digo que la quiero, que soy feliz de que esté aquí conmigo, que todo el interés que se ha tomado por mí nunca podré olvidarlo, escucho un arañazo en la puerta de fuera y después veo que una nueva sombra se incorpora a la cocina. Tengo la impresión de caer del alambre en el que estaba suspendida. Es la silueta recortada de Bob, que acaba de llegar de casa de Bernie. Sus brazos basculan sobre la blancura espectral de su camisa. Parece traer una copa de más.

—¿Ha pasado algo?

—Nada. Nos hemos desvelado —dice Diana mientras él se sirve un poco de leche, cierra la puerta de la nevera y se sienta a nuestro lado. Sin la luz fría que venía del frigorífico nos quedamos sumidos en una oscuridad apenas borrada por el resplandor encarnado de la ciudad y de la luna que se abre en la noche como una herida.

—Quizá en el Plaza habrías descansado más que aquí.

—No digas tonterías, Bob. Estoy encantada de estar con vosotros. Me hacéis sentir como en casa. Lo de no dormir es un defecto del propio animal.

Creo que Bob es consciente de que acaba de abortar la conversación sobre un pasado al que él no pertenece y apura la leche para irse a la cama lo antes posible. Tiene dificultades para ponerse en pie. Está achispado.

—Tenéis que perdonarme, pero creo que voy a aprovechar la noche. Vosotras también deberíais intentar conciliar el sueño porque mañana haremos un buen recorrido por la ciudad.

—Tienes razón —asiente Diana—. Me volveré a la cama. ¿Tú no te acuestas, tía?

—Me quedaré un poco más.

Son las tres de la mañana e intentó empujar mi mente hacia lugares desconocidos, concentrarme en algo lejano que evite los ojos de Bob, porque tengo miedo de que adivine en los míos el deseo insaciable de viajar a España, de abandonar por un tiempo su amor inesperado y noble. Su proximidad ahoga mi deseo.

Me quedo sola con los libros de Mercedes Núñez y, casi sin darme cuenta, dejo que la noche se deslice entre sus páginas, que son como la apertura constante de ventanas hacia un horizonte conocido. Sí, voy encontrándome en ella, en cada una de sus páginas, sobre todo, en el libro que cuenta su paso por la cárcel de Ventas, la confirmación de un paisaje que siempre ha habitado mi cabeza: los disparos en el

Campo Este, las diligencias que definen las torturas, el surtidor en el centro del patio, las penas de muerte y las sacas, las madres que cuidan de sus niños hambrientos y enfermos, el terror a algunas funcionarias como la Topete, la Veneno o la Serafines… Todas son imágenes tatuadas en mi memoria que vuelven a cobrar vida con la lectura. No coincidimos en el tiempo, pero casi todo lo que narra se corresponde con lo que viví. Incluso a algunas de las presas que ella cita, también las conozco y despiertan en mí escenas de solidaridad y dolor. Sí, me reconozco en su experiencia y la lectura de Cárcel de Ventas restaura en mí algún tipo de nostalgia, pero el libro escrito en catalán, El carretó dels gossos, su paso por el campo de Ravensbrück, lo leo con un interés mucho mayor porque el recuerdo que tengo del campo alemán apenas si alcanza los primeros días. A medida que voy penetrando en el relato, me asalta la impresión de descubrir parte de mi pasado o, por lo menos, su posibilidad. Asumo la vida de Mercedes Núñez tras la alambrada, la incorporo como algo propio. La lectura me toca en lo más vivo y solo soy consciente de ese viaje cuando el amanecer entra por la ventana y me sorprende sentada en el sofá, aplastada por la luz artificial de la lámpara y el éxtasis de la lectura.

No he pegado ojo y, sin embargo, no estoy cansada. Dentro de mí late una especie de ingravidez que me hace sentir ligera y ágil.

Apago la luz de la lámpara, dejo los libros sobre la mesa del salón y salgo al porche para ver la mañana alzándose sobre las casas. Sentada en la mecedora, escucho como la ciudad va despertándose en el núcleo retirado de una tormenta. Hace fresco y no sé si el estremecimiento que me sacude se debe al aire frío o al odio que siento hacia mí misma. Estoy atontada y no dejo de pensar que quizá sea una suerte estar lejos de mi propia memoria y poder vivir en esta burbuja inocente y espontánea. La libertad debería permitir borrar nuestra historia personal y dejar que nos inventemos todos los días. ¿Por qué tenemos que cargar eternamente con nuestros actos pasados? Lo más sensato sería huir siempre en un cuerpo nuevo. Sentir el mundo por vez primera, ser un huérfano, una criatura recién nacida, limpia de recuerdos, desconocida. Pero la memoria existe y ahora retiene mi voluntad de un modo obstinado e implacable.

XVI

Laura parece algo intranquila y prefiere ir detrás. Diana se resigna y sube delante, sin ocultar su entusiasmo por conocer a Ady, que hoy nos espera para comer en su apartamento.

Me preocupan Laura y su silencio. Hoy tiene la mirada esquiva. Algo le ocurre que me intriga. Tengo la impresión de que no atiende mis explicaciones ni repara en el lugar de nuestro antiguo negocio convertido en barbería. Va hundida en el asiento, concentrada en un deseo inconfesable, ajena a la ciudad que ahora se yergue, espectacular, al otro lado del East River.

El coche avanza empujado por un temblor ferroviario en este puente entretejido por un perfecto armazón de cables. Voy poniendo nombre a los rascacielos del distrito financiero, elevados hasta el vértigo, que nos aplastan con su altura. Diana sí va atenta a la euforia de mis palabras y le gusta esta ciudad imposible y misteriosa que se perfila como una incógnita, un deseo infantil, excesivo, que solo tiene un límite: el cielo.

Cuando aparco en Battery Park, bajamos para que vean el símbolo de la estatua de la Libertad. Una brisa marina golpea nuestro rostro y parece devolver a Laura a la realidad. Todavía puede olerse la tormenta.

—Un día podemos coger el trasbordador a Liberty Island. Un poco más a la derecha está la isla de Ellis. En ella hacinaban a los inmigrantes antes de dispersarlos por toda la nación. Estuvo funcionando hasta mediados de los 50. Les hacían un examen médico y a muchos los mandaban de regreso a sus países. Pensad en la tragedia de aquella gente.

Laura debe de estar calculando el tiempo y si todavía funcionaba cuando ella llegó a los Estados Unidos, apiñada en un camarote, agotada por los días en alta mar. En esa pequeña isla, en un edificio atestado de bancos de madera, aguardó en 1946 para entrar en la sala de registro.

—En las fotografías, nuestra boda está fechada en 1948. Y Ady nació en 1950.

—Sí. El primer año estuviste en Bedford Avenue, en la casa de una mujer que había perdido a su marido y a su hijo en la guerra. Os tenía alquiladas unas habitaciones a media docena de mujeres. Te llevabas bien con una irlandesa llamada Caitlin, que incluso fue unos meses novia de Bernie. Durante un tiempo salíamos los cuatro juntos e íbamos al cine, a los bailes de Brooklyn, a las playas de Coney Island o a los partidos de los Dodgers, aunque a ti no te gustaba mucho el deporte. Nuestro noviazgo duró casi

dos años. Papá y mamá se quedaron encantados cuando les dijimos lo de la boda. Te querían mucho. Por aquel entonces vivíamos en una casita en Rogers Avenue, muy cerca del trabajo. Allí estuvimos hasta que Ady cumplió los diez años, que fue cuando murió mamá, dos años después de papá. Desde entonces vivimos en la casa familiar.

Laura parece asimilar esa vida subterránea que tejen mis palabras y tiemblo de miedo solo de pensar que todo ese pasado pueda surgir de repente y no quepa en el interior de su cabeza.

Volvemos al coche y, esta vez, Diana la obliga a ir delante, pero Laura está aturdida por el ruido y el tráfico y apenas se da cuenta de que la ciudad es un compendio de países, con concurridos barrios en los que se alzan puestos de verduras, tiendas y restaurantes alusivos a Italia, China o España, resumida en la Calle 14, un país en miniatura.

—En este barrio todavía viven muchos españoles que vinieron en los años veinte y treinta. En aquella iglesia pequeña que veis allí, la de la Virgen de Guadalupe, hicimos muchos reportajes para españoles. Aún queda alguna sociedad donde se reúnen para recordar la tierra y empaparse de nostalgia.

El coche se detiene delante de La Nacional, el bar donde hay colgada una bandera española.

—Te gustaba venir aquí. Tenían vino del Ribeiro.

Toco el claxon y nos apeamos del coche. Del edificio de al lado enseguida sale Serafín, que baja las escaleras y viene hacia nosotros con una sonrisa forzada.

—Lucía y yo nos llevamos una gran alegría cuando Bob nos avisó de que habías regresado del hospital. Ya verás cómo todo se soluciona. Lucía ha hecho tu dulce favorito.

Laura se queda callada, sin saber qué contestar, pero ellos ya están avisados y entramos en la casa donde nos espera Lucía, que disimula su emoción y le habla, como lo hacía antes, en gallego y con un seseo y una fonética tan musical que parece que el idioma rezuma de la propia tierra.

Nos sentamos en un sofá de cuero negro y Laura levanta la vista por este enorme salón recargado de adornos: una gaita roja colgada en la pared, el retrato de una niña vestida con el traje tradicional gallego, una maqueta en madera de un par de balandros,

una gaviota disecada, la mesa en un rincón con un tapete sobre el que descansa una baraja, una bandera gallega izada como una planta dentro de una maceta…

Serafín repara en el escrutinio y, de repente, se acerca a la pared y descuelga una fotografía enmarcada que pone ante los ojos de Laura.

—La hizo Bob desde el puerto. Esta de aquí eres tú. Este es uno de mis hijos y este soy yo. Aún tenía algo de pelo.

Laura clava su mirada en esa fotografía en la que ella está sentada en la popa chata de una pequeña embarcación. Tiene un sombrero de paja en la mano y sonríe a la cámara, agarrada al mástil. Serafín agita una pequeña bandera gallega. De telón de fondo, las aguas del río y el puente de Brooklyn.

—¿Es una dorna? —el asombro de Laura tiene algo de infantil. No aparta los ojos de la imagen, como si algo residual creciera dentro de ella y luchase por salir a la superficie. Me inquieta el hechizo que la imagen ejerce sobre ella y se establece un silencio frío y expectante que se prolonga hasta que Serafín le dice que fue un pequeño capricho.

—Nos ayudó a construirla un artesano de Ribeira que trabajaba en el mercado de Fulton Fish.

Lucía entra en el salón con una bandeja de leche frita y unos platos. Sabe de la inclinación golosa de Laura que, en cuanto ve el dulce, parece atravesada por un escalofrío. Soy consciente del valor que tiene para ella este gesto y, cuando veo que se lleva el primer bocado a la boca, aguardo que el placer se enraíce en los recuerdos. Quizá el dulce esté recreando el verano en su boca y vuelva nítidos otros rostros e imágenes que no me pertenecen.

—Está para chuparse los dedos. Ha sido todo un detalle. Muchas gracias.

—Siempre que veníais, solía hacerla —le explica Lucía. En el tono apagado de su voz late un poso de frustración; Laura no la reconoce. La situación se vuelve un poco violenta para este matrimonio, que no sabe cómo interpretar su papel. Solo Diana salva la situación con sus preguntas que empujan a Serafín a hablar de la cantidad de españoles dispersados no solo por esta calle sino también por el Lower East Side, Harlem y Washington Heights, además de las proximidades de los muelles de Brooklyn, y en las áreas de Rede Hook y Brooklyn Heights.

—Nosotros llegamos en los años treinta. Había miles de españoles. En el bajo del edificio que está junto al nuestro, todos los sábados se hacía un baile. Acudían jóvenes procedentes de todas las provincias de España. Nuestros hijos ya nacieron aquí. Yo empecé trabajando en los muelles de Manhattan y Lucía limpiando casas. Después cambiaron las cosas, por suerte. Cuando estalló la Guerra del 36, la mayor parte de los españoles de Nueva York se movilizaron para ayudar a la República, aunque algunos dueños de negocios se decantaron por Franco. En esta calle estaba Casa Moneo, el mayor bazar español de la ciudad que era de una emigrante vasca a la que incluso le pusieron piquetes para boicotearle el negocio por simpatizar con el bando franquista. Aquí se montaron muchísimos restaurantes españoles, como La Bilbaína, o tiendas como La Iberia, donde solíamos comprar ropa. A veces uno tenía la impresión de que no se había marchado del todo de su tierra.

—¿Y no han vuelto a Galicia? —se interesa Diana.

—Sí. Vamos casi todos los años en el mes de agosto. Tenemos nuestra casa en Esteiro.

Laura, en silencio, vuelve a coger otro trozo de leche frita, como si con él buscase algo en su interior, y hace demorar el placer en el cielo de la boca, mientras Serafín continúa el recorrido nostálgico por su vida, hasta que miro el reloj y les digo que tenemos que irnos. Sospecho que la idea de la visita no ha sido buena y llevo en la cabeza la mirada triste de Serafín y Lucía, ahí, en las escaleras, con los brazos cruzados y un gesto de contrariedad en el rostro.

Algo extraño se ha interpuesto entre Laura y nosotros. Parece sumida en una concentración preocupante y sigue ajena a mis palabras. Ni tan siquiera muestra un poco de asombro cuando llegamos al centro de Manhattan y les señalo con el dedo el apartamento de Ady, que para ella está en las nubes, con amplias ventanas que miran a Central Park.

—Esos cristales también los limpia la empresa de Serafín.

No he debido decir esto porque Laura se pone la mano en la boca. Quizá imagina el vértigo de los andamios. Lo curioso es que no protesta cuando entramos en el ascensor, acompañados por un hombre de librea que prueba el éxito de la familia. Laura no pregunta el piso. Solo cierra los ojos. Tengo miedo de que vomite la leche frita, pero no es así, y desembocamos en el vestíbulo, donde aguarda Ady y se abraza a Diana con cierta efusión. Jimmy está detrás de la puerta, un poco desconfiado ante la llegada de su nueva tía.

Laura está ahora sorprendida por lo moderno y lujoso del apartamento y no se atreve a acercarse demasiado a la ventana desde donde pueden verse los lagos artificiales, algunos puentes y la espesura de los árboles entre los que incluso asoma la torre de un castillo. Resulta evidente que es un privilegio estar ante este vergel, delimitado por una geometría perfecta, con los edificios abrazándose como árboles gigantescos que guardan el secreto del parque. Es como un bosque ficticio que surge del cemento.

Ady les muestra las habitaciones casi con desgana, como si le diese pudor el lujo y la elegante austeridad con que está decorado el apartamento. Diana alaba los cuadros.

—Son de mamá —explica Jimmy—. Yo también tengo unos cuantos en una carpeta ¿quieres verlos?

—Me encantaría.

Jimmy va corriendo a su cuarto y Diana debe de ser consciente de que su prima es una auténtica artista. Resulta gracioso escuchar el esfuerzo de sus conversaciones. Las dos hacen buenas migas. Se ríen y se tocan como si quisiesen comprobar el milagro de estar juntas.

Me acerco a la cocina y me ofrezco para ayudar a John, que ha hecho la comida, pero enseguida me expulsa. En realidad, soy un estorbo.

Jimmy vuelve con una carpeta y obliga a Diana a sentarse en el sofá para que vea sus cuadros en los que, a pesar de su edad, ya se advierte una firmeza impropia en los trazos.

—Eres un gran artista. Me encanta este. ¿Cuántos días has tardado en hacerlo?

—¡Lo hice esta mañana! Es para ti.

—¡Es increíble! Muchas gracias.

Laura está hechizada con los cuadros de su hija y no aparta sus ojos de ellos. Debe de estar orgullosa. No lo sé.

—¿Qué te parece si ayudamos a papá a poner la mesa?

—Vale. Tengo un gorro de cocinero. Voy a por él.

Jimmy vuelve con un hongo de papel encajado en la cabeza y convierte en un juego su colaboración.

Mientras ponemos la mesa, no dejo de meditar en el silencio elocuente de Laura. Le pasa algo. Está como desorientada. Ady y Diana siguen asomadas a la ventana del salón y sospecho que están hablando de Laura, porque una y otra vez se vuelven para mirarla.

John abre una botella de vino y me sirve una copa. Nos ha preparado ensalada de pasta y una carne al curri que inunda el salón de un olor demasiado dulce.

Todos nos sentamos a la mesa. Aunque traigo el estómago lleno de leche frita, la comida está suculenta y alabo a John, que es un excelente cocinero. Ady y Diana capitalizan las conversaciones y se cuentan cosas de la agencia y de la fábrica, como si sus trabajos fuesen un lugar de encuentro para conocerse mejor.

Laura sigue ensimismada, incluso cuando llegamos al postre, pide disculpas y se levanta para ir al baño. Parece nerviosa y su actitud elusiva devasta de algún modo el ambiente festivo de la comida. En su ausencia, todos me miran en busca de una explicación. Es Diana quien la excusa.

—No ha dormido nada. Se pasó toda la noche leyendo.

Cuando regresa, todos estamos ya en pie y John propone un paseo por el parque para hacer la digestión. Jimmy guarda en una bolsa las migas del pan.

—Se las echaremos a los pájaros. ¿Me ayudarás, abuela?

—Sí, claro que sí.

Bajamos todos en el ascensor, apretados y un poco inquietos por el brillo extraño que desprende la mirada de Laura. He bebido bastante, no tanto como para apoyarme en las paredes, pero siento ese fuego seco en mi aliento y un estado de euforia que me sirve de colchón para esta angustia.

Cruzamos la calle llena de tráfico y entramos en este maravilloso bosque de hayas, robles, cipreses y otros árboles que no reconozco. Un alivio para la ciudad.

John y Diana van a la cabeza. Ady y Laura cogidas del brazo, van tras ellos.

Nos detenemos bajo un sauce para contemplar el inmenso lago en el que hay varias barcas de recreo y alguna persona pescando. El sol está alto y el agua despide un frescor agradable.

La gente camina y corre por los senderos como empujada por el propio dinamismo de la ciudad, una inercia a la que yo mismo tal vez he sucumbido en los últimos años.

Ady y Laura se quedan un poco atrás. Algo las detiene. Por primera vez en todo el día, Laura parece despertar de su hipnosis y le habla a su hija con una determinación que hace ascender un impulso violento desde mi estómago. Algo ocurre porque Ady calla y se queda como herida por las palabras de su madre. Juraría que la ha ofendido. Su silencio es hostil. La conozco bien. Y así es. Ady se adelanta y deja atrás a Laura, que ahora camina sola, con la cabeza inclinada.

Jimmy tira de mí para echarles algunas migas a las palomas. Mientras me agacho para sentir el temblor de sus picos en la misma palma de mi mano, vigilo de reojo los movimientos de Ady, que se acerca a John y se refugia bajo su brazo. Ese gesto, que en otro momento resultaría entrañable, esta vez me parece una incógnita.

Seguimos por un sendero que da a un enorme campo en el que hay mucha gente tumbada. Sobre nuestras cabezas pasa un grupo de aves marinas que se dirige hacia el este.

Laura y Diana murmuran algo entre ellas. Hay en sus rostros una expresión conspirativa que me hace apurar el paso para ponerme a su altura e intentar descubrir su confabulación. Pero cuando llego junto a ellas, se callan. Ahora Jimmy coge a Diana para mostrarle un pájaro extraño que está en la rama de un árbol, y me quedo a solas con Laura, que baja los ojos antes de espetarme el deseo que la contraría.

—Quiero ver a mi hermano.

Sus palabras me duelen. Son como una bofetada y tardo en reaccionar. En el silencio de mi asombro hierve algo agresivo. Ahora entiendo el enfado de Ady. No soy el primero en conocer este plan.

—Creo que es demasiado pronto.

—Diana se ha ofrecido a hacer el viaje conmigo. Sería dentro de unos días, y estaré allí un mes como mucho.

—Sigo pensando que es muy precipitado e inoportuno para tu salud. Deberíamos consultarlo con el doctor Rosenfield.

—Haremos lo que tú digas, pero tengo que ir.

Sus palabras graves y desesperadas vuelven a situarme fuera de ella, a mucha distancia. Que me excluya del viaje tiene algo de perverso. No entiendo por qué no me invita a acompañarlas. Esta ignorancia me llena de tristeza y frustración. Mi reacción es fría e implacable porque me encojo de hombros y sigo caminando como si ella no hubiese dicho nada. Estoy decepcionado y no me atrevo a mirarla ni tan siquiera cuando ella me toma la mano y se me acerca.

—No me encuentro bien, Bob. ¿Te importaría llevarme a casa?

Me adelanto unos metros para anunciarles la indisposición de Laura y Diana justifica su estado.

—No ha dormido nada esta noche. Es puro cansancio.

—La llevo yo —anuncio—. Vosotros podéis enseñarle la ciudad a Diana.

Todos parecen aceptar el plan y se resignan a abandonar el parque. Sobre Laura tal vez pese la conciencia de su delito, la culpa por habernos ofendido. Esa es la sensación que me atrapa y me acompaña entre el bullicio humano de las calles hasta que me hundo en el asiento del coche y me quedo a solas con ella. A partir de ese momento, algo egoísta surge de nuevo en mí y no me importa el silencio que nos envuelve dentro del coche y que apenas rompemos durante el viaje de vuelta.

Ahora ella, como si ya hubiese cruzado un puente y el peligro quedase atrás, cierra los ojos a la ciudad y aparenta conciliar un sueño breve.

Cuando entramos en casa, me voy derecho a la nevera y echo hielo en un vaso. El golpeteo es tan violento como el ímpetu con el que cojo la botella de whisky del aparador del salón.

—¿Te apetece beber algo?

—No.

Mi pregunta es dura y ofensiva. Sé que ella no puede probar el alcohol. No me reconozco así, resentido como un niño. La euforia aún demorada del vino ayuda a esta rabia con la que ahora pretendo herirla.

Enciendo el televisor y me arrellano en el sofá, con el vaso lleno en mi mano. Ella entra en la cocina y pronto vuelve con un vaso de leche. Se sienta cerca de mí y la miro de reojo y palpo su tristeza culpable.

—Me encuentro bien, Bob. De la misma manera que sé que he perdido tal vez la parte más importante de mi vida, también tengo la intuición de que el viaje será bueno para mí y para mi memoria. Además, nunca me perdonaría no ver a mi hermano antes de que muera.

—Diana dice que ya no reconoce.

—Yo a él sí.

No encuentro argumentos con los que neutralizar esta coartada sensata y trasiego el whisky a grandes tragos, alzando en cada uno de mis gestos la representación de mi ira. Mi respiración es áspera y tan ruidosa como el volumen del televisor en el que un hombre habla de un accidente acontecido en Times Square.

—No quiero que os preocupéis tanto por mí.

—Eso es muy fácil decirlo.

—Estoy bien, de verdad. Estos días con vosotros han valido para saber lo mucho que he perdido. No habéis dejado de demostrarme vuestro amor. Y me esfuerzo por quereros de nuevo, pero me resulta extraño y complicado comenzar de cero. Debéis tener paciencia. Es muy duro sentirse culpable por no recordar. Sé que el viaje puede ser beneficioso. Estoy segura. Me encuentro bien. Quiero actuar por mí misma. No me veo como una enferma y vosotros tampoco deberíais verme así.

—¿Por qué dices eso?

—No lo sé. Me protegéis demasiado. Tenéis miedo de hacer algo mal. Esa prevención no me ayuda. Un ejemplo es lo de mi libro. Creo que ninguno de vosotros, incluso el doctor Rosenfield, da una a derechas. Soy más fuerte de lo que pensáis.

Sus palabras rebasan los límites de mi paciencia y, de repente, después de beber el whisky de un trago, voy a la cocina y vuelvo con una silla que pongo justo al lado de los

estantes. Me subo en ella y revuelvo en el vacío hasta alcanzar un ejemplar que le entrego con urgencia, como si me quemara las manos.

—Aquí lo tienes. Espero no equivocarme.

—Gracias, Bob.

En este momento mi corazón late con tanta fuerza que lo escucho martillear en el pecho. Ella no es capaz de disimular su euforia, que contrasta con mi resignación. No le alcanzan las manos para cogerlo y acariciarlo como una criatura deseada. Ella siempre ha admirado a los escritores, y comprobar finalmente esa portada roja en la que destacan las letras del título y de su nombre, debe llenarla. Abre el libro y lo huele con ansia, como si buscase el secreto de su pasado en el aroma de sus páginas. Estoy tan molesto que en este instante no me importa que el contenido le revuelva las entrañas hasta el dolor. Ese también es un viaje necesario. Tal vez ella tenga razón y la lectura le sirva para exorcizar parte de sus miedos. No lo sé. Lo que sí sé es que ella se muere por llegar a la habitación y devorarlo, pero esta vez demora su interés y apoya su cabeza en mi hombro para intentar calmar la angustia que me provoca su futura marcha.

Libro tercero

El laberinto de Ingrid Steiner

La sed

Los ojos de Ivonne fueron el primer aviso de tu renuncia. Apenas un destello y te dio escalofríos saberte carne. Su inocencia desnudó tu pensamiento, puso al descubierto esa fortaleza que creías haber endurecido en las cárceles y en la crueldad de los interrogatorios.

Sí, tu mayor orgullo —y tu mayor sorpresa— seguía siendo tu capacidad de resistencia en Saint-Michel, el no haber delatado a tus compañeros, sobre todo a Lucien, que te quería y te lo había dado todo, incluso un nuevo sentido a tu vida. Alguien te había avisado de que la tortura de la Gestapo era tan atroz que todos, incluso los guerrilleros más valientes, terminaban cantando; como mucho, podían aguantar un poco más para que los camaradas tuviesen tiempo de huir antes de pronunciar sus nombres. Tal vez fue esa confidencia la que te preparó para no defraudar a Lucien y ser capaz de pagar con tu cuerpo el silencio. He ahí una dolorosa prueba de amor. Tu propio cuerpo naciendo dentro de ti, haciéndose consciente en el dolor, allí, en la oscuridad fría de aquellas paredes que te aplastaban, con los oídos infectados después de que te hundiesen la cabeza en el agua nauseabunda de la bañera, sin saber lo que le había sucedido al grupo. Sí, creías que valía la pena. Tu resistencia te había limpiado la conciencia y te ayudaba a soportar no solo el dolor brutal de las articulaciones al dislocarse, abandonando sus cavidades, sino también el deseo untuoso de los alemanes que olieron tu desnudo, como perros en celo, antes de violarte sin soltarte del gancho del que te tenían colgada por las esposas. Recuerdas bien los momentos posteriores a la tortura, cuando te dejaron en la celda y sentiste el alivio de la cabeza saliendo de ese cuerpo magullado en el que los huesos parecían hierros candentes que te abrasaban por dentro.

En tu cerebro se ha quedado grabado el rastro placentero de perder el sentido, huyendo de ti misma con la victoria en los labios. Pero ahora ya no era lo mismo y el vagón acababa de ser un ensayo anticipado de lo que te aguardaría después. En las estrecheces de esa improvisada celda ambulante fuiste consciente de tu debilidad. Lo más duro no fue el pudor ni la sucia promiscuidad, ni el hambre, ni la pestilencia, ni la descomposición de los cuerpos de aquellos que no pudieron soportar las condiciones del viaje; fue la sed, esa sed furiosa por la que en esos momentos desesperados habrías sido capaz de matar, la que enseguida te redujo y te convirtió en cosa, en animal casi espontáneo.

Sí. Ivonne, la joven que tanto te admiraba, que era como una hermana pequeña y todavía no sospechaba nada de lo que iba a sucederle a la criatura que llevaba dentro, lo vio en tus ojos, esos mismos que tú viste reflejados en los suyos. Ahí estaba tu deseo violento, un objetivo que te hizo olvidar la agonía de Isabelle Dupont, la maestra parisina que te contó su vida con una pasión agonizante y a la que le robaste sus pertenencias: la pulsera de oro, la sortija que le había regalado su novio y ese par de zapatos con los que después soñarías cuando tus pies, envueltos en harapos, se llenaban de pus y de la sangre de las heridas abiertas y putrefactas.

Ivonne buscaba en ti una explicación, pero de ti ya habían desertado todos los afectos y solo te guiaba la voluntad de beber. La lengua se te soldaba al cielo de la boca y un anillo candente te apretaba la garganta. Solo el desierto, en el que nunca habías estado, se dibujaba en tu dolor: un desierto de fantasía, doméstico e inexplorado, como el de las dunas de Corrubedo, al que alguna tarde de verano solías ir en bicicleta con Máximo. La muerte como compañera y tú queriendo olvidar la sed, rebozándote en la arena, tan libre como las gaviotas que despertaban tu alegría y te recordaban que tras esas dunas abandonadas estaba el mar, sí, el mar, rugiendo en tu cabeza como un sonajero.

Qué triste ver así a Ivonne, como una perrita fiel, resistiéndose a creer que ya no eras tú la que temblaba de avidez y arañaba las tablas como un gato acorralado. Querías ser la primera y no hacías caso de las palabras tristes de esta amiga que te hablaba con un tono mezcla de reproche y desconcierto. Ivonne, infeliz, que no era consciente de su condena, llevaba una faja bien apretada para ocultar su estado, que estaba allí más por un azar amoroso que por su participación efectiva en la Resistencia, fue capaz de verte por dentro, y te tuvo un miedo insuperable como si te hubieran salido garras de las cuencas de los ojos. Y sí, cuando el tren se detuvo y se abrió la puerta, saliste en cabeza porque la sed seguía ardiendo en ti de una forma tan física que ni siquiera pensaste en los muertos amontonados en la esquina del vagón, justo en el lugar donde hacíais vuestras necesidades, ni cogiste la mano de Ivonne para no perder una referencia. Lo que te importaba ahora era saciar tu maldita sed.

La mala noticia fue que, al bajar del tren, no era precisamente agua lo que os esperaba, sino la rabia común de los perros policía y de los soldados alemanes de las SS, que os hicieron formar y alinearon vuestros miedos en una selección de género que realizaba un hombre rubio y alto como un poste. Con la fusta en la mano, a modo de batuta, mandó a los hombres a un lado y a las mujeres a otro. Jamás te abandonaron las quejas desesperadas de esas familias que se separaban con la sospecha de la pérdida: manos entrelazadas, lágrimas como bombillas, gemidos, amores rotos… A esas alturas

incluso te alegraste de estar sola y no tener que sobrellevar la dolorosa carga de una despedida. Todo lo que eras iba contigo.

Los hombres fueron delante y las mujeres tuvisteis que aguardar en la estación durante media hora que se hizo eterna, sobre todo cuando contemplasteis que aquellos presos a rayas amontonaban en las carretillas no solo a los muertos que habían quedado en los vagones sino también a todos los enfermos y moribundos que no tenían fuerzas para bajar. Después, en filas de a cinco, os llevaron a través de un bosque de pinos y fue entonces cuando te diste cuenta de que Ivonne, que acababa de estrenar los dieciocho años, había quedado un poco atrás, horrorizada por tu rechazo más que por la impresión violenta de ver a aquellos alemanes armados que os empujaban con voces guturales que parecían metralla. La pobre se puso a llorar mientras tú ibas delante, porque creías que eso te daría derecho a beber la primera. Mirabas hacia atrás y te alegrabas de ver que las más viejas y las más débiles caían destrozadas por la dureza del viaje y por resistirse a abandonar los pesados equipajes en los que traían la agonía de sus pertenencias, en una última y desesperada decisión. Pero tú, que venías de la cárcel, no tenías nada y no pudiste caer en el lazo de los alemanes, que, de un modo astuto y sibilino, animaron a todos a llevarse los objetos de valor porque eso no contravenía las ordenanzas.

Esa sed esclava fue tu derrota moral y te ayudó a olvidarte de Ivonne, que, como estaba un poco gruesa, era un lastre que te impedía avanzar. Pero el camino era largo incluso para los perros, y la sed apenas te permitió fijarte en esa aldea que, como una aparición ostentosa, surgía en un claro del bosque, con sus casitas ajardinadas, las cortinas en las ventanas, la plaza y la aguja de un campanario que se levantaba por encima de los tejados como un juguete de cartón piedra. Todavía tuviste tiempo de ver algunas personas que os miraban con indiferencia, vestidas con ropas de domingo y gozando de una vida tan normal… Pero tú las olvidaste en un instante porque querías llegar cuanto antes al destino en el que con certeza estarían esperando baldes rebosantes de agua fresca. De repente, a no más de doscientos metros, ante vuestros ojos se perfiló aquel lago en el que dos barcas estaban amarradas a un pantalán de madera, sí, ese lago donde mucho tiempo después, en una luminosa mañana de primavera, te bañarías desnuda, sin importarte la mirada de los soldados americanos que, desde la otra orilla, habrían de buscar en tu cuerpo la nostalgia de sus lejanos e inciertos amores. Ese lago fue para ti como la visión inequívoca de un oasis. Casi sin ser consciente del empuje de tu deseo brutal, se desprendió la lengua del cielo de la boca y rompiste la fila en busca de sus aguas. Y fue un certero golpe en la espalda lo que enseguida te tiró de bruces al suelo y te hizo creer que ya nunca serías capaz de levantarte. Ivonne y esa vieja menuda tan elegante, que se habían quedado ligeramente atrás, fueron las que te ayudaron a incorporarte y poner tu carne a salvo de los colmillos acechantes de los perros.

Precisamente ellas dos te tendieron la misma mano que tu sed les había negado. Sí, la pobre Ivonne, que había confiado en ti todo su futuro y desconocía el alcance de su desgracia, y Madame Fontaine, una aristócrata refinada que era de las pocas que se había deshecho sin traumas de su equipaje y de sus joyas porque sospechaba que esa opulencia, aparte de ser inmoral, de nada iba a servirle ante la furia de los alemanes.

El lago, pues, se quedó atrás como una frustración y el dolor de la espalda hizo que olvidases por un momento tu sed rabiosa.

Cuando por fin llegasteis al muro custodiado por centinelas, una puerta inmensa se abrió delante de vosotras y pudisteis ver las entrañas del mundo que os aguardaba. Una pequeña orquesta de cuerda, formada en su mayor parte por mujeres, estaba interpretando una composición de Bach que reconociste enseguida, porque tú también sabías tocarla en el piano. La música amortiguó la impresión de ver todos aquellos barracones y una plaza por la que varias mujeres, vestidas con harapos de rayas, empujaban carretillas cargadas de arena. Lo hacían, ajenas a vuestra presencia, como si algo les impidiese mirar hacia otro lugar que no fuera el suelo y el débil avance de sus pasos. Pero tú no te hacías preguntas acerca de aquella extrema delgadez suya ni de las órbitas desmesuradas de sus ojos ni de su vejez prematura; lo único que te preocupaba era beber, saciar la sed terrible que estaba secándote el alma y convirtiéndote en un animal. No, no veías a Ivonne, que buscaba en tus ojos la respuesta y solo hallaba en ellos el fulgor salvaje de algo desconocido. Volviste a ser una de las primeras en enfrentarte a la selección que hacía un oficial y te alegraste de que no te pusieran con las ancianas y con las niñas, porque tú preferías trabajar en lo que fuera con tal de que la sed desapareciese. A pesar de los gritos desgarrados de las familias, viste médicos con material quirúrgico y ambulancias. Eso te dio esperanzas y te dejaste llevar por los empujones de varios soldados que os metieron en una especie de almacén en el que había unas duchas. Sí, ahí sí se abrió el mundo, y la lengua volvió a despegarse del horno de tu boca. Pero lo primero que oíste fue la orden de desnudaros, algo que provocó un murmullo unánime de protesta que enseguida se desvaneció, porque uno de los soldados echó mano de la culata para romperle el cráneo a una presa polaca que se encaró con él.

A ti no te importó demasiado el quedarte en cueros, porque necesitabas beber y fuiste de las primeras. Incluso te molestaba el modo tenaz con que muchas se aferraban a sus últimas pertenencias, porque eso demoraba el momento de meterte bajo las duchas. Un soldado no dejaba de indicar en diferentes idiomas que ese número que os daban serviría para recuperar todos esos bolsos, joyas, relojes, ropas y demás objetos que varias presas iban amontonando en carretillas. No, no lo memorizaste porque tú ya

no tenías nada. Ahora estabas tan concentrada en el deseo del agua que casi no reconocías la curva desnuda y peligrosa del vientre de Ivonne ni el pellejo arrugado de Madame Fontaine. Tu cuerpo se estremecía, no de miedo ni de vergüenza, sino de ansia. Pero la espera todavía iba a durar un poco más.

Primero entrasteis en un cuarto donde os tumbaron sobre una mesa de madera, y allí, mientras los soldados hacían comentarios obscenos, os cachearon íntimamente en un examen oral, rectal y vaginal. Y sí, te dolió muchísimo la inyección que una rusa te puso en la vagina, y te quedaste un buen rato doblada en el suelo sin poder ponerte en pie. Cuando lo hiciste, apareció un oficial alto, y realizó una nueva selección entre las que teníais el pelo rubio. Sin que supieras aún el porqué, intuiste que acababas de tener suerte cuando te puso aparte con otras rubias, que, como tú, se libraban de ser rapadas. A esas alturas, mientras varias mujeres llenaban con el pelo grandes sacos, tú estabas tan fuera de ti que incluso auguraste que ese privilegio de no haber sido rapada estaba relacionado con el hecho de entrar de las primeras en la ducha. Pero no fue así, porque los soldados os patearon y se pusieron a meter a golpes una primera remesa de cuerpos despavoridos. Eso sí, cuando llegó tu turno, algo muy semejante al placer surgió de lo más hondo de ti. Abriste tanto la boca que incluso se rasgaron tus labios resecos, pero fuiste de las primeras en probar el agua insalubre que se escurría por dentro y por fuera del cuerpo. El deseo se había apoderado de tu conciencia y en ese instante gozoso no te dabas cuenta de que estabas arañando y empujando a compañeras que querían disputarte el agua y el espacio. Ajena a los insultos, a los golpes que te molían, al temblor de los cuerpos, a la angustia de la pobre Ivonne, que, gracias a su gordura había conseguido ocultar su embarazo, solo te importaba ese líquido que entraba en ti como una caricia y anulaba el dolor primitivo e insoportable de la sed. Fue un poco después, en aquel cuarto en el que os entregaban zapatos desparejados y piezas de ropa basta y miserable, cuando la mirada inculpadora de Ivonne te volvió carne de nuevo y te hizo ser consciente de todo lo que había sucedido. Esta vez se apoderó de ti una vergüenza tan física y dolorosa que en un segundo supiste que algo había muerto para siempre dentro de ti.

Kveta Holek

No entendías por qué te habían puesto esa vacuna y te dejaste llevar a empujones hacia el barracón, donde enseguida comenzó la disputa por los catres con mujeres de varios países. Por suerte, Madame Fontaine e Ivonne habían pasado la selección y como a ti, les tocó a la derecha, algo que te extrañó porque a la izquierda se amontonaban las más ancianas y las niñas menores de doce años. A pesar de sus dieciocho años y de su gravidez, el rostro de Ivonne poseía un aire inocente e infantil, y Madame Fontaine, que sí tenía edad suficiente como para ser tu madre, se expresaba con una elegante arrogancia que imponía. Tal vez estos fueron los motivos de que ellas se salvasen. Lo importante era que ahora, vuelta ya de tu delirio, estaban contigo y os acomodasteis las tres en una de aquellas urnas que parecían nichos. Conscientes de tu estado, ninguna de las dos dejó de hablarte con palabras cariñosas.

El hecho de estar desnudas a la intemperie durante tanto tiempo os había avergonzado y les había metido a muchas presas la pulmonía en el cuerpo, pero también había borrado los prejuicios y terminado por uniros un poco más. Lo que ahora queríais era estar a solas porque desconocíais, os interesaba desconocer, los laberintos de este infierno, apenas apuntados por esa presa políglota que tradujo a varios idiomas las instrucciones de un oficial, un claro aviso de los peligros que caerían sobre vosotras si no observabais las órdenes y guardabais una estricta disciplina. Durante mucho tiempo esas palabras estuvieron resonando en tu cabeza, tanto como los gritos angustiosos y molestos de las familias que se separaban para siempre con un simple gesto del oficial.

En el barracón hicisteis lo posible por levantar un muro frente al mundo porque, aunque os mantenían apartadas de las que llevaban más tiempo, la crueldad de sus comentarios había asolado vuestro barracón como una plaga.

No eras capaz de quitarte de la cabeza su aspecto descarnado, la piel pegada a los huesos como un sudario, las úlceras supurantes que exhibían su triste victoria sobre la muerte, el cansancio y la vejez prematura de esos cuerpos de apenas veinte años. No, las temíais porque sus confidencias furtivas os obligaban a abrir los ojos y barrían vuestra imaginación cuando os espetaban que aquellas ambulancias estacionadas en el patio no estaban para otra cosa que para llevar a las elegidas desde las duchas hasta el crematorio, sí, ese horno en el que no se cocía precisamente pan sino a los niños y esas viejas que os aseguraron que iban a cuidarlos mientras las más fuertes trabajabais. Esa imagen te dio miedo y te negaste a creer que toda esa gente terminase en aquellas

llamaradas que desprendían, como una amenaza cruel, un resplandor negro y rojo acompañado de un olor dulzón. No, no querías oír ese rumor obsceno, estabas tan cansada que lo único que te interesaba era dormir para borrar esa revelación escalofriante. Ni siquiera luchaste por acercarte a la enorme caldera humeante que, con enconado esfuerzo, transportaban dos mujeres de servicio. Esta vez fuiste la última en recibir esa asquerosa sopa de ortigas e incluso dejaste que una rusa de ojos bovinos te robase la escudilla con tu ración y el pan negro. Querías cerrar los ojos, olvidar toda esta pesadilla. Las tres os metisteis en el catre para llorar en silencio, y tu cuerpo, casi en el aire, se doblaba y buscaba en el calor gestante de Ivonne el recuerdo de tu embarazo, el latir umbilical que mansamente crecía dentro de ti como una caricia interna. Sí, te dormiste con este pensamiento, pero a eso de las cinco de la mañana te despertó un intenso dolor vaginal. Aun así, la contracción muscular que te retorcía el cuerpo y te hacía sudar por ese esfuerzo de contención, de rechazo, no te impidió verla allí, en cuclillas, aterida, solitaria, gimiendo como una niña asustada. Te extrañó que no la hubiesen rapado, porque era morena. Tenía el pelo recogido en un paño para evitar la ofensa. Su mirada rasgada daba a su rostro un fuerte aire oriental. La atrajiste con tus ojos y se acercó a vuestro nicho para murmurarte su nombre. Lo hizo como pidiéndote perdón por ser alma y te explicó que varias polacas la habían expulsado de su catre. Cediste al deseo de acariciarle el rostro porque aún te dolía tu conducta provocada por la sed furiosa del viaje y querías redimirte. Cuando supo que chapurreabas algo de alemán, se llevó una tremenda alegría y te insistió en que ella no era alemana sino checa. Como si pretendiera que lo memorizases, pronunció su nombre tantas veces que terminó por convertirlo en una pregunta. A medida que pasaban los segundos y tú no reaccionabas, en su voz se percibía un rastro de decepción. Cantar en el Teatro Nacional de Praga, en el Palacio Garnier de París o en la Ópera de Berlín le parecían credenciales suficientes para que el nombre de Kveta Holek suscitara tu admiración, pero a ti su nombre no te decía nada y, además, reparaste en sus manos campesinas, que desnudaban su mentira. Incluso pensaste que la impresión del campo la había vuelto loca y tomaste sus palabras como la confirmación de su delirio. Mientras luchabas con aquel dolor íntimo que tanto te recordaba los tormentos de la cárcel después de haber perdido el bebé, tu querido Pablo, oíste la cantinela de su desesperación y te dio realmente mucha lástima asistir a la tragedia de su locura. La calmaste cerrándole los párpados, como intentando que se quedara dormida de pie y dejase de afirmar que todo era un error, que ella no había hecho nada, que en ese lugar tan nauseabundo corría el riesgo de que se le estropeara la voz. Mascullaba su inocencia como si te transmitiese un secreto y te aseguraba que pronto llegaría la temporada de conciertos y no podía perder esa oportunidad, justo ahora que iba a grabar otro disco. Tenías que ayudarla a salir de allí, tenías que ayudarla… Ella no había hecho nada. Su familia y todos sus vecinos se habían dejado la piel en la tierra, habían trabajado día y noche para que ella pudiera estudiar en la Academia de Música de Praga. Ella no podía acabar así.

Su fracaso era también el fracaso de todo un pueblo que se había movilizado para auspiciar su voz con una ilusión colectiva. A pesar de no prestar atención a sus palabras, te gustaba la hermosura de esa historia que su desvarío construía mientras continuaba insistiendo en que no había razones para su detención. Tal vez la había traicionado una cantante mediocre que la odiaba por su éxito, y que fue quien pudo inventar el bulo de que ella había hecho un chiste sobre el Führer. Eso fue lo que le dijeron los de la Gestapo. Mentira. Mentira. Mentira. Aunque le tenía un odio furioso a Hitler, ella jamás había dicho nada sobre él en público. Lo repetía como una letanía y, poco a poco, fue alzando la voz hasta que comenzaron a despertarse las protestas del resto de las presas.

Le amordazaste la boca con tu mano, pero ya era tarde, porque, de repente, una mujer de aspecto hombruno se presentó con la porra en la mano y vino hacia vosotras relamiéndose como un gato ante la leche. Era la stubowa Helga, la jefa de sección. Curiosamente no os golpeó. Se limitó a medir vuestro rostro con la porra y os examinó, como si estuviese ajustando un precio, y se llevó a Kveta de la mano con un gesto casi cariñoso. Por un momento creíste que esa mujer de cara cuadrada y gesto adusto no iba a hacerle nada a la checa. Con todo, un murmullo sucio abrió la sospecha de que la stubowa Helga era lesbiana y pensaste en el impacto que aquello podía causar en un alma tan sensible y desnortada. Y aunque te negabas a eso, el cuerpo de la stubowa se expresaba de una manera masculina. Quedaste aplastada por el miedo y enseguida notaste sobre tu cabeza el peso de tu melena rubia. Intuiste que no tardarías en ocupar el lugar de la checa. En ese momento ya te adelantaste a tu propio destino y, de allí a media hora, también sentiste envidia de la confusión de la checa, que entró y se sentó de nuevo en el suelo, en silencio, con el pelo revuelto y un temblor en el cuerpo que no estaba provocado por el frío. La llamaste y, cuando se acercó a ti, percibiste en el brillo de su mirada algo muy semejante al abismo. Te dijo que traía buenas noticias, porque la stubowa Helga había hablado con la jefa de barracón, la blockowa María, y las dos le habían prometido que tanto a ti como a ella iban a buscaros un trabajo digno que no afectaría a su voz. Enseguida reparaste en la ironía cruel que escondían esas palabras y cayó de nuevo sobre ti todo el peso de tu melena rubia. Te sacudió un escalofrío, una intuición que no tardaría mucho en concretarse, exactamente unas horas, porque, al día siguiente, acompañada por tus dos únicas amigas y por esta pobre loca que se creía una diva, pasaste a formar parte del "comando de la mierda", un grupo encargado de limpiar y vaciar las letrinas. Y otra vez los ojos de Ivonne reprocharían tu imprudencia, sobre todo cuando os pusisteis a vaciar los pozos a calderos llenando esos enormes baldes que, en el traslado, derramaban sobre vosotras toda la inmundicia del mundo. Ese hedor se quedaría pegado a tu memoria como una secreción viscosa y fue el principio de tu derrota.

Ivonne

Los primeros meses, mucho antes de que las nieves confirmaran el invierno, supiste ya lo que era el terror y en un instante te diste cuenta de que en el campo la vida era mucho más difícil que la muerte.

La salvación estaba en el azar y en la medida de los sueños. Por eso hablabas poco y no hacías muchas preguntas. Temías las respuestas. El trabajo en los comandos era cada vez más insoportable y no sabías cuánto más podrías aguantar.

Lo que peor llevabas eran los primeros gritos del día: el silbato de la kapo Erika que horadaba la mañana y despertaba la voz agresiva de la stubowa Helga: Aufstehen! Schnell, Schnell! Esos aullidos resonaban dentro de tus sueños y te expulsaban de esa realidad paralela en la que cobijabas toda la esperanza. Por suerte, tus amigas también habían esquivado la muerte y su presencia te daba fuerzas. En los pocos momentos de descanso que os dejaba cada día, aprovechabais para contaros cosas y hacer proyectos de futuro. Tú recurrías siempre a las historias que habías leído con Máximo en los veranos de O Caramiñal o jugabas a inventar palabras, como hacía Nardo Rutllá, el boticario morfinómano que te había enseñado a encontrar la luz secreta de las fotografías y hacía volar los deseos en aquellos hermosos globos aerostáticos que soltaba en la fiesta del Carmen. En los recuerdos compartidos, apenas hablabas de tu vida en Toulouse. No es que no hubieses sido feliz en Francia. Tenías muchos amigos, estaba Lola, el grupo y, sobre todo, Lucien, pero una melancolía latente y desarraigada hacía de tu vida francesa algo provisional. Por eso, tu memoria se apegaba a ese pequeño paraíso que tu deseo había construido en la infancia, en esa hermosa villa marinera donde fuiste tan feliz. En el barracón todas se sorprendían de tu negativa a luchar por Máximo, por su amor. La pasión con la que hablabas de él hizo posible que la mayor parte de ellas acabasen por creer que él era capaz de devorar un libro o dos por día. Tú gozabas del relato porque aquel mundo hervía en tus labios y ellas se dejaban arrullar transportadas por las palabras que las llevaban lejos, muy lejos de esas celdas que eran como tumbas compartidas en las que ya solo latían los sueños.

Alguna noche era Ivonne quien te sustituía. Pese a ser prácticamente analfabeta, tenía una chispa especial para contar. Te hacía gracia el modo algo tramposo con el que ella también añadía datos nuevos a las historias, mezclando personajes de diferentes novelas como hacíais Máximo y tú, incorporando individuos memorables de su aldea que compartían aventuras con Odiseo por el Peloponeso o con el ascenso y caída del héroe Julien Sorel en los caminos enredados del amor.

En el fondo, Ivonne estaba preparándose para no defraudar a la criatura que llevaba dentro.

Un día te ofreció su ración de pan y te dijo que quería aprender a leer y a escribir. No fuiste capaz de negarte. Una judía polaca os consiguió papel y lápiz a cambio de que le hicieras un retrato para mandárselo a su marido, que estaba en el campo de los hombres.

Esa actividad intelectual tiró de ti y, sobre todo de Ivonne, que se entregó a las primeras letras con una arrojada voluntad. No quería que su criatura fuera hija de una ignorante y realizó un esfuerzo inmenso en aquellas noches que llegabais destrozadas de los comandos de trabajo. Ni el hambre, ni el dolor, ni los piojos, ni las muertes que todos los días se producían a su lado, minaron la moral de Ivonne. Una y otra vez insistía en las letras y, de noche, atraía las palabras para descubrir el mundo. Fue esta ilusión la que llenó de vida el barracón. Todas las presas sabían de su embarazo y, aun aquellas que tenían los números más antiguos, se apiadaron de ella. Durante un tiempo cedisteis un poco de vuestra ración para protegerla y este fue uno de los pocos actos de humanidad que viste en el campo. Tal vez esta compasión surgía de la impresión de que el niño que crecía dentro de Ivonne formaba parte de un vientre colectivo. Su pasión gestante también era la vuestra. Cuando le veías a Ivonne las pequeñas manos posadas sobre la barriga, reaparecía tu dolor y llorabas porque sabías que solo el fin de la guerra podía salvarles la vida a ambos. Las embarazadas eran las primeras en convertirse en ceniza.

En el campo todas echabais una mano a Ivonne, sobre todo Irina, una mujerona rusa que se había unido al grupo y hacía buenas migas con ella. Esta rusa estaba mal vista por las comunistas. Solía criticar duramente a Stalin porque había enviado a su padre a un campo en Siberia. Todas confiaban en el Partido con fe ciega y no querían escucharla. Solo Ivonne estaba siempre al lado de Irina. Puede que Ivonne viera en ella una especie de madre. No sabías muy bien qué las hacía tan inseparables. Alguna presa había aventurado un deseo sucio en la rusa, pero eso era mentira. Irina la protegía y las dos se comunicaban la mayor parte del tiempo por gestos o remedando las palabras de diferentes idiomas con las que se había creado una nueva lengua para el campo.

Ivonne había llegado a Saint-Michel dos meses antes del interminable viaje hasta el campo. Allí, en la cárcel, te había contado su tragedia tan semejante a la de muchas presas. Era natural de una pequeña aldea pegada a la Montaña Negra y ayudó a los maquis que bajaban de noche a por queso, pan y tocino. En esas incursiones nocturnas, Ivonne conoció a un joven de ojos bellísimos que la engatusó con su retórica comunista. Al cabo de poco tiempo fueron enredándose a través de las palabras y finalmente

instalaron una especie de hogar interino en una cueva que había en el bosque. Allí su amor crecía junto a sus sueños hasta que un día aparecieron los alemanes y comenzaron a disparar. Mataron al joven y a ella la apresaron. En aquel momento, la infeliz aún desconocía que estaba embarazada. Fue en la propia cárcel, antes de que os metieran en el vagón, cuando supo lo de su estado y te lo dijo. Lo cierto es que oírla te daba mucha pena. Estaba loca por aquel joven y, más de una vez, se mentía sí misma y soñaba con la posibilidad de que aquella descarga de disparos no hubiese llegado a alcanzarlo. Quizá hubiera sobrevivido porque era muy fuerte y tenía aquellos ojos tan negrísimos… Cuando llegaba alguna francesa al campo, Ivonne siempre se acercaba a ella con la ilusión de que le trajeran noticias de su novio.

A medida que iban pasando los meses, te dabas cuenta de que estar pendiente de Ivonne era una ayuda para vivir tú, pero el tiempo iba acercándose a un punto en el que no se cumplían las expectativas. La guerra no se terminaba y eso significaba que todo vuestro esfuerzo no iba a servir para nada. Las noches seguían sumando muertes e incluso empezaste a escupir sangre, lo que era un claro síntoma de muerte. Los piojos te comían viva y tu cuerpo, de repente, cedió. No lo soportabas más. Estabas al límite de tus fuerzas y la muerte comenzó a acecharte. Pero tu indiferencia crecía y el dolor también se iba convirtiendo en una rutina que te había acostumbrado a los cuerpos que caían ante ti como frutas secas. Fue en ese tiempo, poco antes de la nieve, cuando tu culpa se hizo física y las muertes rivalizaban por hundirte todavía más. El pesimismo se convirtió en tu alimento y tu conciencia cargaba con muertes de las que te sentías, en buena medida, responsable. Tu cabeza era una fosa común por la que desfilaba la desgracia de tu hermano Josep o el momento en que aquella monja te escupió que tu bebé había nacido muerto. Tu culpa alcanzaba a la maestra francesa que murió en una esquina del vagón, ajena a tu codicia. Incluso pensaste en aquel hombre que se había desplomado en O Recheo de O Caramiñal cuando apenas eras una niña de diez años y te habías echado a correr para olvidar el miedo de verlo allí tirado, con la mano en el pecho, persiguiéndote con esa mirada angustiosa de quien está a punto de morir. Sí, era una injusticia que siguieras con vida mientras las niñas, las ancianas y las enfermas terminaban en los hornos. Habías perdido varios kilos y también toda la esperanza. Sabías próxima tu muerte y ya no te importaba. Apenas sentías los latigazos cuando te derrumbaban las piedras que os mandaban trasladar absurdamente de un lugar a otro para humillaros y convertiros en animales. Contigo ya casi lo habían conseguido. Sin estar muerta, ya nada vivía en ti. Habían aniquilado la conciencia misma de tu ser y había desaparecido de ti el placer del recuerdo, la voluntad de soñar con todos los momentos felices de una vida anterior. Habían roto todos los lazos que te unían al pasado. Se había atrofiado tu capacidad de emoción. Ni siquiera el vuelo fugaz de los aviones aliados te traía más promesa que el estallido de una cerilla en la oscuridad. Nada. Solo ellas te daban fuerzas para no convertirte en una verdadera musulmana. Las

mirabas con envidia. Su lucha tenía un sentido. Kveta Holek lo soportaba todo por el cuidado de su extraordinaria voz, Madame Fontaine soñaba con su antiguo palacio y la restauración de todos sus privilegios, e Ivonne había conseguido ocultar su embarazo. Incluso Irina, a pesar de Stalin, mantenía despierto su espíritu comunista, pero tú no encontrabas nada por lo que luchar.

Aun así, una noche gélida sentiste el augurio de la nieve y, cuando os convocaron para el recuento ante la presencia de la jefa del campo femenino, la lagerführerin Ruth, que venía envuelta en el capote de su uniforme como un murciélago gigante, el invierno había blanqueado los techos y los copos de nieve caían lentamente sobre el barro. Fue una imagen tan poderosa que resucitó en ti el deseo de resistencia, pero también te hizo recuperar la conciencia del miedo y del hambre. Días después, cuando volvieron los malditos nabos hervidos en agua, recordarías esa impresión como algo providencial y ya nadie lograría quitarte de la cabeza la certeza de que había sido la nieve la que te había salvado.

El mismo día de la primera nevada, las cinco amigas formasteis parte de uno de los comandos externos y, aunque aquello era más duro que vaciar las letrinas, porque las supervisoras os vigilaban y no os dejaban un segundo de descanso, te hizo ilusión contemplar desde fuera el campo cubierto por la nieve. Os llevaron por un camino enlodado durante ocho interminables kilómetros. El frío y las heridas de tus pies hinchados te carcomían con cada paso dentro de los zuecos de madera. Os tuvieron cavando durante horas con la oscura intención de reventaros el cuerpo. Pero tú solo pensabas en la nieve y ese propósito no te dejó avanzar hacia la muerte, como algunas enfermas que, durante el regreso, se quedaron inconscientes por el cansancio infinito y no respondían ni a los latigazos ni a los golpes. Tuvisteis que cargar a cuestas con ellas hasta el campo, porque la columna tenía que estar completa para el recuento. La que más te preocupaba era Ivonne, que había adelgazado en la misma medida en la que había crecido su vientre. Seguías sin entender muy bien cómo había conseguido ocultar su embarazo de más de siete meses y al mismo tiempo soportar el rigor de los comandos. Tal vez se debió a que Irina, que medía casi un metro ochenta, le había prestado su ropa y el delito se escondía en su holgura. Pero Irina también sabía que la vida de la criatura que Ivonne llevaba en sus entrañas era un pasaporte para el crematorio y lo que le importaba era la salvación de la madre. El bebé tenía que nacer muerto y todas, excepto Ivonne, habíais tomado esa decisión en silencio. Era algo tan terrible que todas las noches os hacía tiritar de miedo. Teníais la esperanza de que el trabajo duro y la mala alimentación provocasen la muerte del niño. Es cierto que a veces le cedíais un poco de vuestra ración y la protegíais, pero Ivonne, indemne a difterias, pulmonías o al tifus extendido por esos otros habitantes del campo que eran los piojos,

resistía heroicamente y se disciplinaba para salvar la vida de esa criatura que le había dado su novio partisano, ejecutado por los boches en un bosque de la Montaña Negra.

La segunda noche de nieve, cuando ya dormíais en el barracón, un grito rasgado y espontáneo os avisó del adelanto del parto y le tapasteis la boca porque había llegado el momento cruel que tanto temíais. Y así, mientras Irina y otra amiga rusa que trabajaba en la enfermería cogían en brazos a Ivonne, todas te miraron fijamente y fuiste consciente de que eras tú quien debía hacerlo. En ese momento te traspasó el miedo. Aunque era un riesgo enorme trasladarla a la enfermería, cruzasteis a hurtadillas el patio apenas iluminado por el resplandor de la nieve. Y sí, aprovechando el dolor y los gritos sordos de la pobre Ivonne que empujaba con todas sus fuerzas la bola que surgía como un gusano de su sexo dilatado, violáceo, tú fuiste capaz de taparle la nariz con una pinza y le administraste esa dosis mortal al bebé. Sí, mataste al niño para salvarla a ella y te convertiste en una asesina. Solo cuando le dijiste a Ivonne que el pobre había nacido muerto, recordaste tu dolor en la enfermería de la cárcel de Ventas y te pusiste a llorar porque el mismo amor que sentías por Ivonne te había llevado a atentar contra lo que ella más quería.

El llanto breve y agónico de la criatura resonó dentro de ti durante mucho tiempo. Volviste al barracón y, con la manta, intentaste borrar de tus manos el estremecimiento último del niño, el calor de la placenta, la sangre de tu delito.

Esa noche no pegaste ojo. El dolor de madre que se apoderaba de Ivonne era tan tuyo que te sorprendió compartirlo.

Irina estaba junto a ella, le ofrecía un pedazo de pan, clavaba en ella sus ojos bondadosos, le acariciaba el pelo. Las horas fueron transcurriendo lentamente. Ivonne dejó de sangrar y se puso en pie la primera cuando muy de mañana sonó la diana que os preparaba para el recuento.

Ivonne estaba firme y te miraba con extrañeza. Desde el mismo día de su llegada al campo, su mirada de niña había ido tiñéndose de una tristeza adulta y reflexiva.

Te acercaste con ella a la puerta. Seguía nevando. Irina parecía contenta; quizá el paisaje nevado la arrastraba hasta el recuerdo doméstico de su aldea. Salisteis al patio, ateridas de frío, y os cuadrasteis dentro de las columnas humanas para el maldito recuento. Ivonne, que parecía concentrada en su dolor, abandonó de repente la fila y se puso a caminar ajena a la prohibición terminante. La voz blanda de tu advertencia no llegó hasta ella, que siguió recta, alejándose como una ausencia. Solo Irina sospechó su deseo e intentó ir tras ella, pero una SS cubierta por una gran capa negra frenó con

violencia el auxilio de la rusa y todas contemplasteis, horrorizadas, cómo la pobre Ivonne entregaba la vida a las alambradas mientras la nieve la amortajaba para siempre.

Irina

La imagen de Ivonne corriendo sobre la nieve hacia las alambradas asaltó muchas noches tus sueños. Solías despertarte bruscamente y veías que, en su avance, se volvía y clavaba sus ojos acusadores en ti. Parecía decirte que debías aceptar la idea de la muerte, que no era la vida lo que importaba, sino la dignidad y el modo de morir. La presencia de Ivonne en tu sueño era una aparición insoportable, un castigo que se sumaba a tu mayor remordimiento: el recuerdo de la criatura muriendo al nacer. El dolor de esas muertes no era solo tuyo, sino que se extendió por el campo como una epidemia y, en cierto modo, rompió los lazos de un grupo en el que la más afectada resultó ser Irina, porque estaba unida a Ivonne por un misterioso vínculo; su ausencia hizo que toda la fortaleza de la rusa se viniera abajo. Se abandonó. Nada parecía importarle y, si antes ya era poco habladora, ahora se había vuelto inerte, muda. Madame Fontaine, que manejaba un ruso rudimentario gracias a un antepasado por parte de padre, intentaba animarla con palabras amables, pero en Irina se instaló la deserción. Dejó de comer y la kapo Erika se ensañaba con ella. Tú pensabas en la nieve y preferías no asistir a esa decadencia. Soñabas con volver algún día a la Rambla y acariciar los copos de nieve como si asistieses a un milagro. Te encerraste en ti misma, en tu supervivencia y, poco a poco, fuiste alejándote de todas ellas. Aun así, un día que volvíais del trabajo, viste caer a Irina en el barro y no hiciste nada por ayudarla. No querías que Frau Erika te pegase y seguiste caminando mientras oías desde lejos aquellos golpes sordos sobre la carne ajena. Sí, tu cobardía te redujo de nuevo a la condición animal. Pero Irina debió de levantarse porque no tardó en entrar trastabillando en el barracón. Tenía siete vidas. Se sentó en el suelo enlodado y, sosteniendo la cabeza en sus rodillas, te atravesó con una mirada que te leyó por dentro y supo de tu vileza. Sí, su mirada profunda te escogió a ti y derrumbó toda tu resistencia. Te dolió esa intemperie, porque un día ella te había salvado la vida con su desafío a la kapo que te golpeaba sin piedad. Aquella acción desprendida a punto había estado de costarle el viaje al crematorio. Pero la providencia quiso que Frau Erika enfermara y el castigo se había quedado en una semana sin comer la sopa de nabos.

Sí, ahora te las veías y te las deseabas para sostener esa mirada y ya no eras capaz de reconocer la presencia pétrea que, al principio, te recordaba a La Titana, aquella santa que tanto había hecho por ti.
El hambre era tan rabiosa que incluso de la rusa asomaban los huesos como el armazón de un barco abandonado. Jamás le viste a Irina un gesto sumiso, de rendición. Nada parecía afectarla. Lo soportaba todo: el trabajo duro, el frío, el hambre, los castigos insufribles…, pero no la deslealtad. Y tú le fallaste esa misma noche, su última noche,

cuando, además de su escudilla vacía, viste la súplica en sus ojos y no quisiste ofrecerle un poco de tu ración de sopa de nabos. Sabías que bastaba la intención, pero el hambre aplastó tu voluntad y te hizo olvidar el día en el que ella había ofrecido su vida por la tuya. Esa noche tu egoísmo te revolvía la conciencia. Casi eras consciente de que ella se habría negado a coger nada de tu plato. Solo quería un gesto de amistad. Y no se lo diste. Si querías sobrevivir, solo podías pensar en ti misma. Por eso, cuando a todas os condujeron al amanecer a la plaza, no fuiste capaz de soportar la presencia de Irina, allí, como una vela que parecía consumirse por dentro, enferma, sobre la nieve sucia que cubría la grava. Aun así, y a pesar del frío insoportable, Irina guardaba un último fuego en su interior y, mientras todas movíais los pies para evitar que el barro se congelase, Irina se quedó en una pétrea inmovilidad. Tú la mirabas de reojo. Sospechabas que iba a caerse de un momento a otro. Tenía la mirada abierta y, aunque le hablabas a hurtadillas para que tensara los músculos y luego los relajase, para que se balanceara y cambiase el punto de apoyo descargando el peso de un pie al otro, ella no se movía ni contestaba. Parecía estar lejos, en un lugar muy distante. Tú misma dudaste de tu propia resistencia para soportar esta nueva formación que duraría ocho horas y no te extrañó que ya durante la primera fueran cayendo, como troncos muertos, los cuerpos de varias presas, porque el frío entumecía los huesos y taladraba el cerebro. Lo que sí te parecía increíble era que, una vez más, Irina, que llevaba días sin comer, soportase tantas horas de pie a una temperatura de varios grados bajo cero. De alguna manera, lo consiguió, porque cuando se deshicieron las filas, Irina continuaba de pie, estática. Te acercaste a ella para decirle que todo había terminado ya, que teníais que volver a los barracones, y te diste cuenta de que estabas tocando un bloque de hielo. No te hacía caso. Aunque seguía con los ojos abiertos, enseguida supiste que el escalofrío que te sacudía por dentro no tenía nada que ver con la nieve. Irina, la comunista, parecía congelada, tiesa como un bloque de granito, un iceberg. La muerte había cristalizado en ella, y tú, en un gesto que era ya de culpa, la abrazaste para darle el poco calor que te quedaba. Ya no era una mujer lo que abrazabas sino una estatua firme y más fría que el mármol.

Cuando viste que Frau Erika se acercaba con el látigo y con aquella mirada de hurón asesino, te alejaste de Irina y comprobaste que ese mal bicho ordenaba a la rusa que se moviese. Pero Irina no reaccionaba, incluso daba la impresión de que estaba riéndose de la kapo, que, exasperada, golpeaba una y otra vez su figura granítica. Aún tardaría un tiempo en darse cuenta de que el desahogo de su ira no servía para nada, porque era como apalear una roca. Así que Frau Erika llamó a dos ayudantes para moverla y les costó muchísimo llevársela. Parecía anclada a la tierra como un roble.

Cuando por fin la dejaron en el carro, tiesa como una escultura, con esos pies que parecían llevar una peana de tierra de la que colgaba algo muy semejante a raíces, su

mirada abierta tocó la tuya y te viste obligada a volver la cabeza. Horas después, mientras humeaba la chimenea, brotaba en ti un doloroso sentimiento de culpa que te haría rechazar tu ración de sopa.

Madame Fontaine

Cada una de las noches en las que la stubowa Helga se llevaba a Kveta a su cuarto, temblabas de miedo. No te cabía la menor duda de que algún día, tal vez cuando se cansase de la pobre checa, vendría en tu busca. Estabas marcada y la elección era cuestión de tiempo. Más de una vez habías intentado rechazar la imagen de ella inclinándose para besarte. Sabías que ella te llevaba en la memoria. Por eso, esa noche en que la luna entró en los barracones para dejar vuestra miseria a la intemperie, sentiste en los labios el frío mortal de otra boca y pensaste que la jefa de sección se introducía en un fragmento de tu sueño. Pero no. El temblor de ese beso era el impulso del delirio. Cuando abriste los ojos, la viste allí, acechante, tocada por una locura súbita. Enseguida te diste cuenta de que esa mujer estaba buscando en tus labios un recuerdo. Era Madame Fontaine, a la que todas le habíais puesto el apodo de Baronesa, la misma que el día anterior aún mantenía su dignidad y su trato exquisito con todo el mundo. Ahora acababa de perder lo poco que le quedaba: la razón. Te asustaste, no porque te estuviera besando alguien que, por edad, podría ser tu madre, sino porque no te atrevías a rechazar ese gesto amoroso. No, sabías que no era piedad lo que sentías. Era un escalofrío que alcanzaba el beso veloz, el estímulo adolescente que aquella vez te abrió los sentidos cuando rozaste los labios de Máximo. En el campo hacía tiempo que se había prescindido de toda vida emocional, y en ese beso confuso de Madame Fontaine encontraste un punto de sensualidad que fue como un viento humano que empujaba el deseo, el rumor sordo de algo imperceptible. Aguardaste a que ella se separase de ti para ver si recuperaba la cordura, pero ella ya se había instalado en un lugar al que no llegaba tu imaginación. Te conformaste con oír sus palabras como si asistieras a una representación teatral en la que no sabías el lugar que ocupabas. Sí, te hablaba con su francés refinado, e igual te contaba un maravilloso viaje a Italia que te describía pormenorizadamente la boda que una sobrina suya había celebrado en un palacio cerca del Bosque de Boulogne. Te resultaba curioso el nuevo timbre envarado de su voz y también la facilidad con la que había perdido su máscara casi proletaria, la prudencia con la que solía ocultar su condición aristocrática, integrándose como una más en la vida del campo. Ahora, en su repentina alucinación, brotaba la memoria blasonada de su pasado y confundía a las internas con personajes que habían frecuentado su vida. Incluso esa mañana, cuando empujabais la carretilla con la arena, os hablaba como si estuviese paseando en carruaje por los campos Elíseos o por las Tullerías. La Baronesa era una mujer respetada en el barracón. Nunca se metía con nadie y no presumía de nada, ni siquiera de la muerte de su marido a manos de la Gestapo, un suceso que habían recogido los periódicos y que os confirmó una interna

francesa de otro barracón. Ver ahora así a esta mujer, que para vosotras era una especie de jueza, siempre optimista y ocurrente, os daba muchísima lástima.

Esa misma noche, cuando volvisteis del trabajo y llegaron los bidones con la sopa de ortigas y la ridícula ración de pan, acompañasteis a Madame Fontaine en su desvarío y dejasteis que tradujese esa miseria en un menú suculento y refinado que se esponjaba en el paladar de vuestra memoria. A continuación, con la connivencia de las que agonizaban en sus jergones, improvisasteis un espectáculo para fijar la ilusión de que estabais en el Palacio de la Ópera Garnier de París. Con varias mantas creasteis una especie de telón tras el que se escondía la delicada figura de Kveta Holek, que, por fin, iba a ofrecer su voz para animar a Madame Fontaine, la mujer con quien solía jugar a las cartas utilizando aquella baraja hecha de pedacitos de cartón que tú misma te habías encargado de dibujar. Era la primera vez que os disponíais a oír su voz y resultó algo impresionante. Ninguna de vosotras había creído en su fama y aunque la actuación comenzó siendo apenas un murmullo, ya en las primeras notas sentisteis un escalofrío que os hizo conscientes del poder de su voz. Fue algo inolvidable, y también doloroso, oír a Kveta Holek y ver cómo Madame Fontaine concentraba toda su atención desde su catre, como si estuviese en la platea de la ópera. Por un momento, la canción os devolvió a los días en los que todavía existíais. La suntuosa voz de Kveta Holek expresaba un universo emocional que la furia nazi había erradicado incluso de vuestra memoria. Hacía tiempo que habíais perdido la capacidad para el recuerdo. El miedo había paralizado vuestra consciencia, y vuestros deseos se reducían a un pedazo de pan, un trozo de tela harapienta o un día de descanso. Esa noche la canción desafiaba vuestra realidad, y durante unos minutos os encogió el corazón y fuisteis muchas las que os pusisteis a llorar porque la música introdujo en vuestra cabeza todas las ausencias, y ese júbilo terminó convirtiéndose en una emoción que os sumió en una soledad antigua. La única que parecía ajena a cualquier nostalgia era Madame Fontaine, que primero se acercó a felicitar a Kveta Holek y a continuación se retiró a su catre. Desde allí, estuvo un instante observando vuestro silencio extremado y triste y se apagó mansamente como una vela.

Con ella, esa noche se contaron cinco muertes. Pero Madame Fontaine resultó ser la única que se fue con los ojos abiertos y algo muy parecido a una sonrisa.

El Piano

Era domingo, jamás podrás olvidarlo. Amanecía cuando oíste el rumor sordo de varios camiones. Por un momento, incluso se cruzó en tu mente la esperanza de que llegaran los aliados para la liberación. Las noticias de los últimos días eran alentadoras. Alemania estaba siendo bombardeada y las alarmas habían sonado varias veces durante la noche. El estruendo sísmico de las bombas se adivinaba no muy lejano y todo hacía pensar en una pronta derrota de los nazis. Aun así, la disposición de todos aquellos vehículos alineados en el centro de la Lagerstrasse tenía otra función. Eran camiones alemanes, atestados con troncos y grandes listones de madera. Estuvieron allí, en ese corredor principal, parados durante un momento, como animales al acecho.

Agolpadas en la ventana, dejasteis que el miedo se apoderara de vosotras. Cristine, una socialista que también tenía a su novio en el campo de los hombres, comentó que los alemanes estaban evacuando algunos campos. Le creíste porque no hacía mucho que habíais visto al otro lado de las alambradas hileras de presos arrastrados por los soldados. Tal vez los alemanes comenzaban a retirarse con urgencia. Esa posibilidad os alegraba y os entristecía a la vez porque, por un lado, significaba que los aliados debían de estar a no más de un día a pie, y por otro, que la evacuación podía suponeros una muerte cierta.

La tensión en el barracón se palpaba y nadie se atrevía a mover un dedo. Tú te quedaste pegada a la ventana y fuiste la primera en ver aquellos comandos de presos alineados que entraban por la puerta principal con todo tipo de herramientas. Era hombres guiados por varios kapo. También había soldados que parecían estar midiendo el centro de aquel corredor central donde solíais formar para el recuento. De repente, colocados en un rectángulo perfecto, los picos y las palas comenzaron a cavar zanjas. Mientras algunas de tus compañeras hacían bromas con la presencia de los hombres y otras buscaban con la mirada algún familiar, tú sospechaste que los agujeros estaban destinados a esconder vuestros cuerpos. Por suerte, te equivocaste, porque pronto se pusieron a enterrar los troncos en posición vertical, clavándolos de manera sucesiva. Poco a poco, como algo espontáneo, fue irguiéndose ante vuestros ojos la estructura de una cabaña alargada en la que también introdujeron diverso mobiliario: camas, sillas, mesas e incluso un piano, sí, un piano negro.

Por la tarde, cuando la cabaña estaba ya casi rematada, aparecieron más camiones, esta vez llenos de un material muy distinto. Las SS, las kapo, las blockowa, y las stubowa buscaron ayudantes para descargar los camiones y, de repente, el barracón

comenzó a llenarse de escobas, mantas nuevas, ropa, jabón y toallas limpias. Aquello era tan increíble que fuisteis muchas las que no os atrevisteis a acercaros a aquellas cosas que tanto habíais anhelado. La desconfianza era comprensible. No era la primera vez que os humillaban. Por eso, aguardasteis a que Frau Erika resolviese vuestro desconcierto. El motivo de aquel repentino trasiego era la llegada de un nuevo comandante que había prometido darle un buen cambio al campo. El primer encargo había sido que arreglaseis los barracones. Enseguida vendrían las duchas. Teníais que estar preparadas. Esa noche la cena iba a ser abundante. La propuesta era tan extraña que una parte de ti quiso pensar con benevolencia en ese comandante. Tal vez, ante la proximidad de la derrota, solo buscase cubrirse las espaldas en el futuro, desligándose del crimen, pergeñando una coartada civilizada. Pero, mientras todas se disputaban la ropa y el material, tú te acercaste a la puerta y viste algo que confirmó tu recelo: los hornos seguían funcionando. Constance, una veterana socialista de Lyon, dejó de oler el tejido limpio de una toalla y se enfrentó a tu escepticismo.

La euforia arrastró incluso a las moribundas y limpiasteis a conciencia el barracón, primero con las escobas y después con grandes baldes de agua. Se estableció una actividad tan frenética que en menos de dos horas desapareció parte del hedor que era una mezcla de diarreas, suciedad y, sobre todo, la pestilencia que dejaban las enfermas que iban pudriéndose por dentro, víctimas de su propia inmundicia, descomponiéndose hasta el último aliento. Esas muertes vividas en silencio dejaban en el barracón un olor putrefacto al que casi os habíais acostumbrado.

Al terminar, cogisteis la ropa nueva, el jabón y la toalla y os llevaron en fila hasta el almacén donde estaban las duchas. Todavía recordabas el día de vuestra llegada, el miedo físico a morir asfixiadas, pero era tanto el deseo de quitaros la costra de suciedad que se había pegado a vuestro cuerpo como una segunda piel, que casi todas llevabais el jabón pegado al rostro buscando con el olfato el aroma de los recuerdos. Las kapo y las blockowa habían rebajado sus gritos y parecían comprender todavía menos que vosotras los planes del nuevo comandante. En su resignación había quizá un punto de miedo, la posibilidad de perder su poder sobre vosotras. Lo cierto es que a continuación sentiste el agua tibia sobre la piel y el roce escurridizo del jabón resbalando por todo tu cuerpo. Sabíais que la limpieza en el campo era salud y buscabais todas las partes, sobre todo, donde había pelo. No queríais dejar ni un gramo de suciedad. Por un momento, observaste el espectáculo de muchos de esos esqueletos con vientre de niño, doblados de placer, viendo deslizarse por los sumideros el agua negra, recibiendo el tacto suave de la toalla sobre la piel.

Cuando salisteis del almacén, totalmente restauradas, vivas, vestidas con ropas usadas pero en buen estado, varios hombres abandonaban el campo porque habían terminado su trabajo.

En la calle, frente a los cuatro primeros barracones, habían dispuesto mesas con bancos de madera y algún columpio para niños, e incluso un par de mesas de ping-pong. El asombro era total, aunque tú seguías mirando con extraña avidez hacia la cabaña de madera donde debía de descansar aquel piano negro. Te resistías a creerlo. Esta no sería la única sorpresa, porque en el suelo de vuestro barracón, donde solía formarse barro cuando caía la lluvia por el tejado lleno de agujeros, habían puesto listones de madera.

El olor a pino os entusiasmó y os preparó para la euforia colectiva cuando os trajeron una cena que os dejó extasiadas y que, por exceso, provocó algunas dificultades digestivas.

Esa noche, emocionadas dentro de esas ropas que os hacían irreconocibles y humanas, se estableció en el barracón una esperanza, sobre todo porque la blockowa María y la stubowa Helga estaban ausentes y no interferían en vuestra alegría espontánea. Nadie quería acostarse, ni siquiera las enfermas, que ahora tenían mantas limpias. Teníais miedo de que al dormir se borrase esta nueva realidad. Fueron las polacas las que se pusieron a cantar y batir palmas mientras algunos de aquellos esqueletos dibujaban un baile lento, demorado, dificultoso. A pesar de no haber bebido alcohol, en el aire había una convulsión achispada que te recordaba los bailes de los aldeanos en la fiesta del Carmen. La música excitó en ti el deseo de tocar y buscaste en el vientre de paja de tu lecho el cartón desplegable sobre el que estaban dibujadas las teclas. Estuviste un buen rato pulsando con la imaginación los acordes invisibles que acompañaban el folclore de medio mundo. Fue Kveta Holek la que te expulsó de tu interpretación cuando te pidió que la acompañases hasta la puerta del barracón. Desde allí, y a pesar de la oscuridad, surgió la pregunta de por qué solo habían arreglado los cuatro primeros barracones, justo los que estaban más cerca de la entrada principal. No, no lo entendíais, como tampoco podíais adivinar el porqué de esa cabaña instalada en el centro de la Lagerstrasse. Pero en tu cabeza ahora solo existía la pregunta de para qué habían traído al campo aquel piano negro.

El nuevo comandante

El olor a madera te arrancó del sueño y te extrañó que ya estuviera amaneciendo. ¿Por qué no os habían despertado? La resaca de la fiesta seguía viva en tu cabeza y pensaste que, tal vez, los alemanes se habían marchado ante el avance aliado. Aun así, cuando te levantaste y te acercaste a la puerta, viste que en el campo comenzaba a haber ya cierta agitación. En la cabaña misteriosa aguardaba una fila de presas vestidas con sus ropas nuevas. Pertenecían al barracón número dos.

No tardó en venir Frau Erika, esta vez sin hacer aspavientos con la fusta. Os dijo que os preparaseis para tener una entrevista con el nuevo comandante, que quería conoceros. Iríais en grupos de doce. Y así, junto a Kveta y otras diez, la mayor parte de ellas rusas, formasteis parte del primer grupo de vuestro barracón.

La mañana era fría, pero la ropa que te había tocado era de abrigo y te protegía del viento helado que bajaba de las montañas como un cuchillo afilado. Fueron llamándoos una a una y, cuando llegó tu turno, lo primero que pensaste era que allí dentro estaba el piano.

Un soldado te mandó pasar y te dijo que te sentases en la silla que estaba frente a la mesa, justo al lado de la intérprete rusa, que tenía un cuaderno sobre sus piernas rígidas. Te sorprendió lo grande que era el cuarto y, sobre todo, la presencia allí de una cama, junto a una mesa de despacho. Al fondo había una puerta entreabierta que conectaba con otro cuarto en el que sí pudiste ver el negro brillo del piano, que estaba pegado a la pared.

De repente, el tronar de unos pasos militares trajo hasta ti la figura imponente del comandante. Era un hombre extremadamente joven para su cargo. Debía de tener tu misma edad, quizá menos. Sus ojos azules poseían una profundidad tan agresiva como la de la cicatriz que tenía en el labio superior.

Se sentó frente a vosotras dos y posó su gorra sobre la mesa. Después, con un gesto demasiado afectado, se quitó los guantes negros con puños bordados, preguntó tu nombre y esperó a que la rusa, que hacía las veces de secretaria e intérprete, lo apuntase al lado de tu número. La voz del comandante se expresaba con un timbre agudo, aflautado. Quizá era el costurón del labio lo que agudizaba sus palabras. Cuando se dio cuenta de que estabas contestándole en alemán te miró con extrañeza y te preguntó en

qué lugar de Francia lo habías aprendido. Y fue entonces cuando con la mano izquierda sostuviste el triángulo rojo en el que estaba cosida tu identidad y le contaste que no eras francesa sino española, que el poco alemán que sabías lo habías aprendido en Barcelona. Le confesaste también que se te daban mejor el francés y el inglés, aunque tu idioma habitual era el catalán. El comandante parecía sorprendido y se interesó por los motivos de tu detención y por tu ideología política. Después quiso saber a qué te dedicabas y, justo cuando le dijiste que eras fotógrafa, dibujó una o de admiración con los labios, se levantó y se puso a caminar por el cuarto con la mirada clavada en el suelo, como si entre las tablas buscase la salida de un laberinto. Estuvo así durante dos interminables minutos hasta que te preguntó si sabías tocar el piano. Cuando le respondiste que sí, volvió a mirarte con asombro y le dijo a la rusa que abandonase la cabaña. Detrás de esa orden creíste percibir un rastro agresivo y no entendiste muy bien la expresión de ese arrebato. Os quedasteis a solas y él se acercó a ti, como para observar bien tus pupilas, y ordenó que te acostaras en la cama. Sus palabras te dieron miedo y te echaron el mundo encima cuando te tumbaste en la cama y apoyaste la cabeza en la almohada. En ese momento deseabas hundirte en la blandura del colchón, desaparecer para no tener que enfrentarte a esa prueba tan dura. Con los ojos cerrados esperaste resignada su cuerpo, pero sus manos no te tocaron. Fue su voz la que te rozó para preguntarte si querías ser su secretaria. Esta sería tu cama para descansar. Estaba claro que no había posibilidad de negativa. Tocarías el piano cuando quisieras, sobre todo, y para eso estaba, cuando él trabajase en el tercer cuarto de la cabaña. Allí nunca podrías entrar. Aquel lugar estaba reservado en exclusiva para él. Explicó también que tu trabajo de intérprete se extendería fuera del campo y muchas mañanas vendría a buscarte un soldado.

¿Qué pretendía de ti fuera del campo? La duda te pareció extraña y perversa, pero aceptaste sus propuestas porque esta nueva situación te liberaba de los extenuantes trabajos en los comandos externos y, posiblemente, de los forúnculos, los abscesos, las fiebres, los piojos, la disentería y la putrefacción de los barracones.

El privilegio de la cama y, sobre todo, la posibilidad de tocar el piano podían en ese momento con cualquier tipo de nostalgia o culpa. Ya nada te ataba al barracón, solo el odio hacia ti misma, la responsabilidad de las muertes de todas tus amigas: Madame Fontaine, Irina, Ivonne y su hijo… Por eso, no pusiste reparos a esta nueva e inverosímil oportunidad que se te presentaba. Tu guerra contra el fascismo hacía tiempo que había terminado. En los últimos meses tu única lucha era por un pedazo de pan, por evitar la visita a la enfermería o los latigazos de la kapo Erika, por no convertirte en una musulmana destinada a recibir una inyección de fenol en el corazón y acabar siendo ceniza de crematorio… Sí, no te importaba nada ser una colaboradora. No era la primera vez que, desde la posición del hambre y la desesperación, envidiabas a las

kapo, esas delincuentes que se entregaban con saña a su labor para satisfacer al monstruo alemán, pero que estaban mejor alimentadas que tú, siempre al filo de la muerte.

No, no podías desaprovechar esta situación y creíste, a pie juntillas, en la mentira del comandante. ¡Tú, su secretaria, su schreiberin, así, de repente, sin más exámenes que una conversación fugaz! Cogiste el cuaderno que había dejado la rusa sobre la mesa y caíste en la cuenta de que ya tenías una nueva enemiga, porque te habías apropiado de su trabajo.

El comandante te explicó lo que tenías que hacer y enseguida supiste el motivo de todo aquel fasto desplegado en los primeros barracones: iban a grabar un documental sobre los campos y él estaba haciendo la selección de los personajes. Sí, los bancos de madera, las mesas de ping-pong, la limpieza de los barracones, las ropas nuevas, la cena… no eran más que una prueba de ficción, el ensayo anticipado de una pantomima con la que el comandante Artmann quería asombrar al mundo y borrar la muerte fabril de los campos.

Así, sentada en una silla, fuiste anotando en el cuaderno el número, el nombre, la fecha de nacimiento, la religión y la profesión de las presas que iban entrando y que respondían, nerviosas, a las preguntas del comandante. Lo que más te extrañaba de aquellas entrevistas era que, al final, él se acercaba para inspeccionarles la boca, como si los dientes fuesen la clave de su elección. Con un gesto que entendiste a la primera, fuiste poniendo una señal en la última casilla de cada renglón.

Cada una de las presas que entraba en esa oficina improvisada, te miraba con una mezcla de envidia y desprecio, pero no te sentiste miserable porque sabías que ninguna de ellas se resistiría a ocupar tu puesto. La única mirada que te resultó dura, ofensiva, fue la de Kveta, porque la checa era la mejor amiga —quizá la única— que te quedaba en el campo. Cuando se sentó a tu lado, notaste que las manos le temblaban sobre su falda nueva y no era capaz de mirar a los ojos del comandante. Era una situación incómoda, tensa, incluso llegaste a pensar que los dos se conocían de antes porque el alemán se quedó callado un buen rato. Ese silencio se te hizo tan insoportable que decidiste meter baza para ayudarla y comentaste que Kveta Holek era una soprano famosa que había recorrido el mundo con su extraordinaria voz. Incluso le contaste que todos los vecinos de su aldea habían colaborado para que ella pudiese estudiar música en Praga. Tu recomendación fue tan efusiva que el comandante se levantó, como había hecho contigo, y se puso a pasear por el cuarto en busca de algo. Como tampoco había mirado la boca de Kveta, intuiste que esa era una buena señal. De repente, os ordenó pasar al cuarto en el que estaba el piano y allí extrajo de un cajón una carpeta que

contenía varias partituras. Las dos esperasteis de pie a que el alemán encontrase lo que buscaba. Finalmente os puso ante los ojos la partitura del Lohengrin de Wagner y, sin saber todavía su propósito, sentiste un escalofrío al descubrir el cisne de la portada, porque esa imagen te arrastraba hasta la rebotica de una farmacia, una tarde de verano, sentada en el suelo junto a Máximo, pegados a la música que salía del gramófono y daba vida a aquel cisne que se convertía en un ser humano. El encanto de esa leyenda, que se remontaba a la oscuridad de la Edad Media, había quedado grabado en tu memoria porque, cada vez que se despertaba en ti algún tipo de curiosidad, Máximo te llamaba por el apodo de Duquesa de Brabante. Por un momento, incluso pensaste que el comandante también te lo iba a llamar, pero él solo quería preguntarte si Kveta y tú podríais interpretar algunos fragmentos de esa obra que le había dado un músico alemán amigo suyo.

Sorprendida por ese deseo tan extraño, leíste las notas del pentagrama y, mientras le explicabas que tus conocimientos de música no eran muy extensos, que necesitarías un poco de tiempo para intentar adaptar al piano las partes más sencillas o hacer un acompañamiento armónico, Kveta sacudió de repente su tensión con una sonrisa arrogante, y sin mirar la partitura, comenzó a cantar, primero casi en sordina y después con un poderoso crescendo. El alemán se apartó, como si solo desde la distancia pudiese captar la profundidad de aquella voz y la osadía de su talento, y permaneció un buen rato con los brazos en jarra, tratando de disimular su asombro.

Cuando Kveta terminó su interpretación, el comandante se acercó a ella, le levantó el mentón con su dedo índice, como si fuese a besarla, y le dijo que su voz dispondría de una orquesta en el campo. Después se dirigió a ti y te preguntó si no te importaba compartir la cama con Kveta. Le dijiste que no, que estarías encantada de tenerla contigo porque erais muy buenas amigas.

Esta posibilidad te distanció de tu propio cuerpo y volviste a tu nuevo trabajo para continuar con la selección, con el alemán bromeando con sus preguntas y tú, junto a las entrevistadas, oyendo con un nudo en la garganta la tristísima música que Kveta interpretaba al piano.

El regalo

Cuando terminó la selección del primer día, el comandante abandonó el campo y os quedasteis las dos solas, esperando a que el sonido de la moto se perdiese en la distancia. Solo entonces fuisteis conscientes de vuestra soledad. Sentadas en la enorme cama, acariciasteis la sábana para ratificar el milagro. No podía ser cierto.

En un rincón habían dispuesto un pequeño cuarto con una ducha y una letrina. Aquello era impensable. Además, dos presas italianas os trajeron comida con un buen pedazo de pan blanco que nada tenía que ver con aquellos bollos cenicientos que sabían a serrín. Deambulabais de un lado a otro sin saber qué hacer y entrasteis en el cuarto del piano, en el que también había otra mesa de despacho con dos sillas. Allí os preguntasteis qué habría tras la puerta que daba al tercer cuarto al que teníais prohibido el acceso.

Como era de noche y no querías que nada estropeara vuestra suerte, pisaste el pedal de la sordina y, de una manera casi imperceptible, tocaste de memoria alguna de las canciones que habías aprendido en Barcelona con el señor Escortell. A pesar de tener los dedos entumecidos por el frío y los nervios, esta vez conseguiste llegar al corazón de alguna pieza, pero enseguida te detuviste, porque todo se volvió nostalgia y, derrotada, te metiste con Kveta en la cama.

Mientras buscabais el calor mutuo de los cuerpos, el ruido lejano de las bombas y el avance ciego de los aviones parecían ponerle fin a la guerra.

Kveta estaba contenta y estuvo hablando sin parar durante casi toda la noche. Casa por casa, reconstruyó su aldea y le dio vida a todos los seres que la habitaban y por los que sentía verdadero amor. Cada nombre parecía surgir dentro de ella como un vínculo carnal que la hacía temblar de la cabeza a los pies. Su destino estaba unido al de toda aquella gente a la que se sentía atada de por vida. Había adquirido un compromiso y cada minuto en Praga lo aprovechaba a conciencia.

La oscuridad os acercaba y te permitía vislumbrar una pequeña aldea a la orilla de un río, el murmullo del verano, el aire luminoso del trigo, el olor antiguo de la tierra que te daba en la cara como la caricia seca de una tarde campesina. Y en esa ilusión, Kveta te contaba, emocionada, la primera vez que su voz se hizo presente cuando apenas era una niña. Aquel día había ido con su familia a la misa del domingo y, más por intuición que por otra cosa, quizá como una prueba iniciática en el mundo de los

adultos, se puso a cantar una de aquellas canciones religiosas que tantas veces había oído. Al principio parece ser que lo hizo con voz encogida, pero cuando llegó al estribillo, una confianza inconsciente liberó su voz prodigiosa y remontó la afilada queja de las viejas que, de repente, se quedaron en silencio buscando el hechizo del ángel que las acercaba al Reino de los Cielos. Durante unos segundos, la voz de Kveta había quedado flotando en el aire y cuando abrió los ojos y vio el asombro en todas aquellas miradas, la niña pensó que acababa de profanar algo sagrado o que había cometido el más ruin de los pecados. Entonces rompió a llorar ante aquella expectación unánime que lo único que quería era continuar oyendo su voz sobrenatural. El padre Karel había detenido la misa y bajado del altar para tranquilizarla. El cura parecía el más sorprendido de todos y le dio un caramelo que sacó de debajo de la sotana. Al cabo de un momento, fue el propio padre Karel quien comenzó de nuevo la canción y esperó a que Kveta se emparejara con su voz para comprobar el milagro.

Acurrucada contra ti, Kveta te aseguraba que esa había sido la primera vez que había oído aplausos en el interior de una iglesia. Ya nunca olvidaría el temblor ni el silencio solemne que quedó después de su interpretación. Jamás volvió a tener un público tan entregado como el de ese domingo de primavera. Aún podía sentir en el recuerdo la pesada mano de su padre sobre la cabeza y la sonrisa extasiada de su madre, que no dejaba de persignarse.

Kveta se extendía en los detalles de ese día y convertía su aldea en un paisaje en el que te era fácil imaginar el lecho del río, el esplendor de las flores y esa niña tomando conciencia de su voz y explorando el tesoro del pecho porque quería volver a sentir el poder, el hechizo de su seducción. Ese fue el principio de todo. Después vinieron más domingos, el rudimentario solfeo del padre Karel y la posibilidad de poder tocar aquel órgano del que, como del fondo de un pozo, surgían notas sumergidas en las que se fundía su voz y el prestigio de aquellas misas tumultuosas a las que acudían de otras aldeas solo para oírla a ella.

Esa noche, mientras el campo se iluminaba con el pestañeo de los relámpagos, Kveta te enumeraba la infinidad de cartas que le mandaban desde la aldea, los dibujos de los niños, las oraciones que le dedicaban los domingos, los sacos de fruta que le llegaban en un carro cuando había feria en Praga y que siempre traían dentro una carta de su hermano; en ella se concretaba la pertenencia y el lugar exacto de los árboles donde habían sido recogidos. Kveta te aseguraba que cada pieza de fruta le sabía a gloria porque le traía el sabor de un pedazo de su tierra. Mientras te lo contaba masticaba las palabras como si estuviese mordiendo los recuerdos, y se envanecía de que la devoción que todos le tenían a su voz fuera inquebrantable hasta el punto de que, incluso cuando estalló la guerra y la aldea se dividió en dos bandos, muchos partisanos, despreciando

la presencia de los alemanes, fueron capaces de acercarse a los alrededores de la iglesia porque sabían que esa alma mundana, que ya triunfaba en los grandes escenarios de Europa, acudía todos los años a cantar en la Misa del Gallo de su aldea.

Cuando la voz de Kveta fue apagándose en un tímido balbuceo, la tormenta ya extendía el murmullo del invierno y dejaba en los cristales el martilleo de una música que fue adormeciéndote.

La mañana siguiente volvió a amanecer contigo en la cama y te sorprendió el calor limpio de las sábanas y la ausencia de Kveta, que estaba junto a la ventana, con la mirada perdida en algún rincón del campo. Parecía asistir a un espectáculo.

Te acercaste a ella y viste cómo el sol intentaba agujerear la niebla suspendida que colgaba sobre la geometría perfecta de los barracones y que al principio te pareció el aliento físico que había dejado el tren de tu sueño. Entonces comprendiste el arrebato de Kveta. Mirar el campo desde la ventana de la cabaña era como estar fuera de él. Sí, eso fue lo que sentiste e intentaste imaginar la película que el comandante estaba preparando. ¿Qué pasaría cuando terminase esa grabación propagandística? ¿Os devolvería a los barracones y a la situación animal en la que vivíais? No, preferías no pensar en eso. La posibilidad de que todo fuese una trampa o una alucinación, te angustiaba. Lo mejor era concentrarse en el amanecer y olvidar el humo de los crematorios que seguían extendiendo una especie de incienso sobre vuestro miedo. En ese momento lo que importaba era esta situación confortable y la perspectiva de una nueva vida que enseguida se confirmó con la llegada de las dos presas italianas que os trajeron un desayuno abundante, con pan y café con leche, sí, café, no el aguachirle con el que todas las mañanas inspirabas en la memoria el recuerdo de un té. También os dieron jabón, toallas limpias y una bolsa con vestidos. Incluso os dejaron pasta dentífrica y un cepillo para lavaros los dientes. No podías creerlo. Habías pasado tanta hambre, tanta sed, tanto miedo, tanta suciedad, tanto frío, tanta miseria, que todo ese lujo anuló el orgullo de tu rebeldía.

Sí, el comandante era un nazi, esa evidencia no podías quitártela de la cabeza, pero también era cierto que él estaba mejorando las condiciones del campo. El humo de las chimeneas…, sí, para el humo encontraste la justificación de las muertes naturales que cada día se producían en la enfermería o en los barracones. Era una medida higiénica. Eso fue lo que intentaste infundirle a Kveta mientras os duchabais lentamente para tener consciencia del agua que recorría vuestro cuerpo. Después os probasteis los vestidos con una agitación casi infantil.

Kveta estaba contenta, pero en su alegría descansaba más la posibilidad de una orquesta y la conservación de la voz que la de gozar de esos privilegios. Su expresión era sensata, desconfiada. Las necesidades del pasado intentaban justificar tu entusiasmo y no te cansaste de decirle que habíais tenido suerte. Todo lo que os estaba ocurriendo no era una derrota o una claudicación, sino una victoria sobre la muerte. Os interesaba creerlo para no interpretar vuestra situación como la de dos simples colaboracionistas.

El comandante llegó sentado en el sidecar de una moto negra que conducía un soldado. Eran las diez. Las kapo ya habían formado varias filas de presas para la entrevista. Enseguida observaste que estas presas no pertenecían a los primeros barracones, porque venían con los harapos propios del campo.

El comandante se apeó y, antes de entrar, llamó con los nudillos a la puerta. Os extrañó ese gesto y escupisteis una contestación al unísono.

El nazi entró con una caja debajo del brazo izquierdo y se acercó a vosotras para besaros la mano con una afectación envarada. Sin embargo, ese flirteo provocó en ti un escalofrío de pavor.

Se apoyó en la mesa, se quitó la gorra y los guantes bordados, y te dijo que te acercaras a abrir la caja. Los dedos te temblaban sobre el cartón porque en tu cabeza se dibujaba una imagen cruenta que te hizo pensar que ahí terminaría todo este juego. Rasgaste el envoltorio y la viste allí dentro, en una caja más pequeña, descansando como un animal dormido. Sí, era una Leica, más moderna que la tuya.

¿Qué estaba sucediendo? ¿Qué pretendía este hombre? Por un momento incluso pensaste que estaba intentando seducirte, otra manera más sutil de derrotarte. Pero enseguida aclaró que aquello no era un regalo sino un instrumento de trabajo. Con esa máquina tendrías que hacer un reportaje sobre la vida del campo y los preparativos de la película. Él estaba seguro de que llevarías a cabo un buen trabajo. En los siguientes días la cámara sería un salvoconducto para circular libremente por el campo. Te asombró su confianza y la intuición de saber qué tipo de reportaje quería él. Aun así, aceptaste interiormente el trabajo. Deseabas alejarte del infierno de los barracones.

La caja estaba llena de películas y te dijo que él se encargaría de positivarlas. Tú te limitarías a hacer las fotos.

Te preguntaste si todas aquellas películas estarían contadas y pusiste la caja sobre la cama. Estabas desorientada.

El comandante se levantó, de repente, y se acercó a Kveta para asegurarle que ella también era destinataria de una sorpresa. Pero aún tenía que esperar para saberla. Ahora, había que proseguir con el trabajo y ella debía volver al otro cuarto para tocar el piano, mientras tú cogías el cuaderno e ibas llamando una a una a las presas que aguardaban fuera.

Como estas remesas ya pertenecían a los barracones excluidos de la grabación, con ellas venía el hedor de la muerte y las mirabas con cierto reparo. No querías volver a ese estado. Ahora sabías que podías recuperar la salud con esta actividad menos agotadora que el trabajo mortal de los comandos. Las ropas, el jabón, la comida… ¿te habían convertido en una nazi? No, tu rechazo a mirarlas se debía a que te estabas viendo en ellas y te dolía esa imagen de ti misma. No, no querías regresar a ese estado. Por eso, te aplicaste con valor a este nuevo trabajo. De una forma mecánica, anotabas todos los datos y constatabas que la aceptación se producía, más que por la profesión, por el estado de los dientes. Sí, las mejores candidatas eran las que tenían una boca perfecta o alguna pieza de oro.

Cuando ya llevaba cincuenta entrevistas, el comandante hizo una pausa y os ofreció tabaco a Kveta y a ti. La checa se negó por su voz, pero tú aceptaste ese cigarrillo tan distinto a los que, como monedas valiosas, circulaban por los barracones. No dejabas de vigilar la Leica sobre la cama y sentías el placer mundano de fumar, pero también eras consciente de que el comandante lo aprovechaba para mirarte de reojo con una intensidad desconcertante.

Putaines

En un momento de la noche oíste en la puerta algo como un golpe breve o el arañazo de un gato, y creíste que formaba parte del sueño. Aun así, cuando te desperezaste por la mañana y viste aquel trozo de cartón asomando por debajo de la puerta, confirmaste que el ruido había sido real. Era un dibujo obsceno con una palabra escrita en francés: putaines. Esa imputación mezquina te dolió, porque era mentira, por lo menos en su sentido literal. El comandante no os había puesto la mano encima y, aunque Kveta había sido forzada por la stubowa Helga y Madame Fontaine te había dado un beso en la boca delante de todas, entre vosotras dos nunca había habido experiencias lésbicas.

Estuviste un buen rato furiosa, con el cartón en la mano, molesta, desconfiada, pensando si la promesa del comandante de extender tu trabajo de intérprete al exterior del campo no incluiría la posibilidad de mandarte al burdel del campo de los hombres. No, era imposible que la interna que había introducido ese mensaje supiese cuál iba a ser vuestro destino. No eran más que imaginaciones suyas.

Le mostraste el cartón a Kveta, y esta, en lugar de enojarse, se puso a reír y dijo que sí, que quizá erais dos putas, eso sí, con el estómago lleno. Mientras te lo decía, te tocó los pechos en un arrebato vulgar que insinuaba lo bien que os había sentado esta primera semana de lupanar. Tú habías recuperado unos cuantos kilos y Kveta, además de haber ganado peso, parecía mucho más joven y hermosa. Sí, la reacción de la checa te hizo olvidar la malicia de aquellas palabras y echaste el cartón en la estufa de hierro que el comandante había mandado instalar en el centro de la cabaña.

Las entrevistas habían terminado y, por fin, hoy tenías permiso para probar la Leica. El comandante lo había autorizado y estabas ciertamente nerviosa porque apenas habías salido de la cabaña un par de veces para traducir las normas que el comandante anunciaba a las nuevas presas.

Francia ya había sido liberada hacía unos meses y las noticias sobre el estado de la guerra seguían siendo excelentes, pero al campo continuaban llegando mareas interminables de desgraciadas que se asombraban cuando veían las mesas, los columpios e incluso esa especie de escenario sobre el corredor central de la Lagerstrasse donde una orquesta numerosa, con representación de todas las nacionalidades, comenzaba a ensayar fragmentos del Lohengrin de Wagner.

Después del infierno que habían tenido que pasar en el transporte, veías en sus ojos la alegría humana de la llegada. La imagen blanda del campo amortiguaba la separación de sus familias y la rápida frialdad con la que el comandante Artmann decidía los destinos no solo por las edades o la apariencia sino también por el estado de sus bocas. Intentabas comprender el temblor de las miradas que buscaban en ti la esperanza y una explicación. Te gustaría decirles que no se fiasen, que los hornos no eran para el pan, que tenían que decir que estaban sanas, que se estirasen todo lo posible para retrasar, al menos, la muerte…, pero no te atrevías y preferías dejarlas a la deriva en esa balsa de ilusión.

Salir por fin al campo, sin temor a las kapo ni a los SS, ostentando un cierto poder sobre las demás, hacía de ti una diosa. Nadie osaría insultarte, por lo menos a la cara. La Leica te daba libertad de movimientos y te permitía hablar con tus compañeras, explicarles todo lo que había sucedido, buscar una circunstancia atenuante para vuestra posición emancipada y ofensiva.

Al principio te dedicaste a caminar por el campo, como estudiando un encuadre. Después fuiste interiorizando las fotos que querías hacer. En realidad, las fotos que buscabas eran precisamente las que creías que el comandante querría ver. Pasaste por delante de tu viejo barracón y te acercaste. Las presas llevaban días sin trabajar y estaban ociosas, jugando a las cartas o vagando de un lugar a otro sin sentido. En el ambiente se mascaba una esperanza triste y resignada. Aun así, en cuanto sintieron tu presencia, un silencio violento se abalanzó sobre ti y te entraron ganas de huir, pero al final te armaste de valor y empuñaste la Leica para fijar ese desprecio colectivo. Algunas te insultaron, otras se metieron en sus nichos como ratas asustadas, alguna incluso te enseñó el culo… Solo Constance se acercó a ti y te pidió que la informases, si era cierto que los aliados ya habían llegado al campo de los hombres, cuál era el juego del nuevo comandante, por qué seguían humeando los crematorios… Fuiste contestando sus preguntas poco a poco para restaurar su confianza, pero las veías a todas como a través del reverso de unos prismáticos, lejos, muy lejos. Sus ojos te quemaban por dentro y te hacían sentir verdaderamente una puta.

Con el cartón en el que venía envuelta la cámara, Kveta y tú habíais arreglado unas cajitas forradas con papel parafinado. En su interior habíais metido onzas de chocolate. Las llevabas en los bolsillos y te sorprendió que tu regalo no suscitara demasiada disputa entre ellas. Apenas unas pocas niñas, ajenas al rencor, se acercaron a cogerlas. Ni siquiera los retratos que habías dibujado de memoria en algunas hojas robadas al cuaderno de trabajo, les hicieron demasiada ilusión a las elegidas. Por ese rechazo supiste que en el barracón estaba la que había introducido el cartón por debajo de la puerta. ¿Cuál de ellas sería? Tal vez aquella palabra era una opinión unánime y las

odiaste a todas por su silencio y renunciaste a cualquier justificación. El odio fue creciendo dentro de ti y disparaste la Leica con frialdad, como si atacaras su desprecio. Mirarlas a través del objetivo era también como estar fuera de allí, a mucha distancia. No tenías escapatoria. Estabas en la obligación de hacer tu trabajo y el comandante, sí, era el enemigo, un maldito nazi, pero también estaba detrás de la mejora de algunos barracones, de la comida y de la ropa. Solo unos pocos comandos salían ahora a las fábricas. La guerra estaba a punto de terminar y las selecciones eran escasas. La mayor selección la hacía la propia muerte.

Aquellas miradas te dolían en lo más hondo. Desnudaban la posibilidad de ligar la vida a la esperanza, igual que lo hacían las que estaban destinadas en la orquesta, en la cocina o en los almacenes.

Abandonaste el barracón con la impresión de haber captado su desprecio y te topaste frente a frente con Frau Erika y la stubowa Helga. Esta vez te miraron con sorpresa y, quizá, con un poco de miedo. Sabían que ahora eras la schreiberin del comandante y eso te daba un rango superior al suyo. Durante un instante te quedaste palpando ese temor y te habría gustado golpearlas, humillarlas delante de todo el mundo, pero también sentiste un poco de conmiseración porque, después de todo, eran unas pobres delincuentes que no habían recibido la misma educación que tú, y lo que hacían era precisamente algo semejante a lo que estabas haciendo tú, un trabajo para contentar a los alemanes. La garantía de supervivencia pasaba por ello y el instinto empujaba al monstruo oculto en el fondo de cada alma. La humanidad había desaparecido, pero la brutalidad de las palizas y las torturas a las que eran incitadas por los alemanes no disculpaban la debilidad de tu propia derrota.

Les pediste que posasen juntas y escondieran el bastón nudoso detrás de sus cuerpos. Las dos se apoyaron en una mesa y forzaron una sonrisa que nunca habías visto y que las convertía en dos seres irreconocibles. La luz de la mañana era perfecta y les preguntaste si podían traer a varias niñas para hacerles unas fotos subidas en los columpios. Y ambas, como si acabasen de recibir una orden, se dirigieron a toda prisa a uno de los barracones y aparecieron enseguida con varias niñas recién llegadas que, en otras circunstancias, ya habrían sido enviadas a los hornos. Su aspecto era saludable y venían acompañadas por sus madres. Te emocionó ver cómo surgía de sus rostros una alegría espontánea y tomaste varias fotos de ellas antes de echarte a llorar.

Hilda

Era poco más del mediodía cuando el ruido de la moto te arrastró a la ventana. El sidecar venía vacío y el soldado se apeó con expresión marcial. Cogió del portabultos una caja de cartón, llamó a la puerta con insistencia, como si dudase de que fueras a abrirle, y te entregó la caja y el aviso de que tenías que arreglarte porque ibas a salir del campo. El comandante Artmann te esperaba en su casa para almorzar.

Tras las palabras del soldado, un escalofrío te recorrió el cuerpo y te dolió estar sola. ¿Qué querría?

El contenido de la caja resultó ser un par de medias y unos zapatos nuevos. Aquello te pareció excesivo y no entendías muy bien las intenciones del comandante. La duda te atormentaba.

Te pusiste un vestido y un abrigo negro que estaba en buen estado. Los zapatos tenían muy poco tacón y se ajustaron a tus pies como guantes.

Cuando estabas a punto de subir al sidecar pensaste que aquella comida no tenía nada que ver con tu labor de intérprete fuera del campo y sí con la decisión del comandante de resolver su juego macabro enviándote a un lupanar como paso previo al crematorio.

Resignada, te sentaste y sujetaste el pelo para no despeinarte. El traqueteo del motor se sumó al de tu cuerpo, el aire frío de las montañas te golpeaba en la cara y te hizo creer que abandonabas el campo para siempre.

Cuando estuvisteis del otro lado de las alambradas, le pediste al soldado que se detuviese un momento. Querías ver el campo desde fuera. Te bajaste y te pusiste a llorar porque todavía estaban grabados en tu memoria la música de la orquesta que os recibió el primer día y también el dolor de la sed que te había convertido en otra persona. En ese instante, desde allí, te imaginabas una superviviente que era dueña de un secreto. Conocías al hombre y eras testigo del mayor crimen contra la humanidad. Sí, de ese crimen que había sido cometido por el hombre. Sabías que lo que había detrás de las alambradas iba a ser difícil de contar. Pero justo en ese instante, allí de pie, frente a la entrada y a la mirada sucia de los posten de las torres de vigilancia, de esos mismos soldados que cuando se aburrían disparaban sobre los presos, tomaste la seria determinación de describir ese infierno si lograbas salvar el pellejo.

La casa del comandante estaba cerca del campo, junto al lago que habías visto el día que os trajeron andando desde la estación. Era un lugar solitario, hermoso, con la línea quebrada de las montañas al fondo reflejándose en el espejo del agua. La casa era marrón, con grandes columnas blancas en la entrada. La aldea no debía de estar muy lejos.

La moto entró en un patio donde estaban estacionados varios coches. Había un jardín y varias filas de tiestos con plantas de invierno. Este cultivo te resultó extraño y artificial para un lugar como este, inmerso en plena naturaleza.

Un hombre de librea salió a recibirte y, con una atención demasiado exagerada, te pidió que lo acompañaras. Quizá no sabía que eras una presa.

Mientras lo seguías, todavía tuviste tiempo de ver varios senderos de una grava blanca, muy blanca, que convergían en una fuente en la que destacaba una sirena cubierta con pequeños fragmentos como de marfil. Y, al fondo, casi en los setos, reparaste en dos carpinteros que, con la cabeza gacha, clavaban puntas en las tablas de una curiosa estructura que te pareció el esqueleto de un ave gigantesca.

No, aquello no tenía aspecto de ser un prostíbulo y te tranquilizaste cuando viste que dos doncellas con cofia limpiaban los espejos y el pasamano de una escalera de madera. Otros dos hombres estaban colgando de las paredes cabezas de animales disecados con las bocas abiertas que mostraban risas nerviosas. Sobre el suelo también estaban depositados dos colmillos de elefante y la dentadura agresiva de un zorro. Aquella parecía la casa de un cazador.

Te sentaste en un sofá enorme y esperaste sola durante medio minuto hasta que vino en tu busca una mujer morena y espigada. Vestía una falda plisada negra y una chaqueta blanca. Los ojos eran tan negros como el carbón de su melena ondulada y la piedra de unos pendientes con forma de rombo. Sin ser hermosa, resultaba atractiva. Era la esposa del comandante. Se llamaba Greta y te besó como se besa a una amiga. Su presencia te produjo un espasmo casi de alegría porque te liberaba del miedo del lupanar. Aun así, no entendías tanta amabilidad ni tampoco el motivo por el cual te invitaban a comer. Con voz suave, casi sibilante, te dijo que, como había que aguardar un poco a que Heinrich terminase de despachar con dos oficiales, iba a presentarte a Hilda, que no estaba muy entusiasmada con el cambio de residencia.

Mientras subías las escaleras pensando en quién podía ser esta Hilda, la mujer te confesaba que Heinrich le había hablado mucho de ti, que la guerra, ya se sabe, traía estas cosas, que parecías una mujer distinguida y hermosa… El asombro ante tanta

ingenuidad no te impedía escucharla y estuviste a punto de espetarle que sí, que tu educación sí que había sido refinada, que tu familia también tenía doncellas porque pertenecía a la mejor burguesía catalana. Sí, de repente surgía dentro de ti un orgullo de clase que nunca habías sentido y solo porque te dolían las formas enfáticas de esta mujer que parecía estar adaptándose a la situación favorable de un matrimonio de conveniencia con un comandante nazi tan joven.

Hilda resultó ser una niña de apenas cuatro años, que jugaba en su cuarto con muñecas más grandes que ella misma. Era la viva imagen de su padre. Tenía los mismos ojos azules y una boca que parecía una réplica de la de él. En cuanto te vio dejó de jugar y te ofreció la mano. Percibiste que tu presencia le producía cierto entusiasmo y caíste en la cuenta de que la niña había decidido ser amiga tuya. Sin saber por qué, te pesaba esa elección.

Un ruido de voces masculinas subió las escaleras y pudiste ver que el comandante se despedía de dos oficiales mucho mayores que él y venía a vuestro encuentro. Estabas tan nerviosa y tan desacostumbrada a andar con zapatos, que temiste caerte por las escaleras. ¿A qué diablos jugaban contigo? El maldito nazi se acercó y te besó la mano con una aparente cortesía que se te antojó vulgar. Después cogió a la pequeña en brazos.

No dijo nada y a continuación entrasteis en un comedor enorme y os sentasteis en una mesa que puso una considerable distancia física entre los cuatro. El comandante estaba a tu izquierda, su mujer a tu derecha y la niña enfrente. Fue precisamente Hilda la que escupió la primera y, quizá, la más enrevesada de las preguntas. ¿Cómo habías llegado allí? Te quedaste muda y aguardaste a que el comandante o su mujer respondiesen por ti. Ellos podían imaginar lo que la niña quería oír y tú ya te acomodarías a esa mentira. Pero no dijeron nada. Se limitaron a mirarte con intensidad, como si estuviesen poniéndote a prueba. Por suerte, improvisaste una ingenuidad que todos, incluso la niña, celebraron con una sonrisa. “En tren, llegué en tren”. ¿Estaban riéndose de ti o simplemente era un nuevo juego macabro?

Te alegraste cuando comenzó a entrar el servicio. Su presencia rompía un poco la asfixiante tensión de la mesa. Mientras os servían la comida, acariciaste la loza y los cubiertos como atándote a un recuerdo, y por un momento sentiste el reproche unánime de todas las miradas del barracón. En cada bocado de esta carne exquisita se propagaban las heridas del hambre y sentiste asco de ti misma. En tu imaginación resonaba la palabra “puta” como el repique vacío de una campana. Pero te lo comiste todo y mantuviste una conversación fría, como si caminases por el filo de un acantilado. A la hora del postre, el comandante te preguntó si estarías dispuesta a darle a Hilda dos

horas de idiomas tres veces por semana. Te iría a buscar un soldado y te pagarían, sí, te pagarían en marcos alemanes. Aquello era tan ridículo que volviste a pensar que estaban burlándose de ti. Tú no estabas en condiciones de exigir nada y mucho menos de establecer un contrato convencional de trabajo. ¿Formaba esto también parte de su maquiavélico juego? ¿Tal vez el comandante estaba justificando su perversidad ante su familia? No, no ibas a negarte y dijiste que sí. Ese era un destino mucho mejor que el de ser puta.

La película

La perspectiva de la película revolucionó el campo. Cubrieron con cortinas las ventanas y al pie de la puerta colocaron tiestos con plantas e incluso abrieron zanjas para introducir dos hileras de postes emparejados desde la entrada del campo hasta el límite del cuarto barracón. Ese era el plató, el espacio escogido para la grabación.

Dos comandos de hombres construyeron un pequeño graderío justo enfrente del escenario. Y, aunque te llegaron noticias de que habían vaciado la enfermería y los últimos barracones, te resististe a creer el rumor de que se habían llevado a todas las judías y las rusas. El ambiente en el campo aparentaba ser más de fiesta que de muerte. Solo las chimeneas seguían negándolo todo. Tú estabas dentro de la ficción y tu trabajo consistía en continuar sacando fotografías sobre el proceso de grabación del documental propagandístico. Solo eso. Horizontes falsos.

La sorpresa que el comandante le tenía reservada a Kveta era que en el campo de los hombres él había encontrado un tenor, un bajo y un barítono que representarían al caballero Lohengrin, al rey Enrique de Alemania y al conde de Brabante, respectivamente. Ortrud, la esposa de este último, iba a ser interpretada por una soprano húngara del barracón catorce.

Kveta estaba tan entusiasmada que a veces tenías la impresión de que no era consciente de la realidad y que olvidaba que seguíais en el campo y que la guerra aún no había terminado. Su emoción era contagiosa, se extendía a todos los miembros de la orquesta, incluso a ti, porque insistió y te convenció para que hicieras los programas de la ópera. Llevabas varias noches perfilando un cisne montado por un apuesto Lohengrin que se inspiraba en el rostro de Máximo. Tenías los dedos entumecidos de tanto dibujar y de escribir el nombre de los artistas en el reverso de esos carteles.

Los ensayos se prolongaban durante horas y las voces poco a poco iban ajustándose de una manera perfecta. Todos sabían que aquella música, surgida del dolor y la desesperación, los unía y, de algún modo, los hacía un poco más libres. A nadie parecía importarle mucho. Era un trabajo clemente en el que se solía pasar información de un campo a otro. Algunas tenían a sus hijos y a sus maridos al otro lado y esos días el correo circulaba con fluidez. La orquesta incluso había conseguido unir a un matrimonio de Varsovia que había perdido a sus dos hijos gemelos el día de la llegada

al campo, cuando el anterior comandante había establecido la vida en la altura de una vara horizontal que los pobres no habían llegado a alcanzar, pese a tener doce años porque todavía no habían dado el estirón. Sin olvidar aquella dolorosa pérdida, tanto la mujer como el hombre se aferraban de nuevo a la vida con esos encuentros. Kveta te contaba que también habían surgido nuevos enamoramientos y todos protegían esos amores y los tapaban con mantas entre el grueso de la orquesta para dejarles momentos de intimidad.

El escenario era una isla dentro del campo y allí se respiraba un aire de ocio. Aun así, Kveta te contaba lo exigente que era el director, un checo que había dirigido la sinfónica de Praga y que había conseguido poner orden en ese babel de nacionalidades. Se había tomado tan en serio su trabajo que, como si de eso dependiera su vida, se desgañitaba para ajustar las entradas de los músicos e incluso un día presentó una queja sobre dos violinistas belgas que pulsaban notas falsas, y el comandante no dudó en enviarlos al crematorio. Esa condena provocó un miedo insuperable en el corazón de la orquesta y trajo consigo una disciplina que la música de Wagner agradeció. Y fue ese orden el que, esta vez, quisiste atrapar con la Leica.

Estaban realizando el último ensayo y tres camiones acallaron la música con el ruido asmático de los motores. Uno de ellos venía cargado hasta los topes de ropa de gala, vestidos medievales, espadas, lanzas, armaduras y trompetas. Otro traía decorados de cartón piedra entre los que destacaba un castillo con su torre almenada. Y en el tercero brillaba la plata de un cisne enorme, el mismo del que habías visto el esqueleto de madera en el jardín del comandante.

En poco menos de media hora, los músicos se vistieron la ropa de gala y convirtieron aquello en una orquesta de verdad. El director checo había ido con el comandante Artmann a buscar instrumentos nuevos a la ciudad y estaba orgulloso de su empresa.

Gastaste varias películas solo con la orquesta y, aunque ya habías presenciado cientos de veces en la cabaña los ensayos de Kveta, ahora habían incorporado a la ópera un coro numeroso, y la altura de la música te hizo sentir en el cuerpo el placer de la nostalgia de un concierto en el Liceu donde, curiosamente, se conmemoraba el cincuentenario del fallecimiento de Wagner. La música del ensayo te transportó hasta el palco lateral del Liceu, a aquel poema delirante de Tristán que el músico alemán había sido capaz de convertir en una obra maestra. Sí, tenías apenas doce años el día de ese concierto emocionante, y todavía recordabas los nombres de los protagonistas que habían interpretado a Tristán y a Isolda. Él era un tenor llamado Pistor y ella una tal Elle Nemethy de la que incluso Kveta había oído hablar. Aprendiste sus nombres

porque guardaste el programa en tu mesilla de noche y la impresión de aquella obra quedó grabada en tu memoria como algo grandioso.

A media mañana comenzaron a entrar varios coches de los que se apearon alemanes vestidos de civil que desplegaron varias cámaras, trípodes y una especie de grúas para la filmación. Dispusieron sobre el campo el atrezzo y ocuparon los puntos estratégicos. Disparabas una y otra vez buscando que en el encuadre no entrase ningún elemento ajeno a ese espacio ficticio de los primeros barracones. Evitaste fotografiar a las presas que limpiaban las serraduras aún frescas del graderío, y a las que arrastraban carretillas con grava para cubrir aquellos lugares donde se formaba barro. Tan solo juzgaste interesante el ornamento de banderolas con las cruces gamadas que se encargó de colgar un grupo de deportadas de tu anterior barracón.

Volvieron a entrar varios comandos detrás de cuatro camiones que traían en sus remolques postes y lonas azules con las que, en poco menos de dos horas, levantaron una enorme carpa.

El concierto estaba previsto para la tarde, pero ya antes de la comida comenzaron las grabaciones. Las kapo trajeron varias filas de niños totalmente aseados con ropa limpia y algunos juguetes como muñecas y ruedas de bicicleta. Los dejaron ocupar los columpios e improvisar sus juegos. En las mesas colocaron a presas bien vestidas, unas aparentando jugar al ajedrez o a las cartas, otras leyendo el Mein Kampf con un interés que parecía cierto. Reconociste entre ellas a dos italianas que, al parecer, eran actrices profesionales.

Los alemanes, conscientes de la importancia de la propaganda en tiempos de guerra, habían estudiado pormenorizadamente la conveniencia de las imágenes y tú también entraste en el juego y quisiste recoger la mentira con tu cámara.

En ese deseo de ficción, instalaron algo muy parecido a una escuela en uno de los barracones. Allí colocaron, además de a niños, a algunas mujeres adultas con las que se hacía la pantomima de alfabetizarlas.

Otra de las escenas se grabó en un desconocido Revier donde las enfermas estaban representadas por personas sanas que parecían estar contentas de su enfermedad, ignorando el dolor y el abismo que suponía entrar allí, antesala del crematorio.

La película que estaban grabando tú ya la veías montada en tu cabeza e imaginabas la voz marcial en off elevando a la categoría de paraíso el infierno de los campos. Pese a

que esa visión te daba asco, tú seguiste enfocando y disparando sobre ese teatro perverso que pretendía lavarle la cara a la muerte.

Ese mediodía comiste sola porque Kveta estaba con todos los componentes de la orquesta realizando los últimos ajustes. El tuyo fue un almuerzo triste. Tenías un nudo en el estómago. Tu participación te resultaba excesiva. Lo sabías. Esa asunción tuya no era más que una manera de seguir viviendo en una nube que lo negaba todo. Estuviste llorando, en silencio, culpabilizándote de que la grabación pudiera salir mal. ¿Por qué te atormentaba tanto el fracaso del proyecto? Tal vez pensabas que del éxito de la película dependía tu destino, el mantenimiento de esos privilegios que te alejaban del horror cotidiano de la sed, del hambre, del durísimo trabajo en las letrinas, de la posibilidad de cargar cadáveres hacia el crematorio, de los recuentos, de la humillación de las kapo y, sobre todo, de la muerte.

El concierto

Por la tarde las chimeneas hicieron una pausa y el campo parecía un desierto, pero tú sabías que el murmullo sostenido y monótono que llenaba el aire como un distante nido de avispas, era la voz ahogada de miles de presas que el comandante había ordenado encerrar en los barracones. Quería ocultar su existencia ante las cámaras y los invitados que no tardarían en llegar.

Durante unos minutos todavía pudiste dar un paseo y sacar alguna fotografía al vacío postizo del campo. Después comenzaron a entrar lujosos coches de los que fueron bajándose oficiales alemanes, muchos de ellos acompañados por sus mujeres, que se repartían entre las mesas de la entrada, bajo la carpa que habían dispuesto por si se ponía a llover. Bebían y se saludaban como si estuvieran, más que en el campo, en el vestíbulo de un teatro.

Como no estabas segura de si tu salvoconducto te permitía acercarte a ellos, te quedaste un rato observándolos de lejos y no fuiste capaz de registrar la acogida que el comandante Artmann y su mujer les daban a todos. Actuaban como anfitriones y, esta vez, el campo era su propia casa.

No muy lejos, en el tablado para la representación musical, estaba el lienzo de la torre medieval de un castillo, que servía de telón de fondo a un escenario donde centelleaba el metal del cisne, que al parecer estaba forrado de plata. Los atriles de madera y los estuches de los instrumentos forzaban la impresión fúnebre de un camposanto plagado de cruces y ataúdes.

Las grúas con las cámaras estaban dispuestas sobre una especie de vagones empujados por varios presos siguiendo las órdenes silenciosas del director. Habían extendido unas vías alrededor del público y por delante del escenario.

Desde el barracón número dos salió primero una fila disciplinada de músicos vestidos de negro y después el coro y los intérpretes con ropas de época. Kveta llevaba un hermoso tocado y un vestido largo que la hacía irreconocible. Las cámaras enfocaban ese carnaval que borraba la consciencia del campo e instalaba en los sentidos la idea de una fiesta. Los músicos ocuparon sus puestos en silencio, como si tuvieran miedo de incomodar a esos halcones que venían, más que a la ópera, al circo.

En la puerta del tercer barracón estaba la misma lagerführerin dirigiendo otra procesión ordenada de presas a las que habían maquillado y ahora se dirigían, rígidas, hacia el graderío situado frente al escenario. Las kapo, que ahora venían sin uniforme, las mandaron sentarse y dejaron libres las primeras filas, reservadas para los oficiales y sus mujeres.

Las aufseherin, las stubowa, las blockowa y las kapo se introdujeron entre todas las presas para vigilarlas y poner un poco más de carne a la imagen. Como estaban vestidas con ropa normal, te costó distinguirlas, sobre todo, a la blockowa María, que parecía más vieja sin el uniforme, la faja y aquel brazalete negro con letras blancas.

En el escenario, Kveta estaba espectacular con su vestido de época y conversaba con el tenor alemán que hacía de Lohengrin. Por un momento pensaste si habría algo entre ellos más allá de la música.

Los oficiales nazis comenzaron a abandonar la carpa y, ajenos al público esclavo, fueron instalándose en los bancos delanteros. Muchos de ellos llevaban en la mano el programa que tú misma habías dibujado y esa imagen te causó cierta frustración. Preferirías verlos en las manos de las presas.

El comandante Artmann y su esposa, que estaban justo en el centro, al lado de dos oficiales mucho mayores que ellos, cruzaron contigo una sonrisa y entendiste que ese gesto confidente te permitía disparar la cámara sobre sus rostros geométricos y severos, que se preparaban para el espectáculo.

Desde tu objetivo observabas a todos aquellos asesinos y por un momento intentaste calcular el valor que tendrían estas fotografías cuando terminase la guerra. Intentabas adivinar qué grado ocupaban en la jerarquía militar, pero en sus guerreras y en sus gorras se inscribían honores que incrementaban su responsabilidad.

De repente, el comandante Artmann subió a un pequeño estrado que estaba al pie del escenario y se hizo un silencio mortal. Mientras os daba la bienvenida a todos, no orientaba sus palabras hacia el público sino a la cámara que lo filmaba y recogía su calma, propia de un actor experimentado. Su discurso, breve, estaba dirigido a la Historia y aseguró que incluso el Ministro de Propaganda nazi estaba detrás de este proyecto, que no solo pretendía emular a la película grabada en el campo-modelo de Theresienstadt, sino que iba a mostrar al mundo la función reeducadora de los campos, donde la música ocupaba un lugar destacado. Lo escuchaste con rabia y, cuando anunció el título de la ópera de Wagner y estallaron los aplausos, te sumaste a la euforia

fingida que venía de los bancos de las presas. Sabías que Kveta había preparado aquella obra como si le fuera la vida en ello y querías apoyarla.

La luz seguía siendo perfecta y habías recopilado una cantidad importante de material para el reportaje. Aun así, continuaste haciendo fotos sin detenerte hasta que, de repente, tras un silencio que volvió a borrar la vida del campo, surgió en el centro del escenario un alemán que hacía de narrador. Con su voz potente y cavernosa explicó la leyenda de Lohengrin y sustituyó las partes más complejas de la obra. Sus palabras resumidas fueron devorando una parte importante del libreto y situaron en escena a los personajes principales. El tenor estaba sentado sobre el cisne de plata y esperó el momento adecuado para bajarse, justo cuando la música aguda de un violín comenzó a sumarse a otros instrumentos. Lo cierto es que sentiste un escalofrío ya durante la ejecución de las primeras notas. Pero cuando la voz de Kveta remontó las preguntas del rey Enrique de Alemania, tus sentidos se dispararon y te percataste del asombro general. Los oficiales se miraban entre ellos, incrédulos, y el comandante Artmann aceptaba el éxito como si realmente fuera él el verdadero director de esa orquesta que os aplastaba con su música.

Mientras escuchabas la ópera, fuiste consciente de que estabas asistiendo a uno de los momentos más inolvidables de tu vida. En el tercer acto, con la marcha nupcial, el coro estuvo soberbio y la música penetró en vosotros como una espada, sobre todo cuando visteis a Kveta con la corona plateada sobre la cabeza y la capa y el velo blancos. Quizá todas, incluso aquellas que no entendían el alemán ni el discurso de la historia, se vieron empujadas por la nostalgia de sus bodas y se pusieron a llorar como niñas. Tú no lo hiciste hasta la parte final del tercer acto, cuando Kveta, transformada en una magistral Elsa de Brabante, le hacía la pregunta fatídica al caballero quien, decepcionado, debía marcharse para siempre subido en el lomo de un cisne de plata. Tu llanto no era tanto por la debilidad de la protagonista como por la huida de Lohengrin, que era lo mismo que ver desaparecer a Máximo y a tu propia infancia.

En esa especie de foso que había en un lateral del escenario, el director checo, elevado por el fervor de la música, parecía aumentar de tamaño. Los músicos hicieron una interpretación tan magistral que parecía que estuviesen escupiendo directamente a los ojos del nazismo. Esa percepción no debió de ser solo tuya porque, cuando las presas aplaudieron de veras al final de la obra con gritos convulsos, los alemanes ya palparon la ofensa secreta y, temerosos de cierta rebelión, fueron retirándose hacia la carpa. El comandante Artmann buscó la cámara de cine con una sonrisa y disimuló como pudo aquel alboroto provocado por la música. Cuando por fin ya estaba calmándose la euforia y el comandante se disponía a reunirse con los oficiales, de repente, desde algún lugar oculto de la orquesta, surgieron dos voces entonando la

“Internacional”, sí, nada menos que la “Internacional”. El campo se quedó mudo de espanto y sorpresa, y a ti también se te encogió el corazón, sobre todo, cuando viste cómo el comandante, sin perder la compostura, subía lentamente las escaleras del escenario y se introducía dentro del foso de la orquesta para apagar con dos tiros las voces insurrectas de esos dos seres que levantaban el puño y escogían la dignidad de una muerte voluntaria.

La pareja heroica resultó ser el matrimonio de Varsovia que había perdido a sus dos hijos el mismo día de la llegada al campo. Con su intervención se rebelaron libremente contra el poder, alcanzaron una victoria última sobre el verdugo y despertaron algo en ti, dormido durante mucho tiempo, que condujo tu mano derecha al bolsillo de la chaqueta donde ocultaste una de las películas de la Leica.

El dentista

No, ninguna de las dos teníais ni idea. Lo supiste la misma noche del concierto, cuando Kveta insistió en traspasar la puerta del tercer cuarto: el lugar prohibido. Tú estabas tan enfadada contigo misma por creer ingenuamente en la bondad del comandante, que cediste al deseo de la checa. Mientras ella vigilaba desde la ventana el exterior del campo, tú giraste el mecanismo del picaporte y te extrañaste de que estuviera abierta. Tanto la luz tenue de la luna como el resplandor intermitente de los reflectores de las torres iluminaron el interior y te permitieron ver el instrumental plateado y la silla metálica, como de barbero, que estaba fijada al suelo, muy cerca de la ventana. A su lado había una palangana con un grifo y varias toallas limpias. En la pared destacaban un retrato de Hitler, una enorme bandera con la esvástica y varias láminas con diferentes perspectivas de la anatomía dental. Acariciaste esas herramientas que todavía estaban dentro de las bolsas e intentaste buscarle un sentido a la presencia de un médico dentista en el campo. Sí, el comandante Artmann debía de ser dentista y aquella silla de barbero no era precisamente una mecedora para descansar y oír música, sino el asiento de las víctimas a las que se les extraería el oro de la boca. Sí, Kveta estuvo de acuerdo contigo. Aunque a las más veteranas ya les habían arrancado todo el metal, tu trabajo de los últimos días había consistido en anotar sus nombres y el estado de sus bocas. En esa selección estaban las que tenían algo de oro, pero también las que poseían dentaduras sanas. Eso era lo que más te desorientaba, y no encontrabas respuesta para ese interés obsesivo del comandante.

Derrengada por el día tan intenso en el campo, con la música de la ópera resonando en tu memoria como en una caracola, te acostaste al lado de Kveta, que todavía temblaba por el impacto de los disparos sobre el matrimonio polaco, y oíste su voz quebrada por el llanto mientras te explicaba que la mujer había caído de bruces casi a sus pies, salpicándola con su sangre.

El dolor de Kveta era tan real que te pegaste a ella para darle ánimos y calor, y se durmió en tu pecho, como una niña temblorosa. Tú, en cambio, te quedaste mirando el techo, orgullosa de tu venganza, comprobando el excelente escondite que habías encontrado para una de las películas que esa tarde habías descargado sobre los oficiales alemanes y sus mujeres. Sabías que este hurto podía costarte la vida y asumiste el riesgo. Eso sí, no se lo contaste a nadie, ni siquiera a Kveta. Esa película era tu secreto y para eso te convenía seguir con vida. El único miedo era tu muerte unida a la posibilidad de que el comandante contase las películas que te había entregado. Y, con el ansia de encontrar una coartada que explicase la falta, te dormiste.

Os despertó el gong. Su tañido fijó en la noche fría la sospecha de un temor que no tardaría mucho en confirmarse. Un murmullo doloroso, como de entierro, se desató fuera de la cabaña y os acercó a la ventana. Desde allí pudisteis ver que la actividad había regresado al campo y la Lagerstrasse se llenaba para el maldito Appel. Otra vez miles de presas formaban en filas de a cinco y la tormenta descargaba balas de hielo sobre su piel. No sabíais si aquel regreso al infierno era debido al final de la grabación o a algún tipo de represalia ordenada por el comandante. Lo cierto es que os apartasteis de la ventana. Os dolía la imagen de todas esas mujeres soportando de nuevo la violencia de las kapo y el maldito recuento. No queríais que os vieran allí. La cabaña ahora era más que nunca una isla dentro del campo. Y también una ofensa.

Os sentásteis en la cama, con los ojos llorosos, conscientes de que en cualquier momento Frau Erika podía entrar con la orden de devolveros a los barracones, a algún comando de la muerte. Esta vez tampoco te importaría tanto formar de nuevo con todas ellas porque en el campo ya se había corrido la noticia rebelde del matrimonio de Varsovia. Ese orgullo colectivo ya lo habías sentido alguna que otra vez en tu vida: en Ventas, en Saint-Michel, incluso en este campo, el día después de la huida de aquella rusa del barracón cuarenta y ocho que había provocado el castigo de teneros a todas formadas un día entero en manga corta, en pleno invierno, sin comer, viendo cómo el comandante le daba a su perro un buen plato de carne que devoraba delante de vosotros. Y recuerdas, sí, que al día siguiente la enfermería estaba totalmente atestada de presas con pulmonía y gripe, pero ese castigo compartido no se lo reprochabais a la huida. Al contrario, sentíais una honda emoción que os llenaba de esperanza. De algún modo, todas habíais huido un poco con ella porque durante un tiempo no se hablaba de otra cosa y casi nadie dejó de hacer sus planes de fuga.

Aun así, a esas alturas todo parecía seguir igual para vosotras. Enseguida os trajeron el desayuno a la cabaña y visteis que se formaban comandos internos de trabajo para desmontar el graderío, las mesas, el escenario y los columpios. Se llevaron también los tiestos y los juguetes. Incluso a los niños. Solo dejaron dos hileras de abedules que apenas suponían un tímido recuerdo de lo que había pasado.

Esa mañana el comandante llegó una hora antes que de costumbre. Estaba mucho más serio y te saludó con frialdad, como responsabilizándote de algo. Los nervios clavaban agujas en tu estómago. Temías su reacción violenta. Lo odiabas. Su presencia inspiraba en ti un miedo insuperable.

El comandante paseó por el cuarto y no se deshizo ni del abrigo, ni de la gorra, ni de los guantes. Ni siquiera saludó a Kveta, que estaba sentada al borde de la cama, con las manos entre las rodillas, como si estuviese esperando una mala noticia.

El paseo silencioso del alemán se te hizo eterno y creíste que ese movimiento era el placer premeditado de su venganza, una humillación cruel, como la del asesino que no saca más provecho del crimen que el de la propia satisfacción de llevarlo a cabo.

Aun así, después de acercarse a la ventana, el comandante os dijo que hoy comenzaba su trabajo en el último cuarto de la cabaña.

Sí, era dentista y se iba a encargar de revisar bien las bocas. Os explicó en qué consistiría vuestra labor: Kveta tocaría el piano en el segundo cuarto y tú irías llamando por orden a las presas que, una a una, entrarían solas en el cuarto prohibido. No lo podíais interrumpir de ninguna manera. Ese tercer cuarto tenía una puerta de salida independiente por la que se irían las presas después de la intervención. Todo te pareció tan extraño, tan inverosímil, que llegaste a creer que el comandante había perdido el juicio. ¿Qué pretendía? ¿Para extraer el oro de las bocas precisaba de tantos reparos y de ese fondo musical?

Esa misma mañana comenzaron a pasar las primeras presas que, en su mayor parte, coincidieron con las que figuraban en tu lista como poseedoras de alguna pieza o empaste de oro. Todas llegaban con el rostro serio y temeroso. El ritual siempre era el mismo: una presa entraba en la cabaña, te confirmaba los datos y la acompañabas a la puerta del cuarto. Allí esperaba a que el comandante la mandase pasar.

En la mirada de cada una de ellas percibías el odio, la rabia concentrada, y dentro de ti hervía el deseo de confesarles que no estabas allí por gusto, sino para vengarte. Fingías ser cómplice de los alemanes cuando en realidad escondías una estrategia, quizá póstuma, contra el nazismo. Pero te dolía aquel desprecio. Sobre todo, el de las compañeras de barracón y de comandos, con las que habías compartido algún momento en el campo. Para ellas eras como una especie de animal sarnoso al que no querían acercarse.

Al principio, los gritos no eran demasiado atronadores y las notas del piano los amortiguaban. Había que tener en cuenta que las presas ya estabais acostumbradas al sufrimiento, y aquellas extracciones eran algo que podía soportarse. Aun así, cuando entraba alguna con la boca sana, sus gritos se convertían en algo despiadado y Kveta aporreaba cada vez con más fuerza el piano, como si quisiera borrar todo el dolor que inspiraban esos gritos horribles.

A las tres horas, el comandante hizo un descanso y salió del cuarto prohibido vestido con una bata blanca. Se acercó a Kveta y le insinuó que se diera una vuelta de quince minutos por el campo. Él tenía que hablar contigo. La checa enseguida entendió la recomendación y abandonó la cabaña para dejaros a solas.

Mientras el comandante se dejaba caer sobre su sillón con un gesto relajado que nunca le habías visto, te sentabas en la silla, cruzabas las piernas y sentías el hierro de su mirada. No eras capaz de alzar los ojos. Era como si estuvieses asomada al abismo.

Por fin, te preguntó si ya habías terminado el reportaje y tuviste la impresión de que estaba palpando tu mentira. Te armaste de valor y le dijiste que sí, que habías intentado hacer bien tu trabajo y ya solo había que esperar al revelado.

Te pusiste en pie y recogiste de la mesilla todas las películas, incluso las que estaban sin estrenar. Las colocaste en la mesa y el comandante se incorporó con un impulso de codicia y las acarició con la yema de los dedos. Parecía contarlas, como un avaro que registra su tesoro y siente el brillo del oro en la oscuridad. El corazón volvía a golpear las paredes de tu pecho y temiste tu derrota, pero él sólo separó las que había que revelar y te dijo que podías quedarte con las otras, sí, podías seguir haciendo fotos en el campo. El privilegio te pareció excesivo. Mientras le decías que ya habías hecho tu trabajo, que no necesitabas la cámara, él frenó tu negativa cogiéndote las manos y sumiéndote en un terror insoportable. El calor de sus dedos te quemó las palmas de las manos y te hizo bajar los ojos porque sabías que detrás de ese gesto de sorpresa se escondía el deseo, el paso premeditado de un ser que, pese a tener un poder ilimitado sobre ti, quería jugar a seducirte. Esperaste, resignada, por alguna señal que indicase realmente lo que tenías que hacer, pero solo te acechó el silencio y la mano que se soltó de la tuya para recorrer la superficie de tu rostro como si estuviera moldeando una figura. En ese instante gravitaba sobre tu piel la posibilidad de sus garras e intentaste huir de ti misma pensando en la película que habías ocultado en el techo. La tensión era tan insoportable que, finalmente, fuiste capaz de mirarlo a los ojos y pudiste comprobar en ellos la forma íntima de la violencia. Fue entonces, cuando, de repente, quizá empujado por la asunción de tu mirada, acercó su rostro al tuyo y te besó en los labios con un temblor frío que parecía congelar tu sangre para siempre.

Clases

El soldado se llamaba Bruno y no era sociable ni hablador. Eso sí, conducía la moto con pericia y parecía ser consciente de tu nueva situación. En su mirada ahora había un rastro de cortesía y respeto.

Fue precisamente esa mañana en que él había venido a buscarte para las clases, cuando te diste cuenta de que la película escondida en el techo estaba incompleta. En esa serie no recordabas haber fotografiado al comandante. Tu descarga la habías hecho sobre los oficiales y parte del público, justo en el momento en que el comandante se dirigía al estrado para hablar. Tampoco estabas segura, pero te pesó esa ausencia y, una y otra vez, te mordías los labios mientras la moto movía el paisaje y te dejaba no solo la impresión del viento frío en el rostro sino también el desprecio de las miradas de algunas presas que cargaban con carretillas, azadas y palas.

Esa mañana una niebla espesa había caído sobre la casa y, al apearte del sidecar, viste allí a Hilda, como un pequeño fantasma. Algo en su rostro, no sabías muy bien qué, se expresaba de un modo trágico. Estaba esperándote y te cogió la mano con firmeza para llevarte junto a su madre, que te besó como se besa a una amiga que no se ve desde hace mucho tiempo. Era como si negase tu condición de presa y no reconociera que, no muy lejos de allí, el humo de los hornos confirmaba la realidad.

Ella había estado en el campo el día de la ópera y no era necesaria mucha imaginación para intuir lo que sucedía dentro. Además, ella fue testigo del arrebato violento de su marido cuando subió al escenario para dispararle a aquella pareja polaca. ¿Cómo podía desconocer que su marido tenía la muerte como profesión? ¿A qué estaba jugando? No entendías su cinismo e incluso llegaste a pensar que ella ya sabía que Artmann te había besado. Aun así, la voz amable y los gestos de esta mujer parecían espontáneos y exentos de cualquier tipo de farsa o hipocresía. Quizá ella hacía todo lo posible por ignorar, esquivando las preguntas incómodas, aceptando las explicaciones y las muertes por la obediencia debida al Führer.

Os acompañó hasta una sala con una enorme mesa de madera y paredes atestadas de libros. Fue toda una sorpresa. No esperabas encontrar esta biblioteca en una casa tocada por la provisionalidad de un destino transitorio y tampoco sospechabas que alguno de ellos fuera amante de la literatura. Enseguida supiste que los libros pertenecían al inquilino anterior y no resististe la tentación de coger al azar un ejemplar de los estantes. Su contacto te estremeció. Hacía mucho tiempo que no abrías un libro y

esa memoria estaba unida a la emoción de una voz extasiada y verdadera que hacía más profundo el silencio y te hablaba de restos de batallas, de historias de amor que paralizaban el corazón, del naufragio de barcos de los que subía el olor rancio de la fiebre y de la soledad, de galeras de oro cubiertas con el brillo cortante de metales preciosos, de islas intactas y hostiles. Sí, esa voz era la de Máximo y en ella se instalaba el hechizo de un timbre que a ti te resultaba sensual, incluso erótico. Igual que habías hecho en la cárcel, también las primeras semanas en el barracón habías intentado recuperar el entusiasmo con el que Máximo desmenuzaba para ti los argumentos de las novelas que leía, y muchas noches contabas las historias, la mayor parte de las veces corregidas, para escapar de la asfixia de las celdas. Nadie creía la promesa insensata de ese amigo tuyo que había emplazado el resto de su vida a la lectura de todas las novelas publicadas. Les parecía imposible. Solo tú confiabas en su reto y lo amabas en la misma medida en que amabas los libros, hasta el punto de que todos los recuerdos que tenías de él acudían a ti con el formato de la ficción, como si realmente hubieran ocurrido en un capítulo de alguna novela.

Hilda estaba sentada a la mesa, en actitud disciplinada. No parecía ajena a tu emoción. Tenía clavados en ti sus enormes ojos azules. Te sentaste a su lado y fuiste señalando con la mano diversas partes del cuerpo y las nombraste en inglés y en español. Ella absorbía las palabras y las repetía como un loro. Parecía fascinada por el juego y, mientras le hablabas, el deseo arrastraba tu mirada hacia los estantes y no dejabas de pensar en los libros.

Cuando llevabais un buen rato, Greta llamó a la puerta y te ofreció un café. Se sentó entre las dos y no esperó tu respuesta. Enseguida apareció el servicio con una bandeja en la que venía también un té para ella y un zumo de naranja para la niña.

Greta era una mujer equívoca, misteriosa. Jugaba con su ingenuidad y te hacía sentirte otra. Quizá se sentía sola.

El primer sorbo de café te supo a gloria. En él se concentraban muchos recuerdos. Miraste de nuevo hacia los estantes y ella cayó en la cuenta de tu interés e insistió en que cogieras los libros que quisieses porque en el campo tenías tiempo de sobra. Con esa referencia al campo, por primera vez reconoció tácitamente tu situación de presa. Notaste que esa concesión había sido inconsciente, porque ella enseguida cambió de tema y, antes de abandonar la biblioteca, te preguntó si sabías jugar al ajedrez.

Aprovechaste su ausencia para volver a los estantes y escoger algún libro. La perspectiva de llevarlo al campo te resultaba tentadora.

De repente, en la calle sonó el estrépito de una moto y te acercaste a la ventana. Era Bruno, el soldado, que debía venir a buscarte para devolverte al campo, pero Greta salió al patio y le dijo algo que lo obligó a marcharse de nuevo.

Ella entró en la biblioteca con un tablero y una caja dorada llena de fichas forradas con pequeños fragmentos de marfil. Con expresión elocuente, te dijo que te quedabas a comer con ellos, y aunque te molestaba compartir mesa con el comandante, no fuiste capaz de negarte y acariciaste el marfil de las piezas como si estuvieras palpando la carne de un ser vivo. Hacía tiempo, habías cambiado dos raciones de pan y una zanahoria por un cartón con el que fabricaste un tablero y las treinta y dos piezas del ajedrez. Solías jugar con Kveta y con una rusa que te ganaba con facilidad. Lo guardabas como oro en paño entre las tripas de paja de tu jergón, pero una noche alguien te lo robó y te dolió tanto como si te amputasen un miembro. El ajedrez era un pasatiempo perfecto, sobre todo los domingos, cuando no había trabajo.

Greta no era una gran jugadora y perdiste adrede. Cuando terminasteis, ella te animó a decidirte por algún libro y esta vez no lo dudaste. Te levantaste sin disimulo porque en realidad era lo que más te apetecía. Tanto te daba el libro. Lo que querías era leer, tener contacto físico con el papel, recuperar una actividad intelectual que te alejase lo máximo posible del campo. Después de acariciar muchos lomos, viste allí, en una cuidada edición alemana, el libro de Homero. Si había algún libro con un significado especial para ti, ese era precisamente La Odisea. Te lo había regalado Máximo el mismo día en que se le había ocurrido apodarte Penélope. Era uno de los libros que más te habían impresionado y él hizo todo lo posible por contagiarte su pasión, no solo por el libro, sino también por toda la mitología clásica. Os sabíais pasajes de memoria y se los recitabais en voz alta a los marineros, a las criadas, a los feriantes, a cualquiera que encontraseis por la calle. Estabais locos de remate. Una vez incluso os atrevisteis con don Victoriano quien, al oíros, esbozó una sonrisa y quiso continuar vuestra cantinela recitando otros poemas. Sí, a don Victoriano le agradaba vuestra pasión y os daba ánimos para seguir haciéndolo, porque él, de muy joven, también había sido un lector ávido. Cuando don Victoriano os decía aquello con la voz afectada por un generoso dramatismo, deducías que Máximo, que ya se había propuesto leer todos los libros del mundo, incluidos los de don Victoriano, iba a superarlo y te convencías de que tu amigo acabaría siendo un escritor de mucho más prestigio. Lo peor era que llevabas años sin saber nada de él.

Un poco conmocionada por el hallazgo, te sentaste y apretaste el libro contra tu pecho, como si estuvieras abrazando un recuerdo. Justo en ese instante, volvió a rugir la moto en el exterior y Greta se acercó a la ventana para confirmarte que era su marido el que acababa de llegar. Como si tuvieras miedo de que tu elección pudiese molestar al

comandante, posaste el libro de un modo casi inconsciente sobre la mesa y acercaste tu silla a la de Hilda que, desde que habías empezado la partida de ajedrez, se había puesto a dibujar, sin saber aún que tú eras una experta en el dibujo. Le pediste el lápiz y, en dos o tres trazos, esbozaste su rostro en una esquina del papel. Como si acabara de asistir a la representación de un milagro, Hilda saltó de la silla con el dibujo en la mano y fue en busca de su padre, que ya estaba en el marco de la puerta, mirándoos a las dos con una sonrisa ahogada en la boca. El comandante analizó el dibujo pormenorizadamente y no ocultó su asombro. La niña, entusiasmada, recuperó la hoja y salió de la biblioteca en busca de su madre. Entonces os quedasteis los dos a solas. Conforme él iba acercándose, tú te sentías más pequeña y temiste que te aplastara su presencia. En ese momento lo que más te preocupaba era una negativa a que pudieras sacar de allí el libro, y ya estabas preparando una defensa cuando de repente su boca buscó tus labios, sí, precisamente allí, en su propia casa, arriesgándose a que lo descubrieran su mujer o su hija. Ese arrebato irreflexivo volvió a hacerte subir la náusea hasta la garganta, pero algo en ti no se cerró y te trajo el augurio de que La Odisea no iba a ser el único libro que saldría de aquella casa.

El deseo

No sabías lo que pensaba Kveta cuando era expulsada todas las mañanas de la cabaña. Evitaba el tema y tú se lo agradecías. El silencio era un alivio. Aun así, como si ya presagiaras lo que iba a suceder esa mañana, sentiste deseos de confesarle tu estrategia, pero no lo hiciste. Era mejor así. Ella, en el fondo, agradecía tu derrota porque, de algún modo, contribuía a la salvación de su voz.

Esa mañana Kveta estaba sentada al borde de la cama, con la cabeza descansando en las rodillas, soñando tus palabras, inmersa en el canto décimo, cuando Eolo le entrega a Odiseo una bolsa de piel que contiene todos los vientos.

Vuestra isla ya no era la cabaña sino los libros. La lectura os hacía olvidar la frenética actividad que había vuelto al campo. Los comandos salían al amanecer después de los interminables recuentos y vosotras seguíais ahí, enrocadas en las palabras, en esa pequeña biblioteca que tu deseo había ido acumulando en un estante improvisado. Esa docena de libros era mucho más que un tesoro. Era una ventana abierta. La esperanza. Llevabais ya más de una semana leyendo con pasión.

Kveta estaba tan sumida en la historia de Odiseo que se sobresaltó un poco al sentir el fragor de la moto. Hizo un gesto como de asco e, incluso antes de que entrase el comandante, se incorporó y se fue como una autómata hasta el segundo cuarto para tocar el piano.

Siempre era lo mismo. Él llegaba, unas veces con chocolate, otras con perfume, medias o libros, y tú te sentabas a la mesa con el cuaderno para recibir a las presas que iban pasando al cuarto de los gemidos.

Esa mañana el comandante traía una caja estrecha y un maletín de madera que puso en una esquina, al borde de la cama. Y no te dijo nada. Apenas se acercó a ti para besarte en la mano y devorarte con el ansia de su mirada. Siempre te daba miedo el deseo que brillaba en esos ojos. Lo odiabas con toda el alma. Se fue al tercer cuarto y te dejó con la duda de si aquellas cajas serían para ti. ¿Qué contendrían? Preferiste no torturarte y cogiste el cuaderno para llamar a la primera de las presas que esperaba al otro lado de la puerta.

Entre intervención e intervención solías seguir leyendo, ajena a los gritos y a las canciones repetidas que Kveta interpretaba al piano.

Era increíble cómo la literatura construía una realidad mucho más sólida y te aislaba de esa situación terrible.

Aun así, esa mañana los gemidos fueron más atronadores de lo normal y te arrancaron de la historia que estabas leyendo.

Tú ya apenas querías abandonar la cabaña, y a Kveta le habían dicho que muchas de esas presas a las que tú les dabas entrada, salían por la puerta trasera camino del crematorio. No, no querías prestar oídos a esos rumores. El comandante llevaba pocos días de actividad y por esa consulta misteriosa ya habían pasado más de mil presas. Lo que él quería era el metal de sus empastes, de sus puentes, de sus coronas, de sus piezas. Eso sí, para quitárselo no debía de tener muchos escrúpulos, porque algunas aullaban de dolor y, a veces, incluso creías reconocer el crujido sordo de alguna muela rompiéndose con la presión. Todo lo demás eran historias tan absurdas como la de que el jabón que os daban estaba hecho de grasa humana o que los pedazos de salchichón que aparecían en la sopa pertenecían a los muertos del campo. Podías aceptar que los alemanes utilizasen el pelo para confeccionar tejidos y llenar almohadas y cojines, durmiendo así sobre sus víctimas, o que las cenizas del crematorio las utilizaran como fertilizante en las granjas y en los jardines, pero ese uso de la carne escapaba a la imaginación más desatada. No, no era posible. Si lo fuera, los actos del comandante distaban mucho de esa perversidad. Su única codicia parecía ser el oro y la plata.

Esa mañana, cuando callaron los gritos, se te encogió el corazón porque el silencio adquirió una profundidad misteriosa. El comandante adelantó su descanso y expulsó con su presencia a la pobre Kveta quien, antes de abandonar la cabaña, te rozó el hombro como si se apiadara de ti. Era como si ella detectase algo terrible en los ojos del comandante. Y te quedaste sola con él.

Inmóvil, con el libro en la mano, estudiabas cada uno de sus movimientos. Intentabas imaginar qué contendrían la caja alargada y el maletín que había dejado en una esquina. Te preguntabas qué podrían ser. ¿Un nuevo regalo para ti? Su sonrisa cínica jugaba con tu ansiedad. Se acercó lentamente y se puso detrás de ti, como si quisiera acariciar tu miedo. Sentías su respiración lenta en la nuca y, cuando ya temías que fuera a besarte, te sorprendió de repente con el metal frío de una cadena de oro sobre tu cuello. Un estremecimiento de rabia te recorrió el cuerpo e intentaste calcular el número de empastes que habría precisado ese trabajo de artesanía. Te giraste hacia él y viste de nuevo el deseo en sus ojos. Te habías acostumbrado a esa mirada dura, pero esta vez algo en él se expresaba de un modo más violento de lo habitual. Te pusiste tensa, como si preparases el cuerpo para recibir un disparo.

Sabías que algún día tendría que suceder y, a pesar de que el cuarto estaba un poco frío, había llegado el momento, y te deshiciste de la ropa como si te despellejaran. No era la primera vez que te desnudabas delante de un hombre, solo que esta vez la ausencia del deseo lo convirtió en algo angustioso e insoportable. Te resultó casi tan terrible como el día que aquellos dos miembros de la Gestapo habían llevado su interrogatorio hasta la violación, esposándote las manos a la espalda y colgándote desnuda de un gancho que dejó tu cuerpo suspendido durante horas en la oscura celda de Saint-Michel. La humillación era parecida, aunque el dolor de aquella tortura era tan indescriptible que tu cuerpo guardaba el recuerdo del crujido de los huesos dislocándose y saltando de sus cavidades.

Sí, esta vez, cuando estabas completamente desnuda, temblando como la llama de una vela, el comandante se acercó a ti y te introdujo en su abrazo. Volvió a besarte con furia y fue empujándote hasta caer los dos en la cama.

Para huir de su deseo, te concentraste en el fuerte olor a menta que desprendía su boca y agradeciste que no se quitara la ropa, porque ese contacto te daba calor. Poco a poco, mientras él recorría tu piel con ansia, tu cuerpo fue alejándose de la cabaña y cayó sobre la arena de las dunas, ese desierto de oro en el que Máximo y tú ensayabais el amor, rebozándoos desnudos y dejándoos caer rodando por esos pechos de arena que acogían vuestra pasión. Sí, el regreso a ese desierto doméstico te ayudó a soportar la carne, el deseo furioso del comandante que se vaciaba con un temblor epiléptico y gemía con tímidas quejas que dejaban en tu imaginación la descarga sorda de un tambor. Sí, el dolor que sentiste fue desgarrador y, cuando hubo terminado, te impresionó el asco de su mirada. Lo primero que pensaste fue que tu pasividad lo hacía consciente del rechazo. Pero no, en sus ojos centelleaba algo mucho más severo e inquietante. Tuviste miedo de su reacción y permaneciste inmóvil, acostada en la cama, observando su silencio agresivo y la manera tan fría e impulsiva con la que se abrochaba el cinturón y volvía al trabajo. Te quedaste sola y lloraste en silencio mientras te vestías con dificultad a causa de los escalofríos. La realidad se imponía, te hacía sentir sucia y te devolvía la sensación de que todo el campo había sido testigo de esta violación. Te odiabas porque ya nada, ni siquiera la película escondida en el techo, podría borrar el dolor de la palabra putaine que se fijaba en tu conciencia como un tatuaje.

Una arcada subió por tu garganta y te arrastró hasta la letrina. Aunque creíste que vomitando desaparecería el asco, el olor mentolado permanecía y creaba la impresión de que parte de su cuerpo se había quedado dentro de ti.

Ya vestida, te acercaste a la puerta para continuar llamando a las presas que aguardaban frente a la cabaña y te aplastó la intuición de sus miradas que, otra vez, echaban sobre ti toda la culpa del campo.

De repente, viste a Kveta sentada en el sidecar, hablando con Bruno, el soldado. Te extrañó verlos tan animados, ajenos a la presencia de las presas que acechaban su conversación.

Cuando ella abandonaba la cabaña, solía dar un paseo por el campo y tú siempre esperabas que te trajera información, pero Kveta estaba en su mundo y no tenía interés en hablar con nadie. Su única obsesión era el cuidado de su voz y nada de lo que pasaba a su alrededor parecía importarle. Había construido un muro y no reaccionaba a las ofensas ni a los insultos que, como piedras, le lanzaban algunas presas. Por eso, a estas alturas, la sonrisa de Kveta tenía algo de novedad y tardaste un poco en llamarla. No querías interrumpir su alegría. El soldado alemán, que contigo mantenía una fría cordialidad, bromeaba con la checa y acariciaba su pelo negro.

Cuando él se dio cuenta de tu presencia, se puso firme, como si en vez de verte a ti viese al comandante, y su reacción alertó a Kveta, que enseguida abandonó la moto y entró en la cabaña.

Te molestó el silencio de la checa. Parecía ausente o estaba enfadada por algo. Por un momento incluso pensaste que ella adivinaba lo que acababa de ocurrirte y te reprochaba tu pasividad. La viste volver al piano, como si estuviera huyendo de ti, y llamaste a la primera de las presas.

El resto de la mañana discurrió para ti de una manera más lenta que de costumbre. Te pesaba el cuerpo, y los aullidos del tercer cuarto parecían surgir de tu interior, provocados por el dolor y la humillación. El asco se había quedado dentro y remordía tu conciencia. El precio que habías tenido que pagar era tan alto que, cada vez que entraba una presa, reparabas en su aspecto consumido por la enfermedad y el hambre extrema, y anhelabas su destino. Pero no tenías derecho a quejarte. Conocías bien el calvario de su mundo, de los comandos, de la sed, de la putrefacción, de la muerte… todo eso seguía allí, a pocos metros, como un peligro inminente. Sí, tu dolor incluso podría ser un bien preciado para esos espectros que entraban en el tercer cuarto, en el pórtico del crematorio. La cabaña te había aislado, sí, pero el rostro de la muerte continuaba allí, en el patio, en las duchas, en los hornos, en los barracones, en la cantera, en la enfermería o en las fábricas. Era una sombra poderosa. Habías visto morir a tanta gente, tantas amigas, que la violación a la que habías sido sometida era algo ridículo comparado con el asesinato de hijos delante de sus padres…

Buscaste en La Odisea un punto de distancia, y los gritos y la música fueron alejándose y volviste al Canto Décimo, cuando Calipso y Circe, enamoradas de Odiseo, no se ven correspondidas.

Cuando el comandante salió del tercer cuarto, arremangado, se secó las manos con una toalla blanca y, mientras se ponía el abrigo y exhibía una especie de sonrisa viciosa, te dijo que aquellas cajas las había traído para ti. Kveta estaba en la puerta con las manos recogidas sobre el vientre, sin saber qué hacer, y aguardó allí hasta que los vio marcharse en la moto por la Lagerstrasse. Después se sentó en la cama junto a ti, desgarró la caja de cartón y echó sobre la colcha el caballete de madera, la paleta, un juego completo de pinceles, lápices y un enorme cuaderno apaisado. Cuando viste este nuevo regalo que te regresaba a un lugar del pasado, algo dentro de ti pareció ceder y te pusiste a llorar como una Magdalena.

El viaje

Una mañana en la que el sol brillaba por encima de las montañas, la moto llegó mucho más temprano de lo habitual y te extrañó no ver al comandante en el sidecar. El soldado Bruno Schutlz se apeó y llamó con los nudillos a la puerta antes de entrar. Traía una caja bajo el brazo y se la dio a Kveta. Cada vez que él se acercaba a la cabaña, a Kveta se le ponía en los ojos una luz idéntica a la del deseo y los dos comenzaban a lanzarse pequeñas pullas, como si fueran dos niños revoltosos enredados en medio de una pelea.

La checa había cambiado mucho. No tenía fuerzas y estaba escuálida. Había adelgazado en las últimas semanas. Tenías la sensación de que, además del apetito, estaba perdiendo la cordura. Eso sí, cuando llegaba el soldado alemán se le iluminaba el rostro.

Esa mañana supiste que algo entre los dos se había consumado de un modo definitivo, porque cuando estabas vistiéndote para acompañarlo a casa del comandante, viste por una rendija de la puerta que él la besaba en la boca y en los ojos rasgados con extrema dulzura. Kveta carecía de ideología y, en principio, nada se interponía en su relación.

No era día de clases y el soldado tampoco sabía por qué te llamaban. Solo traía la orden de avisarte. Tenías que llevar la cámara de fotos y los lápices. El desconocimiento de tu tarea no te pareció tan extraño. Después de todo, eras esclava de los deseos no solo del comandante sino también de su esposa y de su hija. Podía ser cualquier cosa.

Prácticamente todos los días que acudías a la casa para practicar los idiomas con Hilda, por fuerza tenías que quedarte a comer. Greta no sabía, o fingía no saber, que su marido te forzaba. A veces, incluso te hablaba de su Heinrich como si no lo conocieras, y te contaba confidencias tales como la de que últimamente estaba muy nervioso por el rumbo que estaban tomando los acontecimientos. Aunque ella no especificaba a qué se refería con esos acontecimientos, tú entendías que la derrota de la Alemania nazi estaba próxima y te llenabas de valor y confianza. Hacía tiempo que ese rumor andaba en boca de la gente y alguna vez tendría que confirmarse.

Esta vez, Greta aguardaba en el jardín, envuelta en un abrigo de visón. Habían dispuesto un caballete al pie de un banco y ella estaba sentada en una silla de estilo rococó con la fuente y las montañas como telón de fondo. Le gustó tanto el dibujo que le

habías hecho a Hilda que quería uno para ella. Se lo habías prometido y, poco después de bajarte del sidecar, ocupaste tu puesto y buscaste en la expresión de su pose un punto de inspiración. Su rostro tenía ciertas dificultades y te costó mucho más atrapar su gesto que el bosquejo de la fuente o la línea quebrada de las montañas. Había algo en ella que se ocultaba a los ojos y, por eso, tuviste la impresión de que tu intento fracasaba. Aun así, Greta se entusiasmó tanto con el resultado que, sin dejar de alabarte, cogió el dibujo y corrió a mostrárselo a Hilda, que mecía a una de sus gigantescas muñecas. Fue entonces cuando, atraída por el tipo de marfil que formaba el sendero, te acercaste a la fuente y, ya en el mismo momento de pisar el suelo, sentiste la dureza contundente en los pies. El asombro se apoderó de ti y un escalofrío te heló la sangre. Aquello no era posible y a punto estuviste de gritar cuando te diste cuenta de que el material de ese ostentoso revestimiento no tenía nada que ver con el marfil, sino con los dientes sanos de las presas. Sí, la forma trapezoidal de los molares no dejaba lugar a dudas. No fuiste capaz de acariciar el esmalte de esas coronas, incrustadas en el suelo con algún tipo de fijación, porque te asaltó una especie de terror ancestral. En ese momento caían sobre ti todos los aullidos que sacudían la cabaña y te sentías miserable por la indolencia con la que tantas veces te habías abstraído, hasta el punto de olvidarlos por completo mientras te concentrabas en las historias de las novelas o en los muros de tu propio miedo.

La crueldad con la que el comandante había revestido los delirios de su afición te pareció tan sádica y canalla que te arrastró al llanto e hizo crecer en ti todavía más la secreta hostilidad de la venganza. Tu memoria se llenaba ahora de todas las miradas trágicas de aquellas presas que sabían el destino que les aguardaba tras la puerta del tercer cuarto. El remordimiento de tu ignorancia te quemaba, sobre todo, viendo surgir del centro de la fuente la sirena esmaltada que se alzaba sobre una peana.

Estabas furiosa, más que con el comandante, contigo misma. La rabia latía dentro de ti como un corazón asustado. ¿Cómo habías podido estar tan ciega? Quizá el miedo te había provocado aquella inhibición que, en el fondo, no era más que un blindaje contra el horror. No estabas segura. Lo cierto es que, como querías dejar constancia de la atrocidad del pasatiempo del comandante, llamaste a Hilda para sacarle una foto sentada sobre la silla. La niña obedeció a tus deseos y, justo en el momento de apretar el dispositivo, fuiste consciente de que estabas registrando la prueba obscena de un delito.

Greta volvió a buscarte y no se percató de tu llanto. Te dejaste arrastrar por la emoción que le produjo el retrato y entraste con ella en la casa.

El comandante estaba elegantemente vestido y tenía una carpeta en las manos. Si en ese instante hubieses tenido una pistola no habrías dudado en pegarle un tiro entre los ojos, pero solo lo saludaste y fuiste de la mano de Greta hasta su cuarto.

Nunca habías entrado allí y, aunque la desolación de descubrir la paranoica afición del comandante te había dejado perpleja, se apoderó de ti la sensación de que estabas profanando su intimidad. Y, de repente, Greta abrió uno de sus armarios y te animó a escoger uno de los vestidos. Tenías que ponerte guapa porque dentro de media hora vendría a recogeros un coche oficial para ir a la ciudad de Lüneburg. Sí, tú también los acompañarías. Heinrich estaba muy orgulloso de tu trabajo y quería que hicieses un reportaje del estreno del documental, esa maldita película que habían grabado en el campo, y al que asistirían algunos de los peces gordos del partido. Se proyectaría en el teatro por la tarde, después de un almuerzo que el partido ofrecía en un restaurante.

La noticia te desconcertó tanto como el engarce de aquellos molares en los senderos del jardín, y volviste a sentir un estremecimiento de pánico. El juego del comandante estaba yendo demasiado lejos. Tú eras una presa y podías comprometerlo. Aun así, él parecía fiarse, y a ti te dolía esa confianza.

Greta insistió en que te pusieras un vestido rojo que se ajustó a tu cuerpo como un guante. Aunque era un poco más alta que tú, usabais la misma talla. Te ayudó a maquillarte y, como si fueseis dos viejas amigas, compartió el baño contigo. Una y otra vez te preguntabas cómo podía estar tan ciega para no ver lo que estaba sucediendo ante sus ojos. Al final te convenciste de que la autoridad silenciosa que el comandante ejercía sobre ella la obligaba a una especie de resignación, a una renuncia que le impedía hacerse preguntas que interfirieran en la voluntad de su marido.

Te dejó un abrigo azul con estolas de piel blanca y un sombrero de fieltro de ala corta con la sofisticada caída de varias plumas. Estabas tan elegante que ningún alemán, por muy astuto que fuese, pensaría que eras una presa. Como mucho, sospecharían que eras una puta o la querida del comandante. Nada más.

Cuando ya estabas lista, oíste de nuevo el estrépito de la moto y te acercaste a la ventana. Y la viste allí, sentada en el sidecar, vestida con un abrigo negro y aquel sombrero de casquete que la hacía parecer un ser extraño. La reconociste por su mirada rasgada y la fragilidad de su figura. Era Kveta. No entendías qué podía estar haciendo allí. ¿El comandante había condescendido autorizando al soldado Bruno a traerla a casa? Era muy extraño. La relación del comandante con Kveta siempre había sido fría, sobre todo después del concierto, y no encontrabas ningún motivo para su presencia

allí. Fue Greta la que resolvió tu duda cuando se acercó a la ventana y aventuró que aquella debía de ser la cantante. Te causó sorpresa ese modo tan vulgar de decirlo porque significaba que no reconocía a la soprano que los había maravillado el día de la ópera. Era como si Greta se negase a aceptar que aquella mujer delgada era una presa que, todas las noches, compartía cama contigo.

¿Para qué querrían una cantante? Por un momento odiaste a Kveta al pensar que ella ya estaba al tanto del estreno y no te había dicho nada. El comandante salió al patio y habló con el soldado, que se cuadró y volvió a montarse en la moto. Enseguida viste a la pareja perderse en la distancia, enredados los dos en una sonrisa que parecía unirlos para siempre.

Cuando bajaste, el comandante estaba sentado en el sofá y había dispuesto varias fotografías sobre una mesa. En cuanto te vio en los peldaños de las escaleras, no disimuló un gesto de admiración y te pidió que te acercaras a él. Enseguida reconociste las imágenes, porque tú habías estado detrás del objetivo e incluso recordabas el instante exacto en que habías oprimido el dispositivo. Al principio, temiste que aquella exposición fuera una trampa para ir tirándote de la lengua sobre la desaparición de una de las películas, pero mientras comprobabas la calidad de alguna de las imágenes, te diste cuenta de que el comandante estaba satisfecho del resultado y señalaba aquellas que más le gustaban. Fuiste pasando una a una y no podías evitar pensar que muchos de aquellos rostros habían pasado por el tercer cuarto y, tal vez, algunos de sus dientes estuviesen fijados en la fuente o en cualquiera de los senderos que discurrían por el jardín.

La perfección con la que habías captado su deseo te molestaba, porque, a pesar de la venganza que permanecía oculta en el techo de la cabaña, te convertía en cómplice.

Mientras veías las fotografías, sentías tan cerca la respiración del comandante que preferiste huir y salir al patio donde ya estaba dispuesto un enorme coche negro.

Hilda salió a tu encuentro y se sentó a tu lado, en el asiento trasero. Llevaba un vestido de volantes rojo y no ocultaba su alegría cada vez que estaba contigo.

El viaje se te hizo más corto y menos violento, porque fuisteis repasando el inglés. Con todo, no dejabas de mirar el paisaje y cada vez que cruzabais alguna aldea te sorprendías con la imagen de ese hombre caminando, esa anciana con pañoleta que tiraba de un animal, o ese campesino cargando con un haz de hierba. Te parecía increíble que la vida siguiera su curso, ajena a los campos y al crimen que los nazis estaban perpetrando.

Lüneburg resultó ser una hermosa ciudad medieval con fachadas renacentistas y barrocas engalanadas en exceso para provocar una ilusión festiva. Pendían de las farolas, como crespones sangrientos, enormes telas rojas con la esvástica negra dentro de la circunferencia. Las calles estaban llenas de coches brillantes y había muchas personas en las aceras. La mayor parte eran militares con sus familias.

Todo volvía a dar la impresión de un escenario. De las ventanas también colgaban banderas con las cruces gamadas que, como un capricho pictórico, incendiaban las fachadas medievales.

El coche se detuvo en medio de la plaza, bajo la sombra de la altísima aguja de un campanario. Medio centenar de coches lujosos se alineaban como para una exposición automovilística. El teatro estaba allí, y el enorme cartel con que anunciaban el documental te pareció tan familiar que te quedaste mirándolo fijamente hasta que el comandante te confirmó con una sonrisa que aquello era una ampliación dibujada de una de tus fotografías. Eran dos presas alemanas que fingían leer el Mein Kampf mientras dos niñas rubias se columpiaban y abrían la boca en un gesto de incredulidad.

El restaurante estaba muy cerca de allí y, antes de la comida, disponías de media hora para retratar el ambiente de las calles.

Poco antes de bajaros todos del coche, el comandante te dio unos cuantos marcos alemanes a modo de anticipo por las clases y te dijo con voz desganada que tenías total libertad para hacer tu trabajo. Eso sí, para mayor tranquilidad, hoy te llamarías Ingrid. Y si alguien te preguntaba algo, debías contestar que era él quien te había contratado para el reportaje. Te entregó también una caja con más películas y te explicó el programa. Primero el ágape y a continuación el estreno. Te sentarías con ellos.

Finalmente te dejaron en la plaza de esta hermosa ciudad, sí, sola, pero en ningún momento tuviste sensación de libertad porque era un hervidero de nazis que la convertían en una enorme cárcel. Aun así, la Leica te proporcionaba una distancia con respecto a ellos. Y cuando te pusiste a inmortalizar la marcialidad fría de los oficiales bajándose de los coches con sus familias, un nuevo propósito se apoderó de ti y calculaste las posibilidades de que el comandante supiera el número exacto de carretes que te había dado. En el caso de que los contara, era probable que hubiese olvidado la remesa anterior que todavía no habías usado y de la que habías traído un par de películas.

La imagen de los dientes incrustados en el jardín fue lo que perfiló en tu cabeza la brutalidad de la tortura y empujó un nuevo deseo de venganza. Sí, te arriesgarías a

quedarte con otra película, pero para eso tenías que escoger bien las fotografías. Lo más inteligente sería registrar los rostros de los militares de más alta graduación y el mejor momento quizá fuese durante el banquete porque estarían todos juntos. Te dejaste llevar por esta intuición y consumiste casi media hora caminando por las calles engalanadas, pensando en una posible estrategia para tu represalia, quizá póstuma, fotografiando aquella presunción grandilocuente que se resistía a la realidad de la guerra y a su más que posible derrota. Era como si en la ficción los alemanes quisieran congelar el mundo y la ilusión de su deseo milenario. Y tú allí, en medio, con la mano izquierda en el bolsillo, acariciando el frío metal de aquellas monedas que alargaban tu libertad huidiza y te tentaban a entrar en uno de aquellos cafés que hervían de gente. Y sí, todas las miradas cayeron sobre ti, pero algo más fuerte tensó tu interior y te dio temple para pedir un café y un cigarrillo. Poco a poco, tu presencia se fue incorporando a aquel ambiente ruidoso donde estallaban risas groseras y conversaciones militares, y te dejaste llevar por el placer íntimo del tabaco y la sustancia evocadora del café, que te hizo volver a todos aquellos lugares de tu memoria en los que aún eras un ser libre.

El estreno

Te resultaba extraño caminar con los zapatos que Greta te había prestado. Tenías la sensación de que tus pasos indecisos te delataban hasta el punto de que todos, incluso los niños, te miraban y comprendían que no eras de los suyos. Además, las plumas del sombrero te caían sobre los ojos y tapaban el objetivo.

Cuando llegaste a la puerta del restaurante, pronunciaste el nombre del comandante y enseguida un soldado te abrió la puerta hacia un salón enorme en el que parecía estar metida toda la ciudad. El humo y la música de un piano se elevaban sobre las conversaciones de cientos de personas que formaban grupos compactos. Caminaste entre los uniformes como si tantearas un campo de minas y ocultaste un poco la Leica contra el pecho. Querías pasar inadvertida. Lo que más te interesaba en ese momento era encontrar a Greta y al comandante. Sabías que era necesaria su protección para fotografiar a esa manada de militares que conversaban y bebían copas de champán. Mientras ibas en su búsqueda, la pieza musical te resultó tan familiar que llamó tu atención y arrastró tu mirada hacia un pequeño estrado en el que habían colocado el piano. Y la viste allí, a Kveta, inclinada sobre las teclas, amenizando el aperitivo, ajena al ruido de las voces de aquellos criminales reunidos con sus familias, contenta tal vez porque, después de mucho tiempo, había podido abandonar el campo y sentir el temblor externo de la vida. Parecía transportada por la música. El soldado Bruno estaba cerca del piano y bebía sin dejar de mirarla. Kveta levantaba la mirada y le sonreía como si agradeciera su atención esclava.

Más allá del piano había un comedor enorme donde un ejército de camareros disponía las mesas. Al fondo, unas vidrieras daban a un jardín que dejaba sentir el entusiasmo bullicioso de los niños.

Greta y el comandante estaban en el centro del salón. Conversaban con dos parejas mucho mayores que ellos. Fue él quien se percató de tu presencia y te llamó por el extraño nombre de Ingrid. Quería que les hicieses una fotografía con aquellos dos coroneles de las SS y sus mujeres. Te presentó como una fotógrafa de fama internacional y ese gesto bastó para que la Leica dejase de temblar en tu mano. Te soltaste no solo a inmortalizar la imagen del comandante con sus amigos, sino también a recorrer el salón para calcular la categoría de todos aquellos rostros. No eras una experta en graduaciones, pero un paseo te ayudó a escoger los objetivos. Y así, poco antes de que los niños entraran en el salón y la gente fuese ocupando las mesas, tuviste tiempo de cargar otra película y captar con la cámara a los que juzgabas

más elevados en la pirámide nazi. Lo hiciste con una extraordinaria rapidez y guardaste la película en uno de los bolsillos interiores del abrigo. A partir de entonces sentiste un enorme alivio y notaste cómo tu cuerpo llegaba incluso a relajarse, a pesar de que en la mesa te pusieron frente a una anciana que te rondaba con preguntas curiosas. Era la mujer de un viejo comandante de enorme bigote. Por suerte, te habías sentado entre Greta y Hilda, y conseguiste derivar la conversación hacia el inglés, que sirvió de juego y excusa para evitar el interés de esa vieja tan pesada, que comía con la misma voracidad que el perro del anterior comandante del campo.

A veces, con un poco de lástima, mirabas de reojo a Kveta y la veías allí, agotando su repertorio para amenizar este banquete en el que no dejaban de entrar camareros con bandejas de comida.

A los postres, algunos militares se pusieron en pie y comenzaron a soltar discursos encendidos en los que se confiaba en la victoria final de Alemania. Había en cada una de esas proclamas un rastro apocalíptico que a ti te producía una sacudida de emoción. Quizá el monstruo nazi estaba asustado y daba sus últimos coletazos. Incluso pensaste que esta fiesta tenía ya un punto nostálgico para todos ellos. No sabías exactamente por qué, pero intuiste que tantas banderolas con la esvástica y el águila formaban parte de un decorado del pasado. Una despedida.

El calor del vino había borrado tu miedo y te liberó para retratar las risas untuosas de aquellos militares que cantaban con ruidosa melancolía y parecían esconder una honda preocupación. Las mujeres y los niños habían salido a la plaza porque apenas faltaba una hora para el estreno. Kveta también había desaparecido y la imaginaste paseando por la ciudad del brazo del soldado Bruno.

Cuando abandonaste el restaurante y te viste de nuevo en la calle, cavilaste sobre la idea, no tan insensata, de una huida. Ese momento en que todo el mundo se había relajado y nadie, ni siquiera el comandante, parecía estar pendiente de ti, era una buena ocasión para hacerlo. Todavía te quedaban unos cuantos marcos y llevabas contigo material suficiente para una venganza. Kveta también podría acompañarte. Las dos juntas tendríais más posibilidades. Pero en el caso de poder huir de Alemania, ¿a dónde irías? En Toulouse ya nadie estaría esperándote. Era más que probable que Lucien estuviese muerto. Tenías la certeza de que si él hubiera sobrevivido, algo dentro de ti lo sabría e incluso te habrían llegado noticias suyas por algún medio.

No, estabas sola. No podías regresar a España, por lo menos mientras no cayera Franco. Tal vez la derrota de Hitler pudiese arrastrarlo a él. Tampoco te apetecía volver. Tus padres te habían repudiado y el pobre Josep había muerto. El único encuentro

posible era con Andreu, que probablemente no habría sido capaz de abandonar la casa y seguiría sometido a la tiranía de vuestro padre. Tu presencia allí le complicaría la vida.

No, no podías huir. Estabas atada a aquella realidad dantesca como por una raíz dolorosa y tu capacidad de lucha se había reducido a una actitud pasiva, de espera. Así, prisionera de ti misma, atravesaste la plaza en dirección al teatro, también lleno de esvásticas y águilas imperiales, y cuando entraste en el vestíbulo, no diste crédito a lo que vieron tus ojos. Allí, colgadas en la pared, destacaban las fotografías de tu reportaje. Eran ampliaciones perfectas y de una gran calidad. Los militares y sus mujeres contemplaban con curiosidad morbosa el mundo falso que tú habías amañado para ocultar la realidad del campo.

Con el corazón encogido, te acercaste a verlas. La rabia hacia el comandante te envenenó el alma. La exposición era una sorpresa y certificaba la confianza que él había depositado en ti. Pero también te molestó el hecho de que te usurpase el nombre. Sí, en lo alto de la exposición, en letras rojas, figuraba tu nuevo bautismo: Ingrid Steiner. Quizá esta nueva identidad tuviera como finalidad un acto de conversión, de hacerte más suya, de reinventarte como una propiedad.

Cuando ya estabas viendo las últimas fotografías, sentiste en tu nuca la voz del comandante como un soplo de aire frío y te quedaste sin respiración. En ese momento habrías sido capaz de matarlo si hubieras tenido un arma. Era un asesino desalmado. No sabías muy bien cómo terminaba con la vida de las presas en aquel maldito cuarto, pero sí sabías del sufrimiento que les infería antes de su muerte.

Fue Greta, que venía con él, quien te cogió del brazo y te arrastró al interior del teatro. Estaba lleno y los ornamentos nazis lo recargaban de un modo vulgar y chabacano.

Os sentasteis en las primeras filas y cayó sobre ti todo el peso de las miradas de los militares que estaban en los lugares preferentes. El comandante les habría dicho que eras Ingrid Steiner y esos ojos expresaban un punto de admiración. Sí, debía ser eso, y agradeciste el momento en que se apagaron las luces, porque tenías miedo de ese acecho colectivo.

Te concentraste en la pantalla y, de repente, una música marcial estalló en los altavoces como el estruendo de una bomba que vino acompañada por una serie de desfiles militares de la Wehrmacht. Al principio creíste que aquello no tenía nada que ver con el estreno, pero la voz en off justificó esta exhibición bélica como un discurso de

poder, y reconociste de inmediato la niebla que sobrevolaba el campo como una aureola de muerte. Un hormigueo en el estómago se adelantó a la emoción de ver pasar ante tus ojos una sucesión de seres que forzaban algo que quería ser una sonrisa y no era más que el terror estéril de una despedida. Veías a las presas sentadas a las mesas, inclinadas sobre un libro o un tablero de ajedrez, representando, a su pesar, el marco ideal de una pesadilla infantil. La voz poderosa de la película empujaba la impresión de que aquel era un ocio decente y cotidiano. La escuela, la enfermería, los abedules, los columpios, el juego inocente de los niños… eran el telón perfecto para esa función que convencía a ese público fanático. Te dolían las imágenes y la angustia se enredó definitivamente en tu garganta cuando se proyectó por vez primera la disposición de la orquesta en lo alto del escenario. Fue una toma tan próxima que fuiste capaz de ver los rostros todavía alegres del matrimonio de Varsovia y el gesto entusiasmado de todos aquellos presos vestidos de domingo como si pertenecieran a la sinfónica de Berlín. En la película, Kveta parecía mucho más joven y sus ojos rasgados le daban una apariencia oriental. Aunque el sonido directo del campo no era el más adecuado, la ópera volvió a sonar en tu imaginación con una perfección insólita y refinada. Sí, mientras las voces se cobijaban en el calor de los instrumentos, sentiste de nuevo el sabor secreto de la venganza, el temblor de la libertad, el poder de la civilización sobre la barbarie. Pero apenas fue un instante, porque el documental, que había perfeccionado la mentira mucho más que tu reportaje, te devolvió el olor de la muerte, el humo de los crematorios, el dolor, la humillación, la certeza de que ya nunca saldrías de allí.

Regreso al infierno

El viaje de vuelta lo hicisteis en silencio y, durante el trayecto, nadie, ni siquiera Hilda, fue capaz de decir nada. No entendías por qué el comandante hervía de cólera si todo había salido bien. La exposición fotográfica y el estreno del documental habían sido un éxito y todo el mundo se había acercado para felicitarlo. Aun así, allí estaba, en el asiento delantero, serio como un búho, fumando ávidamente un cigarrillo mientras golpeteaba su rodilla con la mano izquierda.

Cuando llegasteis al patio de la casa, ordenó al chófer que te llevara al campo. Lo dijo con voz fría. Algo nervioso y tenso gorgoriteaba en sus palabras. Hilda y Greta se despidieron de ti con un gesto resignado. Sus rostros también guardaban una expresión funesta y triste. Había tal vez en el aire el augurio de una despedida. No lo sabías y te quedaste sentada detrás, devorada por la curiosidad y el deseo de que aquel malestar naciera de la próxima derrota de Alemania. Sí, tenías la certeza de que aquella había sido una fiesta de despedida y el temblor lejano de las bombas hacía presagiar el avance de los aliados, que ya debían de estar en el interior de aquella sierra espesa. Esa proximidad debía de ser la que los había desmoralizado.

El automóvil entró ya de noche en el campo y atravesó con sus faros el infierno de los sueños. Algunas miradas, como luciérnagas, se pegaron al sucio cristal de las ventanas de los barracones. Pero ya estabas acostumbrada al peso de ese rencor colectivo que te rozaba con una agresividad casi física. Ahora lo que más te preocupaba era la ausencia de Kveta. Todavía no había llegado a la cabaña.

Esperaste a que el coche desapareciera en la profundidad de la noche y te echaste a llorar, expulsando toda la tensión nerviosa que tu estómago había acumulado en este día tan extraño. Después colocaste una silla sobre la mesa y te subiste a ella para esconder la nueva película entre los troncos del techo. No estabas segura de si tu acción serviría para algo, pero probar tu valor te ayudaba a seguir viviendo. Te quedaste sentada en la cama, con la ropa puesta no tanto para evitar el frío como para prolongar la huella de libertad que en algún momento habías sentido a lo largo del día. Estuviste así varias horas, aguardando a Kveta, intentando negar la muerte que durante todas estas semanas había habitado el tercer cuarto. Las imágenes de las presas regresaban a tu cabeza y ahora se imponía la verdad. Sabías que el paso por aquella habitación significaba la muerte. Aunque vuestra relación con las demás presas del campo era casi inexistente, nunca más volviste a ver a ninguna de las que habían atravesado aquella puerta. Esa certeza te provocaba un sudor frío. Deseabas que Kveta regresase cuanto

antes, pero esa noche no volvió y te sentiste terriblemente sola. La duda acabó transportándote al sueño y te despertaste con las primeras voces convocadas para el recuento. La desesperación te empujó a la calle y les preguntaste a las presas si la habían visto. Todas te miraban con el mismo desprecio de siempre y te decían que no, o bien aprovechaban para insultarla aventurando que tal vez estuviera calentándole la cama a su soldado alemán. Una presa francesa, sin levantar la cabeza del suelo, insinuó que en el campo las personas desaparecían con demasiada facilidad, y esas palabras te hicieron temer por su vida.

Desorientada, volviste a la cabaña y te sentaste al lado de la ventana. Allí dejaste transcurrir buena parte del día con la mirada clavada en la entrada, suspirando por el regreso de tu amiga.

Fue un día duro. La muerte de Kveta era más que una amenaza. Además, el comandante tampoco se presentó en el campo y no tenías con quién hablar. Incluso la italiana que te trajo la comida volvió el rostro y se marchó justo en el momento en que le preguntaste si sabía algo de la checa.

Al día siguiente ocurrió otro tanto. Nada. Ninguna noticia ni de Kveta ni del comandante. Las horas de plomo se eternizaban y el miedo a que le hubiera ocurrido algo grave te torturaba e iba minando poco a poco tu esperanza.

Sin embargo, en la mañana del tercer día, el ruido de la moto espabiló tu entusiasmo y reconociste de lejos la figura del comandante. Él mismo la pilotaba. Era la primera vez que le veías hacerlo. En el sidecar traía a Kveta, con el vestido deshilachado y la mirada clavada en el suelo. Saberla viva te produjo un escalofrío de emoción, pero te extrañó que llevase puesta la misma ropa que le habían dejado para el estreno. Te morías por abrazarla, por confesarle tu venganza y el sadismo paranoico del comandante. De repente, la moto no vino hacia la cabaña sino que enfiló la Lagerstrasse y se acercó a una kapo, que se hizo cargo de Kveta arrojándola al interior de uno de los barracones. Esa visión te quemó por dentro y te hizo temer de nuevo por su vida. ¿Qué había hecho la infeliz para que el comandante suspendiera sus privilegios? Estabas segura de que la checa no soportaría de nuevo esa pesadilla. ¿Y dónde estaba Bruno? Incluso creíste que ese castigo era una estrategia del comandante para estar a solas contigo. Pero el aspecto devastado y triste de Kveta te hizo pensar que algo terrible había sucedido.

Cuando viste al comandante acercarse a la cabaña, el miedo te traspasó por completo y supusiste que venía en tu busca con la intención de expulsarte también de la cabaña. Pero no. Lo único que quería era que le devolvieras el cuaderno de registro de las presas y las películas. Esta urgencia te hizo atisbar el fin de la guerra y se lo diste

todo mientras un amago de vértigo amenazaba con dejarte sin sentido, porque temías que él descubriera lo que estabas planeando. El comandante te observaba con interés, como si intentase arrancarte una confidencia, y tú sentías que estaba palpando tu intriga. Por eso, para borrar tu miedo, preguntaste qué había pasado con Kveta y después de un minuto de silencio, él se acercó a ti, inquietante, y te confesó que la checa había intentado huir con el soldado Bruno Schultz. Sus palabras te dejaron helada y no fuiste capaz de interceder por ella. Algo dentro de ti se negaba a hacerlo. Te parecía increíble que Kveta se hubiera arriesgado a cometer una acción tan insensata justo ahora que la guerra languidecía. Tú misma habías valorado la posibilidad de huir el día del estreno, pero la checa era la última persona de quien habrías desconfiado. Quizá el soldado Schutlz era consciente del avance de las tropas aliadas y quiso sacar provecho del amor de Kveta para salvar el pellejo. Cuanto más lo pensabas, más furiosa te ponía que ella te hubiese excluido de su plan, y tu enojo amortiguaba la náusea que te producía el contacto del comandante. Sus dedos eran como el filo de una navaja y con ellos fue arrancándote la ropa hasta tumbarte en la cama. Pero Kveta era ahora quien ocupaba tu cabeza y te ayudaba a huir de tu propio cuerpo y del deseo del comandante. Por un lado, te enorgullecías de su decisión y la imaginabas en el sidecar, el aire dándole en la cara, su boca cerrada, el corazón saliéndole del pecho. Por otro, la odiabas porque te había apartado de su propósito. Sí, tenía razón. Tú tampoco le habías contado nada de tu venganza y desconfiabas de su capacidad para mantener el secreto. Os habíais engañado mutuamente y aun así la necesitabas a tu lado. No podías soportar que estuviera de nuevo encerrada en uno de aquellos barracones. Eras consciente de que no lo resistiría. Las presas le harían pagar cara su estancia en la cabaña. Pero no eras capaz de suplicarle nada a ese hombre que se abalanzaba sobre tu cuerpo y se resistía a que la pasión desfigurase su rostro severo.

Esta vez tampoco se desnudó. Casi nunca lo hacía. Era como si un extraño pudor lo coartase o, tal vez, la ropa atenuara la ofensa de la violación.

Cuando se apartó de tu cuerpo, recuperaste la sensación de intemperie y te cubriste con las manos. Con voz desganada te dijo que esa mañana no habría trabajo en el tercer cuarto y te confirmó que la pequeña Hilda se había puesto enferma, por lo que quedaban suspendidas las clases hasta su recuperación. Ya no hubo tiempo para decir nada más. Cogió los cuadernos de registro y las películas —también la que estaba dentro de la Leica— y abandonó la cabaña.

Te quedaste temblando, pegada a la ventana, viendo cómo se perdía en la distancia. ¿Te quitaba los cuadernos porque había terminado la guerra o era un castigo? ¿O eso suponía una muestra de su desconfianza? Te tranquilizó saber que no había notado la falta de los dos carretes que seguían guardados en el techo como una esperanza.

Cuando tus ojos se posaron sobre las ventanas del barracón en el que habían metido a Kveta, cediste de nuevo al llanto porque te resultaba fácil calcular el odio con que la habrían recibido. Sentiste una tremenda responsabilidad. La checa era tu única amiga en esa fosa humana y tenías que hacer algo por ella. Tu proximidad con el asesino de alguna manera te protegía y te daba la oportunidad de acercarte a ese mundo oscuro y nauseabundo, a ese abismo que estaba solo a unos pasos. Las kapo no osarían hacerte frente. Como mucho podían informar a los SS, pero tenías que acercarte a Kveta, abrazarla, ofrecerle tu protección, decirle que estabas allí, que aguantase, que estuviera tranquila, que todo terminaría pronto. Así que te armaste de valor y esperaste al anochecer, después de que pasaran lista, para ir a las letrinas, que era el lugar de encuentro de varios barracones, un mercado donde la vida parecía recuperar su pulso porque allí el hedor era una barrera para las kapo y los SS.

Habías guardado en los bolsillos una onza de chocolate, papel, un par de lápices y un buen pedazo de pan. La noche estaba cálida y la convulsión de las bombas seguía fijando en el horizonte una esperanza naranja. Te sorprendió el silencio que levantó tu presencia en aquel lugar de miasmas. No conocías a la mayor parte de ellas, pero todas te conocían a ti. El vértigo se apoderó de ti y seguiste caminando hasta el corazón mismo de aquella feria improvisada. Querías dar con Kveta y clavabas los ojos en todos esos seres que callaban su odio y te miraban como se mira a un superior. No, no era respeto sino temor lo que veías en sus ojos y, aunque te dolía esa percepción, quisiste aprovechar esa angustia que imponía tu presencia y buscaste al grupo de alemanas que dominaban el barracón en el que estaba Kveta. Una de ellas era una presa común que según decían había matado a su propio marido. Se llamaba Dora. Estaba medio calva y tenía una marca de nacimiento en la cara. Junto ella estaba otra con ojos de hurón. Un ser que carecía de nombre y escrúpulos. Hablaba con monosílabos. Al parecer había sido denunciada por sus propios hijos.

Con un poco de miedo te introdujiste en su grupo y las miraste con una chulería fingida que buscaba el respeto.

Cuando ya casi podías sentir el hedor insoportable de su aliento, les preguntaste por Kveta, y Dora te invitó a dar un paseo. En ese momento, como si tu presencia se instalase en la vida cotidiana de las letrinas, las voces restablecieron su comercio pobre y notaste que la alemana te cogía del brazo y te decía que tu amiga checa estaba un poco asustada, porque el comandante Artmann había matado de un tiro en la frente al soldado con el que había huido. Te extrañó que Dora confiara en ti de esa manera. Era como si ya adivinase lo que ibas a hacer por ella y estuviera adelantándote una parte de su mercancía. Kveta se había negado a cenar y la kapo la había amenazado con enviarla

junto a las judías para formar parte del Sonderkommando, esos grupos de trabajo que mantenían separados del resto para que no pudieran dar detalles sobre las tareas que se les asignaban, que no eran otras que llevar a las víctimas a los crematorios; cuando cumplían su misión, eran exterminados.

Mientras Dora te explicaba lo difícil que sería disuadir a la kapo de sus intenciones, tú ya intuías que detrás de esa voz gutural, amablemente impositiva, permanecía escondida una dura exigencia para la que no bastaría el tesoro que llevabas en los bolsillos. En efecto, cuando le entregaste el chocolate, el pan y los lápices, Dora hizo un gesto de negación y te dijo que ese material no valía más que para conseguir unos cuantos cigarrillos. Estaba claro que la vida de tu amiga tenía otro precio.

El intercambio

El comandante tampoco vino a la mañana siguiente. Te alegraste de esta nueva ausencia. Nada te habría gustado más que el hecho de que no regresase al campo. Ese deseo no radicaba ni en el odio que le dispensabas, ni en sus espantosas muertes, ni en la paranoia de su vicio coleccionista, ni en el olor mentolado de su aliento, ni en sus manos frías como estiletes, ni en sus palabras sinuosas, sino en la misión que Dora te había impuesto a cambio de velar por la vida de Kveta.

Antes incluso de quedarte paralizada, sin saber que tu silencio era para ella una especie de respuesta resignada, Dora te había dado un cuchillo envuelto en un harapo sucio y te había preguntado si no sabías que todas aquellas presas que entraban en la cabaña salían por la puerta de atrás, camino del crematorio. Sí, ese era el destino que les esperaba a todas, también a ti. Te aseguró que muchas se habían destrozado los dientes con la esperanza de no ser convocadas por ese monstruo. Por lo visto, el comandante las ataba a la silla de barbero y les ponía una inyección de fenol en el corazón mientras manipulaba violentamente sus dentaduras. Con las judías y la rusas incluso había llegado más lejos, arrancándoles los pezones y los ojos. Sí, ese hijo de puta había ordenado empalar a la hija de una rusa que se había atrevido a escupirle a la cara, como también permitió que dos soldados, ante un centenar de presas, perpetrasen algo tan nauseabundo y sádico como abrirle el vientre a una gitana para arrancarle la criatura y de inmediato volver a cosérselo con varias piedras dentro. Sí, aquel hijo de puta observaba impasible y se reía, mientras la infeliz se de-sangraba de dolor y de pena. Atónita, oías a Dora y no decías nada. Por mucho que lo intentases, nadie iba a creer en tu ignorancia. En la cabaña habías aprendido a construir tu isla. La tortura de esos detalles horripilantes que Dora te enumeraba como un cargo no parecía caber en tu imaginación, y poco a poco sentiste crecer el desafío en tu interior. Sí, la muerte de ese hombre era un deseo colectivo y tu acción podía redimirte para siempre.

Mientras cogías el arma oxidada, te sacudía un temblor de la cabeza a los pies y no encontrabas fuerzas dentro de ti para negarte. Así, acosada por todas las miradas que te atravesaban con su odio cansado, abandonaste el mercado de las letrinas y volviste a la cabaña con un enorme peso sobre tus espaldas.

Esa noche tampoco pegaste ojo. Te atormentaba el cometido. La idea de matarlo no era tan descabellada. Para ellas él era tu amante, tu hochane, y nadie mejor que tú para hacerlo. La posibilidad estaba ahí y ensayaste en la oscuridad esa perspectiva

adaptando la empuñadura de madera a tu mano. Sabías que era una operación arriesgada y que, cualquiera que fuese el resultado, tu muerte estaba asegurada. Era un suicidio e intentaste abstraerte buscando en ti motivos que aumentaran tu odio y convencerte de que no solo podías, sino que tenías que hacerlo. Era un ser demente. Aun así, su deseo había sido lo que te había salvado y aislado del mundo terrible del campo, incluso del horror que acechaba pertinaz en el tercer cuarto. Durante mucho tiempo no fuiste consciente —o intentaste no serlo— de lo que estaba sucediendo en la cabaña. Ahora ya nadie creería en tu inocencia. Tampoco te importaba. Ibas a morir y tu destino estaba cifrado en el filo del cuchillo que escondías bajo el colchón. Habías perdido la cuenta de las presas que habían pasado por su improvisada consulta y te entraba un asco antiguo al pensar cómo él alternaba la muerte con el sexo, como si tu cuerpo fuera una prolongación de su juego perverso.

Sí, esa noche, cuando las presas salieron para el recuento en la Lagerstrasse, sentiste el peso unánime de su deseo y decidiste que sí, que tenías que hacerlo por Kveta y, sobre todo, por ti misma. Eso sí, antes sería necesario confesarle a alguien lo de las películas que ocultabas en el techo de la cabaña. Tu muerte no podía frustrar esa venganza póstuma. Quizá era Kveta quien debería saberlo, o Dora, sí, la alemana era la persona más adecuada. Su vida estaba sustentada en su posición en el campo y también en su dentadura cariada, que la había expulsado de las listas del comandante. Ella no sabía que en aquellos cuadernos estaban las condenas. Eso te dio una idea convincente y la decisión de prorrogar tu asesinato. Así, al anochecer, regresaste a las letrinas en busca de Dora. Te extrañó que a tu paso no se profiriesen las ofensas. Era como si todas intuyeran tu determinación y su silencio fuera su acto de reconocimiento a tu valor. O quizá no. Lo cierto es que rápidamente diste con Dora. Estaba fumando, sentada en el borde de un saco. Parecía observar el tráfico abierto de ese bazar espontáneo. Cuando te vio, tiró el cigarrillo al suelo y vino hacia ti con el rostro serio, desencajado. Mientras os apartabais hacia la puerta de ese universo hediondo, pudiste ver cómo dos presas luchaban por la colilla que ella había despreciado. Intuiste algo de complacencia en el gesto de Dora y creíste que ella misma lo había provocado para exhibir su poder.

Antes de que pudiera reprocharte algo, le espetaste que sí, que ibas a hacerlo, pero primero tenías que ver a Kveta y hablar con ella.

Tu exigencia debió de parecerle lo bastante consistente, porque Dora se quedó un rato en silencio, estudiando la voluntad furiosa de tus palabras. Al final te preguntó qué pretendías, y le hablaste de los cuadernos en los que estaban las listas de las elegidas. Su ingenio captó enseguida tu intención y le prometiste la vida si accedía a tu deseo. Podías borrarla de la lista. Así de fácil. Ella no sabía que era mentira, ni que el comandante se había llevado los cuadernos, y te prometió que esa misma noche

intentaría llevar a la checa hasta la cabaña. Insistió en que no le sería fácil porque tu amiga cantante había perdido un poco el juicio y ni siquiera había comido el pan y el chocolate que le enviaras.

Fue así como a medianoche dos sombras trajeron en volandas a Kveta hasta la cabaña. Apenas se tenía en pie y, aunque la temperatura era cálida, ella temblaba de frío. Se sentó en el borde de la cama y le echaste una manta por encima. Todavía llevaba el vestido raído y sucio. Estaba hecha una piltrafa y las ojeras formaban en su rostro un par de nueces oscuras. Le pusiste la mano en la frente para ver si tenía fiebre y sentiste la costra reciente de una herida. En sus ojos rasgados no había brillo, ni siquiera mirada. No respondió a tus preguntas. Te limitaste a abrazarla como se abraza a un ser indefenso y vulnerable. Con voz tomada por el llanto, dijiste que cabía la posibilidad de que murieses antes que ella y te parecía importante que no se abandonara y que supiera de tu plan para cuando todo terminase. Antes incluso de señalarle el lugar donde estaban las películas, le pediste perdón por no haberle confiado tu secreto y te disculpaste con la justificación de que no querías involucrarla en más peligros. Pero Kveta continuaba encerrada en sí misma y no respondía ante el dolor sincero de tus palabras. Ya nada, ni siquiera la custodia de su voz, parecía atarla a la vida. Aun así, no perdiste la esperanza de estimularla, de agitar algo dentro de ella que la devolviese a la realidad y, una y otra vez, golpeabas su silencio con palabras y más palabras, dibujando un futuro prometedor en el cual el mundo se rendiría al imperio de su voz.

Cuando ya casi te habías convencido de que Kveta se había perdido dentro de sí y ya nada parecía importarle, de repente, levantó sus ojos y con voz apagada te pidió que no lo hicieras, que no merecía la pena. Sus palabras tristísimas te descolocaron y no supiste cómo reaccionar. Ahora era ella quien te acariciaba con una ternura que se te hacía insoportable, porque significaba que sabía que habías ofrecido tu vida por la suya. Esa presunción os unió aún más y os tumbasteis en la cama, cogidas de la mano, con los ojos fijos en el techo, como preparadas para un sueño. Sí, te prometió luchar por su vida hasta el final. Si te ocurriera algo, ella misma se encargaría de entregarles las películas a los aliados. Estabas segura de que la muerte del soldado Bruno Schutlz había multiplicado su odio.

Cogiste de la mesilla de noche una onza de chocolate y mientras dejabais derretirse lentamente el cacao y el azúcar en el cielo de la boca, Kveta te contó que casi lo habían conseguido, que fue la maldita moto la que frustró la huida. Sí, cuando ya estaban a varios kilómetros, se paró y les dieron alcance. Te aseguró que Bruno no era como los demás alemanes que habíais conocido en el campo. Él no había matado a nadie y, como muchos, se había visto atrapado por la edad y el furor patriótico del nazismo. Lo que

había visto en el campo lo había vuelto contra sí mismo, y ya antes de conocerla a ella, había decidido huir para mantenerse ajeno a todos esos crímenes que estaban dictados por el delirio. Kveta había encontrado en él la confirmación de su deseo y la esperanza de la huida. Nunca te lo había confesado, pero desde la primera vez que lo vio, percibió en su actitud un desprecio latente hacia el nazismo.

De repente, varios golpes en la puerta os advirtieron de que vuestro tiempo había terminado. Os abrazasteis en la cama casi hasta haceros daño. Era probable que jamás volvierais a estar juntas. Lo viste en los ojos de Dora, que la esperaba en la puerta y te recordaba que no había otra salida para ti. Tenías que matar al comandante.

Las primeras voces

Ensayaste tanto la estrategia que, cuando te quedaste dormida, el cuchillo oxidado inundó de sangre tu sueño. El comandante estaba dentro de ti y se reía mientras hundías el agudo filo en su carne blanca. Esta vez estaba desnudo y no luchaba. Era como si celebrase tu decisión y aquella herida de muerte multiplicara el placer de la carne. Su sangre encharcaba las sábanas y él continuaba entregado. Sentías su sexo dentro de ti y no entendías de dónde sacaba las fuerzas para esa pasión agónica que lo mantenía vivo, ajeno a la muerte que llevaba consigo, en esa empuñadura en la que concentrabas toda tu alma. Y se reía, sí, con unos dientes de lobo que brillaban en la noche. Notabas el calor de su sangre en la piel y esperabas que el estertor de sus carcajadas se cerrase en un coágulo. Al final se calló, sí, y ese silencio interior fue lo que te despertó y te devolvió a la noche con su soledad y el terror de las horas.

No dejabas de pensar en Hilda. Imaginabas su asombro cuando alguien le dijese que la señorita profesora había matado a su padre. No te hacía gracia quedar ante ella como una asesina.

Esa noche fue una de las más largas de tu vida. El tiempo parecía estar congelado y no eras capaz de entender lo que estaba sucediendo. No había sonado el gong para el recuento e incluso la luz de los reflectores se había quedado fija en un punto concreto del campo. Te acercaste a la ventana y, aunque en las últimas noches sonaban las sirenas y los crematorios dejaban de funcionar para ocultar el campo a los aviones, esta vez te extrañó el humo sucio, como el rescoldo de un fuego viejo, que salía por las chimeneas. Debían de ser las siete de la mañana y el campo estaba aplastado por un silencio extraño. Todo el mundo parecía estar dormido. Incluso pensaste que había terminado la guerra y que te habían dejado sola. Aun así, casi al amanecer, viste al primer hombre en el campo. Era un preso alto, de rostro severo, con el mentón aguzado como un hacha. Llevaba un arma en la mano. No conseguiste verle el triángulo. Debía de ser ruso. Caminaba sin tino por el patio, como si estuviese probando sus propios pasos.

Te resultó raro ver que lucía el cabello rubio y tenía carne en el cuerpo. Estaba bien alimentado. Su presencia allí, en el centro de la plaza, era señal evidente de que los alemanes habían huido, pero tú te quedaste inmóvil. Algo violento podía percibirse en sus movimientos nerviosos y comprendiste que el horror no había terminado, por lo menos para ti. Te quedaste mirando a través del cristal sucio de la ventana y en ese momento sentiste no tener un carrete para la Leica escondida en la caja de zapatos. Te gustaría plasmar la llegada de todos esos hombres que pululaban por el campo y

entraban en los barracones de donde las mujeres parecían resistirse a salir, como si temieran la libertad o desconfiasen de esa media docena de presos sueltos que daban miedo.

El sol de la primavera no era capaz de dar consistencia a los escuálidos fantasmas que vagaban por la plaza como si buscasen su propia sombra. Eran verdaderas almas en pena, simples presencias.

Al poco tiempo, de uno de los almacenes surgió un carnaval espontáneo con presos vestidos de época, con la misma ropa que habían utilizado para la ópera. Algunos hombres se pusieron esas prendas, tal vez para olvidar el roce basto de la tela de la ropa que les habían asignado en el campo. Muchos, a pesar de la primavera, llevaban piezas de abrigo para sentir la lana en la piel, para cubrir los delgados cuerpos y esconder los estragos de esa muerte que de alguna manera ya los habitaba.

Entre aquellos aparecidos había un hombre enfundado en el frac del checo que había dirigido la orquesta. Llevaba una metralleta colgada a la espalda. Tras él aparecieron tres presos con fusiles automáticos y metralletas tal vez robadas en el cuartel de los SS. Enseguida entendiste que en ese vaivén estaba formándose un nuevo poder en el campo, comandado, sobre todo, por ese grupo reducido de rusos por los que tampoco había parecido pasar la muerte. Tenían buen aspecto y sus gestos expresaban una marcialidad bárbara. Sonaron algunos disparos y viste una de las torres de vigilancia ocupada por un par de presos, que masticaban una libertad violenta y se convertían en banderas del desconcierto. La guerra había terminado. Pero para muchos el final de los campos no era el final de la muerte. Muchos seguían muriendo en los barracones y te asaltó una sensación de pérdida. Sí, la única que había perdido la guerra eras tú. Ya no podrías redimirte. Se había esfumado tu oportunidad de entrañar el cuchillo en el cuerpo del comandante. Se confirmaba la sospecha que tuviste cuando él te había pedido los carretes y los cuadernos de registro. Sí, eso explicaba su malhumor justo después del estreno del documental. Aquello había sido una fiesta de despedida. Todos los alemanes sabían de la proximidad de la derrota y fingían que todo seguía igual.

En el campo también se reencontraban parejas e incluso madres con algún hijo adolescente totalmente envejecido. Lo que más impresión te causó fue un grupo de mujeres desnudas, empujadas desde diferentes barracones al centro de la plaza. Eran las kapo y sus ayudantes. Dora capitaneaba el grupo de mujeres armadas con aperos de trabajo que, de repente, se pusieron a molerlas a palos. Reconociste a la kapo Erika y te llevaste las manos a la boca cuando viste que Kveta también empuñaba una pala como las demás presas y buscaba la cabeza de la stubowa Helga para golpearla. Sostuviste la mirada de la checa, como si ejercieras algún tipo de poder que pudiese disuadirla, pero

el odio estimulaba su saña y participó de ese linchamiento hasta el final. Cuando se apartó de los cadáveres, su cuerpo te pareció todavía más delgado. Era como si en ese esfuerzo violento hubiera perdido más peso. Abandonó el grupo y vino hacia la cabaña.

Ese acto salvaje te dio tanto miedo que temiste por tu vida. Eras la puta del comandante y podías ser la siguiente víctima. Ahora ya nadie recordaría tu disposición para darle muerte. Tu única coartada seguía siendo la existencia de los negativos que habías ocultado en el techo. Pero esa furia colectiva no iba a detenerse y esas mismas mujeres que habían dado muerte a las colaboradoras vengarían todos tus privilegios. Te apartaste de la ventana, consciente de que no tenías escapatoria, y te sentaste en la cama, esperando tu condena.

No tardaste en oír unos golpes en la puerta. Era Kveta. Se abrazó a ti, para darte la noticia de la huida de los alemanes. Por un momento te aferraste a su ingenuidad y quisiste pensar que nadie os haría daño. Fuera seguían sonando algunos disparos y por el circuito de los altavoces estallaba el anuncio estentóreo de la derrota de los alemanes. Se hacía en diferentes idiomas, como si temieran que alguien en el campo todavía no lo supiese. Y de repente, lo viste allí, en la puerta, con el frac y la metralleta a la espalda. Os miró con incredulidad y paseó por el cuarto casi del mismo modo que solía hacer el comandante. Murmuró algo en ruso y apuntó con la metralleta a la puerta del segundo cuarto antes de empujarla con una patada. Las dos esperasteis quietas en la cama, horrorizadas, sin saber qué hacer. El ruso tocó al azar las teclas del piano y el sonido se confundió con su risa oxidada. Después repitió el gesto desconfiado para entrar en el tercer cuarto y, tras escupir un grito ahogado, realizó una descarga, como si dentro del cuarto hubiera alguien escondido. En realidad disparó sobre el rostro de Hitler y salió con el retrato agujereado y la bandera con la esvástica. Estaba furioso y, como si os culpase de que esos símbolos permanecieran allí, los dejó caer delante de vosotras y, de repente, sacó su miembro blanquísimo y se puso a mear sobre el dictador. Mientras tratabas de vencer el asco producido por ese líquido que rebotaba en el suelo y os salpicaba, visteis que en la puerta asomaban tres nuevos rostros con miradas carnales. Eran presos armados que olfateaban vuestro miedo con una furia callada y sucia. Fue entonces, justo en ese instante, cuando tomaste conciencia de la apertura de un nuevo abismo.

El burdel

Cuando entraba un hombre ya apenas alzabas los ojos. El cuerpo no se resignaba al dolor. A las violaciones de esos cuatro presos comunes, que no eran ni mucho menos aquellos rusos que habían acabado con los nazis, se añadía el hambre, ese agujero que te perforaba el estómago y contraía sus músculos lisos. Tres días con un plato de sopa clara que no os llegaba a nada. Te morías de hambre. Por suerte, en la letrina seguía habiendo agua y esta circunstancia era la que os mantenía con vida. De cualquier modo, esa mañana, al chirrido lento y prolongado de la puerta se sumó el sonido desafinado y breve que venía del exterior. Fue esto lo que te hizo levantar los ojos y reparar en el gesto pavoroso de la persona que te escrutaba desde la puerta. Apenas era un adolescente que, de repente, rompía a llorar. Instintivamente te cubriste el cuerpo, como si temieses que el motivo de su llanto fuese tu desnudo, y te acercaste a él para preguntarle qué ocurría. Fue entonces cuando te explicó que se llamaba Jacques, que era de Saint-Étienne y había pagado con un acordeón para verte. Le habían hablado de la hermosa francesa de la barraca y durante la descripción él había concebido la posibilidad de que fueses su madre. Por eso lloraba. Tú, que eras la última esperanza, te convertiste en la certeza de una muerte que todos, quizá por piedad, no fueron capaces de confesarle.

Se sentó a tu lado en la cama y te abrazó como se abraza a una madre o a una hermana mayor. La pena que sentiste fue tan grande que ahora fuiste tú la que se puso a llorar mientras, fuera, alguien, quizá uno de los rusos que vigilaban la cabaña, conseguía arrancarle al acordeón una melodía triste que lo trasladaba a las heladas estepas que acompañan el Volga. Las notas envolvían vuestro dolor, y la mirada asustada de Jacques te ofreció confianza suficiente como para contarle el secreto de las películas escondidas en el techo. Temías que ni Kveta ni tú podríais sobrevivir mucho más tiempo. El fin de la guerra había sido para vosotras el inicio de una nueva pesadilla y le pediste que, cuando llegaran los aliados, les contase todo lo que estos cuatro delincuentes rusos os habían hecho, sobre todo el jefe, el hombre del frac, que se llamaba Serguei y era un sujeto agresivo, despiadado, que posiblemente ya fuera un asesino antes de la guerra. Jamás se separaba de su metralleta, ni siquiera para abusar de vosotras. Él fue el primero que os desgarró la ropa para violaros con una bestialidad insoportable. Le gustaba acostarse con las dos al mismo tiempo y, aunque tú no ofrecías ninguna resistencia, te golpeaba con violencia mientras te penetraba y acariciaba los pechos de una Kveta que, pese a estar escuchimizada, todavía los tenía bastante grandes. La pobre decía que a ella ya no le dolía, que pensaba en otras cosas porque eso ayudaba a que los hombres terminasen antes. El dolor era tan terrible que no dejabas de

apretarle la mano a la checa para soportar la tortura, el sudor hediondo del ruso, el aliento fétido de su boca, sus dientes afilados mordiendo tus labios, la metralleta golpeando vuestra espalda y la amenaza de contraer una enfermedad venérea. Por suerte no teníais miedo a quedar en estado porque en el campo se os había retirado la menstruación y eso significaba que no pasaríais por un embarazo del que un aborto espontáneo era el final más probable.

Sí, este adolescente francés tenía que contar lo que estaba ocurriendo en la cabaña, cómo esos cuatro salvajes subsistían en vuestra propia destrucción. Sí, aunque nadie entendiera vuestro martirio, ni llegase a percibir el desgarro reiterado de la violación, ellos eran animales a la altura de los nazis y debían pagar por ello. Aun así, mientras sollozabas e intentabas describir tu rencor, sentiste al joven estremecerse entre tus brazos y cogiste una manta para echársela sobre los hombros. Pero su temblor no nacía del frío, sino de la asunción de vuestro dolor. Jacques también había sufrido lo suyo y, en pocos meses, había visto desaparecer a toda su familia. A su llegada al campo lo separaron de su madre, aunque tuvo la suerte de quedarse con su padre y sus dos hermanos, mayores que él. El primero en caer fue su padre, un maestro de escuela que no soportó las duras condiciones del campo. Su hermano mayor, que trabajaba en un Sonderkomando, perdió el juicio cuando comprobó que uno de los cuerpos que cargaba en la carreta, camino de los hornos, era el de su padre. Su otro hermano fue devorado por los piojos y murió de tifus en la enfermería. Oías su dolor y veías latir su pecho hundido. Su voz vibraba de consternación y de cansancio, pero había algo en él que te apetecía guardar para siempre. Y como no tenías carrete para la Leica, te vino a la memoria el maletín de pintura. Entonces le dijiste que no se moviese e instalaste el caballete en el centro del cuarto y te sentaste en un taburete. Jacques, incrédulo, arrugó el entrecejo y se quedó en silencio al pie de la cama. Su gesto despertó tu sonrisa e hiciste un esfuerzo por imaginar su cuerpo relleno de carne, no como era sino como él recordaba haber sido. No tenías mucha luz —los rusos utilizaban la bandera con la esvástica para tapar la ventana y darle al cuarto una intimidad prostibularia—, pero enseguida surgieron los primeros trazos y comenzaste a sentirte persona nuevamente. Jacques estaba acobardado bajo la manta y te resultó incluso gracioso caer en la cuenta de que eras tú, y no el modelo, quien estaba desnuda. Te abstrajiste de la luz que inundaba el cuarto y fuiste capaz de dibujar el rostro del joven que Jacques pudo haber sido.

Cuando ya casi estabas terminando, Kveta abrió la puerta que conectaba con el segundo cuarto —habían puesto allí una especie de catre para recibir a los clientes— y se sorprendió al verte pintando. Pero no dijo nada. Llevaba días sin hablar. El lenguaje había desaparecido entre vosotras. Solo movió la cabeza, como si buscase con sus oídos

el estertor del acordeón, y cerró la puerta porque una voz borracha la reclamaba desde el interior del cuarto.

De repente, la puerta exterior se abrió y dejó entrar un potente haz de luz que te castigó los ojos y te impidió ver con claridad el gesto inquisitivo del ruso Serguei, que se acercó al centro del cuarto y se puso detrás de ti para estudiar el dibujo que descansaba sobre el caballete. Sentías su respiración en la nuca y estabas paralizada por el miedo. Sus reacciones, aparte de imprevisibles, acostumbraban a ser muy violentas. Esta vez la furia no la empleó contigo sino con el pobre Jacques, al que le espetó que su tiempo había terminado y lo echó a empujones, sin dejarle ver el resultado del retrato. Volviste a quedarte a solas con el ruso Serguei y te dijo algo que entendiste más por la elocuencia de sus gestos que por sus palabras. Así, se sentó en la cama, se echó sobre los hombros la misma manta que Jacques, como si esa pieza fuera esencial para el retrato, y acomodó una pose tiesa, con la metralleta entre las piernas. Era la primera vez que dibujabas con la impresión de que una espada pendía sobre tu cabeza. Estabas segura de que tu vida dependía del dibujo y te demoraste en cada uno de los trazos. De vez en cuando, como si él temiese que perdieras fuelle, emitía un gruñido sin moverse del sitio y aguardaba tu reacción. El acordeón había dejado de sonar y eso te pareció una premonición funesta que enseguida se confirmaría, porque en cuanto terminaste el más perfecto de tus retratos, él se levantó para verse y, de repente, se puso furioso y te derrumbó de tal bofetada que casi te vacía la cabeza. En el campo no había espejos y estaba claro que su propia realidad no le gustaba. Notaste la sangre caliente en tus labios y sentiste que ya no serías capaz de levantarte nunca. Aun así, te agarró por el pelo y te sentó de nuevo en el taburete. Después volvió al borde de la cama y forzó una ridícula rigidez formal. En ese momento entendiste que él quería verse de otra manera y pusiste de nuevo tu vida en el lápiz, convirtiendo el frac harapiento en una prenda de estreno, su incipiente calvicie en una hermosa melena y las formas afiladas de su mentón en una ondulación suave y adolescente. Le borraste ojeras y las dos lechugas que tenía por orejas. Incluso te atreviste a doblar sus ojos hasta hacer surgir un rostro completamente nuevo.

Cuando terminaste, tu cuerpo se preparó para recibir otra bofetada, tal vez la última, pero esta vez el ruso se reconoció en ese rostro favorable y sonrió por vez primera con sus dientes azulados y cariados. En sus ojos centelleaba la vanidad y estuvo un tiempo observándose para acostumbrarse a ese nuevo rostro, hasta que de repente sacó una navaja y cogió el marco donde había estado el retrato de Hitler. Mientras él medía el rectángulo para incrustar allí su poder, el acordeón volvió a sonar fuera y te expulsó de tu cuerpo para siempre.

El fotógrafo americano

Al quinto día de la huida de los nazis ya habías dibujado a los cuatro rusos y sus visitas dejaron de ser carnales. Era increíble cómo habían cambiado el sexo por la vanidad. Al ruso Serguei no le importó aquel cambio en su negocio. Es más, él mismo intentó conseguir más láminas para que siguieras retratando a los presos y te trajo un plato de sopa y un pedazo de pan que devoraste con un ansia salvaje. El origen de esa acción compasiva no estaba tanto en el deseo de agasajarte como en el de conservar tu vida para asegurar sus ganancias.

Lo cierto es que el dibujo te salvó la vida, pero te volvió a un estado animal. Estabas tan desfallecida por el hambre que te olvidaste de Kveta, que se moría lentamente en el catre del segundo cuarto. Estaba en los huesos y parecía imposible que aún continuase viva. No, no te acordaste de ella, y te costaba hilar los pensamientos. Sufrías constantes mareos y comenzaste a perder la cordura. En tu cabeza se mezclaban los recuerdos de una manera absurda y vertiginosa y, poco a poco, algo dentro de ti fue renunciando al pasado hasta el punto de no saber muy bien quién eras. Solo el dibujo movía la realidad y te mantenía con vida. Cada rostro de los que se sentaban en la cama despertaba en ti un automatismo misterioso que estimulaba tus manos y empujaba el lápiz sobre las láminas. Nada de lo que hacías parecía tener sentido.

La mañana del sexto día sin los nazis, cuando el sol ya estaba alto, te extrañó que no entrase nadie y te arrastraste como una serpiente hasta el catre de Kveta. La checa no reaccionaba y le mojaste la cara con un poco de agua para despertarla de su abandono. Nada. Había perdido la voz y aguardaba la muerte. Te enojó su silencio y ese estado manso, como de heroína trágica que soporta el dolor último de su destino, y volviste a tu cuarto. Acostada en la cama, creíste oír a lo lejos una música que te llevó hasta Máximo y te hizo creer que era él quien te susurraba al oído poemas de Rosalía o de Neruda mientras te acariciaba el pelo, tumbados en la arena de las dunas, solos, aplastados por la sensación de desierto que cercaba vuestros deseos. Sí, esa ilusión te hizo ignorar la ausencia de los rusos y el resuello desafinado del acordeón que, todas las mañanas, sacudía la nostalgia del campo y te arrastraba a la sierra, a O Areal, a los bailes en el local de Villoch. Ajena a ese silencio, dejaste que una necesidad imperiosa se apoderase de ti y te devolviera al caballete, a pesar de que estabas exhausta, sin fuerzas. En tu interior ahora hervía la furia de una obligación. Tenías que pintar el rostro del

comandante antes de que lo olvidaras. A conseguir el objetivo contribuía una especie de delirio y te entregaste a plasmar su memoria en la lámina.

El odio sacudió tu vértigo y, poco a poco, volviste a alejarte de tu cuerpo y no te percataste de que ahora era Kveta quien se arrastraba por el suelo y se sentaba en la cama para comprobar tu enajenación. La imagen del comandante, más que de tu mano, surgía de la propia lámina, y su rostro, cruzado por esa especie de ciempiés, lucía con el mismo esplendor que la gorra y las solapas timbradas de muerte. Estabas tan concentrada en el dibujo, en los trazos de los ojos, en la forma de la nariz, que tardaste en reparar en los dos hombres que aparecieron de repente tras echar abajo la puerta. No los miraste. Estabas ausente. Solo el extraño acento de su inglés fue capaz de despertarte de tu sueño, y los viste allí, uniformados, ofreciéndole a Kveta la vida en un buen pedazo de pan con chocolate. Uno de ellos, el más apuesto, el que se sentó a tu lado en la cama, comenzó a acariciarte el pelo y los oídos con una voz tan dulce y suave que casi te entraron ganas de echarte en la cama para conciliar un sueño agradable. Como una letanía obsesiva, el soldado te decía una y otra vez que todo había terminado ya y te ofrecía también un trozo de pan, pero sus palabras no penetraban del todo dentro de ti porque en ese instante solo te importaba la cámara que, como un corazón metálico, colgaba de su pecho. Nunca habías visto nada semejante y, mientras Kveta se retorcía en el suelo vomitando los alimentos que acababa de engullir con avidez, tú te pusiste a palpar el brillo plateado de la máquina como si estuvieses acariciando el metal de los sueños.

El otro soldado, alarmado, se llevó a la checa en brazos y tú continuaste embelesada con la cámara de tu soldado que no se separaba de ti y se asombraba al verte buscar algo debajo de la cama.

Sí, le ofreciste todo tu patrimonio: la Leica y la docena de libros, y él no pareció comprender tu propósito porque siguió inspeccionando la cabaña y te dejó sola un momento, el tiempo suficiente para que tus ojos advirtieran la realidad y te hiciesen caer en la cuenta de que, por fin, había terminado la guerra. Habías deseado tanto este momento que ahora no sentías nada, ni siquiera un escalofrío de rabia o de desconcierto. Sabías que el infierno ya se quedaría dentro de ti y no te abandonaría nunca. Aun así, tuviste fuerzas para encaramarte hasta el techo y recoger el tesoro de entre los troncos. Cuando estabas arriba, el fotógrafo americano te fotografió con su inmensa cámara y se acercó lentamente para ayudarte a bajar de la cama. Te dijo algo que no entendiste bien. A pesar de la lentitud de sus movimientos, había una interrogación intranquila en el timbre de su voz. No comprendía nada de lo que estaba ocurriendo y no era consciente de que estabas entregándole el destino de un puñado de asesinos.

Saliste al campo, cogida de su mano, dejando que la poderosa luz de la primavera dañase tus ojos sonámbulos que ahora veían al ruso Serguei y a su sumisa cuadrilla charlando con los soldados americanos, que les entregaban comida y dibujaban en sus rostros una mezcla de estupor y compasión. El recuerdo de los cuatro rusos había quedado grabado en tu cuerpo, pero no sentiste por ellos más odio del que ya sentías por ti misma.

El paisaje era tan insoportable como el hedor de la muerte. Muchos de los soldados tenían las manos en la boca y los ojos ensangrentados por la rabia y el llanto. Algunos SS colgaban de las vigas, al lado de sus perros, y la sangre fresca de varios cuerpos mutilados se encendía con la luz del sol. Te quedaste un tiempo contemplando el desfile de aquellos seres descarnados que, como una victoria sobre los nazis, habían sobrevivido por alguna inexplicable inercia orgánica.

De vez en cuando, el fotógrafo se separaba para poder seguir usando la cámara y la ausencia de su mano era para ti como la falta de una pierna o de un órgano vital. Necesitabas su contacto para seguir viva y volviste a cogerle la mano y le apretaste la palma con toda la fuerza que te quedaba. Seguisteis atravesando el campo sembrado de muerte y llegasteis a una especie de hospital de campaña donde estaba el otro soldado que hacía un rato había entrado en la cabaña. Ahora lloraba como un niño y tenía la mirada fija en un cuerpo consumido que yacía sobre una camilla. El fotógrafo tiró de ti para alejarte de esa escena, pero el vértigo te empujó y descubriste, con horror, que el cuerpo pertenecía a Kveta. No había tolerado los alimentos y la muerte le había dejado una impronta de sosiego en el rostro. El dolor te desgarró el pecho e hizo que dentro de ti algo también muriese para siempre. Lo curioso fue que, aunque te agachaste y le besaste su frente fría, no encontraste en tu interior fuerzas para llorar y solo pensaste en el silencio de una iglesia que nunca más acogería la voz de Kveta Holek.

De repente, la melodía tristísima de un acordeón surgió como del fondo de la tierra y os atrajo al barracón de donde procedía el sonido. Allí, doblado en uno de los catres, con los pies colgados en el aire, un adolescente desafiaba a la muerte con su música. Su cara era una máscara de hielo y te acercaste a él porque tuviste la sospecha de que era un muerto el que interpretaba esa canción. Pero no. Estaba vivo. Y sus ojos te buscaron. Lo reconociste al momento. Era Jacques, el joven de Saint-Étienne que había perdido en el campo a toda su familia.

Te sentaste a su lado y le acariciaste el pelo. Mientras la música lo amortajaba todo, te sentiste sucia, el mundo cayó sobre ti y fuiste consciente de que ya nadie sería capaz de comprender, ni siquiera imaginar, lo que había sucedido allí dentro. Ese horror no podía ser aceptado por nadie y los supervivientes siempre seríais tratados como unos

mentirosos, como culpables por no haber sabido morir. En el campo vivíais muertas y fuera tendríais que morir vivas. Esa era vuestra nueva condena. Así que aprovechaste el momento y dejaste que tus sentidos se atasen al fuelle asmático del acordeón, y te asomaste a los ojos de Jacques, como al abismo de un pozo, y supiste que ya nada existía en él, que la melodía apenas era un deseo póstumo, el gozo suplementario de la muerte.

Libro cuarto

El viaje de Penélope

I

Han venido todos al aeropuerto. Mi familia, el doctor Thomas Rosenfield, Rosie y Bernie e incluso Catherine y María, que se han quedado un poco atrás, expresan su tímida despedida.

Me siento como un monstruo y esta culpa hace insoportables las miradas. No consigo quitarme de la cabeza los ojos tristes de Bob y el gesto frío de Ady al besarme y desearme buen viaje. Me duele dejarlos por un tiempo y, para compensar de algún modo su decepción, fuerzo un llanto del que apenas surge un lamento que no representa ningún tipo de dolor o de nostalgia anticipada, más bien una extraña impasibilidad, sobre todo cuando Jimmy se echa a llorar inocentemente y me pregunta si voy en busca de mis recuerdos perdidos. Le digo que sí, que quizá el viaje sirva para eso, para tomar distancia con esta vida que se ha borrado y a la que todos ellos pertenecen.

No, no debería hacer este viaje, pero el deseo nace en lo más profundo de mí y todos han comprendido, o por lo menos fingieron comprender, el interés en visitar a mi hermano.

Sospecho que Diana también se siente un tanto culpable. Su presencia fue un estímulo más para albergar este oscuro deseo que tan solo le he confesado a medias.

El tiempo que pasamos en el aeropuerto supone para mí una tensión insoportable. Solo cuando estamos ya en el avión, consigo liberarme de ese peso y me concentro en la esperanza que alienta desde otro lado del Atlántico. Aun así, sé que también los echaré de menos. Bob es un pedazo de pan y me ha demostrado su amor durante estos días, sobre todo desde que le hablé de hacer el viaje. Con cierta resignación fingió comprender mi intención y se ha comportado con el mismo afecto de siempre.

Diana parece consciente de mi angustia por el vértigo del despegue y me aprieta la mano con suavidad. Mi libro descansa en su regazo. Aún no lo ha terminado. No deja de alabarlo y de decirme que está gustándole mucho, pero en el fondo de sus palabras late algo muy semejante a un reproche, la confirmación de la culpa, la frustración de esa idea utópica que se había formado sobre mí.

Ya han pasado varios días desde su lectura y sigo pensando que el libro ha sido como una apisonadora que me ha alejado aún más de mí misma. No conseguí meterme en mi propia piel. Cada página que iba leyendo era como un intento de horadar una superficie negra. La imaginación se encargaba de sustituir el riesgo de indiferencia que

dibujaban esos días en los que la vida valía tanto como la muerte. Con un esfuerzo sobrehumano, pensaba en la crueldad del comandante o en los cuatro delincuentes rusos que me violaron y terminaron por validar con sus actos las expectativas de animales que los nazis habían augurado para nosotras. Aun así, lo único de toda esa miseria que parecía despertar algo en mí era apenas el sonido triste del acordeón que amenizaba un dolor tan vasto como este mar que ahora sobrevolamos, un mar en el que constantemente flotan la imagen abstracta de la checa y el rostro consciente de la pobre Ivonne. La música como salvación y también como tortura, porque su cantinela sigue atravesándome entera y pone ante mis ojos la cara ensangrentada de ese bebé que, como si fuese mi propio hijo, fui capaz de asfixiar con unas malditas pinzas.

El libro extendió el alcance de mi culpa a la muerte de la cantante checa y ahora comparto el tormento con Bernie, que me ha regalado una poesía inflamada de metáforas alegres.

La historia extraordinaria de esa mujer, su fidelidad a sí misma y a su voz, la pena unánime de todos los que participaron de esa ilusión colectiva son escenas que me hirieron por dentro. El resto solo fue como asomarse a un acantilado y sentir un vértigo ajeno que enseguida se convierte en indiferencia. Eso sí, para lo que más me ha servido es para confirmar mi culpa y el amor de Bob. Una y otra vez me pregunto cómo un soldado pudo enamorarse de un desecho humano que había perdido la dignidad y la cordura. ¿Cómo pudo soportar mi pasado con esa firme resignación, cómo pudo con mis crisis, cómo amó a una persona herida que renunció a la sangre de su familia e incluso sufrió una dura depresión cuando supo que había vuelto a quedarse embarazada? Es conmovedora su paciencia con alguien que, a pesar de su tenacidad, nunca salió de los campos. Solo la amnesia pudo conseguirlo.

No dejo de meditar sobre su sufrimiento y todo el amor que debió de darme. Es probable que ya nada pueda separarme de él. Desde mi regreso a casa ha surgido un cariño hacia él que tal vez se convierta en amor. No lo sé. Lo que sí sé es que todo esto, lejos de ser una circunstancia atenuante, me hace sentir cada vez más desalmada e inconsciente.

Las turbulencias del avión sacuden mi pánico y Diana vuelve a ofrecerme su mano izquierda sin apartar los ojos del libro que sostiene con la derecha. Una sonrisa tranquila se dibuja en su boca. Estudio su perfil y me estremezco al pensar que ya está en los campos, reflexionando sobre mi comportamiento. Tal vez sea benevolente y su juicio no resulte tan exigente como el mío. Desde el momento en que lo leí, no he dejado de preguntarme por la extraña fuerza que me pudo impulsar a escribirlo. ¿Cuánto habrá de cierto y cuánto de superfluo y ficticio? Me intriga la posibilidad de que alguna

de las supervivientes haya tenido conocimiento de él y haya rechazado su contenido. No lo sé, la presencia del comandante en Nueva York secunda una parte importante de la historia, y la percepción que tengo de mí, de estos veinticuatro años en los que consiste mi vida, es la de que he sido una pésima mentirosa. Por eso acepté y he incorporado a mi memoria artificial el contenido de la novela.

—¿Te encuentras bien, tía?

—Sí. ¿Te gusta el libro?

—Hay ocasiones en que me quedo sin aliento. Es como una navaja. Haces que me sienta vulnerable.

—Nuestra mente está ocupada por instintos primitivos relacionados con el hambre o la sed. En estos casos el límite lo impone la muerte. Estamos más cerca de los animales de lo que podemos creer.

—Estoy orgullosa de ti. ¿Qué dirían el abuelo Gregorio y la abuela Luisa si viviesen? ¿Crees que soportarían su culpa?

—No lo sé, ni me importa. Además solo puedo garantizarte la verdad de los primeros días en el campo. El resto de la historia la desconozco y me gustaría que fuese todo una mentira.

—De verdad, me gusta el libro y el valor que tuviste para escribirlo.

Agradezco sus palabras, aunque estoy convencida de que lo que me empujó a escribir este libro surgió más de la voluntad que del talento.

Tengo la boca seca. El miedo a la llegada se ancla en mi garganta y no sé dónde colocar las piernas. Aplasto mi cara contra la ventanilla, como si quisiera tocar con los labios las madejas de lana de este mar que me ofrece un horizonte falso y me sumerge en su vacío. Tengo la sensación de que el avión no avanza y está suspendido en ese paisaje amable y abatido, apenas violentado por el murmullo sostenido y monótono de los motores. Cierro los ojos e intento hundirme en un sueño como en un cenagal —los sueños son la única manera que tengo de tocar el pasado—, y veo asomar el rostro y los ojos azules de un joven que me espera sentado en un pantalán de madera. Mi cuerpo se arrima al anticipo de una alegría física porque sabe que esas manos largas y huesudas que sostienen un libro serán las que pronto, cuando ya nadie pueda vernos, me acaricien con esa dulzura estremecida que siempre huye de la costumbre y deja un rastro de novedad.

II

—¿Te encuentras mejor?

—Sí. No entiendo qué ha podido pasarme.

—¿No habrás resbalado?

—No, no. Fue algo extraño. Una punzada de miedo que cruzó por mi mente y me dejó sin sentido. Soy consciente de que hay algo ahí, como una palabra que tenemos en la punta de la lengua, algo que quiero tocar y no puedo, algo que me produce una sensación de bloqueo. Pudo ser el recuerdo de las duchas. No lo sé. Ahora estoy mejor.

—¿Está bien así el agua?

—Perfecta, gracias. Creo que odio las duchas. La bañera me relaja más.

Le acerco un pañuelo para que enjugue los ojos humedecidos por el miedo. Y, con delicadeza, como si temiese quebrar la realidad frágil de su piel, recorro con la esponja la blancura de su cuerpo enjuto y observo en sus labios algo que quiere ser un gesto de frustración. Es consciente del susto que me he llevado.

—Cada mañana, cuando despierto, el mundo se me echa encima y lucho por aceptar la evidencia de mi edad. Ya soy una vieja.

—No lo eres, tía.

Yo también estoy destrozada por el viaje y siento el peso de mi responsabilidad. Tal vez no haya sido acertado apoyarla en el capricho de su decisión, en ese deseo incierto que se yergue con un optimismo delirante, pero ya es tarde y está aquí, en mi apartamento, estremecida y asustada por el desmayo y la caída.

Esta tarde hemos paseado por la Rambla y cenado en el restaurante Francés de la Plaza Real. El asombro ante la ciudad y todos sus cambios fue lo único que pareció perturbarla. No quiso subir al piso ni visitar al señor Escortell. Incluso me pidió que no llamase a Mercedes Núñez ni a nadie. Tampoco vi en ella demasiada emoción cuando esta mañana le mostré sus libros, sus fotografías, su muñeca de porcelana, las fichas de películas, su gramófono o su cámara fotográfica. Apenas se acercó a la Underwood portátil, acarició sus teclas oxidadas y después se apartó bruscamente como si su contacto le quemase los dedos.

En su cabeza solo existe la furia adolescente de una obsesión que la mantiene viva y esperanzada: volver a Galicia, al lugar donde nació mamá. No lo entiendo, pero ya he encargado los billetes para dentro de dos días.

Le aclaro el pelo y el cuerpo y la envuelvo en una toalla como si lo hiciera en un sudario. Siento su escalofrío y esa espontánea desorientación desde la que me mira con miedo, como sorprendida en la inmovilidad de un sueño. Tal vez el horror persista, permanezca escondido y surja instintivamente en cualquier momento. Todavía no me explico cómo pudo sobrevivir a la destrucción y qué misteriosa fuerza la aferró a la vida, a una libertad que es una nueva carga para ella.

Con esfuerzo, la acompaño hasta la cama y la seco con otra toalla. Mientras le doy unas friegas en los pies, ella habla con nostalgia del pueblo donde nació mamá, ese lugar al borde de la montaña, bañado por un mar tranquilo y doméstico, ese paraíso al que tenemos que volver.

—Quizá todo haya cambiado.

En su voz se debate la angustia sorda de una posible decepción. No comprendo el temblor de sus palabras y trato de animarla con el calor de las caricias sobre su pelo cano. Le pongo el camisón y la ayudo a meterse en la cama. Me preocupa su confusión y no me atrevo a dejarla sola.

—¿Estás segura de que quieres ver a papá?

—Sí.

—Hazte a la idea de que no va a reconocerte.

—Ya me he hecho.

Le limpio las lágrimas con la mano y le beso la frente. Por un momento su rostro me parece de cristal.

—Si quieres, por la tarde podemos acercarnos a la fábrica.

—¿Aún conserváis el museo?

—¿Qué museo?

—La nave auxiliar.

—No tenemos ninguna nave auxiliar. El abuelo Gregorio hizo muchos cambios en la fábrica. A buen seguro ya no se parece a como tú la recuerdas. Durante la guerra fue incautada por la CNT y…

—¿Nunca te hablaron de la sala de antiguas máquinas que tenía tu bisabuelo Francesc?

Me asombra la mezcla de rabia y decepción que la asalta y me acuesto junto a ella en la cama para oír su furia, esta indignación que la ha recuperado de su desmayo. Mi gesto negativo no hace más que acrecentar el enojo de sus palabras.

—¿Así que se deshizo de la nave del museo? No, no iré a la fábrica. Prefiero no ir.

—¿Por qué?

—Cuando era una niña, tu bisabuelo Francesc aún era el patrón de la fábrica, y yo solía acompañarlo. Él me presentaba a los trabajadores, la mayor parte de ellos mujeres. Se sabía el nombre de todos. Aquello me parecía extraordinario porque mi cabeza no era capaz de recordar el nombre de todos los compañeros que yo tenía en clase, que eran muchos menos. Ahora que ha pasado tanto tiempo, tengo la impresión de que él quería que lo viesen como a uno de ellos o, cuando menos, deseaba que yo lo viera así. Pero de aquellas visitas lo que más me gustaba era entrar en la nave en la que él había prepa-
rado una especie de museo del que se sentía tan orgulloso. Allí es-taba, de alguna manera, no solo la historia de la fábrica, sino también la del textil catalán. Con paciencia, como si él me estuviera preparando para dirigir algún día la fábrica, se apoyaba en aquellas viejas máquinas que eran como pianos desnudos; estaban allí desde que su propio abuelo las había instalado. Me explicaba el proceso de hilar de las jenny, bergadanas o waterframe y yo, curiosamente, me entusiasmaba con la euforia de sus explicaciones. Él me dejaba jugar mientras me decía que cuando él se había hecho cargo de la fábrica los hombres eran los únicos empleados. Ellos mismos, a través de los sindicatos, excluían a las mujeres de las fábricas, sobre todo a las casadas. Yo no tenía intención de hacerme cargo de la fábrica, pero sí entendía que conocer su historia era conocer la historia de nuestra familia. Me contaba que su padre había muerto joven y eso lo había obligado a él a ponerse al timón con tan solo veintitrés años, cuando los cambios en la industria se aceleraban de un modo vertiginoso. Con orgullo, se jactaba de haber sustituido los telares manuales por mecánicos y de ser uno de los primeros en establecer la semana inglesa en el trabajo, algo que después se convertiría en una reivindicación sindical, sobre todo por parte de los hombres, ya que si la mujer no

trabajaba en la fábrica el sábado por la tarde, podría atender la casa y los asuntos domésticos, algo impensable para el hombre.

—Hoy la mayoría son trabajadoras.

—Sí. La llegada de la máquina provocó varias huelgas porque hubo que reducir personal y fue en esa época cuando las mujeres entraron de lleno en la fábrica.

Me sorprende la pasión con la que se expresa. Esa trascendencia no es usual en algo tan frío como la historia de la fábrica. Se le enciende un destello en la mirada y concentra toda su atención en la superficie del techo, como si allí estuvieran impresas las palabras.

—Esa nave era un lugar entrañable para mí. Con apenas siete u ocho años, tu bisabuelo ya me llevaba allí. Mientras él iba a la oficina, yo me quedaba entre las máquinas e inventaba juegos. Alguna vez incluso me dejó llevar algunas amigas del colegio a quienes les explicaba todo el entramado de esa fábrica en la que se tejían los sueños de la familia. Otras veces yo jugaba con la hija de Eliona, la secretaria inglesa que él había contratado. Se llamaba Roselyn y éramos de la misma edad. Nos dejaban a las dos solas para que hablásemos en inglés, pero Roselyn ya había nacido en Barcelona y solíamos hacerlo en catalán. Eso sí, cuando entraban los mayores, forzábamos un inglés basto y rudimentario. Nos daba igual y lo pasábamos en grande. Nos traían una máquina de escribir y folios con papel carbón. Y allí, solas, nos ensuciábamos las manos de negro multiplicando dibujos y creyendo construir el mundo cada vez que las teclas martilleaban el carro. ¿Qué habrá sido de Roselyn? No, no volveré a la fábrica. Esa nave era lo único importante para mí. No, no iré.

—No importa, tía. Ahora no la reconocerías.

Como una niña enfurruñada, vuelve la cabeza sobre la almohada y su repentino silencio me hace sentir un poco violenta. Sabe más de la historia de la fábrica que yo, que nunca me interesé por ella hasta que hube terminado la carrera. Es más, en mi infancia, incluso en la adolescencia, me asaltaba una especie de complejo cuando me preguntaban a qué se dedicaba mi padre. La mayor parte de mis amigas tenían padres médicos o abogados y el mío trabajaba en una fábrica. Y de nada valía que fuésemos mucho más ricos que todos ellos. A mí lo que me importaba era la profesión y ese era un tema que me avergonzaba. Además, un día, cuando ya casi iba a entrar en la universidad, descubrí el motivo oscuro por el que mi familia había amasado tanto dinero durante mi primera infancia. Recordé entonces la altanería del abuelo Gregorio cuando hacía gala de lo mucho que le había costado levantar la fábrica tras la guerra,

que si la incautación por parte de los anarquistas la había arruinado, que si la maquinaria había sido requisada, que no se había podido aprovechar prácticamente nada… Lo que nunca decía mi abuelo era que la recuperación de la fábrica y nuestra prosperidad tuvo más que ver con la necesidad de pantalones del ejército alemán que con su administración diligente.

III

A la expresión impaciente de los ojos se añade un titubeo, una contracción en la garganta que apenas escupe un par de palabras secas, como si no quisiera hablar conmigo o yo fuera culpable de que en Madrid tardasen tanto en revelar los carretes que encontré en el cajón sellado de papá, junto al libro de Homero, las fotografías de los huidos y la prueba de su idilio en París.

El fotógrafo insinúa que hubo suerte y espera a que le pague para darme la espalda en el mostrador con la disculpa de que está muy atareado. Me siento tan violento que abandono la tienda sin ser capaz de abrir el sobre que contiene las fotografías. Sospecho que esa actitud se debe a lo que aparece en ellas. La curiosidad me está matando, pero intento contenerla hasta sentarme en un banco de los jardines, bajo la sombra de las moreras y de los plátanos que se estremecen con la brisa del mar.

Los dedos se mantienen firmes ante el deseo y tardan en sacar la primera de las instantáneas, que justifica ahora la desazón del fotógrafo y me provoca cierto bochorno. Un hombre, en cueros, se alza en una cresta de arena. Debe ser papá de joven, a los dieciocho o veinte años como mucho. Lo más asombroso de la imagen no es el desnudo ni que se tape el sexo con las manos sino el hecho de que el paisaje tenga el telón de fondo suave del desierto. Papá nunca me habló de ese viaje, aunque, evidentemente, tampoco lo hizo de su escapada a París con Milagros Delgado. De cualquier modo resulta extraño que papá, una persona tan seria y desabrida, pudiera posar desnudo ante la cámara. En él solo reconozco el gesto pudibundo de su recato. En la siguiente fotografía papá vuelve a estar desnudo, esta vez de espaldas a la cámara. Tiene la cabeza vuelta hacia un lado y las manos en jarra sobre la cintura. Al fondo, el desierto sigue allí como una incógnita. Estoy doblemente asombrado y un poco incómodo por profanar su secreto, su intimidad.

La protesta de las golondrinas multiplica esta especie de rubor y sigo comprobando fotografías en las que papá se tumba en la arena e incluso hace el payaso puesto de puntillas. Después de una serie en la que el protagonista exclusivo es él, de repente aparece una muchacha exhibiendo sin pudor su hermoso cuerpo desnudo. Un temblor se apodera de mí porque me doy cuenta definitivamente de que esta joven es ella, mi verdadera madre. Algo oscuro y obsceno me obliga a pasar las fotografías con prisa, como si me doliesen las perfecciones de su desnudo y me involucrasen en un acto impuro e incestuoso. La serie es amplia y, en todas, su cuerpo es una figura que se adapta al desierto como un animal hermoso e irreal. El blanco y negro de las imágenes la vuelve una estatua con sus pechos perfectos y un pubis apenas intuido en ese vello

aterciopelado que desvanece el asombro de la luz. Una nostalgia umbilical estimula en mí la necesidad del llanto y me veo en la obligación de apartar los ojos de esta joven alegre y libre que mueve su melena e imprime en el aire esbozos extraordinarios. Por un instante, incluso me atrevo a pensar que ya estoy en ese vientre desnudo, gozoso en el líquido amniótico donde se desarrollan, lentamente, mis miembros, feliz en ese fluido confortable, ajeno al calor del desierto. Algo extraño y absurdo me angustia cuando pienso que puedo acariciar un recuerdo de ese pasado sumergido. Calculo su edad y descarto esa posibilidad porque ella me tuvo a los diecinueve y en la fotografía, a pesar de que en su cuerpo ya brotan las formas de mujer, su rostro infantil lo desmiente. Como mucho tendrá dieciséis años. Papá era mayor y casan las cuentas. Lo que no entiendo es cómo pudieron llegar al desierto a esa edad. Es algo tan increíble que no deja de atormentarme.

Un tanto confundido por las fotografías, abandono el banco y levanto la mirada hacia la ría, como si pudieran estar ahí todas las respuestas. Pero el mar no resuelve mis dudas. Sigo sin comprender el motivo por el que su amor pasó desapercibido para tanta gente. ¿Cómo es posible que nadie los relacionase más allá de la amistad? Llevo varias semanas indagando sin mucho éxito en el pasado de esta Penélope a la que papá dedica su libro. Su existencia parece tocada por algún tipo de enigma etéreo. Son pocos los que recuerdan a esta mujer que me creyó muerto al nacer. Eso sí, todos coinciden en que era una joven hermosa y sociable, que lo mismo se relacionaba con los hijos del Duque de Sevilla que con los del más humilde marinero. En el recuerdo de todos siempre aparecen la bicicleta y una cámara fotográfica que le añaden a su pasado un punto volátil, fantasmal. Lo más llamativo es que nadie ratifica su relación amorosa con papá. Sí, más de una vez los vieron juntos, pero no lo suficiente como para confirmar un romance. Papá, que era cuatro años mayor que ella, daba clases particulares en el verano y parece ser que se conocieron en la escuela de los hermanos Axeitos. Es realmente insólito que en un pueblo tan pequeño su amor pudiese pasar desapercibido. No lo sé. ¡Hace ya tanto tiempo! Gracias a mis pesquisas, conseguí la dirección de su familia en Barcelona y, sin aludir a la sangre que nos vincula, escribí una carta interesándome por el pasado de Laura Crussat. Nada. Una botella en el mar. No recibí ningún tipo de respuesta. Tal vez su familia ya no viva allí y no quede ningún rastro de ella.

Camino por el paseo de los catalanes y me detengo ante la casa en la que mi verdadera madre veraneaba. Es una antigua fábrica de salazón con la vivienda sobre la línea del mar. La casa es la misma de siempre y en ella se repite la estructura cuadrangular de las viviendas que forman este paseo hermoso y, también, extraño. Las puertas y las ventanas están realzadas con dinteles en arcos de medio punto y el encalado blanco de la fachada expresa un deseo en el paisaje.

No conozco a sus actuales propietarios. Viven en Vigo y apenas vienen algún fin de semana. Las contraventanas están cerradas y, en este momento, si hubiese alguien dentro, yo mismo sería capaz de llamar a la puerta para que me dejasen entrar. Me gustaría recorrer su interior para dar con algún rastro de mi madre, algún objeto suyo arrumbado debajo de las escaleras, una inscripción infantil en la pared, un viejo juguete, algo con lo que pudiese formarme una idea aproximada de lo que pudo haber sido. El deseo es tan fuerte que ahora la veo durante la guerra, subida en la bicicleta camino de Aldeavella. Con cada pedaleo el mundo se mueve en su cámara, que oscila sobre su pecho y puede adentrarse en los rostros y enfrentar el amor rebelde de los huidos con la resignación de sus familias, entrañadas en una angustia que, poco a poco, se va haciendo más cotidiana y silenciosa. Su melena rubia se agita al viento y su alma es un volcán que me provoca sollozos de alegría. Saboreo su propio asombro y dejo que mi imaginación estimule el heroísmo, apenas adolescente, de esa muchacha que se mueve en mi cabeza y que es mi madre, un ser extraño, libre.

IV

La sala de la residencia es luminosa y abre la vista sobre el hermoso parque de la Ciutadella, pequeño pulmón de esta ciudad que se ha transformado hasta el punto de volverse irreconocible para mí. Percibo los cambios elocuentes del paisaje mientras siento una fuerte presión en el pecho. Me he quedado sola. Estoy nerviosa. La espera se me hace eterna y no sé dónde colocar mis manos; son como dos pájaros espantados que no encuentran acomodo. En cualquier instante él entrará, como si regresase de una ausencia, y tendré que enfrentarme a su silencio, a su locura benévola e inofensiva. Diana ha ido a buscarlo y ha vuelto a insistir en que no me haga demasiadas ilusiones. No sé si seré capaz de soportar su mirada. El único deseo que me asalta es el de huir, perderme en la ciudad, olvidar, olvidar hasta no ser nada.

Siempre estoy huyendo. Tal vez mi amnesia sea otra huida. Cuando era joven huía del pasado y ahora que quiero volver a él, estoy huyendo del presente, del futuro. Es como si en el mundo no hubiese sitio para mí. Además, la sensación de traición no ha dejado de golpearme desde el mismo momento en el que despertó el deseo de volver. Ady y Bob lo aceptaron como quien asume algo inevitable y sus miradas en el aeropuerto se convirtieron en una nueva condena. Pero la presencia de Diana ha empujado todavía más la necesidad, esta presión ciega, este destello confuso que me ata a lo que fui, a la memoria que configura mi identidad, la única, la que le da a mi vida un sentido de permanencia en el tiempo y en el espacio. Ahí, en ese pasado consciente, es donde busco la salvación y no en los casi cuarenta años que se desvanecieron a pesar de las evidencias, de las huellas, de Bob, de Ady, de esa otra vida que dormita en Nueva York como un animal prehistórico y, sobre todo, de mi libro, que ha instalado en mí una culpa pesada, oscura.

Diana hace todo lo posible para que me sienta cómoda y me ha traído el periódico con el reportaje de su amigo al que esta semana atendí con resignación. Mi vida ahora ya es pública y siento vergüenza por este titular excesivo donde se alaba un heroísmo que no fue más que fruto del azar y de un fuerte instinto de supervivencia. El amigo de Diana, más que bajar conmigo a los infiernos, solo pretendía oír de viva voz los pormenores del episodio que me despertó de la enfermedad. Lo que más le atrajo no fue mi estancia en las cárceles, ni la participación en la Resistencia francesa, ni siquiera el horror vivido en el campo alemán. Lo que él quería era que yo repitiese una y otra vez la curiosa forma en la que se produjo el incidente que rompía un estado de amnesia tan prolongado. Y lo cierto es que me dejé llevar por su euforia y por la instintiva esperanza de que el eco de mi existencia pudiese llegar a oídos de Máximo, y le conté

una vez más la historia de la limpiadora de Rianxo que completó la melodía y me hizo recobrar parte de esa identidad perdida.

En la fotografía del reportaje sostengo el libro que escribí y estoy sentada en el sofá del piso de la Rambla, lugar en el que, finalmente, decidí entrar para estar poco tiempo, apenas lo que nos llevó hacer las instantáneas. Los recuerdos, como objetos invisibles, se disponían en mi mente por todos los rincones y el peso recargado de las paredes exhibía su memoria y no dejaba de sacudir en mi cabeza voces distantes entre las que destacaban la del abuelo Francesc, masticando palabras en inglés, y la de mi hermano Josep, trastornando la realidad con su delirio. El piso olía a infancia, me quería atrapar con su pasado y tuve que huir de nuevo. No era este el lugar al que había regresado. Hace ya mucho tiempo que mi cabeza solo piensa en la casa junto a la ría de Arousa donde solíamos acudir todos los veranos hasta que la convulsión de la guerra me alejó de allí para siempre y destrozó una vida apenas estrenada. Ni el miedo a la muerte, ni mi reclusión itinerante, ni el terror del hambre y de la sed, ni mi desgarro ante la pérdida de un hijo recién nacido consiguieron borrar la imagen de esa casa que era también la certeza de unos días felices en los que estallaba la pasión y descubría íntimos secretos que olían a pescado. Por eso, cuando días atrás le formulé mi deseo de volver a Galicia, capté en los ojos de Diana un poco de frustración porque, de un modo semejante a como había hecho con Bob y Ady cuando les propuse este viaje, también la estaba traicionando a ella, que, generosa, se ofrecía a repartir conmigo toda la herencia de la familia: la fábrica, las tiendas, la casa en el Maresme… Pero yo no quiero nada. Solo oigo esa voz interior que me transporta hasta un lugar de la infancia donde el mar bate todos mis deseos con un movimiento acompasado.

De repente, un escalofrío me atraviesa por entero porque Diana entra en la sala y trae de la mano a un hombre anciano y encorvado, con la cabeza metida entre los hombros, como si fuese a caérsele en cualquier momento. Y no es mi hermano Andreu a quien estoy viendo, sino a nuestro padre. De alguna manera sus rostros se han igualado y la pregunta azarosa que escupe su demencia abre una esperanza que refuerza la impresión de un reproche.

—¿Dónde diablos te has metido?

No, no sabe quién soy. Sus ojos desmienten este juego de espejos y todavía creo detectar algo bullicioso en la ausencia de su mirada. Es muy doloroso verlo así, convertido en un objeto roto, tan apartado de sí como del mundo que lo rodea. Quizá no haya sido buena idea venir.

—Es Laura, papá. Tu hermana.

Andreu, ajeno a las palabras de su hija, mira sus manos obsesivamente, como si en ellas se trazase el mapa de un laberinto, y sonríe con una sonrisa tan confusa y entrañable que me devuelve el ramalazo de locura de nuestro hermano Josep cuando el mundo para él ya se había cubierto de inocencia y habitaba otro lugar diferente.

—¿Sabías que los pájaros no tienen reloj?

Diana dibuja con la cabeza la curva de la frustración y acaricia mi cara al verme llorar.

—Tiene días. Hoy ni siquiera me ha reconocido. Aun así, no tienes que preocuparte. El pobre ya no sufre y aquí cuidan bien de él.

A Andreu ahora le tiemblan los labios. Parece rezar o murmurar algo ininteligible que me devuelve mi propia imagen y me recuerda que no hace mucho yo estaba así, totalmente perdida en otro sanatorio, atada a una melodía a la que varias presas de Ventas habíamos puesto una letra sarcástica con la que burlar nuestro propio destino.

Diana y yo damos un paseo con él por los jardines y lo llevamos cogido del brazo, como si tuviéramos miedo de que pudiese caerse en cualquier momento. A pesar del calor, le han puesto una camisa blanca y una chaqueta gris que provoca que su olor sea una extraña mezcla de sudor y colonia. En cada paso siento su temblor, el crujido de su debilidad, de un cuerpo que tarda en obedecer y se detiene con cualquier cosa. Su asombro transforma hierbas en espadas, flores en sonrisas o el estanque en un mar peligroso. Su delirio infantil me duele y su cuerpo se me hace tan pesado que por un momento creo estar cargando con una losa de piedra. Por eso, cuando salimos de la residencia y lo dejamos dibujando círculos en la sala, mi cuita se convierte en una especie de alivio y vuelve a mí el deseo de huir no tanto de mi hermano como de mí misma.

V

Si en el avión ya estaba contenta, ahora que el taxi nos deja en el centro de Santiago, el entusiasmo se desata dentro de ella hasta el punto de que su rostro parece rejuvenecer unos cuantos años. No entiendo el origen de esta euforia ni el motivo por el que quiso detenerse justo en esta terraza, cargadas como estamos con las maletas, si después todavía tenemos que coger el autobús lejos de aquí.

Estamos a la entrada de la ciudad vieja y tomamos un café mientras matamos el tiempo con el fluir constante de turistas que se incrustan en la belleza misteriosa de Compostela.

Laura está en la silla con la cabeza echada hacia atrás. Tiene los ojos cerrados. Algo intenso arrastra su respiración. Está feliz.

Yo, en cambio, estoy un poco en vilo. Volver a la tierra de mamá me produce una desazón tremenda. Los abuelos fallecieron al poco tiempo de morir ella. No sé. De una manera inconsciente siempre responsabilicé a mamá de su enfermedad. El hecho mismo de su muerte, cuando yo apenas era una niña, significó para mí una especie de agravio. Detrás de esta impresión tal vez se esconda el sentimiento de deserción de su memoria, una dejadez que tiene algo de negligencia, porque nunca cedí a la tentación de saber más cosas sobre ella. Este viaje quizá sea necesario para comprobar que el alcance de su vida no se reducía a los límites de aquel cuarto que poco a poco fue consumiéndola en su vientre oscuro.

—¿Cómo era mi madre de joven?

—Tímida, muy reservada. Nuestras familias se llevaban bien y solían quedar en una casa o en la otra. Tu madre era para mí como una sombra. Nunca nadie pudo imaginarse que entre ellos hubiera algo más allá de la amistad. Cuando saltó la sorpresa de su embarazo, recordé de pronto que siendo niños nos obligaban a dormir la siesta. Como yo no quería hacerlo, y menos con tu madre, que era mayor que yo y ya por aquel entonces estaba enferma, tu padre se ofrecía para sustituirme. Imagino que los dos, que ya habían iniciado su adolescencia, sacarían provecho de aquellas intimidades consentidas por las familias.

Una ligera brisa viene de los chopos de la Alameda y Laura respira con fruición hasta que llena los pulmones con ese aire caliente.

—Algo dentro de mí rechazó, más que su abandono, la irresponsabilidad por haberme tenido sabiendo que iba a morir, entregándome a una desvalida orfandad.

—Ella no es culpable y tu repulsa puede que no sea más que una defensa, un enroque para no sufrir su ausencia.

—Aunque no siempre estuvo postrada, yo la recuerdo recluida en su cuarto, sin más aliento que el amor triste de papá y las horas que yo pasaba con ella, estudiando y compartiendo los progresos del colegio. A veces, la abuela Luisa trasladaba el rosario de la tarde al cuarto de mamá y, como si en realidad ya estuviésemos velándola, dejaba que don Manuel Aguirre, el cura amigo de la familia, presidiera un acto al que acudían mujeres de luto que no eran de la casa y que oscurecían aún más el latín de aquellas letanías que todos, incluso yo, sabíamos de memoria. Al olor cerrado de la enfermedad se añadía el incienso y la cera quemada de las velas. La cabeza se me llenaba de tantos pecados que no tardaba en ver el fuego pendiendo sobre mi miedo, con almas en pena y diablos intimidándome con tridentes encarnados. Solo mamá conseguía calmar mi angustia cuando nos quedábamos solas y me apretaba la mano hasta hacerme sentir el temblor frágil de sus huesos. Ese gesto bastaba para demostrarme su desacuerdo con la devoción fervorosa que la abuela empleaba para obligarnos a aquellos rosarios maratonianos y tumultuosos. Entonces, mamá solía contar historias de su infancia, cuando todavía estaba libre de la enfermedad y la vida se ensanchaba a la medida de sus deseos. Precisamente ahora que vuelvo a su tierra, el recuerdo de aquellas confidencias, que quizá suponían para mamá una especie de alivio o de exorcismo, se ha despertado dentro de mí. ¿Eres creyente?

—Lo fui de pequeña. Ahora solo creo en el sentido común.

—Yo renuncié a Dios cuando murió mamá. Llevaba años rezando para que eso no sucediese. Ese día algo se rompió dentro de mí para siempre y odié a Dios con firmeza.

Mi confesión parece no importarle mucho. Sigue con el cuerpo distendido, los ojos cerrados y una sonrisa melancólica cayendo de sus labios.

—¿En qué piensas?

—En el pasado. Hace muchos años, en esta misma silla, estuve sentada con Valle-Inclán y pude fotografiarlo.

—¿También conociste a Valle-Inclán?

—Siendo niña me lo presentó mi abuelo Francesc. Cuando don Ramón venía a A Pobra, solían reunirse en la rebotica de una farmacia. Tu bisabuelo y él eran de la misma edad y, curiosamente, murieron con unos meses de diferencia.

—A mamá le gustaban sus libros. Adivinaba en ellos los disfraces con que el autor vestía su tierra.

En el colegio yo acostumbraba a presumir de un ficticio parentesco con el escritor. El hecho de que nuestras familias se conociesen acercaba la posibilidad de esa mentira o, por lo menos, para mí era motivo más que suficiente. Recuerdo que cuando mamá ya estaba muy enferma y sus manos apenas podían sostener las obras de Valle-Inclán, yo se las leía con mucho esfuerzo y veía en sus ojos amarillos el fulgor de la fantasía que la devolvía a casa, a su Viana del Prior.

—Era un día caluroso, como hoy, y don Ramón nos leyó a Máximo y a mí una cuartilla de El Ruedo Ibérico. Estaba muy enfermo y ya vivía en un sanatorio.

—¿Quién era ese Máximo del que tanto hablas en el libro?

—Mi mejor amigo. Él fue quien me lo presentó. Los últimos años de don Ramón fueron un pequeño calvario. Estuvimos con él en el verano y murió a primeros de enero. Máximo me llamó por teléfono a Barcelona y me contó que había asistido a su entierro en las cercanías de la ciudad. Al parecer comenzó a caer una tromba de agua y estuvo lloviendo sin tregua. Y, cuando la caja ya estaba en el foso, uno de los asistentes protestó porque había visto cómo habían colocado un crucifijo dentro del féretro, algo que iba contra los deseos del escritor, y tuvieron que abrirlo para sacar la imagen de Cristo. Ese mismo hombre, que se prestó para hacerlo, resbaló y cayó sobre el cuerpo del difunto. Máximo estaba indignado con esa escena tan macabra y esperpéntica, propia de los libros de don Ramón.

—¿Y qué pasó con las fotografías?

—Se las regalé a Máximo. No sé qué uso les dio.

—¿Vive ese amigo tuyo?

—No lo sé.

Aunque sigue con los ojos cerrados, la voz y sus párpados vibran casi al mismo ritmo que el temblor escandaloso de los álamos, que anuncian la brisa de un mar inexistente. Da la sensación placentera de que el mundo se ha vuelto inmóvil y ella ha

conseguido atrapar un instante que permanece fijo, eterno, y tiene miedo de perderlo si vuelve a la realidad. La observo con atención y la imagino aquí, joven y llena de vida, con la cámara en las manos, buscando la luz adecuada para que las estrepitosas barbas del viejo bohemio exhiban todo su esplendor. Es probable que ni ella misma se haga una idea del valor de las fotografías ni sea consciente del murmullo de las voces ni de las miradas curiosas que observan la mesa para poder oír cómo el escritor loco se ahoga en sus propias palabras. Quizá la concentración de Laura se deba a que desconfía de su memoria y no quiere perder más vida de la que ya ha perdido. Su caso es tan extraordinario que cada día es un nuevo reto para ella. Me mantiene alerta la posibilidad de que despierte algo en ella. No quiero ni imaginar la reacción si de repente cae sobre ella la historia de esos cuarenta años borrados. Lo más seguro es que ya no lo soportase. Así, cada mañana, cuando se despierta, lo primero que hago es buscar sus ojos para ver si ha sucedido algo. La esperanza está ahí y tengo miedo de que le ocurra cualquier cosa. He aceptado esta responsabilidad ante su familia, que aguarda en Nueva York a que se produzca un milagro. Alguna vez, aún sabiendo que no es justo pensarlo, incluso me asalta la malvada idea de que su enfermedad es fingida, que todos sus recuerdos ya se han restablecido y que lo que en realidad está haciendo es huir de una vida que ya no la llena. No, no puede ser. Además, hoy Laura no parece preocupada por esos años olvidados y se recuesta en la silla como para dormir un sueño melancólico. La emoción tan exultante del regreso no deja de sorprenderme y, cuando le pregunto por qué tiene tanto interés en volver, de repente abre los ojos, como si la hubiese pellizcado, y se vuelve bruscamente hacia mí para darme una respuesta extraña, en la que sospecho que no se explicita toda la verdad.

—En ese lugar fui feliz.

VI

Braulio Cabanas había quedado en acercarme los libros personalmente, pero puso la disculpa de unas jornadas relacionadas con las próximas elecciones de octubre y no lo hizo. Sin embargo, la impaciencia me arrastró hasta Compostela para recoger los ejemplares de la novela de papá. Lo cierto es que yo ya había revisado las pruebas, pero quería acariciar la primicia del libro, el aroma de estas páginas que contienen de manera solapada una parte importante de lo que soy.

Desde el mismo momento en que la amante de papá me descubrió los misterios ocultos de mi familia, mi vida ha dado un viraje importante y he ido modificando la mirada sobre mi propia historia. Poco a poco he ido forzando mi memoria, revisando algunos momentos en los que esos secretos podían justificar extrañas conductas de mi padre y, sobre todo, de mi falsa madre. No es fácil, y menos pasados los cuarenta, sentirse doblemente huérfano de madre, tanto de la que te adoptó como de la que no has llegado a conocer. En las últimas semanas muchas de las imágenes fijas del pasado se desprendieron de su inmovilidad y adquirieron un significado vivo, elocuente. He llegado hasta el frío corazón de mi madre adoptiva e imagino su dolor, el castigo diario de ver en mí el fruto vivo de la traición. Mi infancia fue un constante desplazamiento. Lo que se me hace imposible de entender, aunque fuese provocada por la morfina, es la frase última de papá, espetándome que yo había nacido muerto para mamá. En la violencia de ese delirio se escondía un duro reproche. Era como si él, en el fondo, me culpase de su destino, de su infortunio. Pero lo cierto es que él fue el único culpable. No entiendo cómo, amando a una persona, no lo dejó todo y se fue tras ella. Tal vez veía proyectada en mí su personalidad, su cobardía, su pusilanimidad y eso era algo que no podía soportar.

Una y otra vez, mientras el coche de línea avanza lentamente de regreso a casa, aspiro el aroma de las páginas de este libro austero y elegante, y me sumerjo en una lectura que ahora adquiere un valor distinto, una impresión de novedad con la que percibo la verdad implícita de sus claves. Este nuevo significado del texto hace que apenas sea consciente de mi llegada a A Pobra. Solo el resplandor blanco de la pintura reciente de la galería me expulsa de mi concentración y hace que me dé cuenta de esas dos mujeres que están detenidas ante la puerta de nuestra casa. Con cierta impotencia y mucha curiosidad, las observo desde la ventanilla y no las reconozco. Parecen madre e hija. La hija, que está de pie y ofrece una belleza pálida, pulsa el timbre e imagino el sonido volando como un murciélago desorientado por la humedad de la casa, violentando el silencio dórico de los libros. La madre, estática ante la puerta, es la figura frágil de una mujer mayor. Las dos, expectantes, permanecen en la entrada y las pierdo

en la distancia porque el coche de línea tiene su parada un poco más adelante. Eso sí, poco después de apearme, aguardo a que el conductor abra el maletero, cojo la caja con los libros, y apuro el paso todo lo que puedo para intentar alcanzarlas, pero cuando llego a la puerta de nuestra casa ya se han esfumado y me veo invadido por un golpe de frustración.

Cavilo sobre esa doble presencia y sospecho que simplemente se deba a la curiosidad por saber si la casa está en venta y cuál es su precio. No es la primera vez que preguntan por ella, sobre todo esos constructores interesados solo en derruirla para edificar varios apartamentos sobre este céntrico solar que está frente al mar. Carlos insiste en el asunto de la herencia y en que lo mejor es deshacernos de ella. No entiende mi negativa. Algún día tendré que pagarle su parte porque cada vez me siento más cómodo dentro de esta casa. Es como si las ausencias establecieran un vínculo definitivo.

Antes de entrar en casa le dejó unas cuantas novelas al librero Outeiral que, como era amigo de papá, me ha prometido reservar el escaparate en el que pondrá una fotografía bien grande junto a los libros.

Vuelvo a casa y lo primero que hago es abrir todas las ventanas para borrar el fuerte olor a pintura que se ha instalado dentro como un inquilino más. Me desespera ver todavía las columnas de libros que no han encontrado acomodo en esta enorme biblioteca en que se ha convertido toda la casa. He forrado de estantes las paredes, incluso las del pasillo y un lateral de las escaleras. Algunas de las columnas restantes son libros técnicos que vendrán a recoger los ordenanzas de la facultad. Milagros Delgado ha hecho las gestiones oportunas. Seguro que a papá no le hubiese importado. Puedo comprender la desesperación de mamá y el odio visceral que dispensaba a los libros, sobre todo cuando papá iba a la estafeta de correos y volvía con aquellos enormes paquetes. Por la forma de abrir la puerta yo ya sabía si traía o no más libros. Si no le había llegado ningún envío, su entrada era más ruidosa. Si por el contrario había habido suerte, apenas sentíamos el crujido de la cerradura. Más de una vez observé su sigilo y el gesto casi infantil de esconder el paquete para evitar las filípicas de mamá. Es sorprendente como aún sigo encontrando novelas en los rincones más inverosímiles de casa. El otro día incluso me topé con media docena de libros de filosofía dentro del piano, apoyados sobre el arpa de las cuerdas. Si papá no hubiese muerto es muy probable que el volumen de los libros hubiese terminado por expulsarlo de su propia casa. Sospecho que desde la muerte de mamá, él debió de liberarse de ese miedo y el número de libros que entró por la puerta tuvo que ser más que considerable.

Guardo uno de los ejemplares en el mismo estante en que encontré el original escrito a mano y me siento en el sillón donde él consumía sus días. Leo algún párrafo en voz alta y no preciso afectar mucho la voz para oír dentro de mí a mi padre. Del vacío abovedado de mi pecho viene su respiración agitada, que era como una oración oscura. Dicen que es a partir de los cuarenta cuando más nos parecemos a nuestros progenitores y ahora me ha tocado ser, de alguna manera, su confirmación. Mientras la voz se difunde por el interior de la casa, late en el aire su ausencia y el dolor de su herida. Es increíble la discreción con la que mantuvo una doble vida. Estoy totalmente convencido de que mi madre adoptiva, después de aceptarme como una dura cláusula de su amor, jamás desconfió de que él tuviese otra amante que no fuese mi verdadera madre. Qué enrevesado es a veces el ser humano. No dejo de pensar en papá, en su engaño, en el tacto para ocultar su convulsa vida amorosa tras la fachada de una existencia triste y metódica, sin más aliento que el de los libros. Quizá lo hacía por despecho consigo mismo, por haber renunciado a la mujer que verdaderamente amaba y que no tardaría en ser de las primeras fusiladas en la cárcel de Ventas un día de mayo, justo después de darme a luz y creerme muerto en el mismo acto de mi nacimiento. Saber que no lloré al nacer me convierte también en un ser culpable. Ese silencio extrauterino es propio de mi indecisión. En muchos sentidos nacer y morir son la misma cosa. Las últimas palabras de papá construyen continuamente combinaciones absurdas en mi mente: nacer muerto, vivir muerto, morir vivo…

Dejo el libro en la mesa y cojo la postal que Marta me envía desde Francia. Es la imagen de un río en la región de Aquitania. Me dice que está bien, que este año se ha adelantado la vendimia y no vendrá hasta el comienzo de las clases en la universidad. Me gusta el singular de la postal porque significa que no está con ella el melenudo andaluz que trajo el día del entierro de papá. Aún no sabe lo de la novela de su abuelo ni nada de lo que ha ocurrido. Imagino su cara de asombro cuando le hable de la doble vida de su abuelo y le confiese que no soy hijo de su abuela. No sé cómo reaccionará. Intentará convencerme de que hay cosas peores en la vida. No lo sé. Su independencia es exasperante. Desde la muerte de Rocío, me he dado cuenta de que mi relación con Marta es fría. No soy un buen padre. Rocío era el puente entre los dos. Ella era la que se pasaba horas y horas con Marta, la que le contaba cuentos, la que la protegía, la que la escuchaba con atención, la que estaba siempre junto a ella cuando las cosas se torcían y, yo, espectador de sus confidencias, me limitaba a llevarla de un sitio a otro, darle cosas, consentirle todo, jugar algunas veces con ella en la playa o enseñarle a nadar. El resto era asumido totalmente por su madre, que agrandaba los progresos de Marta. Por eso sé que cuando perdí a Rocío de algún modo también perdí un poco a mi hija. Sí, me llama todas las semanas, me pregunta cómo estoy, me regaña por mi imposibilidad de

amar a Verónica, pero en todo su interés sé que hay una distancia insuperable entre los dos.

VII

Ya desde la ventana del coche de línea, en cuanto bajamos San Lázaro y pasamos el hórreo de la playa de San Tomé y las rocas de A Covecha, la percepción de que estaba llegando a casa volvió a inundar mi pecho de emoción. Ahí estaba esta villa que miraba al sur y dejaba que el mar meciese las barcas y golpease en el dique que flanqueaba la carretera. Sin embargo, algo en ella había cambiado porque, sobre mi recuerdo, ahora se levantaba alguna construcción más alta que le hacía perder a la fachada fragmentos de su perfil marinero. Pero, en general, su belleza se mantenía intacta. Seguían en pie la iglesia de O Castelo y muchas de las casas de siempre, como esa modernista de don Paulino Santos que tenía mármoles extranjeros, agua corriente y suelo enlosado cuando en muchas de las casas todavía se pisaba tierra y las camas estaban sobre caballetes. Lo que me causó cierto escalofrío fue ver que el dictador le había arrebatado el nombre a la carretera y que aún lo mantuviesen. Me gustaron mucho los frondosos jardines dedicados a Valle-Inclán en lo que antes era O Recheo.

A Diana también le ha hecho ilusión volver a A Pobra, a la que había venido un par de veces para enterrar a sus abuelos. Ahora se ha quedado en el hotel Pará y yo he aprovechado para dar un paseo en solitario.

Cada vez me resulta más difícil expresar lo que siento. Quizá debería confesarle el verdadero interés que me ha traído aquí y este acceso de pánico que no me ha abandonado desde nuestra llegada. Esta mañana, cuando llamamos a la casa de Máximo, ella pensaba —yo le hice pensar— que a quien buscaba no era a él sino a sus padres. Me avergüenza un poco reconocer este sentimiento adolescente, este capricho insensato que me ha arrastrado a este lado del Atlántico. Por eso, cuando esta mañana nadie nos abrió la puerta, el miedo inicial dio paso a un gran alivio, un consuelo momentáneo apoyado en la evidencia de que en la casa hay signos de vida. Incluso ahora, que camino con cierta prevención, esquivo las casas en las que estuve y me niego a reparar en los rostros de la gente. Me aterra la posibilidad de cruzarme con Máximo. El temor a un encuentro forzoso alienta la certeza de que estoy dentro de la memoria consciente. Nadie puede sospechar mi amnesia. Solo puede delatarme mi ignorancia con respecto a los acontecimientos que pudieron producirse en los años perdidos.

De cualquier modo, no será fácil reconocerse después de cuarenta y cuatro años. Tal vez sea yo quien no lo reconozca. El tiempo ha pasado para los dos.

Lo que más me intriga es saber qué fue de su vida, sentirme dentro de su mundo, contarle todo lo que me pasó, hablarle de Bob y Ady, de ese lugar que me espera, observarlo mientras lee mi libro. No sé si seré capaz de entrar. Tengo miedo de mí misma y me asusta la posibilidad de que Máximo haya muerto. Desde que llegamos tengo el alma en vilo y no dejo de dar vueltas y vueltas como si estuviese esquivando el pánico.

No, ahora no quiero ver a nadie conocido. Quiero estar sola y sentir en mi piel la memoria del pasado, volver aunque solo sea por un instante a ese paraíso feliz de la infancia.

Me acerco al mar. En el muelle han construido un club náutico donde están varadas varias embarcaciones deportivas. Aquí gasté varias películas que están positivadas en mi cabeza: hombres largando el palangre, niños saltando al agua o gente aguardando al vapor que los llevará al otro lado de la ría. Desde aquí también se tiene una excelente vista de la fachada marítima, con la cortina vertical de la sierra que encoge las casas hasta hacerlas pasar por piezas de una maqueta. Ha desaparecido el paseo de plátanos de la carretera que subía a Xuño y veo la aguja de la iglesia de O Castelo do Deán, las palmeras y la chimenea enorme de la Casa Grande de Aguiar, la araucaria del pazo de O Couto y, ya más cerca, el Liceo y la casa de Máximo, con las galerías blancas y la incógnita de si ahora estará dentro con su familia. Tal vez he dado este rodeo para evitar encontrarme con él. Es como si quisiese prepararme antes, observar su vida sin ser vista.

Sigo caminando arrimada a este mar lento y, en un soplo, mis ojos abrazan la concha del paseo de Marlés, en ese barrio de los catalanes que instalaron aquí su industria de salazón. Ha desaparecido el antiguo pantalán de madera y ahora solo queda un pequeño pilar que los chicos aprovechan para lanzarse al mar.

Las casas, alineadas frente a la playa con su blancura casi mediterránea, conservan su imagen antigua y en mi cabeza surge el censo de todas ellas: la casa de doña Esperanza, de los Villoch, de los Barreras, de don Victoriano, de Avelino Soler, la fábrica de Herrero, el aserradero de Boullón o la fábrica de Pereira, que aún parece funcionar, y, sobre todo, la de los balcones de hierro forjado y grandes vidrieras que fue nuestra casa de veraneo. Las contraventanas están cerradas. No debe de vivir nadie. Sin demasiado esfuerzo, tan solo cerrando un poco los ojos, soy capaz de forzar en mi imaginación la vida en el interior de esos muros de granito. El olor a sardinas está impreso en mi recuerdo como un aroma denso y esta adherencia me lleva hasta su parte trasera, donde aún quedaba el rastro del universo fabril dominado por mujeres descalzas pringadas en el saín. Los antiguos depósitos y las pilas tapiadas todavía

desprendían ese olor. Mis hermanos y yo solíamos jugar en el claro y, durante la canícula, nos refugiábamos en el olor misterioso del depósito de salmuera y del muerto, que era donde antiguamente se prensaba la sardina. Era el lugar más fresco y libre de la casa.

La casa de los Barreras se conserva mejor que la de don Victoriano. Todavía lo imagino allí, en su silla de mimbre, leyendo y levantando la mirada para ver la media docena de lanchas tendiendo el cerco con sus redes, marineros desenredando la sardina que han pescado "ao xeito", mujeres con cestas en la cabeza, los racúes de siete u ocho marineros cerrando con la red y las mujeres tirando de la pesca hacia la playa, descalzas, con las manos encallecidas y heridas por las nécoras que suelen recoger en las mareas bajas del Maño, las montañas de berberechos en el paseo con el jaleo de los subastadores, la iglesia de O Xobre como un faro afilado, o el mar, entre junqueras, acogiendo el lecho apagado del río Santo Antonio. Lo que más me gustaba de la casa de don Victoriano era la biblioteca a la que alguna vez fui con Máximo, que tenía carta blanca para coger los libros que le apeteciesen.

La que ha desaparecido es la casa de Nardo Rutllá, el boticario de Blanes, tan aficionado a la fotografía como al vino y a la morfina. Solo queda en pie una parte de su maravillosa colección de cedros del Líbano que se alzan como un recuerdo exótico. Me encantaba charlar con él. Era un hombre paciente y amable, que le habló de mí a Hermógenes Garita, el fotógrafo que tenía su tienda en A Calzada y que me enseñaría los trucos más rudimentarios del oficio.

Nardo Rutllá era un solterón empedernido y debía de andar ya por los treinta años cuando lo conocí siendo yo una niña de ocho o nueve. Era un hombre alto, delgado como una vela. Por aquel entonces vivía con su madre, que lo ayudaba en la farmacia y le dejaba tiempo para sus cosas. Fue el primer fotógrafo aficionado que conocí. Llevaba siempre encima la cámara, pero solo la usaba en contadas ocasiones. Era como si nunca le sirviese nada y su labor no fuese otra que medir la densidad de la luz. Josep y yo, que entonces éramos dos niños propensos a la fantasía, lo acompañamos en esos paseos interminables que a veces llegaban a Palmeira, a la Curota o a los primeros brotes del río Pedras, y esperábamos con una paciencia cada vez más resignada a que se decidiese a hacer la fotografía. Nada. Habas contadas. Con el tiempo caí en la cuenta de que esa expectación con la que nos intrigaba no era más que un pretexto para mantener viva nuestra atención. Nardo Rutllá me enseñó a mirar de otro modo y fue él quien empujó a mi abuelo Francesc para que me regalase una cámara. Su aspecto escuchimizado e impoluto forzaba la impresión de que era una persona enferma, aburrida, sin ánimos, pero eso distaba mucho de ser cierto. Nardo Rutllá resultaba un hombre tremendamente divertido con la cabeza atestada de fantasías y grandes proyectos. Con

una euforia contagiosa nos explicaba que algún día vendería la farmacia y se dedicaría a lo que más le interesaba: la invención. Nos asombraba con un montón de dispositivos que revolucionarían la provincia —sus aspiraciones de éxito se circunscribían al ámbito local—, y conseguía que Josep y yo cayésemos en el hechizo de sus delirios. Una vez nos dijo que iba a construir un globo gigante para dar la vuelta al mundo. Nosotros creíamos en él e incluso soñábamos que nos invitaría a acompañarlo. Para muchos en el pueblo, desconocedores de que los hermanos Montgolfier ya lo habían intentado hacía más de un siglo, Nardo era el verdadero inventor del globo aerostático, aunque también rivalizaba con él don Abelardo Soler, que los lanzaba desde el balcón de su casa en la calle Gasset cuando pasaba la Virgen del Carmen en la procesión de Os Pincheiros. En esas fiestas, en el paseo de Marlés se agolpaba la gente para ver cómo se elevaban aquellos globos de colores que surcaban el cielo con deseos. Desde primeros de agosto, los chiquillos ayudábamos a confeccionar los dispositivos que sufragaban las familias que querían homenajear a algún difunto o pedir algo. Era una ofrenda laica a la que incluso don Victoriano le dedicó una oda. Aquel ritual se había convertido en un orgullo local y Josep no dormía en los días previos a la suelta de los globos. Trabajaba como un condenado y competía con los otros chiquillos por hacer el más hermoso de todos. En casa nos daban dinero para comprar el mejor papel y un año incluso nos ayudó el abuelo Francesc. Los Cru-ssat teníamos que hacer el mejor globo. Nardo Rutllá coordinaba toda aquella fiesta y recogía tanto los éxitos como las críticas del año en el que el señor Crisanto, que era un marinero con categoría de meteorólogo local, no intuyó bien un nordeste y el globo viró hacia la sierra provocando un incendio que llegó a Colo de Arca.

El boticario estaba haciendo también un diccionario de palabras copuladas, esa era su definición, aunque nosotros todavía no sabíamos qué era una cópula. Su juego consistía en mezclar palabras que insinuasen una nueva a la que él dotaba de un significado ocurrente. A veces, nuestra edad no entendía el tono exacto de su ironía, pero recuerdo que algunas de las palabras copuladas demostraban la altura de su ingenio. Josep solía memorizarlas y, como si acabase de descubrir un idioma más adecuado para su delirio, componía frases enteras con ese lenguaje absurdo que tanto exasperaba a nuestros padres, empeñados en que aquel juego era algo diabólico y pecaminoso. En realidad, lo que les molestaba no eran las palabras extrañas sino que tuviésemos contacto con ese hombre dado a la bebida. Josep y yo sabíamos el itinerario de su soledad y lo buscábamos para inundarnos de su delirio artístico en aquellos lugares que olían a vino y humedad: la de Abuín, la de Concha la Ribeirana, la de Tanita, A cova da Silva, O Tabeirón, la de Aniceto, el American Bar… ¿Qué habrá sido de todas esas tabernas que conocíamos de memoria? Alguna vez, Nardo Rutllá se ofrecía a cuidar de Josep para que yo pudiese estar a solas con Máximo. Él era el único que conocía nuestra relación porque un día nos pilló besándonos en los pinares de

Cabío. A Josep también le gustaba quedarse con ese hombre frágil que le ponía una bata blanca de farmacéutico y le enseñaba a atender a los clientes. Mi hermano lo quería con toda su alma y todos los años, en cuanto llegábamos, corría hacia la botica de Nardo Rutllá para saludarlo.

Cuando Nardo Rutllá estaba borracho, era un ser ingenioso capaz de inventar las más increíbles historias que, tanto a Josep como a mí, nos entusiasmaban. Tardé un tiempo en caer en la cuenta de que aquella mirada intuitiva no estaba provocada solo por el alcohol sino también por los efectos estupefacientes de la morfina. Lo descubrí un día que entré en la rebotica y, de repente, me quedé de piedra cuando vi cómo rompía la ampolla de cristal, se ceñía el brazo y buscaba la vena con aquella jeringa esterilizada. Casi sin mirarme, como si en realidad estuviese esperándome, se adelantó con cierta agitación a mi pregunta y me dijo que lo hacía para calmar un dolor insoportable que tenía en los huesos y en la espalda. Yo fingí creer su mentira y, mientras imaginaba el recorrido tóxico por las venas borrando las huellas del dolor, esperé al efecto gradual de la droga como aquel que se queda observando el crecimiento de una planta. Se le recompuso el rostro desencajado, se le iluminaron los ojos, y su anterior estado de desazón dio paso a una seguridad nueva y somnolienta que aprendí a distinguir de los momentos en los que solo estaba bajo los efectos del alcohol. El vino lo volvía más melancólico y su andar era más inestable. La morfina lo convertía en un ser orgulloso, altivo y, sobre todo, le proporcionaba una sorprendente lucidez. Era más imaginativo. Yo no conocía a ningún morfinómano y no me daba la sensación de que su adicción secreta fuese algo malo. Parecía controlado y no le di demasiada importancia hasta que un día, cuando su madre estaba ya enferma, lo encontré encogido en un rincón de la botica. Se había inyectado una dosis excesiva y apenas podía reconocerme. Estaba casi inconsciente. Temblaba como un niño desnudo sobre la nieve e incluso se le veía sangre en un brazo. Tenía las pupilas dilatadas y la mirada líquida. Me asusté e intenté ir en busca de un médico, pero me agarró por la muñeca y me pidió que lo ayudara a incorporarse. Se sentó en una silla y estuve a su lado durante casi una hora hasta que se vio con fuerzas suficientes para pedirme perdón y lloró como un niño. Me dolió verlo así, tan desvalido, y temí que ese llanto se convirtiese en un muro entre los dos. Sin embargo, al día siguiente me encontré con él y actuó como si nada hubiese ocurrido.

El pobre ya habrá muerto hace mucho tiempo. El hígado, que era su reloj, debió de deshacerse en cualquiera de esas tabernas. Me duele pensar que haya estado solo toda su vida, sin más compañía que un gato y su afición a la fotografía y a los libros de Vargas Vila. Tenía todas sus novelas, incluso aquellas que no se habían publicado en España, y siempre que veía a Máximo discutía con él sobre el nivel de su literatura. Sí, Nardo Rutllá era un buen hombre y su recuerdo permanece en mí como una caricia.

La playa está cargada de momentos felices, pero la tragedia de mi hermano Josep, poco después de que me detuviesen, descarga sobre mí un golpe de dolor y me hace regresar por la calle de Ribeira. Me detengo un instante frente a la deteriorada Torre Bermúdez y sigo caminando por el Cantón de Leña, la Unión, la plazoleta de Maura y el Extremo hasta llegar a los jardines de O Recheo. Aquí siento otra vez el hechizo de la casa de Máximo y me quedo sentada en un banco para observarla. Quiero verla desde fuera. Nunca me había fijado con detalle en su fachada. El recuerdo es interior. Podría describir con precisión su estructura interna, la dimensión exacta de los cuartos, la disposición del despacho, los olores de la cocina, la botica, el salón o el espacio enorme de la parte trasera. Lo curioso es que el frontal de la casa es en mi recuerdo algo difuso e inseguro. Las contraventanas abiertas y las cortinas corridas de la galería me confirman que la casa está habitada, y esta ilusión me produce un escalofrío y me obliga a permanecer unos instantes observándola para registrar el placer de aquellos veranos cuando entraba en ella como en mi propia casa y me sentaba con Máximo en las hamacas que tenían en la parte de atrás, donde antiguamente estaban las pilas y todavía subía la humedad de lo que había sido una fábrica de salazón. Nos pasábamos la tarde leyendo novelas y compartiendo nuestros sueños. A veces era Marta, la madre de Máximo, la que me retenía en el salón y me pedía que escuchase alguna de sus melodías, tan suaves y alejadas de las partituras clásicas del profesor Escortell, y requería mi parecer. Según ella, solo yo podía opinar con criterio porque ni Máximo ni su marido tenían oído musical. Tocábamos a cuatro manos y ella se tomaba muy en serio mis fotografías; buscaba en ellas mi mirada. Sé, ellos me lo hicieron saber, que les gustaba mi espontaneidad y me querían. Estoy convencida de que nada les hubiera hecho más ilusión que el hecho de que Máximo y yo hubiésemos acabado juntos. Pero ante ellos y ante todo el mundo, Máximo y yo pusimos en práctica un juego que en realidad fue idea mía: la amistad. A él le costó aceptar la propuesta e incluso algún día me la reprocharía y se valdría de ella para poder salir con la que después sería su mujer, pero durante mucho tiempo jugamos a eso, a ser amigos de verdad. Se convirtió en nuestra bandera, nuestro orgullo. Un hombre y una mujer, amigos, algo difícil de entender en aquellos años, y más en un sitio tan pequeño como este. Lo cierto es que mantuvimos nuestra relación en un territorio tan privado e íntimo que nadie, ni siquiera ellos, desconfiaban de las posibilidades de nuestro amor. Además, cuando Máximo, un poco resentido por el juego y porque yo no le ocultaba mis coqueteos con otros jóvenes de Barcelona, comenzó a salir en el verano de la guerra con aquella muchacha madrileña tan de derechas, Marta me animaba a que se la quitase de la cabeza. Tanto a ella como a Luis, su marido, les parecía demasiado tonta y caprichosa. Pero yo quería que Máximo fuese libre, como yo, y no hice nada para detener esa relación.

Esa familia fue siempre un ideal para mí y en esta botica se quedó mi deseo, una parte importante de lo que pude ser. Por eso, no dejo de vigilar la puerta. Temo que en cualquier momento asome alguno de los fantasmas de ese pasado en el que sigo instalada. No soy capaz de asumir el paso del tiempo y me entrego a la esperanza de que un muchachito salga con una cartera llena de libros y camine por la acera hasta cruzarse con una niña que está jugando en la calle. Así fue como lo conocí durante el primer verano de la Segunda República. Aunque aparentaba más, yo solo tenía once años y ya sentía cierta atracción por los chicos, sobre todo si eran mayores que yo. Yo estaba jugando en la plaza de Aniceto con Josep y otros chicos, y vi el fulgor azul de sus ojos cuando pasó a mi lado con una cartera con libros y un andar entre tímido y envarado. Suspendí el juego y le dije a Josep que esperase allí, que yo volvería enseguida. Y seguí a ese muchacho durante un buen rato hasta que lo vi entrar en la escuela de los Axeitos. Recuerdo que Máximo llevaba una camisa blanca y unos pantalones de hombre que estilizaban sus piernas y lo hacían parecer mayor de los quince años que tenía por entonces. Me quedé un momento delante de la escuela, sentada en la base del crucero del Cristo do Pichón, esperando la salida de algunos de aquellos alumnos que asistían a las clases. Cuando vi al primer chico, le pregunté quién era el de ojos azules y camisa blanca. Me quedé estupefacta con la respuesta. Era el profesor, sí, el profesor de francés. Así, esa tarde volví a casa y le dije a mi padre que me gustaría ir a clases de francés en esa escuela. A mi padre, que siempre desconfiaba de mis arrebatos, la idea le pareció sensata y lo arregló todo para que a la semana siguiente yo me incorporase al colegio de los Axeitos. Cuando entré en aquella clase diversa, en la que había niños de todas las edades, Máximo clavó en mí su profunda mirada y me hizo algunas preguntas para tantear mi nivel. Noté que estaba algo nervioso y eso me entusiasmaba tanto como la expresión suave de su voz. Cuando comprobó que mi francés estaba casi a la altura del suyo, me pareció ver un rubor en su hermoso rostro y siguió con la clase, como ofendido. Al tercer día, demoré mi salida y lo acompañé hasta la puerta de su casa. Por el camino me preguntó por qué iba a francés si yo estaba dos o tres cursos por delante de mi edad, y le espeté con toda la sinceridad del mundo que lo hacía solo por verle los ojos. Volvió a ruborizarse como el primer día, pero esta vez sonrió y, mientras él entraba en su casa, me dijo que yo estaba loca. Aquella sonrisa permanece fija en los lugares más privilegiados de mi memoria. Fue la aceptación de mi desafío. A partir de entonces comenzamos a salir juntos de la escuela y se hizo costumbre que lo acompañase a la puerta de su casa. Su padre, que tenía un velero, me vio allí un día hablando con él y me invitó a acompañarlos al día siguiente a la isla de Sálvora. Yo le dije que sí, entusiasmada, sin saber que ese día que se avecinaba iba a ser inolvidable, no solo porque nos daríamos nuestro primer beso sino también porque el muchacho de ojos azules no tardaría en adquirir ante mí el compromiso inviable de leer todos los libros del mundo.

VIII

Laura lleva un buen rato asomada a la cristalera del restaurante. Ha desayunado copiosamente. Parece feliz y recuperada. En su perfil se dibuja un gesto avaro, ansioso, como si no le bastase toda la respiración del mar. Sigo sin comprender la hondura de su deseo y desconozco los días que pararemos aquí, enredadas en los hilos de su memoria.

—Diana, ¿qué te parece si bajamos a la playa?

—No tenemos traje de baño.

—Supongo que habrá algún sitio donde comprarlos.

Laura me habla sin girarse, como si se dirigiera a alguien que cruza la calle. En el tono de sus palabras incluso creo advertir una orden o una especie de reproche. Termino el café y le pregunto si me acompaña a alguna tienda.

—¿No te importa que te espere aquí?

—¡No sé tu talla!

—Una o dos menos que tú.

—Está bien.

—Compra también crema solar, una sombrilla y un par de sillas de playa. Eres un cielo.

Abandono el restaurante un poco molesta por su actitud caprichosa. No me gusta dejarla sola. He adquirido una responsabilidad y debo cumplirla. Además, hoy me encuentro cansada y abatida por una angustia que tal vez proceda de muy atrás, del instante mismo en que encontré su carta en el fondo del cajón y comenzó mi búsqueda. Este desaliento crece con la impresión de que estoy siendo utilizada y no figuro en su memoria. Saberme fuera de ella incide en mi ánimo y me hace regresar a las duras palabras de Ady, que me explicó con detalle la vida íntima de Laura en Nueva York. Es probable que esas confidencias las dictase la ira de una hija que, una vez más, se sentía abandonada por su propia madre, dispuesta a iniciar un viaje al vacío. Su confesión, que comenzó en el interior de la catedral de San Patricio y se concretó a más de trescientos metros del suelo, en la terraza del Empire State, socavó una parte de la admiración que sentía por Laura. Allí, asomadas las dos al vértigo de

una ciudad tan alejada como convulsa, Ady me explicó cómo la personalidad esquiva de su madre también la había arrastrado a ella al infierno de una culpa que condicionó para siempre su infancia. Con dolor, Ady destruía el mito y se enfrentaba a sus miedos poniendo en carne viva la propia herida de Laura, su incapacidad de amar, los fantasmas que la acosaban y le hacían proferir gritos enfermos durante la noche, ese terror interno que la impulsaba a la depresión e incluso al alcohol. La locura sobrevolando la casa como una maldición y Bob, paciente, luchando con la pasión del condenado a un amor imposible. Sí, la veneración que Ady mostraba por su padre elevaba el grado de su despecho, la crueldad desnuda con la que se refería a su madre y al infierno que llevaba dentro. Con una angustia sorda, yo oía esa voz entumecida y triste que cortaba el aire fresco de la tarde y desafiaba el precipicio de la ciudad; intentaba imaginar a Laura en una lucha consigo misma, ajena al amor entregado de Bob y a los pasos indecisos de su hija. No, en la veracidad de las palabras de Ady se interponía una sombra, la duda de quien ha perdido prematuramente a su madre y confía todos sus miedos y fracasos a esa ausencia. Del mismo modo que yo no podía achacarle a mamá la enfermedad que le arrebató la vida, me parecía excesivo que Ady le censurase a su madre las depresiones y el alcoholismo. Laura no era culpable. El libro que había escrito expiaba su responsabilidad y la redimía para siempre. Por lo menos eso era lo que yo pensaba en ese instante, allí, en las nubes, ingrávida y alucinada no tanto por la altura como por las palabras resentidas de Ady.

Ahora, mientras camino en busca de una ferretería para comprar la sombrilla y las sillas de playa, vuelvo al asombro de esa revelación que quiso convertir a Laura en un ser humano susceptible de taras y culpas. Me niego a juzgarla. Sería injusto hacerlo. Cuando Ady me hablaba de la orfandad de muchos de sus días, sola en casa, con Bob dándole cuerda a esa madre que una vez más colgaba la cámara y llegaba a casa algo bebida, yo pensaba en papá, en los pocos momentos que me dedicó a pesar de la ausencia de mamá. Sin embargo, nunca lo odié por eso e intenté comprender su dolor, su tristeza, su soledad. Se me caía el alma a los pies cuando lo veía solo, bebiendo sin mesura en el salón o saliendo de noche con el pretexto de dar un paseo para estirar las piernas. Todos en casa, incluso las criadas, sabíamos que esa salida llegaba hasta una pequeña pensión del Barrio Chino donde lo esperaba una prostituta andaluza que le fue fiel durante toda la vida y que todavía hoy acostumbra a visitarlo en la residencia de la Ciutadella.

El ser humano es contradictorio. Estos días incluso he pensado con condescendencia en Óscar y sé que lo que me llevó al divorcio no fue ninguna clase de perversidad por su parte sino la confirmación de mi propia ceguera por no haber visto a tiempo nuestra incompatibilidad, por creer que aquello que menos me gustaba de él algún día yo podría cambiarlo.

Cada persona arrastra su historia y no siempre es responsable de ella. Ese es el caso de Laura. Por eso, toda la sinceridad con que Ady intentó transmitirme aquella tarde en Nueva York la indolencia de su madre, se volvió contra ella y demostró que su dura exigencia lo único que pretendía era predisponerme contra una Laura a la que yo tenía que quitarle de la cabeza la intención de llevar a cabo el viaje. No lo hice, porque su regreso prolongaba de alguna manera esa búsqueda que, en el fondo, también era la mía. Lo que no calibré en ese momento fue que el deseo que yo secundaba no me concernía tanto como creía y así me veo ahora, medio perdida en este pequeño pueblo, sin saber con exactitud qué fuerza misteriosa del pasado nos ha traído hasta aquí. Lo que sí sé es que hoy Laura parece contenta y su felicidad me aporta sosiego.

Por fin encuentro una tienda y no me entretengo mucho en escoger los trajes de baño, una pamela azul y una bolsa de playa en la que guardar las toallas. La dependienta se extraña de la velocidad con la que elijo todo, y la duda queda suspendida en sus labios porque abandono la tienda cargada con la sombrilla, las sillas y la bolsa.

La mañana está radiante y el alboroto de las gaviotas acompaña la salida de algún barco que se atisba por entre los abanicos de las palmeras. Me sorprende que haya algunos negocios que todavía abran a esta hora, las diez de la mañana. Aquí la vida discurre lentamente. Quizá la desgana con la que mamá me decía las cosas de pequeña nazca de esta lentitud que parece surgir del propio paisaje.

Llego al hotel y compruebo que Laura ya no está sentada junto a la galería del restaurante.

—Hace un momento que ha subido a la habitación —me dice el camarero mientras coloca un mantel sobre una mesa.

—¿Puedo dejar esto aquí? Lo recogeremos enseguida.

—No hay ningún problema.

El camarero se acerca y coloca la sombrilla y las sillas de playa justo debajo de las escaleras, donde se abre una puerta para los útiles de limpieza.

—Aquí estará seguro.

Subo los escalones y entro sigilosamente en el cuarto. Laura está en el baño. Como la puerta está abierta, me acerco y la veo allí, concentrada frente al espejo, haciendo algo que nunca le he visto hacer: maquillarse.

—Te he cogido los cosméticos. ¿No te importa?

—No digas tonterías, Laura.

—Por más que lo intento no consigo quitarme años. Nunca fui mucho de maquillarme. ¿Me has comprado el traje de baño?

—Te traigo dos. Pruébatelos. Están en la cama.

Un pensamiento absurdo se encadena a mi sorpresa y hace que esa cara ligeramente maquillada vuelva a ser mi imagen en el espejo. Me reconozco en ella, en cada una de esas arrugas que son como cicatrices de una batalla que todavía no he librado, y siento caer sobre mí el peso del tiempo.

Las dos nos desnudamos y nos probamos los trajes de baño. Nuestros cuerpos lechosos se adaptan al elástico y nos miramos con un signo de aprobación.

—A mí, perfecto. ¿Y a ti?

—También.

El rímel ha acentuado el placer despierto de sus ojos y el entusiasmo le hace temblar los labios como si tuviese fiebre. Esa alegría espontánea excede la perspectiva de la playa, pero no soy capaz de preguntarle por los motivos de esa inquietud que quizá la devuelven a la ventana en el intento de alcanzar, no tanto la línea del arenal y la blancura de las fachadas que se agolpan frente al mar, como el corazón de algún recuerdo muy alejado.

IX

El día es espléndido. Cada vez son más los veraneantes que bajan a la playa por la rampa del paseo y clavan sus sombrillas en la arena con una especie de violencia, como si marcaran su territorio. Hay cierta euforia en los rostros porque la última semana las nubes se acomodaron en la sierra y el martes se desató una tormenta que trajo aires de otoño. Por eso, hoy todos han bajado en masa y las mujeres y los niños se entregan al sol, mientras algún hombre, ajeno a la esclavitud de los bronceados, lee la prensa a la sombra. Nunca he entendido muy bien esta moda, relativamente reciente, de tostarse al sol como un prestigio de clase.

Me ha expulsado de casa este calor húmedo que hace sudar las paredes y despierta el olor a pintura. No soy un gran amante de la playa, pero en el garaje he encontrado este quitasol medio oxidado y la silla que usaba mamá cuando bajaba a la playa y la verdad es que estoy cómodo, a la sombra, atento a la brisa suave que viene de las junqueras del río Santo Antonio donde todavía yace el esqueleto de un viejo barco. Cuando era pequeño las tablas ya estaban allí y a veces el viento hacía chirriar las heridas de su naufragio, y la respiración del mar alentaba como una caracola dentro de su osario vacío.

Suelo levantarme para meter los pies en el agua y me estremece el cuchillo frío que entumece mis huesos de un modo paralizante. ¿Cómo es posible que en un día en el que el sol abrasa, este trozo de Atlántico, sin apenas oleaje, pueda mantener el agua tan helada? Me produce cierto escalofrío ver a los niños bañarse, lanzando la pelota o nadando hasta el límite de las boyas, allí donde están varados algunos pesqueros. Me fijo en sus gestos como si estuviera observándolos desde la soledad de mi infancia, anhelando que alguno de ellos levante el brazo y me invite a incorporarme a sus juegos.

Nunca fui un niño feliz, ni siquiera en el colegio, donde era aplicado y tenía el reconocimiento de los profesores. Creo que jamás seré capaz de deshacerme de esta melancolía, de la tortura de atravesar el mundo solo, sin ayuda de nadie. A veces tengo la impresión de que mi infancia fue una pequeña isla, oscura, apenas habitada de libros y horas que se eternizan y duelen. Ver a los niños así, con los músculos tensos, los cabellos alborotados, tan despreocupados y libres, despierta en mí la nostalgia del niño que no fui, la necesidad de encontrarme en ellos.

Casi como una defensa, vuelvo a la novela de papá y me concentro en su enésima lectura. No deja de asombrarme su prosa y el significado soterrado de algunas metáforas. Cada vez estoy más convencido de que la lectura es una confesión cifrada

que tengo que desentrañar con un esfuerzo paleográfico. En esta exhumación casi arqueológica se mantiene una dialéctica de símbolos con papá, una conversación constante, un desafío, una disculpa, un deseo de ser comprendido, perdonado. No lo sé. Creo que nunca he estado tan cerca de él y, sin embargo, esta proximidad no es complaciente con él ni con el modo con el que decidió afrontar su vida.

El claxon de un coche que atraviesa el puente sobre el río me hace levantar la cabeza del libro y, de repente, reparo en las dos mujeres que vienen caminando y están a punto de entrar en la playa. Una de ellas lleva un vaporoso vestido blanco que la brisa pega a su piel y dibuja las formas exactas de su cuerpo. Su rostro se oculta detrás de unas enormes gafas de sol y una pamela azul, ligeramente ladeada. Su andar es elegante. Parece que camina sobre un alambre. La otra, mayor que ella, quizá su madre, lleva un vestido de flores amarillas y un turbante blanco en la cabeza. Mientras la más joven planta la sombrilla en la arena y abre la silla para que se siente la mayor, me hago la pregunta de si no serán las mismas mujeres que ayer llamaban al timbre de casa cuando yo volvía de Santiago en el coche de línea. Esta circunstancia dispara mi interés y no les quito ojo, sobre todo a la más joven, que se deshace del vestido y la pamela y los cuelga en una varilla de la sombrilla. Contemplo la pálida blancura de su cuerpo esbelto, que recuerda la inmovilidad asombrada de una estatua, y sigo el rastro de sus manos mientras se aplica una crema protectora en la que resplandece el sol. Después ejecuta un gesto que quiere ser una caricia en el rostro de la mujer mayor y se pone a caminar hacia la orilla. La veo pasar cerca de mí y la sigo de reojo durante un buen rato. Debe de frisar los cuarenta. Es hermosa. Tiene las piernas largas y una arrogante timidez que la hacen más atractiva. Mientras se aleja paseando sobre la resaca de las olas, me aventuro a los vaticinios y me dejo seducir por la idea de que es enfermera y está cuidando de esa otra mujer, que entrega toda su atención al mar con un gozo que parece superar al suyo.

Me relaja esta curiosidad que en su día me contagió Rocío. Si ella estuviese aquí, ya habría anticipado sus vidas y probablemente habría acertado con el motivo que las ha traído aquí y las llevó a llamar a la puerta de casa. Rocío tenía habilidad para interpretar los gestos y descubrir el misterio de las personas. Con una simple mirada era capaz de traspasar las apariencias y adentrarse en la carne de sus intimidades. Presentía lo ajeno y se asomaba al abismo del fuero interno de esas vidas para estudiarlas con intuición y grandes dosis de imaginación. La intuición de Rocío era fantástica, sobre todo en las películas. Nadie quería verlas con ella. Parecía regir el destino de los protagonistas y se anticipaba a los guiones más enrevesados, destrozando todos los finales. Tenía una mirada profética, infalible. Por desgracia, esa facultad clarividente no es contagiosa y carezco de ella. Sin embargo, cada vez que intento adentrarme en una vida ajena tengo la sensación de que algo de la perspicacia de Rocío se ha perpetuado en mí, y ahora fuerzo una razón para el interés que estas dos mujeres puedan tener en nuestra casa. En

mi elucubración incluyo la posibilidad de que mi hermano las conozca y, llevado por la codicia, les haya dicho que la casa está en venta. Con Carlos todo es posible.

La playa no es muy larga, pero el paseo de la mujer se me hace eterno. Me acerco a la orilla para mojarme los pies y verla mejor. Cuando pasa de nuevo junto a mí, creo percibir su mirada detrás de los cristales oscuros y me sacude un temblor. Hay algo en ella más allá de su belleza que me resulta atractivo. La persigo con los ojos cuando está de espaldas y tengo la impresión de que me arrastra consigo, que es de esas personas que nunca se olvidan, que guardan un secreto, un enigma.

Vuelvo a mi silla y disimulo mi acecho entre las páginas del libro. La mayor habla y mueve los brazos con elocuencia. Señala primero el lugar de O Maño y después continúa por el resto del paisaje como si conociese la isla de Os Ratos, Vilagarcía, Vilanova, Cabo de Cruz o el monte Lobeira que, desde aquí, forma un perfecto pecho de mujer. Parece medir el descenso diferido de las gaviotas que se posan en los barcos y en sus amarras. Está mostrándole algo a la más joven, que ahora está sentada en forma de zeta en la toalla y escucha con atención mientras se quita las gafas para contemplar mejor la pared de la sierra. La melena suelta estalla en su hombro derecho y contrasta con la blancura de su piel lechosa, tan semejante a la de Rocío.

La distancia que nos separa no es mucha, apenas unos veinte metros, pero no existo para ellas. No dejo de observarlas. La mayor tiene la mirada fija en el mar, como si estuviese esperando el salto imprevisible de un delfín, y la más joven coge un libro de la bolsa y se recuesta para leerlo. Los codos clavados en la arena sostienen su espalda que, en su leve inclinación, traza el dibujo perfecto de un tobogán.

Me gustaría acercarme a ellas y lanzarles la pregunta feroz de por qué llamaron a la puerta de mi casa, pero no soy capaz y sigo paralizado por una mezcla de sopor y timidez. Y aguardo durante casi una hora hasta que recogen sus cosas y se disponen a marcharse.

Disimuladamente cierro el quitasol, pliego la silla y espero a que estén en el paseo para seguirlas como un vulgar delincuente. Me sitúo a una distancia prudencial y veo que se detienen junto a la Torre Bermúdez. La mujer mayor le explica algo, tal vez sepa de arte y analice el plateresco del edificio o interprete los medallones de piedra de una de las ventanas. Desde una de las esquinas del mercado municipal, sospecho que esa mujer sabe que este pazo, que acaba de ser comprado por el ayuntamiento, fue uno de los últimos deseos de Valle-Inclán porque había pertenecido a sus antepasados. No lo sé. Espero a que avancen y veo que ahora entran por la calle Castelao y se detienen, otra vez, junto al colegio Fernández Varela. La mujer mayor no deja de hablar y su expresión

parece lenta, demorada. Atraviesan los jardines y cruzan la carretera. Por un momento, oculto tras una morera, las veo dirigirse hacia mi casa e incluso se detienen y se quedan observando la galería, como si evaluasen sus vistas. Pero no llaman y siguen caminando hasta el hotel Pará, que es donde deben de estar alojadas.

Me gusta saberlas tan cerca y compro la prensa en el quiosco antes de entrar en casa. Son las doce. Cojo una cerveza del frigorífico y subo a la galería para leer. El mar desde aquí se ve calmo y las olas apenas balancean los barcos varados en el puerto. En la radio hierven ya las promesas electorales que se anticipan a la campaña y no les presto demasiada atención; solo siento su runrún como un murmullo intestino que me da la impresión de no estar solo.

Me quedo así un buen rato, absorto en el placer rutinario del periódico, hasta que, de repente, levanto la vista de la página y, entre los grupos de turistas que vuelven de la playa, veo a las dos mujeres, caminando lentamente, como si a la mayor le costase avanzar o se encontrase indispuesta. Su presencia despierta en mí una profunda curiosidad. Estudio con detenimiento sus movimientos pausados y me pongo en pie cuando advierto que se acercan a la casa con un interés concreto. Me coloco tras una cortina. La más joven viste ahora unos vaqueros ajustados y una camiseta blanca que se ciñe a su esbelto cuerpo. La mujer mayor trae el mismo vestido. El sol queda prendido en sus flores amarillas. Las dos se quedan un instante observando la casa, como si algo en ella las obsesionara. De una manera inconsciente, me atuso el pelo y las cejas y me doy cuenta del desorden monumental en el que aún está sumida la casa. Como temo que esta vez no llamen a la puerta, barajo la posibilidad de abrir la ventana de la galería para que sepan que estoy dentro. Pero no hace falta porque, de repente, la más joven se dirige hacia la puerta y no tarda en subir el zumbido del timbre por el hueco de las escaleras, como un escalofrío.

X

Estoy muriéndome, sí, estoy siendo testigo de mi propia muerte. Todavía puedo oír mi propio cuerpo, su privación, la carne que se contrae y se abandona hasta derramarse en una relajación líquida. En algún lugar suena el repique de una campana y un murmullo de voces masculinas en este vacío donde resta el hilo de una respiración frágil. No es un sueño. Estoy disolviéndome, la vida se me escurre entre los dedos. Me falta el aire y mi muerte desprende un pesado olor que oscila entre la pintura y el tabaco. Tal vez soy yo la que ha inventado mi propia muerte, mi propio hedor, y es la duda la que aplasta mis párpados.

Con desesperación, busco algo a lo que amarrar mis sentidos y, como si estuviera sufriendo la invalidez transitoria de una borrachera, me siento incapaz de interpretar esta especie de tránsito, este letargo en el que ha caído mi cuerpo. Quiero gritar, buscarme en las palabras, pero en mí ya no existe nada, solo la percepción de esta muerte lenta que se impone con una dulce melancolía. La nostalgia de mi cuerpo refuerza la idea de mi propia pérdida, de que ya soy solo una sombra que se incorpora al vacío. Aun así, el olor y las voces permanecen y me atan a la vida. Vuelvo a hacer un esfuerzo por usar los ojos y, a pesar de que no consigo abrirlos, la luz traspasa mis párpados y me hace concebir esperanzas de que estoy viva. Y, de repente, una serie de punzadas de dolor regresan a la carne y me hacen sentir consciencia de mi cuerpo. Me duele la cabeza y un remolino de imágenes se instala justo en ese punto neurálgico que me hace extrañar mi muerte frustrada. Es un dolor tan intenso que no me deja pensar y mi imaginación es una cometa desnortada. No sé dónde estoy ni qué ha pasado.

Cuando por fin consigo abrir los ojos y ver un interminable muro de libros que me rodean, las voces masculinas se desvanecen y se crea un silencio denso. Un hombre de barba rubia observa mi agonía y manipula mi cuerpo como si él fuese el ventrílocuo y yo su muñeco parlanchín. Es médico. Tiene un fonendoscopio colgado del cuello y me pone la cabeza entre las rodillas con una máscara de oxígeno. En esta posición, poco a poco, voy abandonando mi delirio febril, y el hormigueo de los recuerdos empieza a acercarme a la realidad y me doy cuenta de lo que ha ocurrido: la puerta abierta y, de repente, la sonrisa llena de luz y el azul transparente de los ojos que hacen surgir un pánico, rápido como el vértigo, y ya no recuerdo más. He visto a Máximo en ese hombre que está al lado de Diana. El parecido es asombroso. Debe de ser su hijo. Los dos me sonríen con un compasivo gesto de ternura. Lo he confundido del mismo modo que me confundí cuando me contemplé en Diana a su llegada a Nueva York.

El médico me susurra que ya ha pasado todo, que por alguna razón he sufrido una fuerte impresión, que he hiperventilado y necesito un poco de oxígeno. No me atrevo a confesar que mi falta de oxígeno se debe al bochorno de verme tan vieja delante de Máximo, por el que apenas han pasado los años. Por un momento me viene a la cabeza la novela de Oscar Wilde que tanto nos gustaba a los dos y me figuro que Máximo está tan joven porque inscribió un deseo semejante al de Dorian Grey, que no envejecía en vida y sí en el cuadro que le había pintado su amigo Basilio Hallward.

Ese pánico, el de ver a Máximo en una edad intermedia de cuarenta años, ha sido el que me ha hecho perder el sentido.

—Parece ser que, en cuanto se abrió la puerta, usted se cubrió el rostro con las manos, asustada, como si acabase de ver un fantasma o la invadiera una tristeza insondable.

—Lo confundí con otra persona.

Reconozco la casa y tiemblo de emoción cuando veo los miles de libros que nos rodean y elevan los estantes hasta el techo. En estas paredes está su promesa, su propósito imposible. Debajo del olor a pintura sobrevive el viejo aroma de la botica.

No, no soy capaz de mirar a ese hombre. Máximo está en él, en sus ojos, en sus labios, en su expresión fría y tímida. Tengo miedo de sus palabras. El regusto del pánico sube por mi garganta y, aunque deseo saber si Máximo y sus padres viven, no pregunto nada.

Localizo el fuerte dolor en mi sien derecha y levanto la mano para tocármela, pero el médico me aconseja que no lo haga porque me ha puesto una pomada para que no se inflame.

—Te lo has hecho contra el quicio de la puerta. Menos mal que Pablo impidió que te cayeras…

Pablo, Pablo. Veo que el interés de Máximo era tan fuerte que se arriesgó a tener dos hijos con el mismo nombre. Quizá este Pablo nació después de que muriese el mío y Máximo ya lo sabía. Ahora quien me preocupa es Diana, porque en su voz percibo un temblor de extrañeza. Hay algo rígido en sus labios que me desconcierta. ¿Le contaría mi vida? No me resulta agradable que sepan lo de mi amnesia. Esa parte del pasado que no recuerdo no la preciso aquí y tampoco quiero que me traten con la cautela con la

que se trata a una persona enferma. Tal vez Diana se lo haya dicho al médico por si pudiera tener algún tipo de relación con mi desmayo.

—¿Cuánto he estado sin conocimiento?

—No mucho —continúa Diana—. Apenas quince minutos.

Me tranquiliza que sea tan poco tiempo. Eso significa que no ha podido contarles demasiado. Además, Diana cree que lo que me ha traído aquí son sus padres, y no Máximo.

—Ya le he dicho a su sobrina que tienen que disculpar el desorden y la suciedad. Esta tarde vendrá a limpiar una señora. También se llevarán muchos de esos libros.

Su voz grave y melancólica es idéntica a la de Máximo y sus ojos azules, que ahora puedo ver porque se ha sentado frente a mí en un sillón, tienen la misma intensidad que los de su padre. Es una extraña prolongación.

El médico me retira el oxígeno, guarda el fonendoscopio en su maletín y aprieta los labios formando algo muy semejante a una sonrisa.

—Creo que su respiración ya es normal. Si necesita cualquier cosa estaré en mi consulta. Pablo ya sabe que estoy a tres portales de aquí.

Nos quedamos los tres solos y la intimidad se hace insoportable. Diana enciende un cigarrillo y parece incómoda. Pablo me pregunta si quiero tomar algo y le digo que no mientras me levanto y me acerco a la pared donde está el retrato de boda de Máximo. Recuerdo perfectamente el instante exacto y la rabia que sentí hacia mí misma por la renuncia a estar al otro lado del objetivo. A esas alturas sabía que una sola palabra mía, un solo gesto habría bastado para que Máximo saliese del encuadre y viniera corriendo a mis brazos. Ese silencio y la voluntad de seguir siendo su amante, fueron mis regalos de boda. Era a mí a quien más quería, estoy segura. Pero él había caído en la trampa y estaba allí, empujado por las familias y por su negligencia venérea, asustado, defraudado por mi silencio, por mi huida constante, por mi falta de compromiso. Su sonrisa triste en la imagen expresa toda su nostalgia de mí.

No resisto más esta incertidumbre y, sin volverme hacía su hijo, hago la pregunta ineludible, más que con palabras, con mi propio cuerpo, que se contrae y queda rígido como una estatua.

—¿Viven aún tus padres?

—Ella murió hace tiempo. A papá lo enterramos hace tres meses.

El mundo se me viene encima y siento dentro de mí el vacío anticipado de su ausencia. Ahora mi cuerpo adquiere la extraña ligereza que precede al vértigo y aprieto los dientes y los ojos con todas mis fuerzas hasta sentir un dolor agudo en mis sienes. Para que no me vean llorar, sigo mirando el retrato con los ojos desenfocados por las lágrimas y busco dentro de mí la fuerza necesaria para hacer otra pregunta para la que ya sospecho la respuesta. La voz me sale estrangulada.

—¿Y tus abuelos paternos?

—Murieron en un accidente de coche al año siguiente de terminar la guerra. Yo tenía un año y no los recuerdo. ¿Usted los conocía?

—¡Y tanto que los conocía! Eran una pareja extraordinaria, ¡desde luego que sí! Todavía estoy viendo a tu abuela Marta interpretar algunas de sus composiciones mientras tu abuelo Luis leía la prensa ahí mismo, donde estás tú.

Una mezcla de dolor y de culpa se apodera de mí y me hace sentir un poco responsable de sus muertes, de haberlos comprometido, de que mi detención se produjese en esta casa y los falangistas lo tirasen a él al suelo y lo humillasen delante de su mujer.

La pena busca acomodo dentro de este cuerpo huidizo, y, de repente, siento una fuerte conmoción cuando veo sus retratos encima del viejo piano. Son un hermoso homenaje a mi memoria. En ellos está contenida una secreta fidelidad que me estremece. Para disimular mi fascinación, miro de reojo las fotografías, con la cabeza ladeada, y compruebo que dos de ellas, en las que un joven Máximo está con don Victoriano y don Ramón, las hice yo. La tercera, que es la que más me impresiona, es la de una niña de pelo corto con la luna sobre su hombro desnudo. Sí, esa me la hizo mi abuelo Francesc en una excursión a Corrubedo, cuando yo tenía nueve años y un aspecto equívoco, hermafrodita. No puedo contener la emoción y siento que mis rodillas van a ceder en cualquier momento. Ellos son conscientes de mi debilidad y me cogen por los brazos y me ayudan a sentarme en el sillón. Pablo muestra cierto asombro en su mirada. Diana me levanta la cabeza con una mano para que no se me descuelgue sobre el pecho; con la otra agita un periódico para darme aire.

—¿Te encuentras bien, tía?

—No ha sido nada. Me he emocionado por las muertes. Los quería mucho, estuve muchas veces en esta casa y me acogieron como si fuera una hija. Estaba muy ilusionada por volver aquí y ver a alguien de la familia…

—¡Yo soy de la familia! Y aunque no la conozco, después de saber que era amiga de mis abuelos y de mi padre, me gustaría invitarlas a que se instalen aquí durante unos días. La casa es grande. Sé que está todo desordenado, pero los cuartos están arreglados y, además, estoy solo y me vendrá bien un poco de compañía. Me gustaría que me contase más cosas de mis abuelos. Claro que sí.

Diana y yo nos miramos, perplejas, y él parece asombrarse de su proposición, que ha ido demasiado lejos. Aun así, como nada me gustaría más que quedarme aquí y poder oler la ropa de Máximo, sus libros y conformar con su ausencia un lugar para los sentidos, miro a Pablo con una ternura insoportable en la que va oculta una aceptación tácita.

—Nos alojamos en el hotel Pará. Allí estamos bien y para ti seríamos una molestia.

La timidez de mis palabras no basta para su renuncia y él insiste en su oferta.

—Podrían ayudarme a poner un poco de orden y así pagar su estancia.

—¿Tú qué dices? —le pregunto a Diana mientras echo un vistazo anhelante por la casa.

—No lo sé. Me parece excesivo.

—Venga, iremos a buscar las cosas ahora mismo. Insisto.

La euforia de Pablo nos deja desarmadas y Diana firma su rendición levantando los hombros.

—No hace falta que venga usted. Nosotros traeremos las cosas. Será un momento.

—¿No te importa quedarte sola, tía?

—No, claro que no.

Salen los dos y la luz del mediodía enciende en mi recuerdo la sensación virtual de que somos Máximo y yo quienes abandonamos la casa. Es como el resto de un sueño, el resplandor de una imagen perdida. La ilusión puede más que la verdad y muevo el

tiempo para introducir en la parte incierta de mi amnesia esa posibilidad de seguir junto a Máximo a los cuarenta.

La imagen me ha conmovido tanto como las muertes. ¡Qué extraño es todo! Busco aliento y siento envejecer dentro de mí el olor a pintura. El pasado está convirtiéndose en un cementerio. Sin embargo, el dolor de la pérdida, esta sensación de derrota y desolación, es compatible con el placer solitario de quedarme sola y lanzar los ojos, como dos golondrinas, en una búsqueda desesperada por las paredes y los estantes. En cada objeto, en cada rincón, en la disposición de los libros, en los adornos del aparador, lo busco a él e intento reconstruir su vida sin mí. Sin saber a qué se dedicó, deduzco que su energía no se apartó de los libros, de la promesa quimérica que me hizo aquella tarde frente al mar. La caricia de aquella arena nunca desapareció de mi memoria y puedo recordar el sabor profundo de sus labios o el eco de su respiración en la oquedad de su pecho mientras me lee uno de los cantos de La Odisea. Esa fotografía que está sobre el piano es la prueba de su lealtad, de que siempre me tuvo a su lado y nunca quiso ni pudo olvidarme. Lo sé y sospecho que el motivo por el que nunca contestó a mis cartas debió de ser porque su mujer, animada por los celos y la animadversión, se las secuestrase y le hiciera creer que yo lo odiaba y me había olvidado de él. La imagino a ella, furtiva, esclava de su curiosidad, devorando mi correspondencia y sintiendo el veneno en la sangre al descubrir, entre líneas, que yo había llevado en mi vientre el fruto amargo de la infidelidad. No, no creo posible esa omisión en aquel hombre que, aunque tímido, me amaba y ya sabía que yo estaba embarazada. Con certeza, habría hecho cualquier cosa por mí y por su futuro hijo. Estoy convencida de que tuvo que ser su esposa resentida la que levantó un muro definitivo entre los dos incautando todas esas misivas que eran el único vínculo exterior que me quedaba con él y con el mundo. Pensar lo contrario hace que la cabeza me dé vueltas como una peonza y se instale en mi pecho un dolor antiguo.

XI

Estoy tan excitada que me hierve la sangre en las venas. Cada vez que habla escucho cautivada el acento lírico de sus palabras y aprovecho para detenerme en el perfecto azul de sus ojos y en la carnosidad de sus labios. Me resulta tan interesante y atractivo que quiero pensar que yo le causo la misma impresión. Hay algo en él que me aporta sosiego: su fragilidad, el perfil indeciso y melancólico con el que se expresa como si todo su cuerpo rezumase dolor e ingenuidad. Sin saber muy bien por qué y siendo como es todavía un extraño para mí —apenas si me ha hablado de su reciente viudez y de que tiene una hija estudiando en Madrid—, tengo la impresión de que nos conocemos de antiguo, de que algo nos une y nos hace compatibles. Es un hechizo espontáneo, un hormigueo en el estómago que me llena la conciencia de deseo, pero esta vez no es una preocupación carnal. Es algo más profundo, como si antes de exponerme a su amor, ya hubiese caído en él.

Mientras recojo la ropa y la meto en las maletas, intento darle a mis movimientos la mayor naturalidad. Me da miedo que este placer sordo busque acomodo en mi rostro y me delate, porque estamos solos los dos en esta habitación de hotel. Estoy medio arrepentida de nuestra concesión, de haber aceptado de una forma tan fácil la propuesta de quedarnos en la casa de un desconocido. Quizá fueron los ojos de mi tía, que expresaron un deseo firme y desesperado, los que impidieron que yo me opusiera a la invitación.

La incomodidad del silencio me empuja a hablarle de modo conciso acerca de mí, de mi madre, de mi reciente divorcio, del camino que me llevó a encontrar a mi tía en Nueva York, de toda la admiración que siento por ella, por su libro, por la fortaleza con la que atravesó una vida durísima, llena de dolor y desesperación, a la que sobrevivió con un heroísmo digno de respeto. Con atención y una elástica paciencia, él me escucha y permanece sentado en una silla frente a la cama. Hablo con la cabeza un poco inclinada y reparo en sus manos largas, en sus dedos ahusados que forman un gesto religioso y sereno. Insisto en el ejemplo de mi tía e intento situarme en su órbita para que él me reconozca en ella, en su valor, en su independencia, en su bondad.

Cuando le explico lo terrible de su enfermedad, su trauma, la pérdida de toda una vida, él muestra su asombro e incita en mí el relato casi poético de cómo la canción de la "Rianxeira", a la que ella y otras presas le habían inventado una nueva letra durante la guerra, la despertó de su letargo en el hospital americano.

—Esa canción es para muchos el himno de Galicia. ¿Tu tía no recuerda nada de esos casi cuarenta años?

—No. Ella acumula y fija nuevos recuerdos, pero esos años están perdidos. Lo más duro es que los miembros de su familia de Nueva York son seres extraños para ella. Sigue sorprendiéndome su fortaleza. Ya te contaré. Su vida ha sido increíble. Ahora creo que deberíamos volver. Estoy preocupada por ella.

—Sí. Tienes razón. Pensará que la hemos olvidado.

Se pone en pie, carga con las maletas y sonríe. Yo recojo su sonrisa como si fuese una fruta prohibida y lo sigo por las escaleras.

En la recepción habla con una tal Maruxa, que debe de ser la dueña del hotel, y le explica que somos de la familia, que nos quedamos en su casa. La mujer lo conoce y primero hace un gesto de resignación y después me desea suerte, como si supiese que voy a necesitarla.

El sol cae a plomo sobre la calle. Pablo lleva una maleta en cada brazo y el peso le tensa los músculos y las venas del cuello. Yo, que apenas llevo los útiles de la playa, tardo un poco en ponerme a su altura y creo ver en su mirada una chispa de deseo.

—Conozco un caso que tiene un parecido con el de su tía. Le sucedió en Varsovia a unos vecinos de A Pobra que habían hecho un viaje a Polonia junto a otros amigos. Una noche, después de cenar, al parecer estaban en un bar de los suburbios de la ciudad y, un poco envalentonados por el alcohol, se pusieron a cantar canciones populares gallegas cuando, de repente, una prostituta que estaba bebiendo en una esquina continuó de forma inconsciente una de esas canciones. De algún lugar oscuro de su memoria le llegó la melodía y la letra de ese idioma que no recordaba haber oído jamás.

Pablo deja colgadas las palabras en el aire, a propósito, como si pretendiera que yo forzase mi imaginación y me adelantase al final de esta historia. Levanto los hombros y espero.

—Sus padres habían muerto en un campo de concentración cuando ella tenía tres años y ella no recordaba dónde había nacido, pero sí esa letra que tal vez, antes de verse envuelta en una infancia de hospicios que habían diluido su identidad, había oído de boca de sus padres gallegos pocos días antes de ser gaseados.

—Sí, hay cierta proximidad entre ambos casos. Son historias que, a pesar de su tragedia, enfatizan el poder que la música tiene en la memoria de las personas.

Cuando estamos casi a la puerta de la casa, Pablo se detiene bruscamente, como si hubiera olvidado algo, y me pregunta si me gusta la langosta.

—Por supuesto. Me encanta.

—Perfecto. Iremos a comer a un restaurante que la tiene como especialidad.

—Solo si permites que invitemos mi tía Laura y yo.

—¿Cómo has dicho que se llama tu tía?

—Laura.

Por un momento, él parece ponerse lívido de espanto y a mí también me asusta el imperativo glacial de sus ojos, que se clavan en mí con violencia, como si lo hubiese insultado o mis palabras fueran puños estrellándose en su rostro.

—¿Es fotógrafa?

—Sí, profesional, y muy buena. En Nueva York es Laura Mulisch, aunque su apellido de soltera es Crussat. Laura Crussat. ¿La conoces?

—Creo que he oído hablar de ella alguna vez.

Vuelve en sí en un extraño silencio y sigue caminando con las maletas, pensativo, ausente. Parece otra persona.

—La fotografía que está sobre el piano la hizo ella.

—¿Cuál?

—La de tu padre con Valle-Inclán.

—¡Ah! Por eso me sonaba su nombre. Papá debió de hablarme de ella.

No entiendo su reacción despavorida, esa manera de alejarse, ese temblor súbito en su voz, esa palidez que también debe de ser interior. El nombre de mi tía lo ha aturdido, ha apagado algo en él. Tal vez le haya recordado a su padre. No sé, decido pasar página para quitarlo de su conmoción.

—Entonces, ¿nos dejas invitarte?

—Sí, sí, claro que sí.

Su voz, escandalosamente sensual, sigue rota y su mirada esquiva expresa ahora una distancia insalvable que, aunque no comprendo, no anula el estremecimiento que me produce pensar que voy a vivir un tiempo en su casa.

XII

Es realmente inverosímil y sorprendente pensar que hoy, precisamente hoy, el día de mi nuevo nacimiento a los cuarenta y tres años, estemos caminando juntos hacia el cementerio. No es fácil abandonar una orfandad recién estrenada. He dejado de ser yo para ser otra persona y ocupar un cuerpo ajeno. Asisto, así, a un acto constitutivo, fundacional, con mi cuerpo menguando y contrayéndose hacia la infancia.

Han pasado ya más de cinco horas y el impacto sigue ahí, instalado en mi cabeza como un escalofrío estable. Saberme hijo de ella debería haberme provocado una euforia incontrolable, pero, curiosamente, me aplasta una dolorosa sensación de pérdida. Nada puede compensar la pena del paso del tiempo. No tengo más recuerdos en común con mi madre que ese pasado uterino y mi muerte, como un invento de mi indecisión, de mi silencio. Me gustaría situarme ahí, en ese lugar previo, en el paraíso amniótico del embrión que busca sus órganos y siente el flujo de un amor inmerso, en ese hogar que es mucho más cálido y confortable que el de mi madre, saber en qué medida su mundo afecta al mío, su condena implica algún efecto hormonal y físico en mi formación, en mis órganos que se expanden como frutos espontáneos. ¿Habrá alguien que alcance esos recuerdos? Desconozco los límites de la memoria. Quizá nuestro problema sea recordar. Si el recuerdo no existiese, cada día sería nuevo y nos ofrecería la posibilidad de una libertad desconcertante.

No sé si seré capaz de decírselo. Necesitaría algo externo que me empujase, tal vez el alcohol o una droga tan fuerte como la morfina que ayudó a papá a escupirme su última frase en su lecho de muerte. Aquellas palabras gravitan ahora sobre mi conciencia y adquieren un valor renovado, porque tengo miedo de que ella muera al saberme vivo. Esa verdad, que podría matarla, me vuelve de nuevo a la historia de aquel niño, en el pasillo de Oncología, ajeno a su destino y a mi dolor, cuando Rocío recibía sus dosis de esperanza. Sí, aquella criatura jugaba sola en el pasillo porque su madre estaba dentro de la consulta del médico conociendo la trágica noticia de que su hijo tenía un tumor cerebral. Nunca se me borrará la imagen de esa madre, una mujer joven y un poco gruesa, que sale del despacho con la cabeza alta, inclinada hacia atrás, como si un cuchillo le sostuviese la mandíbula o ella no quisiera ver a nadie. Cuando entró en los lavabos ya me temí lo peor y no tardó en confirmarse la desgracia, porque la pobre cayó de bruces al suelo víctima de un infarto o, quizá, de una hondísima tristeza. Pensar en esto hace que algo se revuelva dentro de mí, un latigazo, como si la muerte de esa madre me afectase personalmente. Ahora pienso que quizá permanecía en mi primera memoria el dolor de esa pérdida mutua. Aunque el hecho de que vuelva hasta mí el escalofrío del niño y de su madre se debe a que tengo miedo de que el corazón de esta

madre que acabo de estrenar no resista esa alegría inversa de saber que su hijo no murió al nacer. Sí, ese corazón que lo ha soportado todo, tal vez sucumba ante la sorpresa feliz de saberme vivo, de que todo ha sido un cruel engaño. Me asusta esta enorme responsabilidad y no sé cómo afrontarla.

Las horas que llevamos juntos han volado. Durante la comida y la sobremesa conocí con un orgulloso asombro la vida de mi madre e intuí el modo sutil con que las dos omiten los detalles más terribles del pasado. Comparto la veneración que Diana le tiene y siento que mis escasos conocimientos de inglés no me permitan leer esa novela que escribió sobre su experiencia en los campos. Me entusiasma ser hijo de dos escritores con una única novela publicada en la que afrontaron algo tan difícil y valiente como hablar de sus vidas. Imagino la sorpresa que se llevará cuando sepa que papá le dedicó su libro.

Lo que más me extraña es la frialdad con la que ella habla de papá. Lo hace desde una enorme distancia, como si estuviese resentida o quisiera ocultar su relación íntima con él.

Yo sigo cohibido. Más que hablar, telegrafío las palabras. Incluso ahora, que entro con ellas en el bazar de Porteiro, no paso de un simple saludo a esta dependienta que conozco de toda la vida y que espera que le explique por qué la mujer mayor que me acompaña se ha interesado en esa vieja bola de cristal con nieve que lleva expuesta en el escaparate desde hace mucho tiempo. No entiendo por qué el estupor continúa paralizándome de esta manera. Mi desconcierto alcanza a Diana. A la atracción física que siento por ella se añade ahora una confusa sensación de incesto, no tanto por la sangre que nos vincula sino por el extraordinario parecido que ella tiene con mi madre. Algo egoísta late en mí que no me anima a compartir mi secreto ni siquiera con ella. Es como si temiese que nuestro parentesco pudiese borrar su deseo para siempre.

Estoy atónito ante el conocimiento que mi madre conserva del pueblo. En la calle Gasset va registrando en su memoria la mercería de Maruxa, la casa de Pepito Soler, la de Lola do Forno, la imprenta de Crusat, la farmacia de Abelardo Soler o los solares de las Montenegro… A cada momento me hace preguntas para las que no tengo respuestas.

Cuando subimos por la calle de San Roque, ella se detiene en el callejón de Canás, delante del edificio Villa Eugenia, y se queda primero contemplando el magnolio que está en el interior del jardín y, luego, una ventana.

—Tu padre me contó que Valle-Inclán, después de su fracaso agrario en el Pazo de la Mercé, vivió un tiempo en esta casa. Se la había prestado un amigo médico. Tu padre era un niño y acababa de llegar con sus padres a A Pobra. La primera vez lo trajeron aquí los compañeros del colegio que querían mostrarle al loco de las barbas. Al parecer solían incordiar durante un rato hasta que el escritor salía a la ventana con su poncho y vociferaba una retahíla de improperios para espantarlos y poder seguir trabajando. Sin embargo, tu padre empezó a venir solo y se quedaba aquí en silencio, porque quería escuchar a don Ramón, que escribía en la cama, leía en voz alta y discutía con sus personajes imitando voces diferentes. Cuando años más tarde tu padre conoció personalmente al escritor, se sintió el niño más afortunado del mundo. Siempre que don Ramón venía al pueblo, le regalaba a tu padre los libros que iba publicando y se interesaba por la cantidad de novelas que tu padre había leído desde la última vez.

—En casa hay alguna carta suya. Es curiosa, y supongo que tendrá cierto valor histórico, la que Valle-Inclán le envía desde Roma ensalzando a Mussolini y el sentimiento sacro de la tradición romana.

—Don Ramón, como muchos genios, era mejor escritor que persona. La admiración que tu padre sentía por él le hizo ser comprensivo con sus excesos.

Cuando cruzamos la calle, mi madre, que ha cogido cuatro magnolias del jardín, nos señala la iglesia de Santa María A Antiga.

—Allí se casaron vuestros padres con una diferencia de dos meses. Vuestras madres ya os llevaban dentro cuando entraron en la iglesia.

Tanto a Diana como a mí nos sorprende su sinceridad descarnada. En cada lugar, en cada edificio, en cada calle, ella se detiene y parece alcanzar un instante del pasado. A veces lo comparte y otras se queda callada, en un sosiego soñoliento y melancólico.

Diana y yo la seguimos de cerca, dejamos que sus pies vuelvan a pisar las mismas piedras, que sus ojos comprueben los cambios del paisaje: una casa que ya no está, otra nueva que se ha levantado, una huerta tapiada, el camino asfaltado, las farolas, el revestimiento de las paredes, el paso inevitable de más de cuarenta años desde la última vez que estuvo aquí.

En la entrada suntuosa del cementerio está el cura hablando con una mujer de luto. En cuanto nos ve, se acerca sacudiendo las manos, como si las tuviese cubiertas de polvo, y nos saluda. Seguramente se extraña de mi presencia aquí. Solo he estado en el cementerio para enterrar a mi madre adoptiva y a papá. Él sabe, o por lo menos intuye,

que ya no soy creyente y que tampoco me gusta visitar a los muertos. Aun así, se muestra amable y se ofrece a acompañar a mi madre hasta la sepultura de su hermano.

—¿Cómo dice que se llama?

—Josep, Josep Crussat.

El sacerdote camina delante con ella y nosotros los seguimos a cierta distancia durante unos cincuenta metros. Sabemos que quiere estar sola ante la memoria de su hermano, este nuevo tío mío que, según me cuenta una emocionada Diana, se ahogó en la playa el año de mi nacimiento.

Mi madre acaricia con la yema de sus dedos el mármol hueco de las letras y después agita la bola de cristal, la pone sobre la lápida, al lado de una de las magnolias que robó en Villa Eugenia, y se queda mirando el descenso de los copos de nieve en ese paisaje mínimo, concentrado. El cura se persigna como final de una oración o tal vez por su asombro ante el curioso ritual de mi madre, que se cubre el rostro con las manos para ocultar su llanto. Después ella viene hacia mí, me coge la mano haciendo estremecerse de emoción todo mi cuerpo, como si este nuevo lazo restaurase nuestro cordón umbilical, y me dice que la acompañe al panteón de mi familia. No está muy lejos, pero tardamos en llegar porque el paso de ella ahora es lento, demasiado lento. La posibilidad de que se desmaye de nuevo me obliga a poner el brazo derecho sobre sus hombros. Mientras caminamos, nuestras caras se rozan, crean un espacio mutuo y busco en la memoria de su piel alguna huella mía. Aspiro con ansia el aroma de su pelo cano y deseo que la placidez de este momento se eternice.

Cuando llegamos al panteón, mi madre deposita las tres magnolias que quedan y, justo en ese momento en que en su cuerpo parece desatarse una sacudida interior, me pongo a llorar como un niño, como si de repente me estuviese resarciendo de mi silencio extrauterino.

XIII

Pablo me ha dejado los álbumes encima de la mesa del salón y ha salido con Diana para dar un paseo. Los dos se han dado cuenta de mi deseo de quedarme sola. La muerte de Máximo ha sido un desgarro interno y me ha hundido en una especie de pesar que, sin embargo, no frustra el motivo primigenio de mi viaje. Es el dolor el que me reafirma en la necesidad de estar aquí, de entrañarme en su universo de papel, de rodearme de sus objetos y reconocerme en su existencia. Sé que no soy una intrusa y me dejo caer en el abismo de las fotografías. Quiero reconstruir su mundo, imaginar lo que fue su vida sin mí.

Cuando veo las imágenes de su boda se apodera de mí algo muy semejante al vértigo porque estoy allí, tras el objetivo, ayudando a don Hermógenes a hacer ese reportaje que, de algún modo, también es mi regalo para Máximo. En cada una de las imágenes la luz de sus ojos proyecta una mezcla de rabia y decepción. Está desbordado por los acontecimientos. Estoy convencida de que el embarazo de Carmen fue el yugo de responsabilidad que lo ató a su capricho de niña rica y consentida, y por eso surge en mí la pregunta de qué habría hecho él si yo le hubiese dicho en esos días previos a la boda, y no casi dos meses más tarde, que también estaba esperando un hijo suyo. Quizá él lo hubiera dejado todo por mí y me hubiese propuesto una huida precipitada, pero lo más probable es que me reprochase lo absurdo de mi insistencia en mantener oculto nuestro amor huidizo e insensato, un secreto casi infantil que él entendía como una falta de compromiso por mi parte. Eso era lo que más nos alejaba. Asumió ese desafío, que nos afectaba a los dos, más por miedo a perderme que por convencimiento. Y sé que sufrió cuando le expliqué que yo en Barcelona estaba saliendo con Joan, aquel fotógrafo casado que también estaba dispuesto a dejarlo todo por mí si se lo pidiese. Esa exclusividad era lo que me alejaba de los hombres. Yo no quería que ellos me dieran más de lo que yo les ofrecía. Y sé que fui fuerte para aceptar su relación con Carmen, que en el fondo no era más que su represalia por haberlo traicionado durante el invierno con aquel hombre tan mayor. Llevé el reto de nuestra amistad hasta las últimas consecuencias y no interferí en su relación hasta que ya era tarde, muy tarde. Recuerdo las palabras tristes de Máximo cuando le confesé mi embarazo a principios de diciembre de ese mismo año, como si yo ya supiera que mi detención estaba próxima. A esas alturas yo no tenía claro qué haría, aunque, como en casa no iba a poder ocultar durante más tiempo mi estado, la idea de ir a la Barcelona libre era lo que más se aproximaba a mis deseos. En la ciudad me pondría en contacto con algunos amigos que me conseguirían trabajo como fotógrafa. Esa era la única salida que se vislumbraba. Tanto daba que fuesen tiempos de guerra. No había otra posibilidad.

El día de mi confesión fue un sábado especialmente frío y lluvioso. Pretexté en casa la voluntad de fotografiar la catedral de Santiago y toda la zona antigua. Como ya estaban acostumbrados a mis viajes estrafalarios, cogí el coche de línea de Marcial cuando todavía no había amanecido y llegué a Compostela justo a las nueve de la mañana. Y más por placer que por buscar para mis padres una prueba que justificase el viaje y las catorce pesetas que costaba la berlina, estuve vagando por la ciudad vieja, deteniéndome en los soportales para atrapar el centelleo gris de la lluvia sobre la piedra y también para hacer tiempo hasta que Máximo terminase sus clases en el colegio.

Lo esperé en el interior de la catedral, sentada en un banco de una de las capillas laterales. Y allí, sentados en la penumbra, estuvimos un buen rato, hasta quedarnos solos y pude entonces llevarme ya su mano temblorosa a la nueva forma de mi vientre. Esta confidencia tácita lo dejó lívido, de piedra, y lo sumió en un silencio casi agresivo.

Cuando por fin reaccionó, la tristeza de sus palabras se convirtió en una especie de letanía, una intercesión por mi alma solitaria y de-satinada. Incluso se sintió ofendido por no habérselo dicho antes de la boda. Pero tampoco me dijo lo que iba a hacer. En ese momento trágico me fascinó su miedo, su desconcierto. Enseguida lo tranquilicé y le prometí que nada cambiaría. Mi única petición fue que si algo malo me ocurría, él se hiciese cargo del niño. Sin saber muy bien cómo, maldiciendo más su suerte que la mía, él juraba que sí, que nunca lo abandonaría en caso de que se produjese alguna fatalidad. Se sosegó un poco cuando le expliqué que, a pesar de la guerra, lo mejor era que yo regresase a Barcelona. Sin apartar la mano de mi vientre, censuró el egoísmo de mi silencio e intentó barajar alguna otra opción que no nos separase. Pero ya era tarde. Los dos lo sabíamos y permanecimos en la catedral, besándonos cada vez que nos quedábamos solos, dejando que la penumbra penetrase en nuestras palabras, haciendo tiempo hasta la hora de la vuelta a O Caramiñal. Cuando por fin llegó el momento de marcharme, él se echó a llorar desconsolado y me pidió perdón. Yo sabía que detrás de ese llanto se escondía su miedo. Lo entendía y en ningún momento se me pasó por la cabeza la idea de que él pudiese dejarlo todo por mí. Me bastó su firmeza cuando me ofreció el brazo y me acompañó hasta el coche de línea. Y así, despreciando la prueba de su infidelidad, cogidos del brazo, apretados bajo el paraguas como una pareja normal, atravesamos la ciudad en silencio. Solo cuando llegamos a la parada, surgió de su voz compungida el deseo de que, si era niño, le pusiese Pablo y si era niña, Marta.

La alegría apagada que Máximo expresa en las fotografías de la boda me devuelve el aliento extraño de ese día en el que pude olvidar la angustia del embarazo y concentrarme en otra sensación de pérdida de la que yo misma era culpable. Pero la disciplina con la que me enfrentaba a mis principios bastó para hacer mi trabajo e incluso gozar de la fiesta que se dio en el Casino.

Entre todas las instantáneas, la que más me impresiona es una en la que Luis, el padre de Máximo, está sentado al lado de Marta, su mujer. Acaba de salir de la cárcel. En un año ha envejecido varios. Está desmejorado y ha perdido tantos kilos que ya no tiene nada que ver con aquel hombre atlético que gobernaba el velero con brazos musculosos. Recuerdo que, cuando aquella tarde lo saqué a bailar, le costaba seguir los pasos y me dijo que se sentía un intruso en la boda de su propio hijo. Me dolió verlo así, tan flaco y pesimista. Me confesó que su celda tenía la misma luz que el cuarto oscuro que habíamos montado en la parte trasera de su casa para el revelado de las fotografías. Yo sabía que lo habían detenido de noche hacía un año, al comienzo del otoño de 1937, semanas después de la emboscada durante las fiestas del Nazareno cuando aquel hidroavión, con base en Marín, sobrevoló la sierra mientras la Guardia Civil y los falangistas peinaban el monte en busca de los huidos. Aquel día yo estaba haciendo fotos de la procesión con Nardo Rutllá y el miedo se apoderó de mí cuando no vi ni al sargento ni a ningún número de la Guardia Civil entre las autoridades que iban detrás del Cristo morado. Entonces pensé que la bicicleta iba a tener que estar aparcada durante un tiempo en el patio de casa, que mis viajes de enlace quedaban suspendidos y que la resistencia en la sierra era ya historia, pero me equivoqué. Unos días después de esa tarde en la que aparecieron dos detenidos y se confirmó la noticia del asesinato brutal de Vidal de Lesón, Luis me convocó en el cuarto oscuro de la botica y me pidió un último compromiso. Xosé, el Noé, había decidido disolver la guerrilla, pero eran muchos los que antes querían vengar la muerte de su amigo acordeonista. El plan era que yo consiguiera alguna fotografía de los dos falangistas que habían venido de Santiago. No querían cometer ningún error. Los dos fascistas paraban en la Fonda de Ferro y, aunque nadie desconfiaría de una muchacha como yo, había que andarse con cuidado. Desde la última batida, la Guardia Civil y los falangistas tenían vigilada la costa y las casas de las familias de los huidos. No deseaban una nueva fuga como la que se había producido en los primeros días de la guerra en A Insuela desde la que habían evacuado al alcalde de A Pobra y a otros socialistas.

Mi tarea fue más fácil de lo previsto porque yo tenía acceso a los lugares que ellos frecuentaban. Así que una tarde en el Casino, mientras yo hablaba con Isabel, la hija de los Duques de Sevilla, aquellos dos matones estaban de pie observando cómo los grandes patrones hacían sus apuestas en la mesa de juego —seis al caballo, un coronado, dos salteados o tres cruzados…— desafiando la ley de probabilidades, con las maletas llenas de dinero al lado de la mesa. El sol entraba por las ventanas y había mucha luz. Algunos capitanes ya mandaban señales desde los barcos para que los armadores supieran cómo había ido la pesca y si podían doblarse las apuestas. Isabel hablaba con pasión de su novio futbolista de Ribeira y yo acompañaba cada disparo con una tos misteriosa. Utilicé la película entera y finalmente conseguí tres o cuatro fotografías en las que sus caras aparecían nítidas. Ni en ese instante, ni cuando al día

siguiente Luis y yo las estábamos revelando en el cuarto oscuro de la óptica, se me ocurrió pensar que de mi acción furtiva derivarían dos muertes. Y así fue. Unos días más tarde, los dos falangistas aparecieron muertos en sus camas de la Fonda de Ferro con varios tiros en la frente. Las muertes no me sorprendieron. Lo que sí me dolió fue saber que esa misma noche habían detenido a Luis. Máximo me lo hizo saber y detecté bajo sus palabras un rastro de reproche. Sin embargo, yo nunca relacioné a Luis con los asesinatos y siempre pensé que lo habían detenido por ser republicano, pero la misma noche de la muerte de los falangistas, Luis, que era uno de los pocos que tenía coche en el pueblo, decidió arriesgarse y llevó al Noé, al Montuno y a otros dos hasta los montes de Caldas y allí les dio una brújula y un mapa para que huyesen hacia la frontera de Portugal. A su regreso, la Guardia Civil, al parecer, registró el coche y encontró en el suelo de la parte trasera una fotografía de la mujer del Noé. Yo misma se la había hecho. Esa foto fue el motivo de su condena, que duraría un año, hasta la boda de su hijo, hasta ese baile breve e intenso, suficiente para que yo entendiera que su tristeza se basaba en el hecho constatado de que su consuegro estuvo velando por su vida y lo liberaba para poder estar allí en un día tan especial. La suya era una libertad pesada y, en cierta forma, seguía siendo un recluso.

Abandono por un momento los álbumes y subo las escaleras hasta el cuarto de Máximo. Está húmedo y un poco oscuro. Apenas los últimos rayos de la luz de la tarde forman una especie de columnas salomónicas que parecen sostener el silencio como dentro de un acuario.

Me siento sobre la colcha blanca y bordada y observo que la expansión de los libros también ha llegado hasta aquí. Uno tras otro se alinean en las baldas de las paredes.

Sobre el cabecero hay un crucifijo de hierro y dos cuadros con motivos florales que me hacen pensar en Carmen y en su disposición devota.

La pintura ha borrado las formas del pasado y crea en mí la percepción de que este cuarto ya no es el mismo al que antes de la guerra, aprovechando que sus padres se habían ido al teatro a Santiago, Máximo me había traído un par de veces para hacer el amor sobre un lecho cómodo y adulto. Sé muy bien que si sus padres hubiesen vuelto y nos hubiesen encontrado aquí, atados el uno al otro, no les habría importado, a no ser por mi edad. Pero ellos no sospechaban nuestro amor y creían que lo único que nos unía era la amistad y libros como este de Balzac que está sobre la mesilla. Me pregunto si sería esta la última novela que leyó. La posibilidad de acercarme a Máximo también está en estos volúmenes. Su lectura será como probar los lugares en los que él ya estuvo.

En un lateral del armario cuelgan de una percha algunos de los que debieron de ser sus sombreros. Cojo uno y acerco el fieltro a mi nariz. Respiro hondo hasta encontrar el rastro frío de su olor, una presencia física que se resiste a desaparecer. Abro el armario y hago lo mismo con sus trajes almidonados. Siento que ahora él está en mí.

Cuánto me hubiera gustado acompañarlo en su dolor, en su enfermedad. Sé que mi compañía le habría hecho mucho bien, pero una vez más he llegado tarde. Tal vez mi destino sea el de huir, no solo de las personas que quiero sino también de mí misma.

Entro en su despacho, en esta hermosa galería que mira al mar, y acaricio los objetos que hay sobre la mesa: una torre Eiffel de metal, un abrecartas de plata, unas gafas de pasta, un recipiente de cerámica lleno de lápices y bolígrafos, una carpeta de cuero negro y un viejo retrato con su mujer y sus dos hijos cuando aún eran pequeños. En un atril de madera está recostado un libro de lingüística del que Máximo es autor. Pablo me habló del prestigio de su padre y de su excelente magisterio, algo que, lejos de extrañarme, confirma mi orgullo. Ya las clases de verano en el colegio de los hermanos Axeitos acostumbraban a ser entretenidas y Máximo, pese a su timidez, nos asombraba con su sabiduría. A los quince años era un prodigio que vivía los libros con una pasión contagiosa y siempre tenía una historia o una anécdota para cada una de nuestras preguntas. Su memoria era tan asombrosa como su inteligencia. Podía recitar durante horas versos de Curros, Rosalía o páginas enteras de Shakespeare. Cuando llegó a la universidad los profesores no daban crédito a su cultura y fue el mejor expediente de su promoción. Esta preparación le abrió las puertas de un colegio de Santiago poco después de licenciarse. Recuerdo los fines de semana cuando todavía estaba estudiando la carrera y regresaba en la línea de Marcial, con aquella cartera de cuero cargada de libros. Yo solía esperarlo y, si hacía bueno, dábamos un paseo mientras nos contábamos las novelas que habíamos leído durante la semana. Siempre me ganaba. Ni siquiera su aplicación en los estudios le impedía superarme. Su concentración era enorme. Incluso cuando estaba conmigo podía tener un libro en la mano y ser capaz de mantener una conversación sin abandonar la lectura y sin perder el hilo, como si pudiese desdoblarse y ser dos personas a la vez. Tal vez tuviera una memoria fotográfica. No lo sé. Sí sé que no me extraña que recalara en la universidad como profesor. Era algo cantado.

Me siento en el sillón, apoyo los codos sobre la mesa y sostengo el mentón mientras contemplo el mar y pienso con intensidad en Máximo. Su atractivo quizá no residía tanto en su belleza como en su inteligencia y en esa expresión desvalida que me inspiraba cierta preocupación maternal. Sé que él apreciaba en mí la desenvoltura, la visión artística de la vida, mi insólita madurez e incluso una sexualidad activa y desprendida que excedía sus deseos y lo superaba. Me encantaba ponerlo

constantemente a prueba y me gustaba más aún cuando lo veía asustado, temeroso de mi actitud libre y descarada.

Levanto los brazos y abro la carpeta de cuero donde están guardados algunos papeles. Sé que no debería fisgonear en ellos, pero la curiosidad me empuja a abrir un sobre blanco que contiene varias fotografías.

Cuando veo la primera, un agujero se me abre en el estómago y siento una vergüenza antigua porque enseguida me doy cuenta de que yo soy esa muchacha que posa desnuda en lo alto de una duna. Máximo también aparece desnudo en alguna de ellas, en una actitud más recatada que la mía. Cada fotografía que paso despierta en mí el murmullo del mar y un golpe de brisa en el rostro. Es el sábado anterior al inicio de la guerra. En el pueblo las cosas andan calientes desde las elecciones de febrero y, aunque podrían enmarcarse en un ambiente prebélico los incidentes con armas en la verbena de Palmeira o la rabia seca con la que don Santiago Tato arranca los pasquines que anuncian la conferencia que La Pasionaria va a pronunciar en A Pobra el día 26 julio, nada hace presagiar un desenlace tan dramático y violento. Máximo y yo estamos al margen del mundo, pedaleamos al ritmo de nuestra pasión y llegamos a Corrubedo a media mañana. Nos adentramos en las dunas y, en traje de baño, nos tumbamos al sol. Como allí nunca hay nadie y estamos los dos solos, felices en nuestra intimidad, enseguida nos buscamos con las manos y probamos nuestros cuerpos desnudos. Es la primera vez que nos exploramos a plena luz del día. Máximo se siente incómodo por su erección e intentar girar el cuerpo para que no lo vea. Pero yo insisto y acarició su sexo con la mano izquierda mientras le revuelvo el pelo con la derecha y beso su boca salada y ardiente. Él se atreve también con mi cuerpo, y sus dedos, como anguilas, resbalan por mi piel con una dulce suavidad. Los sentidos procuran inmovilizar el placer y demoramos el encuentro hasta que el deseo abre surcos en nuestro interior y nos obliga a una entrega urgente, deliciosa, inolvidable. Cuando nos separamos, volvemos a tumbarnos al sol, boca arriba, como si estuviésemos memorizando nuestros cuerpos. De vez en cuando, miro de reojo y me asombra el recogimiento lento de su pene, que se contrae como una babosa asustada.

Ver ahora estas fotografías me hace consciente de la cautivadora nitidez con la que vuelven a mí las imágenes, hasta el punto de que puedo sentir el peso del cuerpo de Máximo en mi intento por levantarlo para que pose ante mi Leica. Él, reticente, se echa a correr como un niño y, cuando lo alcanzo, entramos en una lucha cuerpo a cuerpo que nos hace caer sobre la arena. La agitación del orgasmo y la pelea deja nuestros cuerpos en un estado de suma relajación que aprovecho para disparar la cámara. Máximo colabora con una actitud desinhibida y no dejo de sonreír mientras me adelanto al resultado de las fotografías. Después es él quien me arrebata la Leica y me hace posar

erguida en la cresta de una duna con gestos que va dictando su deseo inconsciente. Es un día hermoso, fantástico, los dos lo sabemos, y, al abandonar este maravilloso lugar, que ya será para siempre nuestro pequeño desierto, intuyo que algo de mí se queda en la arena para siempre. De vuelta a casa, Máximo parece anticiparse a la vergüenza de las imágenes y me roba la película. Él se encargará de revelarla en una tienda en Santiago, donde nadie nos conoce. Durante meses me harto de preguntarle por las malditas fotografías hasta que me doy por vencida y dejo atrás mi insistencia. Él dice que le pertenecen y que algún día me las dará. Mentira. Aunque siempre sospeché que no iba a llevar el carrete a ninguna tienda, ahora me doy cuenta de que sí debió de hacerlo porque estas copias tienen un papel nuevo y la película no habría aguantado tanto tiempo si no se revelase en aquellos años. Estas copias tuvo que hacerlas no hace mucho, cuando ya no era su mujer sino la muerte quien lo vigilaba. Me conmuevo al pensar que durante su enfermedad se acercó a ellas para recuperar el placer de esa tarde y anular por un momento el dolor y el vértigo de sus últimos días. Tal vez fue Pablo el que las reveló. Esta posibilidad quema mis manos y las devuelvo al vade de cuero.

Me pongo en pie y abro una de las ventanas de la galería que da a este mar lento, estancado, que reverbera en la distancia. Descuelgo los brazos sobre la carretera y, de repente, me asalta una impresión de frío y soledad, quizá semejante a la que debió de asistir a Bernie el día de su suicidio frustrado. Por un momento no tengo miedo a nada y creo sentir una mano invisible ciñendo mis hombros. Es un delirio abatido, un sueño breve, una sombra que pasa a mi lado, uno de esos recuerdos que me acechan y no se concretan. La muerte ahora no es una amenaza ni una condena: es una tentación. No soy consciente de haberla sentido nunca así, tan cerca y provocadora. Ni siquiera en las cárceles de Ventas o Saint-Michel llegué a perder el sentido de la vida. Sí, la muerte era algo obvio, pero no estaba en mis manos como lo está en este momento en que el cuerpo se vacía por dentro de una forma extrañamente plácida y sencilla. Es probable que en los campos la idea me rondase la cabeza, aunque el régimen de horror instalado allí dentro debía de ahorrarnos el deseo del suicidio. Imagino que pasado el impacto del tren y la cámara de gas, la muerte perdía toda entidad, y solo una desesperación insoportable, como la que sufrió mi amiga Ivonne, podía empujarte a las alambradas para arrancarle al enemigo el privilegio de disponer de tu vida. Resulta curioso que jamás me haya sentido tan valiente como ahora. Observo el tránsito de la calle como si fuese la última vez que veré signos de vida. Incluso me anticipo al espanto que mi caída suscitará en los viandantes. Y si no me lanzo al vacío es porque, justo en este momento, un hombre viejo, alto y tan delgado como su bastón, clava en mí la súplica de sus ojos que parecen adivinar mi oscura determinación. Allí, parado ante la puerta del Liceo, permanece el tiempo preciso para que el frío y la soledad abandonen mi interior y

pueda darme cuenta de que ese hombre no es un muerto sino la sombra frágil de un cuerpo que, heroicamente, ha resistido las duras garras del alcohol y la morfina.

XIV

Caminamos los dos por la cuerda del atardecer, más apegados al silencio que a las palabras. Las últimas familias abandonan la playa y una ligera brisa hace nacer en mí a la niña tímida que se estremece y se anula, que no es capaz de mirar a los ojos de su acompañante porque la atormenta que él descubra su deseo. Ahora me gustaría dejarme llevar por el instinto, el descaro, la osadía que suele asaltarme cuando no me juego más que el orgullo. Pero él me importa de una manera que trasciende lo físico, y este interés es el que me frena y me vuelve un ser temeroso e infantil. Siento como si, de un modo espontáneo, otra mujer se expresase por mí, alguien que estuviera coqueteando, deshaciéndose desde mi cuerpo. Tal vez sea él, que también parece asustado, el que provoque esta tensión que nos conduce de un modo precavido, incluso pudoroso. Con una pasión apagada, sus palabras buscan la distancia y se centran en la historia de este barrio de catalanes que instalaron aquí su industria de salazón imponiendo una arquitectura mediterránea en el paisaje.

—Eran bastante clasistas y endogámicos. Se sentaban en bancos separados en la iglesia y concertaban sus matrimonios. Como tenían poder económico, fueron incorporándose a la burguesía y compraron en el centro del pueblo casas que habían pertenecido a la vieja hidalguía urbana, que lo tenía todo en bienes raíces. Muchas de las propiedades estaban en manos de solteronas que reunían en sí toda la hidalguía de la zona. De este modo los catalanes también se fueron estableciendo en el centro.

En su forma de hablar denoto cierto desafecto por la leyenda de esos dos primeros hombres llegados de Blanes que, poco a poco, fueron levantando sobre este mar apacible todo un imperio alrededor de la sardina. Incluso diría que bajo sus palabras, Pablo oculta un viejo rencor cuando muestra la división intestina que surgió entre ellos al casarse con dos mujeres catalanas que los obligaron a disolver la sociedad y fundar las dos ramas que habitarían este barrio.

La conversación se vuelve tan insustancial que cada vez veo más difícil acercarme a él, cobijarme bajo su brazo para calmar este temblor adolescente que me recorre el cuerpo entero.

Pablo ha dejado de ser receptivo. Su forma de mirarme se ha vuelto reticente, esquiva, como si acabara de descubrir algo molesto en mí que borrase la atracción que pueda ejercer sobre él. Tal vez la causa de esta distancia surja de su llanto espontáneo en el cementerio o de su confesión dolorosa en la terraza del bar, cuando después de contarle parte de mi vida, él me habló con sinceridad de esa hija que apenas ve, de su

relación inestable con Verónica, de su trabajo de funcionario y, sobre todo, de la memoria de Rocío a la que sigue amando con pasión.

No, no puedo competir con los muertos, pero tampoco renuncio al deseo y a esta conquista silenciosa y subalterna que me induce a buscar sus ojos penetrantes y profundos. Algo en él, la timidez de sus gestos, la perfección de sus labios, su delicadeza… me fascina e inunda mi pecho de inquietud.

Pablo se detiene a la altura de la casa en la que veraneaba papá con la familia en los años veinte y treinta. Parece reflexionar un instante antes de volverse hacia mí con voz grave e insegura.

—Laura y mi padre fueron mucho más que amigos.

Sin entender muy bien el tono furtivo de su confidencia, le digo que sí, que ya lo sé, que mi tía en su libro habla de Máximo con devoción y sospecho que fue la memoria de ese amor adolescente lo que más la empujó a hacer este viaje tan largo.

—¿Crees que recuperará esos años?

—No lo sé. Los doctores dicen que hay que esperar. Ya ha pasado un tiempo y no se ha producido ningún avance. Cada vez soy más pesimista.

—Es algo cruel.

—Para Laura no lo es tanto. Quienes más lo sufren son Ady y Bob.

Pablo se toca el pelo con las manos en un gesto que sigue siendo reflexivo. Parece preocupado.

—Tengo algo que decirle a Laura y no sé cómo hacerlo.

Me intrigan sus palabras y me acerco a él para ofrecerle mi ayuda, pero apura el paso y me habla desde lejos, como si estuviera huyendo de mí.

—Se acaba de publicar un libro póstumo de mi padre.

—¿Y cuál es el problema?

—Es una novela.

—¿Una novela?

—Sí.

—¿Tiene algo que ver con Laura?

—Está dedicada a ella.

La noticia resulta fantástica y me adelanto a la agradable sorpresa que ella va a llevarse. Pero el recelo de Pablo refrena mi euforia.

—¿Habla de ella?

—Apenas. Es una historia triste que solo le afecta de manera circunstancial y metafórica.

—Entonces no entiendo por qué temes decírselo.

—Me asusta su reacción.

—Mi tía es dura, no lo dudes.

Me hago cargo de su conmoción. Pablo se gira hacia mí con una sonrisa nerviosa. Parece decirme que no entiendo nada. Me agarro a su brazo derecho fingiendo protegerme del frío. Mi iniciativa despierta en él una especie de escalofrío que acaba provocando cierta relajación que se percibe en el tono de su voz.

—Preferiría que antes la leyeras tú. Te bastarán tres o cuatro horas. Es corta.

—¿De qué trata?

—De mí y de mi familia.

—¡Fantástico!

—Es una novela triste.

—Me gustan las historias tristes.

Llevo clavado mi mentón en su hombro y con el olfato intento acercarme a su piel a través de la fina tela de su camisa blanca. Casi puedo sentir su respiración agitada en mi

pelo. El deseo abre fisuras en mi estómago y el cuerpo se apropia de mí hasta el punto de que, en este instante, incluso me sería fácil levantar los labios y besar los suyos, aplastárselos contra los dientes, recorrer la rugosidad de su lengua con la mía. Sería maravilloso. Pero prefiero caminar así, pegada a él, oprimiendo mi pecho izquierdo en la tensión del músculo de su brazo. Es un primer paso. Lo sé.

Ese gesto ha podido con las palabras y abandonamos O Areal sumidos en un silencio cómplice que dura un buen rato hasta llegar a la Torre Bermúdez, que perteneció a los antepasados de Valle-Inclán y que está medio derruida. Pablo explica la lucha que hay entre diferentes pueblos por el nacimiento de este autor que, con su manía de contentarlos a todos, insinuó que había nacido en medio de la ría.

A pesar del abandono, la torre es hermosa e imagino al viejo escritor asomado a una de las ventanas, con su chambergo carlista y aquella capa en la que ocultaba su cuerpo consumido y enfermizo.

Vuelvo a cogerme de su brazo y me agrada saber que no me rechaza ni siquiera cuando entramos en una pequeña plaza en la que varios niños juegan a la pelota y algunas mujeres están a las puertas de sus casas cosiendo redes y rumores de los que tampoco nos libramos. Pablo las saluda y en la respuesta unánime de todas parece quedar colgada una pregunta.

Cruzamos más calles y a la altura de una fuente de cuatro caños, Pablo se suelta y hace una concha con las manos para beber el agua que sale de uno de los caños. No tengo mucha sed, pero lo imito y doy un sorbo. El agua está fresca y sabe bien.

—Mi padre me contó que en esta plaza estaba la picota medieval. Y ese crucero que ves ahí era el límite de las dos parroquias. Todos los años por el Corpus las dos procesiones daban aquí la vuelta hasta que un año desgraciado hubo una trifulca, con algún muerto. El obispo se vio en la obligación de intervenir. Decidió que rotasen. Una parroquia cada año.

—¿Y se cumplió?

—El problema fue que el obispo ordenó que comenzase la más antigua y eso creó una nueva pugna. Los de O Castelo do Deán aportaron algún documento que arrastraba su nacimiento hasta el siglo XIII.

—¿Sigue habiendo rivalidad?

—No tanta como antes. Recuerdo que, cuando era pequeño, había tremendas peleas a la salida de misa o en las fiestas. En el cine, los de O Caramiñal se sentaban a un lado y los de O Castelo al otro, y volaban limpios los insultos. Más de una vez, justo en el descanso que hacían para que comprásemos golosinas, se liaba la de Dios es Cristo.

—Y tú, ¿con quién ibas?

—Con el acomodador.

Pablo se seca las manos en la pernera del pantalón y aclara su ironía.

—Siempre fui un niño solitario y, por no tener, no tenía ni con quién pelear. Quien sí tomaba partido en esa rivalidad era mi hermano Carlos, que solía llegar a casa descalabrado.

—Yo también era muy peleona de pequeña. ¿Cómo es tu hermano?

—No nos parecemos en nada. Tenemos muy poca relación. Su única obsesión son los negocios.

—Yo también soy empresaria.

—Tú no tienes nada que ver con él.

En su respuesta hay un poso de desprecio hacia su hermano. Percibo que no le gusta hablar de él y no lo fuerzo.

Cuando abandonamos la fuente, vuelvo a cogerme de su brazo y me dejo llevar por calles estrechas y silenciosas que huelen a una humedad antigua y penetrante. En su interior la tarde ya ha envejecido y nos ofrece una fría intimidad que estrecha nuestros cuerpos cada vez más. Mi corazón late con fuerza y tengo la esperanza de que Pablo por fin se detenga y se abalance sobre mí. Estoy deseándolo con todo mi cuerpo e intuyo en su silencio la misma impresión. Pero, de repente, desembocamos en una encrucijada de calles junto al jardín y esa atmósfera casi carnal que nos envolvía se disuelve entre el bullicio de la gente sentada en las terrazas y los pájaros escondidos entre los plátanos. Sin embargo, cuando llegamos a casa y comprobamos que Laura no está, el deseo vuelve a tomar cuerpo, y algo superior a nosotros mismos nos esclaviza y nos empuja a un beso tan breve como intenso. No importa que no haya palabras, que se aparte de mí y suba las escaleras dejándome un momento sola, aturdida, con el sabor aún caliente de su boca en mis labios, convencida de que este beso lo ha cambiado todo entre los dos. Su ausencia solemne es como la parte oculta de un juego cotidiano entre dos personas

que se anhelan y se desean. Me siento en un sillón y el calor que sube por mis venas amenaza con derretirme como si fuese mantequilla. Hacía tiempo, mucho tiempo, que mi cuerpo no se volvía carne y se expresaba de ese modo.

Pablo baja las escaleras y se acerca a mí por detrás. Descuelga su cabeza sobre la mía y besa con suavidad el lóbulo de mi oreja derecha. Su aliento cálido alimenta mi instinto y hace que me vuelva para buscar de nuevo su boca. Pero él se aparta y la curva que dibuja mi cabeza no lo alcanza.

—Esta es la novela de mi padre.

La tomo entre las manos y leo la dedicatoria.

—¿Laura es Penélope?

—Sí.

Pablo se sienta en el sillón y coloca su pierna derecha sobre las mías. Apoyo la cabeza sobre su pecho y veo que manipula un sobre.

—Antes de que la leas quiero mostrarte algo.

—¿Qué?

—Encontré el carrete en una lata que papá tenía escondida en un cajón bajo llave y lo mandé revelar.

Lo primero que pienso cuando veo al hombre desnudo sobre la arena es que se trata de Pablo en sus años mozos. Pero enseguida me doy cuenta de que no puede ser él sino su padre. El parecido es tan fantástico como el que esa muchacha risueña tiene conmigo. Es Laura, y verla así, desnuda y desinhibida, me provoca una especie de pudor y después una extrañeza que convoca la pregunta.

—¿Están en el desierto?

—Eso parece.

XV

Hoy ha sido un día realmente intenso. Quiero retroceder ante la idea de que ya he traspasado una puerta y busco en el whisky algún resorte que calme mi excitación. Hace tiempo que no bebo y su recorrido raspa mi garganta como papel de lija, pero espero con impaciencia sus efectos. Necesito ordenar las ideas y encontrar una salida para esta conmoción, esta efervescencia que me supera. Estoy atrapado en un terrible dilema que no hace más que ratificar mi egoísmo y esa cobardía paralizante tan propia de mí.

Abro la ventana de mi cuarto y dejo que el aire golpee el sudor frío que cubre mi rostro. No sé qué hacer. El sonido desgranado de la campana de la iglesia es ahora una voz olvidada que resuena en mi mente de una forma siniestra. La noche va a ser larga y no creo que tape mi culpa, esta extraña sensación que me embarga.

El paseo agitó mi incertidumbre y me ha dejado en un estado confuso. No soy capaz de quitármela de la cabeza. Hay en Diana tanto hechizo que me duele la sola idea de renunciar a ella. No dejo de meditar sobre nuestro vínculo de sangre. Ser parientes es un muro infranqueable por lo menos para mí. Tengo miedo. Tal vez fue un error besarla, pero sigue rondándome la posibilidad de guardar el secreto, porque hoy es la primera vez desde la muerte de Rocío que vuelve a haber vida dentro de mí.

El encanto de Diana va mucho más allá de lo físico y de esa dejada compasión que me empuja a Verónica. Con Diana todo es diferente. Me cautiva su fuerte personalidad, su determinación y esa sonrisa tan versátil y espontánea con la que lo acaricia todo. Cuando estoy junto a ella la vida se desboca como un caballo y no dejo de pensar que nos conocemos desde hace mucho tiempo. Además, me atraviesa una ola de gratitud cada vez que veo la exquisita delicadeza con la que trata a mi madre, sí, esta madre que apareció de repente, inundando mi vida de nostalgia y conmoción.

Esta tarde, a la orilla del mar, brotó dentro de mí un deseo brusco de amar a la mujer de cabello suelto y cuello blanquísimo que sostiene el rostro hermoso y soberano de una actriz altiva. Pero el miedo me detuvo, como ahora, que sigo en este cuarto, a oscuras, coqueteando con el whisky y con mis miedos mientras Diana, tumbada en su cama, debe de estar leyendo la novela de papá, penetrando en ese mundo de tinieblas que acoge el triste pasado de mi familia.

No me gustaría que ella cambiase su percepción sobre mí con la lectura de este libro que es un paso previo y necesario para mi confesión. Tengo que hacerlo. Es inevitable. Aun a riesgo de perderla, no puedo privarla de la verdad. Tal vez a Diana no le importe

que seamos parientes y perdone mi silencio y ese único beso que confirmó nuestros deseos. Quiero pensar que ella me ayudará a decírselo a Laura. Diana es valiente y, tras su asombro inicial, será capaz de mediar ante mi madre para hacerle comprender que yo soy su hijo muerto. Sí, es de justicia decírselo a mi madre, que no dejó de sufrir durante toda la vida y mantuvo con papá un amor secreto y apasionado. Supongo que la noticia puede amainar algo el dolor que la muerte de papá ha debido de suponer para ella. Sí, tengo que confesárselo. Lo más extraño de todo es que me asalta una sensación de miedo cuando pienso en su emoción. No es tan fácil recobrar el amor de un ser que has llevado en tu vientre y ni siquiera sentiste gemir porque dijeron que había nacido muerto. Dar con él después de cuarenta y tres años no debe de ser fácil de asimilar para una madre, como tampoco lo es para un hijo recuperar a una madre muerta. No, no es nada fácil. Desde el mismo momento en que Diana pronunció el nombre de Laura, dejé de ser yo para convertirme en otra persona. Me atormentan mis propios sentimientos. No soy capaz de quererla como se debe querer a una madre. Temo no estar a la altura y también que ella recupere la memoria y centre su vida en esa familia americana con la que sí ha convivido más de treinta años. Esta posibilidad anularía por completo la existencia de un hijo al que no la une más que un dolor antiguo y desgarrado.

Esta tarde, cada vez que Diana me hablaba de Ady, unos celos furiosos, como surgidos de la infancia, me devoraban por dentro y, de algún modo, impulsaban mi odio hacia esa hermana que me arrebató a mi madre durante tanto tiempo. Lo más curioso es que, después de tantas pérdidas, de esta orfandad múltiple, he recuperado no solo a una madre, sino también a parientes en Barcelona y Nueva York.

Sigo apoyado en la ventana, con el vaso en la mano, e imagino otra vida en la que mi madre no se deja engañar y huye conmigo a Francia donde nos aguarda papá, que también ha conseguido huir de su matrimonio. En esta fantasía me veo en el seno de una familia que me quiere y se enorgullece de mí. Tanto papá como mamá dominan el idioma y no tardan en situarse en París, él como profesor y ella como fotógrafa. Sí, en esa ciudad de las luces crezco como un niño normal al que no le faltan amigos. La creación de esta memoria ficticia y los primeros efectos del alcohol hacen que algo se calme dentro de mí y caiga en un estado de somnolencia del que solo despierto cuando me doy cuenta de que ya son más de las diez de la noche y mi madre todavía no ha regresado a casa.

Esta tarde no debimos haberla dejado sola por mucho que ella insistiese. Ahora tengo miedo de que le haya ocurrido algo. Así que poso el vaso en la mesilla y salgo de puntillas de mi cuarto. Desde el descansillo de las escaleras puedo ver a Diana en el centro del salón, sentada en el sillón, abstraída en las páginas de la novela de papá. Su

imagen concentrada, la blancura ostentosa de su piel y la languidez de su cuerpo me quitan la preocupación y me quedo en silencio, como un animal que acecha a su presa en la oscuridad. El alcohol no ha frenado mi deseo y me estremezco ante la idea conmovedora de recorrer con la yema de mis dedos su piel desnuda como si descubriese una geografía prodigiosa. Desde aquí estudio la expresión de su cuerpo, la descuidada elegancia con la que cruza las piernas, su mano izquierda en su hombro derecho, el codo sobre sus pechos improvisando un atril para el libro que sostiene con su mano derecha. La imaginación excita en mí un adelanto de su cuerpo y la siento tan dentro de mí que cierro los ojos y me quedo clavado en ese deseo hasta que ese escalofrío casi incestuoso hace acto de presencia. Un movimiento instintivo me hace retroceder, como si entendiese la importancia de no ser visto. Sin embargo, la madera rechina y me delata. Intento ocultar mi acecho y bajo las escaleras con decisión.

—¿Todavía no ha regresado?

—No. ¿Estás preocupado?

—Es tarde.

—Se ha quedado una noche agradable. Estará dando un paseo. A Laura le encanta caminar. Conoce bien este lugar. No tardará.

—Tienes razón.

Su voz dulce y lenta está cargada de un erotismo y una sospechosa complicidad que todavía contiene la tensión del deseo. Evito acercarme a ella y simulo buscar un libro en los estantes. En su boca asoma una sonrisa malévola, torpe, casi vulgar.

—Está gustándome la novela. Tiene un toque macabro, como de otra época. ¿Es posible lo del feto en formol?

—Laura podrá confirmártelo. Algunos de los libros de esta biblioteca pertenecieron a esas dos mujeres. Su caso no era único. Conservar tanto los fetos como algún órgano extirpado solía ser normal en algunas familias.

—Me parece espantoso y tétrico. Y tú, ¿quién eres?

—Lo sabrás al final.

Un extraño azar me lleva a coger El retrato de Dorian Gray, de Oscar Wilde que, en cierta forma, tiene concomitancias con el libro de papá. En ambas novelas hay un rastro

de terror gótico. La leí siendo apenas un adolescente y quedó grabado para siempre en mi cabeza el escalofrío macabro de ese hedonista que envejece en el cuadro.

Con el libro en las manos, me refugio en la cocina y bebo un poco de agua. Desde la puerta espío su perfil inclinado sobre la novela. Su pierna ahora está sobre un brazo del sillón y es una especie de péndulo que pauta un tiempo secreto. El cabello estalla en sus hombros y le da un aura de espejismo a su cuerpo. Es ciertamente atractiva y hermosa.

—¿Tienes fuego?

La convocatoria de su voz me vuelve a ella y, mientras enciendo una cerilla, caigo en la trampa de su boca y me quedo mirando la tensión de la primera calada con la que arruga sus labios carnosos en los que se concentra una irresistible voluptuosidad. Me mira con franqueza, me coge la mano izquierda y, de un brinco, se pone en pie.

—¿No vas a besarme?

El hormigueo de la sangre se precipita por mi cuerpo hacia un único punto del que enseguida me avergüenzo porque ella se aprieta contra mí como para comprobar mi erección. En un impulso de lujuria, la estrecho con fuerza y la beso con cierto escrúpulo por el whisky, pero a ella no parece importarle lo etílico de mi boca que se conjuga con el sabor a tabaco de la suya. El beso vuelve a ser largo e intenso. Me gustaría poder decir algo, frenar el deseo y este ímpetu que conduce mis manos por las formas de su cuerpo, deteniéndose en la orografía de su trasero. Estoy tan abobado y sometido por esta voracidad, que me olvido de que mi madre puede entrar en cualquier momento e introduzco mi mano derecha bajo su camisa. Me sorprende la ausencia de sujetador, el latido de sus pechos en las palmas de mis manos, la irrupción de sus pezones como miembros independientes. Ella se aleja un poco, porque el cigarrillo le quema los dedos, y, después de dejarlo en el cenicero, vuelve hacia mí y mete sus manos cálidas bajo mi camisa, remedando mis propios gestos como una burla erótica. Las palabras tiemblan en mi boca.

—Es una suerte tenerte aquí.

Diana no dice nada, me sella los labios con un dedo que huele a tabaco y se retuerce por mi cuerpo como una serpiente. Su mano busca mi sexo y ahora soy yo el que la imita. El placer es tan grande que temo que mi cuerpo estalle en cualquier momento. Sin embargo, la única detonación que se produce es la del teléfono que, de repente, resuena estruendosamente en la casa y extirpa de raíz nuestro arrebato. Me subo la cremallera y compongo un poco la camisa como si la persona que está al otro lado del

aparato pudiera ver mi intemperie. Cuando descuelgo, una voz extranjera pregunta por Laura. Es Bob Mulisch, su marido. Me excuso y le paso el teléfono a Diana, que se pone a hablar en inglés con una entonación sorprendente.

Esta brusca interrupción me desconcierta y me hace ser consciente del rapto de delirio en que me encontraba. Un ligero rubor se enciende en mi rostro, me dejo caer en el sillón y espero a que ella termine la larga conversación. La llamada ha sido oportuna porque el instinto nos había llevado tan lejos que después ya no habría lugar para el perdón. Por eso, ahora que cuelga y me dice que Bob volverá a llamar dentro de media hora, aprovecho para enfriar la excitación y la prevengo con una voz pausada y ceremonial.

—Tengo algo muy importante que decirte, pero primero conviene que termines la novela.

—¡Me falta poco! ¡Una hora y habré dado cuenta de ella!

Diana acompaña su queja con una caricia sobre mi pecho que intenta restaurar la intimidad de hace un momento, pero yo, que temo su inteligencia, me aparto y huyo hacia mi cuarto.

—No insistas. Solo te lo diré cuando termines. Estaré despierto.

Mientras subo las escaleras, puedo palpar su intriga a mis espaldas, el desconcierto que le ha producido mi rechazo inesperado. Me refugio en mi cuarto, abrazado a la botella de whisky como a una prolongación de su cuerpo, y aguardo con impaciencia el paso de los minutos que ella necesita para devorar la novela que, tal vez, borre nuestros deseos para siempre.

XVI

El vértigo de la ventana fue algo placentero e inexplicable. El hechizo de la muerte se quedó dentro y el cuerpo, desprendido, entró en una extraña ingravidez. Una puerta al vacío, un desierto que domina los sentidos y los adormece. Despreciar la muerte fue tanto como comprenderla. Y este paso me sumió en un estado de relajación en el que ya solo me excita el deseo de confirmar al muerto, ese hombre maltrecho que me miró con ojos capaces de penetrar en la oscuridad. Me niego a creer que pueda ser él. Es imposible. Pero la necesidad de corroborarlo me ha atado de nuevo a la vida y me hace abandonar la casa con una confianza nueva.

Me he deshecho del disfraz, de la necesidad de afirmarme en el presente, de aparentar una forzada felicidad. Ahora, aquí, me siento real y ya no tengo esa dependencia de vivir en los otros. Si no soy la que soy, por lo menos soy la que era y constantemente despiertan en mí las imágenes del pasado como algo propio y vivo. Incluso en ese niño que se cruza conmigo en la calle van los ojos de mi hermano Josep el mismo día del Alzamiento. Recuerdo que habíamos ido a bañarnos a las charcas del río Pedras y Josep estaba más inquieto de lo normal. Él no parecía ser consciente de lo que le ocurría. Pero yo sí pensé después que su enfermedad le había agudizado algún sentido que le hacía olfatear, como los animales, el peligro oscuro de un terremoto. Esa noche, en casa todos estaban pegados a la radio. Habían venido algunas familias a celebrar juntos la noticia. El vino corría generosamente incluso entre el servicio y un entusiasmo achispado había cubierto la casa. Sin embargo, Josep temblaba en una esquina como si se anticipase a la fatalidad de nuestro futuro. Muchas veces pensé que en su alma de niño se desarrollaba una violenta lucidez que le hacía comprenderlo todo. Aquello que tan feliz hacía a la familia —fue la única vez que vimos a papá agarrar una borrachera de subirse a predicar— constituía para nosotros un infortunio. El desconcierto de Josep era una expresión más alta que las palabras. Y nos quedamos los dos juntos en un rincón de su cuarto, ajenos a la euforia de estas familias que aplaudían el avance de los sublevados y se preparaban para la victoria en una guerra que nosotros de alguna manera ya habíamos perdido.

Estoy dentro de un tiempo diferente y lo vivo con la tranquilidad de quien se siente indemne. Todo está trazado. Sin embargo, la persona abatida y moribunda que ha entrado en el Liceo tal vez no sea un fantasma sino el mismo hombre que un día, apoyado en el mostrador de su farmacia, oye cómo le describo la composición de los edificios de los países participantes en la exposición universal que se celebra en Montjuich, sí, ese hombre que no acaba de creerse que mi abuelo Francesc también colabore en el

proyecto y que por eso, y porque la familia expone en uno de los pabellones, no ha podido venir este verano. En este momento yo todavía no sé que la atención tan entusiasta de este farmacéutico que acabará siendo mi amigo se debe a que su imaginación transporta sus inventos estrafalarios a ese escaparate mundial.

El deseo de que se trate de él me empuja hasta el Liceo y, cuando subo las escaleras, siento una flojera en las piernas e incluso estoy en un tris de volver por donde he venido porque el miedo a la frustración se apodera de mí. Pero finalmente entro en la cafetería y, sin levantar apenas la mirada, me siento en una mesa. Estoy encogida, con la cabeza gacha, y aguardo a que me atienda un camarero que me habla con la voz de quien ya está que no se tiene en pie y desea volver a su casa. Justo en el instante de pedirle el café, lanzo una mirada ansiosa por el local y veo al viejo allí, solo, en una mesa, inclinado sobre un periódico, con la cabeza apoyada en la palma de las manos y la curva de su joroba como un añadido postizo. No puede ser él.

En otra mesa, varios hombres con cigarros y copas elevan su protesta y miran a uno de ellos que baraja las cartas y las reparte. Tiene el pelo blanco y su cara me resulta tremendamente familiar. ¿De qué me suena? Él es el único que no ha reparado en mi presencia. Me gustaría preguntárselo al camarero, pero no lo hago. Me quedo observándolo en silencio y, justo cuando levanta sus ojos y los clava en mí con una violenta curiosidad, un escalofrío me recorre todo el cuerpo. Aseguraría que es Xosé Fontes, el Borrallas. Lo delata esa sonrisa viciosa que le estira la piel y le borra la máscara de los años. Sí, un dolor antiguo me cierra los ojos y me hace ver su camisa azul mahón con el emblema encarnado bordado en el lado izquierdo, el brillo de sus botas y correajes y, sobre todo, la borracha perversión de un camisa nueva que encontró una plataforma para su odio. Me esfuerzo por evitar esa imagen, pero permanece con tanta nitidez que me veo en la obligación de un callado desafío y lo miro, con rabia, orgullosa de mi presencia, de estar viva, a pesar suyo. No creo que me reconozca. Tal vez yo estoy en un error y ese hombre no sea el falangista que acompañó a la Guardia Civil para detenerme en la farmacia de los padres de Máximo, después de que registrasen mi cuarto y encontraran los negativos. Nunca supe qué familia se había ido de la lengua y había cantado mi autoría. Imagino alguna mujer a la que amenazaron con matarle a algún hijo, alguna a la que le raparon la cabeza, obligaron a beber aceite de ricino e hicieron desfilar por la calle no solo como escarmiento personal sino también para meter el miedo en el cuerpo a la población. No lo sé ni me importa demasiado. Si es él, me gustaría que me reconociese y sintiera cierto desasosiego y los zarpazos de la conciencia. Pero él, que está concentrado en la partida, ya no es quien me mira. Ahora lo hace el viejo de la otra mesa, que ha cerrado el periódico y ha acomodado su joroba en el respaldo de la silla. El color enfermizo de su piel y la melancolía triste de esos ojos

vuelven a sembrar la duda. ¿Será mi amigo el inventor? Aprovecho que el camarero pasa a mi lado y le pregunto quién es el hombre viejo que está solo en aquella mesa.

—Nardo Rutllá, el boticario.

—Gracias.

La emoción me hace llevarme las manos a la cara y me quedo atónita un instante, incapaz de comprender cómo la morfina y el alcohol le han permitido pasar de los ochenta. Mi gesto de sorpresa parece confirmar también sus dudas, se levanta con dificultad y viene caminando torpemente hacia mí. Lo recojo en un abrazo silencioso. Los jugadores de cartas detienen el juego y estudian la emoción de nuestro encuentro. Me divierte esa curiosidad unánime y retengo a Nardo Rutllá entre mis brazos para alargar ese placer.

—Te creía muerto.

—Era yo quien que te creía muerta a ti. ¡Máximo me aseguró que te habían condenado y fusilado en la cárcel de Madrid! ¡Es increíble! ¡No puedo creerlo!

Nos sentamos cogidos de las manos, atrapados por el deseo de aceptar la evidencia de nuestras vidas. Una sonrisa tiembla en esa dentadura postiza que lo distancia de su verdadero rostro. Nardo Rutllá es una sombra de lo que fue. Tiene demasiados años.

—¿Qué pasó con la morfina?

—Si sabes dosificarla no se convierte en un veneno. Aprendí a vivir sin ella. Pero, no creas, sigo echando de menos las ventanas que abría cada inyección, el alivio, aquel sopor que exageraba la vida e inducía al paraíso. Y tú ¿cómo salvaste el pellejo?

Su voz ronca da a las palabras una profundidad desolada. Sus manos cálidas y translúcidas acarician ahora mi cara. Huelen a una mezcla de tabaco y café. Tiene los ojos anegados y temo que en cualquier momento se ponga a llorar.

—¿Y qué fue de tu promesa de construir un globo gigante para dar la vuelta al mundo?

—¡Ah! ¡Lo hice hace más de treinta años! Está recogido en la prensa. Me gasté tanto dinero que casi acabo sin casa.

—¿Diste la vuelta al mundo?

—No, no. Me estrellé al poco de despegar. Menos mal que fui a caer en el mar, cerca de la Illa dos Ratos. Estuve en el hospital el tiempo suficiente como para quitarme de la cabeza más deseos de aventura. Desde entonces ya no soy capaz ni de soltar un globo en la fiesta del Carmen. Mi afición se cortó de cuajo.

De una forma resumida le cuento que me soltaron, que huí a Francia, que estuve en los campos de concentración alemanes y emigré a los Estados Unidos donde tengo una familia aguardándome. Sí, cuando hablo de Bob incluso me sorprendo de la euforia de mis palabras, que nacen de una misteriosa necesidad de volver a él. Me reservo lo de mi amnesia porque sé lo suficiente de mi vida para no tener que inventarme nada. Lo que me une a Nardo Rutllá permanece intacto en mi memoria.

Con cada una de mis palabras compruebo su asombro y me llega el murmullo de los jugadores de cartas. Parecen interesados en saber quién soy.

—¿Y tú?

—Cuando murió mi madre, vendí la casa y traspasé la farmacia. Les compré un piso a las Montenegro en la calle Gasset y me dedico a mis aficiones. Siempre he sido la envidia de muchos vecinos.

—¿Y los inventos?

—Conseguí alguna patente, poca cosa, y publiqué El diccionario de las palabras copuladas.

—¿De verdad?

—Lo costeé yo mismo y lo imprimí aquí, en la de Crusat. De la distribución también me encargué yo. Te regalaré uno.

El centelleo de sus ojos tiene una expresión casi infantil que ahora me hace regresar a la pasión que Josep tenía por esas palabras que Nardo Rutllá nos regalaba como flores espontáneas. Él parece adivinar mis pensamientos y apaga su euforia para explicarme las circunstancias de la muerte de mi hermano.

—Yo vi cómo dos marineros lo sacaban del agua. Hacía un frío que pelaba, y su rostro desprendía una profunda serenidad. Tu detención lo desconcertó y volvió su mundo del revés. Por las mañanas solía venir a la botica y yo intentaba calmar su dolor diciéndole que volverías pronto. Pero él me aseguraba que en vuestra casa insistían en que habías muerto. Nunca comprendí esa crueldad.

El dolor me acerca el rostro candoroso de Josep, sus ojos vivos y la franqueza de su delirio. Las palabras de Nardo Rutllá me hacen recordar la responsabilidad que sentí cuando me detuvieron, ignorante todavía de la posibilidad de su muerte. Más que un hermano, Josep era para mí como un hijo al que tenía que cuidar y al que no podía dejar solo. Mi angustia era la de la madre que deja a su pequeño durmiendo en la cuna mientras ella baja a comprar el pan, sin saber que van a detenerla en la calle. Cuando estaba en la cárcel me atormentaba pensar que Josep estaba solo como ese niño que se muere poco a poco en la cuna, ahogado en su propio llanto.

—Mi sobrina y yo estamos en la casa de Máximo. Su hijo Pablo es muy amable. Nos ha obligado a reinstalarnos allí.

—El pobre ha sufrido mucho. Su mujer, su madre y hace poco su padre, todos han muerto.

Los jugadores de cartas se quedan mudos y aguzan el oído como queriendo alcanzar nuestra conversación. Nardo Rutllá es consciente de su acecho y amortigua el volumen de su voz para confirmarme que sí, que el hombre de pelo blanco es el hijo del doctor Fontes.

—Él fue uno de los que me detuvieron.

—Lo sé. Siempre he procurado mantenerme lejos de él. Es un ser violento. Ahora, con la democracia, ha perdido su poder y ha dejado la camisa azul en el armario. Un día, aquí, se puso a despotricar sobre política y utilizó una frase brillante, y Máximo, que estaba sentado en una mesa leyendo, le espetó delante de todos que aquellas palabras no eran suyas sino de Churchill. El muy fanfarrón se envolvió con aspavientos agresivos y Máximo le soltó con calma refinada que por mucho que gritase y lo amenazara, las palabras del político inglés no iban a ser suyas. Rabioso, el Borrallas se marchó avergonzado como un perro y todos supimos que si esa humillación se hubiese producido años atrás, Máximo lo habría pagado caro. Es un bocazas. Su conciencia debe de cargar con un buen número de muertes. Su padre era mejor persona y se avergonzaba un poco de este hijo que no quiso estudiar. Estoy convencido de que él es uno de los pocos que saben dónde está la fosa común de los que nunca han aparecido. No te acerques a él.

Nada me empuja a hacerlo, ni siquiera la indignación y la venganza. Pero me gusta saber que Máximo se resarció inteligentemente de la brutalidad que Xosé Fontes empleaba con él cuando apenas éramos unos niños.

—Y tú, ¿a qué te has dedicado?

—A lo único que sabía hacer. Fotos.

—¿Fotógrafa?

—No debería extrañarte. Tú me enseñaste a captar la luz.

El brillo alegre de sus ojos revela el orgullo de haber participado en mi destino. Lo veo tan feliz con la noticia que amplío mis referencias y le digo que he expuesto en Nueva York, que tengo varios catálogos publicados con mi nombre de casada, y que, dentro de lo que cabe, he tenido cierto éxito.

—¡No me extraña! ¡Claro que no! Eras muy buena. Me gustaría ver tu trabajo.

—Creo que, por el momento, va a ser complicado. Todo se ha quedado en mi casa de Brooklyn. ¿Y tú?

—Algunas de estas fotografías que están colgadas en la pared son mías. Son tan antiguas como yo y su valor es más testimonial que artístico. Hace años que no utilizo la cámara. No me gusta el color. Aquellas de allí son de Abelardo Soler y las otras, las más antiguas, de Hermógenes Garita. Murió en los años cuarenta.

Observo las fotografías más próximas a nuestra mesa y puedo ver un equipo de fútbol, la chimenea de la fábrica del Pozo antes de la explosión, la casa de don Paulino Santos, una embarcación en A Covecha e incluso un carro tirado por caballos en la calle Gasset.
Mi memoria se sitúa en ese tiempo sepia y vuelvo a ver a don Hermógenes Garita tras el mostrador de su tienda de A Calzada, aconsejándome con ese acento vasco que robustece sus palabras. Hay algo en su voz, en la forma de sacudir los hombros y colocar las manos, que me recuerda a mi abuelo Francesc. Sus lecciones son un tanto rudimentarias y prácticas, pero me permiten aprender lo más básico de la fotografía.

—¿Quién gobierna en el ayuntamiento?

—Los de siempre. El alcalde que tenemos ya lo era durante el Franquismo, solo que ahora ha sido elegido democráticamente. Suele presumir de haber nacido sin zapatos. Aquí los cambios son pocos.

Los jugadores abandonan la partida y se disponen a irse. Xosé Fontes se acerca al mostrador para pagar y no deja de mirarme con una curiosidad hostil. Tal vez ya me ha

reconocido. Sigo cada uno de sus movimientos y cuando pasa a mi lado no siento por él más que indiferencia. Ni siquiera odio. Enseguida lo olvido para concentrarme en Nardo Rutllá.

La noche se ha cerrado por completo y la cafetería del Liceo se ha librado de las voces roncas de la partida. El silencio apenas se ve interrumpido por el ruido del televisor y el tintinear de los vasos que recoge el camarero.

—¿Hablabas a menudo con Máximo?

—No te creas. Se volvió un ser muy reservado, y ni siquiera cuando se jubiló y se vinieron a vivir definitivamente aquí acostumbraba a salir de casa. Ya sabes, siempre los libros.

—Cuando lo conocí prometió que iba a leer todos los libros del mundo.

—Te puedo asegurar que lo intentó. No recuerdo verlo sin un libro en la mano. Las novelas eran como un apéndice más de su cuerpo. Ayer compré su libro póstumo. Una novela.

—¿Una novela?

—Sí. Aún no la he empezado. En la librería Outeiral la tienen en el escaparate. ¿Pablo no te ha dicho nada?

—No, no ha tenido tiempo.

Pues sí, resulta realmente extraño que Pablo no me haya dicho nada de esa novela. Tal vez no le agrade mucho el libro y no le da demasiada importancia. No lo sé. Cuando vuelva se la pediré. Me hace ilusión saber que él también escribió un texto de ficción.

—¿Y su mujer?

—Carmen no salía de la iglesia. Era seca y un poco estirada. No lo sé. Juraría que Máximo siempre tuvo nostalgias de ti. ¿Por qué nunca le escribiste? Se habría llevado una gran alegría al saberte viva.

Vuelvo los hombros y me callo. Sé que lo confundiría si le digo que sí le escribí y que nunca obtuve respuesta. No, no lo entendería.

—¿Sabes quién estuvo aquí, en esta misma mesa, hace tres años?

—¿Quién?

—El comandante Sotomayor.

—¿Quién?

—Xosé, el Noé. Nunca se olvidó de ti y de todo lo que hiciste. ¿No lo recuerdas?

—¡Claro que sí! Pero, ¿por qué le llamas comandante Sotomayor?

—¿No te llegaron noticias de él a Nueva York? Salió en la prensa de todo el mundo. Se convirtió en un símbolo en los años 60 cuando secuestró, junto a otros exiliados revolucionarios, un trasatlántico al que llamaron Santa Libertad. Querían denunciar internacionalmente las dictaduras de Salazar y de Franco. Al final les concedieron asilo político en Brasil.

Me asusta el entusiasmo de sus palabras y me da miedo que descubra lo de mi amnesia. Quizá lo supe en algún momento de mi vida americana, pero no lo recuerdo. Él era quien comandaba las partidas de los huidos, un comunista que me encargaba libros para leer cuando estaban entrañados en la sierra. No me sorprende lo que me está diciendo. Era un hombre decidido. El padre de Máximo lo ayudó a huir en el otoño de 1937.

—Un héroe, sí, y escribió un libro en el que cuenta lo del secuestro. Su vida fue también toda una aventura. Después de huir a través de Portugal, consiguió llegar al puerto de Burdeos y de allí pasó a la zona leal donde luchó en favor de la República. En los últimos meses de guerra lo destinaron a la embajada de París. Tras la derrota republicana lo internaron en distintos campos de refugiados y, finalmente, lo detuvieron los de la Gestapo y lo enviaron a Auschwitz. Nos contó que, cuando lo liberaron las tropas soviéticas, pesaba solo treinta y siete kilos. Rehizo su vida en Venezuela con otra mujer y vendió el negocio que había montado allí para sufragar parte de la operación de secuestro. Máximo y yo incluso estuvimos aquí con él tomando un café. Lo vimos muy mayor y un poco desilusionado a pesar de que ya había muerto Franco y las cosas estaban cambiando. Hacía tiempo que había roto con el Partido Comunista. ¿Sabes? Se interesó por ti, por la muchacha rubia de la bicicleta, y se emocionó mucho cuando Máximo le confesó que te habían fusilado precisamente por haberlos ayudado a ellos. Se lamentó mucho. Esa noticia le dolió, puedes estar segura. Pablo tiene su libro, sin duda. Si no, puedo dejarte yo mi ejemplar.

No consigo recuperar del todo el rostro de este hombre que era el único de los huidos que me hablaba de sus lecturas allí en lo alto de la montaña. Recuerdo, sí, sus orejas pronunciadas, su escaso pelo y esa mirada inteligente con la que me escrutaba. Había algo elevado y firme en su expresión marcial, disciplinada, pero las formas de su rostro se licuan en mi cabeza como mantequilla al sol. Es posible que supiese de él en Nueva York y que incluso alardease ante Bob de haber conocido y ayudado a este hombre que había puesto su vida tantas veces en peligro. Resulta curiosa la semejanza de su vida con la mía y la de Mercedes Núñez. A esta afinidad se suma el hecho de que él también escribiese un libro. Es como si las palabras impresas creasen entre nosotros un vínculo más fuerte que la tragedia y el dolor.

—¿Y don Victoriano?

—Ya hace mucho tiempo que murió. Estaba muy unido a su madre, doña Angelita. Alguna gente lo tachaba de escritor algo reaccionario, pero él llegó a estar en la cárcel por ser republicano. En los últimos años de su vida estaba mucho con Máximo. Eran buenos amigos.

De repente, el camarero apaga el televisor y el bar se envuelve en un silencio pesado que me hace mirar el reloj. Es demasiado tarde. Diana y Pablo deben de estar preocupados por mi ausencia.

—Nos está echando.

—Diría que sí.

Nardo Rutllá se levanta con dificultad y se acerca a la barra para pagar. El camarero abandona la escoba y no disimula su cansada alegría por nuestra marcha.

La noche está fresca y Nardo Rutllá me acompaña hasta la puerta de la casa de Máximo. Cogida de su brazo, aspiro el olor a tabaco y medicina que desprende su chaqueta y creo oír el estallido de sus huesos a cada paso que da. Apenas decimos nada. El tiempo se ha echado sobre nosotros y nos ha instalado en un lugar extraño y tan irreal que, por un momento, tengo la impresión de que estoy siendo acompañada por un muerto o un fantasma.

XVII

Leí con rabiosa urgencia el libro, aunque el ansia por terminarlo no nacía tanto del pulso de esta historia macabra y decadente como de la voluntad de volver a él. Aguardé a que se durmiese mi tía y me dejé arrastrar por el deseo. Pero en cuanto penetré en la penumbra del cuarto de Pablo y vi el brillo ebrio de sus ojos, supe que algo doloroso latía en la bóveda de su pecho. En ningún momento me podía imaginar nada de lo que iba a contarme con una voz rota por el llanto. Perpleja, inmóvil en la oscuridad, en silencio, con el cuerpo rígido y la respiración contenida por el asombro, fui oyendo los pormenores de su confesión como si recogiese los fragmentos de un recipiente roto, y no fui capaz de asimilar la realidad de las palabras. La tensión me obligó a encender un cigarrillo tras otro e incluso bebí directamente de la botella de whisky para soportar esta verdad oscura y sorprendente que lo cambia todo. Mientras él hablaba, yo no dejaba de anticiparme al momento en que ella lo supiese; me asusta su posible reacción. Pablo y yo sabemos que ese salto al vacío es necesario y discutimos la estrategia, la forma y el momento más propicio para decírselo.

—Primero deberíamos darle el libro y esperar a que lo lea.

Pablo acepta mi consejo, pero en sus gestos percibo la angustia de quien está abocado al fracaso.

La historia es tan increíble que dentro de mí hay una íntima resistencia a absorber todas las consecuencias de esta filiación que nos vincula de una forma próxima y desconcertante. A la alegría de mi tía se opone este deseo carnal que aún no ha desaparecido de mi cuerpo y me lleva hacia Pablo, que ahora está con los brazos apoyados en el alféizar de la ventana. Lo abrazo por detrás y apoyo mi rostro sobre su espalda.

—Las cosas han cambiado, Diana.

—¿Lo dices porque somos primos?

—No lo sé. Estoy un poco tocado por el alcohol.

—He hecho un largo viaje hasta dar contigo y no voy a renunciar a ti por muy primo mío que seas.

Como empujado por algún resorte, Pablo se vuelve hacia mí y busca precipitadamente mis labios hasta morderlos. Su lengua sabe a noche, a intemperie, y

mi cuerpo se abre al vacío. El whisky ha aumentado el deseo y embrutecido las caricias, que se atropellan y nos despojan de la ropa con una violencia misteriosa. Y como si nos avergonzásemos de los cuerpos iluminados por la luna, buscamos el cobijo de las sábanas y nos quedamos un momento con los ojos fijos en el techo de madera, prolongando a sabiendas el anhelo de la carne hasta que nos exploramos con las manos y los labios y dejamos que los sexos se busquen solos en el temblor de los cuerpos. Sentada sobre él, que busca como un chiquillo ansioso el bulto de mis pechos, retengo, ataco, amago alguna indecisión y vuelvo a esta fruición genital que hace estallar todos mis sentidos. Me corro un par de veces antes de que él derrame en mi interior su espasmo y me quedo un instante sobre él, con su sexo dentro, aprovechando el placer de sentir la contracción de la carne en una huida lenta y deliciosa.

—Qué lástima que haya muerto tu padre. Habría sido un encuentro emocionante. ¿Tú crees que la seguía queriendo?

—Ahora estoy convencido. La tristeza con la que se conducía papá tenía mucho que ver con esa ausencia.

—¿Es posible que tuviesen algún contacto en todos estos años?

—Lo dudo. No sé si la dejadez de papá se correspondía con su propia cobardía o con la promesa que le hizo a su mujer. No entiendo cómo no se atrevió a decirme la verdad, por lo menos después de que muriese mi madre adoptiva.

—Te lo dijo en el hospital.

—Más bien fueron los delirios de la morfina. Y ya era tarde, muy tarde.

Poco a poco, me desligo de su sexo dormido y me tiendo a su lado, cobijada en su brazo derecho, que me atrae hacia su pecho. Mi cuerpo, distendido, se hunde en el colchón y acoge como una caricia nueva la brisa que entra por la ventana. Hacía tiempo, mucho tiempo, que no me sentía así. En la expresión de Pablo también percibo el rastro tranquilo del placer.

—Tengo miedo, Diana.

—¿De qué?

—De que Laura no me quiera como a un hijo. Hoy he recordado la triste historia de uno de los niños de la guerra que fueron evacuados a Rusia. Creo que la vi en un reportaje de la televisión. No lo sé muy bien. El caso es que con dura frialdad explicaba

que cada vez que se abrazaba a un roble sentía que estaba en Galicia; sin embargo, cuando después de muchos años regresó y abrazó a su madre, no sintió nada.

—Laura te querrá, no lo dudes. Precisará algún tiempo.

Intento ponerme en el lugar de mi tía, imaginar su asombro, el centelleo aturdido de sus ojos, su incapacidad para gritar, solo concentrada en sostener el hilo que la salva de un oscuro vértigo. No es fácil ocupar su lugar. La amnesia le ha borrado muchos años y su memoria debe de estar tan cerca del momento del parto que le es imposible aceptar el tiempo y la posibilidad de que Pablo sea, sí, ese hijo del que conserva en lo más profundo de su alma el golpe sordo de sus patadas.

—¿Crees que a mi madre le agradará nuestra relación cuando sepa que somos familia?

—Seguro que estará encantada.

El repique de la campana anuncia las tres de la madrugada y despierta en la noche el suave murmullo de las olas contra el casco de los barcos amarrados en el puerto. La luna ha entrado de lleno en el cuarto y ha puesto luz a nuestras siluetas.

—¿Me ayudarás?

—No lo dudes.

Pablo se gira y posa su cabeza sobre mi pecho. Algo antiguo y firme me une a él. Recorro su brazo desnudo y su columna vertebral hasta la ondulación de las nalgas, que es hasta donde alcanza mi mano, y tengo la impresión de que ya he estado otras veces en este cuerpo. Con el dedo índice trazo el dibujo de su pene blando y mi contacto lo despierta de su letargo. Me excita ver el cambio lento de su erección, primero ensanchándose y después prolongándose con una leve querencia hacia la izquierda, como si ya sintiese la dirección de mi sexo, que vuelve a abrirse como un bivalvo. Ahora es Pablo quien toma la iniciativa y me codicia con la boca. Cierro los ojos de placer e intento grabar este escalofrío en la memoria, las vetas de mi cuerpo que él va descubriendo con la lengua. En sus incursiones siento su delicadeza, la suavidad resbaladiza de cada caricia, el olor de mi propio sexo en sus labios, la delicia de su respiración sobre mi piel, el peso de su cuerpo sobre el mío, el empuje controlado de sus caderas que se mueven rítmicamente amortiguando el deseo y anulando por completo la razón. Vuelvo a correrme y me agarro a él con fuerza, como si quisiese retener para siempre este instante en el que los dos sudamos y nos fundimos en algo mucho más

fuerte que un abrazo. Daría cualquier cosa por quedarme así, en silencio, en este letargo febril, adormecida por este olor a sexo que ha impregnado el cuarto de tal manera que ni la brisa nocturna es capaz de borrarlo. Pero, de repente, siento cierta humedad en mi mejilla y caigo en la cuenta de que Pablo está llorando. Es un llanto suave, contenido, que me asusta y me obliga a apartarme de él para mirarlo a los ojos.

—¿Qué te ocurre?

—Nada. Tu cuerpo me ha hecho olvidar el de Rocío y, no sé muy bien por qué, me siento un poco culpable, desleal.

No sé si esto es bueno o malo y no digo nada. El miedo sube por el estómago y se anuda en la garganta cuando veo que se levanta y se apoya en el alféizar de la ventana. Está desnudo y la luna radiografía las formas de su cuerpo. Estoy asustada y aguardo con ansia sus palabras.

—Desde su muerte, cada día he estado buscando algo de ella en los demás, y su ausencia ha ocupado una parte importante de mi vida. Tú, sin embargo, has desplazado esa necesidad. Apenas llevamos unas horas juntos y tengo la impresión de que algo nos ata desde hace mucho tiempo.

—Yo no quiero que olvides a Rocío. Ella forma parte de ti, de tu memoria y yo te prefiero con todo tu pasado. Soy feliz así, junto a ti. No quiero competir con los muertos.

Busco un cigarrillo en la mesilla y lo enciendo antes de abandonar la cama y colocarme a su lado junto a la ventana. El frescor de la noche acaricia nuestra piel todavía excitada y escuchamos en silencio el rumor del mar golpeando contra el dique. Pablo pone su brazo sobre mis hombros y me aprieta con fuerza contra él.

—Quiero pedirte un favor.

—Tú dirás.

—Me gustaría leer el libro de mi madre, pero apenas sé inglés. ¿Estarías dispuesta a traducírmelo?

—No soy una experta.

—¿Lo harás?

—Sí, claro que sí. Tienes que saber que hay páginas muy duras que, como hijo, te harán daño.

—No importa.

Pablo tiene mi corazón en su mano. En este instante haría cualquier cosa que me pidiese. La sensación de placer es tan grande que mi cuerpo parece vacío, a punto de elevarse como un globo. Llegar a él ha sido el mejor premio de este viaje que comencé hace meses.

—Estoy asustado.

—No te preocupes. Laura será la mujer más feliz del mundo cuando sepa que tú eres su hijo. Ya lo verás.

Como si de pronto le molestase el centelleo dulce de la luna sobre la superficie del mar, Pablo deja la ventana, me coge de la mano y me atrae de nuevo hacia su pecho desnudo.

—Espero que no te equivoques.

En su voz inspirada vibra el miedo y una ternura crepuscular, resignada. Sin alejar nuestros cuerpos, volvemos a la cama y dejamos que sea el propio murmullo de nuestras voces el que nos adormezca y se pierda en la profunda calma de la noche.

XVIII

La busco a tientas, pero Diana ya no está. Se escurrió de la cama sin que yo me diese cuenta y me ha dejado solo. Sin embargo, el recuerdo de su cuerpo, que permanece como una sensación física en la punta de mis dedos, borra la impresión de que todo ha sido un sueño.

El fresco de la mañana mueve los plátanos del jardín y traspasa mi piel hasta restaurar un escalofrío que hace bailar mi columna. El corazón late con fuerza dentro de mi pecho. Estoy asustado, como si acabase de despertarme en una casa extraña, y me aterra la idea de salir de este cuarto. Pero no me queda otra. Tengo que hacer frente a los hechos.

Después de darme una ducha, me visto y salgo a las escaleras. Desde el descansillo observo el salón y, de repente, como una aparición ostentosa, veo a Laura allí, sentada en el sillón, con un libro en la mano, en la misma postura que ayer por la noche tenía Diana. Es una imagen duplicada.

Bajo lentamente los peldaños y acaricio las palabras con las que quiero acercarme a ella. La ansiedad me seca la boca y provoca en mí un pánico cada vez más agudo. Por suerte, de la cocina llega ruido de la vajilla y me tranquiliza saber que Diana está allí. Aun así, detrás de la sonrisa de mi madre parece esconderse una complicidad, el centelleo de una sospecha, la confirmación de quien descubre un secreto. Sí, ese gesto prueba su conocimiento sobre lo que esta noche ha ocurrido en mi cuarto y me avergüenzo un poco, como si hubiese sido sorprendido en un acto indecoroso y prohibido. Está leyendo el libro que el comandante Sotomayor escribió sobre el secuestro del Santa María.

—¿Ha dormido bien?

—Sí. Lo he encontrado en los estantes.

—¿Lo conoció?

—A tu abuelo Luis y a mí nos detuvieron por ayudarlo a él y a otros que se habían echado al monte.

—¿Ha desayunado?

—Sí, hace ya una hora.

Me cuesta sostener su mirada y huyo hacia la cocina. Diana, de pie, bebe una taza de leche y en su pijama azul laten sus pechos como dos pájaros atrapados en una red. Está hermosa. Que anoche nos durmiésemos casi al amanecer no parece haberla afectado. Me acerco a ella, le acaricio los labios llenos de leche y le digo que he sentido su falta al despertarme. Pero su reacción, fría, viene envuelta en el bisbiseo inquietante de sus palabras.

—Laura ya lo sabe.

—¿Qué?

—Lo del libro de tu padre. Se lo dijo un viejo amigo. Me ha preguntado si yo sabía algo y le he dicho que no. Está esperándote.

Bebo la leche fría y busco dentro de mí una excusa y el valor preciso para encarar la verdad.

Diana parece ausente y me desafía en silencio. La percibo lejana, como arrepentida de todo lo que ocurrió anoche. Tal vez sea una impresión mía, pero no me gustaría perderla y siento la doble necesidad de ser amado por las dos, como amante e hijo. Así que el orgullo me da fuerzas y vuelvo de nuevo al salón. En uno de los cajones bajos están algunos ejemplares de la novela de papá. Cojo uno y, como si me quemase las manos, lo dejo en su regazo y por primera vez soy capaz de tutearla.

—No me he atrevido a dártela antes.

—¿Por qué?

—Te la dedicó a ti. Me preocupaba tu reacción.

La confianza de mis palabras parece asustarla porque, en un primer momento, se echa hacia atrás y todavía tarda un poco en coger el libro para buscar el texto que figura en las primeras páginas. Desconozco el significado oculto de la dedicatoria, pero, después de leerla, ella abraza el libro y cierra los párpados para ocultar sus lágrimas. Me siento violento espiando su esfuerzo por contener la emoción y vuelvo a la cocina. Diana ya ha terminado de desayunar y no es ajena a lo que acaba de suceder.

—¿Qué te parece si nos vamos a la playa? Sospecho que mi tía quiere quedarse a solas.

—Contigo iría al fin del mundo.

—¿Estás seguro?

—No lo dudes.

Aun siendo un poco empalagosa, en este momento mi respuesta es sincera. Estar con ella es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. Además, me anima este primer paso. Sé que cuando mi madre termine la novela, todo será más fácil. De algún modo, la lectura puede ser una especie de preparación para esa verdad que se abrirá en su mente como un abismo.

Y, efectivamente, Diana le habla de nuestro plan y ella insiste en quedarse en casa para leer el libro. En su rostro hay ahora una expresión hermética, como si el mundo no existiera más allá de esas páginas.

No tardamos en salir a la calle con los bártulos de la playa y la dejamos sola en el salón, rígida en su deseo, intuyendo tal vez la oscura liberación que le aguarda en cada rincón de la novela.

Hoy volverá a estar el cielo despejado y al mediodía el sol calentará hasta caerse los pájaros. Pero ahora, en estas primeras horas de la mañana, todavía queda una suave gasa de niebla que la brisa lame poco a poco, como si fuese descorriendo una cortina. En O Areal aún no hay mucha gente y se abre ante nosotros el arco desolado de la playa. Clavo la sombrilla en la arena y no pierdo de vista a Diana, que se quita el vestido con dejada sensualidad. Hoy luce un traje de baño negro que se ajusta a su cuerpo como la piel de un delfín. Sus pechos son hermosos y las piernas expresan una elegancia de cigüeña. Me gusta todo de ella. Por eso, cuando le unto con crema la espalda, siento de nuevo la excitación, la invocación de la carne, el temblor de los cuerpos. La noche está lejos, como un sueño, y el deseo se apodera de mí con la misma fuerza de ayer. Soy un hombre afortunado por tenerla aquí, a mi lado.

—¿Has traído el libro?

—Sí.

Las sillas están juntas y ella queda fuera de la sombra que proyecta la sombrilla. Su traducción es lenta, atropellada, pero el hechizo de las palabras mantiene mi alma en vilo. La tensión del relato me provoca un nudo en el estómago y a veces hace que cierre los ojos, como para borrar la ilusión de las imágenes que provocan en mí un vértigo, un rechazo. Asumo una especie de culpa por todo el sufrimiento de mi madre y sospecho que mi llanto al nacer pudo haberlo cambiado todo. Cada página es una herida, un

escalofrío, una bofetada que, sin embargo, no aplaca el ansia secreta con la que escucho los capítulos. Me impresiona la hostilidad de esa voz interior con la que mi madre confirma su experiencia. El tono de su testimonio es despiadado, brutal. En cada palabra, en cada adjetivo, en cada verbo, se rebelan los reproches y es esta íntima agresividad consigo misma la que le da a su confesión un pulso auténtico, legítimo.

—No entiendo el título.

—Ya lo entenderás más adelante.

Diana parece consciente de mi asombro y refuerza el relato con una lectura dramática, efectista. A veces se detiene, como si estuviese buscando la palabra exacta para la traducción, y yo pellizco su pierna para obligarla a continuar con la lectura de este libro que está escrito sin concesiones.

Mi concentración es tan imperturbable que apenas me doy cuenta del paso del tiempo y de la cantidad de gente que ha bajado hasta la playa. Estoy dentro del campo, atrapado en el cuerpo de mi madre, y la sed, el dolor, la humillación que transpiran las páginas, ponen en mi frente el sudor frío del miedo y la desesperación. Me emociona la ternura con la que recuerda su relación con papá, elevando su amor por encima de los libros y del tiempo. Las referencias son tan breves como intensas.

De todo lo que me lee, lo más difícil de soportar para mí es el capítulo en el que aparece esa amiga embarazada a la que mi madre intenta salvar la vida matando a su hijo. La coincidencia con su vida es tan escalofriante que no dejo de cavilar sobre el momento terrible en que mi madre le dice a su amiga Ivonne que su hijo ha nacido muerto. Este acto tuvo que ser muy duro para mi madre. Volver a sentir su propia tragedia dentro de ese infierno debió de resultar mucho más demoledor de lo que traslucen las palabras.

—Me asusta pensar que ella ya haya llegado al pasaje de la novela de papá en el que Socorro da a luz a un niño muerto. Seguro que le dolerá esa pérdida y la misma compasión de su hermana introduciendo el feto en un tarro de formol y haciéndole creer que tuvo gemelos.

—¿Tú crees que ella sospechará algo?

—No lo creo.

Cada minuto que pasa me aproxima más a ese momento y la angustia va instalándose en mi pecho.

Ya han pasado más de dos horas. Diana hace un gesto como de cansancio y me pregunta si damos un paseo.

—Después podemos bañarnos.

—No sé. Yo soy muy friolero. Ya veremos.

Diana se pone en pie, marca la página donde nos hemos quedado y deja el libro y la pamela azul sobre la silla. Voy tras ella y, cuando estoy a su altura junto a la orilla de la playa, le cojo la mano y se la aprieto como si tuviese miedo de que pudiera escapar. Cada vez que me cruzo con algún conocido, lo saludo y me dejo llevar por una misteriosa vanidad. El rastro que han dejado las páginas del libro me ha unido más a Diana, que busca la resaca de las olas y entierra los pies en la arena blanda y mojada. A veces chapotea en el agua y yo me estremezco de placer y de frío al mismo tiempo. Cuando cierro los ojos incluso puedo sentir a Rocío caminando a mi lado, escudriñando a las personas que se abren a su intuición con asombrosa facilidad. Y no, no me importa recuperar el rostro de Diana. Su presencia sigue siendo un sueño. Y si siempre busqué a Rocío en los rostros y en los gestos de otras personas, con Diana no ocurre lo mismo, aunque ahora recuerdo el paseo de aquella tarde en la que el médico nos confirmó la malignidad del tumor y el derrumbe de nuestras vidas. Rocío fue muy valiente. Yo no estuve a la altura y sentí pánico por mi incapacidad. No supe qué decir y, una vez más, me quedé callado, en un silencio tan terrible que a veces deseaba que su muerte se produjese rápidamente para evitar ese suplicio compasivo y doloroso. Era como si acabáramos de confesarnos algo sucio que nos alejaba para siempre. Curiosamente, fue ella quien comenzó a preocuparse por mí.

Llegamos hasta el final de la playa, casi en la desembocadura del río Santo Antonio. Desde aquí, la punta de O Xobre cierra la línea del horizonte donde se divisan algunos barcos con el telón de fondo de Cabo de Cruz, que parece flotar en la distancia confusa de la ría.

Diana vuelve a salpicarme con el agua y la persigo hasta que la alcanzo y la ciño con los brazos, inmovilizándola, anulando su juego. Como si mi fuerza no fuera suficiente para sostenerla, la beso con pasión y noto cómo el deseo tiembla en sus labios, en esta boca en la que está registrada la memoria de anoche, la fiebre del cuerpo. Finalmente cede y siento sus brazos rodeando mi cintura en algo que creo es un abrazo y que acaba siendo una trampa para empujarme con ella hacia el agua. La inmersión es violenta y el agua fría atraviesa mi cuerpo como un cuchillo. Me cuesta abrir los ojos y lo primero que veo es la risa fresca y radiante de Diana, que permanece en el agua, sentada de lado como una sirena que han arrastrado las olas.

—Te debo una.

Diana se lanza sobre el lecho de una ola y penetra en el mar con brazadas limpias y elegantes. Yo intento acompañarla y no tardo en sentir vergüenza por mi avance lento y esforzado. Nunca he sido un buen nadador. A diferencia de mi hermano Carlos que tuvo la ayuda de su madre, a mí nadie me enseñó y lo que sé lo aprendí un poco por necesidad y un poco por intuición.

Cuando la alcanzo vuelvo la vista atrás y ante mí se presenta la perspectiva de una imagen provocada por la línea blanca de las casas y la mole inminente de la sierra. Mi madre, joven, va subida en una bicicleta y atraviesa el paisaje como un deseo huidizo. Por razones que desconozco, en esa imagen la luz adquiere una extraña intimidad, el tiempo se detiene y soy capaz de tocar el recuerdo vivo de sus manos sobre el manillar, la tensión de sus músculos en cada pedaleo, el golpe acompasado de la cámara sobre su pecho, los latidos del mundo.

—Tenemos que volver. Es casi la una.

El aviso de Diana me hace estremecer y me devuelve a la realidad y a la pregunta de si mi madre habrá terminado ya la novela. Abandonamos el agua y caminamos en silencio, cogidos de la mano. Los dos sabemos que se acerca el momento y es esa proximidad la que nos inquieta.

—Si no estás cansada, continuaremos con la lectura esta tarde.

—Me parece bien.

Diana se seca el pelo con tanta violencia que incluso asusta a un par de gaviotas posadas sobre la veladura mojada de la playa. Parece estar lejos y por sus ojos cruza un resplandor grave, la misma frialdad de esta mañana en la cocina, un ligero desafío, la certeza del abandono. Sí, estoy solo. Me arde la boca y un vacío en el estómago sube el vértigo hasta la garganta. La prueba es dura y el miedo me paraliza, pero de repente, antes de clavar la mirada en un punto concreto de la playa, Diana se vuelve bruscamente hacia mí y se lleva la mano a la boca como para amortiguar un grito. Intuyo algo extraño en su asombro y cuando me vuelvo estoy a punto de perder el conocimiento. Es Laura, mi madre, que atraviesa la playa con una urgencia ebria. Reparo en la agonía torpe de su avance, en la blancura difuminada de su piel, en su cuerpo frágil que, a cada paso, se agranda y me hace menguar como si tirase de mí una raíz oscura y telúrica. Viene tambaleándose hacia nosotros, empujada por un resorte de delirio y ansiedad, y no entiendo nada hasta que veo la pregunta inscrita en sus ojos

enrojecidos. Solo en este momento me doy cuenta de su astucia y mi cuerpo se estremece de alivio para confirmarle su presentimiento. La confesión es esa, un silencio, un gesto apenas imperceptible.

Sobran las palabras y me preparo para el abrazo, pero ella primero examina mis manos y mi cara, como si probase un milagro, y después se arrima a mi pecho. Su voz rota arrulla mi oído y crea la impresión de que ella, de nuevo, acoge en su vientre mi cuerpo húmedo y desnudo. Tengo la mirada velada por las lágrimas, pero, aun así, puedo ver la emoción de Diana y la curiosidad asombrada de los veraneantes que acechan este nuevo parto y abren un silencio insondable para oír los misterios de un llanto que brota, pesado, líquido, del fondo de la tierra.

XIX

Las ventanas están abiertas de par en par y el aliento de la marea se mezcla con el olor a engrudo y celulosa. La hilera de barcas adornadas con flores y banderolas dibuja una especie de vergel flotante sobre la ría. El sonido de los cohetes es tan rotundo que parece estallar en el centro mismo de la casa. La música de la banda, sin embargo, es una caricia antigua que ameniza la afanosa actividad que ha surgido de este deseo infantil e ingenuo que les he contagiado a todos.

Me agrada verlos así, arrodillados, entretenidos como niños, concentrados en el remate de las últimas superposiciones y pliegues, envueltos en la hermosa luz que flota en el aire absorbiendo los colores del papel de seda que se extiende por el suelo en una geometría irisada.

—En el globo importa la física, la química y la meteorología. Su motor es la mecha de papel y la parafina que calienta el interior y lo eleva, porque el aire que lo rodea es más liviano. Cuando el globo está arriba, se apaga, el aire se vuelve frío y comienza el descenso.

La explicación concisa de Nardo Rutllá, que hoy parece perder, además de los años, un buen pedazo de su joroba, va dirigida a Diana y a Pablo que, atentos, aseguran la adherencia de las juntas para que la superficie sea hermética y no aparezcan fisuras por las que pueda colarse el aire.

El viejo boticario tiene la camisa remangada y sigue armando los últimos aros y ese pequeño canastillo que permite fijar la mecha. Yo, en cambio, refuerzo la forma de las letras dibujadas y las encadeno en vertical con un hilo que forma los nombres del globo. Al elevarse expresarán mucho mejor el deseo.

Pablo a veces levanta los ojos furtivamente y sonríe. Cada mirada suya produce en mi interior un temblor hondo, íntimo, que hace sonar dentro de mí algo semejante a un llanto lejano. Su presencia lo llena todo y borra la angustia y el miedo de mi decisión. Aunque no ha oído mi conversación telefónica con Bob, sospecho que ya lo sabe.

Sin embargo, la emoción no me ha dejado pegar ojo y pasé toda la noche acariciando la memoria que ha formado el flujo lento de las palabras de este hijo sobrevenido. Pablo estuvo conmigo hasta muy tarde, y, mientras oía el tono confidencial de su relato, parecía que yo me asomaba a un precipicio. Cada una de sus palabras era para mí un tesoro, un descubrimiento, un hilo que iba destejiendo nuestra distancia y nos volvía atrás, muy atrás. A veces su voz era la de Máximo, que me hablaba y me confirmaba su

dolorosa fidelidad. Sí, el robo de mi hijo estaba unido a la promesa que él me había hecho en la catedral de Santiago cuando puso su mano en mi vientre y juró hacerse cargo del niño si me pasaba algo. Y como en la cárcel yo ya estaba en capilla, trazó un plan con una fría determinación que debió de poner en riesgo su matrimonio. Imagino lo duro que debió de ser para él dar ese paso y negarme el derecho a saber que mi hijo no había nacido muerto. Soy consciente también del amor esclavo de su mujer, que lo asistió en ese deseo tan desproporcionado y se enfrentó a su familia hasta convertirse en cómplice necesaria. Me pregunto si los padres de Máximo, que estaban al tanto de mi embarazo, llegaron a sospechar algo o murieron sin saber que uno de sus nietos era hijo mío.

—¿Cómo vamos a llevarlo? —pregunta Diana.

—Lo montaremos allí mismo —explica Nardo Rutllá—. Un vecino me ha prestado el coche. Está aparcado abajo.

Una quietud desolada va ganando la calle, por la que cruzan varias mujeres de toca negra y moño blanco. Los cabezudos ya han desaparecido al fondo y las bocinas de los barcos han callado. Del mar apenas viene el ronquido de los motores y el grito espantado de las gaviotas que surcan el aire y huyen de la fiesta. El viento del norte ha barrido las nubes y ha dejado un cielo inmaculado y perfecto para el nombre de los muertos.

Solo yo, que sigo de pie cosiendo el papel, soy consciente de lo que sucede fuera. Ellos, agitados, siguen en el suelo como un recuerdo.

—Un año, el globo de los Soler cayó en la plaza del Obradoiro, justo cuando la gente salía de misa. Lo recogió un médico que venía a veranear aquí. Lo normal es que se pierdan en el mar o lleguen incluso a la luna.

El arrebato de Nardo Rutllá tiene un empuje adolescente que me hace pensar en la morfina. Pero esa mirada febril y centelleante no la produce la droga, sino el abandono de la soledad. Tal vez el entusiasmo lo provoque la noticia de que Pablo es mi hijo. Cuando esta mañana se lo explicamos todo, permaneció un buen rato en silencio y me abrazó con una intensidad de despedida. Su reacción tenía algo intuitivo. Era como si sospechase la intensa conversación telefónica que anoche mantuve con Bob.

—Ya está. Terminado.

Los tres se ponen en pie y me miran. Parecen aguardar una orden y les digo que sí con la cabeza; yo también he terminado de pegar la última de las letras y he recogido los nombres de mi ofrenda. En el centro del salón están el enorme fardo de papel y la saca con el aro y la mecha.

—No sé cómo vamos a meter todo esto en el coche.

Comparto con Diana su extrañeza, pero Nardo Rutllá enseguida calma nuestra preocupación. Mientras introduce mis letras en la saca y carga con ella, me da las llaves del coche.

—Es un Land Rover. Hay espacio suficiente.

Pablo y Diana cogen el fardo y lo depositan con cuidado en la parte trasera del coche, justo al lado de la saca. Los dos se sientan en los laterales y se miran con pasión. Nardo Rutllá se acomoda en el asiento del conductor y yo, sentada a su lado, le pregunto si no será muy peligroso que conduzca a su edad. Su única respuesta es una sonrisa lenta y contagiosa que se mantiene en su rostro como algo fijo y atrofiado.

La cola de la banda se pierde en la plaza de Aniceto y se lleva consigo al hombre de los cohetes y a los niños, que parecen notas perdidas de una pieza.

El pasodoble deja en nuestro espíritu un temblor festivo y en cada uno de nuestros gestos queda el rastro de un viejo placer.

Abandonamos O Caramiñal y compruebo la infinidad de casas que han nacido pegadas a la carretera que va a Palmeira. Con la ventana abierta, aspiro en el aire la memoria de un deseo que forma el movimiento de dos bicicletas oscilando y alargando la libertad de dos adolescentes que se quieren y juegan, que pedalean y a veces aprovechan alguna pequeña pendiente para descansar y besarse furtivamente antes de explorar cuesta abajo el vértigo de su pasión.

—Los globos tocan el sueño de los muertos.

Las palabras de Nardo Rutllá me devuelven a un sábado caluroso en el paseo de Marlés, el sol todavía alto y los grupos arracimados alrededor de los dispositivos, abrazados por la instancia secreta de los desafíos. El entusiasmo competitivo de los más pequeños arrastra a los mayores a un concurso rival. Algunos niños descalzos, con la ropa deshilachada y el rostro sucio, acercan su curiosidad a nuestro juego de niños ricos. Y los globos, como hogueras de papel, se dispersan a lo largo del paseo mientras el boticario de Blanes tranquiliza a los músicos y habla con los miembros de la

corporación municipal que han venido en pleno para la suelta. Falta poco. Delante de la casa de los Barreras, que han donado dinero para la celebración del Carmen, se ponen a tirar los cohetes. De cuando en cuando el boticario se acerca a los grupos y les da cuerda, corrige, revisa. Josep está fuera de sí. Él mismo ha pintado el papel con su mano disparatada. El abuelo Francesc coloca la mecha de papel y la parafina. Por la delicadeza de sus curvas, el globo cobra formas casi humanas. Papá y mamá nos vigilan desde la galería y Mercè abandona la cocina y se suma a nuestro entusiasmo. Nos trae una jarra de refresco y rosquillas recién hechas. No conozco a los muertos que celebramos, pero nuestro globo se alza ostentoso por encima de nuestras cabezas y destaca entre todos los demás. Enseguida surgen los aplausos y el rumor de una música parece empujarlos al cielo. Y Mercè, Josep y yo, que sabemos que en el globo van nuestras almas, lloramos de emoción mientras el azúcar de los dulces se esponja en las bocas.

Cuando el coche entra en Ribeira no doy crédito a lo que ven mis ojos. El pequeño y hermoso pueblo blanco con aires de ciudad que guardaba mi memoria, se ha convertido en una criatura ajena, salpicada de grúas y edificios de cemento que crecen como hongos espontáneos. Nardo Rutllá detecta mi asombro.

—He ahí el progreso.

Cierro los ojos al espanto y me echo hacia atrás en el asiento. Nada puede borrar esta mezcla de felicidad y nostalgia que se apodera de mí y llega hasta mis huesos, a ese esqueleto que duerme dentro, como alguien ajeno que me ha quitado parte de la vida y vegeta en mi interior negándose a devolverme los recuerdos. Sí, he recuperado a mi hijo y, de vez en cuando, me vuelvo hacia atrás para mirarlo, con los codos clavados en las rodillas, compartiendo su suave sonrisa con Diana y conmigo —el azul de sus ojos tiene la misma profundidad que el de su padre, y su rostro compendia todo lo que Máximo pudo haber sido—, pero mi alegría también tiene que ver con esa otra familia que me espera en Brooklyn y acepta que el cuarto oscuro de mi memoria continúe cerrado. Al otro lado del teléfono, mientras le contaba lo de Pablo, Bob no ocultaba su interés emocionado y esa comprensión me ha atado más a él y a sus palabras que contenían noticias espléndidas, como la de que Ady había quedado embarazada de nuevo, que Rosie y Bernie ya habían puesto fecha a su boda o que el comandante nazi acababa de ser extraditado a Alemania. Resultaba curioso que ahora yo tuviese nostalgias de ese mundo americano que conformaba su propia memoria y se volvía inquietante y atractivo para mí.

Nos apeamos del coche y recogemos todo el material. Nardo Rutllá carga la saca sobre la joroba. Pablo y Diana transportan el fardo de papel con las manos entrelazadas. A mí solo me han dejado una manta y la cámara fotográfica.

Caminamos por un sendero serpenteante que antes no existía y Nardo Rutllá me dice que desde hace cinco o seis años la gente acostumbra a venir de visita.

—Cuando yo era joven esto era muy diferente. Aquí no venía nadie. Esto era completamente salvaje.

En mis pasos hay un punto de ingravidez que hace que sienta mi cuerpo como un globo, y enseguida noto el fulgor suntuoso y original de este desierto que ha cambiado. El viento ha movido la arena e inventado un nuevo paisaje.

En una pequeña duna vegetada de pinos salvajes se ha posado una bandada de aves y desde allí parece venir la sacudida sísmica de un grito, quizá el chillido lastimoso de ese buey penando el desamor en el fondo de esa laguna que acoge en sus meandros la leyenda de la ciudad sumergida y los coletazos dispersos y agónicos del Río do Mar. Frente a la bocana, las Pedras da Ferreira se alzan como una proa a la que llegan, verdes y largas, las olas. La marea parece alta, viva, fuera de sus límites.

Me descalzo y voy delante como si este desierto no tuviese secretos para mí. Los tres, cargados, vienen detrás de mí por la arena sin atisbar mi euforia y la necesidad de encontrar el punto exacto donde el mundo desaparece.

Por fin llegamos al lecho más profundo de las dunas, a esta especie de paraíso inexplorado, tan asociado a mi memoria. La emoción embarga mi pecho y hace subir hasta mi boca el deseo de un grito que no sé si es llanto o alborozo.

Extendemos la manta sobre la arena y depositamos todo el material en el centro. Los cuatro clavamos las rodillas en cada uno de los vértices y el paisaje desaparece a nuestro alrededor, como si estableciese una trinchera de silencio. Pablo parece buscar con los ojos algún horizonte que no sea de arena y, aunque al otro lado de las dunas el mar avanza y forma sobre las olas un deseo líquido, nosotros estamos en el desierto y esta impresión se mantiene incluso cuando la marea empuja hacia la laguna a las aves marinas que nos sobrevuelan.

—Las películas que papá tenía guardadas en el cajón, ¿las hicisteis aquí?

La pregunta de Pablo es en sí misma una afirmación que no precisa respuesta y bebo su sorpresa como algo fresco e inocente. Y, de repente, un ansia de mar me empuja y me

pongo a caminar sola hasta lo más alto de estas dunas que se copian a sí mismas como ondas de oro. Y echo la cabeza hacia atrás para sentir en la piel el gusto, el sabor salado del aire y el eco profundo de algo lejano que resuena dentro de mí. A lo lejos, las casas blancas de Corrubedo flotan en el mar y el horizonte ofrece una intimidad en la que se proyecta mi deseo firme de regresar.

—Ya casi está listo.

La voz de Nardo Rutllá me devuelve al interior de las dunas y veo cómo viste el esqueleto de alambre. Diana sujeta el globo y espera a que yo llegue para atarle los nombres encadenados. No sé muy bien por qué, pero el recuerdo de Josep me hace escoger el color blanco que he emborronado con líneas negras y sencillas.

—Queda bien, ¿verdad?

Lo acaricio con el demorado placer de la niña que está a punto de estrenar un juguete anhelado en sueños.

Pablo también sostiene el globo a la espera de que Nardo Rutllá le dé los últimos retoques. Diana está a su lado. No soy ajena al hechizo que hay entre ambos. Sus cuerpos juntos, aquí, en el lecho de las dunas, cierran la ilusión de un espejismo, la representación fidedigna de mi propio pasado.

El viejo boticario ahora parece arrodillado y suda a mares. Su cansancio me hace sentir un poco culpable, pero por alguna razón oscura que desconozco, un orgullo infantil se desata dentro de él y, tras un pequeño descanso, continúa con el armazón del globo.

—Listo.

Los tres sujetamos el globo y dejamos que Nardo Rutllá prepare la mecha y estudie las ráfagas de viento que peinan las crestas de las dunas alzando en el aire una polvareda. La tierra móvil deja un rastro de inquietud en la piel.

—¿Qué te parece el viento, Nardo?

—Magnífico.

—¿Y la luz?

—Perfecta.

El viejo boticario se agacha y enciende la mecha. Pablo pone su mano izquierda sobre mi hombro en algo que quiere ser una caricia o un gesto de aliento antes de soltar este monumento huidizo que palpita en las manos como un ave inquieta. Yo lo abrazo, lo retengo, como negándome a dejarlo escapar. Finalmente mis brazos ceden y el globo se eleva lentamente, temblando, como si el viento no reparase en su presencia. Su alma va encerrada en ese cuerpo y algo de mí también va con él.

Cuando quiero darme cuenta, el globo ya ha ascendido y despliega la caligrafía perfecta de los nombres de Josep y Máximo. El sol cae de lleno sobre ellos y dibuja en la arena sombras chinescas en las que creo leer mi destino. No deja de ser extraño que esas colas suntuosas, que expresan un recuerdo, me hagan meditar sobre los nombres y la certeza de que una buena parte de mi vida he sido otra, una creación constante de los deseos de los demás. Tal vez, cada uno de esos nombres —Max Castelo, Penélope, Duquesa de Brabante, Madame Bovary, María Castelo, Ingrid Steiner o incluso Laura Crussat— no fueron otra cosa que lugares provisionales, disfraces para una huida de mí misma. Pero ahora, aun sin saber quién soy verdaderamente ni quién he podido ser en todos estos años, se apodera de mí la súbita responsabilidad de ser Laura Mulisch y, mientras el cielo acoge el vivo color del globo y las ausencias se inscriben en el paisaje, me abrazo a Pablo y dejo que la brisa del Atlántico introduzca en mi cuerpo una extraña sensación de frío y soledad.

Agradecimientos

Esta novela no es más que un pequeño homenaje a la memoria de Mercedes Núñez Targa y a la de todas las almas gemelas que me ayudaron a configurar el perfil de Laura Crussat, pero también quiere tener una correspondencia con todas aquellas personas que de alguna forma inspiraron estas páginas.

En el origen de todo están los libros de Mercedes Núñez, que me llegaron, junto con abundante documentación, a través de Carme Vidal, autora de un exquisito prólogo para la edición en gallego de Cárcel de Ventas, publicado por la editorial A Nosa Terra. Carme Vidal también me puso en contacto con Pablo Iglesias Núñez, que lleva la memoria de su madre como un estandarte. Él, que terminó siendo personaje de este libro, me dejó una biografía bastante completa de su madre y tuvo la generosidad de leer un borrador de la novela. A él también va dedicado este libro.

El germen surgió en 2005, en la preparación del material para un taller literario que yo estaba impartiendo en Boiro. Todo comenzó como un juego en el que mezclamos la vida de Mercedes Núñez con la noticia sorprendente de Sofía Romo, una emigrante de Noia en los Estados Unidos quien, tras recibir un golpe, sufrió amnesia y fue a parar a un hospital de Miami, sin más identidad que la cantinela de "Galicia terra nosa" y otros temas de Los Tamara. Como es bien sabido, las letras de esas canciones fueron el hilo del que tiró su familia para encontrar a esta mujer, hermana de Prudencio Romo, el bajista de Los Tamara. Ya sé que esta novela no es su historia, pero sí quiero dejar constancia de la importancia evidente que la noticia tuvo en el libro, y tampoco quiero olvidar la altura creativa de los jóvenes de aquel taller, que dejaron su grano de arena en el desierto de Laura. Esta novela también es suya.

Mi agradecimiento para Gene y Cartea, que me pusieron en contacto con Rogelio Leira Muiño, neurólogo que tuvo la deferencia de leer algunas de estas páginas y, de algún modo, trató la amnesia de mi protagonista. Las conversaciones con él iluminaron mi ignorancia y centraron el diagnóstico.

Impagable el trabajo de mi buena amiga Lola Arxóns, que puso todo su corazón lector y entusiasmo lingüístico en esta novela que, de alguna manera, también le pertenece.

Otra persona que está detrás de la novela es Suso Laíño, un gran amigo que, si no se ha leído todos los libros del mundo, sí parece haberlo hecho. Él me abrió las puertas de

su memoria prodigiosa para hacerme sentir el pasado de A Pobra do Caramiñal. A su ayuda hay que sumar la de otros pobrenses como Ramón Boo Puente, Mina Ferrol, Juan Abal Santiago o José Fernández Fariña, que hicieron aumentar mi querencia por esa hermosa villa marinera, cuna de tantos y tan buenos escritores.

Mi deuda infinita con mi editor, Carlos Lema, por su lectura esclarecedora del texto. Si la novela tiene algunos aciertos, sus sugerencias ayudarán a que el lector repare en ellos.

No quiero olvidarme del psiquiatra Fidel Vidal, que también tuvo a Laura en su diván ni de Xerardo AgraFoxo, Pedro García Vidal, Lois Agrelo, Manuel Torres y Fran Blanco Alcaide, por sus libros y sus consejos, ni de Gracia Sanctorum, por la lista "incompleta" de novelas sobre el nazismo, ni de Marta Díaz Marcos, por su atenta lectura filológica, ni del fotógrafo Arturo Ponte, por su conversación en Santiago, ni de Álvaro y Lorena, por la hiperventilación, ni de Chisco Fernández Naval, por el regalo de Esteiro en el río Hudson, ni de Xoán Pastor Rodríguez Santamaría, por su cronología histórica de A Pobra, ni de Xesús Pérez Besada, por el prólogo del Santa María, ni de Xesús Costa y Xesús Santos, por su estudio de los campos de concentración en A Pobra, ni tampoco de Mar, por estar cuando yo no estoy. A todos ellos, el más grande de los agradecimientos.